

MARINA ARIZA
Coordinadora

Emociones y afectividad

Itinerarios metodológicos



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Instituto de Investigaciones Sociales

**Comité Editorial de Libros
Instituto de Investigaciones Sociales
Universidad Nacional Autónoma de México**

Presidenta

Marcela Amaro Rosales • IISUNAM

Secretaria

Karina Bárcenas Barajas • IISUNAM

Miembros

Virginia Careaga Covarrubias • IISUNAM

Juan Cruz Olmeda • Colmex

Marcos Agustín Cueva Perus • IISUNAM

Bruno Felipe de Souza e Miranda • IISUNAM

Matilde Luna Ledesma • IISUNAM

Karolina Monika Gilas • FCPYS, UNAM

Adriana Murguía Lores • FCPYS, UNAM

Eduardo Nivón Bolán • UAM-I

Emociones y afectividad

Itinerarios metodológicos

Marina Ariza

Coordinadora



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Instituto de Investigaciones Sociales

Ciudad de México, 2024



Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Ariza, Marina, editor.

Título: Emociones y afectividad : itinerarios metodológicos / Marina Ariza, coordinadora.

Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, 2024.

Identificadores: LIBRUNAM 2241214 | ISBN 9786073091947.

Temas: Emociones -- Aspectos sociológicos. | Emociones -- Aspectos sociales. | Afecto (Psicología) -- Aspectos sociales. | Psicología social. | Sociología -- Investigación.

Clasificación: LCC HM1033.E549 2024 | DDC 152.4—dc23

Forma sugerida de citar:

Ariza, M., Jacobo Herrera, F. E., Serna Luna, E., Estrada Gutiérrez, F. D., Ramos Ríos, M., Ospina-Escobar, A., Fernández de la Reguera Ahedo, A., Flores, E., López, O., Peláez González, C., Gutiérrez Vidrio, S., Reyna Ruiz, M., Romeu, V., Mancini, F., Videgain, K., García Andrade, A., Mercadillo Caballero, R. E., Asakura, H., Fragoso, P. & Peña Rodríguez, J. A. de. (2024). Emociones y afectividad: itinerarios metodológicos. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales. <https://ru.iis.sociales.unam.mx/>

Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación por académicos externos al Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, de acuerdo con las normas establecidas por el Comité Editorial de Libros del Instituto.

Primera edición: julio de 2024

D.R. © 2024, Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Sociales

Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México

<https://ru.iis.sociales.unam.mx>

Correo electrónico: repositorio.iis@sociales.unam.mx

ISBN: 978-607-30-9194-7

Índice

- 9 Introducción
 La lente analítica de las emociones: supuestos e implicaciones metodológicas
 Marina Ariza

I. ETNOGRAFÍA Y EMOCIONES

- 35 Apuntes y contribuciones teórico-metodológicas al estudio de las emociones desde la antropología. Tres estudios etnográficos
 Frida Erika Jacobo Herrera
- 63 Afectividades subterráneas. Etnografía con personas estigmatizadas en el Metro de la Ciudad de México
 Erick Serna Luna y Flor Daniela Estrada Gutiérrez
- 87 El estudio de las emociones y los afectos en el contexto sociodigital. Hacia una etnografía digital de las emociones
 Mariana Ramos Ríos

II. EMOCIONES (IN)CÓMODAS: EMPATÍA Y ANTIPATÍA EN EL TRABAJO DE CAMPO

- 119 Ser con ellas. La construcción empática del trabajo de campo con mujeres que se inyectan drogas en el norte de México
 Angélica Ospina-Escobar

- 143 Comprender la antipatía y el desagrado. La gestión emocional que exige la etnografía institucional en espacios fronterizos
Alethia Fernández de la Reguera Ahedo

III. RELATOS BIOGRÁFICOS Y EMOCIONES

- 169 Procesos socioemocionales de la pandemia por Covid-19. Un ejercicio metodológico para el estudio de la dimensión emocional a partir del relato de vida
Edith Flores y Oliva López

- 195 Aristas emocionales en el uso de los relatos biográficos. Reflexiones desde la experiencia de investigación
Carolina Peláez González

IV. EL ANÁLISIS DE DISCURSO Y LA DIMENSIÓN EMOCIONAL

- 223 Aproximación discursiva al estudio de las emociones
Silvia Gutiérrez Vidrio y Margarita Reyna Ruíz
- 251 La representación en el discurso emocional como acción del lenguaje y lenguaje en acción: los sucesos del 11-J en Cuba
Vivian Romeu

V. ¿SIRVEN LAS ENCUESTAS PARA ESTUDIAR LAS EMOCIONES Y LOS AFECTOS?

- 281 Acercamiento cuantitativo a la afectividad de las familias mexicanas
Marina Ariza
- 315 Encuestando emociones: bienestar socioemocional y desigualdades de clase en México
Fiorella Mancini y Karina Videgain

**VI. PUENTES TRANSDISCIPLINARIOS: SOCIOLOGÍA
Y NEUROCIENCIA SOCIAL**

- 355 El diálogo ineludible entre sociología de las emociones y neurociencia social. El caso de la sincronización interpersonal y las emociones
Adriana García Andrade
- 381 Lo sentido en la ataxia espinocerebelosa: una praxis empática para la investigación neurosocial
Roberto Emmanuele Mercadillo Caballero

**VII. ASPECTOS ÉTICOS EN LA INVESTIGACIÓN CON
Y SOBRE EMOCIONES Y AFECTIVIDAD**

- 409 Mirar de frente la violencia de género: dilemas éticos en la investigación feminista
Hiroko Asakura y Perla Fragoso
- 435 Trabajo de campo y emociones: reflexividad para una ética relacional y de cuidado en la investigación sociológica con emociones
Jesús Alejandro de la Peña Rodríguez
- 467 La construcción del dato emocional: a manera de conclusión
Marina Ariza
- 477 Sobre las autoras y los autores

Introducción

La lente analítica de las emociones: supuestos e implicaciones metodológicas

Marina Ariza

INTRODUCCIÓN

Desde su conformación como subdisciplina en la academia estadounidense a finales de la década de los setenta del pasado siglo xx, la sociología de las emociones ha tenido un pujante desarrollo (Bericat, 2012). Dos *handbooks* de corte enciclopédico (Stets y Turner, 2006, 2014) e incontables artículos, capítulos, libros, revistas especializadas y tesis de grado y pregrado, a uno y otro lado del Atlántico (Hopkins *et al.*, 2009), dan fe de ello.¹ Aunque la conformación del campo en América Latina fue posterior (durante las dos primeras décadas del siglo xxi), su crecimiento no ha sido menor: entre 2000 y 2019 se publicaron 286 textos académicos centrados en las emociones en nuestra región (Ariza, 2021).

Un rasgo que atraviesa la expansión del campo es la menor atención referente a los desarrollos metodológicos en contraposición

¹ En 2009, la Asociación Internacional para la Investigación sobre Emociones lanzó la revista *Emotion Review*, un importante referente en el campo. Iniciativas semejantes en América Latina son la *Revista Brasileña sobre Sociología de las Emociones*, en 2002, y la *Revista Latinoamericana sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, en 2009.

con las propuestas teóricas y la cada vez más abundante investigación empírica. En palabras de Kathryn Lively (2015): “Historically, the sociology of emotion has been relatively long on theory and short on methods” (p. 182),² particularidad destacada también por Kleres (2015)³ y Bericat (2012), quien señala la necesidad de una mayor integración entre las teorías y la investigación empírica, pues la segunda no siempre se encuentra a la altura de la primera. La asimetría no es fortuita, el abordaje empírico de las emociones y los caminos metodológicos para lograrlo constituyen un verdadero desafío dada la complejidad de las emociones como objeto de estudio.

En primer lugar, no existe un acuerdo acerca de qué constituyen las emociones, la definición varía según la postura teórica y la tradición en la que se inscribe. Esto queda de manifiesto, por ejemplo, en la oposición inicial entre construccionistas (Hochschild, 1979, 1983) y estructuralistas (Barbalet, 2001; Kemper, 1990) en los años fundacionales del campo. Tampoco existe unanimidad respecto a la necesidad de distinguir entre emociones, afectos o sentimientos. Algunos de los autores pioneros reducen las emociones al proceso de excitación fisiológica transitorio y relativamente indiferenciado que emerge en la interacción social, contrastándolas con los sentimientos entendidos como “el vínculo socialmente construido entre las sensaciones corporales y gestos, y las relaciones sociales y significados culturales” (Gordon, 1981: 565). Otros toman como criterio el grado de especificidad o concreción: los afectos (evaluaciones generales positivas o negativas respecto a un objeto, comportamiento o idea) y los *feelings* (dimensión más sensorial para la que no existe un equivalente en español) son menos concretos que los estados de ánimo (*moods*) y las emociones, las cuales constituyen tipos de sentimientos o afectos culturalmente de-

² “Históricamente, en términos relativos, la sociología de las emociones ha sido prolífica en los desarrollos teóricos pero escasa en cuanto a los métodos” (Lively, 2015: 182 [traducción propia]).

³ Una notable excepción es el libro editado por Flam y Kleres (2015), *Methods of exploring emotions*.

lineados (Thoits, 1989: 318).⁴ La discusión al respecto es inacabable y puede resultar estéril.

En este libro se trata de manera indistinta a los afectos y a las emociones. Aunque algunas de las autoras y autores introducen algún matiz particular, no se suscribe una distinción ontológica; ambos aluden a la cualidad emotiva que atraviesa la vida social. En todo caso, la afectividad (la emocionalidad), como posibilidad de afectar y ser afectado, de sentir o hacer sentir, constituye la condición *sine qua non* para la experiencia intersubjetiva de emociones y afectos, en tanto dimensiones discretas, inscritos siempre en un vínculo social. Mientras más fuerte éste, más intensa es la vivencia afectiva o la experiencia emocional. Desde un planteamiento netamente sociológico que abreva de las ideas seminales de Durkheim y Simmel, la afectividad, como condición basal de la vida social, enhebra la red de intercambios y efectos recíprocos, traza la frontera entre lo sagrado y lo profano, y unge a los símbolos y ritos que la sostienen de una memoria sensorial-afectiva (Hammond, 1983; Gerhards, 1986; Ariza, 2020).⁵

A medida que el abanico de planteamientos teóricos se ha ido ampliando, también lo han hecho los matices adscritos a la noción de emoción y los elementos que se consideran centrales desde cada postura. El asunto no es irrelevante. Sin el consenso acerca de qué constituye el proceso a estudiar, se entorpece el avance de la teoría y la investigación (Scherer, 2005). Ante a este panorama, se hacen llamados a procurar un cierto equilibrio entre precisión y flexibilidad al momento de operacionalizar los conceptos (Walle, 2020). En lo que sí existe unanimidad es en el carácter relacional de las emocio-

⁴ He traducido libremente del inglés las frases citadas de los textos de Gordon (1981) y Thoits (1989).

⁵ En tal sentido, el esfuerzo que este libro representa se distancia de la oposición binaria entre afectos y emociones propuesta por el llamado giro afectivo. De acuerdo con éste, afectos y emociones constituyen planos independientes: mientras los primeros refieren a una dimensión corporal sensorial no consciente como fuerza indeterminada, las segundas son conscientes y denotan expresiones culturales y discursivas concretas. Para una reflexión crítica al respecto, véase Solana (2020).

nes. Desde la mirada sociológica, ellas no constituyen un asunto privado de los individuos, sino que expresan una forma de vinculación social; son personales, sí, pero sociales; tienen lugar *en y a* propósito de la interacción, aunque se *sientan* y vivan como algo íntimo.

De la ausencia de acuerdos sobre qué son las emociones deriva la falta de unanimidad respecto a los elementos que las integran. La experiencia emocional envuelve una multiplicidad de aspectos: a) cognitivos —lectura perceptual de la situación—, b) nemotécnicos —asociación con vivencias previas—, c) biológicos —reacciones neurofisiológicas y neuroendocrinas—, d) disposicionales —mueven a la acción o a la inacción— y e) socioculturales —definiciones locales que guían la interpretación—. ⁶ Si bien la sociología no se ocupa de las dimensiones que trascienden su foco analítico —las causas y consecuencias sociales de la experiencia emocional y la naturaleza emocional de la realidad social—, no puede ignorarlas. En la adyacencia con algunas de estas dimensiones existe la posibilidad de emprender esfuerzos transdisciplinarios.

Una dificultad adicional emana de la distancia entre la experiencia y la expresión emocional. Esta última no es un retrato fiel —una radiografía— de la primera, pues intervienen procesos de gestión emocional (Hochschild, 1979, 1983): las personas “manejan” sus emociones, sea para producir estratégicamente la respuesta expresiva socialmente adecuada (actuación superficial) o para modificar lo que realmente sienten en un esfuerzo de alineación con el *statu quo* procurando resolver la disonancia emocional (actuación profunda). La expresión emocional no trasvasa tal cual el estado emocional interno, sino que está condicionada por la situación de interacción en la que se manifiesta. Existen a su vez procesos de represión inconscientes que escamotean a las personas el reconocimiento de la emoción que las embarga, procesos que pueden tornarse recursivos (Scheff, 1988).

⁶ Desde la concepción de las emociones denominada “procesual de componentes” (*component process definition of emotion*), Scherer (2005: 697) propone cinco elementos que actúan en sincronía: cognitivo, neurofisiológico, motivacional, motor-expresivo y subjetivo.

Pero, como señala Scherer (2005), no hay otra manera de conocer la experiencia emocional más que preguntando a las personas lo que sintieron o sienten en un momento dado.

A los aspectos mencionados se suma la naturaleza dinámica y a menudo ambigua de la experiencia emocional. Su vivencia no es estática, acontece de forma continua como parte de un flujo de estados que se transmutan de forma incesante e implica la coexistencia de emociones simultáneas a veces contrapuestas: ansiedad y alegría, miedo e ira, indignación y tristeza, etcétera (Walle, 2020). En palabras de Eduardo Bericat (2012): “nuestra vida afectiva es un proceso dinámico cargado de múltiples *cadena*s y *estructuras emocionales*” (p. 3 [énfasis del autor]). Esta condición plantea importantes desafíos a la indagación empírica. ¿Cómo asir el carácter procesual de la experiencia emocional? Hay quienes —haciendo acopio de los recursos de la etnometodología— proponen construir trayectorias emocionales de (y durante) la interacción social (Godbold, 2015).⁷

Finalmente, las emociones traslucen contenidos socioculturales, significados sociales, que son dependientes de los contextos que los producen. Este aspecto marca límites a la intercambiabilidad de los significados y a su adecuada identificación por los ajenos a la cultura. Si bien la función que cumple una emoción puede ser la misma en diversos contextos sociales —como el carácter prosocial de la gratitud o el acatamiento al orden social al que induce la vergüenza—, la carga simbólica que conlleva y su expresión local (los códigos) cambian (Vaish y Hepach, 2020, citado por Walle, 2020).

Los aspectos enumerados permiten entender parte de los desafíos que enfrenta la indagación empírica de las emociones y la afectividad. Helena Flam (2015), en la introducción a su libro coeditado con Kleres, aboga por llevar los actuales métodos de investigación más allá de sus límites, modificando los instrumentos y las preguntas de investi-

⁷ En un sentido inverso, Stets (2015) llama la atención sobre la necesidad de teorías que abarquen el flujo emocional en la interacción.

gación para lograr la producción del dato emocional; mientras Walle (2020) remarca la necesidad de la flexibilidad empírica (de la propia perspectiva disciplinaria, en los niveles de análisis y en relación con las poblaciones a estudiar), así como la necesidad de construir puentes entre disciplinas y enfoques metodológicos apostando por la multidisciplinaria y los multimétodos.

Uno de los prerrequisitos para ampliar las fronteras metodológicas y disciplinarias es asumir el reposicionamiento epistemológico que supone la inclusión de la dimensión emocional. Éste se resume en dos axiomas: 1) las emociones no son fuente de distorsión del proceso de investigación, sino de conocimiento; 2) la reflexividad emocional es la herramienta para capitalizarlas. A la flexibilidad empírica antes enunciada se ha de incorporar la epistemológica. A pesar de que la crítica a la separación entre sujeto y objeto —compartida por el constructivismo y el postpositivismo— tiene larga data (Cortés, 2008), admitir a las emociones en el proceso de investigación suele generar suspicacias. Incluso en las disciplinas más comprometidas con un posicionamiento interpretativista, como la antropología, las emociones —sobre todo las sentidas por el investigador o la investigadora en su trabajo de campo— corren el riesgo de deslegitimar el relato etnográfico por estar excesivamente centrado en quien investiga o por devenir víctima de la “seducción etnográfica” (Robben, 2011); esto es, la pérdida de sentido crítico ante a los entrevistados. Las emociones que impregnan el trabajo etnográfico tanto de sociólogos y sociólogas como de antropólogos y antropólogas suelen permanecer en el cajón del escritorio, formando parte de la *hidden ethnography* (Blackman, 2007).⁸

No obstante, desde hace varios años está ganando terreno el valor heurístico de las emociones en el proceso de investigación.⁹ Investigar *con* (y no *sobre*) las emociones supone reconocer que éstas

⁸ Con ello, el autor alude a información empírica que no ha sido previamente publicada porque puede ser considerada demasiado controversial (Blackman, 2007: 699).

⁹ Un texto pionero al respecto es el libro *Emotions and Fieldwork*, de las sociólogas Sherry Kleinman y Martha A. Copp (1993).

y las conexiones afectivas que surgen en la relación dialógica entre el investigador o investigadora y sus colaboradores son fuente de conocimiento de la experiencia humana y de los procesos sociales que interesa conocer (Prosser, 2015). Es admitir que el proceso de investigación mismo está emocionalmente estructurado, dado que los investigadores y los sujetos colaboradores interactúan a través de sus emociones (Kleres, 2015). Pretender una investigación neutralmente afectiva no sólo es irrealista, sino limitante desde el punto de vista de la generación de conocimiento. El valor del “conocimiento emocional” reside en su poder para mirar dentro de las vidas de las personas tal y como transcurren en el momento.¹⁰ Y es que las respuestas emocionales de quien investiga son parte del proceso de elaboración de sentido del trabajo interpretativo, conocimiento que es co-construido con los colaboradores y se finca en relaciones de horizontalidad (Prosser, 2015).

La posibilidad de capitalizar la dimensión afectiva depende del ejercicio de la reflexividad emocional; esto es, de la práctica intersubjetiva de reflexionar y actuar en reacción con los sentimientos propios y ajenos (Holmes, 2010, 2015). La reflexividad emocional no concierne sólo a la manera en que las emociones son monitorizadas u ordenadas en el proceso de investigación, sino a cómo modelan el proceso reflexivo mismo, pues en realidad éstas son su base y motivación (Burkitt, 2012; Holmes, 2010). El conocimiento del mundo está inevitablemente permeado por tonalidades afectivas respecto a los demás y nuestras relaciones con ellos. La reflexividad emocional implica un particular nivel de conciencia de la impronta afectiva que deja en nosotros el relacionamiento social a partir del diálogo interno constante del *self* en su interacción con los demás. El sólo hecho de poder etiquetar, nombrar lingüísticamente una emoción, supone un nivel de

¹⁰ “The value of this new knowledge is in its power to look into lives as they are lived —rationally, irrationally, and subconsciously” (“El valor de este conocimiento es su potencial para mirar dentro de las vidas mientras son vividas —racionalmente, irracionalmente y subconscientemente” [traducción propia]) (Prosser, 2015: 176).

reflexión y autoconocimiento de los sentimientos que nos embargan, los cuales siempre emergen relacionamente (Burkitt, 2012).

Como llave para el conocimiento emocional, la reflexividad es un proceso iterativo que torna conscientes las conexiones afectivas y los procesos que se desencadenan entre quienes interactúan. El lenguaje es el vehículo para dar cauce a dicha reflexividad pues, como señala Guber (2011): “las descripciones y afirmaciones sobre la realidad no sólo informan sobre ella; la constituyen” (p. 45). De ahí la importancia del diario de campo —mediación necesaria, aunque no suficiente— entre el plano de la interacción y la construcción (reflexiva) del conocimiento emocional. Si, como afirma Scheff (1988), las emociones son el giroscopio que nos informa acerca del estado de nuestros vínculos sociales, su monitorización durante la investigación en terreno dibuja el mapa de nuestro posicionamiento relacional y el conocimiento posible a partir de él. Las dimensiones de poder y estatus (Kemper, 1990, 2006) resultan clave. Por ejemplo, es frecuente elegir comunidades y grupos vulnerables como ámbito de investigación. En adición al esfuerzo constante de construir relaciones empáticas con los y las informantes para lograr el *rapport*, la entrada a campo en estas comunidades se hace —*de facto*— desde una posición de mayor estatus social que condiciona la construcción del nexo empático, las posibilidades de interacción y la lectura que los demás hacen de nuestra presencia e intenciones. Otras coordenadas de ubicación social intervienen a su vez en las posibilidades de relacionamiento y reflexividad: el género, la edad, la condición étnica, la pertenencia de clase, la ideología o la membresía política, etcétera.¹¹

Volviendo al ejemplo referido, si la tarea reflexiva dentro de esa comunidad socialmente vulnerable me permite atisbar trazos de un callado sentimiento de superioridad social (la inconfesable alegría de

¹¹ Como conciencia sobre la manera en que su persona y sus condicionamientos sociales (de clase y políticos) inciden en la relación que establece con las y los informantes en el trabajo etnográfico, la reflexividad (no emocional) es una práctica frecuente en los estudios antropológicos, al menos desde la década de 1980 (Guber, 2011).

no ser parte de esa realidad, de no haber “corrido” con esa “suerte”), o de una actitud condescendiente que atenta contra la dignidad de los y las participantes, se abren dos caminos redituables para el proceso de investigación. Primero, imaginar correlativamente cuáles son —desde la posición de subordinación social que ocupan los y las informantes— las emociones que mi presencia suscita: “¿me abrirán las puertas movidos por el interés instrumental de que pueda allegarles ciertos recursos (económicos, sociales)?; ¿es por ello que se muestran cautelosamente complacientes?; ¿envidian las señas tangibles de mi bienestar económico?; ¿abrigan resentimientos o sentimientos de superioridad moral porque entienden que la vida me ha sido fácil y la de ellos es producto del esfuerzo?; ¿qué revelan estas emociones de la propia reflexividad (interpretación) de los y las participantes sobre su situación social y su lugar en el mundo?”, etcétera. Segundo, emprender procesos de gestión emocional (de actuación profunda) para reposicionarme afectivamente desde un lugar de horizontalidad y —simultáneamente— velar por el cuidado emocional de mis interlocutores.

Es evidente que el trabajo de reflexión emocional en contextos sociales por los que sentimos afinidad difiere del que ameritan los que nos generan antipatía o rechazo, como veremos en varios de los capítulos de este libro, aunque no es menos importante. Reparar en la incomodidad que sentimos nos devuelve quizás la medida (el contra espejo) de lo que ellos sienten hacia nosotras y nosotros. ¿Desde qué lugar social emana la legitimidad que da cabida a su desprecio? La posición y el rol desde (y con) los cuales incursionamos en campo configuran la primera oportunidad de emprender la construcción del conocimiento emocional en el juego especular de la interacción social (Kleinman y Copp, 1993). Vale la pena precisar que no existe un punto final para dicho proceso. La reflexividad emocional se construye en capas sucesivas, en idas y vueltas al material recabado, en el que pueden (y a veces deben) mediar años. Un nivel de reflexión no invalida al otro, lo complementa.

Como mencioné, reenfocar la lente analítica para recuperar la dimensión emocional en la investigación social implica modificar la relación de conocimiento (su fundamento epistemológico) y ampliar las vías y recursos metodológicos a nuestro alcance. Los desplazamientos no concluyen ahí. Como señala Prosser (2015), el reposicionamiento epistemológico conlleva el metodológico, y ambos acarrearán consideraciones éticas. En efecto, si bien la atención a la dimensión emocional abre posibilidades inéditas de comprensión de la complejidad de la experiencia humana, configura situaciones potencialmente riesgosas para el bienestar de quienes interactúan. Ventilar sucesos dolorosos de la biografía o de la historia de una comunidad puede contribuir a la revictimización de las y los informantes. Hacer aflorar emociones profundas, emociones que quizás se quiere o se necesita acallar, es uno de los muchos dilemas éticos que plantea la investigación *con* emociones. De igual modo, la exposición de la persona que investiga a situaciones emocionalmente abrumadoras (violación de niños y mujeres; búsqueda de fosas clandestinas; muerte por incineración de un grupo de inmigrantes ante la indolencia de los guardias que los custodian) puede constituir una experiencia traumática que amerite tratamiento o apoyo psicológico. Por tanto, la investigación *con* emociones requiere prácticas de cuidado inclusivas que abarquen a las y los colaboradores y a quienes investigan.

El conjunto de capítulos que integran este volumen hace suyos los cuatro aspectos discutidos con anterioridad: 1) la complejidad de las emociones como objeto de estudio, 2) la necesidad de abrir las herramientas metodológicas para incluir la dimensión emocional priorizando la flexibilidad empírica y analítica, 3) el reposicionamiento de la relación de conocimiento y 4) las implicaciones éticas de la investigación *con* emociones. Además, condensan el esfuerzo de trabajo y reflexión colectiva de varios años en el seno del Seminario Institucional Sociología de las Emociones y el proyecto de investigación vinculado con él, “Aproximaciones empíricas al estudio de las emociones y

afectividad”, ambos bajo mi coordinación.¹² El propósito de esta obra es avanzar en la construcción de los itinerarios metodológicos que permitan aprehender la dimensión emocional de la vida social. A pesar de que la sociología es el punto de arranque e interlocución constante dentro del Seminario, el abanico disciplinario de sus integrantes y del subconjunto de autoras y autores del libro es diverso (sociología, antropología, comunicación, demografía, trabajo social, neurociencia social), haciendo posible un diálogo inter y transdisciplinario fértil y propositivo, tal y como lo demanda el abordaje de una dimensión tan compleja de la vida social.

ESTRUCTURA Y CONTENIDO DEL LIBRO

El volumen está conformado por quince capítulos distribuidos en siete secciones, cada una se centra en alguna perspectiva metodológica, con excepción de la última, que aborda las implicaciones éticas de la investigación *con* emociones, y la sexta, que emprende reflexiones transdisciplinarias de interlocución entre la sociología y la neurociencia social. Cada sección contiene dos capítulos (salvo la primera, que tiene tres), los cuales incluyen ejercicios empíricos de incorporación de la dimensión emocional precedidos de una breve explicación de los fundamentos del método en cuestión.

El libro inicia con la sección “Etnografía y emociones”, dedicada a rescatar las posibilidades que brinda este importante enfoque metodológico para construir el dato emocional. Tres capítulos la integran: dos se posicionan desde la etnografía sociológica y uno, el que en-

¹² Agradezco el constante respaldo institucional recibido a lo largo de los años por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, a través de la convocatoria anual para el desarrollo de seminarios institucionales. También, a Damaris Del Ángel Leal (becaria del Conahcyt) por la cuidadosa revisión editorial del libro y el apoyo en las tareas de organización del Seminario Institucional Sociología de las Emociones (SISE). Mi gratitud a todas y todos los integrantes del Seminario por el firme compromiso mostrado con la tarea colectiva que hemos venido realizando de forma permanente desde 2009.

cabeza la sección, anclado en la vertiente antropológica. En “Apuntes y contribuciones teórico-metodológicas al estudio de las emociones desde la antropología. Tres estudios etnográficos”, Frida Erika Jacobo Herrera emprende una estimulante relectura de tres obras antológicas de la antropología de las emociones: *Unnatural Emotions. Everyday Sentiments on a Micronesian Atoll and their Challenge to Western Theory*, de Catherine Lutz (1988); *Crimen pasional. Contribución a una antropología de las emociones*, de Myriam Jimeno (2004); y *El manejo del odio. Nación, afecto y gobernanza de la derecha extrema en Alemania*, de Nitzan Shoshan (2017). Mientras la obra de Lutz es precursora del campo de la antropología de las emociones en la academia estadounidense, las etnografías elaboradas por Jimeno y Shoshan constituyen aportaciones ejemplares desde América Latina. Frida Jacobo enuncia críticamente los conceptos, las categorías analíticas, la aplicación del método etnográfico y el posicionamiento epistemológico utilizados por las autoras y el autor, armando la caja de herramientas de lo que llama una “antropología en clave emocional”.

En su capítulo, “Afectividades subterráneas. Etnografía con personas estigmatizadas en el Metro de la Ciudad de México”, Flor Estrada y Erick Serna proporcionan, desde una mirada sociológica goffmaniana, el relato etnográfico de los intercambios relacionales que tienen lugar entre los faquires¹³ y el público usuario, por un lado, y entre los comerciantes y las autoridades, por el otro, dentro del Sistema de Transporte Colectivo Metro de la Ciudad de México, en tanto grupos sociales estigmatizados. Destacan la mediación socioemocional del orden de interacción y la manera en que la normativa de control y represión de estas actividades (el orden social vigente en el Metro) constriñen las posibilidades de intercambio social. Apoyándose en

¹³ En el contexto del Metro, los faquires son poblaciones en situación de calle que, con la finalidad de obtener una retribución económica, escenifican ante los usuarios la práctica de golpear una parte de su cuerpo contra el piso sobre una tela en la que colocan trozos de vidrio. En los hechos, la práctica constituye una técnica de trabajo emocional como estrategia para obtener ingresos económicos (Estrada, 2021).

Simmel, Erick y Flor nos recuerdan que el relacionamiento socioafectivo que promueve la mendicidad se inscribe en la reciprocidad como base de las relaciones sociales. Mientras los faquires logran conmovir a los usuarios capitalizando a su favor la dualidad víctima/delincuente inherente al estigma que los distingue, los comerciantes —fuertemente criminalizados— despliegan estrategias de gestión emocional y tácticas conductuales para manejar la tensión y el sentimiento de injusticia que les suscita la confrontación cotidiana con las autoridades.

La sección cierra con el capítulo de Mariana Ramos Ríos, “El estudio de las emociones y los afectos en el contexto sociodigital. Hacia una etnografía digital de las emociones”, una propuesta sociológica novedosa en la que confluyen la virtualidad como dimensión insoslayable del mundo actual, la etnografía y la sociología de las emociones. La irrupción de la virtualidad ha modificado la copresencia, eje del trabajo etnográfico clásico, dando lugar al orden de interacción sociodigital con un innegable impacto en la subjetividad (Jenkins, 2010). En la actualidad, la vida humana transcurre en dos órdenes de interacción interdependientes, el tradicional y el sociodigital, que se interceptan continuamente y poseen una dimensión socioafectiva ineludible. La tarea de la etnografía digital es recuperar ambos órdenes en un constante ejercicio dialógico. Luego de proporcionarnos una sinopsis de la génesis de la etnografía sociodigital como recurso metodológico, Mariana Ramos ilustra su aplicación empírica a partir de una investigación sobre el *performance* de las identidades de género que realiza un conjunto heterogéneo de jóvenes de la Ciudad de México en la plataforma Instagram. El ejercicio le permite identificar las emociones a que da pie el proceso de verificación identitaria y delinear las bases de una etnografía sociodigital de las emociones.

La segunda sección del libro, “Emociones (in)cómodas: empatía y antipatía en el trabajo de campo”, analiza dos estados emocionales antitéticos que emergen en el proceso de construcción de la información empírica no mediada; es decir, aquella que se levanta en terreno directamente con los participantes, destacando la gestión emocional que envuelven. Mientras la empatía es —por antonomasia— la

regla del sentir “de oro” del ejercicio etnográfico, la antipatía es una suerte de emoción vergonzosa que a quien investiga le cuesta admitir. En “Ser con ellas. La construcción empática del trabajo de campo con mujeres que se inyectan drogas en el norte de México”, Angélica Ospina-Escobar realza el carácter procesual y ritualístico del trabajo de campo, al que compara metafóricamente con una danza, un bailar continuo entre implicarse y separarse, entre ser *insider* y *outsider*, siempre al ritmo de la incertidumbre y la intercambiabilidad entre las posiciones de poder y estatus. Género y cuerpo fueron dos elementos clave de su relacionamiento social con las sexoservidoras usuarias de drogas durante su trabajo de campo, desde los cuales pudo resonar con ellas dejándose afectar empáticamente por sus experiencias para entender a cabalidad la dimensión del trauma que atravesaba sus vidas.

En el capítulo “Comprender la antipatía y el desagrado. La gestión emocional que exige la etnografía institucional en espacios fronterizos”, Alethia Fernández de la Reguera Ahedo emprende una reflexión sobre los procesos de gestión emocional que ha de desplegar una investigadora cuando analiza poblaciones que le suscitan rechazo o desagrado. Dicha gestión es un imperativo ético y científico para poder “dibujar” en su justa dimensión la complejidad del “otro” al que se rechaza y los procesos sociales de los que forma parte. Su investigación se centra en la gestión emocional de los “burócratas de a pie”¹⁴ en su interacción cotidiana con inmigrantes de diferentes países (intra y extra regionales) retenidos en la Estación Migratoria Siglo XXI de Tapachula, Chiapas, por las autoridades del Instituto Nacional de Inmigración. Bajo el discurso de la profesionalidad, la normativa institucional prescribe que los burócratas se distancien afectivamente de las poblaciones que atienden, pero que velen simultáneamente por sus derechos (al menos en el discurso). El texto de Fernández de la Reguera es un interesante ejercicio de etnografía institucional, modalidad metodológica poco practicada al que incorpora la lente emocional.

¹⁴ Funcionarios situados en la base del sistema de gestión migratoria.

El relato de vida, modalidad del método biográfico, es uno de los recursos más utilizados en la investigación cualitativa; la tercera sección del libro, “Relatos biográficos y emociones”, se focaliza en él. Los dos capítulos que la integran ratifican desde miradas complementarias (antropológica y sociológica) su idoneidad para el análisis de la dimensión emocional. Ambos comparten el doble supuesto de que la naturaleza de las emociones es narrativa y que las narrativas tienen una estructura emocional (Kleres, 2010). En “Procesos socioemocionales de la pandemia por Covid-19. Un ejercicio metodológico para el estudio de la dimensión emocional a partir del relato de vida”, Edith Flores y Oliva López toman como material empírico el caso de un estudiante de posgrado que vio temporalmente truncado su proyecto de titulación por el contexto pandémico y la insensibilidad de las instancias institucionales a las que debía rendir cuentas. Las autoras realizan un ejercicio longitudinal en el que resaltan las bondades de la entrevista biográfico-narrativa videograbada como recurso para recuperar datos socioemocionales (marcadores verbales y no verbales) que otros registros dejan escapar (transcripción de entrevistas). Por su parte, Carolina Peláez González, en “Aristas emocionales en el uso de los relatos biográficos. Reflexiones desde la experiencia de investigación”, aborda las potencialidades del método biográfico para recuperar lo social desde la dimensión emotiva, siendo los individuos el principal nivel de análisis. Remarca la importancia de la temporalidad como dimensión del método biográfico y la necesaria articulación entre el tiempo biográfico y el tiempo histórico. Su investigación construye los entramados emocionales asociados con los valores y normas que configuran el oficio de la pesca con base en los relatos de la vida laboral de un conjunto de trabajadores de la pesca industrial en el puerto de Mazatlán, Sinaloa, con los que elaboró su información empírica.

La cuarta sección del libro aborda el análisis de discurso (AD), una técnica multidisciplinaria que se caracteriza por la heterogeneidad de corrientes y tradiciones, lo que dificulta la identificación de una modalidad prioritaria y, al mismo tiempo, otorga flexibili-

dad a su aplicación (Sayago, 2014).¹⁵ Partiendo del convencimiento de que en el campo de la sociología de las emociones el lenguaje ha sido considerado de forma restringida, Silvia Gutiérrez Vidrio y Margarita Reyna Ruíz proponen un acercamiento interdisciplinario que evidencie sus fortalezas recíprocas y realce la centralidad del lenguaje en la producción del discurso emocional como práctica social. En su capítulo “Aproximación discursiva al estudio de las emociones” retoman algunos presupuestos de la sociología de las emociones para —desde la vertiente argumentativa del discurso— examinar un breve video de TikTok que circuló durante los momentos más álgidos de la pandemia. En su ejercicio empírico describen el recorrido emocional que indujo el video en los receptores al diseccionar los enunciados verbales y las imágenes asociadas a éstos. Concluyen con una reflexión sobre el desafío que al AD le plantea la ubicuidad de la virtualidad propia del mundo actual.

De forma paralela, en “La representación en el discurso emocional como acción del lenguaje y lenguaje en acción: los sucesos del 11-J en Cuba”, Vivian Romeu —posicionada en la vertiente antagónica del análisis de discurso desde un enfoque amplio— analiza el discurso emocional del presidente de Cuba, Miguel Díaz Canel, como respuesta aireada al 11-J, una protesta espontánea de los ciudadanos cubanos durante el mes de julio de 2021, la cual se diseminó por varias urbes del país. Su *locus* empírico es la representación entendida como aquello a través de lo cual el lenguaje se materializa. Examina no sólo la construcción discursiva de la situación conmovedora y la producción emocional que anatematiza a los opositores como “traidores a la Revolución y aliados del imperialismo yanqui” mientras las fuerzas coercitivas del Estado los reprimen duramente, sino el discurso gestual de quienes se animaron a salir a las calles según se observa en una serie de imágenes fotográficas que recupera. Su análisis con-

¹⁵ El autor advierte que es motivo de debate si el análisis de discurso es una técnica o un método. Se decide por la primera opción, pues le permite acotar su estatus metodológico para abrir las posibilidades de vinculación con perspectivas y metodologías diversas.

tribuye a entender cómo desde el discurso emocional se reproduce o se resiste el poder.

Un esfuerzo de apertura de los métodos de investigación en favor de la dimensión emocional, como al que este libro quiere abonar, no podía dejar fuera las aproximaciones cuantitativas a pesar de ser las menos empleadas. La quinta sección del libro, “¿Sirven las encuestas para estudiar las emociones?”, comprende dos capítulos que hacen una persuasiva defensa de tales métodos. En “Acercamiento cuantitativo a la afectividad de las familias mexicanas”, con base en la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Familias 2005, y métodos bivariados y multivariados, Marina Ariza analiza dos dimensiones de la afectividad de las familias mexicanas: el cariño y el respeto. Reconociendo que la emocionalidad y los vínculos afectivos están genéricamente mediados y que existe una división emocional de la parentalidad, encuentra un mapa relacional distinto del cariño en relación con el respeto como dimensión de la vida familiar; una mayor diversificación y equilibrio en los lazos afectivos de las madres dentro del hogar en contraste con los padres, con quienes los miembros de la familia poseen relaciones más distantes. A pesar de poseer relaciones más intensas con su progenie, las madres autoperciben un mayor déficit (carencia) de cariño. La autora describe de igual modo la manera en que las figuras que más afecto proporcionan al padre y a la madre del hogar cambian a lo largo del curso de vida, según ellos lo perciben, con la importancia progresiva del afecto emanado de los hijos en desmedro de otros vínculos familiares.

En el capítulo “Encuestando emociones: Bienestar socioemocional y desigualdades de clase en México”, Fiorella Mancini y Karina Videgain desarrollan un cuidadoso análisis del vínculo entre emociones y clase social en México en 2021. Adoptando la propuesta teórico-metodológica de Bericat (2018) en su estudio del bienestar emocional en España, y utilizando la Encuesta Nacional de Bienestar Autorreportado como fuente de información, las autoras examinan con precisión el vínculo entre emociones y estructura de clases bajo el doble supuesto de que las experiencias emocionales están estratificadas y

de que las emociones intervienen en la reproducción de la desigualdad social. Entre sus múltiples resultados figuran: 1) la ratificación de una distribución desigual de las emociones por clase social; 2) la mayor influencia de los factores socioeconómicos en el bienestar emocional de las personas con bajos recursos que en quienes cuentan con ellos; 3) una mayor incidencia de la clase social en la percepción de las emociones negativas que positivas; y 4) el disfrute de la vida, por un lado, y el cansancio y la falta de vitalidad, por el otro, como los estados emocionales más dispares entre las clases sociales. En palabras de las autoras, “disfrutar rara vez de la vida (o pocas veces) y sentirse cansado casi todo el día conforman el gran acervo emocional de las clases bajas mexicanas”.

En la investigación con emociones siempre aflora la naturaleza multidimensional de éstas y la contigüidad con otras áreas disciplinarias. Traspasar los límites disciplinarios entre las ciencias sociales y las biológicas para recoger parte de esta multidimensionalidad es una tarea que se proclama necesaria, pero que está colmada de obstáculos. En la penúltima sección del libro, Adriana García Andrade y Roberto Emmanuele Mercadillo Caballero realizan un loable esfuerzo por tender puentes transdisciplinarios entre la sociología y la neurociencia social. En “El diálogo ineludible entre sociología de las emociones y neurociencia social. El caso de la sincronización interpersonal y las emociones”, García Andrade ubica un fenómeno que concita el interés de ambas subdisciplinas, la sincronización interpersonal de por lo menos dos personas en sus movimientos, conductas, voces, emociones y organismos, trazando, a partir de ella, los puntos de encuentro y desencuentro entre las propuestas conceptuales de dos autores señeros en ambas disciplinas para el caso particular de la sincronización interpersonal: Randall Collins en la sociología de las emociones y John Cacioppo en la neurociencia social (disciplina de la cual fue fundador). La autora visualiza los planteamientos conceptuales como complementarios destacando el potencial que encierran para construir un continuo entre biología y sociedad. La sincronización interpersonal —una situación interaccional *per se*— es

el vértice desde el cual es posible formular hipótesis de investigación conjuntas y allanar el camino a la transdisciplinariedad. Esto pondría fin a la reticencia de la sociología de las emociones a incluir la materialidad del cuerpo y los desarrollos neurocientíficos.

En su contribución a esta sección, “Lo sentido en la ataxia espino-cerebelosa: una praxis empática para la investigación neurosocial”, Roberto Mercadillo construye un modelo empático de interrelación con los pacientes que sufren una incapacitante enfermedad genética. Para construir su propuesta abreva de la concepción de reflexividad emocional de Ian Burkitt (2012) y de un modelo previo sobre la empatía, desarrollado por su equipo de investigación (Mercadillo y Atilano-Barbosa, 2022). Su propuesta no se restringe a la relación interpersonal, sino que incluye a las instituciones que lidian con estos pacientes y a las comunidades en donde viven. Para ello, revisita el diario de campo de una investigación cualitativa realizada ocho años atrás con 15 de esos pacientes y sus familias en varias regiones del país. El autor “desempolva” el registro de sus propias emociones, de sus pacientes y sus familiares escondidas en el diario de campo, elaborando un interesante ejercicio de reflexividad emocional que comparte sin ambages con los lectores. Con base en éste, argumenta que el inventario de “las expresiones y comprensiones de los pacientes y familiares en sus comunidades y en el ámbito médico complementan las explicaciones neuropsicológicas para delinear funciones cognitivas y cerebrales afectadas por la enfermedad”. Con base en dicha complementariedad, es posible plantear hipótesis neurológicas fundadas en la interdisciplinariedad.

La última sección del libro aborda las implicaciones éticas de la investigación con emociones al promulgar una ética del cuidado que vele por las personas colaboradoras en terreno, pero también por quienes emprenden la tarea de investigar, usualmente desprovistos de las herramientas adecuadas para sobrellevar la “abundancia emocional” inherente al trabajo de campo y sus posibles secuelas afectivas. En su capítulo “Mirar de frente la violencia de género: dilemas éticos en la investigación feminista”, Hiroko Asakura y Perla Frago

parten del compromiso emancipador implícito que implica abrazar un posicionamiento feminista en la investigación social para identificar los dilemas éticos que cada una enfrentó al trabajar con mujeres víctimas de violencia extrema de género en un país como el nuestro, profundamente lacerado por múltiples violencias. Mirar de frente la violencia es una vivencia sobrecogedora que interpela a quien investiga y demanda una respuesta ética que desborda la tarea de investigación para emprender la colectivización del dolor y sumar esfuerzos en pro de una justicia restaurativa. Para enumerar las prácticas éticas que han de prevalecer en el trabajo con poblaciones como éstas, Asakura y Frago empiezan un proceso de reflexividad emocional de sus propias experiencias analizando la “economía política de los afectos”, esto es, el proceso de producción, intercambio y circulación emotiva que primó entre ellas y las mujeres participantes en sus respectivas investigaciones, propuesta conceptual original de las autoras, una suerte de prisma que refracta la dimensión emocional del vínculo social particular que enlaza a las investigadoras con las y los informantes.

En “Trabajo de campo y emociones: reflexividad para una ética relacional y de cuidado en la investigación sociológica con emociones”, último capítulo del libro, Jesús Alejandro de la Peña Rodríguez sienta las bases de una ética relacional y de cuidado orientada a minimizar el riesgo de daño emocional que acecha a quienes realizan investigación de campo partiendo del supuesto de que la afectación (positiva o negativa) es inevitable. Las emociones ritman el proceso de investigación, nos dice el autor. La posibilidad de fincar el proceso de investigación en una ética relacional y de cuidado descansa en un constante ejercicio de reflexividad emocional fundado en tres premisas: 1) incorporar la voz de las y los participantes, 2) tomar conciencia de la inmersión relacional y la reciprocidad afectiva, y 3) sonorizar la parte ocluida de la vivencia emocional de quien investiga. Un elemento clave es identificar los procesos contratransferenciales que fluyen en la interacción social en campo, pues es precisamente en ellos donde anida el daño potencial. De la Peña no se limita a esbozar los principios

de esta ética, sus herramientas y coordenadas, sino que los ejemplifica con honestidad a partir de su propia experiencia como investigador. La ética relacional del cuidado que propone abarca a las instituciones que respaldan la investigación, pues el cuidado es una responsabilidad social que trasciende a los individuos.

REFERENCIAS

- Ariza, Marina (2020). "La apuesta por la inclusión de la dimensión emocional en la investigación social". En *Las emociones en la vida social*, coordinado por Marina Ariza, 7-31. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ariza, Marina (2021). "The Sociology of Emotions in Latin America" [en línea]. *Annual Review of Sociology* 47 (1): 157-175. Disponible en <<https://doi.org/10.1146/annurev-soc-021021-054653>>
- Barbalet, Jack (2001). "Emotion in social life and social theory". En *Emotion, social theory, and social structure: A macrosociological approach*, 8-28. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bericat, Eduardo (2012). "Emociones". *Sociopedia.isa*, 1-13.
- Bericat, Eduardo (2018). *Excluidos de la felicidad. La estratificación social de bienestar emocional en España*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Blackman, Shane (2007). "'Hidden Ethnography': Crossing Emotional Borders in Qualitative Accounts of Young People's Lives". *Sociology* 41 (4): 699-716.
- Burkitt, Ian (2012). "Emotional Reflexivity: Feeling, Emotion and Imagination in Reflexive Dialogues". *Sociology* 46 (3): 458-472.
- Cortés, Fernando (2008). "Algunos aspectos de la controversia entre la investigación cualitativa y la investigación cuantitativa". En *Método científico y política social. A propósito de las evaluaciones cualitativas de programas sociales*, Fernando Cortés, Agustín Escobar y Mercedes González de la Rocha, 27-58. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Estrada, Flor (2021). *"En la forma del pedir está el dar": Trabajo emocional de persona de población callejera en el metro de la Ciudad de México*. Tesis de Licenciatura en Trabajo Social. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Flam, Helena (2015). "Introduction: Methods of exploring emotions". En *Methods of Exploring Emotions*, editado por Helena Flam y Jochen Kleres, 1-22. Londres-Nueva York: Routledge/Taylor & Francis Group.
- Flam, Helena, y Jochen Kleres (editores) (2015). *Methods of Exploring Emotions*. Londres-Nueva York: Routledge/Taylor & Francis Group.

- Gerhards, Jürgen (1986). "George Simmel's contribution to a theory of emotions". *Social Science Information* 25 (4): 901-924.
- Godbold, Natalya (2015). "Researching Emotions in Interactions: Seeing and Analysing Live Processes". *Emotion Review* 7 (2): 163-168.
- Gordon, Steven (1981). "The Sociology of Sentiments and Emotions". En *Social Psychology: Sociological Perspectives*, editado por Morris Rosenberg y Ralph H. Turner., 562-592. Nueva York: Basic Books.
- Guber, Rosana (2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hammond, Michael (1983). "The sociology of emotions and the history of social differentiation". *Sociological Theory* 1: 90-119.
- Hochschild, Arlie (1979). "Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure". *American journal of sociology* 85 (3): 551-575.
- Hochschild, Arlie (1983). *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling*. Berkeley: University of California Press.
- Holmes, Mary (2010). "The Emotionalization of Reflexivity". *Sociology* 44 (1): 139-154.
- Holmes, Mary (2015). "Researching Emotional Reflexivity". *Emotion Review* 7 (1): 61-66.
- Hopkins, Debra; Jochen Kleres; Helena Flam; y Helmut Kuzmics (editores) (2009). *Theorizing Emotions: Sociological Explorations and Applications*. Frankfurt/Nueva York: Campus Verlag.
- Jenkins, Richard (2010). "The 21st-Century Interaction Order". En *The Contemporary Goffman*, editado por Michael Jacobsen, 257-274. Nueva York: Routledge.
- Jimeno, Myriam (2004). *Crimen pasional. Contribución a una antropología de las emociones*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Kemper, Theodore (1990). "Social relations and emotions: A structural approach". En *Research agendas in the sociology of emotions*, editado por Theodore Kemper, 207-237. Albany: State University of New York Press.
- Kemper, Theodore (2006). "Power and Status and the Power-Status Theory of Emotions". En *Handbook of the Sociology of Emotions*, editado por Jan Stets y Jonathan Turner, 87-11. Nueva York: Springer.
- Kleinman, Sherryl, y Martha Copp (1993). *Emotions and Fieldwork*. Newbury Park: Sage Publications.
- Kleres, Jochen (2010). "Emotions and Narrative Analysis: A Methodological Approach". *Journal for the Theory of Social Behavior* 41 (2): 182-202.
- Kleres, Jochen (2015). "Prefacio". En *Methods of Exploring Emotions*, editado por Helena Flam y Jochen Kleres. Londres/Nueva York: Routledge/Taylor & Francis Group.
- Lively, Kathryn (2015). "Comment on Methodological Innovations from the Sociology of Emotions-Methodological Advances". *Emotion Review* 7 (2): 181-182.

- Lutz, Catherine (1988). *Unnatural Emotions. Everyday Sentiments on a Micronesian Atoll and their Challenge to Western Theory*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Mercadillo, Roberto, y Daniel Atilano-Barbosa (2022). "Getting to know ourselves through recognizing ourselves in others: Neuroanatomy of empathy in a social neuroscientific model". En *Multidisciplinarity and Interdisciplinarity in Health*, editado por Nima Rezaei, 143-176. Switzerland: Springer.
- Prosser, Brenton (2015). "Knowledge of the Heart: Ethical Implications of Sociological Research with Emotion" [en línea]. *Emotion Review* 7 (2): 175-180. Disponible en <<https://doi.org/10.1177/1754073914554787>>
- Robben, Antonius (2011). "Seducción Etnográfica, Transferencia, y Resistencia en Diálogos sobre Terror y Violencia en Argentina". *Aletheia* 1 (2): 1-32.
- Sayago, Sebastián (2014). "El análisis del discurso como técnica de investigación cualitativa y cuantitativa en las ciencias sociales". *Cinta de moebio* 49: 1-10.
- Scheff, Thomas (1988). "Shame and Conformity: The Deference-Emotion System" [en línea]. *American Sociological Review* 53 (3): 395-406. Disponible en <<https://doi.org/10.2307/2095647>>
- Scherer, Klaus (2005). "What are emotions? And how can they be measured?" [en línea]. *Social Science Information* 44 (4): 695-729. Disponible en <<https://doi.org/10.1177/0539018405058216>>
- Shoshan, Nitzan (2017). *El manejo del odio. Nación, afecto y gobernanza de la derecha extrema en Alemania*. Ciudad de México: Colegio de México.
- Stets, Jan (2015). "Comment on 'Methodological Innovations from the Sociology of Emotions-Theoretical Advances'". *Emotion Review* 7 (1): 79-80.
- Stets, Jan, y Jonathan Turner (2006). *Handbook of the Sociology of Emotions*. Nueva York: Springer.
- Stets, Jan, y Jonathan Turner (editores) (2014). *Handbook of the Sociology of Emotions*, Volume II. Nueva York: Springer.
- Solana, Mariela (2020). "Afectos y emociones, ¿Una distinción útil?". *Revista Diferencia(s)*10: 29-40.
- Thoits, Peggy (1989). "The sociology of emotions". *Annual Review of Sociology* 15 (1): 317-342.
- Vaish, Amrisha, y Robert Hepach (2020). "The development of prosocial emotions". *Emotion Review* 12: 259-273.
- Walle, Eric (2020). "Developing Emotion Research: Insights from Emotional Development". *Emotion Review* 12 (4): 209-211.

I. ETNOGRAFÍA Y EMOCIONES

Apuntes y contribuciones teórico-metodológicas al estudio de las emociones desde la antropología

Tres estudios etnográficos

Frida Erika Jacobo Herrera

INTRODUCCIÓN

Las emociones han sido estudiadas desde diferentes perspectivas teóricas abarcando sus variados componentes, como corporales, psíquicos, culturales y sociales. Bourdin (2016)¹ distingue dos perspectivas centrales para su estudio: la naturalista-universalista y la culturalista-construccionista. Esta última, ya desde la década de los años ochenta del siglo xx, colocaba a las emociones en la mira antropológica e inauguraba un campo de investigación que, en los últimos treinta años, se ha ubicado con fuerza en el interés académico. Por ejemplo,

¹ Si bien el autor ofrece una mirada esquemática del abordaje social de las emociones, permite ilustrar las tendencias predominantes en los inicios de este campo de estudio. Baste recordar que quizá fue Marcel Mauss, a inicios del siglo xx, quien mencionó las emociones en sus estudios etnológicos; pero, sin duda alguna, la antropóloga Michelle Rosaldo fundó este campo en la década de los ochenta. Desafortunadamente, su repentina y temprana muerte truncó sus estudios.

en México contamos con una vasta producción académica que se ha propuesto estudiar directamente una emoción, como el amor (Calderón, 2021), el miedo (Reguillo, 2008), la nostalgia (Hirai, 2014). Asimismo, se ha partido de introducir la dimensión afectiva a la construcción cultural del orden emocional (Calderón, 2014) y la relación entre género y dimensión afectiva (López Sánchez, 2019).

En este capítulo propongo la revisión de tres obras en las que identifico momentos clave en el estudio de las emociones para la antropología. Las primeras dos obras son paradigmáticas en esta disciplina. En *Unnatural Emotions*, Catherine Lutz (1988) sitúa las emociones de una sociedad no occidental como objeto de estudio antropológico. En *Crimen pasional*, Myriam Jimeno (2004) nos sitúa en dos sociedades contemporáneas latinoamericanas. La tercera obra, *El manejo del odio*, de Nitzan Shoshan (2017), el más reciente de los tres, ilustra cómo las emociones pueden analizarse en relación con otras temáticas (gobernanza y políticas públicas) en sociedades modernas occidentales. Las tres obras pretenden ser un punto de partida en la identificación de estrategias teórico-metodológicas para el estudio de las emociones desde la ciencia que nos ocupa.

Las autoras y el autor de estos textos tienen en común sus exhaustivos trabajos de campo que destacan por una sólida propuesta etnográfica. El libro de Lutz es una obra pionera que hace explícito su interés por entender las principales emociones entre los ifaluk, en las Islas Carolinas del Pacífico Norte. La autora ofrece estrategias metodológicas, como el registro lingüístico de las expresiones emocionales, y la etnografía como herramienta fundamental en el registro del día a día. Esa cotidianidad es la que le permite distinguir la importancia de las emociones y su significado desde el punto de vista de los actores sociales.

Crimen Pasional, de Myriam Jimeno, es un libro pionero en América Latina que analiza abiertamente las emociones involucradas en las relaciones de pareja y cómo se expresan en el sistema penal de Colombia y Brasil. Con la revisión de diferentes casos de crímenes pasionales recorre críticamente el sistema judicial de estos países, dialo-

gando con los familiares de las víctimas y con las y los perpetradores del crimen para dar cuenta de cómo se entremezclan las explicaciones “racionales” y las emocionales en las narrativas. Las emociones se convierten en objeto de estudio y las identifica en los discursos sociales, resaltando su importancia como elementos fundantes de la manera de mirar, explicar y construir relaciones sociales.

Tanto el texto de Lutz como el de Jimeno comparten una misma visión sobre las emociones: que están social y culturalmente arraigadas y que las podemos identificar a través del discurso que constantemente las nombra, explícito o implícito. Las autoras, por medio de la etnografía, la observación y la escucha atenta de diferentes interlocutores, acceden a la expresión emocional, de acuerdo con el momento, el sujeto y el contexto socio-histórico. Las dos obras señaladas pueden estimarse como paradigmáticas en la antropología, y hoy clásicas,² por ser clave en el desarrollo de este novedoso campo.³

El texto de Nitzan Shoshan, *El manejo del odio*, es relevante en dos sentidos. Por un lado, es una etnografía exhaustiva, de largo aliento, y, por otro, introduce el odio (el discurso y su manejo) para entender la conformación de un país. Shoshan se concentra en analizar cómo en la gobernanza de la Alemania actual hay una tendencia a frenar y crear estrategias que contrarresten los discursos de odio y xenofobia entre su población juvenil.

El análisis de las tres obras busca contribuir, en este capítulo, a la identificación de metodologías para el estudio de las emociones, así como recuperar sus categorías analíticas. Si bien se ha advertido so-

² Recupero la definición de “clásico” propuesta por Jeffrey Alexander, en su ensayo “La centralidad de los clásicos” (1987): “[a] los clásicos se les concede un rango privilegiado frente a las investigaciones contemporáneas del mismo campo. [...] significa que los científicos contemporáneos [...] creen que entendiendo dichas obras [...] pueden aprender de su campo de investigación [...], implica, además, que en el trabajo cotidiano del científico medio esta distinción se concede sin demostración previa; [...] en calidad de clásica, tal obra establece criterios fundamentales en ese campo particular” (p. 22).

³ Agradezco las observaciones y comentarios de la Dra. Marina Ariza, los cuales me ayudaron a consolidar esta idea y construir la propuesta vertida en este trabajo.

bre cómo se ha incorporado el estudio de lo emocional en la antropología (Calderón, 2012), en los libros analizados distingo la conformación de lo que denomino un nuevo paradigma en la etnografía en clave emocional. Desde mi perspectiva, la discusión actual nos permite construir y recuperar el registro, la observación y el análisis de las emociones que surgen en la interacción humana, y así aportar a la reflexión de su dimensión social desde la etnografía (Jacobó, 2022).

El capítulo está conformado por dos apartados y las conclusiones. En el primero realizo un breve recorrido por los diferentes paradigmas⁴ propuestos por la antropología para la realización de etnografías. En el segundo analizo las tres obras referidas, buscando identificar, en un ejercicio comparativo, los planteamientos más relevantes sobre el estudio de las emociones de las autoras y el autor. Concluyo con una tabla expositiva en donde sintetizo algunos de los aspectos discutidos y las principales nociones conceptuales y etnográficas de las autoras y el autor en cuestión.

PARADIGMAS ETNOGRÁFICOS EN LA ANTROPOLOGÍA

El antropólogo británico Tim Ingold (2015, 2017) señala que es preciso diferenciar entre etnografía, trabajo de campo y observación participante. La etnografía se refiere al texto elaborado por el antropólogo o la antropóloga en el que describe lo recabado en campo y que transforma el “dato” en un documento sistematizado, ordenado, que combina y adelanta interpretaciones y análisis a partir de un acompañamiento teórico y conceptual elegido por quien escribe. Por su parte, el trabajo de campo es el momento en que se definen asuntos como el tiempo de estancia y la llegada al grupo elegido para establecer vínculos y estrechar relaciones que posibiliten desplegar diferentes técnicas de

⁴ El filósofo Thomas Kuhn (1971), en su libro *Las revoluciones científicas*, debate el concepto. Menciona que es “un conjunto de realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionaron modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica” (p. 5).

investigación, como la entrevista, el cuestionario, la encuesta, la escucha y la plática informal. La observación participante permite conocer *desde dentro*, particularidad que distingue a la antropología de otras disciplinas sociales (Ingold, 2015: 224). Observar y participar requieren que el antropólogo o la antropóloga sea capaz de sumergirse en un mundo distinto al propio, donde conozca y se abra a otras realidades humanas y no humanas.

En este apartado me concentro en recuperar los paradigmas más importantes dentro de la etnografía. El primero, el funcionalista, fue propuesto por el antropólogo polaco B. Malinowski (1884-1942), quien, en su trabajo de campo en las islas Trobriand en los años veinte del siglo pasado, conformó formalmente la etnografía como herramienta fundamental de la antropología. En *Los argonautas del Pacífico occidental* (1922) plasmó lo que por muchos años se entendería constituyente del trabajo de campo: la observación participante, estar en el lugar, realizar entrevistas y procurar estancias prolongadas para conocer y detectar los imponderables de la vida cotidiana; es decir, todo aquello que acontece de manera inesperada. Para Malinowski es fundamental estar atento, observar todo y llevar un registro detallado en un diario de campo. La información recabada debe someterse a un proceso de sistematización y análisis para convertirse en una etnografía. La construcción de un registro escrito de todas esas vivencias, escuchas y encuentros del etnógrafo y la etnografía debe transformarse —con ayuda de planteamientos teóricos— en un análisis de lo social, que en el caso de este antropólogo se conformó en una teoría funcionalista:

La teoría funcionalista sostenía que las sociedades estaban integradas en todas sus partes, y que las prácticas, creencias y nociones de sus miembros cumplían alguna “función” para la totalidad. Esta postura volvía obsoleta tanto la recolección de datos fuera de su contexto de uso como la descripción de los pueblos en tanto ejemplares del pasado. La formulación de vastas generalizaciones cedió al “holismo” o visión totalizadora,

que ya no sería Universal o panhumanitaria, sino referida a una forma de vida particular (Guber, 2011: 27).

Márquez y Rodríguez (2021) distinguen cinco paradigmas teórico-metodológicos en la etnografía. El primero es el funcionalista, expuesto arriba. El segundo es la crítica a esa mirada. Los autores se concentran en evidenciar la unidireccionalidad en la elaboración de los datos y la omisión de la presencia de quien investiga (como figura de poder), con la potencialidad de modificar el dato mismo: “La [crítica] más fuerte de ellas reparó en la necesidad de distinguir los puntos de vista del investigador/a frente a los de las y los actores sociales. La distinción emic/etic —de raigambre lingüística— sentará las bases para que emerja el segundo paradigma etnográfico: el enfoque dialógico” (Márquez y Rodríguez, 2021: 19).

Siguiendo a Márquez y Rodríguez, el tercer paradigma es el del antropólogo norteamericano Clifford Geertz (2003) con su giro simbólico. En los años setenta, el autor propuso recuperar la etnografía como herramienta, siempre y cuando se conforme como una descripción densa que permita llegar al plano simbólico de lo que se dice y se hace. Plantea el problema de la interpretación como un elemento que enriquece la práctica antropológica y no como un caso sin solución. La búsqueda detallada de significado es lo que permite entender el orden y sentido que le atribuyen a sus vidas los sujetos estudiados. Esta contribución sigue siendo fundamental para entender la complejidad de lo social y provocar en el investigador la reflexión sobre el lugar desde el que enuncia. Además, “Los planteamientos *geertzianos* tuvieron un gran impacto en el oficio antropológico, pues develaron [...] la necesidad de asumir que el ‘lugar’ en donde se realiza el trabajo de campo no es una entidad física, sino una construcción analítica” (Márquez y Rodríguez, 2021: 20).

El cuarto paradigma reflexivo dio paso a la subjetividad; es decir, a la inclusión del contexto de quien investiga. Autoras como Haraway (1995) lo llamaron conocimiento situado. Se pueden identificar trabajos relacionales en los que el sujeto investigado está involucrado en

el proceso mismo de investigación (Márquez y Rodríguez, 2021: 20). Este último paradigma abre espacio al estudio de las emociones en el campo antropológico y a una etnografía en clave emocional. Márquez y Rodríguez enuncian un último y quinto paradigma que denominan experimental, el cual agrupa otras formas de realizar etnografía, como la colectiva, audiovisual, sensorial, digital, etcétera.

En resumen, la etnografía no es solamente un conjunto de técnicas que se pueden aplicar en cualquier momento y lugar, es más que un método (Peirano, 2014). Pone en el centro del interés la posibilidad de llegar a otros mundos que interpelen el propio para asumir la difícil tarea de construir un texto que dé cuenta de ello.

TRES ESTUDIOS ETNOGRÁFICOS SOBRE EMOCIONES

Catherine Lutz: Unnatural Emotions. Everyday Sentiments on a Micronesian Atoll and their Challenge to Western Theory

Siguiendo el apartado anterior podemos ubicar este libro tanto en el paradigma interpretativo como en el reflexivo. Sin embargo, a partir de la revisión que propongo en este capítulo, también es un libro que da pie a una etnografía en clave emocional. Es una obra que se concibió en una coyuntura particular de la antropología. Por un lado, prima la búsqueda de lugares remotos para realizar trabajos de campo. Lutz toma por caso una isla colonizada históricamente por diferentes países, entre ellos Estados Unidos. En su texto incluye el contexto histórico para llegar a un espacio conocido por ambos lados: los habitantes acostumbrados a los extranjeros y las y los antropólogos interesados en las colonias que pueden mostrar diversidad en la manera de organizar y construir relaciones sociales diferentes a los occidentales. La antropóloga busca entre los ifaluk nuevas formas de entender las emociones.

Por otro lado, su trabajo refleja la fuerte presencia del feminismo en las ciencias sociales. Recupera el interés antropológico de encontrar en otras culturas y sociedades formas diversas de entender el

género, de colocar en él conductas y características particulares que responden al interés del grupo. Y, sobre todo, de discutir la manera en que Occidente, sobre todo en la sociedad estadounidense de la que es parte, se piensa desde binomios opuestos. La antropóloga irá fortaleciendo esta idea para discutir la distancia impuesta entre emoción y razón, y el lugar emocional (dentro de este esquema) desde el que se distingue al género femenino. Esta discusión es fundamental para entender su texto, pues, como el título indica, pretende retar la teoría occidental.

Lutz parte del concepto de las emociones como construcciones culturales. Para sostener esta idea elabora una etnografía de los ifaluk, quienes le proporcionan los datos necesarios para su argumento. Acompaña su trabajo con planteamientos teóricos que fundamentan una teoría propia sobre las emociones. La autora señala como uno de sus objetivos fundamentales:

Deconstruir la emoción, demostrar que el uso del término emoción, tanto en nuestra conversación cotidiana como en las conversaciones científico-sociales, descansa en una red de asociaciones implícitas que le dan fuerza a los argumentos que se usan. El segundo objetivo es describir mi comprensión del día a día ifaluk, donde la gente habla de emociones de una forma en que reflejan sus valores, sus luchas de poder y su único entorno natural, el atolón (Lutz, 1988: 3).⁵

La autora propone establecer un diálogo desde el mundo ifaluk registrado por ella y su mundo estadounidense. Comprueba las diferencias culturales desde donde se piensan las emociones. Éstas forman parte del entendimiento cultural, pero también son una práctica ideológica, lo que le permite identificar cómo se naturalizan desde una perspec-

⁵ En el libro recupera el significado de emociones aprendidas desde su propia cultura y como mujer estadounidense. Habla de la necesidad de deconstruir ese concepto con la ayuda de lo que observa entre los ifaluk y así, a partir de distintos parámetros culturales, relativizar el término.

tiva rígida, biologicista, dentro de un pensamiento occidental dual: cuerpo-mente, naturaleza-cultura, pensamiento-emoción, que se traslada a un supuesto orden universal. Por eso los estudios etnográficos son tan importantes, pues contribuyen a identificar diferentes formas de vivir y de construir saber y conocimiento.

Sin embargo, la antropóloga no se queda en la deconstrucción. Ofrece una nueva acepción del término emoción: “está culturalmente definida, promulgada socialmente y articulada personalmente.” Su libro muestra cómo el significado emocional está fundamentalmente estructurado por sistemas culturales y ambientes materiales y sociales particulares. “La experiencia emocional no es precultural, sino preeminentemente cultural” (Lutz, 1988: 5).

Para conocer el sistema cultural, la autora se apega a la práctica antropológica que interesa en este capítulo, la etnografía, apelando a la idea central de Clifford Geertz (antes mencionada): la interpretación. La clave es la comparación de las vidas emocionales de los otros a partir de las palabras que emplean, pero también de la revisión de las teorías del *self*.⁶ Es decir, pretende una búsqueda empírica de cómo se piensa y construye el yo social en el mundo ifaluk. Para Lutz, la etnografía es una herramienta que permite elaborar descripciones detalladas que combinan la experiencia de un viaje, el trabajo de campo y la interpretación de los datos recabados, siempre que se adhiera a lo siguiente:

Una descripción cultural verdadera de los encuentros etnográficos examina la interacción de ambos significados culturales de los sistemas involucrados (etnógrafo y hospedero), así como la Naturaleza, y cambia en la relación de poder entre ambas partes [...]. El trabajo de campo es tratado, pensado, como un ejercicio cultural que debe ser construido como

⁶ Concepto de gran importancia en la teoría social. Para el interaccionismo simbólico (Mead, Goffman) es fundamental entenderlo como proceso social que permite al individuo orientarse como persona, con lo que lo rodea y con los otros (Sosa-Sánchez, 2021).

crónica —ser escrito, al final, por una americana— donde su ser cultural está constreñido a su visión (Lutz, 1988: 15).

Unnatural Emotions presenta un ejercicio de espejo constante haciendo notar breves interacciones tanto del grupo estudiado como de la antropóloga interactuando con él, en el que las experiencias introducidas formaban parte de su comprensión de los ifaluk. Describe, por ejemplo, cómo necesitaba cuidados especiales en ese mundo, por su condición de mujer, de género y de extranjería. El método que empleó fue el comparativo: “Toda etnografía es comparativa, involucrando ya sea explícita o implícitamente la comparación entre la cultura del observador con la del observado [...]. La respuesta emocional de quien hace campo es una interpretación culturalmente informada de lo que ha encontrado” (Lutz, 1988: 46).

Enseguida serán comentados los tres postulados que encuentro en esta autora para el estudio de las emociones.⁷

Primero, identificar y trabajar con la teoría local de la emoción. Para esta tarea realizó un trabajo de campo prolongado, con el fin de informarse acerca de la vida cotidiana del grupo e identificar al menos tres emociones fundamentales en las islas Carolina del Pacífico Norte: *song* (ira justificada), *metagu* (miedo) y *fago* (compasión, amor). Estas se aprecian en relaciones sociales específicas (por género, edad, contexto) que permiten a las personas identificarlas y expresarlas. Además de los componentes culturales, la autora considera las condiciones materiales del grupo, como la poca tierra que tienen los ifaluk. Al respecto, registra cómo un tifón, que azota la isla, repercute en problemas de salud y de mortalidad materna, situaciones que generan miedo y preocupación en los habitantes:

⁷ Ver tabla 1, al final del capítulo, en donde se comparan las autoras y el autor respecto a cómo conceptualizan las emociones, las estudian y analizan.

La estructura social, las relaciones sociales y las condiciones materiales de la vida en este atolón de coral ordenan las teorías locales de la emoción. Estas condiciones crean las situaciones concretas de los encuentros entre personas, que necesitan interpretar, frecuentemente, con la ayuda de conceptos emocionales. Las condiciones materiales incluyen la tierra limitada de los isleños, la vulnerabilidad a catástrofes como tifones, la tasa alta de mortalidad infantil y la densidad de la población (Lutz, 1988: 214).

El segundo postulado refiere a la problematización de su mirada extranjera, tanto en la manera en que aprendió a realizar trabajo de campo como en las emociones. Plantea que el método científico ha provocado que el antropólogo o la antropóloga se mantenga distante. Lutz se apoya en Renato Rosaldo para subrayar la importancia de dibujar, en nuestras propias experiencias emocionales, la relación con aquellos y aquello que estamos experimentando en campo. En ese sentido, cuestiona la objetividad epistemológica e indica la necesidad de recurrir a lo que vivimos como personas y desde dónde lo vivimos para comprender otras expresiones emocionales. De esto derivamos su posicionamiento epistemológico. Lutz se permite nuevas vivencias, pero no deja de acercarse al problema desde una mirada de observadora externa que, si bien entiende la dinámica, no comparte el marco referencial y moral del grupo. Aclara lo que, como la mayoría de los etnógrafos y las etnógrafas, no compartió con sus huéspedes ifaluk:

[...] un compromiso con una membresía permanente con el grupo, un destino común, y un entendimiento o interpretación de eventos desde una mirada moral. La posición del etnógrafo/a en campo parece siempre que previene el desarrollo completo de la posición central necesaria para la comprensión de la emoción, que es una posición social compartida (Lutz, 1988: 217).

El tercer postulado atañe a su análisis de la teoría académica de la emoción. Debate cómo Occidente ha entendido la emoción, reflexio-

nando sobre sus teorías al respecto. En ese sentido, lo fundamental es lo que hasta hoy día debatimos: las emociones no pueden mirarse únicamente desde el ámbito psicobiológico o como algo que pertenece sólo al individuo, algo privado. Concluye su estudio diciendo: “más que modelar a las personas como pensantes o emocionales, debemos verlas como, casi siempre, ‘emocionales’ en el sentido de estar comprometidas a ‘procesar información’ o entender el mundo en formas culturales y personales” (Lutz, 1988: 225).

Hemos identificado en la obra de Lutz sus estrategias metodológicas y su postura teórica en un campo que entonces comenzaba a perfilarse como importante en la antropología y en otras disciplinas sociales: el de las emociones como construcciones culturales asociadas a un orden social e histórico específico. La autora invita a cuestionar el mundo académico occidental a partir de la mirada del otro. Su impronta es la de elaborar etnografías concentradas en la descripción y en el entendimiento de la emoción desde el punto de vista nativo, sin olvidar que quien observa lo hace desde un marco teórico, cultural e histórico propio.

Myriam Jimeno. Crimen pasional. Contribución a una antropología de las emociones

El libro de Jimeno es un importante referente para el estudio de las emociones, ya que articula el tema con el fenómeno social de la violencia. Va más allá de la descripción de una emoción caracterizada social y culturalmente para analizar, desde las relaciones de pareja, el fenómeno de la violencia constituido legalmente bajo la figura de crimen pasional.

El crimen pasional es una construcción cultural que pretende naturalizarse a través de un conjunto de dispositivos discursivos que le dan sentido a las acciones personales e institucionales frente al mismo. Estos dispositivos discursivos se encuentran tanto en los relatos de experiencias personales como en la interpretación normativa y su núcleo es la reiteración de

la oposición entre emoción y razón. El efecto de estos dispositivos es una exculpación social de este crimen y un castigo atenuante para sus agentes. El que éstos sean mayoritariamente hombres señala que esta acción tiene que ver con las jerarquías de género, en particular con la construcción identitaria de masculinidad y feminidad (Jimeno, 2004: 17).

Como anuncia en el párrafo citado, la autora revisa el crimen pasional como una acción en la que se entrelazan ideas sociales del amor, la violencia y el castigo, desde el sistema penal y judicial de dos ciudades capitales, Brasilia y Bogotá, a partir del estudio de cuatro casos (dos en cada país), más ocho casos complementarios para reforzar su argumento. Recurre a entrevistas con las familias de las víctimas y con las personas presas por los crímenes. Extiende la etnografía a la revisión de archivos judiciales, jurídicos e históricos para rastrear el significado de crimen pasional. Estos elementos le permiten incluir la dimensión emocional a un plano institucional. Por tanto, metodológicamente, en su trabajo de campo se distinguen diferentes niveles de análisis, temporales y espaciales. Hizo revisiones de documentos históricos y de archivos del presente (revisó los casos y las sentencias de los crímenes elegidos). Por último, entrevistó tanto a las víctimas como a los perpetradores de los crímenes. En la detección de estos dispositivos discursivos identifica cómo se plantea la emoción como un estado irracional, único, que en el trasfondo habla del honor masculino y del interés social por defenderlo. Por tanto, demuestra cómo en las leyes se percibe un discurso que refleja las emociones como factores que favorecen actos violentos; una manera particular de entender el amor, el amor de pareja y la conservación del matrimonio.

La autora retoma de Simmel y Goffman la noción del conflicto como parte fundamental de la vida social. Tanto éste como las expresiones violentas son propiciadas por alguna emoción que deberá ser reprimida, controlada, para no perturbar el orden. Dice Jimeno que la idea de Elías (1939, citado en Jimeno, 2004) de control emocional para lograr un proceso civilizatorio es clave para comprender los crí-

menes pasionales desde una óptica occidental que privilegia la *civilidad* frente a la *incivilidad* (Jimeno, 2004: 28). Ésta, junto con la pasión y la violencia, se consideran marcas de un proceso civilizatorio fallido; características atribuidas a las mujeres, los pobres y los pueblos “primitivos”, vistos como portadores de reductos de una emocionalidad incontrolada, a menos que mecanismos como la educación la prevengan. Así, este modelo produce también una patologización de la acción violenta (Jimeno, 2004: 28).

Para la antropóloga, el crimen pasional puede ser explorado como un acto de violencia inscrito simultáneamente en tres grandes campos socioculturales: el de las representaciones de la vida sentimental y de la emoción como negación de la razón; el de los sistemas morales, las clasificaciones y las relaciones de género; y el de la pasión y la violencia, vistas socioculturalmente como reductos de *incivilidad*. En los casos que presenta, muestra cómo se construye la argumentación de la vida sentimental (que define las relaciones de género) y esos momentos de *incivilidad* observables, en su mayor expresión, en un crimen pasional.

De la antropología de las emociones recupera las propuestas de varios autores, deteniéndose especialmente en Lutz para señalar que los significados emocionales están estructurados por sistemas culturales y por ambientes materiales y sociales particulares, y que “los conceptos sobre la emoción son más útiles entendidos como dirigidos a propósitos comunicativos y morales más que a estados internos supuestamente universales” (Lutz, citada en Jimeno, 2004: 35-36). Jimeno coincide en que las emociones son un acto comunicativo en que el lenguaje es clave para entender la significación, la función comunicativa, el contexto donde se expresa y para ubicar las emociones en un sentido relacional. Por eso, para la antropóloga colombiana, el estudio de las emociones debe incorporarse en las etnografías, en las que se puede registrar lo que es importante para las personas en su vida y su lenguaje cotidianos. Su propuesta metodológica, que le permite construir categorías analíticas, consiste en abordar el crimen

pasional a partir de la construcción de tres unidades separadas por razones analíticas:

El evento. Considerado como el transcurso de situaciones específicas en las cuales se confrontan personas relacionadas amorosamente que forman parte de una red familiar y social mayor [...]. La segunda, la designan como razones para destacar el marco de significación en el cual se gesta y se desenvuelve la acción; las razones cobijan los sentimientos y pensamientos que le dan significado a las acciones y se expresan principalmente a través de las intenciones, la racionalización y las motivaciones con las que las personas explican la ocurrencia de los eventos. Al tercer componente del crimen lo llamo desenlaces (des-enlaces) para dar cuenta de los efectos disruptivos provocados por la acción violenta, donde predominan las consecuencias de la acción para sus protagonistas. Finalmente, el concepto de configuración emotiva rescata de nuevo la unidad de las tres categorías en un complejo donde lo individual y lo colectivo se encuentran entretejidos y sostenidos por una trama social coloreada por las variedades y contrastes nacionales, de género, individuales y de posición social (Jimeno, 2004: 48).

Recurre a los relatos desde el punto de vista de los involucrados para desarrollar los momentos analíticos descritos y, desde ahí, analizar el crimen pasional. El relato es esa forma de comunicar para compartir la experiencia, ordenar acontecimientos y darle sentido a lo que sucedió y lo que sentimos. El libro de Jimeno es muy ilustrativo respecto a cómo los perpetradores del crimen, sus familiares y los familiares de las víctimas reconstruyen el suceso, lo explican, lo acomodan en la historia de la pareja, en la historia personal de los involucrados, para intentar encontrarle sentido al acto violento. Las emociones aparecen una y otra vez en el discurso. Frente a esas verdades crudas e irreparables, emerge la voz del marco normativo-judicial que justifica, explica y busca sancionar las conductas irracionales. Tenemos así varias voces involucradas con sus propios pesos. La antropóloga va recuperando ciertos elementos para su interpretación y conclusión,

a los que llama hitos narrativos: la denominación del crimen como pasional, la idea del acto violento como un acto de locura y del crimen como un acto de exceso de amor. Mismos hitos que irá desentrañando para mostrar cómo se romantiza el crimen desde un sesgo de género o para evidenciar que se responsabiliza a la mujer (al pensar que recibió un castigo) y no a quien cometió el crimen. Jimeno señala que la emoción no surge de la nada, al contrario, en todos los casos se demuestra que no son eventos repentinos, aislados, sino desencadenamientos progresivos del conflicto.

Otro de los puntos valiosos de su obra es que, si bien los hombres que cometieron los crímenes son los protagonistas, investigó y realizó entrevistas en casos donde la mujer fue la perpetradora del acto violento; casos que le ayudan a sostener su argumento sobre la desigualdad en las relaciones de género. Comprueba cómo, desde una concepción sociocultural emocional del género, la mujer es juzgada como ausente de razón. Las mujeres victimarias son concebidas como calculadoras, insensibles, interesadas. Ellas no matan por honor (el hombre sí, y por lo tanto no premedita su acto). Esto queda ilustrado en un actor clave del texto: el sistema jurídico. La antropóloga revisa la catalogación histórica de los crímenes y las posibles defensas para disminuir las penas y castigos. Quedan de manifiesto, así, tanto las diferencias entre hombres y mujeres como las expectativas sociales distintas respecto a cada género:

[...] el empleo de la violencia es una condición de la masculinidad, recogida y potenciada por la normatividad y reducida al mundo de los instintos masculinos. Las “fuerzas instintivas” pueden eventualmente burlar a sus vigilantes y escapar de su reclusión por distintos medios y con distintos propósitos [...] el. No se puede por ello castigar con igual severidad a quien actúa por emoción que a quien actúa por razón, sobre todo si es hombre [...] el. A la mujer le serían propias las emociones, pero en verdad sólo ciertas emociones le son admisibles. Por ello debe ser juzgada con mayor severidad si traspasa el límite de las que le son admitidas como naturales (Jimeno, 2004: 226).

En la revisión de Jimeno queda de manifiesto que en el sistema judicial se observa una concepción de la emoción contrapuesta a la razón, por lo que es necesario aprender a controlarla y manejarla. Se identifica una tendencia moderna a psicologizar al individuo, lo que permite eludir inconsistencias en la sociedad y en la cultura. Tales inconsistencias son incorporadas por las personas como esquemas cognitivos en tensión, con base en los cuales se viven las relaciones amorosas. La psicologización permite también recurrir al soporte técnico-científico como supuesto sustento objetivo.

Las distintas voces incluidas en este libro reflejan un trabajo de campo con una perspectiva relacional. La interacción con los y las protagonistas de las historias desde una escucha atenta, sin juicio, le permitió contrastar los dispositivos discursivos y construir su propio entendimiento de las emociones involucradas en el proceso. Se acercó al crimen pasional desde una perspectiva de género para poder entrelazar emoción y género en el análisis, incluyendo también distintas propuestas teóricas. Realizó un trabajo de campo exhaustivo e introdujo a las emociones como un factor clave para entender la construcción de las relaciones amorosas y las violencias que pueden desembocar en un crimen. Es difícil encontrar en Myriam Jimeno un solo paradigma de la etnografía a la que pertenece. Tanto su obra como la de Lutz permiten construir uno nuevo en el que las emociones aparecen en todos los momentos de la investigación y son concebidas como objeto de estudio.

Nitzan Shoshan. El manejo del odio. Nación, afecto y gobernanza de la derecha extrema en Alemania

Este texto es un ejemplo de la presencia del giro afectivo en las ciencias sociales. Shoshan sugiere dejar de lado las distinciones analíticas entre emoción y afecto. Le interesan las relaciones afectivas como objetos y efectos de la gobernanza. Señala:

[...] mi énfasis aquí se colocará en los proyectos sociales y políticos de regulación, generación y neutralización de los públicos afectivos. Me interesa, más aún, pensar sobre estos mismos proyectos como perseguidos por afectos que son, si a menudo no expresables por completo, de cualquier forma, siempre ya históricamente matizados (Shoshan, 2017: 45-46).

Recupera los afectos como vehículo para entender la gobernanza y el papel del Estado a través de proyectos sociales y personajes clave (como los trabajadores sociales con los que se involucra en el trabajo de campo) en la regulación, control y manejo del odio en el contexto de la Alemania del siglo XXI, en Berlín concretamente, y sus juventudes neonazis. Trabaja con el manejo de dicha emoción como ejemplo de gobernanza afectiva, cuyo resultado sería una suerte de racionalización de ésta, a la que hay que combatir a través de diferentes discursos orquestados desde el aparato estatal.

El punto de partida es distinto al de las autoras revisadas. Shoshan nombra una emoción sin necesariamente buscar una definición desde el punto de vista de los involucrados: jóvenes neonazis, leyes alemanas y trabajadores sociales en contacto con el público objetivo. Hacer esto le da la posibilidad de entrar de lleno a la discusión sobre gobernanza y afectos. Recorre la historia alemana contemporánea con el fin de trazar los antecedentes necesarios para entender el significado del odio, reconociendo la importancia de frenar ese discurso hacia la construcción de sociedades más armónicas. La mirada histórica le permite entender lo apremiante de resarcir el daño social frente a manifestaciones antiinmigrantes y neonazis.

Desde el punto de vista metodológico, Shoshan construyó un trabajo de campo de largo aliento, con diferentes formas de contacto inicial con los actores sociales, hasta lograr establecerse y mantenerse presente en la cotidianidad de Berlín. Este es un punto relevante porque su manera de acercarse al campo requirió, por un lado, un cambio de nombre (para no desenmascarar su origen israelí) y, por el otro, la presentación de los objetivos de investigación ligeramente modificados. Así logró colocarse como interlocutor aceptado y acogido, tanto

por los jóvenes neonazis como por los trabajadores sociales de Trep-tow (barrio berlinés elegido para la investigación). Este inicio de campo no es un detalle menor: propició momentos positivos y negativos durante la investigación, además de que promovió un debate fundamental en la antropología en relación con el diseño metodológico en espacios que pueden ser poco amigables para quienes investigan. Esta obra ofrece un significativo ejemplo de cómo llevar a cabo trabajo de campo con identidad encubierta, tema que en diferentes momentos de la disciplina antropológica ha suscitado interesantes debates acerca de la ética de la investigación.⁸

Shoshan permanece en Berlín, busca grupos de jóvenes, se relaciona en la cotidianidad, acude a marchas. Establece contacto con los trabajadores sociales de la zona (quienes representan al Estado) y con organizaciones no gubernamentales que trabajan para combatir la extrema derecha. Agrega a la revisión de la historia del país y la ciudad, el marco legal que ayuda a entender las estrategias para combatir el nazismo y neonazismo; entre ellas, la prohibición de portar signos y símbolos que pueden asociarse o estén asociados con manifestaciones de odio, discriminación y xenofobia o que evoquen al nazismo. En este contexto aparecen los jóvenes como protagonistas de la corrección estatal hacia el odio.

En la descripción y análisis de los discursos de extrema derecha de los jóvenes, el investigador encuentra malas condiciones de vida, laborales y económicas. Los jóvenes se pronuncian desde un lugar crítico, pero centran su odio e inconformidad en lo que consideran su verdadero problema: los turcos, quienes representan a los distintos grupos que llegaron al país a irrumpir en su cultura. Inmigrantes que no aprenden el idioma o lo hablan mal, colocan mezquitas en sus

⁸ Véase la última sección de este volumen. Acerca de ocultar la propia identidad para permanecer en campo, agradezco a la Dra. P. Fragoso sus sugerencias de lectura, en las que encontré importantes planteamientos sobre la ética en la investigación antropológica: el texto del periodista alemán Günter Wallraff, *Cabeza de turco* (1985), y el de Muñoz y Salinas (2018).

cercanías habitacionales, etcétera. Shoshan muestra cómo estos jóvenes construyen su identidad (alemana, nacional, derechista) a partir de lo que vivieron sus familias (la división del país entre oriente y occidente), lo que ellos viven (historias familiares) y lo que quisieran vivir. Desde ahí aprecia la vinculación con las políticas impuestas por los gobernantes, políticas que promueven la tolerancia y aceptación de los grupos extranjeros, al tiempo que rechazan manifestaciones de odio, discriminación y xenofobia de los jóvenes, quienes se sienten rechazados y obligados a admitir medidas políticas que, desde su punto de vista, los perjudican.

Como con los otros libros revisados, estamos frente a un autor que permaneció un tiempo prolongado en campo, se familiarizó con las actividades de los grupos estudiados, intercambió tiempo, reflexiones y actividades que le permitieron profundizar la mirada interna. Shoshan se detiene en el uso del lenguaje como marca distintiva e identitaria de los jóvenes. Lo nombra *performance lingüístico*. Es lo que sostiene la constante distancia entre ellos y el Estado, por un lado, y entre ellos y sus “clientes”,⁹ por el otro. Además del lenguaje, los trabajadores sociales señalan otros momentos de ambivalencia:

Esta ambivalencia de los trabajadores sociales —que oscilaban en lo cotidiano entre el vernáculo local y el estándar nacional, entre la confidencialidad y la vigilancia, entre sus clientes ilícitos ultranacionalistas y sus superiores a nivel municipal— no era, como hemos visto, una carga de la que buscaran liberarse, sino una condición que se esforzaban por cultivar. Se trataba de una ambivalencia estratégicamente necesaria, sin lugar a dudas, en la medida en que respaldaba todo un aparato de gobernanza afectiva mediante el que el Estado buscaba manejar las formas del odio y la violencia [...]. Atestiguamos, de este modo, la intersección de los márgenes sociales desproletarizados emergentes y los infatigables fantasmas pasados como un campo afectivo íntegro, saturado de significados, inte-

⁹ Así nombrados por los trabajadores sociales.

reses y proyectos, que anima a una máquina entera de gobernanza neoliberal (Shoshan, 2017: 304-305).

El interés central es ubicar las lógicas de la gobernanza afectiva. Cómo se gestan desde el Estado y qué propuestas claras existen para la contención, control y gestión emocional. La preocupación compartida es frenar expresiones de odio y mejorar la convivencia. Es por eso por lo que las emociones o los afectos juegan un papel central, pero ¿qué se entiende por afecto desde el Estado? ¿Está apegado a una concepción psicologista que busca someter a la sociedad a procesos terapéuticos? Shoshan señala al respecto que estamos en una lógica economicista centrada en:

Procedimientos de prevención, tratamiento y rehabilitación, con enfoque en los jóvenes extremistas de derecha que buscan infundir los tipos de disposiciones afectivas, de compromisos normativos y de modos de razonamiento que pudieran crear individuos autocontrolables, más que los costosos objetivos de por vida de los regímenes penal y de bienestar social. Como parte de tal rectificación política, las autoridades buscan ligar a los delincuentes políticos con los valores tradicionales de los ciudadanos rectos al inculcarles virtudes sociales y hábitos normativos supuestamente ausentes hasta ese momento (Shoshan, 2017: 310-311).

El autor nos habla de cómo son percibidas las emociones desde quien quiere manejarlas (el Estado) y con qué instrumentos lo hace. “El sujeto afectivo, el sujeto racional y el sujeto corpóreo surgen como dominios particularmente destacados para el manejo del odio” (Shoshan, 2017: 314). Es decir, las emociones se racionalizan y se trabajan desde diferentes recursos terapéuticos y de rehabilitación. Se trata de reformular los sujetos, a quienes se invita a pensarse desde un lugar más “civilizado” que permita la generación de relaciones sociales respetuosas y tolerantes.

En el libro de Shoshan, la mirada particular a los contextos históricos es determinante. La sombra de la Alemania nazi es clave en el

entendimiento del manejo del odio. De ahí, la importancia de la etnografía para la elaboración de observaciones y descripciones que van desde la interacción cotidiana con los sujetos hasta la revisión historiográfica y, en su caso, la revisión de los marcos jurídicos que sostienen las intervenciones sociales:

Los procedimientos intervencionistas, terapéuticos, de la gobernanza del odio, ya sea que se orienten hacia un *cogito* racional o a un yo afectivo, parecen deshacer su propia lógica incitando al resentimiento al interpelar a los individuos como sujetos posfordistas o al provocar a lo supuestamente irracional con sus reclamos monopolistas de racionalidad discursiva. En el interior de cada una de estas esferas —el alma afectiva y la mente racional— cierto impulso contraproducente, tautológico, marca a los proyectos de gobernanza (Shoshan, 2017: 341).

De esta obra resalta el proceso etnográfico y analítico, sintetizado en la tabla 1. El constante diálogo con actores de diferentes sectores sociales arrojó gran riqueza descriptiva que, a través de los detalles, permitió entender las interacciones sociales ofreciendo una visión novedosa al estudio de las emociones. Relacionarlas con la gobernanza y con las políticas estatales otorgó a su trabajo un sentido colectivo en la construcción de proyectos con objetivos específicos, los que en este caso conciernen a una nueva nación alemana. Como señala el autor: “Contar con más trabajos etnográficos que se aproximen al odio menos como emoción individual y más como algo gestionado públicamente, manejado socialmente y gobernado políticamente, enriquecería un campo poco explorado y de seguro produciría conocimiento valioso” (Shoshan, 2017: 468).

Tabla 1
Elementos analíticos y metodológicos centrales de las tres etnografías

	C. Lutz	M. Jimeno	N. Shoshan
Concepto de emoción o afecto	<ul style="list-style-type: none"> Las emociones son y están culturalmente construidas, son relacionales, están atravesadas por el género, encierran una ideología, denotan relaciones de poder y posición social en el grupo. Puntos fundamentales en la autora: la relevancia del lenguaje y la importancia del medio material y ambiental del grupo de estudio. 	<ul style="list-style-type: none"> El concepto que propone se identifica con su configuración afectiva, donde se reconoce que las emociones son relacionales, están atravesadas por el género, tienen un sentido político, están y son social y culturalmente definidas. Participación de diferentes actores en la configuración emotiva: hombres, mujeres, instituciones. Actos comunicativos. Análisis macro de la emoción. 	<ul style="list-style-type: none"> El autor se concentra en afectos como objetos de gobernanza. La mirada está en las instituciones estatales que trabajan para contener el odio, en las que prevalece una visión psicologizante encaminada a corregir, controlar y gestionar la emoción. No proporciona una definición clara de odio.
Metodología	<ul style="list-style-type: none"> Etnografía. Dentro de un paradigma tanto simbólico como reflexivo/subjectivo (Márquez y Rodríguez, 2021). Es una primera propuesta para el desarrollo de los siguientes paradigmas en la etnografía. Trabajo de campo como construcción analítica. De largo aliento en una sociedad sin mayor diferenciación social. Método inductivo y comparativo. Observación participante. Registro de la cotidianidad. Lenguaje emotivo en lengua nativa. Búsqueda de una teoría local de la emoción. Cuestiona y reflexiona críticamente su propia cultura. 	<ul style="list-style-type: none"> Etnografía en la que se trabaja desde y con emociones. Trabajo de campo en dos sociedades latinoamericanas. Punto de partida claro y preciso. Investigación de largo aliento. Lenguaje emotivo de todas las partes involucradas. Identificación de hitos narrativos compartidos por todos los actores involucrados. Conformar una teoría local de la emoción. 	<ul style="list-style-type: none"> Etnografía. Situada en el paradigma más reciente en donde se elabora la investigación desde las emociones y con ellas. Trabajo de campo en una sociedad occidental compleja, como Berlín, Alemania. Tiempo prolongado en campo. Radiografía a nivel local. Vínculo con los actores sociales. Teoría local de la emoción desde quien trabaja para combatir el odio. No comparte su identidad por cuestiones de seguridad y de no aceptación si se conocía su origen judío.

C. Lutz	M. Jimeno	N. Shoshan
<p>Posicionamiento epistemológico</p> <ul style="list-style-type: none"> • Postura feminista, donde evidencia su perspectiva como mujer, estadounidense y académica. • Capitaliza la experiencia personal del trabajo de campo, lo que le permite explorar lo emocional como parte del conocimiento. • Establece distancia entre ella como investigadora y el grupo estudiado. • Asume parámetros morales que no compartirá, a pesar de vivir entre y con el grupo. • La experiencia emocional de quien investiga abona al análisis. 	<ul style="list-style-type: none"> • Propone el análisis relacional para el estudio de la violencia en donde están involucrados tanto hombres como mujeres y las instituciones judiciales, lo que evidencia la importancia institucional en la construcción de significados culturales. • Presenta un universo complejo con diferentes actores. • Estudia comparativo entre dos ciudades de dos países distintos. • Perspectiva de género. • Registro y análisis de la configuración emotiva en sociedades de mayor diferenciación social. 	<ul style="list-style-type: none"> • Dimensión política de los afectos. • Observación de las estrategias estatales para frenar discursos de odio y violencia xenófoba de jóvenes neonazis. • Participación en actividades de los grupos de estudio. • Dimensión histórica del fenómeno a estudiar. • Revisión de archivo, documental y del sistema judicial alemán. • Dialoga con el orden macrosocial a través de actores particulares que gestionan los afectos, como el odio.
<p>Observaciones</p> <ul style="list-style-type: none"> • Trabajo de campo que hoy día no se realiza con tanta frecuencia tanto por problemas de financiamiento como por el interés de la misma disciplina de promover una antropología "en casa". • Dificultad, por el tiempo de las investigaciones, de aprender el idioma nativo. • Visión totalizante de la cultura y de las emociones. 	<ul style="list-style-type: none"> • Su obra construye conceptos, contribuye a una metodología para el estudio de las emociones y las concibe como parte fundamental en los discursos sociales. • Trabajo crítico respecto al pensamiento en pares del mundo occidental, fundamentado en una perspectiva histórica del sistema judicial occidental. 	<ul style="list-style-type: none"> • Se concentra en la gestión del odio por instancias estatales y deja otras de lado. • Es importante distinguir entre emoción y afectividad. La emoción involucra distintas voces y universos semánticos. • El odio, desde los otros actores, no aparece en el texto. Tendencia a universalizar las emociones. • El género es una categoría ausente.

Fuente: elaboración propia.

CONCLUSIONES

En este capítulo presenté tres libros fundamentales en el estudio de las emociones y en el registro etnográfico de las mismas. La intención fue dar cuenta de cómo se han gestado etnografías en clave emocional, pero conservando un principio clásico de la antropología: pensar la etnografía como el registro escrito de lo observado, conversado, escuchado, sentido por y desde el “Otro”. El etnógrafo o la etnógrafa dialogan con diferentes sujetos, conocen sus posturas, revelan sus concepciones culturales y entablan comunicación desde su propio lugar de enunciación. La aproximación al campo implica la construcción de relaciones empáticas y compromisos afectivos que tienen en la etnografía una herramienta fundamental para la investigación social.

Considero clásicos, para la antropología de las emociones, dos de los libros aquí analizados. Tanto el de Lutz como el de Jimeno abonaron al terreno fértil sobre el que se han hecho trabajos de las emociones en la antropología. Aportaron no solamente la posibilidad de estudiarlas, sino de convertirlas en categorías analíticas desde las cuales desarrollar metodologías propias. En este sentido, se destacan como referentes en el campo de estudio que nos ocupa y en las ciencias sociales en general.

Finalmente, el libro de Shoshan, al ser más reciente, puede obviar ciertas discusiones respecto a las emociones, incluso sus diferencias con los afectos, para centrarse en estos últimos y en la gobernanza. Su interés es investigar las estrategias del Estado alemán para lidiar con el odio. Recupera la etnografía como un recurso para entender y explicar antropológicamente los comportamientos de los actores elegidos, quienes tienen una postura particular y un discurso por defender.

Los tres libros son ejemplos destacados del registro de las emociones en diferentes sociedades, emociones vinculadas con fenómenos más amplios. Estos trabajos de campo permiten ir construyendo, a la par, una visión teórica sustentada en datos empíricos.

REFERENCIAS

- Alexander, Jeffrey (1987). "La centralidad de los clásicos". En *La teoría social hoy*, compilado por Anthony Giddens y Jonathan Turner, 22-82. Ciudad de México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Alianza Editorial.
- Bourdin, Gabriel (2016). "Antropología de las emociones. Conceptos y tendencias". *Cuicuilco. Revista de Ciencias Antropológicas* 23 (67): 55-74.
- Calderón Rivera, Edith (2012). *La afectividad en antropología. Una estructura ausente*. Ciudad de México: Publicaciones de la casa Chata/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa.
- Calderón Rivera, Edith (2014). "Universos emocionales y subjetividad". *Nueva Antropología* 27 (81): 11-31.
- Calderón Rivera, Edith (2021). "El amor en tiempos de pandemia". En *La pandemia. Miradas sociológicas*, coordinado por Carolina Terán Castillo, Jaime Osorio, et al., 94-115. Ciudad de México: Departamento de relaciones sociales-Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco.
- Geertz, Clifford (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa editorial.
- Guber, Rosana (2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Haraway, Donna (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Hirai, Shinji (2014). "La nostalgia. Emociones y significados en la migración transnacional". *Nueva Antropología* 27 (81): 77-94.
- Ingold, Tim (2015). "Conociendo desde dentro: reconfigurando las relaciones entre la antropología y la etnografía". *Etnografías contemporáneas* 2 (2): 143-159.
- Ingold, Tim (2017). "¡Suficiente con la etnografía!". *Revista Colombiana de Antropología* 53(2): 143-159.
- Jacobo, Frida (2022). "Las emociones en la etnografía. Revisión de propuestas para un registro etnográfico de la dimensión afectiva". En *Las emociones de ida y vuelta. Experiencia etnográfica, método y conocimiento antropológico*, coordinado por Frida Jacobo y Marco Martínez-Moreno. Ciudad de México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Jimeno, Myriam (2004). *Crimen pasional. Contribución a una antropología de las emociones*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Kuhn, Thomas (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

- López Sánchez, Oliva (2019). *Extravíos del alma mexicana. Patologización de las emociones en los diagnósticos psiquiátricos (1900-1940)*. Ciudad de México: Facultad de Estudios Superiores-Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lutz, Catherine (1988). *Unnatural Emotions. Everyday Sentiments on a Micronesian Atoll and their Challenge to Western Theory*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Malinowski, Bronislaw (1986). *Los argonautas del Pacífico Occidental*. Barcelona: Planeta-Agostini [1922].
- Márquez, Betzabé, y Emanuel Rodríguez (coordinadores) (2021). *Etnografías desde el reflejo. Práctica- aprendizaje*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Muñoz, Rubén, y Claudia Salinas (2018). “La crisis de la autoridad del etnografiado. Metodologías encubiertas e investigación en derechos humanos y población vulnerable: Dos estudios de caso en México”. *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género del Colegio de México* (4): 1-34.
- Peirano, Mariza (2014). “Etnografía não é método”. *Horizontes Antropológicos* (20) 42: 377-391.
- Reguillo, Rosana (2008). “Sociabilidad, inseguridad y miedos. Una trilogía para pensar la ciudad contemporánea”. *Alteridades* 18 (36): 63-74.
- Shoshan, Nitzan (2017). *El manejo del odio. Nación, afecto y gobernanza de la derecha extrema en Alemania*. Ciudad de México: Colegio de México.
- Sosa-Sánchez, Itzel (2021). “Cuerpo, self y sociedad. Una reflexión desde la fenomenología y el interaccionismo simbólico”. *Iberoforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana* (1) 2: 1-18.
- Wallraff, Günter (2006). *Cabeza de turco*. Barcelona: Anagrama [1985].

Afectividades subterráneas. Etnografía con personas estigmatizadas en el Metro de la Ciudad de México

Erick Serna Luna

Flor Daniela Estrada Gutiérrez

INTRODUCCIÓN

La etnografía¹ es un enfoque metodológico que consiste en la observación directa de la vida diaria de las personas; en ocasiones, el etnógrafo puede participar “abiertamente o de manera encubierta” (Hammersley y Atkinson, 1994). Así, la observación y la participación se consideran dos componentes principales para la recolección de datos desde el método etnográfico, para lo cual se requiere la presencia constante del investigador en el campo. “Lo que más distingue a la etnografía de otras metodologías es un papel más activo asignado a los modos cognitivos de mirar, observar y escudriñar” los fenómenos estudiados (Gobo y Marciniak, 2016: 165).

En el caso de la sociología, existe una vasta tradición en los estudios etnográficos, la cual se ha concentrado en entender los fenómenos sociales que acontecen en las ciudades modernas, teniendo en la Universidad de Chicago una de las primeras escuelas de pensamien-

¹ En 1770, el término *etnografía* fue sugerido por August Schlözer, profesor de la Universidad de Gotinga y asesor de la administración imperial rusa, para designar a la “ciencia de los pueblos y las naciones” (Vermeulen y Álvarez Roldan, 1995; citado en Guber, 2001).

to sociológico que se encargó de desarrollar una metodología etnográfica, la cual generaría “una imagen vital de la vida urbana basada en estudios locales y en una mirada comprensiva sobre el comportamiento humano” (Deeggan, 2001: 22).

El propósito del capítulo es ilustrar la aplicación de la etnografía sociológica en las investigaciones sobre las actividades económicas populares² que se desarrollan en el Sistema de Transporte Colectivo Metro (STCM) de la Ciudad de México (CDMX), desde una perspectiva que vincula la dimensión emocional con el orden social que se construye en este medio de transporte. Es necesario destacar que las actividades populares, según la normatividad que ordena las conductas en el Metro, están prohibidas y se sancionan administrativamente. No obstante, son parte constitutiva de la vida cotidiana en este transporte urbano. Nuestro trabajo se propone describir cómo estas ocupaciones, que se podrían identificar como estigmatizadas, son parte integral del orden social que rige este vital transporte público.

Cabe destacar que el Metro es uno de los transportes públicos más importantes de la CDMX. Permite la movilidad urbana de más de cinco millones de personas por día. Su gran afluencia lo coloca como el más grande de Latinoamérica y, hasta 2018, según datos de la Asociación Internacional de Transporte Público, como uno de los diez más concurridos del mundo. En su más de medio siglo de vida, es uno de los espacios en los que se desarrolla la economía popular característica de los espacios públicos de la ciudad (Crossa, 2018). Entre la heterogeneidad de actividades que componen las economías populares en este transporte, nuestras investigaciones se han concentrado en dos

² Siguiendo a Lida (1997), las actividades económicas populares son aquellas que realizan “[los] pequeños labradores, o jornaleros; artesanos, obreros en talleres y fábricas, del pueblo ocupado en servir; actividades del pequeño comercio o el taller, los tenderos, los empleados, los maestros de oficio” (p. 4), principalmente en los espacios o transportes públicos.

poblaciones; por un lado, los personas comerciantes vagoneras y, por el otro, las personas mendicantes conocidas como *faquires*.³

El punto medular del trabajo consiste en describir los vínculos socioemocionales que se tejen en torno a la estigmatización de ambos grupos. Podemos adelantar que, en el caso de las personas comerciantes, la vinculación con el estigma se expresa en la desvalorización y el castigo jurídico al comercio en el Metro como actividad que transgrede el uso de un espacio público destinado a la movilidad urbana; mientras que en las personas faquires el estigma de no trabajar los obliga a justificar su ausencia del mercado laboral mostrándose como acreedoras del socorro público mediante la producción y materialización de emociones como la compasión y el miedo.

Nos centramos en el análisis situacional del vínculo que mantienen estas poblaciones estigmatizadas con las autoridades y el público usuario. Proponemos un esquema analítico sobre cómo se construye el orden social en el Metro desde el ángulo de los vínculos socioafectivos. El capítulo se divide en cuatro partes, además de las conclusiones. En la primera parte describimos la etnografía en la tradición sociológica de la Escuela de Chicago. En la segunda exponemos la manera en la que ingresamos a este medio de transporte, de la mano de los comerciantes y faquires, para estudiarlo etnográficamente. En las siguientes partes presentamos cómo se teje el orden social alrededor de los comerciantes y faquires cuando interactúan con las autoridades y el público usuario. En las conclusiones reflexionamos sobre la aplicación del método etnográfico en el estudio del orden social en el Metro desde una perspectiva socioemocional.

³ El término *faquir* proviene del árabe clásico *faqír*, que significa pobre, místico o mendigo, y hace referencia a los integrantes de cualquiera de las órdenes mendicantes musulmanas. En el caso del Metro, los faquires son parte de las poblaciones en situación de calle. Su práctica consiste en golpear alguna parte de su cuerpo (pecho, espalda, extremidades) sobre una tela en la que colocan trozos de vidrio. El propósito del acto es obtener una retribución económica o material como recompensa.

LA TRADICIÓN ETNOGRÁFICA DE LA ESCUELA DE CHICAGO

Entre finales del siglo XIX y principios del XX, la historia de la sociedad estadounidense estuvo marcada por un periodo transicional en el que los modos de vida se transformaron abruptamente por el despliegue de la industrialización y el crecimiento de las ciudades modernas. Emergía el fenómeno urbano. La ciudad se convirtió en el principal objeto de análisis sociológico del cambio de siglo. La Escuela Ecológica de Chicago es la prueba contundente de este hecho histórico.

Un gran número de inmigrantes europeos llegó a las ciudades norteamericanas con la esperanza de mejorar sus condiciones de vida. Traían consigo sus costumbres, cultura e idiomas, y luchaban por adaptarse a las condiciones de vida de las nuevas urbes. La representación del “sueño americano” ocasionó la emergencia de nuevos fenómenos sociales. Las ciudades crecieron en población, en conflictos y en complejidad. Esto es parte de lo que sucedió en Chicago entre 1890 y 1910 (Lezama, 2003: 185).

Se encontraba entonces en la Universidad de Chicago una tríada de destacados sociólogos que terminaría conformando el núcleo de la sociología urbana de la Escuela de Chicago (Lezama, 2003): Robert E. Park, Ernest W. Burgess y Roderick Mckenzie (Deegan, 2001: 11). El análisis sociológico de esta Escuela es el resultado de la incorporación de las perspectivas teóricas de la sociología europea; destacan entre ellas las de Durkheim, Simmel, Weber y Tönnies (Lezama, 2003: 188), y el despliegue de una investigación en los espacios urbanos que integró distintos métodos de estudio, entre los que destacó la etnografía (Deegan, 2001; Gobo y Marciniak, 2016).

Con base en estos presupuestos teóricos y armados de diversas técnicas de investigación, Park, Burges y Mckenzie dirigieron una serie de monografías producidas por sus estudiantes, a través de las cuales dieron cuenta de los efectos de la industrialización, la migración de ultramar, la polarización de los recursos en las grandes ciudades y la creación de zonas marginadas (Deegan, 2001: 12-13). Estos problemas, sumados al estudio de la conducta urbana, hicieron de la

ciudad el laboratorio de análisis sociológico de la Escuela de Chicago (Deegan, 2001; Lezama, 2003).

El estudio de las “zonas naturales” (Deegan, 2001: 15) y sus habitantes fue uno de los temas privilegiados por las monografías realizadas en esta Escuela. En ellas, la “otredad” quedaba personificada en las comunidades de inmigrantes italianos, en los sobos y en las personas de los círculos concéntricos marginales de los centros urbanos. La formulación de la otredad tenía una gran influencia de Mead, Thomas y Blumer, lo que se ha llamado la tradición del interaccionismo simbólico de Chicago. A partir de los planteamientos de estos autores se comienza a problematizar la vida cotidiana en los espacios de la ciudad, así como el dinámico proceso de cambio en los valores y actitudes que vivieron las comunidades de inmigrantes europeos en el proceso de conformación de sus espacios de residencia (Deegan, 2001: 19).

Marcando un contraste con la antropología, en la perspectiva sociológica de la Escuela de Chicago el estudio de la otredad podía realizarse en el seno mismo de la ciudad, quedando representada en personajes como el mulato, el bohemio, la comunidad italiana, la comunidad polaca, la juventud, los habitantes del *ghetto*. En ocasiones, los investigadores de la Escuela de Chicago eran parte (o lo habían sido) de las propias comunidades que estudiaban; tal es el caso Nels Anderson, integrante de los grupos de hobos por casi un año, antes de comenzar a analizarlos bajo la tutela de Park (Deegan, 2001: 15). Estos primeros estudios marcaron la pauta de los posteriores y de los problemas de reflexividad a resolver por los etnógrafos, tales como entrar a las comunidades de estudio siendo *insiders*, *outsiders* o *betwiness* (Mullings, 1999).

En los años treinta del siglo xx se incorporaron nuevos profesores, entre los que destacan Louis Wirth, Herbert Blumer, Lloyd Warner y Everett Huges, quienes consolidaron los métodos cualitativos de la primera Escuela institucionalizando el ejercicio de la etnografía urbana en los programas de enseñanza y en la comunidad académica. Esta segunda generación formó figuras célebres de la tradición etnográfica de Chicago, tales como Willam Foot Whyte, Howard

Becker, Blanche Geer, Anselm Strauss, Melville Dalton, Erving Goffman, Fred Davis y Rosalie Wax (Gobo y Marciniak, 2016: 170).

Esta tercera generación recuperó las formulaciones sobre la marginalidad de las generaciones previas para dar fundamento al estudio de la desviación social. La principal herramienta metodológica que emplearon fue la etnografía. En el caso particular de Erving Goffman, la desviación social estaría muy influida por sus reflexiones sobre el orden social. El mantenimiento de éste sería una preocupación que lo acompañaría hasta el final de sus días (Winkin, 1991). Desde la perspectiva de Gobo y Marciniak (2016: 171), los estudios de Whyte y Goffman se inscriben en lo que denominan “etnografía estructuralista”, la que procura destacar la observación del contexto social por encima de los aspectos subjetivos de la acción. Se enfoca en observar las microinteracciones en su vinculación con problemas sociales más amplios.

Goffman (1989) señalaba a la observación participante como una de las técnicas idóneas para penetrar en la investigación de las situaciones sociales mediante el sometimiento del cuerpo, e incluso de la propia personalidad, “para estar cerca de ellos mientras responden a lo que la vida les hace” (p. 126). Para este autor, el núcleo de la observación participante consiste en ser un testigo sintiente de las situaciones por las que atraviesa el grupo de estudio, si bien no deja de reconocer las implicaciones que conlleva realizar inferencias dentro en un entorno en el que el investigador es un desconocido. Señala la necesidad de preservar el equilibrio entre construir lazos de confianza al grado de hacer favores y bromear dentro del grupo, pero estar siempre alertas para no rebasar los límites de nuestra presencia, no mostrarnos como los poseedores del conocimiento y evitar asociarnos con los integrantes del grupo, pues los conflictos internos, en lugar de abrirnos las puertas, pueden alejarnos de él.

En este capítulo retomamos las reflexiones de Goffman en torno al orden social y su construcción en los transportes públicos. Rescatamos su perspectiva sobre el estigma (Goffman, 1970) como una forma relacional que permite identificar la manera en que se construye

el orden social con las múltiples poblaciones que habitan en el Metro de la CDMX, destacando los vínculos entre los comerciantes populares y las poblaciones mendicantes, por un lado, y las autoridades, las leyes y el público usuario de este transporte urbano por el otro.

EL ORDEN SOCIAL Y EL ORDEN DE INTERACCIÓN EN EL METRO

La relación entre el orden social y el orden de interacción es uno de los problemas analíticos que marcaron el pensamiento de Erving Goffman. Desde su tesis de doctorado (Goffman, 1991: 92), el autor planteó la relación que existe entre ambos órdenes por medio del análisis conversacional. A partir de nueve premisas, que resumimos a continuación, Goffman (1991: 92-95) definió el orden social como una estructura de comportamiento: 1) el orden social es un marco coherente que permite a diferentes actores realizar sus actividades; 2) la personas actúan conforme al marco de expectativas que se espera de ellas, pues respetan la manera moralmente aceptada de comportarse; 3) las acciones que siguen las expectativas morales se recompensan y aquellas acciones que contravienen las convenciones morales se sancionan, lo cual apoya el establecimiento de las reglas sociales; 4) el orden social guarda relación con un contexto mucho más amplio, el cual respalda tanto las sanciones positivas como las negativas; 5) si las reglas sociales no se respetan o no se aplican, la consecuencia es el desorden, que deriva en la desorganización; 6) las personas que infringen el orden son infractoras, dicha infracción es un delito, y si se realiza de manera constante, la persona es una desviada social; 7) un infractor debe de sentir culpa; correlativamente, la persona agraviada ha de sentir indignación; 8) la infracción requiere de acciones que compensen el daño y restituyan el orden social; 9) existen formas de burlar las reglas del orden para poder actuar al margen de éste. El orden social se teje a través de los encuentros cara a cara que sostienen las personas en los espacios públicos. Es esa manera de construir lo social desde su unidad más pequeña lo que Goffman denominó “el orden de la interacción” (pp. 173-174).

Con respecto a la premisa número seis, es importante señalar que las desviaciones sociales (o las características personales que no se adaptan a los modos de vida convencionales) son señaladas y condenadas por la sociedad a través de la estigmatización. El estigma alude a una condición que desacredita a las personas que se apartan negativamente de las prácticas sociales “normales”, sea debido a sus rasgos físicos, de carácter o a cualquier otra característica tenida como no deseable (Goffman, 1970). Aun cuando suele entenderse como “un atributo profundamente desacreditador” (p. 12) asociado con un defecto o desventaja social, son las normas sociales y las formas de socialización las que estigmatizan a las personas que poseen ciertos rasgos considerados “diferentes”. En el orden de interacción se espera que las personas estigmatizadas cumplan las expectativas de actuación construidas con base en el descrédito con que las han etiquetado.

Desde la mirada de Goffman (1970), los contactos entre personas estigmatizadas y no estigmatizadas son definidos como contactos mixtos, y refieren a “los momentos en que estigmatizados y normales se hallan en una misma situación social, [...] de presencia física inmediata de ambos, ya sea en el transcurso de una conversación o en la simple copresencia de una reunión informal” (p. 23). En dichos contactos existen mayores posibilidades de que la persona desacreditada maneje la tensión que suscita su estigma en el encuentro, y que la potencialmente desacreditable controle la información que la puede estigmatizar.

Las personas estigmatizadas no sólo pueden manejar la información social y las expectativas que pesan sobre ellas, sino que pueden modular las emociones que produce su presencia en los contactos mixtos. En cualquier interacción social no sólo se espera que las personas actúen de acuerdo con la situación y el rol que les corresponde, sino que muestren las emociones apropiadas⁴ (Hochschild, 1983;

⁴ A pesar de que Goffman no analizó la dimensión emocional, en sus trabajos suele mencionar las relaciones afectivas y su gestión como resultado de la interacción. Su legado ha sido recuperado por la sociología y la antropología de las emociones.

Schmitt y Clark, 2006). Por medio de las emociones evaluamos la situación y el actuar de los demás, y albergamos expectativas acerca de su comportamiento.

Al respecto, nos interesa destacar la forma en la que se vinculan el orden social y el orden de interacción socioafectivo en el transporte público. Georg Simmel (2009: 573) ya había señalado la particularidad que reviste la sociabilidad dentro de los transportes urbanos, espacios pequeños de copresencia física que reúnen a un grupo de personas extrañas por un periodo, que puede ser corto en el caso de los encuentros ocasionales, pero más duradero si los trayectos son cotidianos. Es precisamente a través de la copresencia que se construye el orden de interacción.

La pregunta sobre el orden social en el transporte público ha sido planteada en estudios previos.⁵ Lo que destaca en el caso de México y América Latina es que la copresencia con extraños en el Metro incluye a quienes realizan intercambios comerciales, sean materiales (vendedores) o emocionales (caso de los faquires), dada la importancia de la informalidad en la economía urbana.⁶ Gran parte de los trabajos realizados en la región y en el país⁷ analizan las organizaciones de comerciantes, pero pocos estudian el orden social que rige sus interacciones.

Para construir el vínculo entre el orden social y el orden de interacción que regulan las actividades económicas populares en el Metro de la CDMX nos apoyamos en los puntos enumerados por Goffman (1991) respecto al orden social. De acuerdo con él, las conductas en los

⁵ La tradición liderada por Tonnelat ha estudiado las emociones y el orden de interacción en el Metro de París (Aranguren y Tonnelat, 2013) y Nueva York (Tonnelat y Kornblum, 2017).

⁶ Con base en las cifras publicadas por la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), en el tercer trimestre de 2022, 55.4% (32.4 millones de personas) de la población económicamente activa del país trabajaba en actividades informales (INEGI, 2022).

⁷ Son múltiples los estudios del Metro de la Ciudad de México; destacamos los de Pérez (2013) y Alonso (2015). En Río de Janeiro, el de Pires (2011); y en Buenos Aires, el de Perelman, (2013).

medios de transporte urbanos y en los espacios públicos se relacionan con la posibilidad de moverse a través del espacio. Efectivamente, se aprecia que el máximo valor que se promueve en el transporte público de la ciudad es la movilidad de las personas y las mercancías por las vías de comunicación. Esta premisa se repite una y otra vez en los distintos instrumentos jurídicos que reglamentan las conductas en el Metro y en otros medios de transporte, como también en los múltiples comunicados oficiales de la dependencia.

Un segundo aspecto son las condiciones de movilidad. Por principio, las autoridades han de garantizar que la movilidad se realice en condiciones de seguridad y con el mayor grado de comodidad posible: cuidar que no existan ruidos excesivos que incomoden al público usuario durante su viaje, así como garantizar que los guardias contratados velen por la seguridad de los usuarios, procurando que las conductas no atenten contra los principios de movilidad, seguridad y buen uso de las instalaciones.

Existen distintos instrumentos jurídicos⁸ que resguardan el orden social en el Metro. Nos centramos en la Ley de Cultura Cívica de la CDMX (2019), disposición que norma y sanciona las conductas en el espacio y transporte públicos, es el instrumento en el que se amparan los policías al actuar frente a las actividades del comercio popular en el Metro.⁹ Con base en estos marcos jurídicos, las personas que ejercen actividades comerciales infringen el orden social al hacerlo en un espacio destinado a la movilidad. Esto las hace acreedoras a una infracción administrativa. Con base en la solicitud de información 0109200005620, la Secretaría de Seguridad Ciudadana de la CDMX informó que 24 718 personas fueron remitidas al Juzgado Cívico en 2019 por realizar alguna de las siguientes actividades:

⁸ Para un estudio detallado, consultar el informe de Espinosa, Rueda y Serna (2022).

⁹ En especial, nos referimos a los artículos 27, fracciones III, IV y V; 28, fracciones II y III; y 29, fracción VI, de la Ley de Cultura Cívica, en los que se estipulan las infracciones y las multas para sancionar las actividades del comercio popular en el Metro.

Cuadro 1
Remisiones a los juzgados cívicos por actividad comercial en el Metro, 2019

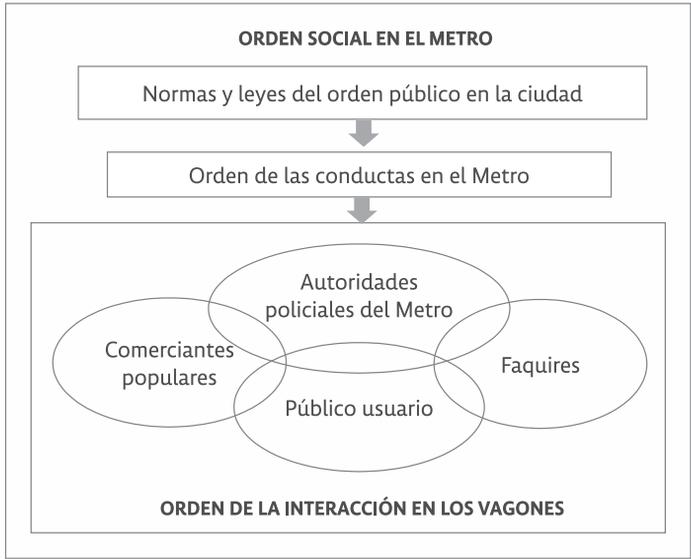
Línea del Sistema Metro	Actividad sancionada		
	Comercio	Mendicidad	Cantar o tocar
Línea 1	5 494	156	35
Línea 2	7 847	10	114
Línea 3	4 096	50	91
Línea 7	3 587	0	0
Línea 8	3 198	10	30
Total	24 222	226	270
Total general		24 718	

Fuente: elaboración propia con base en la solicitud de información 0109200005620. 24 de febrero de 2020.

Siguiendo la propuesta analítica de Goffman (1970), las personas infractoras deberían sentir culpa y arrepentimiento al violar las reglas, pagando la multa estipulada.¹⁰ Desde nuestro punto de vista, el estigma (p. 11) es el factor relacional que configura el orden de interacción en los intercambios sociales que tienen lugar entre las poblaciones que procuran obtener un sustento económico en el Metro, los usuarios y las autoridades. Las emociones que han de sentirse y expresarse, y la forma en que se ha de actuar al transitar por el Metro, están enmarcadas no sólo por la normatividad legal en tanto orden social superior, sino por el orden de interacción social que —en el plano menos inclusivo de los encuentros cotidianos cara a cara— teje los intercambios sociales; orden que posee una dimensión emocional insoslayable (ver diagrama 1). Es mediante el orden de interacción que las poblaciones populares “infractoras” negocian el conflicto moral y jurídico en que se encuentran, y las relaciones que mantienen con las autoridades y el público usuario.

¹⁰ La multa por vender en el Metro asciende a 1 200 pesos mexicanos, 13 horas de arresto administrativo o 12 horas de trabajo en favor de la comunidad.

Diagrama 1
Interrelación entre el orden social y el orden de interacción afectivo en el Metro



Fuente: elaboración propia.

Una vez definido el orden social que enmarca nuestros objetos de estudio, en la siguiente sección ahondamos en la manera como nos vinculamos con los grupos de personas estigmatizadas que estudiamos para poder llevar a cabo nuestras investigaciones. Especificamos las condiciones de posibilidad que nos permitieron realizar el trabajo de campo con los faquires y los comerciantes populares del Metro.

HACER ETNOGRAFÍA CON PERSONAS SOCIALMENTE ESTIGMATIZADAS EN EL METRO

Es frecuente que la etnografía sociológica se realice con los grupos o en los espacios que son parte de la biografía de la persona que investiga. La sociabilidad y los saberes previos son claves para insertarse de manera profunda en las situaciones de estudio, como lo requiere la etnografía. Siguiendo esta pauta, la autora y el autor de este ca-

pítulo emplearon su experiencia como personas usuarias del Metro, sus características de género y sus saberes no académicos para adentrarse en el mundo de las actividades económicas populares en este medio de transporte.

Para contactar con las personas faquires, Flor se involucró con una asociación dedicada a la defensa de los derechos humanos de las personas en situación de calle en la CDMX. Así conoció al grupo de la estación La Raza, con el cual hizo su investigación (Estrada, 2021). En ocasiones llevó alimentos para compartir, donó ropa y juguetes. De esta manera logró acercarse a las personas y conoció a Maestro Chicano, uno de los líderes e integrantes más antiguos del grupo, con quien posteriormente trabó amistad. Este aspecto le permitió desprenderse en ocasiones de su rol como educadora de calle e indagar sobre la gestión emocional que realizan los faquires. Fue Chicano quien integró a Flor a las dinámicas sociales del grupo. Por ser uno de los integrantes que constantemente permanecía en el punto de reunión, era quien la recibía y le recomendaba a quién entrevistar.

Chicano había participado en otras investigaciones sobre población callejera y era uno de los integrantes con mayor grado de estudios, por lo que entendía los intereses de Flor. Él reflexionaba sobre su condición de habitante de calle y faquir. Con el paso del tiempo, se convirtió en un protector, pues era común que algunos de los integrantes del grupo o personas externas cuestionaran su presencia e intentaran establecer otro tipo de relación. En una ocasión, incluso, la confundieron con una distribuidora de sustancias.¹¹ Ante estas situaciones, Chicano siempre respondía diciendo que “Flor era su amiga y que con ella no había problema”.

En el caso de las personas vagoneras estudiadas por Erick, el cruce de los múltiples círculos que abarcaba su sociabilidad fue fundamental para realizar la investigación. El primer círculo del que partió fue la

¹¹ Contar con una persona que las proteja es una estrategia que despliegan algunas mujeres en situación de calle ante la doble vulnerabilidad de habitar ahí y ser mujer (Estrada, 2021).

experiencia urbana como usuario asiduo del Metro. El segundo tuvo que ver con su cercanía social y espacial con entornos populares. El tercero, con la actividad deportiva y marcial, especialmente la capoeira; un círculo de sociabilidad que le permitió desplazarse con pericia por los andenes del Metro y entender la ambigüedad moral que permea las relaciones entre comerciantes y autoridades. El cuarto y último círculo emana de su quehacer académico y de su participación en la sociedad civil organizada, factores que marcaron un diferencial de estatus que le permitió interactuar en diversos escenarios y situaciones relacionados con la forma en que se gobierna el comercio popular en el Metro (Serna, 2020).

Así fue como Erick conoció al Tejoncito, un comerciante de casi 60 años que comenzó a vender en los vagones del Metro desde la infancia. Con el paso de los años, se convirtió en representante de los vendedores en uno de los tramos de la Línea 1, y en líder moral reconocido por las personas vagoneras que comercian en el resto de las líneas del Metro. Fue él quien enseñó a Erick a vender en los vagones durante su observación participante y le acompañó en las múltiples situaciones que implicó su investigación (Serna, 2020). Hasta el día de hoy, el Tejoncito es su principal enlace para conocer lo que sucede bajo la ciudad, consolidándose una relación de amistad.

Como se puede apreciar, en ambos casos la trayectoria social previa permitió a Flor y a Erick establecer un lazo de confianza con las poblaciones a estudiar. Con las que, a pesar de su formación académica, existía una cercanía debido a los entornos sociales en los que ambos crecieron y a que en algún momento de sus vidas ejercieron el comercio popular. Los marcadores de estatus, tales como los grados académicos o las vinculaciones con otras esferas sociales y políticas, facilitaron ser apreciados por estos grupos sociales como personas que eventualmente podrían ayudarlos en sus negociaciones políticas para aminorar los procesos de estigmatización de que eran objeto, agentes que podrían ayudarlos a cambiar su realidad social.

El género fue un factor importante. Las actividades económicas populares del Metro están jerarquizadas en función de la masculini-

dad, pues son los hombres quienes lideran los grupos de comerciantes (Pérez, 2013; Alonso, 2015; Serna, 2020). El género dirige la posición y las relaciones que establecen el etnógrafo o la etnógrafa en su trabajo de campo. Como aspecto estructural, el género etiqueta al investigador o la investigadora, lo que resulta evidente en el lugar que le asigna el grupo social con el que trabaja y en el modo en que se relacionan con él o con ella. En el caso de Flor, Chicano fungió como un protector ante posibles situaciones de acoso o proposiciones de relacionamiento social ajenas a la investigación que intentaran establecer con ella las personas del grupo de La Raza con el que trabajaba. En contraste, para Erick, la condición de varón le facilitó un acceso relativamente sencillo al comercio popular y a sus liderazgos.

Por otro lado, fue gracias a la empatía y la proximidad social con la realidad que viven los faquires y comerciantes que Flor y Erick lograron una interacción social cercana con ellos, lo que les permitió apreciar cómo se vinculan con las autoridades y con el público usuario al transitar por los vagones del Metro. Ambos, comerciantes y faquires, se posicionan desde el lugar de personas estigmatizadas.

LA GESTIÓN Y LA PRESENTACIÓN DEL ESTIGMA EN EL TRABAJO EMOCIONAL DE LOS FAQUIRES

Como fue señalado, en los vagones del Metro la actividad del faquir consiste en la mortificación corporal sobre un trozo de tela con vidrios. En algunas ocasiones, el acto se acompaña de maromas y acrobacias en los pasamanos del vagón. Después, las personas caen de espalda, lo que produce un estruendo debido al impacto del cuerpo al caer y el crujido de los vidrios en la carne (Estrada, 2021).

Los preceptos morales desde los cuales se etiqueta a las personas en situación de calle, como improductivas, dañinas e incapacitadas para incorporarse a las formas de vida convencionales, las coloca en la posición más baja de la estructura social. Es desde este mismo etiquetamiento que se crean expectativas sobre su actuar (por ejemplo, que sean excesivamente humildes o agresivas; que tengan una

complexión delgada, ropa sucia, desgastada, etcétera). Estas expectativas son incorporadas por las personas en situación de calle para justificar su presencia en la mendicidad, desarrollar el acto del faquir y suscitar emociones, como la compasión y el miedo, y así acreditarse como merecedoras de la caridad (Simmel, 2014 [1908]).

En la propuesta desarrollada por Flor se ilustra cómo las personas que practican el acto del faquir, a pesar de que atraviesen por diversas circunstancias de desventaja social, siguiendo la metáfora teatral de Goffman (1959), son quienes dirigen y modulan las emociones con las que interactúan con el público usuario, al menos mientras dura su breve actuación en los vagones. Tienen mayor control del grado de interacción en la situación y deciden el rumbo emocional de ésta. Logran capitalizar la dualidad víctima/delincuente, propia del estigma que los etiqueta, y potencializar, por ejemplo, el miedo que suscitan socialmente al dejarse lastimar con los vidrios como un medio para solicitar retribuciones económicas.

Además de abonar a la noción del estigma, buscamos fortalecer una metodología de trabajo que permita identificar los vínculos socioemocionales presentes en la interacción con poblaciones estigmatizadas, quienes participan de un orden relacional que pende entre el rechazo y la colaboración. Se trata de apreciar la manera en que los estigmatizados se adaptan a las situaciones de encuentro mixtos (con poblaciones que no lo son) para manejar la información que los estigmatiza y controlar la tensión que se suscita en el encuentro (Goffman, 1970: 122-123).

La dimensión afectiva juega un papel fundamental en el orden de interacción entre los faquires del grupo de La Raza y el público usuario. Con base en los aportes de Hochschild (1983) a la propuesta de Goffman (1959), se considera que es mediante las emociones que evaluamos la situación y el actuar de los demás. La representación social de las personas en situación de calle habilita ciertas emociones al interactuar con ellos. Es también desde las emociones que el público usuario del Metro evalúa aquellas situaciones que ameritan una retribución material.

De acuerdo con Hochschild (1983), las personas cuentan con la capacidad de sentir emociones de forma consciente. A partir de esta conciencia es posible actuar sobre las emociones para adecuarlas a las reglas del sentir vigentes. Dicha actuación se denomina “gestión emocional”.¹² Para las personas del grupo de La Raza, el acto que realiza el faquir requiere manejar (gestionar) el dolor, el miedo y la vergüenza para poder realizar su actuación ante el público usuario. De hecho, la gestión de estas emociones se convierte en una “actuación profunda” (Hochschild, 1983) que envuelve la aceptación de su identidad callejera y su rol como figura merecedora de caridad (Simmel, 2014 [1908]).

Las personas faquires refieren ser conscientes de las expectativas que el público usuario tiene de ellas y del uso de sus recursos corporales, como mostrar las cicatrices y la sangre provocada por las cortadas en el acto, recursos familiares (como el acompañamiento de infancias) y, sobre todo, el uso de dos tipos de discursos catalogados por ellos como “amable y agresivo”, los que implican actitudes humildes y agresivas y, consecuentemente, la producción de tristeza o miedo.

Las emociones no sólo impulsan el intercambio moral entre la población en situación de calle y el público usuario, sino que el intercambio también es afectivo. El intercambio socioafectivo que desencadena la mendicidad se inscribe en la reciprocidad como base de las relaciones sociales (Simmel, 2014 [1908]). Si se entiende que son las personas en situación de calle quienes inician la posibilidad de interacción con el ofrecimiento de los discursos que acompañan a espectáculos como el faquir, se colige que el intercambio comienza con la entrega de un repertorio discursivo y emocional que tiene como propósito la retribución económica del acto. Las personas con las que Flor trabajó refieren entregar y producir emociones tales como asombro, sorpresa, miedo, tristeza y lástima; mientras que el público usuario manifiesta

¹² Existe una distinción entre gestión y trabajo emocional. Este último se desarrolla particularmente en contextos laborales y se inscribe en un intercambio en el cual la gestión y la expresión de las emociones obtienen una retribución material (Bericat, 2000).

sentir compasión, la que se materializa en retribuciones monetarias. En el intercambio también existe la posibilidad de responder con rechazo e indiferencia.

El orden de interacción determina la expresión emocional dentro del vagón (Goffman, 1959; 1991). Es común observar que el desprecio o el rechazo hacia el faquir se expresa en la indiferencia que muestra el público usuario, al tiempo que la aceptación no va más allá de la compasión. Este mismo orden enmarca el grado de compromiso al recibir el acto impresionista ejecutado por el faquir. Por ejemplo, una mirada prolongada supone el reconocimiento de que el acto ha sido recibido intencionalmente, lo que supone un mayor compromiso de retribución monetaria.

Uno de los efectos que producen los intercambios con las personas mendicantes es la reciprocidad indirecta. Esta alude al retorno esperado de cualquier acción, “pero ese retorno no siempre tiene que proceder del beneficiario, sino que bien puede venir de otros” (Cortina, 2017: 53). En el caso de los faquires, la reciprocidad indirecta emerge de preceptos morales, como “la regla de oro de la beneficencia”: “En todo momento, haz a los demás lo que te gustaría que te hicieran a ti” (Schmitt y Clark, 2006: 476). Esto se aprecia en la manera en que el público usuario se inscribe en las lógicas sociales de solidaridad al enunciar moralejas como “hoy por ti, mañana por mi” o “manos que dan, nunca estarán vacías”. Uno de los motivos para sentir compasión por el acto faquir es haber experimentado situaciones personales de dificultad y carencia en las que las personas fueron socorridas. Es mediante un “corazón moral” que los individuos devuelven y esperan recibir la solidaridad que algún día recibieron. Este “corazón” se integra al engranaje de solidaridad de la sociedad y permanece cotidianamente en el Metro en la medida en que el público usuario retribuye las técnicas de trabajo emocional que despliegan las personas en situación de calle.

EL PROCESO DE ESTIGMATIZACIÓN DEL COMERCIO POPULAR EN EL METRO

Desde los tiempos del discurso higienista, las poblaciones de comerciantes populares han sido señaladas como agentes de contaminación urbana (Crossa, 2018). El estigma en contra del comercio popular en el Metro es una cuestión histórica. Siguiendo a Link y Phelan (2001: 365), el proceso de estigmatización ha etiquetado y discriminado al comerciante como una persona de estatus despreciable, criminalizando su actividad (Espinosa, Rueda y Serna, 2022). Se les caracteriza como agentes que obstaculizan la movilidad y producen ruido (contaminación sonora), entre muchas otras cosas.

En ese tenor, en años recientes se implementó la política de “cero tolerancia contra el comercio informal”.¹³ A finales de 2018, las acciones derivadas de esta política produjeron un incremento de los operativos policíacos en contra del comercio popular y el aumento de las sanciones administrativas aplicadas por vender en el Metro (Serna, 2022). El uso excesivo de fuerza pública dio lugar al punto más álgido en el ejercicio de esta política cuando el 21 de marzo de 2020 se provocó el deceso de un comerciante (Serna, 2022).

A través de las leyes se establecen mecanismos que institucionalizan y estructuran las relaciones entre las autoridades y los comerciantes populares. El proceso es abiertamente desigual, pues se sirve de los instrumentos jurídicos del Estado para sancionar e institucionalizar el castigo de la conducta “desviada”, representada en el acto de vender en el Metro (Goffman, 1989: 183). Ya sea en la ejecución, la negociación o la evasión de las leyes, prima el orden de la interacción

¹³ Dicha política se inspiró en el modelo Giuliani para disminuir las pequeñas infracciones en la ciudad de Nueva York, el cual fue importado a la Ciudad de México en 2013. En el Metro, la política se ha caracterizado por campañas publicitarias que criminalizan el comercio, calificando a los comerciantes como “piratas”, “lo peor de la sociedad”, seres que deben de ser “desvanecidos”, entre otros etiquetamientos denigrantes de la condición humana (Serna, 2020).

que rige las relaciones entre las autoridades y los comerciantes populares. Es el marco legal el que encuadra el orden social en el transporte y los espacios públicos (Goffman, 1991: 181).

Por esto, una parte importante del oficio de vagonero consiste en saber ocultarse de los oficiales, realizando la venta de la forma más clandestina posible. Si la persona es detenida, la cuestión radica en saber negociar la aplicación o conmutación de la multa, sea por medio de la empatía o el soborno. El objetivo es recibir la menor sanción posible y regresar cuanto antes a vender en los vagones.

No es de sorprender, por tanto, que en la interacción entre autoridades y comerciantes prime la tensión. El comerciante tiene que gestionar sus emociones para no reaccionar airadamente cuando los oficiales los detienen sin haberlos sorprendido vendiendo¹⁴ o cuando el juez cívico los sanciona con la multa máxima o se les arresta por 13 horas. A la gestión emocional del sentimiento de injusticia se suma el estrés y la precariedad que implica vender en el Metro (Serna, 2022).

Así, el orden de la interacción en relación con los comerciantes no se limita a la venta de productos, sino que incluye una serie de prácticas para ejercer el oficio de forma segura. Desde que el tren llega al andén, ojean el interior de los vagones para cerciorarse de que estén libres de policías. Al abordar, recorren todo el vagón y sólo cuando el tren está en marcha comienzan a vender. Se avisan por medio de mensajes en grupos de WhatsApp cuando hay operativos en alguna estación (Serna, 2020).

En respuesta, los policías implementan otras estrategias para erradicar el comercio popular del Metro. Se despojan de su uniforme y se esconden tras el público usuario o detrás de los asientos para sorprender a los vagoneros cuando venden. Los detienen en los andenes porque ya saben que son comerciantes, aunque no estén ofreciendo

¹⁴ Dentro de las reglas vigentes se especifica que las personas deben de ser detenidas si son sorprendidas *in fraganti* vendiendo. Esto es respaldado por la propia Ley de Cultura Cívica y las normas del debido procedimiento en las detenciones administrativas (Espinoso, Rueda y Serna, 2022).

sus mercancías. Les imputan delitos que no cometieron, como la posesión de drogas, armas, y la resistencia a la detención.¹⁵ Mantienen una base de datos con fotos de las y los presuntos comerciantes que circulan por grupos de WhatsApp (Espinosa, Rueda y Serna, 2022).

Las violaciones a las reglas que rigen las relaciones entre comerciantes y policías han hecho que las interacciones entre ambos grupos escalen en tensión. Las personas vagoneras sienten que se violan sus derechos porque las autoridades no se apegan al debido procedimiento o porque transgreden los acuerdos no escritos que mediaban entre ellos. Albergan una mezcla de temor y rencor por la injusticia social de la que se sienten objeto. En tanto, los policías sienten que su trabajo es menospreciado y que no se toma en cuenta cuando las personas vagoneras reaccionan violentamente. Uno de ellos manifestó en un encuentro en el juzgado cívico: “¿A nosotros quién nos protege? Nos pegan y nadie defiende nuestros derechos. Lo único que hacemos es cuidar que se cumpla la ley”.

Éstos han sido los impactos de la aplicación de la política de “cero tolerancia”, la cual, lejos de erradicar el comercio en el Metro, ha tensionado las ríspidas interacciones entre los policías y las personas comerciantes. Al contribuir al proceso de estigmatización del comercio popular, las autoridades fortalecen los sentimientos de desprecio hacia ellas, deshumanizándolas. En términos de Stets y Turner (2006), se busca “menospreciar al otro y sentirse moralmente superiores. Debido a que el otro no está a la altura, se le brinda menos calidez y afecto, lo que debilita otras emociones morales como la compasión” (p. 554).

CONCLUSIONES

Con base en la tradición sociológica etnográfica describimos la conformación del orden social en el Metro en su vinculación con el orden de interacción que organiza los intercambios afectivos con dos grupos

¹⁵ Lo que se conoce en el argot jurídico como “resistencia a particulares”.

de poblaciones populares: los faquires y los comerciantes. La aplicación del método etnográfico sociológico nos permitió caracterizar a los vagones del Metro como un espacio social que se construye a través de las interacciones entre estos dos grupos: el público usuario y las autoridades. En el caso de los faquires, destacamos la manera en que el manejo impresionista de la información estigmatizante les permite crear lazos de vinculación afectiva al interactuar con el público usuario. La representación escénica de la situación de necesidad que los aqueja genera impactos emocionales en los usuarios que desembocan, aunque no siempre, en una retribución económica. Mediante esta actuación, los faquires consolidan una forma de sustento económico más o menos perdurable.

El proceso de estigmatización de las personas vagoneras nos permitió ilustrar la imbricación entre el orden jurídico y el social en el Metro, elementos que acotan el orden de interacción posible en los encuentros entre las autoridades y los comerciantes. El método etnográfico sociológico nos permitió identificar los vínculos emocionales que median los intercambios en los vagones y la posibilidad que brindan las emociones como factores que nos posibilitaron realizar el trabajo de campo. La investigación etnográfica desarrollada con las personas estigmatizadas, fundada en la empatía y la confianza, nos permitió conocer la forma en que ambas poblaciones gestionan sus emociones. Mientras los faquires despliegan un manejo impresionista con fines de retribución material, los comerciantes vagoneros lidian con la tensión emocional que les acarrea el proceso de criminalización de que son objeto por las autoridades y la ley. El trabajo realizado en este capítulo resalta la ubicuidad del componente emocional en los intercambios sociales y en la construcción del orden social en el transporte público que elegimos estudiar.

REFERENCIAS

- Alonso, Lara (2015). *Vagoneros. Economía informal en el metro de la Ciudad de México*. Tesis de maestría en Investigación Antropológica y sus Aplicaciones. Madrid: Departamento de Antropología Social y Cultural, Facultad de Filosofía, Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Aranguren, Martin, y Stéphane Tonnelat (2013). “Les visages du métro (la force des émotions faibles): contacts physiques, transactions émotionnelles et densité de voyageurs dans le métro de Paris”. *Rapport de la prospective ratp*. n° 170. París: RATP.
- Bericat, Eduardo (2000). “La sociología de la emoción y la emoción en la sociología”. *Papers. Revista de Sociología*, 145-176.
- Cortina, Adela (2017). *Aporofobia, el rechazo al pobre. Un desafío para la democracia*. Barcelona: Paidós.
- Crossa, Verónica (2018). *Luchando por un espacio en la Ciudad de México. Comerciantes ambulantes y el espacio público urbano*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Deegan, Mary (2001). “The Chicago School of Ethnography”. En *Handbook of ethnography*, editado por Paul Atkinson, 11- 25. London: Sage.
- Espinosa, Tania; Antonio Rueda; y Erick Serna Luna (2022). *Justicia y trabajo bajo la Ciudad de México. La situación laboral y la criminalización del comercio popular en el Metro*. Ciudad de México: WIEGO-México.
- Estrada, Flor (2021). *En la forma del pedir está el dar: trabajo emocional de personas de población callejera en el Metro de la Ciudad de México*. Tesis de licenciatura en Trabajo Social. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Gobo, Giampietro y Luckas Marciniak (2016). “What Is Ethnography?”. En *Qualitative Research*, editado por David Silverman, 103-121. Londres: Sage.
- Goffman, Erving (1959). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrotu.
- Goffman, Erving (1970). *Estigma, la identidad deteriorada*. Madrid: Amorrortu.
- Goffman, Erving (1989). “On fieldwork”. *Journal of contemporary ethnography* 18: 123-132.
- Goffman, Erving (1991). “El orden social y la interacción”. En *Los momentos y sus hombres*, editado por Erving Goffman, 91-98. Buenos Aires, Paidós.
- Guber, Rosana (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hammersley, Martyn, y Paul Atkinson (1994). *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- Hochschild, Arlie (1983). *The managed heart commercialization of human feeling*. Oakland: University of California Press.

- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2022). "Indicadores de ocupación y empleo octubre de 2022" (Comunicado de prensa núm. 708/22), 29 de noviembre.
- Lezama, José Luis (2003). *Teoría social, espacio y ciudad*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Lida, Clara E. (1997). "¿Qué son las clases populares? Los modelos europeos frente al caso español en el siglo XIX". *Historia Social* 27: 3-21.
- Link, Bruce, y Jo Phelan (2001). "Conceptualizing stigma". *Annual Review of Sociology* 27: 363-385.
- Mullings, Beverley (1999). "Insider or outsider, both or neither: some dilemmas of interviewing in a cross-cultural setting". *Geoforum* 30: 337-350.
- Perelman, Mariano (2013). "Trabajar en los trenes. La venta ambulante en la ciudad de Buenos Aires". *Horizontes Antropológicos* 19 (39): 179-204.
- Pérez Trejo, Hugo (2013). *Economía subterránea en el subterráneo: estudio de caso de la línea 2 del metro de la ciudad de México (Tasqueña-Cuatro Caminos)*. Tesis de licenciatura en Sociología, Ciudad de México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pires, Lenin (2011). *Esculhamba, mas não Esculacha! Uma Etnografia dos Usos Urbanos dos Trens da Central do Brasil*. Río de Janeiro: Editora da Universidade Federal Fluminense.
- Schmitt, Christopher, y Clark Candace (2006). "Sympathy". En *Handbook of the sociology of emotions*, coordinado por Jan Stets y Jonathan H. Turner, 467-486. University of California: Springer.
- Serna Luna, Erick (2020). *Gobernar bajo la ciudad: etnografía sobre la gobernanza del comercio popular en el metro de la Ciudad de México*. Tesis de doctorado en Estudios Urbanos y Ambientales. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Serna Luna, Erick (2022). "(In)justicia e (i)legalidad bajo la ciudad: las relaciones entre policías y vendedores en el metro de la Ciudad de México". *Etnográfica* 26 (1): 89-107.
- Simmel, Georg (2009). "Excursus on the Sociology of Sense Impression". En *Sociology Inquiries into the Construction of Social Forms*, editado por Georg Simmel, 570-601. Boston: Leiden.
- Simmel, Georg (2014). "El pobre". En *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*, editado por Georg Simmel, 467-482. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica [1908].
- Stets Jan, y Jonathan Turner (coordinadores) (2006). *Handbook of the Sociology of Emotions*. Nueva York: Springer.
- Tonnellat, Stéphane, y William Kornblum (2017). *International Express: New Yorkers on the 7 Train*. Nueva York: Columbia University Press.
- Winkin, Yves (1991). *Los momentos y sus hombres*. Buenos Aires: Paidós.

El estudio de las emociones y los afectos en el contexto sociodigital

Hacia una etnografía digital de las emociones

Mariana Ramos Ríos

INTRODUCCIÓN

El presente capítulo tiene dos objetivos secuenciales. En primera instancia, busco ofrecer un marco conceptual general del enfoque metodológico de la etnografía digital, para ejemplificar en un segundo momento, a partir de una investigación previamente realizada, su potencial epistemológico en el estudio de las emociones y los afectos en la era sociodigital. Este planteamiento comprende el reconocimiento de una nueva dimensión de la interacción social contemporánea, derivada sobre todo de la incorporación de las tecnologías digitales a nuestra vida cotidiana. Aludir a *lo sociodigital* remite así a la importancia de considerar esta mediación tecnológica en la experiencia subjetiva, emocional y afectiva¹ de las personas, al mismo tiempo que plantea la necesidad de repensar la investigación social y la práctica etnográfica tradicional.

¹ Empleo de forma diferenciada los términos *emocional* y *afectivo* al considerarlos dos escalas de una dimensión más amplia. Lo emocional se refiere a la experiencia y expresión de emociones en el marco de la interacción social, mientras que lo afectivo alude a un sentido sociocultural más abstracto, en el que el vínculo social se reviste de carga afectiva.

De manera general, intento abonar a una etnografía digital de las emociones que logre trascender la idea de la mediación tecnológica como obstáculo para la investigación empírica. Ésta agudiza la mirada hacia la inscripción digital de las emociones y los afectos: palabras, imágenes, videos, gestos, sonidos y expresiones digitales variadas que permiten la lectura analítica de significados afectivos plasmados en las pantallas de nuestros dispositivos tecnológicos.

En la primera parte del texto expondré algunas nociones y principios básicos de la etnografía digital, describiendo brevemente su evolución teórica-metodológica en los últimos treinta años. Basada sobre todo en los campos de la sociología y la antropología digital, la etnografía digital constituye, más que un método o serie de técnicas, una aproximación metodológica amplia. Ésta requiere un análisis interrelacional entre lo que sucede en la interacción tradicional (cara a cara) y aquello que puede observarse en la interacción mediada por la tecnología, por lo que demanda un abordaje empírico multisituado y multimodal.

Después, en la segunda parte del capítulo, profundizo en el potencial epistemológico de la etnografía digital para abordar la dimensión emocional, un correlato ubicuo imprescindible para el entendimiento de lo social. Partiendo de los fundamentos de la sociología de las emociones y basándome en el trabajo empírico realizado en mi investigación doctoral sobre identidades de género y emociones, ejemplifico el procedimiento metodológico y la ejecución técnica en una etnografía digital de las emociones. Enfatizo en la manera en la que la captura del dato emocional y el registro afectivo se logran al establecer un cruce analítico entre el discurso emocional observado en pantalla y el discurso emocional obtenido a través de otras técnicas, esencialmente cualitativas.

EJERCENDO LA IMAGINACIÓN SOCIODIGITAL

En las dos primeras décadas del siglo XXI hemos atestiguado una serie de transformaciones socioculturales asociadas con la creciente presencia de las tecnologías digitales en la vida cotidiana.² El correo electrónico, el *smartphone*, las redes sociales, las videollamadas y una gran variedad de plataformas y canales de comunicación digital han instaurado nuevos escenarios y rituales de interacción mediados por la tecnología, moldeando los confines del orden social y sentando la base para la emergencia de un orden particular de interacción entre las personas. Esto se ha visto acentuado, además, por las condiciones de distanciamiento social impuestas por la pandemia global por Covid-19.

A mediados del siglo XX (era pre-Internet), el sociólogo Erving Goffman desarrolló una sólida teoría sobre un orden de interacción social caracterizado por la copresencia física tradicional de los encuentros cara a cara. Cincuenta años después, es posible trasladar este enfoque teórico al contexto sociodigital contemporáneo, en el que este tipo de encuentros siguen siendo esenciales, pero se conjugan con nuevas formas de interacción mediadas por las tecnologías digitales. En este “orden de interacción sociodigital” (Jenkins, 2010), la digitalización de la comunicación humana ha extendido los límites de la interacción tradicional cara a cara, lo que requiere considerar una articulación espacio-temporal entre dos órdenes de interacción (Jenkins, 2010; Collins, 2011; Serrano-Puche, 2012; Benski y Fisher, 2014): el tradicional y el mediado por la tecnología. Éstos constituyen planos sociales complementarios, no excluyentes, que se interceptan en las prácticas de la vida cotidiana.

El orden de interacción sociodigital se manifiesta en una gran diversidad de ámbitos sociales e impacta inevitablemente en la expe-

² Es importante tomar en cuenta que el trabajo teórico y empírico de lo sociodigital se ha llevado a cabo sobre todo en países desarrollados. Esto cobra relevancia al considerar el contexto de exclusión y desigualdad en el acceso y apropiación a las tecnologías digitales en América Latina y México.

riencia emocional y afectiva de la realidad. La ubicuidad de Internet, el incremento de la comunicación mediada por la tecnología y la importancia de las redes sociales como escenario de interacción han suscitado una seria reflexión sobre el lugar que ocupa lo digital en la vida social (Horst y Miller, 2012; Lupton, 2015). Podríamos decir que, hoy en día, no es posible entender “lo social” sin contemplar la dimensión digital de la interacción. La concepción de *lo sociodigital*, como palabra compuesta, alude a esta intrincada relación entre lo social y lo digital.

Las implicaciones de la presencia de las tecnologías digitales en la vida cotidiana no sólo impactan la vida social, sino también la forma en que debe ser estudiada. Lo digital se presenta como un desafío para la comprensión de lo social (Marres, 2017); un llamado a la reflexión epistemológica y metodológica. Que nuevas prácticas sociales demanden nuevos métodos de investigación nos lleva a pensar en la necesidad de reinventar la investigación social. Desde la segunda década del siglo XXI se ha venido señalando la necesidad de reconocer un momento coyuntural en el pensamiento sociológico (Orton-Johnson y Prior, 2013; Clough *et al.*, 2014; Lupton, 2015; Marres, 2017). Este replanteamiento invita al ejercicio de una *imaginación sociodigital*; una nueva *imaginación sociológica* (Wright, 1959) propia del contexto contemporáneo, revitalizada y actualizada (Orton-Johnson y Prior, 2013; Lupton, 2015; Daniels, Gregory y McMillan, 2017).

La imaginación sociológica a la que se refería Charles Wright Mills en 1959 alude a una sensibilidad particular para ver el mundo y a la capacidad de relacionar la subjetividad de la vida cotidiana con el contexto histórico más amplio. Esta comprensión de realidades íntimas en relación con realidades sociales más amplias constituye una lectura interrelacional entre las experiencias individuales y los entramados sociales. El cultivo de una imaginación sociodigital, entonces, constituye un proyecto crítico permanente que incorpora lo digital como elemento indiscutible del mundo social.

El campo de la sociología digital emerge en la academia británica como respuesta al llamado de reinención de la investigación en la segunda década del siglo XXI (Orton-Johnson y Prior, 2013; Carri-

gan, 2013; Marres, 2013; Orton-Johnson, Prior y Gregory, 2015; Lupton, 2015; Marres, 2017; Daniels, Gregory y McMillan, 2017). Este campo realiza una lectura en clave digital de conceptos centrales como las relaciones, la interacción, la identidad y el género, entre otros, incorporando el factor de la mediación digital de la experiencia y la interacción. Así, más que una abstracción tecnológica o una fuerza determinante, lo digital es concebido como un actor social relacional (Orton-Johnson, Prior y Gregory, 2015). Se ofrecen así elementos conceptuales para estudiar la subjetividad, las emociones y los afectos en el orden de interacción sociodigital.

La subdisciplina de la antropología digital (Horst y Miller, 2012: 9) es un enfoque afín y paralelo al de la sociología digital. Tiene sus antecedentes en la ciber-antropología y el estudio de la interacción entre lo humano y lo no humano (Turkle, 1995; Case, 2014), y se enfoca en el estudio cultural de las relaciones humanas insertas en la tecnología. Agudiza la mirada en las prácticas cotidianas y se promulga en contra de la generalización de la experiencia digital, intentando comprender lo digital desde la perspectiva de las propias personas.

La distinción más importante entre éstas es que, mientras la sociología digital explica el mundo de forma relacional, la antropología digital enfatiza más bien los aspectos culturales. Sin embargo, ambas comparten un mismo cimiento epistemológico: rechazan los dualismos virtual-real y *online-offline*; sostienen que la experiencia humana es actualmente indisociable de una dimensión digital, y pugnan por un estudio integral de los aspectos digitales y no digitales en la vida de las personas. Metodológicamente, y por rutas paralelas, ambas subdisciplinas se ocupan de analizar el mundo social y desarrollar nuevos métodos para hacerlo.

Esta condición epistemológica de lo sociodigital trae consigo, necesariamente, una puesta al día de la etnografía tradicional. El método

etnográfico, principal instrumento del conocimiento antropológico,³ es entendido como una tarea en la que quien investiga se adentra en el mundo que observa para describirlo, partiendo así del punto de vista de quienes lo viven. Tiene como objetivo observar y registrar a detalle las prácticas culturales y los comportamientos sociales, e incluye un trabajo de descripción gruesa para la comprensión de la práctica situada (Geertz, 2003 [1973]), estableciendo una investigación empírica interactiva. Esta concepción tradicional de la práctica etnográfica requiere hoy en día una recontextualización histórica (Mosquera, 2008). La descentralización de la noción de espacio y la mediación tecnológica de la ubicación física reconfiguran sin duda el sentido de la copresencia en el trabajo de campo (Di Prospero, 2017). Esto da lugar a espacios mixtos, cotidianidades y mundos híbridos; una conciencia compartida entre la conexión física y la conexión digital que condiciona la naturaleza misma del trabajo etnográfico.

EL ENFOQUE METODOLÓGICO DE LA ETNOGRAFÍA DIGITAL

La aplicación del método etnográfico al estudio de Internet y las nuevas tecnologías se remonta a la última década del siglo xx. Debe señalarse que se trata de un campo en permanente construcción, que camina en paralelo al desarrollo y evolución de los entornos digitales de comunicación e interacción social. Desde la década de 1990 ha existido una particular detonación de términos y aproximaciones etnográficas a lo digital; diversas acepciones y etiquetas que tienen como elementos en común el uso de métodos cualitativos con diseño etnográfico, el estudio de las prácticas en Internet y la observación de inscripciones digitales, rastreables en las pantallas de los dispositivos tecnológicos. Ante esta circunstancia y en aras de una adecuada conceptualización, resulta provechoso revisar, de manera sucinta,

³ Mas no exclusivo. Existe la importante tradición etnográfica sociológica producto de la sociología empírica estadounidense y el interaccionismo simbólico (ver el capítulo previo en esta sección del libro).

la evolución teórica y metodológica del enfoque etnográfico aplicado al estudio de lo digital.

Genealógicamente, pueden identificarse tres etapas o momentos clave (Gómez Cruz y Ardévol, 2013). En un primer momento, ante el notable incremento de la comunicación mediada en la década de 1990, surgen las etnografías del ciberespacio, un término derivado de la literatura de ciencia ficción; un sinónimo de Internet pensado como “un mundo aparte”. La ciberetnografía (Robinson y Schultz, 2009) centró su atención en el estudio de entornos sociales tecnológicamente mediados como foros, chats, juegos de rol y otras prácticas usualmente anónimas, relacionadas entonces con un mundo virtual, no físico y contrapuesto al mundo real. El ciberespacio, concebido como un no-espacio, daba cabida a comunidades e identidades virtuales y al surgimiento de un segundo Yo: uno descentrado, habitante de múltiples mundos y estudiado sólo a partir de la vida en la pantalla (Turkle, 1995). En este sentido, debe decirse, la alusión al ciberespacio ha sido ya superada y forma parte de un enfoque caduco (Lupton, 2015), pues no contempla la actual naturaleza ordinaria e imbricada de las tecnologías digitales en la vida de las personas.

En un segundo momento, ya en la primera década del siglo XXI, se ubican las etnografías en, sobre y relacionadas con Internet, asociadas al surgimiento paradigmático de la Web 2.0, a la incorporación de la red en la vida cotidiana y al asentamiento sociocultural de las redes sociales. Estas aproximaciones superan la noción del ciberespacio y la confrontación real-virtual de la etapa anterior da pie al surgimiento de una nueva dicotomía analítica: lo *online* y lo *offline* como dimensiones separadas de la acción social (Hine, 2000; Appadurai, 1996; Marcus, 1995), donde lo *online* (estar conectados o en línea) sustituye a lo virtual y lo *offline* (estar desconectados o fuera de línea) sustituye a lo real.

Entre el segundo y tercer momento de las etnografías relacionadas con Internet podemos ubicar el trabajo de Christine Hine (2000), investigadora pionera en el campo de la etnografía digital. Su propuesta, denominada inicialmente como “etnografía virtual”, aborda los

usos de Internet a partir de la perspectiva y discurso de los usuarios, atendiendo a la construcción de sentido desde las prácticas sociales cotidianas. Hine se erige como precursora del estudio cultural de lo sociodigital, al entender la red como un espacio contextualizado de interacciones simbólicas y afectivas. Su trabajo habría de influenciar muchos de los subsecuentes acercamientos etnográficos a lo digital.

Otra aproximación comúnmente referida es aquella conocida como “netnografía”, presentada desde los estudios de consumo y mercadotecnia por Robert Kozinets (2010) para estudiar las comunidades en línea, trasladando la observación participante a la interacción mediada por la tecnología. En el contexto latinoamericano vale la pena señalar aportes como el de Edgar Gómez Cruz (2018) y su etnografía celular, en la que subraya las condiciones de espacialidad y conectividad, así como la utilidad de los métodos visuales para entender la movilidad. También debe mencionarse la etnografía *onlife* propuesta por Karina Bárcenas y Nohemí Preza (2019), quienes enfatizan el sentido multilocalizado, multinivel y multiplataforma de la etnografía digital, así como el valor de emplear metodologías mixtas.

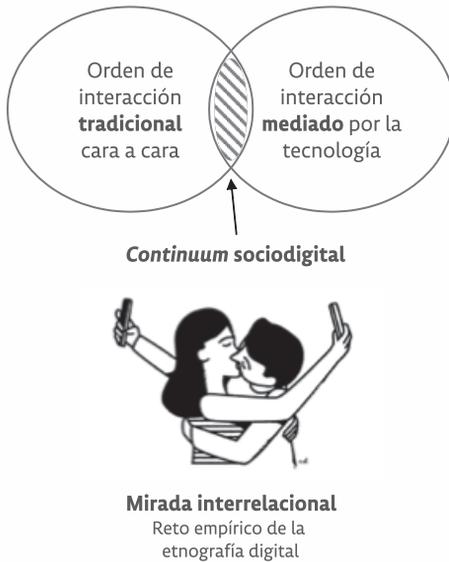
Finalmente, en un tercer momento, en la primera década de este siglo XXI, surge la concepción de etnografía digital (Pink *et al.*, 2016; Gómez Cruz y Ardèvol, 2013; Varis, 2014; Murthy, 2008). Ésta responde a la evolución del panorama tecnológico y al auge de los dispositivos y plataformas de comunicación móviles; en suma, a la complejización del entorno sociodigital. La etnografía digital busca aprehender de forma integral lo que sucede en la interacción tecnológicamente mediada (lo que las personas plasman en las plataformas digitales) y lo que sucede en la interacción cara a cara (las prácticas socioculturales más amplias); estudia lo digital más allá de lo observable en la pantalla de los dispositivos, trascendiendo así las dicotomías epistemológicas “virtual vs. real” y “online vs. Offline”. Propone un abordaje empírico desde la multiplicidad, la apertura y la constante reflexividad.

Dos principios epistemológicos rigen el sentido de la etnografía digital. Por un lado, la relevancia analítica de la dimensión contextual como aspecto clave para la comprensión y, por otro, la reconfiguración

de la noción de copresencia en el trabajo de campo etnográfico. Con respecto al primer principio, debe asumirse que la interacción social mediada se lleva a cabo en el marco de la interacción tradicional, y es desde ahí que debe ser entendida, desde su sentido contextual. De esta manera, no se limita al estudio de lo digital, sino que va más allá de lo que puede verse en la pantalla, buscando una explicación desde las prácticas mismas. La obtención de datos digitales es sólo parte del proceso, parte de un todo y no un fin en sí mismo. Esto quiere decir que la plataforma o el entorno digital que se investiga no constituye un contexto autoexplicativo, sino que debe ser estudiado desde las significaciones y apropiaciones particulares y localizadas (Varis, 2014).

En este sentido, la etnografía digital debe prestar atención al punto donde se interceptan y se interfieren mutuamente los dos órdenes de interacción social: el orden de interacción tradicional (cara a cara) y el orden de interacción sociodigital (mediado por la tecnología). Entender este *continuum* entre lo digital y lo no digital (González y Servín, 2013) permite entonces aprehender una realidad sociodigital más amplia. Esta dialéctica analítica contribuye a generar una aproximación integral al objeto de estudio y acceder a lo sociodigital. La siguiente figura ofrece una síntesis visual de este principio epistemológico clave de la etnografía digital.

Figura 1
Conformación del *continuum* sociodigital



Fuente: elaboración propia.

En cuanto al segundo principio, la etnografía digital supone una importante reconfiguración conceptual y empírica de la noción de copresencia. La incorporación a la vida cotidiana de las tecnologías móviles como el *smartphone* conlleva implicaciones en términos de conectividad y ubicuidad. La multiplicidad y simultaneidad de conexiones, canales de comunicación y plataformas de interacción trae consigo una descentralización de la noción de espacio. Esta condición sociodigital da lugar a la existencia de mundos híbridos (Di Prospero, 2017) o entornos policéntricos (Varis, 2014); una especie de conciencia compartida entre dos órdenes de interacción social.

Para aprehender empíricamente lo sociodigital es necesario anteponer una dimensión contextual y observar las prácticas digitales más allá de la pantalla. Esto implica estudiar de forma simultánea los as-

pectos digitales y los aspectos no digitales en la vida de las personas, estableciendo una mirada interrelacional entre estas dos escalas de la experiencia. Nuevamente, es menester entender la dualidad digital-no digital como una dinámica de interferencia, como un *continuum*; una conciencia compartida entre dos órdenes de interacción social. Esto representa un considerable reto metodológico.

La etnografía digital constituye una aproximación metodológica abierta, flexible y adaptativa, caracterizada por un proceso de reflexividad permanente y de aprendizaje en el campo, guiado siempre por la imaginación sociodigital. Las herramientas no están determinadas *a priori*, sino que es el contexto situacional y el propio objeto de estudio lo que va dando la pauta para el desarrollo de la investigación. Sobresale así un imperativo de sensibilidad y creatividad metodológica, esencialmente (mas no exclusivamente) cualitativa.

El empleo de este método contempla una aproximación inicial exploratoria, así como la participación intensa de quien investiga en inmersiones profundas y comprometidas en ambos órdenes de interacción social (el tradicional y el mediado) y el uso de técnicas de investigación múltiples, tradicionales y digitales, como la entrevista a profundidad, a manera de sustento etnográfico. Sin embargo, se debe subrayar que la etnografía digital no se reduce a un conjunto de técnicas, sino que constituye un enfoque metodológico amplio (Varis, 2014), con un gran margen para la innovación y la improvisación en el trabajo de campo.

Una particularidad de la etnografía digital es la accesibilidad permanente de los datos, pues éstos se encuentran inscritos y disponibles en las plataformas digitales, facilitando el rastreo y captura de información. En este sentido, cobran relevancia las consideraciones éticas de investigación⁴ (Boellstorff *et al.*, 2012: 129-150). La controversia sobre el carácter público o privado de la información que es difundida

⁴ Véase, en este libro, el capítulo de Asakura y Fragoso y el de De la Peña sobre las disyuntivas éticas en el estudio social de las emociones.

en Internet (Lupton 2015: 63) implica una particular responsabilidad para quien investiga, pues la disponibilidad de la información no autoriza de forma automática su uso para fines de investigación. Es primordial considerar que los datos no son aportados por pantallas de dispositivos, sino por las personas que los producen. Surge la necesidad de una postura ética, consciente de la sensibilidad, dignidad y reputación de las y los participantes (Hine, 2015: 187).

RELATO DE UNA ETNOGRAFÍA DIGITAL

Con base en mi investigación doctoral sobre identidades juveniles de género y emociones en el entorno sociodigital (Ramos, 2021), en los siguientes apartados trataré de ilustrar el potencial de la etnografía digital para el estudio de la dimensión emocional y afectiva de la realidad social. El trabajo se inscribe en una discusión más amplia sobre la conformación y complejización contemporánea de las identidades de género (De Abreu, 2014; Gutiérrez, 2015; Cover, 2018; Risman, 2018), asumiendo que el desarrollo de un nuevo orden de interacción social ha traído consigo una reconfiguración de la experiencia subjetiva. El proceso de conformación de la identidad sexual y de género adquiere una especial relevancia durante la adolescencia y juventud (Domínguez, 2004). Elegí, por tanto, un enfoque centrado en la performatividad de género (Butler, 1990, 1993), dirigiendo la mirada hacia el registro emocional del *performance* digital de las identidades juveniles de género.

Para el aterrizaje empírico me centré en la plataforma digital Instagram, importante escenario actual para el despliegue del Yo en el entorno sociodigital. Para profundizar en la dimensión emocional del *performance* recurrí a las *selfies* o autorretratos digitales como asidero analítico. La investigación tuvo como objetivo identificar los rasgos del *performance* de género de un conjunto de jóvenes mexicanos de la Ciudad de México, en el marco de su interacción en dicha plataforma, procurando describir el correlato socioemocional de las dinámicas de verificación identitaria a través de las *selfies* publicadas.

Observé que la mediación digital operaba en dos sentidos. Primero, al dar cabida a un caleidoscopio de posicionamientos e identidades de género, tiende a desafiar la normativa tradicional (si bien contribuye también a la reproducción de estereotipos), fungiendo como una especie de catalizador de la diversidad. Segundo, y con una fuerza contraria, refleja y reproduce las desigualdades sociales, lo que fue especialmente evidente en las estéticas performativas del Yo diferenciadas según el sector social de pertenencia de las y los jóvenes.

Teóricamente me adscribí al campo de la sociología de las emociones, interesado simultáneamente por el carácter social de las emociones humanas y por la naturaleza emocional de la vida social (Bericat, 2000). Las emociones, consideradas como “el pegamento que mantiene unidas a las personas” (Turner y Stets, 2005: 23), constituyen una especie de sexto sentido (Hochschild, 1990) que cobra vida en el marco de la interacción social (Kemper, 1978). Específicamente, hice uso de las teorías culturales y dramáticas, así como de las teorías socioemocionales de la identidad, que subrayan la necesidad emocional de auto-confirmarnos en la mirada de los otros.

La teoría dramática de Erving Goffman (1993 [1959]) fue clave para el desarrollo de la investigación. La concepción de la vida social como representación escénica coloca al individuo como actor de sí mismo, un personaje que se despliega en dos regiones, el *frontstage* o escenario y el *backstage* o bastidores. Goffman resalta la condición negociable de la identidad. En estos términos plantea el concepto del manejo impresionista, entendido como las estrategias para la presentación controlada del Yo. Por su parte, las teorías socioemocionales de la identidad parten del supuesto básico del Yo-espejo (*looking glass self*) de Cooley (1964 [1902]), y establecen la relevancia de la verificación identitaria (Stets, 2006; Burke y Stets, 2009).

Ante la necesidad de acceder al *continuum* sociodigital, hice uso de la *etnografía digital* estableciendo una aproximación esencialmente microsociológica. El abordaje empírico requirió un diseño metodológico multisituado y multimodal (Hine, 2015), el cual permitió atender de forma simultánea a los dos órdenes de interacción so-

cial desde su intersección o interferencia. El enfoque multisituado, introducido por el antropólogo George E. Marcus (1995), constituye una adaptación del modelo etnográfico de larga estancia y locación única a objetos de estudio más complejos que demandan múltiples sitios de observación y presencia, y en donde el “sitio” no necesariamente significa locación o lugar, sino también perspectiva. Supone un ejercicio de movilidad para seguir al objeto de estudio por múltiples sitios poniendo énfasis en el movimiento, los tránsitos, los vaivenes del Yo (Gutiérrez, 2015, 2016). Por su parte, la naturaleza multimodal de esta etnografía digital implicó un esfuerzo de triangulación metodológica esencialmente cualitativa, combinando la observación digital y la entrevista a profundidad. Esto permitió que los datos provenientes de la observación digital pudieran contextualizarse discursivamente a partir de la entrevista. A su vez, la entrevista fue clave para acceder a las percepciones y significados emocionales de las prácticas identitarias observadas en pantalla.

Concretamente, llevé a cabo una etnografía digital con 26 jóvenes de la Ciudad de México. La muestra fue diseñada para dar cuenta de la heterogeneidad de las y los jóvenes: un abordaje interseccional de las identidades juveniles de género que contempló, además de la variable transversal de género, la edad (dos segmentos: entre 14 y 17 años y entre 18 y 24 años) y el sector social de pertenencia (tres segmentos: bajo, medio y alto).⁵ Con cada participante se realizó una o más entrevistas a profundidad y varias sesiones de observación digital, que en conjunto pueden pensarse como inmersiones etnográficas. El trabajo de campo de las 26 inmersiones incluyó tres momentos:

⁵ Para el reclutamiento de participantes se sostuvo una postura abierta para capturar la diversidad y las variadas manifestaciones identitarias de género. La muestra contempló dos etapas transitorias de la infancia a la vida adulta: la adolescencia y la juventud temprana como dos momentos en el proceso de conformación identitaria. Para determinar el estrato social de los participantes se empleó el parámetro de nivel socioeconómico AMAI (Asociación Mexicana de Agencias de Investigación, <<http://www.amai.org/>>), un algoritmo de clasificación basado en el nivel de satisfacción de las necesidades básicas del hogar.

1. Observación digital previa a la entrevista
2. Entrevista a profundidad y observación digital *in situ*
3. Observación digital posterior a la entrevista

La observación digital previa a la entrevista buscó obtener una mirada panorámica del material publicado por las y los jóvenes en sus perfiles de Instagram. Se trató de una breve inspección analítica del despliegue identitario-performativo para detectar focos de interés y tópicos en los cuales ahondar durante la entrevista. Las entrevistas a profundidad, de carácter semi-estructurado, se realizaron presencialmente (cara a cara) en casa de los participantes y tuvieron una duración promedio de dos horas. El material discursivo de la entrevista dio luz sobre el contexto performativo de la *selfie*: la situación de producción, los detonadores de publicación, la vivencia post-publicación y, finalmente, las dinámicas de verificación identitaria y gestión emocional.

Durante la entrevista se realizó una observación digital *in situ*, profunda y detallada. En ella invitaba a las y los jóvenes a platicar sobre su perfil y sus publicaciones en Instagram, mientras ambos observábamos en la pantalla de un dispositivo (teléfono, tableta o computadora) aquello a lo que su discurso se refería. Se trató de una exploración desde la mirada de la persona entrevistada y desde el sentido otorgado a sus prácticas cotidianas. Las y los jóvenes navegaban por su perfil y otros perfiles, buscaban ejemplos de imágenes que ejemplificaran su relato, me mostraban cosas que llamaban su atención y hablaban sobre sus prácticas performativas con el referente visual de sus propias *selfies*. Ellas y ellos me ofrecían ejemplos, brincaban de una imagen a otra, deteniéndose en lo que les era emocionalmente relevante.

Esta observación digital *in situ* fue un componente clave del trabajo de campo, pues contribuyó a generar una dinámica de copresencia sociodigital. Constituyó un ejercicio de observación y reflexión conjunta, con la presencia simultánea de la investigadora y la persona participante en dos dimensiones interferidas entre sí: la dimensión material del orden de interacción tradicional cara a cara y la dimen-

sión digital de la interacción tecnológicamente mediada. El discurso de la persona entrevistada se entrecruzaba con lo que observábamos en la pantalla, generando un espacio propicio para indagar sobre el cómo y el porqué de sus prácticas performativas de género y las dinámicas emocionales de verificación identitaria.

El trabajo de observación digital⁶ posterior a la entrevista implicó una inmersión profunda en el material digital recabado. Adquirió un importante sentido interrelacional, pues integró analíticamente aquello observado previamente con la información proveniente de la entrevista. El tiempo de observación en Instagram fue abierto (en unas ocasiones sostenido y en otras breve e intermitente). Dado que los datos digitales están disponibles permanentemente en la plataforma (a menos que el usuario decida eliminarlos), pude recurrir una y otra vez al material para profundizar la comprensión. Los datos digitales fueron recolectados a partir de recursos como toma de notas, descripción etnográfica de las imágenes y de las capturas de pantalla.

El Yo-espejo digital: modelo analítico para el estudio de las emociones

Para comprender los mecanismos de verificación identitaria, así como sus correlatos emocionales entre las y los jóvenes de la muestra, tomé como referente empírico las *selfies* publicadas en sus perfiles de Instagram. Éstas constituyeron la unidad de observación para desentrañar la vivencia emocional de las fases de producción, publicación y pospublicación. Busqué abordarlas no como una mera práctica narcisista, sino como un elemento clave para comprender las dinámicas y procesos de conformación identitaria en el orden de interacción sociodigital. Las *selfies* me permitieron explorar la presencia o ausencia

⁶ Se trató de una observación digital no participante, pues la interacción con las y los jóvenes se dio esencialmente en el orden tradicional, cara a cara, no a través de la plataforma digital.

de confirmación identitaria y los estados emocionales derivados, así como las estrategias de gestión emocional correspondientes.

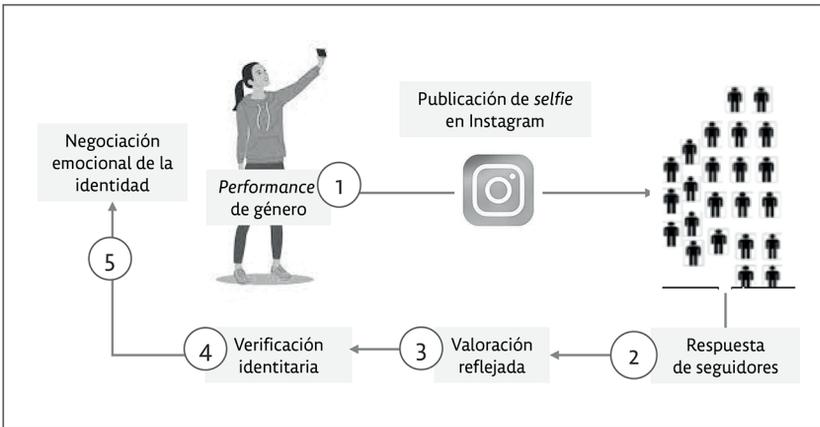
Para ello construí un modelo analítico denominado *looking-glass selfie* o “Yo-espejo digital”, a través del cual busqué capitalizar la idea del autorretrato como un espejo, integrándola al modelo del *looking glass self* de Charles H. Cooley (1964 [1902]).⁷ Éste puede considerarse como el núcleo teórico para el estudio emocional de la identidad: destaca cómo los otros constituyen un espejo para reconocernos y monitorear nuestro Yo, y enfatiza la relevancia de las emociones en las dinámicas de conformación identitaria. El enfoque dramático de la presentación del Yo de Goffman (1993 [1959]), así como las teorías socioemocionales de la identidad (Stets, 2006; Burke y Stets, 2009; Stets y Trettevik, 2014) y de la verificación identitaria (Burke, 1991) se adhieren todas a la figura analítica del Yo-espejo, el cual mantiene su vigencia hasta nuestros días.

El modelo analítico diseñado para la investigación etnográfica parte del supuesto de que, en la interacción sociodigital, las y los jóvenes se presentan a sí mismas o mismos a través de una *selfie* publicada ante su audiencia en Instagram, llevando a cabo un *performance* digital de género. La audiencia de seguidores emite una determinada respuesta (*likes*, comentarios) y, a partir de ella, el Yo imagina un juicio y le asigna una interpretación emocional. Esta valoración reflejada coincidirá o no con las expectativas generadas en la publicación del autorretrato (un estándar identitario ligado a la idealización digital del Yo), haciendo que se verifique o no la identidad puesta en juego en la publicación. La verificación traerá consigo emociones positivas, como el orgullo, y la no verificación traerá emociones negativas, como la vergüenza; dos emociones clave para la regulación del orden social (Scheff, 1988). A partir del resultado se echarán a andar

⁷ Si bien la teoría del Yo-espejo ha sido atribuida directamente a Cooley, ésta tiene un antecedente importante en el trabajo de Adam Smith, quien en su *Teoría de los sentimientos morales* (1979 [1759]) delinea lo que puede pensarse como un Yo-espejo afectivo, fundamentado en las bases morales de la reciprocidad y la empatía emocional.

estrategias de manejo emocional (Hochschild, 1983), mecanismos de control perceptual (Burke y Stets, 2009) y dinámicas de negociación identitaria para restablecer la autovalía. El modelo puede visualizarse de la siguiente manera:

Figura 2
Modelo analítico del Yo-espejo digital

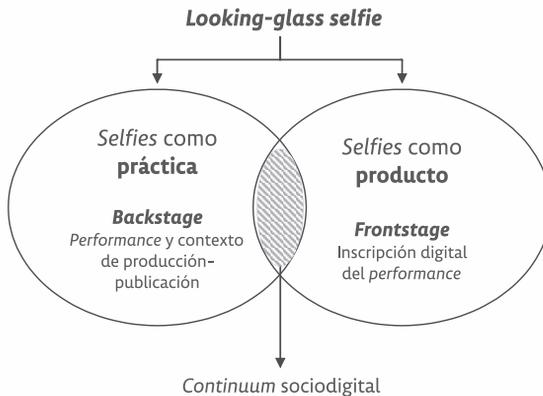


Fuente: Ramos, 2021, p. 117.

El objetivo último de este modelo fue el detonar la reflexividad emocional en las y los jóvenes, apuntando sobre todo a las dinámicas de gestión o negociación de la identidad de género. Esta exploración priorizó la narración anecdótica, la recreación del momento y el relato del ambiente emocional. La sutileza de las emociones salía a la luz ayudada por un ejercicio de empatía y la conexión con su experiencia emocional en el contacto cara a cara. Estar físicamente cercanos durante esas dos horas, conocer a su familia, sentarme en su cama, observar sus fotos en las paredes, concebirlos ahí, en su espacio y en su vida, no sólo me permitió obtener una impresión general de su contexto cotidiano, sino que formó parte de un esfuerzo de sintonización afectiva desde el primer contacto con la o el participante.

La instrumentalización del modelo requirió una interrelación analítica en dos planos. Por un lado, las *selfies* fueron entendidas como un objeto o producto, esto es, inscripciones digitales publicadas por las y los jóvenes en Instagram. Este plano se corresponde con lo que, en términos de manejo impresionista (Goffman, 1993 [1959]), podría concebirse como el *frontstage* del *performance* digital; el Yo que se ofrece a la audiencia. Por otro lado, las *selfies* son también una práctica discursiva y performativa realizada en el contexto de la vida cotidiana. En este sentido, concebí el proceso de producción de la *selfie* (el posado, la actuación) como el *backstage* de la presentación del Yo en Instagram; el espacio simbólico desde el que se fragua el producto digital. Esto coloca a las *selfies* en un punto de intersección analítica, un lugar híbrido desde el cual se puede observar el *continuum* de lo sociodigital. Este ensamblaje analítico se ilustra en la siguiente figura:

Figura 3
Dialéctica analítica del modelo



Fuente: Ramos, 2021, p. 115.

Para lograr este ensamblaje analítico, cada *selfie* fue estudiada desde cuatro ángulos complementarios: por sí misma, tanto en térmi-

nos estéticos (composición, encuadre, iluminación, filtros) como performativos (disposición facial y corporal, miradas, códigos de género y expresión emocional); desde su perfil de usuario (el número y tipo de publicaciones, seguidores y seguidos, temáticas y lineamientos performativos); a partir de la interacción que suscita su publicación (*likes*, comentarios, encuentros y conversaciones registrados); y desde la vivencia emocional de quien la publica. Si bien el trabajo de campo siguió una lógica de tres momentos (observación-entrevista-observación), el procedimiento analítico no fue lineal, sino un ir y venir de un punto a otro para lograr la comprensión integral del *continuum* sociodigital.

Para acceder a la dimensión socioemocional del *performance* y la verificación de las identidades juveniles de género, asumí la *selfie* como una inscripción afectiva de la identidad. Para ello, retomé el trabajo de Lasén (2009, 2010, 2013) sobre la injerencia de las prácticas digitales en la constitución de las subjetividades contemporáneas, las formas de corporeidad y la redefinición de la intimidad. Las inscripciones digitales son imágenes, fotografías de personas, cuerpos, objetos, lugares o situaciones sociales; *emojis*, *stickers*, *gifts*, *tiktoks*, videos, textos y una gran variedad de elementos que pueden ser almacenados, gestionados, visualizados y compartidos en las plataformas digitales. Es a partir de estas inscripciones que las emociones se vuelven materialmente observables.

Internet y los entornos digitales dan lugar al surgimiento, despliegue, manejo, control, expresión y experiencia de las emociones, erigiéndose en tecnologías afectivas que permiten fijarlas emociones al transformarlas en inscripciones afectivas. Inscritas digitalmente, las emociones y los lazos afectivos que pudieran ser efímeros, intangibles o volátiles adquieren materialidad, durabilidad y estabilidad, facilitando su rastreo y análisis. Agudizar la mirada hacia esta inscripción digital de las emociones fue clave a lo largo del trabajo analítico.

El proceso de interrelación analítica

En este último apartado mostraré brevemente algunos rasgos del proceso analítico realizado para la etnografía digital de acuerdo con el modelo del *looking-glass selfie*. Para ilustrarlo, presento tres ejemplos.

Celia⁸ es una joven de 21 años, perteneciente a un sector social medio y autoproclamada feminista. El trabajo consistió en leer de forma paralela y dialéctica la información arrojada por la entrevista y la proveniente de la observación digital, tratando de identificar cómo el discurso verbal se ve reflejado en la imagen de sí misma que produce y publica en Instagram. Para ello tomé en cuenta las características estéticas y performativas de la *selfie*, contextualizándolas con los rasgos de su perfil de usuaria y los *likes* y comentarios generados. Después, realicé un cruce analítico sostenido con el discurso vivencial y emocional obtenido en la entrevista.

Imagen 1
Selfie de Celia



Fuente: observación digital del perfil de Instagram.

⁸ Hago uso de seudónimos para mantener el anonimato de quienes participaron.

Tabla 1
Cruce de datos

Entrevista	Observación
<p>Fragmento: “Hace algún tiempo yo sí tenía esta visión de que mi conducta como mujer tenía que ser de una forma y ya, pero yo no me sentía bien, sentía que algo faltaba. Entonces empecé a convivir con otro tipo de gente y vi que no sólo yo me sentía rara, y dije ‘Wow, sí hay otras formas’. Es como estar alimentando quién eres y estar cambiando también, obviamente”.</p>	<p>En la <i>selfie</i> analizada, Celia se presenta como una mujer atractiva e interesante; madura y segura de sí misma. Para hacerlo, emplea como recursos performativos los labios pintados y el esbozo de una sonrisa; un arete en la nariz, mirada retadora y hombros al descubierto. Otras publicaciones en su perfil reafirman la imagen de una mujer rockera, fuerte y empoderada.</p>

Fuente: observación digital del perfil de Instagram.

El entrelace de datos permite distinguir una dinámica de negociación particular detectada en identidades juveniles de género alternativas o progresistas que tienden a despegarse de la heteronorma.⁹ Esta gestión emocional de la identidad se enmarca en las posibilidades de expresión y afirmación identitaria que ofrecen plataformas como Instagram. En términos emocionales se puede detectar un registro que va del desasosiego al orgullo, así como un trabajo emocional con respecto a la percepción de sí misma, relacionado con la seguridad, la autoestima y el sentido de pertenencia.

El segundo ejemplo se refiere al análisis del performance digital de género de Liliana, una adolescente perteneciente a un sector social bajo. En la observación digital previa a la entrevista llamó mi atención la presencia de emojis superpuestos en sus selfies, como puede verse en la siguiente imagen:

⁹ La investigación permitió identificar un espectro amplio de identidades de género entre las y los participantes que pueden pensarse como una pieza móvil dentro de un riel. La movilidad de la pieza está supeditada al grado de adopción y asimilación de los mandatos sociales y los estereotipos de género.

Imagen 2
Selfie de Liliana

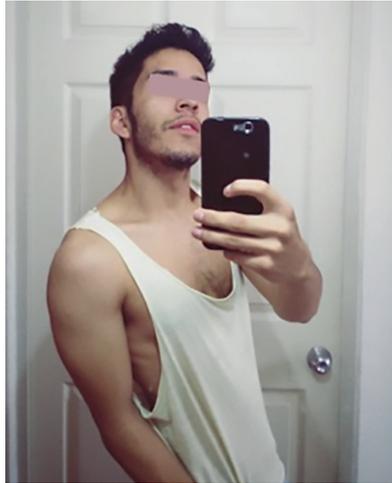


Fuente: Ramos, 2021, p.196.

Los datos obtenidos en la entrevista me permitieron hacer un sencillo cruce analítico para entender que, en las imágenes en las que Liliana está satisfecha con su cuerpo, mas no con su rostro, hace uso de parches o etiquetas para ocultar lo indeseable de sí misma. El entorno digital de Instagram ofrece una variedad de recursos para la presentación estratégica del Yo, como los filtros, el encuadre y la modificación de la imagen a través de herramientas de edición digital. Esta estrategia performativa de parcialización del Yo fue más evidente entre jóvenes de nivel socioeconómico bajo, develando estéticas diferenciales por clase social.

Para ejemplificar la narrativa analítica que puede surgir del modelo del Yo-espejo digital, nos centraremos ahora en un tercer caso, el de Manuel, participante de 23 años y sector social medio; un estudiante de ingeniería que trabaja para solventar sus gastos y sus gustos personales. En la selfie analizada, Manuel aparece de la cintura para arriba frente a un espejo. Con una mano sostiene el teléfono y con la otra jala hacia abajo su camiseta sin mangas, dejando entrever parte de su pecho y abdomen marcado.

Imagen 3
Selfie de Manuel



Fuente: observación digital del perfil de Instagram.

Manuel se performa a partir de la “pose de la casa”, un ángulo ya dominado en la rutina de un personaje que se repite a sí mismo en todas y cada una de las *selfies* publicadas en su perfil. Él ya sabe que una toma en contrapicada, posando con la cabeza ladeada y entrecerrando los ojos con una mirada altiva, puede hacer que su nariz se vea más recta de lo que en realidad es. Así se siente cómodo consigo mismo, interpretando el papel de un joven atractivo, seductor y desafiante. La foto fue tomada un momento después de sostener actividad sexual con su exnovio. Manuel, orgulloso de su cuerpo y de su desempeño en la cama, posa frente al espejo del baño y se detiene porque le gusta lo que ahí ve: un hombre viril de buen cuerpo, vigorizado y poderoso. Eso, sin duda, amerita una *selfie*. Toma su teléfono; captura sólo una imagen, pero con eso tiene suficiente para inscribir digitalmente un Yo que concuerda y supera la imagen idealizada que tiene de sí mismo. Surge entonces el impulso de publicarla, de aprovechar lo inmejorable de su apariencia. Aplica un filtro que aclara el tono de piel y publica esta *selfie* en Instagram al calor del momento. Su Yo es puesto a prueba de inmediato, deseando, en el fondo, que su exnovio

la vea y le guste. Enseguida empiezan a llegar las notificaciones de *likes* y comentarios. No hay duda, Manuel tenía razón, de verdad se ve muy bien. Obtener el *like* del destinatario implícito (exnovio) se vive como un logro, un triunfo, un punto a favor en el juego de control y poder de las relaciones. Ha habido publicaciones con las que no obtiene la misma respuesta de la audiencia. Cuando el número de *likes* no alcanza su expectativa, Manuel toma cartas en el asunto. Busca renovarse, cortarse el pelo o comprar ropa, como una forma de autoenmendarse. Con suerte, en la próxima *selfie* logre reflejar lo cómodo que suele sentirse bajo su propia piel y lo bien que le sale representarse a sí mismo ante la pantalla de su teléfono.

CONCLUSIONES

A partir del ejemplo empírico presentado en la segunda parte de este capítulo, he tratado de ilustrar la utilidad y potencial de la etnografía digital, no sólo para la producción de conocimiento sobre las prácticas sociodigitales y las manifestaciones identitarias contemporáneas, sino como un valioso recurso metodológico para explorar una dimensión socioemocional ubicua, invisible pero presente en todo momento. En el caso particular de la investigación aquí presentada, la etnografía digital permitió comprender a cabalidad el *performance* digital de género y ayudó a develar el sutil mecanismo de la verificación identitaria y las subsecuentes estrategias de negociación emocional. Se trata de un enfoque amplio y flexible que puede utilizarse en una gran variedad de problemas y objetivos de investigación. Sus limitaciones se antojan relativas, pues su aplicación puede incluir una gran variedad de técnicas cualitativas y cuantitativas que contribuyan a una comprensión integral del objeto de estudio.

La evolución técnica de la etnografía digital corre de forma paralela con el incesante desarrollo del entorno sociodigital, lo que supone una permanente adaptación de la práctica etnográfica a las condiciones del contexto sociohistórico. Así, requerirá siempre una postura sensible, abierta y creativa, que considere la importancia de contex-

tualizar discursivamente aquello que se observe en las pantallas. Para ello, es importante realizar un ejercicio de imaginación sociodigital. Quien investiga debe asegurarse de que el abordaje empírico le permita ejercer una interrelación analítica entre dos órdenes de interacción, el tradicional y el mediado por la tecnología; un desafío metodológico que la etnografía digital resuelve a cabalidad.

Finalmente, al articular los preceptos de la etnografía digital con la dimensión socioemocional de la vida social, ampliamente abordada desde el campo de la sociología de las emociones, es posible empezar a delinear una etnografía digital de las emociones: una lectura analítica de inscripciones digitales afectivas, contextualizada en las prácticas y el discurso de quienes las producen, reciben, comparten y asignan un sentido emocional. La etnografía digital de las emociones no sólo contribuye a acceder al *continuum* sociodigital, sino que permite vislumbrar un *continuum* socioemocional en la intersección de los encuentros cara a cara con los mediados tecnológicamente. Sólo reconociendo el lugar de las emociones como categoría explicativa se puede aspirar a comprender la complejidad de los fenómenos socio-culturales contemporáneos.

REFERENCIAS

- Appadurai, Arjun (1996). *Modernity at Large. Cultural Dimensions of Globalization*. Mineápolis: University of Minnesota Press.
- Bárceñas, Karina, y Nohemí Preza (2019). "Desafíos de la etnografía digital en el trabajo de campo *onlife*". *Virtualis* 10 (18): 134-151.
- Benski, Tova, y Eran Fisher (editores) (2014). *Internet and Emotions*. Nueva York: Routledge.
- Bericat Eduardo (2000). "La sociología de la emoción y la emoción en la sociología". *Revista de Sociología* 62: 145-176.
- Boellstorff, Tom; Bonnie Nardi; Celia Pearce; y T. L. Taylor (2012). *Ethnography and Virtual Worlds. A Handbook of Method*. Oxford: Princeton University Press.
- Burke, Peter (1991). "Identity Processes and Social Stress". *American Sociological Review* 56: 836-849.
- Burke, Peter, y Jan Stets (2009). *Identity Theory*. Nueva York: Oxford University Press.

- Butler, Judith (1990). *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of identity*. Nueva York: Routledge.
- Butler, Judith (1993). *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.
- Carrigan, Mark (2013). "What is Digital Sociology?" [en línea]. Disponible en <<https://markcarrigan.net/2013/01/12/what-is-digital-sociology>>
- Case, Amber (2014). *An Illustrated Dictionary of Cyborg Anthropology*. Scotts Valley: Create Space Independent Publishing.
- Clough, Patricia; Karen Gregory; Benjamin Haber; y Joshua Scannell (2014). "The datalogical turn". En *Non-Representational Methodologies: Re-envisioning Research*, editado por Phillip Vannini, 146-164. Nueva York: Routledge.
- Collins, Randall (2011). "Interaction Rituals and the New Electronic Media" [en línea]. *The Sociological Eye*. Disponible en <<http://sociological-eye.blogspot.mx/2011/01/interaction-rituals-and-new-electronic.html>>
- Cooley, Charles Horton (1964). *Human Nature and the Social Order*. Nueva York: Charles Scribner's Sons [1902].
- Cover, Rob (2018). *Emergent Identities. New Sexualities, Gender and Relationships in a Digital Era*. Nueva York: Routledge.
- Daniels, Jessie; Karen Gregory; y Tressie McMillan (editores) (2017). *Digital sociology in everyday life*. Bristol: Policy Press.
- De Abreu, Carla (2014). *Géneros y sexualidades no heteronormativas en las redes sociales digitales*. Tesis de doctorado en Educación de las artes y la cultura visual. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- Di Prospero, Carolina (2017). "Antropología de lo digital: Construcción del campo etnográfico en copresencia". *Virtualis* 7 (15): 44-60.
- Domínguez, María Dolores (2004). "La construcción de la identidad en la juventud: Sociedad, cultura y género". En *III Jornadas Pedagógicas de la Persona. Identidad personal y educación*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Geertz, Clifford (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa [1973].
- Goffman, Erving (1993). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu [1959].
- Gómez Cruz, Edgar (2018). "Etnografía celular: una propuesta emergente de etnografía digital". *Virtualis* 8 (16): 77-98.
- Gómez Cruz, Edgar, y Elisenda Ardèvol (2013). "Ethnography and the Field in Media(ted) Studies: A Practice Theory Approach". *Westminster Papers in Communication and Culture* 9 (3): 27-46.
- González Gil, Luis Jaime, y Alejandro Servín Arroyo (2013). "Métodos cualitativos digitales: un acercamiento a la antropología digital y otras posturas de investigación". *Virtualis* 7 (15): 61-80.

- Gutiérrez, Ana Paulina (2015). *Identidades trans femeninas. Sociabilidades, internet, narrativas y tránsitos de género en la Ciudad de México*. Tesis de doctorado en Ciencia Social. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Gutiérrez, Ana Paulina (2016). "Etnografía Móvil: una posibilidad metodológica para el análisis de las identidades de género en Facebook". *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género* 2 (4): 26-45.
- Hine, Christine (2000). *Etnografía virtual*. Barcelona: Universidad Abierta de Cataluña.
- Hine, Christine (2015). *Ethnography for the Internet: Embedded, Embodied, and Everyday*. Londres: Bloomsbury.
- Hochschild, Arlie (1983). *The managed heart: Commercialization of human feeling*. Berkeley: University of California Press.
- Hochschild, Arlie (1990). "Gender Codes: A Look at Advice Books". En *Beyond Goffman: Studies on Communication, Institution, and Social Interaction*, editado por Stephen Riggins, 274-279. París: Mouton.
- Horst, Heather, y Daniel Miller (editores) (2012). *Digital anthropology*. Londres: Bloomsbury Academic.
- Jenkins, Richard (2010). "The 21st-Century Interaction Order". En *The Contemporary Goffman*, editado por M. H Jacobsen. Nueva York: Routledge.
- Kemper, Theodore (1978). *A Social Interactional Theory of Emotions*. Nueva York: John Wiley & Sons.
- Kozinets, Robert (2010). *Netnography: Doing ethnographic research online*. Londres: Sage.
- Lasén, Amparo (2009). "Tecnologías afectivas: De cómo los teléfonos móviles participan en la constitución de subjetividades e identidades". En *Tecnología, cultura experta e identidad en la sociedad del conocimiento*, editado por Gabriel Gatti, Iñaki Martínez de Albéniz y Bemjamín Tejerina. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- Lasén, Amparo (2010). "Mobile Media and Affectivity: Some Thoughts about the notion of Affective Bandwidth". En *Mobile Media and the Change of Everyday Life*, editado por Joachim Höflich, Georg F Kircher, Christine Linke e Isabel Schlote. Frankfurt: Peter Lang.
- Lasén, Amparo (2013). "Digital Inscriptions and Loss of Embarrassment: Some Thoughts about the Technological Mediations of Affectivity". *Intervalla* 1.
- Lupton, Deborah (2015). *Digital Sociology*. Nueva York: Routledge.
- Marcus, George E. (1995). "Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography". *Annual Review of Anthropology* 24: 95-117.
- Marres, Noortje (2013). "What is Digital Sociology?". *Blog of the Centre for Invention & Social Process, Goldsmiths*.
- Marres, Noortje (2017). *Digital Sociology. The reinvention of social research*. Cambridge: Polity Press.

- Mosquera, Manuel (2008). "De la Etnografía antropológica a la Etnografía virtual. Estudio de las relaciones sociales mediadas por Internet". *Fermentum. Revista Venezolana de Sociología y Antropología* 18 (53): 532-549.
- Murthy, Dhiraj (2008). "Digital Ethnography: An Examination of the Use of New Technologies for Social Research". *Sociology* 42 (5): 837-855.
- Orton-Johnson, Kate, y Nick Prior (2013). *Digital Sociology. Critical perspectives*. Londres: Palgrave MacMillan.
- Orton-Johnson, Kate; Nick Prior; y Karen Gregory (2015). "Sociological Imagination: Digital Sociology and the Future of the Discipline". *The Sociological Review*.
- Pink, Sarah; Heather Horst; John Postill; Larissa Hjorth; Tania Lewis; y Jo Tacchi (2016). *Digital ethnography: principles and practice*. Londres: Sage.
- Ramos, Mariana (2021). *Identidad y emociones en el orden sociodigital. Performance y verificación emocional de las identidades juveniles de género*. Tesis doctoral. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Risman, Barbara (2018). *Where the Millennials will take us. A new generation wrestles with the gender structure*. Nueva York: Oxford University Press.
- Robinson, Laura, y Jeremy Schulz (2009). "New Avenues for Sociological Inquiry". *Sociology. The Journal of The British Sociological Association* 43 (3): 685-698.
- Scheff, Thomas J. (1988). "Shame and conformity: The Deference -Emotion-System". *American Sociological Review* 53 (3): 395-406.
- Serrano-Puche, Javier (2012). "La presentación de la persona en las redes sociales: una aproximación desde la obra de Erving Goffman". *Revista Análisis* 46: 1-17.
- Smith, Adam (1979). *Teoría de los sentimientos morales*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica [1759].
- Stets, Jan (2006). "Identity Theory and Emotions". En *Handbook of Sociology of emotions*, editado por Jan Stets y Jonathan Turner, 203-223. Nueva York: Springer.
- Stets, Jan, y Ryan Trettevik (2014). "Emotions in Identity Theory". En *Handbook of Sociology of emotions*, editado por Jan Stets y Jonathan Turner, 33-50. Nueva York: Springer.
- Turkle, Sherry (1995). *Life on the screen. Identity in the age of the internet*. Nueva York: Simon Schuster.
- Turner, Jonathan, y Jan Stets (2005). *Sociology of Emotions*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Varis, Piia (2014). "Digital Ethnography". *Tilburg Papers in Culture Studies* 104.
- Wright Mills, Charles (1959). *The sociological imagination*. Oxford: Oxford University Press.

II. EMOCIONES (IN)CÓMODAS: EMPATÍA Y ANTIPATÍA EN EL TRABAJO DE CAMPO

Ser con ellas

La construcción empática del trabajo de campo con mujeres que se inyectan drogas en el norte de México

Angélica Ospina-Escobar

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este capítulo es realizar una reflexión en torno a la construcción de relaciones empáticas durante el trabajo de campo con mujeres que se inyectan drogas en el norte de México. Para ello recorro a la descripción de una experiencia de investigación con esta población en Ciudad Juárez durante el otoño de 2013, a partir de la cual reflexiono sobre cómo las emociones que emergen en campo operan como filtro de indagación y de comprensión política del lugar del otro al que nos acercamos.

La idea central es que el trabajo de campo no es un territorio de conquista, sino un lugar-proceso-problema (García-Santesmases, 2019) que se construye a través de encuentros intersubjetivos y situados entre la persona investigadora y quienes la investigación procura acercarse, donde el género juega un papel fundamental. Durante esos encuentros, la empatía construida entre quien investiga y las personas participantes opera a la vez como un catalizador y sostén de los vínculos que facilitarán habitar el espacio de las personas participantes y construir un tipo de datos sobre el tema de investigación.

En ese sentido, tanto la empatía como el campo son procesos que se desarrollan en el tiempo y están condicionados por las características físicas, actitudinales, biográficas, de género y de personalidad de quien investiga, y por las estrategias —conscientes y no-conscientes— a través de las cuáles nos adentramos en el mundo de las personas que queremos comprender. Entender la empatía como proceso supone considerar a la persona investigadora como un sujeto relacional que es afectado por el campo y se transforma en esa interacción (Goldman, 2005).

El análisis que presento se basa en un relato construido a partir de notas de campo y reportes institucionales de las jornadas realizadas. Constituye una construcción narrativa a partir de una relectura desde el presente de los documentos que conservo sobre experiencias que sucedieron hace más de diez años, pero que siguen vivaces en mi memoria debido a su importancia en mi identidad como investigadora.

Las emociones no eran objeto de análisis en el estudio original, a pesar de que las entrevistas y el trabajo de campo mismo estuvieron plagados de estados, dinámicas y experiencias emocionales (De la Peña, en este volumen). Retomé el análisis a partir de las reflexiones metodológicas derivadas del Seminario Institucional de Sociología de las Emociones del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (ISSUNAM), respondiendo a la pregunta por el papel que tuvieron las emociones, en particular la empatía, en la construcción de lo que se ha convertido en los últimos años en mi principal objeto de estudio: las experiencias de uso de sustancias ilegalizadas por parte de poblaciones vulneradas.

El capítulo consta de tres apartados. En el primero introduzco lo que entiendo por género, empatía y trabajo de campo. En el segundo me detengo en el trabajo de campo como proceso. En el tercero describo la experiencia de campo con mujeres inyectoras en un hotel en Ciudad Juárez, Chihuahua, entre septiembre y octubre de 2013, y las situaciones de interacción que favorecieron la construcción de relaciones empáticas con las participantes. Cierro con una reflexión so-

bre el papel de la dimensión emocional en la construcción e interpretación de los datos.

CUERPO, GÉNERO, EMOCIONES Y TRABAJO DE CAMPO

Por trabajo de campo me refiero a todas las acciones que realiza la persona investigadora a fin de recoger la información necesaria para responder la pregunta de investigación. En el caso particular de este estudio y siguiendo a Bechhofer y Paterson (2000), el trabajo de campo supuso mi participación *in situ*; es decir, en la vida cotidiana de mujeres que se inyectaban sustancias ilegalizadas.

El cuerpo es la primera impresión con la que se presenta la persona investigadora en campo. Un cuerpo que encarna una posición social en el escenario de las interacciones con las personas participantes en función del género, y al que se van añadiendo capas de significados asociados a su apariencia física, clase social, nacionalidad, edad, etcétera (Warren, 2001). Con su cuerpo (en él y a través de él) acompaña y se vincula con interlocutores clave del estudio. Por medio de esos vínculos construye y analiza unos datos particulares. El tipo de experiencias construidas durante el trabajo de campo, las observaciones registradas, las notas y los recuerdos evocados son producto de las relaciones construidas en campo, con ese cuerpo “generizado” (*gendered*) (Warren, 2001).

Por género entiendo el “conjunto de creencias, atribuciones y prescripciones que establecen ‘lo propio’ de los hombres y ‘lo propio’ de las mujeres en cada cultura” (Lamas, 2016: 156). Desde una perspectiva goffmaniana podemos plantear que el género, como esquema interpretativo de la realidad, moldea las maneras como nos presentamos en la vida social y cómo las otras y los otros nos ven en ese escenario (*front-stage*) (Goffman, 1971), estructurando la percepción y la organización concreta y simbólica de toda la vida social. De este modo, “el género es al mismo tiempo un producto (el entramado cultural) y un principio generador de disposiciones prácticas” (Lamas, 2016: 161). La posición social de hombres y mujeres en las estructuras sociales

permea su posicionalidad, sus valoraciones de lo que ocurre en campo, sus emociones y su gestión (Holland, 2007). Las emociones son, pues, experiencias “generalizadas”.

Entendido así, el género aparece como un recurso con el que cuenta la persona investigadora y que se pone en juego en las interacciones sociales a través de las que construye el trabajo de campo (Warren, 2001). El género puede ser ventajoso en unos contextos específicos y frente a unos temas particulares de investigación, y en otros puede configurarse como barrera para acceder a espacios, conversaciones o relaciones. En este estudio, el género es un aspecto clave del trabajo de campo porque es una investigación con mujeres que se inyectan drogas en espacios de trabajo sexual, donde se presenta una tensión constante entre los estereotipos de género y las transgresiones a dichos estereotipos que encarnan las mismas mujeres participantes y la investigadora, todo lo cual es vehiculizado por las emociones que se suscitan en campo.

Las emociones son un tipo de sexto sentido que “proporciona a los actores elementos interpretativos para enfrentar y responder a contextos situacionales” (Hochschild, 1983; Ariza, 2016: 281), por tanto, son cruciales en el trabajo de campo. Particularmente reflexiono en torno a la emergencia de las emociones de empatía, compasión y culpa durante el trabajo de campo con mujeres en un espacio de trabajo sexual, así como sobre el tipo de conocimiento que yo, en tanto investigadora mujer, construyo desde estas emociones morales.

Empatía y compasión

Las emociones morales son “el barómetro que monitorea continuamente el estado del vínculo social” (Scheff, 1988; Ariza, 2016: 282) y conectan a la persona con la estructura social a través de una autoconsciencia codificada moralmente (Turner y Stets, 2006). En cuanto estados evaluativos, las emociones morales alertan sobre la autopercepción de violación de códigos morales que especifican lo que está

bien y lo que está mal, lo apropiado y lo inapropiado (Turner y Stets, 2006).

La empatía es definida como un conjunto de constructos que conecta la respuesta de un individuo con las experiencias de otro, lo cual incluye los procesos que tienen lugar dentro del observador y que favorecen el ponerse en el lugar del otro, así como los resultados afectivos y no afectivos que resultan de dichos procesos (Davis, 2006). Estos cuatro constructos son: 1) los antecedentes, que refieren a las características de quien investiga, las y los participantes o las situaciones tanto personales como del contexto de la interacción; 2) los procesos y mecanismos a través de los cuales se produce la respuesta empática, los que pueden ser no-cognitivos y cognitivos (avanzados y no-avanzados); 3) los resultados intrapersonales, referidos a las respuestas cognitivas, afectivas o motivacionales que se producen en la persona investigadora y que pueden manifestarse o no abiertamente hacia las y los participantes; y, finalmente, 4) los resultados interpersonales, esto es, las respuestas comportamentales de quien investiga dirigidas a las y los participantes, y que Davis clasifica como de ayuda, agresión y comportamiento social.

Como condición antecedente, el posicionamiento moral y político de la persona investigadora frente a la población participante y al tema de estudio resulta una pieza clave en la construcción de vínculos. Así, las emociones morales no sólo hacen referencia a normas situacionales de interacción en campo, sino a un contexto valorativo más amplio y abstracto que atraviesa la subjetividad de quien investiga.

En estos términos, la empatía no es sólo resultado del contagio emocional (procesos no cognitivos), sino del esfuerzo autoconsciente de compartir y comprender los pensamientos y sentimientos de las otras personas y sus causas (procesos cognitivos avanzados y no avanzados) (Gordon, 1981), así como de las respuestas inter e intrapersonales generadas a partir de dichos procesos.

Utilizando el marco de Davis (2006), la compasión es una respuesta emocional hacia las y los participantes del estudio, la cual surge de la relación empática. La compasión se refiere a la emisión de respuestas

solidarias y de cuidado frente a las personas con las cuales se suscitó el estado de empatía. Estas respuestas suponen un juicio de la posición del otro que sufre, su responsabilidad en relación con sus penas y su capacidad de lidiar con ellas, y la aprehensión de la situación del otro a través de sentimientos como la indignación o la tristeza (Schmitt y Clark, 2006). En consecuencia, la compasión abre el espacio de expresión frente a la persona que atraviesa una situación difícil, supone reciprocidad en el intercambio, complementariedad y beneficencia, y realza el carácter moral del orden social al invocar principios generales de justicia (Schmitt y Clark, 2006).

Según Turner y Sets (2006), la experiencia de empatía-compasión incrementa la intersubjetividad, facilita la construcción de relaciones personales cercanas y fomenta las respuestas de apoyo. Por su parte, señalan que la culpa emerge cuando el actor percibe que ha violado los códigos morales o ha fallado en vivir de acuerdo con dichos códigos, llevándolo a buscar una reparación.

En el relato sobre el trabajo de campo que desarrollo a continuación, describo cómo los antecedentes personales y situacionales funcionan como potenciadores de la experiencia empática en campo, las estrategias cognitivas y no cognitivas (contratransferencia) empleadas para potenciar esta experiencia emocional y los resultados intra e interpersonales en términos de compasión y culpa.

EL TRABAJO DE CAMPO COMO PROCESO

Aunque cada experiencia de investigación es única, podemos plantear que el trabajo de campo entendido como proceso se desarrolla en tres grandes hitos o momentos: la entrada, el anclaje y la despedida.

Los eventos que configuran el inicio del trabajo de campo establecen las bases del vínculo entre investigadores y participantes, que, a su vez, conforma el contexto de las subsecuentes reacciones emocionales (Fischer y Van Kleef, 2010). Cuando nos presentamos en campo, lo primero que las otras personas leen es nuestro cuerpo significado en términos de género, edad y apariencia; a su vez, desde nuestra po-

sición de investigador o investigadora, leemos a las otras y los otros a través de esas mismas características. Estos elementos son mitigados o exaltados por la manera como se configuran las primeras interacciones en campo: quién nos presenta, cómo nos presentamos, qué ritual proponemos en los encuentros. Todo ello conforma el contexto situacional en el que “se cocina” la experiencia emocional a través de la cual construimos conocimiento alrededor de la pregunta de investigación.

El anclaje lo defino como el momento en que se han construido los vínculos emocionales y afectivos entre quien investiga y las personas participantes a través de intercambios simbólicos de estatus y poder (Kemper, 2006). El poder y el estatus son dimensiones relacionales fundamentales para analizar emociones morales —como la empatía, la compasión y la culpa— y los vínculos sociales que monitorean, pues indican las posiciones que ocupan los actores, desde las cuales se construyen dichos vínculos (Kemper, 2006). El poder implica la coacción; es decir, la capacidad del individuo de realizar su deseo, aún en resistencia de otros. El estatus supone la acción no coaccionada del otro. En el trabajo de campo tanto las personas participantes como la investigadora tienen una distribución inequitativa de poder y estatus, dependiendo de sus características personales y del lugar en donde se lleva a cabo la investigación. Es muy común que, al inicio del trabajo de campo, sea nuestra posición de poder la que facilite el acceso a ciertas personas, pero a través de los vínculos construidos en encuentros sucesivos ese poder se puede transformar en estatus bajo la forma de cooperación voluntaria con el estudio.

Este intercambio de poder-estatus facilita la construcción subjetiva de espacios de confianza entre las personas investigadoras y las participantes, y produce un conocimiento situado (Haraway, 1988) con el potencial de transformar estereotipos presentes en unas y otras. Superar los estereotipos frente al otro genera a su vez una vivencia más íntima de la empatía, pues se puede concebir al otro no sólo como un ser sintiente y con agencia igual que yo, sino inmerso en una cantidad de contradicciones y complejidades, como yo. Desde esta com-

plejidad, el conocimiento que se produce permite confrontar lugares comunes y aportar nuevos cuestionamientos.

El cierre del trabajo de campo supone despedirse, hacer una validación de las interpretaciones construidas en torno al fenómeno de estudio y, en un momento posterior, desapegarse, cerrar, tomar distancia para revisitar la experiencia desde un lugar distinto.

TRABAJO DE CAMPO CON MUJERES QUE SE INYECTAN DROGAS EN CIUDAD JUÁREZ

El contexto del estudio o los antecedentes de la empatía

Soy una mujer colombiana, de clase media; mis padres son comerciantes y soy la primera profesional de mi familia. Al momento del trabajo de campo era estudiante de doctorado; tenía 34 años, de complexión delgada, medía poco más de un metro y medio de estatura; disfrutaba de la fiesta, la vida nocturna y en estos contextos usaba ocasionalmente sustancias ilegalizadas. Mi apariencia resultaba atractiva y jovial a las participantes. Además de mi muy marcado acento colombiano, tengo una sonrisa amplia que me caracteriza, lo que en ocasiones facilita las interacciones; pero en otras, ser percibida como alguien “siempre feliz” o “demasiado feliz” genera rechazo. Mi cuerpo y mis disposiciones corporales de ese momento cumplían con los estereotipos tradicionales de género, en tanto me veía como una joven dulce, jovial, “femenina”.

Entre 2006 y 2012 trabajé en una organización internacional en prevención del virus de la inmunodeficiencia humana (VIH) con trabajadoras y trabajadores sexuales y personas que se inyectan drogas. Mi trabajo consistía en realizar análisis epidemiológicos sobre comportamientos de riesgo, prevalencias de infección y evaluación de impacto de los proyectos. En 2013 fui contratada para hacer un diagnóstico sobre las necesidades de salud sexual de mujeres que se inyectan drogas (MID) en Tijuana y Ciudad Juárez. Por las características de la población, una parte fundamental del trabajo era mi vinculación

con organizaciones de la sociedad civil (OSC) que tenían intervenciones con estas mujeres para que me facilitaran el acceso.

Antes de iniciar el trabajo de campo en cada ciudad, elegí la organización con la que iba a trabajar según afinidades y camaraderías construidas previamente. Definimos en conjunto los criterios muestrales y planeamos el operativo de campo para hacer entrevistas a profundidad y grupos focales. En ese espacio acordamos que, por seguridad, todas las entrevistas (diez en cada ciudad) se harían en las instalaciones de las OSC y que las participantes recibirían cien pesos (seis dólares estadounidenses) en agradecimiento por su tiempo. La organización escogía a las mujeres para realizar las entrevistas y los grupos focales, de modo que, para el levantamiento de la información, llegaba a un escenario ya armado y con una agenda previamente construida.

El lugar importa

Al llegar a Ciudad Juárez me encontré con una terna de chicas que estaban formadas esperando que las entrevistara, como quien espera al doctor. Mi primera impresión fue de incomodidad. Cuando las mujeres entraban de manera individual a la oficina que la organización había dispuesto para mí, todas colocaban sus manos entrelazadas en su regazo con bastante nerviosismo, como si fueran a entrar a un interrogatorio. A pesar de mis esfuerzos, no pude construir un ambiente más relajado y horizontal.¹ La información de estas entrevistas se quedaba en un nivel superficial que, aunque ilustrativo, no aportaba nada nuevo sobre el tema en cuestión.

Las y los participantes de nuestros estudios son conscientes del desequilibrio de poder-estatus entre ellas-ellos y nosotras-nosotros, frente a lo cual es común que, como mecanismo de defensa, respondan lo que se imaginan que la persona investigadora quiere escuchar

¹ Me llamaban de usted, sonreían con mucho recato y no decían groserías, lo que me hacía sentir que la situación era muy artificial.

(Bourgois, Lettiere y Quesada, 1997). En este caso, el desequilibrio de poder-estatus se acentuaba por el lugar en donde se realizaban las entrevistas. El lugar es, como bien lo plantea Schieffelin (2002, citado en Abadía, 2011), una fuerza crítica que moldea el tipo de dato que construimos en campo.

Ante esta situación, solicité a la organización que me llevaran a los espacios de encuentro de las MID. Dos promotoras pares² me condujeron a un recorrido por los lugares de trabajo sexual de muchas de las mujeres que acudían a la organización. Llamaron mi atención las risas y el desenfado con que las chicas se comportaban. Sus gestos y ademanes para con los transeúntes nada tenían que ver con la sumisión que había visto el día anterior en la oficina de la OSC. Esa chispa e irreverencia movilizó en mí el deseo de estar ahí con ellas. Exploré esta posibilidad con la OSC y me sugirieron un hotel donde realizar el trabajo de acuerdo con sus consideraciones de seguridad y conveniencia. Acatar estas disposiciones me facilitaba el acceso y permanencia en campo. Acordamos que las promotoras me llevarían al lugar cada mañana, me dejarían instalada y pasarían por mí al final de la tarde.

LA ENTRADA

Como mi objetivo era hacer las entrevistas, decidí rentar un cuarto en el hotel, de modo que, cuando alguna mujer estuviera dispuesta a ser entrevistada, yo contara con un espacio cerrado donde ofrecerle confidencialidad y contención. Las promotoras explicaron mi presencia a la administradora del hotel. También me presentaron con las chicas, les informaron el objetivo del estudio, me dejaron material (condones y lubricantes, inyecciones seguras, trípticos) y se fueron. La adminis-

² Una promotora par es una persona que pertenece a la población de usuarias de sustancias ilegalizadas, capacitada en temas de promoción de la salud. Desde su lugar de igual (par), ofrece acompañamiento y asesoría para promover prácticas de autocuidado y facilitar el acceso a los insumos que estas prácticas requieren (condones, lubricantes, jeringas, etcétera).

tradora estaba acostumbrada a facilitar cuartos a la organización para realizar talleres con las chicas, de modo que no obstaculizaran el flujo de clientes a la entrada. Al proponer pagar por el cuarto, la administradora se puso “a mis órdenes”, lo que indudablemente facilitó mi presencia en el lugar.

Utilizando el lenguaje de Goffman (1971), el espacio de trabajo sexual se puede dividir en un *frontstage* y un *backstage*. El *frontstage*, es decir, fuera del hotel, sobre la banqueta, es el espacio donde las chicas contactan a los clientes, interactúan con transeúntes, comerciantes y entre ellas. El *backstage*, el interior del hotel, constituido por los cuartos, las regaderas, baños y las escaleras, es el espacio donde las chicas se arreglan, consumen alguna sustancia ilícita, descansan; es, pues, el espacio donde se preparan para “salir a escena”. Yo me ubiqué en este *backstage*, en unas escaleras que quedaban justo al frente de las regaderas y los baños. Desde ahí yo observaba lo que pasaba en “escena”, en la calle, las interacciones con los clientes, con otras chicas, y participaba de bromas y conversaciones, evitando llamar la atención de sus clientes. A veces acompañaba a las y los infantes que en ocasiones venían con sus madres. El *frontstage* era ocupado por las chicas, bajo sus reglas de interacción y de ocupación del espacio.

El primer día no obtuve ninguna entrevista. Las chicas me miraban de reojo y con cierto recelo. Enablé conversaciones informales con quienes había entrevistado el día anterior en la organización, cuando ellas entraban al *backstage* a retocarse o descansar. Ese contacto previo me permitió ganar dos primeras aliadas, quienes, exaltando mis atractivos físicos y mi acento colombiano, empezaron a bromear con “madrotearme”,³ proponiendo un ajuste en la distribución de poderstatus entre ellas y yo, invirtiendo la relación planteada en las instalaciones de la organización. Entré en el juego, siempre sonriendo, y

³ En México al *pimp* o proxeneta se le conoce como padrote; es la persona que “administra” y “cuida” a la mujer que ejerce el trabajo sexual. A cambio de su protección, las mujeres le dan un porcentaje de su trabajo. “Madrota” es el término empleado para referirse a las mujeres que estaban proponiendo “administrarme” o “pimpearme”.

fue así, entre bromas, que pude establecer un primer intercambio con otras tres chicas que estaban en la entrada del hotel en ese momento, quienes me recorrían con la mirada mostrando cierta desconfianza.⁴

Esa pauta de interacción era mi oportunidad para construir el vínculo y entonces aproveché el conocimiento que tenía sobre las dinámicas de trabajo sexual para posicionarme.⁵ Mi respuesta fue “Puuuta, en el DF [Ciudad de México] las madrotas son peores que los padrotes, ¿aquí también?, ¿así me van a traer?”. La broma iniciada por las chicas significaba una invitación a convertirme en una de ellas, pero desde un lugar de sumisión. El humor como instrumento de liberación, acción de insubordinación frente a unas jerarquías impuestas, buscaba dislocar la imagen de la autoridad (Tobón, 2016), representada en este caso por mi posición de investigadora en el espacio de trabajo de estas mujeres. Aceptar la broma y reír con ellas significaba cederles el poder y dar un espacio para liberar la tensión que podría generar que me percibieran como posible competencia.

La frase utilizada también me ayudó a ganar estatus, desmarcándome del encuadre institucional con que había iniciado mi relación con ellas, y plantear una relación más horizontal al utilizar un lenguaje cercano al suyo. Al exhibir mi conocimiento sobre las lógicas de subordinación frente a la *madrota*, también mostraba que no era una novata, sino que entendía que estar ahí suponía pagar cierto “derecho de piso”. Daba así la entrada para que plantearan las condiciones bajo las cuales íbamos a construir nuestra relación en ese espacio.

Supe que mi reacción había sido acertada cuando una de las chicas que no conocía respondió sonriendo: “mírala, no es ninguna mosca

⁴ Por ejemplo, levantaban las cejas y torcían la boca.

⁵ Mi trabajo previo consistía en caracterizar espacios de trabajo sexual en diferentes ciudades de México en términos de las condiciones en que se ejercía, las características sociodemográficas de clientes y personas trabajadoras, y la posibilidad de realizar intervenciones sociosanitarias. Suponía horas de observación e intercambio en diferentes puntos identificados por el equipo de trabajo.

muerta, la colombiana”. Yo sonreí y les agradecí que me permitieran estar ahí. Entonces, repetí el discurso de presentación que habían expresado las promotoras pares, les expliqué que trabajaba con la OSC, que iba a estar con ellas un par de semanas para ver si tenían chance de platicarme sobre sus experiencias en los servicios de salud sexual y reproductiva. Les aclaré que en agradecimiento por su participación les daría cien pesos y que tenía siempre condones, lubricantes y jeringas por si los necesitaban. En esta segunda interacción asumí que había pasado una prueba. Al agradecer, reconocí mi lugar de extraña en su territorio y el lugar de ellas como “dueñas” de ese espacio en el que yo requería reencuadrarme, decir qué hacía ahí.

El encuadre⁶ no es algo que sucede en un único momento. En este caso, la falta de un entorno institucional, estar en los espacios de vida de las personas participantes del estudio, el contexto violento de esos espacios,⁷ la intensidad de las experiencias compartidas, presentarme como una mujer joven y jovial, podría generar confusiones acerca de “qué hace aquí/qué hago aquí”, tanto en las personas con quienes interactuaba como en mí en cuanto a investigadora. En este escenario, reiterar el encuadre funcionó también como estrategia personal de manejo de la ansiedad que me generaba la falta de estructura de este trabajo de campo en particular, en el que los límites y los roles se pueden tornar difusos por momentos, lo que me podía poner en riesgo.

Ahora bien, pasar una primera prueba no significa ser aceptada “para siempre”. En una ocasión, al salir de una entrevista, dos chicas estaban discutiendo acaloradamente por un cliente. La discusión continuó por largos minutos entre gritos y jalones. Me asusté ante

⁶ En psicología, el encuadre es el marco que permite el desarrollo de la relación terapéutica. Aplicado a la investigación social, sería la aclaración sobre los objetivos y alcance del estudio, el tiempo que se va a estar en campo y la protección de la confidencialidad de las personas participantes.

⁷ Ciudad Juárez es reconocida internacionalmente por el alto índice de feminicidios y desapariciones de mujeres. En 2021 se reportaron 180 homicidios de mujeres en esta ciudad, 18 de los cuales fueron clasificados como feminicidios, ubicándose como la ciudad con mayor volumen de feminicidios en México.

la amenaza de la dueña del hotel de llamar a la policía y entonces intervine diciendo, a modo de broma, “no hay que pelearse por tripa, va a venir la chota [la policía]”. Ante ello, una de las chicas de la riña me gritó muy molesta: “estoy hasta la madre de tus chingaderas colombiana, te callas o te vas”. Me callé, regresé al *backstage*, haciéndome chiquitita en un rincón de las escaleras. Permanecí en silencio por un rato. Nadie vino a interactuar conmigo, como confirmando la transgresión que había cometido.

En esta interacción fue evidente que rompí mi lugar asignado, que suponía no llamar la atención. Al salir del *backstage* para intervenir en un conflicto entre ellas, me ponía en primer plano y además asumía un papel de superioridad moral como mediadora, papel que no había sido negociado previamente. Ante el grito, acaté la autoridad de mis interlocutoras y regresé a mi lugar, esperando no ser expulsada. Mi sentimiento de vergüenza reforzaba la idea de que había roto una pauta de interacción, el grito era una estrategia de poder para restaurar el balance en esa lucha de poder-estatus-resistencia entre mi rol de investigadora y la propiedad de las chicas de su espacio de trabajo. Yo era la externa, “la colombiana”, y como tal debía respetar el poder de ellas como dueñas del escenario.

De este modo, el trabajo de campo es como una danza entre implicarse y separarse, posicionarse como *insider* y *outsider*, ser experta y confidente, aguantar las bromas y bromear, callar e intervenir. Esa danza, siempre bajo el ritmo de la incertidumbre, me permitió ir construyendo vínculos con las mujeres participantes del estudio. En esta danza se produjo el anclaje, bajo la forma de lo que las mismas participantes nombraron como “el confesionario”, el cuarto que me asignó la administradora del hotel para realizar las entrevistas.

El confesionario

La rutina fue un elemento que favoreció el anclaje y la construcción del campo. La rutina operó a modo de pista de baile, cuyo carácter relativamente no-cambiante facilitó el juego de roles que suponía la in-

investigación. Llegaba siempre alrededor de las 11 de la mañana con las promotoras, quienes me introducían con las chicas que estuvieran en ese momento. Esperaba a que las promotoras saludaran primero y luego saludaba yo. Posteriormente saludábamos a la administradora del hotel, quien nos asignaba un cuarto. Las promotoras se quedaban conmigo durante poco más de una hora. En ese tiempo, ellas realizaban sus intervenciones y yo acompañaba. Las promotoras marcaban el inicio y el cierre de la jornada, de modo que yo era como una extensión de su presencia, extensión que me protegía y me daba estatus y poder en ese espacio ajeno para mí.

Este carácter repetitivo de las características del encuentro en campo, el manejo de los tiempos y del lugar permite definirlo como ritualista (Kemper, 2011). Según Collins (2004), el ritual es un mecanismo emocional de acción mutua inserto en las interacciones sociales de la vida cotidiana, que produce una realidad socialmente compartida, y en esa medida favorece la solidaridad social. El ritmo instaurado por el ritual permite que las personas engarzen sus conversaciones sincrónicamente, potenciando la construcción de los vínculos en una suerte de cadena o circularidad de las interacciones (Collins, 2004). En estos términos, a fuerza de la repetición, el carácter ritualístico de las interacciones en campo otorgaba cierta seguridad tanto a las chicas como a mí. Seguridad sobre el objetivo de mi presencia en el espacio, de que era una persona confiable, que pertenecía a la OSC, que era aliada y no rival o infiltrada de la policía o de algún grupo criminal, y que me iría en algún momento.

Cuando las promotoras se iban, las oportunidades de intercambio quedaban por mi cuenta. Estas interacciones me permitían construir un vínculo y, a través de “ser con ellas”, acceder a las entrevistas. En ocasiones, acompañar las actividades de las promotoras era una excusa para seguir hablando con las chicas cuando aquellas se iban. Algunas veces la conversación giraba en torno a sus dudas sobre infecciones de transmisión sexual. Otras veces me permitía opinar si veía un absceso muy grande o una vena en mal estado y, desde una posición de experta, ofrecía llevar al siguiente día algún material para

aliviar la molestia, lo cual también propiciaba más oportunidades de intercambio. En otras ocasiones, jugar con sus hijos e hijas mientras ellas estaban ocupadas generaba un espacio de “comunalidad” y reciprocidad. Tales intercambios elevaban mi estatus en el espacio, afianzando mi figura de aliada.

La primera entrevista en “el confesionario” ocurrió en mi segunda jornada, cuando en la conversación informal salió el tema de la violencia sexual. Una de las compañeras había sido atacada el día anterior y comentaban entre ellas que estaba “muy mala”. Pregunté aterrada qué hacían en esos casos, ellas sólo levantaron sus hombros. Entonces pregunté si alguna quería platicar de esto en privado. Se miraron entre sí. Raquel me inquirió si le daba los cien pesos, le dije que por supuesto. Sonia, sonriendo, dijo “órale, al confesionario”. Todas reímos.

En “el confesionario” sólo había una cama, por lo que nos sentábamos en ella, casi siempre en el borde inferior, una al lado de la otra, y a medida que avanzaba la conversación las chicas se acostaban, abrazaban una almohada, se ponían cómodas. Yo cruzaba mis piernas sobre la cama, en posición de loto, frente a ellas. Sentadas una al lado de la otra, les explicaba el consentimiento informado, de qué trataba la entrevista, la necesidad de la audio-grabación y escogían su seudónimo.

La mayoría de las participantes iniciaron el encuentro con advertencias. Algunas me dijeron que nunca habían hablado del tema, otras me señalaban que habían tenido una vida muy dura, como preparándome para la intensidad emocional de su relato. Tras iniciar la grabación, casi todas soltaron en llanto. Un llanto ahogado, silencioso pero imparable, acompañado de movimientos en el pecho, como si estuvieran sacando un gran dolor atorado. Las chicas cubrían su rostro con sus manos como si el llanto les generara vergüenza. En ocasiones, después del llanto, venían unos segundos de ausencia, en los que parecían dormidas, quizás por el estupor que genera la heroína, quizás sólo por la necesidad de alejarse del dolor.

Ante el llanto, ponía mi mano sobre sus piernas o su espalda y esperaba, nunca dejaba de grabar y tampoco decía nada. El llanto podría

significar la apertura a un espacio de intimidad, a la vez que marcaba la entrevista como experiencia emotiva (Abadía, 2011) compartida entre narradora y escucha; experiencia en la que ambas nos permitíamos mostrarnos vulnerables frente a lo narrado. En este espacio quedaba claro cómo las emociones mías y de las participantes estaban vinculadas, pero filtradas por las experiencias de cada una (Holmes, 2014) en relación con el ser mujer, el uso de sustancias y las violencias que habíamos enfrentado.

El espacio íntimo que lograba construir en ese cuarto de hotel, en conjunto con los antecedentes del encuentro, tratarlas con amor auténtico y permitirme ser afectada por sus relatos fueron elementos que favorecieron la narración fluida de sus historias sobre salud sexual, y enriquecieron el *rapport* construido fuera del confesionario. En particular, ser afectada por los relatos significó trascender la escucha racional para acceder a un saber desde el cuerpo y, a partir de ahí, entender la dimensión del trauma que enfrentan estas mujeres. Desde esta sensibilidad construida en mi “articulación con la alteridad” (Gemignani, 2011:709), no sólo pude comprender mejor sus necesidades de salud sexual y reproductiva, sino también adquirir “la voluntad de interpretar” (p. 709) desde nuevos referentes sus consumos de sustancias y su resistencia a acudir a las instituciones de salud.

Todas las entrevistas finalizaron con un abrazo prolongado que en varias ocasiones facilitó el afloramiento de mis lágrimas. Los relatos escuchados me generaban tristeza. Para Kemper (2006), la tristeza marca una posición de impotencia frente a una situación; una suerte de des-agenciamiento al no saber cómo actuar ante el relato, y el reconocimiento de mi incapacidad de siquiera imaginar la crueldad de las experiencias que enfrentaban las participantes cotidianamente. Mi tristeza reflejaba la tristeza que ellas cargaban en silencio, pero que se permitían compartir conmigo gracias a la intimidad construida.

En ese momento, mis lágrimas me avergonzaban mucho. Sentía que violaba las reglas del sentir (Hochschild, 1983) del oficio de investigadora; que tenía que justificarme. Entonces siempre decía “disculpame, soy una llorona”, “tu historia me ha conmovido mucho”, y

cerraba con frases tipo “eres una mujer increíble”, “admiro tu fortaleza y tu valentía”, “gracias por compartirme tu historia”. Ello permitía rebalancearme en términos de estatus-poder; salir de la tristeza que me producían las historias volviendo a conectar con la mujer altiva con quien había compartido fuera del “confesionario”.

Casi siempre, al momento de cerrar la entrevista, me pedían un cigarro y entonces compartíamos la fumada como una suerte de espacio de transición —casi siempre en silencio— entre el *backstage* y *frontstage*. Compartir el ritual del cigarro, el abrazo, mostrarme auténticamente afectada por las experiencias narradas, eran expresiones de horizontalidad e intimidad que favorecieron la experiencia empática en campo y permitieron construirme un lugar mediante el rol de la confidente, una suerte de vasija receptora de experiencias que, aunque comunes, no se compartían públicamente.

“El confesionario” operó como un espacio simbólico en el que las mujeres se despojaban de alguna manera de la coraza con la que interactuaban por fuera de él y en el que yo me permitía “ser con ellas”. Mientras en el *frontstage* las chicas se mostraban cínicas, confrontadoras, aguerridas, en el *backstage* del confesionario dejaban ver su vulnerabilidad y me otorgaban un rol de confidente y caja de resonancia de las emociones que no se permitían evidenciar en el *frontstage*, como la tristeza, por ejemplo. Mientras en el *frontstage* yo debía mostrarme segura y “profesional”, en el *backstage* podía permitirme llorar con ellas. Desde esta experiencia emotiva pude construir una sensación de comunalidad a partir de la cual comprender la complejidad de las realidades que enfrentaban estas mujeres y el papel que jugaba el uso intenso de sustancias.

Las emociones en mí suscitadas en el confesionario pueden ser interpretadas como contratransferencia. Tradicionalmente, la contratransferencia se ha entendido como una distorsión de la capacidad cognitiva de la investigadora, producto de una identificación proyectiva de los sentimientos y la historia propios sobre las participantes (Holmes, 2014). Sin embargo, conceptualizaciones más recientes definen la contratransferencia como la experiencia que la investiga-

dora tiene de las participantes (Gemignani, 2011), producto del encuentro y distanciamiento de subjetividades situadas y relacionales, y que crean las condiciones para la escucha, la apertura, la empatía y, desde éstas, una comprensión situada de las realidades que viven las personas participantes.

Después de una primera inmersión en campo de cuatro días seguidos, regresé cuatro fines de semana más, los viernes y sábados. Vivía en la Ciudad de México, por lo que no podía permanecer de manera continua en Ciudad Juárez. Esa itinerancia me permitía descansar de la intensidad del trabajo etnográfico y generaba cierta curiosidad en las chicas acerca de qué hacía cuando estaba fuera. La itinerancia en campo me daba además el espacio necesario para elaborar la experiencia a través de la escritura. La jornada me dejaba agotada física y emocionalmente, de modo que los registros de campo los hice en el tiempo de espera en el aeropuerto y durante los viajes de regreso a la Ciudad de México. En campo sólo tomaba apuntes durante la entrevista y grababa notas de voz de algún evento del día y mis impresiones justo después de la entrevista.

De acuerdo con Burkitt (2012), el diálogo interno con nosotros mismos es un segundo nivel de reflexividad; el primero, llamado “reflexividad corporal” y que podría entenderse como una parte de los componentes de la contratransferencia, se da en el contexto de la interacción. La distancia geográfica y el viaje de regreso me permitían ese segundo nivel de reflexividad. Para Burkitt hay además un tercer nivel, cuando incorporamos la reflexión sobre la experiencia emocional en campo. En este caso, ese tercer nivel lo logré al momento de preparar este texto, reflexionando sobre mis emociones en términos de herramientas metodológicas y conceptuales para pensar mi praxis investigativa con mujeres que usan drogas.

El cierre

Después de la tercera semana de estar viajando, y atesorando ya ocho entrevistas, sentí que era el momento de empezar a despedirme.

En la cuarta semana me reuní con las promotoras y con la directora de la organización para analizar cómo hacer el cierre. Me sugirieron regalarles los audios de las entrevistas y planeamos un taller para presentarles una síntesis de los hallazgos e identificar colectivamente posibles alternativas para mejorar el acceso a los servicios de salud sexual y reproductiva. La comunalidad construida a partir de la intensidad de la experiencia emocional en campo facilitó que durante el taller emergieran reflexiones de las participantes sobre las formas de disciplinamiento y control del Estado partiendo de las maneras como se organizan los servicios públicos de salud sexual y reproductiva y la negación de su derecho a ejercer la maternidad.

El taller marcó el cierre de mi presencia física en campo. Sin embargo, algunas de las chicas me siguieron escribiendo por WhatsApp para descargarse de las tragedias que les acontecían, manteniendo mi rol de confidente. Escucharlas activaba la urgencia de hacer algo en términos de lo que consideraba justo para ellas. No poder hacerlo y no estar con ellas físicamente me llenaba de culpa. Sentía que violaba la reciprocidad de la relación construida faltando a mis imperativos morales sobre el compromiso de apoyarlas y mi responsabilidad frente a sus historias.

En términos de la contratransferencia, la culpa también denotaba el dolor que generaba tanto en las participantes como en mí la culminación de nuestra relación y sentir que seguían enfrentándose a las mismas violencias que me habían narrado. La falta de un espacio para elaborar la culpa, la tristeza y la frustración que me generó la distancia física con las participantes bloqueó la escritura. Ser más consciente de la contratransferencia me hubiera permitido preguntarles directamente cómo esperaban que las apoyara, qué necesitaban de mí, y entonces quizá hubiera entendido que sólo buscaban la escucha.

Fue hasta 2019, en el marco de lecturas feministas en torno a las violencias en contra de mujeres, que retomé los audios, transcribí las entrevistas y pude escribir sobre los relatos que escuché. La literatura feminista me brindó un marco epistemológico desde cual poder representar las historias de las mujeres que había escuchado (ver

capítulo de Fragoso y Asakura en este volumen). El Seminario Interinstitucional de Sociología de las Emociones del ISSUNAM me brindó el espacio para elaborar las emociones suscitadas en este trabajo de campo, que se habían quedado suspendidas como en un gran paréntesis. Entonces pude traerlas para analizar cómo esas emociones habían generado una construcción particular de conocimiento sobre las mujeres usuarias de sustancias y las violencias que enfrentan, así como una subjetividad propia en cuanto investigadora.

CONCLUSIONES: MÁS ALLÁ DE LA EMPATÍA

En este capítulo he descrito las estrategias metodológicas a través de las cuales construí vínculos empáticos con mujeres usuarias de drogas inyectadas en el norte de México. Siguiendo el modelo propuesto por Davis (2006), la experiencia empática de campo que relaté fue potenciada por mis características personales, las de las participantes y las del lugar donde acontecieron las interacciones.

Algunas de mis características personales me permitieron compartir un espacio de comunalidad con ellas desde el cual resonar con sus experiencias y replantear un intercambio constante de estatus y poder. Estos elementos (resonancia e intercambio de estatus y poder) permiten comprender la empatía no como una emoción que se suscita *hacia* a alguien, sino como una dinámica emocional que se comparte *con* el otro (Ettorre, 2017). En términos personales supuso aceptar la vulnerabilidad que requiere compartir el dolor de ser separada de los hijos e hijas, la humillación por la tortura sexual perpetrada por diversos actores, la desolación ante una violación colectiva, la frustración frente a la insensibilidad de los médicos, el miedo a una posible intervención policial, pero también el goce y el desenfado cotidianos y la ilusión de un nuevo amor, un nuevo embarazo.

En el trabajo de campo con poblaciones vulneradas, construir relaciones empáticas requiere ofrecer tiempo y experiencias suficientes para reconfigurar la distribución de estatus y poder que plantea la investigación. En ese sentido, la empatía no es una emoción que

emerge en un momento, sino que responde a las características de los encuentros y desencuentros intersubjetivos entre investigadora y participantes, al lugar en que estos encuentros y desencuentros acontecen y a la mirada de eventos que suceden alrededor y no se limitan a las entrevistas o a las actividades específicas de investigación, sino que remiten al mundo en el que se sumerge la investigadora para poder comprender las realidades que viven las participantes. Entre mayor es el tiempo que se comparte en campo, mayor es la posibilidad de trascender ciertas idealizaciones del otro y complejizar las miradas que se busca comprender.

La experiencia de campo relatada estuvo atravesada por mi condición de género y mis disposiciones corporales asociadas a ello. Por ejemplo, durante la mayor del tiempo asumí una actitud de sumisión frente a las participantes y frente a la organización, adoptando el rol de hermana menor (Warren, 2001), acatando las normas, sugerencias y lineamientos de cada espacio. A través de esta postura de sumisión performaba actuaciones tradicionales asociadas a lo femenino, destacando el cuidado de las infancias y de las participantes cuando así me lo permitían en el *backstage*; y poco protagonismo en el *frontstage*, donde dejaba que ellas marcaran la pauta de las interacciones. Presentarme como agente promotora de salud reforzó el estereotipo de lo femenino asociado al cuidado y la protección. Mi propia preocupación empática hacia las participantes estuvo atravesada por mi género y por las responsabilidades de cuidado que me atribuí en ese contexto.

Desde este acercamiento femenino del cuidado y de la preocupación empática por el otro pude construir relaciones de reciprocidad y solidaridad que me permitieron comprender la aparente “irracionalidad” de prácticas; por ejemplo, no acudir a los servicios de salud sexual y reproductiva. Entendí esta negación como una búsqueda desesperada de autonomía y dignidad al evitar espacios y personas que las hacían sentirse enfermas o inferiores. Esta comprensión, más allá de lo evidente en relación con sus necesidades de salud sexual y reproductiva, sólo fue posible gracias a la producción de formas de comunidad y pertenencia facilitadas por la experiencia de empatía.

Si las emociones son los medios a través de los cuales los seres humanos construimos sentidos del mundo que habitamos (Game, 1997), la reflexividad sobre las estrategias de relacionamiento en campo y las emociones que se suscitan en él son un ejercicio analítico que ayuda a comprender las estructuras sociales en las cuales la investigación tiene lugar y desde donde se construye conocimiento.

REFERENCIAS

- Abadía, Cesar (2011). "I have AIDS but I am happy". *Children's Subjectivities, AIDS and Social Response in Brazil*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Ariza, Marina (2016). "Tonalidades emocionales en la experiencia de la migración laboral. Humillación y degradación social". En *Emociones, afectos y sociología: diálogos desde la investigación social y la interdisciplina*, coordinado por Marina Ariza, 279-328. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Bechhofer, Frank, y Lindsay Paterson (2000). "Fieldwork". En *Principles of research design in the social sciences*, 91-103. Nueva York: Routledge.
- Bourgois, Philippe; Mark Lettiere, y James Quesada (1997). "Social Misery and the sanctions of substance abuse: Confronting HIV risk among homeless heroin addicts in San Francisco". *Social Problems* 44 (2): 155-173.
- Burkitt, Ian (2012). "Emotional Reflexivity: Feeling, Emotion and Imagination in Reflexive Dialogues". *Sociology* 46 (3): 458-472.
- Collins, Randall (2004). *Interaction Ritual Chains*. Oxford: Oxford University Press.
- Davis, Mark (2006). "Empathy". En *Handbook of the sociology of emotions*, editado por Jan E. Stets y Jonathan Turner, 443-466. Nueva York: Springer.
- Ettorre, Elizabeth (2017). "Feminist Autoethnography, Gender, and Drug Use: 'Feeling About' Empathy While 'Storying the I'". *Contemporary Drug Problems* 44 (4): 356-374.
- Fischer, Agneta, y Gerben Van Kleef (2010). "Where Have All the People Gone? A Plea for Including Social Interaction in Emotion Research". *Emotion Review* 2 (3): 208-211.
- Game, Ann (1997). "Sociology's Emotions". *Canadian Review of Sociology/Revue canadienne de sociologie* 34 (4): 385-399.
- García-Santasmases Fernández, Andrea (2019). "Evocando deseos y revolviendo malestares: la im-pertinencia de las emociones en mi trabajo etnográfico". *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* 35: 69-89.
- Gemignani, Marco (2011). "Between Researcher and Researched: An Introduction to Counter-Transference in Qualitative Inquiry". *Qualitative Inquiry* 17 (8): 701-708

- Goffman, Irving (1971). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goldman, Marcio (2005). "Jeanne Favre-et-Saada, os afetos, a etnografia". *CADERNOS de Campo* 13: 149-153.
- Gordon, Steven (1981). "The sociology of sentiments and emotion". En *Social psychology: Sociological perspectives*, editado por Morris Rosenberg y Ralph Turner, 562-592. Nueva York: Basic Books.
- Haraway, Donna (1988). "Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective". *Feminist Studies* 14 (3): 575-599.
- Hochschild, Arlie Russell (1983). *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling*. Berkeley: University of California Press.
- Holland, Janet (2007). "Emotions and Research". *International Journal of Social Research Methodology* 10 (3): 195-209.
- Holmes, Joshua (2014). "Countertransference in qualitative research: a critical appraisal". *Qualitative Research* 14 (2):166-183.
- Kemper, Theodore (2006). "Power and Status and the power-status theory of emotions". En *Handbook of the sociology of emotions*, editado por Jan E. Stets y Jonathan Turner, 87-113. Nueva York: Springer.
- Kemper, Theodore (2011). "Status, Power and Ritual Interaction". En *A relational reading of Durkheim, Goffman and Collins*. Nueva York: Routledge.
- Lamas, Martha (2016). "Género". En *Conceptos clave en los estudios de género vol. 1*, coordinado por Hortensia Moreno y Eva Alcántara, 155-170. México: Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Scheff, Thomas (1988). "Shame and Conformity: The Deference-Emotion System". *American Sociological Review* 53 (3): 395-406.
- Schmitt, Christopher, y Clark Candance (2006). "Sympathy". En *Handbook of the sociology of emotions*, editado por Jan E. Stets y Jonathan Turner, 467-492. Nueva York: Springer.
- Tobón, Marco (2016). "Reírse ante la guerra. Las bromas como actuación política entre los muina, Amazonia colombiana". *Revista mexicana de sociología* 78 (2): 179-202.
- Turner, Jonathan, y Jan Stets, (2006). "Moral Emotions". En *Handbook of the Sociology of Emotions*, compilado por Jonathan Turner y Jan Stets, 544-566. Nueva York: Springer.
- Warren, Carol (2001). "Gender and Fieldwork Relations". En *Contemporary field research. Perspectives and Formulations*, editado por Robert M. Emerson, 203-223. Long Grove, Illinois: Waveland Press.

Comprender la antipatía y el desagrado

La gestión emocional que exige la etnografía institucional en espacios fronterizos

Alethia Fernández de la Reguera Ahedo

¿Cómo podemos nosotros, como etnógrafos, consolidar la confianza con nuestros informantes clave, participar interaccionalmente en conversaciones desconcertantes, volvernos íntimamente familiares con el campo y sus habitantes, y por último —y tal vez esto es lo más alucinante— representarlos en nuestra escritura mientras suspendemos totalmente la dimensión afectiva que cualquier relación implica?

(Nitzan Shooshan, 2015: 153)

INTRODUCCIÓN

La interacción con las burocracias locales, especialmente con aquellas que se dedican a gestionar la política migratoria mediante prácticas de control y contención, suele generar miedo y ansiedad en las personas migrantes e incluso en quienes hacen investigación en estos entornos. Los espacios fronterizos y específicamente las oficinas del Instituto Nacional de Migración (INM) y sus inmediaciones son lugares donde se puede pasar de la calma a la emergencia de un momento a otro, lo que afecta emocionalmente no sólo a las personas migrantes, sino a todo el personal burocrático y a quienes realizan investigación de campo en estos espacios. En 2017 comencé a investigar la gestión de la política migratoria desde la perspectiva de los agentes del

INM. Me interesaba conocer de qué manera las subjetividades de los agentes migratorios afectan la implementación de la política migratoria y, a partir de una etnografía institucional, adentrarme a interpretar las relaciones de poder que se generan entre las personas que ahí laboran, así como en la interacción cotidiana de los agentes migratorios con las personas en movilidad.¹

Esta investigación me acercó al Seminario Institucional Sociología de las Emociones, coordinado por la doctora Marina Ariza en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, con la finalidad de obtener las herramientas teórico-metodológicas necesarias para observar e interpretar los intercambios afectivos entre los agentes del INM y las personas migrantes, específicamente en dos entornos de Tapachula, Chiapas: la Estación Migratoria Siglo XXI y las oficinas del INM y sus inmediaciones. En este capítulo presento un análisis sobre el lugar central que tienen las emociones como fuente de conocimiento y en el proceso reflexivo de la investigación social, especialmente al realizar etnografía en contextos de riesgo y con informantes que nos generan antipatía, o incluso desagrado, como suelen ser los agentes migratorios. Reflexiono sobre el lugar que ocupa la gestión emocional en el acceso y permanencia en el campo, especialmente los retos cotidianos y las negociaciones emocionales a que nos enfrentamos. En ocasiones, la persona investigadora puede despertar sospecha e incomodarse con su propio rol. También se llega a experimentar antipatía, desprecio, miedo, enojo o tristeza en un entorno que exige un control emocional, lo que constituye una forma de disonancia emocional. Señalo que la gestión emocional es una habilidad central que todo etnógrafo o etnógrafa debe cultivar. Además, reflexiono sobre cómo representar, en su comple-

¹ Investigación realizada con recursos del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), clave IA301517; su resultado final es el libro de mi autoría, *Detención migratoria. Prácticas de humillación, asco y desprecio*, publicado en 2020.

alidad, al sujeto que nos genera antipatía, proponiendo algunas estrategias para lograrlo.

El capítulo se divide en cinco apartados, además de la introducción y las conclusiones. En el primer apartado explico en qué consiste la etnografía institucional como teoría y metodología para investigar las subjetividades y las relaciones de poder mediadas por reglas y normativas institucionales. En el segundo presento algunas ideas sobre la importancia de analizar la política migratoria desde la perspectiva de la gestión emocional de los agentes de migración. En el tercer apartado narro un acontecimiento que viví en una visita a campo, en marzo de 2022, para, a partir de él, analizar el tipo de obstáculos y negociaciones a que nos enfrentamos cuando rechazamos (directa o indirectamente) a nuestros sujetos de estudio y cuando suscitamos sospechas. En el quinto apartado reflexiono sobre las estrategias de gestión emocional necesarias cuando el entorno de investigación y los sujetos a quienes entrevistamos nos generan antipatía y malestar emocional.

LA ETNOGRAFÍA INSTITUCIONAL

La etnografía institucional es una teoría y metodología crítica que estudia las prácticas y experiencias cotidianas de las personas y la manera en que están organizadas por las instituciones (Kearney *et al.*, 2019). Es una metodología cada vez más utilizada en diversas disciplinas, como la sociología, la antropología, la geografía y la ciencia política, especialmente en investigaciones críticas con un enfoque de transformación social. Como aproximación metodológica explora la acción social localizada en contextos específicos y en relación con las lógicas organizativas de lo translocal. Prioriza el planteamiento de preguntas que surgen de las tensiones y contradicciones observadas (de manera prolongada) en las interacciones sociales y la forma latente en que están presentes en la cotidianidad de las prácticas institucionales. “La etnografía institucional orienta a explorar y explicar las relaciones sociales que organizan las experiencias en entornos insti-

tucionales o entornos en los que existen estas relaciones” (Kearney *et al.*, 2019: 19). Es una aproximación que vincula en todo momento la acción social con el orden institucional; es decir, estudia los sujetos como actores sociales cuyas prácticas se estructuran dentro de reglas institucionales explícitas e implícitas.

Este tipo de etnografía prioriza, desde un enfoque sociológico, a los sujetos que participan en las instituciones. En este sentido, rompe con la sociología tradicional que se concentraba en estudiar las instituciones desde su funcionamiento orgánico y no desde las subjetividades de quienes las conforman. Coloca en el centro del análisis las prácticas a nivel local que suelen ser objetivadas en los discursos y reglas institucionales. Se trata de un problema epistemológico poco abordado en la sociología, ya que se estudia a la institución a partir de las experiencias de quienes la mantienen viva en la interacción diaria.

En un inicio, la etnografía institucional me permitió otorgar lugar a las experiencias situadas de los sujetos pertenecientes al INM como un medio para descubrir el funcionamiento de la organización, de la acción social a partir de los mecanismos de control institucionales. A su vez, incorporar la perspectiva emocional como fuente de conocimiento en la etnografía institucional me permitió ampliar considerablemente la lente analítica sobre las intersubjetividades de quien investiga y del sujeto de estudio, así como la importancia de las emociones como mediadoras y detonantes de la acción social en entornos institucionales. Es una perspectiva que problematiza el funcionamiento y la existencia de las organizaciones. En este sentido, no sólo analiza las relaciones sociales y las subjetividades en espacios institucionales, sino que prioriza el análisis de textos y documentos que establecen un lenguaje común y de las representaciones institucionales replicables en diversas localidades.

En esta lógica, los textos y documentos son elementos centrales en los procesos de objetivación de las instituciones, mecanismos para comprender cómo funcionan: “la exploración sobre cómo los textos median, regulan y autorizan las actividades de las personas amplía el alcance del método etnográfico más allá de los límites de la obser-

vación” (Smith, 2001: 159). Para esta autora, los textos no son únicamente una fuente de información sobre las organizaciones, sino que permiten rastrear acciones y patrones institucionales para conocer cómo se producen formas estandarizadas de control de las prácticas cotidianas de las personas.

La etnografía institucional es una metodología situada que de manera crítica problematiza y confronta la acción y las relaciones objetivadas en el discurso, la burocracia, el Estado y las instituciones en general, que operan a nivel local y que impactan y ordenan las actividades cotidianas de las personas. Smith acuña el término *relaciones reglamentarias* para explicar que su carácter objetivado y translocal adquiere un sentido en las prácticas locales y en los espacios laborales cotidianos. En otras palabras, “las organizaciones y las instituciones existen únicamente en las acciones reales de las personas, y éstas son necesariamente particulares, locales y efímeras” (Smith, 2001: 163). En este sentido, es un reto hablar de lo efímero desde la sociología, ya que se requiere ir más allá de lo observable para construir analíticamente el fenómeno desde un enfoque meso y macro. Sin embargo, los textos funcionan como mecanismos de las relaciones reglamentarias, lo que permite establecer relaciones analíticas más allá de lo efímeramente observable.

Para poder lograr el nivel de análisis que requiere la etnografía institucional, es decir, pasar de lo observable a la densidad analítica, es necesario familiarizarse con la cultura burocrática, conocer las relaciones entre los diversos actores y el lenguaje de lo dicho y lo no dicho; es decir, conocer los textos conformados por discursos, leyes, reglamentos y las normas explícitas e implícitas que funcionan en la institución. Todo ello requiere desarrollar una perspectiva situada y una sensibilidad particular para documentar cómo se implementa una política en contextos específicos (Corson, Campbell y MacDonald, 2014).

EL BURÓCRATA DE A PIE Y SU GESTIÓN EMOCIONAL COMO APROXIMACIÓN A LA POLÍTICA MIGRATORIA

El trabajo desempeñado por las personas burócratas de a pie,² especialmente quienes trabajan en instituciones a cargo de la política migratoria, como es el Instituto Nacional de Migración (INM), se caracteriza por condiciones laborales precarias. En el marco de la investigación que realicé entre 2017 y 2019 en la Estación Migratoria Siglo XXI, entrevisté a catorce personas funcionarias del INM en Tapachula, Ciudad de México y Tijuana, así como a tres exfuncionarias de esa institución. Documenté los contextos laborales, especialmente para quienes trabajan en estaciones migratorias, y analicé las relaciones de poder en la propia burocracia (Fernández de la Reguera, 2020). El INM es una institución que suele rotar su personal y comisionarlo a otras entidades federativas, especialmente durante emergencias. Suele pasar que los agentes del INM son asignados durante meses a una oficina en un estado lejano al lugar de residencia, sin pago extra y con jornadas extensivas. He documentado casos de personas que trabajan seis días a la semana en un horario de 8 a. m. a 1 a. m., y que aun en su día de descanso deben estar disponibles por si son llamados a trabajar.

La gestión emocional de los burócratas de la migración es una veta que requiere más análisis en el estudio de las burocracias y la implementación de política migratoria. Los agentes de migración realizan gestión emocional en su trabajo cotidiano, al suprimir ciertas emociones y dejar aflorar otras. De manera constante se debaten entre la racionalidad y la emoción (Vega, 2017). En el caso de los burócratas de la migración, la propia lógica institucional y la naturaleza de su labor les facilitan establecer barreras sociales y emocionales con las perso-

² Utilizo el término burócrata de a pie para referirme a la persona funcionaria pública que está en contacto directo con las personas usuarias de servicios públicos; una de sus características es que puede ejercer cierta autonomía y discrecionalidad en la aplicación de las normas y procedimientos (Casas, Aguirre y Mancilla, 2021).

nas en detención. De esta manera evitan conflictos emocionales y éticos (Puthoopparambil, Ahlberg y Bjerneld, 2015).

La gestión emocional resulta parte intrínseca de su trabajo. Sin contar con elementos para la contención y el autocuidado, esto tiene serias consecuencias para salvaguardar los derechos humanos de las personas en movilidad. No hay que perder de vista que es en una ventanilla de atención o en un operativo de control fronterizo donde el Estado establece un primer contacto con las personas (Gupta, 2015); dicho encuentro puede ser determinante para acceder o no a sus derechos. Por ello, es necesario reflexionar sobre la gestión emocional en la labor simbólica y real que realizan los agentes del Estado a cargo de salvaguardar las fronteras y la seguridad nacional.

Desde los primeros años del siglo XXI se ha ido fortaleciendo el discurso global que criminaliza a las personas migrantes (Round y Kuznetsova, 2016), lo que ha incentivado y justificado la militarización en la frontera tanto sur como norte del país, haciendo de México un lugar de contención de las migraciones (París Pombo, 2017). En este contexto punitivo (simbólico y práctico), los agentes de migración suelen reafirmar su labor al sentir desprecio por las personas migrantes o, por el contrario, enfrentarse a las tensiones y la crítica pública por salvaguardar la seguridad nacional a costa de violar los derechos humanos de personas desplazadas de manera forzada y necesitadas de protección internacional.

La socióloga Irene Vega (2017) entrevistó a agentes de la Patrulla Fronteriza de Estados Unidos para conocer las narrativas con las que legitiman su trabajo y justifican su autoridad moral. Identificó tres tipos: 1) la criminalización de las personas migrantes como medida correctiva, en respuesta a un “supuesto” cambio de perfil de personas trabajadoras honestas a criminales; 2) la incertidumbre de no saber realmente quiénes son las personas migrantes, si sus intenciones son buenas o malas; y 3) el control, a la par del cuidado, al decir que consideran que “tratan bien” a las personas migrantes, pero en el marco de la ley. Esta última narrativa es muy común en los testimonios de los agentes que he entrevistado, ya que suelen explicarme que por

el “bien” de los migrantes los “retornan” o los “alojan” en estaciones migratorias. “Las narrativas tienen una función auto referencial: los agentes las usan para restaurar la fundación normativa de su trabajo, lo que les permite continuar desempeñándolo sin críticas” (Vega, 2017: 2545). Esto se reafirma con el estatus y la autoridad que les confiere ser agente federal a cargo de resguardar la seguridad nacional.

Presento a continuación un relato de lo que viví en una visita de trabajo de campo en Tapachula, Chiapas, para ilustrar cómo operan los tres tipos de discursos referidos, especialmente el tercero, el que infantiliza a los migrantes y los despoja de su dignidad. El relato muestra la ebullición de emociones que afloran en la interacción entre las personas migrantes y los agentes de migración, y en mí como investigadora al realizar una etnografía institucional en zonas fronterizas.

EL PORTAZO DE CIUDAD HIDALGO

Como etnógrafa, he corrido con la suerte de “estar” en momentos precisos y en lugares estratégicos para observar, escuchar y documentar las interacciones entre los agentes migratorios y las personas migrantes. He presenciado el abuso de poder, especialmente en momentos de crisis, como las aglomeraciones de personas migrantes detenidas en el contexto de las caravanas de Centroamérica de 2018 y 2019, o en marzo de 2022,³ después de la visita del presidente López Obrador a esta ciudad. Junto con dos compañeros investigadores, llegué a la ciudad de Tapachula, Chiapas, tres días después de la visita presidencial. Por primera vez, me tocó ver decenas de familias migrantes pernoctando en el Parque Bicentenario, el segundo más importante

³ Las caravanas migrantes son migraciones masivas (se han documentado entre 3 000 y 13 000 personas) que se movilizan en grupo de manera visible. Por lo general provienen de Centroamérica, en tránsito por México hacia Estados Unidos. Suelen utilizar rutas de paso y acceso al territorio tradicionales y altamente visibles. Son estrategias para no migrar en la clandestinidad y reducir riesgos y costos (Gandini et al., 2020).

de la ciudad. Sobresalía la imagen de mujeres con niños, niñas y bebés en brazos. Todas las personas nos decían lo mismo, llevaban días durmiendo en ese lugar, la mayoría de ellas desde la visita del presidente, cuando prometió tarjetas de visitante por razones humanitarias (TVRH). Me contaron que ese día se habían manifestado afuera de las oficinas de la Sedena, en Tapachula, y que de ahí los habían subido a ocho autobuses para llevarlos a Ciudad Hidalgo y ofrecerles la TVRH. Lamentablemente no todos corrieron con la misma suerte, y muchas personas no recibieron la tarjeta que esperaban desde hacía meses.

Al día siguiente, alrededor de las 3 p. m., llegué junto con mis dos compañeros a Ciudad Hidalgo, frontera con Guatemala. Queríamos saber más acerca de las personas que no habían logrado conseguir la TVRH el día de la visita presidencial. En cuanto bajamos del taxi, vi un grupo grande de personas, alrededor de ciento cincuenta; entre ellas, muchas mujeres con sus bebés en brazos, y niños y niñas de entre tres y ocho años. Los agentes del INM les solicitaron elaborar listas como una forma de entretenerlos, hacerlos pasar el tiempo y, por supuesto, engañarlos. Esto es claramente lo que el sociólogo argentino Javier Auyero (2011) refiere cuando explica que la espera burocrática es un mecanismo de control y se caracteriza por el desorden físico y mental de los espacios de espera.

Mientras las personas elaboraban las listas por país, nos acercamos a dos agentes del INM que observaban a lo lejos. Nos presentamos como investigadores, les dijimos que estábamos ahí porque nos habían dicho que muchas personas llevaban días en Ciudad Hidalgo y queríamos entender qué sucedía. Como suele ocurrir con muchos de los agentes migratorios que he entrevistado en estos años, a pesar de que mi presencia pueda despertar sospechas, no les llama mucho la atención ni muestran particular interés por mantener la conversación; lo que me genera un reto importante, pues tengo que lograr enganchar la plática y no suscitar demasiada sospecha.

Sucedió algo que suele pasar tanto con hombres como con mujeres que ahí trabajan (aunque la mayoría de los agentes son varones), aquello que conocemos como la actitud del macho explicador

o *mansplaining*,⁴ que se refiere a la actitud condescendiente de una persona, normalmente varón, para explicar algo a manera de adoctrinamiento, anulando la posibilidad de que su interlocutora pueda tener conocimiento previo o un nivel de comprensión suficiente. Así fue como respondió a mi pregunta sobre lo que estaba pasando: “¿Qué hace usted cuando un niño hace un berrinche?”. Me quedé pensativa, no sabía qué responder. En mi mente pensaba “¿A dónde va este imbécil?”, pero tenía que responder algo con sentido. Me sentía absurda con esta conversación y con mi respuesta: “Oh sí, sé de lo que me habla; pues mandarlo a *time-out*”. Me castigué aún más a mí misma, pensé: “¿Cómo se me ocurre usar ese término con este hombre?”. Pero afortunadamente este señor no escuchó mi respuesta y en automático me respondió: “Éstos [las personas migrantes] son como un niño berrinchudo, lo que quieren es que les demos un caramelo, pero si le das un dulce a un niño berrinchudo, pues cada vez va a querer más; así son éstos; pero ni modo, la ley es la ley y tenemos que respetarla”. Justamente éste es un ejemplo de la narrativa que Vega (2017) identifica como de cuidado y control, ya que infantiliza a las personas migrantes y demuestra el discurso, muy común entre los agentes de migración, de “los detengo porque es lo mejor para ellos”. En este caso, “ellos quieren un caramelo, pero la ley es la ley”.

En ese momento no supe qué responder. Y precisamente se escucharon más gritos. Una nueva orden por parte de los tres varones migrantes que organizaban al grupo y que seguían las instrucciones de los agentes del INM: “¡Sólo mujeres y niños al frente!”. En menos de cinco minutos se había separado el grupo, y me encontraba rodeada de decenas de mujeres con bebés en brazos, una de ellas amamantando. En eso, mi mirada se fijó en una mujer cargando a un niño con el torso desnudo y un pañal. El bebé traía una válvula conectada a su estómago, se le veía muy bajo de peso. Mi experiencia como ma-

⁴ Término acuñado por la escritora Rebecca Solnit en su ensayo “Men Explain Things to Me: Facts Didn’t Get in Their Way”, publicado en 2008.

dre me hizo sentir un dolor en el pecho al verla con su bebé enfermo. Sentí angustia y desesperación al imaginarme lo que debía estar pasando. En el trabajo de campo nos encontramos de manera constante con experiencias difíciles. En ocasiones hacemos de ellas un espejo de nuestras vidas, especialmente cuando compartimos situaciones similares; en este caso, ser mujeres y madres: ella, de un bebé de cuatro años, y yo, de una niña de ocho.

No dudé un segundo, me acerqué a ella y le pregunté por el estado de salud del niño. Me dijo que su hijo Axel, de cuatro años, padece dos enfermedades muy serias: nació con atresia esofágica, lo que le impide tragar y alimentarse por la boca, y recientemente le diagnosticaron Hirschsprung, enfermedad que le impide defecar por sí mismo. Me dijo que son de Cuba, donde no hay ni el medicamento ni el tratamiento que requiere, y que cada día de espera es mayor riesgo para su salud. La enfermedad avanzaba y necesitaba urgentemente una cirugía de colón. En cualquier circunstancia ese bebé estaría internado, con atención médica, y no estaría afuera de una oficina del INM solicitando la tarjeta de visitante por razones humanitarias (TVRH), que, por ley, la autoridad está obligada a proveer a todos los niños, niñas y adolescentes y sus familias desde la reforma a la Ley de Migración de 2020.

Mientras hablaba con esta madre, todas las mujeres empezaron a reunirse al pie de la puerta de entrada a la Oficina de Regulación Migratoria de Ciudad Hidalgo. Se formaron con sus hijos en brazos y por nacionalidades, filas para las mujeres de Cuba, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Ecuador. Los agentes del INM les habían dicho que se formarían y que a las 5 p. m. verían si las podrían recibir. Yo sabía que a esa hora termina el horario de atención. Además, desde fuera podía observar que dentro de la explanada de estas oficinas había al menos otras doscientas personas que llevaban tres días pernoctando. A través de una reja hablé con un agente del Grupo Beta del INM, quien supuestamente estaba a cargo de asistir emergencias médicas. Le expliqué que el bebé Axel requería ayuda y que sus padres estaban esperando entrar a la oficina desde las

6 a. m., que ya habían presentado su solicitud de la condición de refugiado ante la Comisión Mexicana de Ayuda al Refugiado (COMAR), pero aún no tenían cita para recibir la TVRH. El agente me preguntó quién era yo, me dijo que iba a ver qué podía hacer. Nada sucedió. Después de media hora de estar parada en la reja que separaba a los agentes de la Guardia Nacional, equipados como si fueran a la guerra, con escudos y protecciones antibalas, y a las señoras, algunas embarazadas, la madre amamantando, la mamá de Axel, los niños, algunos llorando y otros simplemente esperando, me di cuenta de que nada iba a pasar.

Hablé con un agente de la Guardia Nacional. Me explicó que él también llevaba tres días sin dormir, tenía los ojos rojos e hinchados y el rostro sudado; dijo que tenía que esperar instrucciones para poder ir a descansar a su cuartel. En estas circunstancias, cualquier persona estaría al borde de una crisis nerviosa, pues no solamente llevaba días sin dormir, sino que portaba un uniforme y un escudo que deben ser insoportables a los 30° C y la humedad de la costa chiapaneca. Era responsable, junto con otros cinco u ocho guardias, de resguardar la puerta principal de la Oficina de Regulación Migratoria de Ciudad Hidalgo.

Decidí entrar a la Oficina por otra puerta, accesible sólo para las personas mexicanas, con el privilegio de portar mi identificación oficial. Una vez dentro, ya que me encontraba del lado de la Guardia Nacional, volví a ver al agente Beta del INM y de nuevo le pregunté: “Disculpe que lo moleste, no quiero ser inoportuna, pero la señora con su bebé sigue ahí, y de verdad que es una cuestión muy delicada, ¿no puede apoyarnos para que la dejen pasar?”. A lo que me respondió: “Fíjese que está muy difícil la cosa, yo creo que es mejor que se vaya a algún lugar a dormir y llegue mañana”. Le respondí: “¿Pero usted sabe si hay algún albergue en Ciudad Hidalgo?”. Y me dijo: “No, aquí no hay nada; lo siento, no podemos ayudarle”. Sentí un nudo en la garganta, impotencia, parálisis.

Mientras esto sucedía se dio el portazo: minutos después de las 5 p. m., cuando las personas migrantes se dieron cuenta que todo había sido una farsa y que no iban a pasar, forzaron la puerta. Una mezcla

de ira y miedo las impulsó a forzar la puerta y correr hacia el interior del lugar. Para la sociología de las emociones, la ira provee un conocimiento particular sobre las relaciones sociales, las normas y las expectativas en entornos determinados. Es una emoción social como consecuencia de la injusticia, la traición, la incompetencia de los actos de los otros (Schieman, 2006). En este caso, se trató de una ira masiva que percibí como un acto de resistencia para exigir el derecho a la visa humanitaria que el presidente del país había prometido días antes.

Vi con mis propios ojos cómo los agentes de la Guardia Nacional agarraron a palos a quienes estaban ahí. Sólo cerré por un segundo los ojos. Me dije: “No puedo ver esto”, pero también me dije: “Lo tengo que grabar”. En mi mente pasaban los rostros de la mamá de Axel, de su hijo, de la mujer amamantando, de las señoras embarazadas, que hacía unos minutos estaban en esa reja. Imaginé que ellas no habían dado el portazo, que habían sido los varones que se habían adelantado y en menos de tres minutos tiraron la reja con todo y Guardia Nacional. Después de unos macanazos, los soldados se dieron cuenta que no podrían pararlos, pues estaban agotados, y, aunque bien armados, no iban a poder usar armas de fuego y las macanas no alcanzarían para detener a una ola de personas enardecidas y desesperadas. Y así fue como entraron decenas y decenas de personas, niños corriendo, mamás cargando pañaleras, bebés, hombres, jóvenes.

Y ahí estaba de nuevo Axel, esta vez con su mamá, su papá y su abuela. Me acerqué a su madre. Llorando me dijo que se le había roto la jeringa con la que alimenta a su bebé a través de la válvula en su estómago. Mi reacción de nuevo fue pedir ayuda. Pensé que en semejantes oficinas del INM al menos debería de haber un servicio médico, que por más básico que fuera, tendrían una jeringa para la mamá de Axel. Me acerqué en un tercer intento a pedir ayuda, esta vez con otro oficial del INM, y la respuesta fue aún más violenta: “Mamita, aquí no es un hospital, si tanto necesitas una jeringa, sal por esa puerta”. Tenía ganas de llorar, de gritarle que es un miserable, una vergüenza de funcionario público, un desgraciado. Finalmente negocié con un agente

de la Guardia Nacional que me permitiera salir a una farmacia y regresar, y así fue. Esa noche, casi como un milagro, Axel, sus padres y su abuela recibieron la indicación de que podrían ir al día siguiente a Tuxtla Gutiérrez por su TVRH. Yo me fui a dormir con un sentimiento de gran impotencia. Pensé que si Axel no es un caso urgente de atender, ¿qué niño o niña lo podría ser?

ETNOGRAFÍA DEL DESAGRADO Y LA ANTIPATÍA

Partiendo del presupuesto epistemológico de que las emociones son una fuente de conocimiento, la reflexividad emocional no se refiere únicamente a cómo ordenamos las emociones, sino a cómo éstas impactan nuestra percepción del mundo y de los otros, sobre todo, a la manera como nos vinculamos e interrelacionamos con los demás (Burkitt, 2011). El ser reflexiva sobre el lugar que las emociones ocupan en la realización de una etnografía en entornos burocráticos (Martín Pérez, 2015) me ha permitido, a lo largo de estos años, reconocer y reconciliarme con las tensiones y contradicciones que me genera la gestión emocional en el campo, ayudándome a mantener un *rapport* con los agentes migratorios. En ocasiones suelo sentirme como un sujeto escindido, en constante negociación conmigo misma y mis emociones para poder mantenerme activa en el campo y no salir huyendo. Es en los momentos de crisis en el campo (como el que narré en el apartado anterior) cuando observo y percibo mayor angustia y tensión en las personas migrantes y los agentes del INM, e intento regresar al centro de una burbuja que me separa de la realidad dolorosa y a veces totalmente paralizante de la que soy testigo.

El antropólogo Nitzan Shoshan (2015) plantea los retos metodológicos que surgen cuando se investiga a grupos por los que sentimos antipatía y a grupos que tienden a sospechar de las personas extrañas (en este caso, las personas investigadoras), ya sea porque temen sentirse vigilados por las autoridades, por sus adversarios o por los medios de comunicación. En su investigación trabajó con agrupaciones de extrema derecha en Alemania. Algunos de los retos que ex-

pone se relacionan con mi experiencia etnográfica con los agentes del INM, quienes tienden a sospechar de alguien externo a la institución que hace preguntas.

No es común hablar y escribir sobre los retos emocionales que enfrentamos cuando trabajamos en condiciones de riesgo, especialmente cuando tratamos con poblaciones que nos generan antipatía, desagrado o incluso temor; por ejemplo, al presenciar un operativo de la Guardia Nacional en una zona fronteriza para evitar la entrada de personas migrantes a las oficinas del INM. Soy consciente de las relaciones de poder que están presentes durante el trabajo de campo, de mis limitaciones y alcances al ser mujer académica de la Ciudad de México y de una clase social privilegiada. Cada vez que estoy frente a un agente del INM intento parecer lo menos sospechosa posible. Si no logro un acceso fluido, fácilmente me siento intimidada, lo que me causa enojo más que temor. Suelo sentir impotencia y frustración ante la incompetencia de los agentes y el trato de humillación hacia las personas migrantes. En una ocasión, ante preguntas que le resultaron incómodas, un agente me respondió: “¿Y a ti quién te dijo chaparrita?”.

La distancia social y política que existe entre mi posición como investigadora y colaboradora en una organización de defensa de los derechos humanos y un agente federal genera una barrera que no es fácil de sortear. Aunque se pueda “romper el hielo”, siempre hay un dejo de sospecha de ambas partes: de ellos, al no tener claro cuáles son mis intenciones ni por qué estoy ahí; de mi parte, al percibir que me comparten información a cuentagotas o de manera muy limitada. “En tanto es poco probable que nosotros, como investigadores de la ciencia social, compartamos sus posiciones políticas o representemos dichas posiciones de manera particularmente positiva, suelen manejar cuidadosamente cualquier relación o intercambio de información en las que les invitamos a participar, si no es que rechazarlos en su totalidad” (Shoshan, 2015:149). En este sentido, el mayor reto es generar relaciones de confianza con los informantes cuando hace-

mos trabajo de campo con personas que nos generan antipatía y a las que despertamos sospechas.

Al iniciar cada interacción me pregunto si es posible explicar los motivos de mi investigación sin ser vista como una persona sospechosa. A mi favor juegan dos factores: 1) que están acostumbrados a interactuar con personas de las organizaciones de la sociedad civil y, aunque con un trato déspota o a manera de manipulación, suelen responder las preguntas; 2) que, al ser académica de la Ciudad de México, en lugares como Chiapas y Baja California percibo que nuestra interacción despierta ganas de mostrarme que hacen bien su trabajo, pues imaginan que puedo tener relaciones políticas que les favorezcan.

Trabajar con poblaciones consideradas desagradables puede generarnos “una cierta ansiedad casi somática, por así decirlo, frente a la suciedad política, su potencial contagioso o contaminante, y su pestilencia moral” (Soshan, 2015: 151). En este sentido, hay un juicio implícito al ubicarnos en una posición de superioridad moral frente a los sujetos de estudio; en este caso, frente a quienes laboran en el INM. Muchas veces hay un rechazo a priori por considerarlos poco éticos, corruptos, maltratadores, y esto impacta negativamente la investigación. Por ello, a lo largo de estos años he desarrollado una habilidad para hacer consciente este rechazo e intentar controlarlo con la finalidad de lograr una interacción más personal y menos prejuiciosa. Estudiar poblaciones que nos generan antipatía y ansiedad necesariamente nos obliga a reflexionar sobre lo que consideramos desagradable, adentrándonos en la complejidad de estos sujetos. Corremos el riesgo de entenderlos parcialmente o representarlos de manera negativa y estereotipada. De hecho, fue común ser cuestionada a lo largo de mi investigación por otros colegas acerca de cómo iba a representar a estos agentes perpetradores de violencia. Mi estrategia ha sido buscar cercanía y acceso con agentes del INM en diversas formas. He entrevistado a agentes en activo, de mandos bajos, medios y altos, y a exagentes; los he entrevistado dentro y fuera de los sitios de trabajo, en cafés, en sus casas. Esto ha sido de suma importancia, ya que se

generan rupturas en las estructuras de poder cuando logro entrevistarlos en sitios no tradicionales u oficiales.

En una ocasión pude hacer observación participante dentro de la estación migratoria con los guardias sin portar el uniforme. Debido a las protestas de grupos de personas extracontinentales fuera de la Estación Migratoria Siglo XXI, en octubre de 2019, se había tomado la decisión de no usar sus uniformes por miedo a ser atacados en la entrada y la salida. Fue muy interesante contrastar su actitud, la cual se observaba mucho menos empoderada, pues no tenían la carga simbólica asociada a la vestimenta de tipo militar. Esto se explica en términos de lo que Pierre Bourdieu (1985) llama el *rito de institución* o los mecanismos de distinción y de acumulación de capitales, especialmente del capital simbólico; ritos que funcionan para distinguir a los sujetos que pertenecen a una institución de otros grupos sociales a partir del establecimiento de límites sobre lo que está y no está permitido. En este caso, al no portar el uniforme, la ausencia simbólica del rito de institución o del mecanismo de distinción les permitió mayor flexibilidad al interactuar conmigo.

Esto nos muestra la importancia de generar estrategias para interpretar la complejidad del sujeto sin reducirlo al rol y a las características determinadas por ser agente del Estado. Al estudiar las subjetividades, mi compromiso es analizar los roles y los sujetos en el contexto de una cultura institucional caracterizada por la verticalidad, la despersonalización y despolitización de las personas burócratas. En mi investigación he priorizado conocer sus condiciones de trabajo, sus satisfacciones y costos personales y familiares, especialmente el desgaste laboral que viven y la relación tanto con sus superiores como con sus compañeros. Esto me ha permitido conocer sus experiencias de manera más integral para entender la complejidad de las relaciones de poder que se gestan en las personas burócratas, entre sí, y con las personas migrantes.

LA GESTIÓN EMOCIONAL EN EL TRABAJO DE CAMPO

A pesar de que no se le ha dado la importancia que merece a la reflexividad emocional en el trabajo de campo, es necesario promover una aproximación activa más que reactiva a las emociones en la investigación cualitativa (Bergman Blix y Wettergren, 2015). La etnografía en entornos complicados requiere aún más de una gestión emocional constante para lograr obtener los datos. La reflexividad nos permite hacer consciencia sobre el tipo de negociaciones necesarias para acceder y permanecer en el campo. “Ganar y mantener el acceso, implica una introspección y aprendizaje acerca de uno mismo en situaciones que uno no hubiera buscado de manera deliberada fuera del entorno de la investigación” (p. 691).⁵ Las negociaciones emocionales propias para decidir si permanecer o no, para aprender a escindirnos en nuestros roles y conocer nuestros límites, pueden ser sutiles o ásperas.

Las sociólogas Stina Bergman y Åsa Wettergren (2015) hablan sobre la centralidad de la gestión emocional cuando realizamos investigación con élites o grupos poderosos. Ellas hablan no sólo de sostener el campo, sino de sobrevivirlo; es decir, de qué estrategias son necesarias para procesar emocionalmente las negociaciones y las situaciones que enfrentamos en cada interacción social cuando el campo deriva en un estado emocional que genera malestar; por ejemplo, angustia, tristeza o enojo. En este sentido, es fundamental construir una consciencia que le permita a la persona investigadora reflexionar constantemente acerca de las emociones propias en relación con lo que sucede en el campo; en especial, cuando se vive una disonancia emocional, una discrepancia entre las emociones experimentadas y la demostración emocional requerida en el contexto laboral o cualquier otro contexto en el que se encuentra la persona (Bakker y Heuven, 2006). Es lo que me sucedió cuando el agente del INM me dijo “Mamita, aquí no es un hospital, si tanto necesitas una jeringa, sal por esa puerta”. De-

⁵ Traducción libre de inglés a español de la autora.

seaba gritarle lo miserable que era, pero tenía que guardar la calma y controlarme para poder asistir a Axel y garantizar que pudiera volver a entrar a este espacio una vez que saliera a la farmacia.

Las autoras sostienen que las emociones no son una respuesta ante el entorno, sino un mapa proactivo de los procesos sociales (Bergman Blix y Wettergren, 2015); nos proveen conocimiento sobre el entorno social y nos permiten interactuar y, en cierto sentido, pertenecer. Es por ello por lo que el manejo emocional es una habilidad sumamente necesaria para construir *rapport* durante el trabajo de campo. Por ejemplo, los grupos de élite o de poder suelen ser de difícil acceso, ya que por lo general no les gusta exponerse a la crítica ni al cuestionamiento de sus privilegios. En estos casos debemos cuidar el balance emocional entre mantenernos cerca pero no demasiado, negociar y establecer límites de manera constante.

¿Hasta dónde me atrevo a preguntar para no despertar sospechas o incomodar? Esto me sucede muy a menudo. Siempre hay que ponderar la posibilidad de enfrentarse a emociones de rechazo y de dolor, especialmente cuando entrevistamos personas que han sido perpetradoras de violencia o cuando percibimos en el relato narrado situaciones de abuso de poder y violencia (Jimeno, 2004). En la visita a Tapachula en marzo de 2022, mi compañero de trabajo de campo llegó a pensar que un agente del INM que entrevistamos había sido aquel que salió en las noticias pisando a un migrante en agosto de 2021. La sola imagen nos aterrizó. Nos hizo ser conscientes una vez más de que hay que estar preparados para experimentar y controlar el miedo, el rechazo y la angustia si estamos frente a un sujeto que posiblemente ha sido un perpetrador de violencia y deseamos hacer una entrevista.

La gestión emocional forma parte de todas las fases de la investigación. Al inicio, cuando llegamos a campo, es necesario trabajar sobre la creación de confianza y *rapport*, por lo que suelen emplearse técnicas de complacencia. Más adelante, una vez establecida la confianza, comienzan a aflorar las emociones como fuente de conocimiento, como indicadores de las relaciones de poder y como herramientas centrales para la interacción social con nuestros informantes. Durante

el trabajo analítico y de escritura, es muy importante el diario de campo para registrar las emociones, pues provee herramientas analíticas para construir los significados densos detrás de la acción social. Tanto la calidad analítica de la investigación como el bienestar de la persona que investiga se benefician al generar mayor reflexión y darle el valor necesario a la gestión emocional a lo largo del proceso (véase el capítulo de De la Peña en este volumen).

Es común considerar que se pierde legitimidad si se habla y escribe sobre el impacto de las emociones durante el trabajo de campo, especialmente si se experimentan emociones negativas que derivan en antipatía hacia quienes entrevistamos. Tradicionalmente se cree que el rigor de una investigación requiere una narrativa limpia de emociones; y suele pasar que se genera una etnografía escondida conformada por datos relevantes sin publicar al considerarlos muy controversiales (Blackman, 2007). Es necesario vincular en todo momento las emociones experimentadas con el tipo de información documentada y el entorno en el que se realiza la investigación.

Es importante prestar atención y reflexionar sobre las respuestas emocionales de la persona que investiga en entornos incómodos, especialmente el sentimiento de restricción, de vigilancia y la pérdida de privilegios. Es común que, en espacios restringidos y vigilados, y ante la falta de control propio, caigan las expectativas y aflore la impotencia, el enojo y la frustración. “Nuestra rabia se despertó cuando presenciamos el comportamiento duro e irrespetuoso del personal de la cárcel hacia las personas visitantes, nuestro dolor y compasión se activaron con las lágrimas de los participantes en el estudio” (Arditti *et al.*, 2010: 1390). Las emociones, como la tristeza y enojo, son inevitables cuando se trabaja en entornos carcelarios, pero también la compasión y la empatía. Al igual que el evento narrado en Ciudad Hidalgo, la ebullición de emociones nos informa del mapa de relaciones de poder en la que nos encontramos inmersos durante la investigación.

La reflexividad nos permite lidiar con conflictos de poder en el campo, especialmente cuando la persona etnógrafa está bajo escrutinio. En estos casos, se acentúa el impacto de la propia subjetividad en

los significados y las representaciones que construimos acerca de los informantes. En este sentido, apelamos a la reflexividad sobre nuestra propia subjetividad, no necesariamente para eliminar las distorsiones, sino para entender los conflictos que se enfrentan en contextos adversos o con las personas que nos generan rechazo. La reflexividad no garantiza que se facilite el trabajo de campo, pues la incomodidad y la confrontación con el enojo, la frustración y el dolor no se van con ella; incluso pueden aflorar, pero es necesario elaborar el proceso reflexivamente (Wasserfall, 1993).

CONCLUSIONES

La gestión emocional es una habilidad sustantiva a desarrollar cuando se realiza un trabajo etnográfico en cualquier contexto y circunstancia; pues el trabajo de campo siempre implica nuevos retos y una negociación constante con el entorno y las personas informantes a partir de la identidad de la persona investigadora (Guber, 2012). Algunos contextos juegan a nuestro favor y otros en nuestra contra; además, es muy probable que las cosas no ocurran como se planean, por lo que hay que saber improvisar, negociar y gestionar las emociones, que como tornado nos envuelven y nos arrebatan de nuestro centro mientras hacemos una entrevista.

La sociología de las emociones es un campo que nos permite estructurar analíticamente las diferentes funciones de las emociones como fuente de conocimiento y como herramientas para interactuar y permanecer en el campo. Tanto las emociones experimentadas por las personas investigadoras como las observadas en el entorno son mecanismos para conocer las relaciones sociales y de poder, el contexto y los significados que se intercambian en la interacción social. En este capítulo me concentré en exponer los retos que nos genera el trabajo de campo cuando sentimos rechazo y antipatía por nuestros informantes, y cuando el entorno nos genera incomodidad o inseguridad, ya sea porque despertamos sospecha o porque las condiciones de interacción presentan muchas limitaciones y malestar emocional.

Utilizo como ejemplo un episodio vivido en marzo de 2022 en Ciudad Hidalgo, Chiapas, para exponer la ebullición emocional que se experimenta al realizar una etnografía institucional en zonas fronterizas. Planteo cómo podemos experimentar compasión y tristeza, a la par que rabia y frustración, en un momento de crisis en campo. Además, ante la expectativa de mantener el rol de persona investigadora, se llega a percibir disonancia emocional. Es en este tipo de situaciones donde es necesario negociar con una misma para permanecer en el campo y, en ocasiones, sobrevivirlo.

Es en este sentido que la reflexión emocional es un proceso obligado y necesario para todas las personas que hacen trabajo de campo. Si bien la reflexividad no garantiza que los problemas se resuelvan, sí permite comprender mejor los conflictos que nos suscita el campo, y generar estrategias para hacer consciencia sobre la manera en que las subjetividades afectan el proceso de investigación en todas sus etapas. Además, la reflexividad emocional facilita pensar en estrategias para representar a los sujetos de estudio en su complejidad más allá de la antipatía que nos puedan suscitar. Es muy necesario fomentar los diálogos y escribir abiertamente sobre nuestras experiencias emocionales en el campo; pues una investigación social comprometida y situada (Harding, 1992) necesariamente debe trascender la dicotomía razón-emoción hacia una comprensión crítica y compleja de la realidad social.

REFERENCIAS

- Arditti, Joyce; Karen Joest; Jennifer Lambert-Shute, y Latanya Walker (2010). "The Role of Emotions in Fieldwork: A Self-Study of Family Research in a Corrections Setting". *The Qualitative Report* 15 (6): 1387-1414.
- Auyero, Javier (2011). "Patients of the State: An Ethnographic Account of Poor People's Waiting". *Latin American Review* 46 (1): 5-29.
- Bakker, Arnold, y Ellen Heuven (2006). "Emotional Dissonance, Burnout, and In-Role Performance Among Nurses and Police Officers". *International Journal of Stress Management* 13 (4): 423-440.

- Bergman Blix, Stina, y Åsa Wettergren (2015). "The emotional labour of gaining and maintaining access to the field". *Qualitative Research* 15 (6): 688-704.
- Blackman, Shane (2007). "Hidden Ethnography: Crossing Emotional Borders in Qualitative Accounts of Young People's Lives". *Sociology* 41 (4): 699-716.
- Bourdieu, Pierre (1985). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Akai.
- Burkitt, Ian (2011). "Emotional Reflexivity: Feeling, Emotion and Imagination in Reflexive Dialogues". *Sociology* 46 (3): 458-472.
- Casas, Germán; Cristian Aguirre; y Lorena Mancilla (2021). "Burocratas y ciudadanos. La burocracia de nivel de calle en la implementación de la política pública de seguridad alimentaria y nutricional en el departamento de Antioquia" [en línea]. *Estudios Políticos* 61: 125-152. Disponible en <<https://doi.org/10.17533/udea.espo.n61a06>>
- Corson, Catherine; Lisa Campbell; y Kenneth MacDonald (2014). "Capturing the Personal in Politics: Ethnographies of Global Environmental Governance". *Global Environmental Politics* 14 (3): 21-40.
- Fernández de la Reguera, Alethia (2020). *Detención migratoria. Prácticas de humillación, asco y desprecio*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Gandini, Luciana; Alethia Fernández de la Reguera; y Juan Carlos Narváez (2020). *Caravanas*. Ciudad de México: SDI/Instituto de Investigaciones Jurídicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Guber, Rosa (2012). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gupta, Akhil (2015). "Fronteras borrosas: el discurso de la corrupción, la cultura de la política y el estado imaginado". En *Antropología del Estado*, editado por Philip Abrams, Akhil Gupta y Timothy Mitchell, 71-144. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Harding, Sandra (1992). "Rethinking Standpoint Epistemology: What is 'strong objectivity'?" *The Centennial Review* 36 (3): 437-470.
- Jimeno, Myriam (2004). *Crimen pasional. Contribución a una antropología de las emociones*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Kearney, Grainne; Michael Corman; Nigel Hart; Jennifer Johnston; y Gerard Gormley (2019). "Why institutional ethnography? Why now? Institutional ethnography in health professions education". *Perspectives on Medical Education* 8: 17-24.
- Martín Pérez, Alberto (2015). "Emotional alliances in bureaucratic encounters". En *Methods of Exploring Emotions*, editado por Helena Flam y Jochen Kleres, 144-152. Londres: Routledge.
- París Pombo, María (2017). *Violencias y migraciones centroamericanas en México*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.

- Puthooppambil, Soorej; Beth Ahlberg; y Magdalena Bjerneld (2015). "It is a Thin Line to Walk on: Challenges of Staff Working at Swedish Immigration Detention Centres". *International Journal of Qualitative Studies on Health and Well-Being* 10: 1-11.
- Round, John, e Irina Kuznetsova (2016). "Necropolitics and the Migrant as a Political Subject of Disgust: The Precarious Everyday of Russia's Labour Migrants". *Critical Sociology* 42 (7-8): 1017-1034.
- Schieman, Scott (2006). "Anger". En *Handbook of the Sociology of Emotions*, editado por Jan Stets y Jonathan Turner, 493-514. Springer.
- Shoshan, Nitzan (2015). "Más allá de la empatía: la escritura etnográfica de lo desagradable". *Nueva Antropología* 28 (83): 147-162.
- Smith, Dorothy (2001). "Texts and the Ontology of Organizations and Institutions". *Studies in Cultures, Organizations, and Societies* 7: 159-198.
- Vega, Irene (2017). "Empathy, morality, and criminality: the legitimation narratives of U.S. Border Patrol agents". *Journal of Ethnic and Migration Studies* 44 (15): 2544-2561.
- Wasserfall, Rahel (1993). "Reflexivity, Feminism and Difference". *Qualitative Sociology* 16 (1): 23-41.

III. RELATOS BIOGRÁFICOS Y EMOCIONES

Procesos socioemocionales de la pandemia por Covid-19

Un ejercicio metodológico para el estudio de la dimensión emocional a partir del relato de vida

Edith Flores

Oliva López

INTRODUCCIÓN

Los estudios socioculturales de las emociones cuentan con un soporte teórico que les ha concedido un espacio de validación disciplinar e interdisciplinar. Su andamiaje teórico-conceptual orienta cada vez más el análisis de distintos fenómenos sociales. No obstante, la investigación *desde* los estudios socioantropológicos de las emociones requiere discutir y problematizar los métodos y las técnicas con las cuales producir y analizar los datos cualitativos en clave emocional. El objetivo de este capítulo es esbozar un ejercicio procesual de análisis empírico de las emociones a partir del relato de vida para profundizar en las relaciones sociales y el lugar que el sujeto ocupa en la estructura social en contextos y situaciones determinadas. Queremos contribuir así a la discusión metodológica de las estrategias utilizadas en las investigaciones para aprehender y analizar la emoción en su campo de relación (Sirimarco y Spivak, 2019).

Partimos de dos premisas teóricas. La primera, desde los estudios biográficos, al señalar que la naturaleza de las emociones es narrativa y las narrativas son emocionales (Kleres, 2010). La segunda, desde el enfoque socioantropológico de las emociones, que las refiere no sólo como modos de sentir, sino como reveladoras de los tipos de vínculos sociales y el lugar que los individuos ocupan en la estructura social (Jimeno, 2004; Illouz, 2009; Le Breton, 2012-2013; Sirimarco y Spivak, 2019; López, 2019, 2021). Como señalan Sirimarco y Spivak (2019), las emociones son formas sensibles de vivir relaciones, a las que denominamos procesos socioemocionales, los cuales se refieren a la gestión emocional que las personas llevan a cabo en función de su posición social, sus identidades de género, sexuales, generacionales, sus condiciones de estratificación social, educativas y sus situaciones vitales determinadas por la macroestructura y las subjetividades (Bericat, 2000; López, 2019, 2021; Morales y López, 2020).

Para sustentar la propuesta metodológica nos apoyamos en los datos de una investigación cualitativa en curso,¹ en la que se analizan los procesos socioemocionales de estudiantes de una Institución de Educación Superior (IES) nacional en el contexto de la pandemia por Covid-19. Para este capítulo diseñamos e implementamos un ejercicio metodológico de indagación y análisis de la dimensión emocional del relato de vida como ruta de acceso a los procesos socioemocionales que vive un estudiante de posgrado en ciencias médicas en el contexto pandémico. Hicimos una entrevista en dos sesiones de manera virtual a través de la plataforma Zoom —por las restricciones de las medidas sanitarias para contener el contagio—. Después del primer encuentro, el propósito del segundo consistió en una apuesta para aprovechar los recursos visuales de la mediación digital y potenciar

¹ Proyecto de investigación PAPIIT IN 301021, “Características psicosociales y procesos socioemocionales en comunidades estudiantiles universitarias frente al aislamiento sanitario por Covid 19: hacia una política institucional del cuidado, autocuidado y autoatención”, en la Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México. Responsable, Oliva López Sánchez.

las condiciones de construcción del dato emocional a partir de la interacción mediada por la virtualidad entre quien entrevista y la persona entrevistada.

Establecer una estrategia cognoscente en la interacción entre quien investiga y el sujeto colaborador de la investigación exige problematizar la construcción de conocimiento desde un lugar situado, sea de horizontalidad, de jerarquía, de distancia o profunda cercanía (Aguilar, 2012). En la investigación cualitativa, a esa interacción se le reconoce como proceso de reflexividad (Burkitt, 2012; Mauthner y Doucet, 2003). Su problematización forma parte del *rayado de cancha metodológico*; en este caso, la exploración de la dimensión emocional en los relatos de quienes propiciaron los escenarios narrativos.

El capítulo se organiza en dos apartados, además de las conclusiones. En el primero, presentamos los presupuestos metodológicos del método biográfico y, en particular, del relato de vida. Se desarrollan algunos recursos metodológicos propuestos por otros autores para recuperar y analizar la dimensión emocional de los fenómenos sociales a través de la narrativa. En el segundo, describimos el ejercicio de producción del relato de vida y las estrategias para aprehender y analizar los procesos socioemocionales de la pandemia por Covid-19 mediante una modalidad de entrevista virtual. El capítulo cierra con algunas conclusiones acerca de la reflexividad de las investigadoras que formaron parte del pliegue emocional para el diseño sustantivo de la propuesta heurística.

EL RELATO DE VIDA Y OTROS RECURSOS PARA EL ESTUDIO DE LA DIMENSIÓN EMOCIONAL

Premisas del método biográfico

El ejercicio metodológico que presentamos en este capítulo se sustenta en el relato de vida, cuyo carácter instrumental tiene sentido sólo en el marco de los principios teóricos y epistemológicos que

orientan su práctica (Cornejo, 2008). Nos referimos al método biográfico, el cual produce, describe, analiza e interpreta los hechos de la vida de una persona para comprenderla en su singularidad o como parte de un grupo (Mallimaci y Giménez, 2006; véase el capítulo de Peláez en este libro).

El método biográfico ha sido descrito como el uso sistemático de documentos personales acerca de momentos y puntos de inflexión de las trayectorias vitales. Suele conjugar fuentes orales (historias, relatos y testimonios, entre otras) con fuentes documentales (autobiografías, biografías, cartas, diarios, fotografías, crónicas de experiencias) y otras narrativas del *yo* (Sautu, 2004).

En la tradición de historias y relatos de vida, el método biográfico se enfoca en los procedimientos de análisis e interpretación de las experiencias personales de los sujetos, cuya narración es de carácter interpretativo porque supone una selección y evaluación de acontecimientos. El propósito es comprender cómo las personas elaboran un relato de su realidad y la forma en que esa interpretación se entreteje con la realidad histórica.

La historia de vida se centra en un sujeto individual, vivo o muerto, para reunir información sobre la vida entera de esa persona. Su elemento medular es el análisis de la narración que el sujeto elabora sobre su experiencia, la cual *cuenta* a petición de quien investiga, o bien surge del trabajo de campo con documentos y registros vitales. Su diseño puede ser de un caso único o polifónico. La historia de vida se caracteriza por la interpretación que hace el investigador de la vida del sujeto o del grupo que estudia (Mallimaci y Giménez, 2006).

El relato de vida, también denominado *narrativa personal* o *autobiográfica* (Lindón, 1999), es la historia de las experiencias tal como las *cuenta* quien las ha vivido. Puede abarcar toda la vida del sujeto o un tema en particular (Kornblit, 2007), un evento epifánico o punto de inflexión en el curso de la experiencia (Bertaux, 2005; Kornblit, 2007; Sautu, 2004). El relato de vida es un proceso narrativo en el cual fluye un conjunto organizado, aunque no necesariamente coherente, de interpretaciones que se debaten entre la memoria y el olvido,

las emociones y los afectos, las normas y el deseo. Sus formas narrativas provienen de sistemas culturalmente compartidos de representación y comunicación de la imagen que construye el narrador acerca de sí mismo (Piña, 1989).

Este tipo de discurso autobiográfico despliega la creación de significados en retrospectiva (Chase, 2015). El tiempo presente es la coordinada espacio-temporal desde la cual se configura el relato que modela tanto el pasado como el porvenir. Para Bertaux (2005), la temporalidad es su rasgo fundamental porque estructura una sucesión de acontecimientos que organizan la línea de una vida moldeada por fuerzas colectivas y microsociales que reorientan y, a su vez, modifican el curso de su existencia.

De acuerdo con Bertaux (2005, 2011), el análisis del relato de vida admite al menos dos perspectivas: la hermenéutica, enfocada en los significados y la producción de sentido de las narrativas personales; y la perspectiva etnosociológica, para dar cuenta de las relaciones, las normas y los procesos que estructuran la vida social.

El relato de vida y la entrevista biográfico-narrativa

La decisión de optar por la historia de vida o el relato de vida depende del problema de investigación, de la perspectiva analítica, los conceptos, los métodos y las posibilidades del estudio (Aceves, 1997; De Garay, 1997; Sautu, 2004). En este caso elegimos el relato de vida como estrategia metodológica para recuperar y analizar los procesos socioemocionales de un estudiante de posgrado durante la pandemia por coronavirus. Siguiendo a Kleres (2010), entendemos que contar una vida tiene un lado emocional que se expresa de forma narrativa.

Al relatar su vida, las personas construyen un campo singular, único e irrepetible de la subjetividad. Lo medular de este tipo de construcción discursiva es la representación que hace el sujeto de sí mismo —ante sí y ante otros— del transcurrir de su vida y lo relata para un público particular. El relato autobiográfico comunica el pun-

to de vista de quien narra (Piña, 1989) y la importancia de *contar* esa vida (Chase, 2015).

Contar es un modo de comprender e interpretar las acciones propias y las de los demás, de organizar los acontecimientos en el tiempo, de anclar el orden de los sucesos en el tejido mismo de la existencia. El relato de la propia vida solamente existe cuando el sujeto se apropia de sus acciones y las convierte en experiencia (Broncano, 2013); es decir, en una estructura con sentido desde el *yo* que piensa y siente —*sintiente*—, propuesto por Hochschild (1979). El relato no sólo es resultado de una fabulación, sino también de un trabajo de autoconocimiento y evaluación emocional de los sucesos vividos.

Para la producción del relato de vida implementamos la modalidad de entrevista biográfico-narrativa (Muñiz, Frassa y Bidauri, 2018). En esta técnica, quien investiga *solicita* e *invita* a un sujeto a hablar de su experiencia sobre una temática particular. Esta invitación propicia un *trabajo narrativo* con la persona colaboradora. La temática de la entrevista es eventualmente comprendida y aceptada bajo la forma de un filtro implícito a través del cual el sujeto selecciona del universo semántico de sus experiencias aquello que será capaz de responder a las expectativas de quien investiga (Bertaux, 2005).

La presentación de la temática de la entrevista permite detonar y seleccionar los recuerdos de quien narra (Piña, 1989), y supone un estilo de conducción de la entrevista no directiva a fin de que el narrador construya una *ilación* peculiar, la cual es la esencia del relato (Lindón, 1999). La persona que narra escoge, articula y ordena su experiencia en el marco de su contexto social y sus recursos lingüísticos, subjetivos, culturales, para construir un relato comprensible y coherente acerca de una historia, que es *su historia*. Como sostiene Lindón (1999), la implementación de una estrategia directiva desde esta perspectiva atentaría contra la naturaleza misma de la narración.

Este tipo de entrevista supone la creación de un espacio seguro para el intercambio subjetivo entre quien narra su experiencia de vida y quien la propicia para conocer. Supone una escucha atenta y sensible como disposición para conocer la perspectiva del otro acerca de

su vida (Bertaux, 2005). Los participantes de esa conversación negocian los sentidos individuales y colectivos del relato en construcción desde distintos puntos de vista. Quien participa con sus preguntas se convierte en coautor porque sus intervenciones contribuyen a dar forma al discurso autobiográfico. En el proceso de la entrevista se juega también el reconocimiento de las asimetrías culturales y de estratificación social. Por lo cual, la interacción en la entrevista requiere, de quien investiga, situarse de manera ética y política para propiciar una relación de horizontalidad como “horizonte de trabajo”, como lo plantea Briones (2020: 60).

En la producción y el análisis de los relatos de vida es fundamental dar cuenta del papel y las características de las condiciones materiales y simbólicas en que se genera el relato. Como hemos mencionado, cuentan el tipo de entrevista y su situación, así como las herramientas tecnológicas (grabación de audio, video, fotografías, etcétera) utilizadas para recuperar los materiales orales, visuales y sonoros, entre otros. Estas condicionantes modelan y configuran la forma del relato y la relación social de la que resulta.

Recursos metodológicos para el estudio de la dimensión emocional

Para la recuperación y el análisis empírico de la dimensión emocional de los fenómenos sociales, partimos del desafío de llevar los métodos de investigación más allá de sus límites habituales. Flam (2015) ha subrayado la importancia de potenciar las herramientas heurísticas en los procesos de investigación social y propiciar una discusión metodológica acerca de las estrategias para observar, registrar y sistematizar las emociones e innovar en los métodos para anaizarlas.

En el ejercicio aquí desarrollado, retomamos ciertos recursos y estrategias metodológicas propuestos por algunos autores para producir, identificar y analizar las emociones en las narrativas. Asimismo, implementamos la propuesta de López (2019, 2021, 2022), que rebasa la identificación y estudio de las emociones en un sentido

semántico y descriptivo; se trata de problematizar la dimensión emocional de los fenómenos socioantropológicos e históricos que también reconocen la importancia de la materialidad del cuerpo soslayada por la complejidad metodológica que supone su análisis. En este trabajo se esgrime la relevancia de identificar ese costado emocional en la producción de relatos de vida mediados por la virtualidad, a lo que dedicamos el siguiente apartado.

De acuerdo con la propuesta de Gabriel y Ulus (2015), algunos recursos metodológicos disparadores de las emociones en el relato consisten en solicitar la descripción de una *historia* o una *escena* que resuma la experiencia de la persona. La reformulación de las preguntas en términos emocionales es una ruta de acceso a la narración emocional del fenómeno bajo estudio. Una posibilidad es hacer preguntas directas sobre experiencias emocionales que inviten a revelar acontecimientos significativos para el sujeto, por ejemplo: ¿puedes contarme algún momento o escena particular que te haya hecho sentir bien/triste/orgullosa/molesto/etcétera? ¿Puedes contarme algo que le sucedió a otra persona que te hizo sentir bien/tristeza/miedo/preocupación?

Estas formas de exploración discursivo-narrativas permiten acercarse a hitos experienciales y núcleos de significado emocional que han marcado la experiencia de los entrevistados. El foco de la exploración no está en las causas y las consecuencias del incidente, sino en los significados y las emociones que configuran las relaciones sociales. Este enfoque puede ser útil si se explora una escena o un incidente en clave emocional, incluso en el contexto de una entrevista grupal, cuando quien investiga tiene la oportunidad de presenciar la respuesta de otros participantes a una historia que desencadena emociones en ellos.

Otros recursos metodológicos son las preguntas aparentemente ingenuas, las cuales posibilitan la narración de emociones dolorosas, negativas o difíciles de compartir. Quien investiga debe tomar en cuenta el temor a la evaluación que hace el sujeto de sí mismo al elaborar su relato; se juega tanto el proceso de deseabilidad social como la atmósfera de confianza construida en la entrevista.

De acuerdo con Gabriel y Ulus (2015), las preguntas de seguimiento durante el proceso de entrevista son fundamentales. Aquí, la persona investigadora ocupa el lugar de *acompañante de viaje* de la narrativa y tiene un evidente compromiso afectivo con una carga simbólica hacia quienes colaboran en la investigación. Las contradicciones y ambigüedades son parte de las formas de narrar, quien investiga puede solicitar que se aclaren aspectos particulares del relato, siempre y cuando logre transmitir un interés mayor de comprensión y empatía.

La revelación emocional es otro recurso metodológico valioso en el que la persona que entrevista comparte algunas de sus experiencias emocionales con la persona entrevistada. Esta disposición puede relativizar la asimetría suscitada por la dinámica en la que alguien pregunta y alguien responde; así como la distancia generada por las diferencias de clase, género, edad, entre otras, entre la persona entrevistadora y la entrevistada. La inversión emocional del intercambio que supone dar respuestas empáticas, mostrar interés en la historia, escuchar de manera atenta y no valorativa, entre otros, puede alentar al narrador a profundizar en su experiencia emocional.

Del momento instrumental al analítico, Gabriel y Ulus (2015) plantean que aproximarnos a las emociones *en y a través* del relato de vida supone identificar las siguientes modalidades de expresión narrativa:

- a. En las narrativas, la emoción puede emerger de manera directa. Un ejemplo es la forma en que una persona expresa cómo se siente: “Me dio miedo el callejón oscuro”.
- b. La narración de la emoción puede expresarse de manera indirecta u oculta. Aquí la narración aporta indicios o pistas para su identificación; por ejemplo: “Corrí para salir de ahí de inmediato”.
- c. La narración de la emoción se expresa en términos de experiencias corporales y sensoriales. Para ilustrarlo: “¡Me puse a temblar solo de verlo!”.

La producción del relato de vida, en tanto selección e interpretación que hace el sujeto de sus vivencias, representa un esfuerzo por dotar de sentido a la experiencia, la cual deja de lado aquellos segmentos o episodios que no encajan en los relatos dominantes (White y Epston, 1993), o bien escapan a la narrativa porque son del orden del afecto, de lo indecible, lo contingente. Esto significa que una gran parte de las experiencias vividas quedan sin relatar o no se expresan de forma narrativa, sino a través de la energía y el tono emocional, el lenguaje corporal, gestual y la intensidad de la voz, entre otros aspectos que escapan al control y voluntad de quien narra.

El reconocimiento de los elementos verbales y no verbales permite sumar la propuesta de Scheff (1994), quien a su vez se apoyó en Retzinger (1991, citado en Scheff, 1994), y Ekman y Friesen (1982, citado en Scheff, 1994), para profundizar en el análisis narrativo de las emociones. La estrategia de Scheff consiste en la identificación de los marcadores verbales y los paralingüísticos (entonación, pausas, silencios y respiración, entre otras), a los que se suman los visuales (gestos, mirada, lenguaje corporal) en sus múltiples expresiones, los cuales identificamos en el video de la entrevista y detallaremos en el apartado dos. Esas expresiones aluden a la experiencia sensorial del cuerpo —*affect*— en su materialidad no esencialista (Solana, 2020); es decir, la intensidad de la materia en acción (Labanyi, 2016).

LA ENTREVISTA BIOGRÁFICO-NARRATIVA EN LA MODALIDAD VIRTUAL DURANTE LA CRISIS SANITARIA

Antes de describir el ejercicio de producción narrativa del relato de vida como ruta de acceso a la experiencia afectivo-emocional del sujeto, es necesario reconocer el contexto de afectación producido por la crisis sanitaria derivada de la pandemia por coronavirus. Este contexto configura las condiciones de posibilidad de la entrevista biográfico-narrativa, factor que interviene en la enunciabilidad del relato: la disposición del colaborador para contar su experiencia y disposición emocional de quien entrevista para escucharla.

El ejercicio de horizontalidad supone re-situar la ética de la escucha y el lugar de habla en la investigación (Aranguren, 2008; véanse los capítulos de Asakura y Fragoso y de De la Peña en la última sección de este libro), sobre todo cuando se trata de pesquisas ancladas en el compromiso político y afectivo frente a los procesos socioemocionales derivados de la pandemia que nos afectaron a todas las personas. Por la trascendencia del fenómeno, nos ha interesado recuperar las narraciones emocionales de un estudiante desde el lugar de docentes universitarias e investigadoras para profundizar en la afectación que sufrió su trayectoria escolar (López y Robles, 2021; López y Cortijo, 2021; López, Palumbo y Nance, 2021).

El distanciamiento social como política sanitaria generó un mayor desplazamiento de las actividades cotidianas a las redes virtuales, que afectó el quehacer de la investigación social. En la nuestra, el trabajo de campo se realizó de manera virtual como medida de protección tanto de las personas a entrevistar como del equipo de investigación. Para este ejercicio buscamos potenciar —con la propuesta de López (2019, 2021, 2022)— las posibilidades de la entrevista mediada por la virtualidad recuperando la trascendencia de la comunicación corporal (*affect*) y la expresividad emocional (*feelings rules*) en el acto comunicativo (*emotion management*), propuestos por Hochschild (1979). Esto en el contexto de la relación dialógica que supone la entrevista a través de su videograbación y su uso posterior (en un encuentro subsecuente) como detonador de emociones narrativas.

De acuerdo con Roca (1994) y Bottorff (2003), las entrevistas biográficas videograbadas recuperan emociones que otros registros —como la transcripción de audios de entrevista— dejan escapar. Si bien la videograbación podría resultar intrusiva y alterar la relación dialógica, en escenarios de confianza y empatía posibilita abrir espacios de exploración y reflexión de la dimensión emocional. Como veremos, la tecnología puede jugar a favor.

La producción narrativa de los procesos socioemocionales de un estudiante universitario durante la pandemia por Covid-19 a través del relato de vida

La propuesta metodológica para aprehender la dimensión emocional de las narrativas, ya sea que se manifieste directa o indirectamente, se exprese corporalmente o se oculte en la interacción social durante la entrevista (Gabriel y Ulus, 2015; Watkins, 2019), se detalla a partir de una serie de ejercicios disparadores de las narrativas emocionales de un estudiante del área biomédica que cursaba estudios de maestría con el apoyo de la beca del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conahcyt). El estudiante participó voluntariamente en esta investigación. Se realizó una entrevista en dos sesiones a través de una plataforma virtual, verificada por una de las autoras de este capítulo. Fue videograbada con previo consentimiento informado. Transcurrieron seis meses entre un encuentro y otro. El primero fue en marzo de 2022, con una duración de 120 minutos; el segundo, en septiembre del mismo año y duró 60 minutos.

El ejercicio procesual de entrevista biográfico-narrativa

Primer encuentro (marzo 2022). La primera entrevista inició con el encuadre de trabajo que incluyó la presentación de la investigación y el aviso de privacidad integral pautado por la Universidad Nacional Autónoma de México respecto al manejo de los datos personales,² así como la invitación a colaborar en este ejercicio para compartir su experiencia emocional como estudiante de posgrado que enfrentó la migración de las actividades académicas-científicas presenciales a una modalidad remota, de emergencia. La contingencia sanitaria interrumpió el cuarto y último semestre de la maestría que cursaba. En ese periodo, él debía terminar su experimento en el laboratorio de

² Disponible en <<https://www.datospersonales.unam.mx/normatividad.html>>

un instituto de alta especialidad médica para culminar la tesis y posteriormente obtener el grado.

Apuestas en las estrategias narrativas directivas de Gabriel y Ulus (2015) como disparadores de la dimensión emocional, se invitó a narrar la temática de la entrevista, como se describe a continuación:

Cuéntanos cómo afectó la suspensión de actividades presenciales durante la pandemia la conclusión de tu posgrado. Centrémonos en la exploración de tus *estados emocionales* frente al cambio de forma de educación (de presencial a una remota de emergencia) en la pandemia.

Y a partir de los cambios cotidianos en la manera de realizar tus estudios de posgrado, *cómo se ha visto afectada tu vida emocional*.

La entrevistadora siguió el curso del relato como *acompañante de viaje* (Gabriel y Ulus, 2015) e intervino para aclarar dudas o profundizar en la exploración de ciertas emociones como motor de la reflexividad (Burkitt, 2012).

Episodios emocionales en la narrativa. La entrevista fue transcrita y codificada de manera inductiva con el *software* Atlas.ti (versión 9). Se procedió con una codificación manual estableciendo grupos de códigos y categorías. Al organizar las categorías se definieron dos ejes temáticos: 1) dificultades para terminar el último semestre del posgrado en un instituto de alta especialidad médica en la Ciudad de México (CDMX), y 2) experiencia laboral-profesional como médico en un hospital Covid en la CDMX.

Para desarrollar la estrategia heurística propuesta en este capítulo, nos centramos exclusivamente en el primer eje, reagrupado en los siguientes subejos temáticos: a) suspensión de la última fase de su investigación en el laboratorio por el cierre del Instituto y su reconversión para el procesamiento genético de pruebas Covid-19; b) pérdida de comunicación con su tutora; c) falta de empatía de las autoridades del Conahcyt para otorgarle una prórroga que le permitiera concluir el proceso de titulación; d) desinterés de las autoridades del posgrado y

del instituto médico donde desarrollaba su investigación por sus condiciones de vida como estudiante dependiente de una beca, cuyo cese lo dejó en el desamparo económico; y e) búsqueda de trabajo para subsistir cuando la beca concluyó en julio de 2020.

Después de la codificación y agrupación del texto de acuerdo con estos ejes, implementamos la propuesta de Scheff (1994) para identificar los marcadores verbales de emociones en la narrativa de cada tópico. En esa búsqueda distinguimos —a través de una herramienta del mismo *software* de Atlas.ti— los léxicos correspondientes a las emociones resultantes de la indagación; éstas fueron tristeza, empatía, incertidumbre, abandono, miedo, enojo, culpa, frustración, soledad. En esta primera clasificación no apareció la vergüenza de forma explícita, aunque sí expresiones vinculadas a ella: “me sentí señalado”, “es tu responsabilidad”, “¿por qué no has hecho las cosas?”, “fue muy despersonalizado”, “desconsiderado por parte de la autoridad”. Tal como aparece en el siguiente episodio emocional:

Me siento enojado, me sentí enojado, porque siento que fue muy despersonalizado, fue como, “ah, pues tú eres un alumno, tú tuviste que haber cumplido, y tú te comprometiste legalmente, ¿no?, que en tanto tiempo tú ibas [a terminar]”; pero, digo, es que es una parte muy personal decirlo; pues a lo mejor el trabajo en la coordinación del posgrado les permitió tener alimentos y les permitió tener un trabajo remunerado a pesar de no asistir; pues sí, sí me siento así como señalado, me sentí señalado, decir “ok, esto es tu responsabilidad, cuéntame ¿por qué no has hecho las cosas?”. Entonces sí, en primera instancia sí dije “¡wow!”, sí sentí como [...] hasta desconsiderados sabiendo que pues hay cosas ¿no? Y cada quien perdió muchas cosas en esta pandemia; en mi caso perdí familiares, perdí amigos, perdí amigos médicos, muy jóvenes, y pues bueno, eso para mí también, te pega en el ámbito emocional, pero sí se me hizo desconsiderado por parte de la autoridad, en ese momento decir. Pues hígole, pues esto me rebasó y lo entiendo, pero me sentí señalado, pero dije OK, sí esto también, reconozco mi parte, la parte que yo dejé de hacer, porque sí evidentemente dejé de hacer cosas, dejé de ponerle atención a la parte de la escritura de la tesis,

pero en ese momento, yo lo vi esto como una guerra, en la cual tenía que comer o hacer otras cosas (marzo, 2022).

En el primer rastreo léxico reconocimos expresiones vinculadas con la valoración del yo que muestran cómo la sanción social de rechazo produce vergüenza, como asegura Scheff (1988). En el episodio emocional anterior, las expresiones verbales relacionadas con el incumplimiento para concluir el posgrado evidencian la autovaloración negativa del sujeto respecto a las expectativas institucionales, el peso de la influencia social (Scheff, 1988). Aun cuando el estudiante tiene conciencia de su situación de vulnerabilidad, se identifica con la asunción de la falta.

Apoyos visuales, auditivos y sensoriales para capturar el tono emocional en los episodios narrativos. Como paso siguiente regresamos a la videogración de la primera sesión de la entrevista para identificar los episodios emocionales en los que se mencionaban tanto los léxicos de las emociones como expresiones de sanción social, ambos los englobamos como emociones morales (Stets y Turner, 2006). La finalidad fue cruzar el léxico emocional con los marcadores paralingüísticos (entonación, pausas, respiración, articulación, tartamudeo, volumen), y los marcadores visuales (gesticulaciones, arqueado de cejas, dirección de la mirada, tensión en el rostro, movimiento de manos, inclinación del cuerpo, expansión del pecho), también propuestos por Scheff (1994), para relacionar los episodios en los que se expresaban emociones morales con los contextos en que ocurrieron.

Empatar los marcadores lingüísticos, paralingüísticos y visuales permite identificar distintos niveles ontológicos de las emociones en la narrativa biográfica propiciada en el intercambio subjetivo de la entrevista (Godbold, 2015). Las expresiones del cuerpo manifiestan en distinto grado la energía o tono emocional de la acción comunicativa; la relevancia de las expectativas sociales está presente en la valoración cognitiva del sujeto, y la gestión emocional despliega la relación entre el orden social y el emocional (Hochschild, 1979; Collins, 2009; García,

2022). La interpretación en esa etapa del proceso de análisis es que las emociones morales de culpa y vergüenza propiciaron el enojo y la tristeza. Esta configuración de emociones da cuenta de la dimensión emocional en el contexto de la dinámica asimétrica entre las instituciones y el individuo. Las emociones morales, como sostienen Stets y Turner (2006), se vinculan con contenidos valorativos sobre una acción desempeñada, equivocada o inexistente, que el sujeto hace de sí mismo. En este caso, se vinculó con una falta de cumplimiento individual hacia la institución académica al no conseguir la obtención del grado en los tiempos establecidos.

La relación entre tristeza, enojo, culpa y vergüenza, emociones expresadas respecto a la institución académica, la financiadora de la beca, el profesorado, la tutora y con él mismo, permitirán profundizar en el desmenuzamiento de los elementos socioculturales presentes en la dimensión emocional moral: valores, ideologías, normas institucionales, corporativas y situacionales en el escenario social propio de una alta especialidad biomédica. El valor del cumplimiento individual en el contexto formativo de un posgrado se coloca por encima de la situación de emergencia y vulnerabilidad social del individuo; v. gr., cumplir los tiempos corporativos a pesar de las condiciones materiales y subjetivas derivadas de la emergencia sanitaria muestra la parte no explícita de la membresía. El tipo de interacción social resultante se caracterizará por un vínculo inseguro, la falta de empatía, la distancia y la sobreexigencia para cumplir las metas corporativas (Scheff, 1977).

La intensidad de la culpa y la vergüenza, como señalan Stets y Turner (2006), expresan el grado de interiorización de los códigos y reglas que en el nivel de la cognición promueven pensamientos asociados al fracaso, la autodevaluación, dirigiendo acciones específicas que confirman esos pensamientos y generan desazón en la persona al sentirse en falta.

Segundo encuentro (septiembre 2022). Reflejar el affect para recuperar la dimensión emocional de la interacción social. En el segundo encuentro, la entrevistadora informó al colaborador que identificó algunos episo-

dios narrativos en la videograbación de la entrevista anterior, y le solicitó su autorización para proyectarlos. Tras la respuesta afirmativa, se le presentaron tres escenas de alrededor de 40 segundos cada una. De inmediato, la entrevistadora preguntó qué le había hecho sentir mirarse en ese fragmento de video. La apuesta fue rescatar los polos de esa bisagra, que son las emociones en cuanto nexos entre lo individual y lo social, entre un yo y un tú (López, 2019). La premisa estaba lanzada: si las emociones son una vía de conocimiento para examinar las interacciones sociales, es necesario explorar tácticas metodológicas para acceder a la dimensión emocional de los procesos sociales en y a través de las entrevistas biográfico-narrativas.

Los episodios emocionales presentados al colaborador en la videograbación del primer encuentro fueron clasificados como un *cluster* de emociones morales del tópico “Dificultades enfrentadas para terminar el último semestre de su posgrado en un instituto de alta especialidad médica en la Ciudad de México”. La estrategia de presentarle episodios emocionales de sí mismo, en formato de video, expresando enojo, culpa, vergüenza y tristeza —por la falta de empatía de las instituciones académicas y otros actores— ensayó una posibilidad de acceso a distintos niveles ontológicos de la emoción, como el *affect*, que sólo a través de una mediación como la implementada (autobservación diferida) puede emerger a la conciencia de su registro en forma de emoción (Solana, 2020). También, el nivel expresivo (*feelings rules*) y el de la regulación emocional en el contexto (*emotion management*), propuestos por Hochschild (1979). Los episodios emocionales narrativos seleccionados, vinculados con la expresión de emociones morales, reunieron esos tres componentes de la dimensión emocional (*affect*, *feelings rules* y *emotion management*).

La videograbación permitió registrar la volatilidad de la emoción manifiesta en la narrativa biográfica, además de reconectarla —a partir de unos segundos de proyección— con la energía emocional del primer encuentro (García, 2022). En las entrevistas que ocurren sin mediación, en la copresencialidad, difícilmente se recupera la intensi-

dad emocional que se presenta en distintos encuentros. Se requeriría reconstruir verbalmente las escenas narradas o propiciarlas.

Lo observable en este ejercicio fue que el colaborador conectó de manera inmediata con las emociones —en distintos niveles: sensorial, corporal, cognitivo, subjetivo— en el escenario de la interacción con la IES, y pudo producir rápidamente una narrativa emocional profunda con expresiones paralingüísticas y corporales que nos permitieron identificar un proceso socioemocional amplio vinculado con el cumplimiento de la meta: terminar su tesis. Los episodios emocionales narraron el manejo emocional que el estudiante llevó a cabo desde que se suspendió su trabajo en el laboratorio por la emergencia sanitaria, hasta la conclusión del trabajo de grado.

El ejercicio permitió recuperar parte importante del tono y la intensidad emocional manifestados respecto a la experiencia académica narrada en la primera entrevista. También pudimos reconectar brevemente los desplazamientos del yo ocurridos en la producción narrativa de la experiencia entre la primera y segunda entrevista (seis meses), narrativa que incluyó un *cluster* de emociones resultantes de la gestión emocional entre ambos encuentros en el sentido de Hochschild (1979). Las emociones de orgullo, felicidad y autoestima se manifestaron de manera intensa en la segunda entrevista. El estudiante relativizó su propio enojo ante la falta de empatía de las autoridades del posgrado. Ahora su autovaloración era alta porque había concluido el trabajo de tesis satisfactoriamente logrando el reconocimiento del jurado examinador. El desplazamiento del colaborador como sujeto narrativo en el segundo encuentro permitió observar las acciones reconfiguradoras de su yo y sus relaciones:

—Y pues, bueno, me regresaron la tesis revisada y empecé [...] a finales de junio [2022]. Y [...] empecé a marchas forzadas a ir con todos los sionales. Y pues, bueno, sería un proceso, pero sí hay cosas que, por ejemplo, no han cambiado. Bueno, pues yo ya pinté mi línea justo en mayo [2022]. Yo fui ya a recoger mis cosas al laboratorio porque justo dije “okey, doctora, yo me voy a dedicar a trabajar”.

Trabajo la tesis en mi casa, lo que tenga, lo que pueda trabajar en mi casa. Y bueno, también, pues, eh, *esta entrevista* [se refiere a la primera], pues *para mí fue un parteaguas ¿no? como de igual direccionar ciertas, eh, situaciones* que, en ese momento, a mí me permeaban ¿no? Y, por lo tanto, eh, *ir cerrando círculos, ¿no?* en ese aspecto.

—¿Cómo te sientes cuando te aprueban el trabajo? ¿Qué significa para ti?
—Cuando leen mi trabajo y me dicen: “¡XXX [nombre] está bien!, pero creo que debes sentirte más orgulloso ¿no? de lo que has hecho y lo que lograste”. Uno de los sinodales sí me dijo “Necesito hacerte una videollamada. Quiero hacerte mis comentarios y mi retroalimentación”. “Aquí en esta parte de la discusión, creo que debes avanzar más. Debes proponer un modelo. Tu investigación da para eso, no para los resultados que obtuviste para proponer un modelo en la enfermedad que tú estudias de ¿cómo?, eh, ¿cómo crees que tus resultados afectan o se desenvuelven en ese proceso de enfermedad?”.

Entonces, sí me dijo: “debes sentirte orgulloso. Debes sentirte orgulloso de lo que hiciste a pesar de, con y sin...”, porque él era parte de mi comité, se daba cuenta durante los exámenes tutorales de ... [el abandono de la tutora] que era muy evidente durante el proceso.

Pero en este momento, tú orgulloso, tú, la verdad que ese proceso, ese último proceso fue muy, lo que me dijo fue algo muy importante...

La propuesta de este ejercicio metodológico es que podemos conocer el tipo de interacción social problematizando la dimensión emocional de los fenómenos estudiados mediante el relato de vida y el apoyo de las mediaciones virtuales que en la pandemia se legitimaron. Los disparadores lingüísticos y visuales de las emociones acortan el rodeo de la narrativa para retomar la dimensión emocional y, con ello, lo procesos y acontecimientos sensibles que permiten ubicar la situación y el lugar que el sujeto ocupa en la estructura social (Morales y López, 2020; López y Robles, 2021).

CONCLUSIONES

Siguiendo las meditaciones de Mauthner y Doucet (2003) sobre la importancia de la reflexividad en las distintas etapas del proceso de construcción del conocimiento, sobre todo en las fases interpretativas de la investigación, queremos cerrar el capítulo esgrimiendo nuestra reflexión sobre los procesos socioemocionales que guiaron nuestras decisiones epistemológicas, metodológicas y éticas al llevar a cabo este trabajo. Nuestro lugar de enunciación también estuvo afectado por el fenómeno pandémico que ha marcado un antes y un después en el mundo actual.

Si bien nuestro relato sobre la indagación de los procesos socioemocionales vividos por los estudiantes universitarios durante la pandemia estuvo orientado por una mirada socioantropológica de las emociones, una de nosotras llevó a cabo una intervención desde la psicología para ofrecer al estudiantado una escucha desde el *expertis* clínico en los primeros meses de la pandemia, cuando las afectaciones emocionales crecieron exponencialmente. Siempre nos acompañó la lente de los estudios socioculturales de las emociones para intentar mirar el costado relacional de la vida emocional de las personas afectadas que requerían una escucha de *un sujeto del supuesto saber*.

La experiencia del apoyo psicoeducativo ofrecido afinó la escucha y favoreció la empatía en el encuentro mediado por la virtualidad para realizar las entrevistas, y permitió a su vez implementar el ejercicio metodológico para producir y analizar la dimensión emocional en las narrativas.

El primer contacto de entrevista con el estudiante colaborador comenzó en una atmósfera de disposición y escucha empática al reconocer el mutuo sentimiento de afectación por la pandemia. Ese encuentro se convirtió en un *refugio emocional* en el sentido planteado por Reddy (2001) para señalar la relación ritual, más o menos formal, que permite una flexibilidad de las normas emocionales. El encuentro se caracterizó por una horizontalidad afectiva, aunque los lugares estructurales de enunciación estuvieran claramente diferenciados por

el sexo, la edad, la posición en la estructura institucional, así como la expresión emocional de quien entrevistaba y quien relataba.

En la primera sesión, la dimensión expresiva de las emociones se caracterizó por una *navegación de emociones* morales producidas por la autovaloración: enojo, tristeza, vergüenza ante el trato de las autoridades académicas y su falta de empatía. De alguna manera, quien entrevistaba pertenecía al grupo que a los ojos del estudiante fue poco o nada sensible a las problemáticas vividas por la comunidad estudiantil en la pandemia. La interpelación afectiva detonó, en quien entrevistaba, una apertura mayor que abrió la atención, mostrando un lenguaje gestual de interés y empatía legítima.

Esa sincronía o tono emocional (García, 2022) en el encuentro narrativo posibilitó una reciprocidad con efectos profundos en el colaborador, quien expresó un agradecimiento genuino por la escucha y el desahogo emocional que le significó la entrevista. Esa sincronía corporal, de atención y subjetiva, no fue consciente para las autoras de este texto sino hasta ver la grabación. La posibilidad de regresar al encuentro de la entrevista a través del video no sólo enriqueció el análisis de la narrativa, sino que nos permitió ahondar en el proceso de reflexividad sobre la relación dialógica entre quien narra y quien escucha, y la importancia de la entrevista biográfico-narrativa como recurso para aproximarnos a la experiencia sensible del sujeto.

La trascendencia de la primera sesión de la entrevista en términos de la sincronía emocional fue la base para diseñar el segundo ejercicio metodológico. Desde que se invitó al colaborador a la posibilidad de un segundo encuentro, constatamos que la temporalidad entre una sesión y la otra no afectó la sincronía/empatía. En el marco de ese refugio emocional creado la primera vez, consideramos la pertinencia de invitar al colaborador a mirar(se) y escuchar(se), en algunos fragmentos del video de la primera sesión de la entrevista, como disparador de la narrativa emocional. Esto resultó ser un recurso metodológico potente para recuperar y propiciar el tono emocional, que se actualizó en el segundo encuentro, el cual abrió la oportunidad de indagar de forma longitudinal la deriva de la *navegación emocio-*

nal (Reddy, 2001). Algo relevante de este segundo momento fue que la culminación de la tesis modificó la situación de estatus/poder del entrevistado al cumplir sus compromisos con las autoridades académicas. La emoción moral de este segundo encuentro fue el orgullo; la asimetría de estatus en él y la institución estaba nivelada. La observación longitudinal en la gestión de las emociones morales propició el desplazamiento en la narrativa permitiendo al colaborador redefinir su autoimagen y ante la entrevistadora. En consonancia con Chase (2015), el acto de narrar una experiencia emocional compleja, como la explorada en torno a la pandemia, puede tener un efecto de reafirmación del sujeto para crear versiones alternativas de sí, sobre todo cuando la capacidad de agencia se revela y concreta.

La densidad de los datos cualitativos que nos proporcionó el video, y la posibilidad de revisarlos una y otra vez, además de compartirlos con el estudiante colaborador, tuvo ventajas sobre otras formas de registro cualitativo (Bottorff, 2003). Sin embargo, su implementación debe acompañarse de la reflexividad sobre los presupuestos de los que se asumen —consciente o inconscientemente—, y las limitaciones y desafíos que cada proceso investigativo encierra.

Enfrentamos dos desafíos en este ejercicio metodológico: 1) indagar en temas en los que impera la empatía requiere una vigilancia epistemológica, tanto o más que cuando se indagan *emociones oscuras* (Jalan, 2015), pues podríamos sesgar la construcción de los datos (véase el capítulo de Ospina-Escobar en este libro). 2) Asumir que el análisis de los procesos socioemocionales del estudiantado durante la pandemia supone el cuestionamiento a las explicaciones *psi* que los responsabilizan por la falta de habilidades (emocionales) para enfrentar la crisis sanitaria.

REFERENCIAS

- Aceves, Jorge (1997). "Un enfoque metodológico de las historias de vida". En *Cuéntame tu vida. Historia oral: historias de vida*, coordinado por Graciela de Garay, 9-15. Ciudad de México: Instituto Mora.
- Aguilar, Alonso (2012). "Ontología y epistemología en la investigación cualitativa". *Revista IIPSI* 15 (1): 209-212.
- Aranguren, Juan Pablo (2008). "El investigador ante lo indecible y lo inenarrable (una ética de la escucha)". *Nómadas* (29): 20-33.
- Bericat, Eduardo (2000). "La sociología de la emoción y la emoción en la sociología". *Papers* 62: 145-176.
- Bertaux, Daniel (2005). *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Bertaux, Daniel (2011). "El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades". *Acta Sociológica* 1 (56): 61-93.
- Bottorff, Joan (2003). "El uso de las grabaciones de vídeo en la investigación cualitativa". En *Asuntos críticos en los métodos de investigación cualitativa*, editado por Janice M. Morse, 284-303. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Briones, Claudia (2020). "La horizontalidad como horizonte de trabajo". En *Horizontalidad. Hacia una crítica de la metodología*, editado por Inés Cornejo y Mario Rufer, 59-92. Buenos Aires: Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Broncano, Fernando (2013). *Sujetos en la niebla. Narrativas sobre la identidad*. Barcelona: Herder.
- Burkitt, Ian (2012). "Emotional Reflexivity: Feeling, Emotion and Imagination in Reflexive Dialogues", *Sociology* 46 (3): 458-472.
- Chase, Susan E. (2015). "Investigación narrativa. Multiplicidad de enfoques, perspectivas y voces". *Manual de Investigación cualitativa. Volumen IV. Métodos de recolección y análisis de datos*, compilado por Norman K. Denzin e Yvonna S. Lincoln, 58-112. Barcelona: Gedisa.
- Collins, Randal (2009). *Cadenas de rituales de interacción*. Ciudad de México: Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- Cornejo, Marcela (2008). "La investigación con relatos de vida: pistas y opciones del diseño metodológico", *ПСΥΧΗ* 17 (1): 29-39.
- De Garay, Graciela (1997). "La entrevista de historia de vida: construcción y lecturas". En *Cuéntame tu vida. Historia oral: historias de vida*, coordinado por Graciela de Garay, 16-28. Ciudad de México: Instituto Mora.
- Flam, Helena (2015). "Introduction. Methods of Exploring Emotions". En *Methods of Exploring Emotions*, editado por Helena Flam y Jochen Kleres, 1-21. Londres: Routledge.

- Gabriel, Yiannis, y Eda Ulus (2015). “‘It’s All in the Plot’: Narrative Explorations of Work-Related Emotions”. En *Methods of Exploring Emotions*, editado por Helena Flam y Jochen Kleres, 36-45. Londres: Routledge.
- García, Adriana (2022). *Randall Collins. La indagación de las emociones en los rituales de interacción*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Azcapotzalco.
- Godbold, Natalya (2015). “Researching Emotions in Interactions: Seeing and Analysing Live Processes”. *Emotion Review* 7 (2): 163-168.
- Hochschild, Arlie Russell (1979). “Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure”. *American Journal of Sociology* 85 (3): 551-575.
- Illouz, Eva (2009). *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones del capitalismo*. Buenos Aires: Katz.
- Jalan, Ishan (2015). “Researching Dark Emotions: Eliciting Stories of Envy”. En *Methods of Exploring Emotions*, editado por Helena Flam y Jochen Kleres, 81-89. Londres: Routledge.
- Jimeno, Myriam (2004). *Crimen pasional. Contribución a una antropología de las emociones*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Kleres, Jochen (2010). “Emotions and Narrative Analysis, a Methodological Approach”. *Journal for the Theory Behaviour* 41 (2): 184-202.
- Kornblit, Ana Lía (coordinadora) (2007). “Historias y relatos de vida: una herramienta clave en metodologías cualitativas”. En *Metodologías cualitativas en ciencias sociales. Modelos y procedimientos de análisis*, coordinado por Ana Lía Kornblit, 15-33. Buenos Aires: Biblos.
- Labanyi, Jo (2016). “Pensar los afectos” [video]. Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona, 17 de marzo de 2016. Disponible en <<https://www.cccb.org/es/multimedia/videos/jo-labanyi/223394>>
- Le Breton, David (2012-2013). “Por una antropología de las emociones”. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad* 10 (4): 67-77.
- Lindón, Alicia (1999). “Narrativas autobiográficas, memoria y mitos: una aproximación a la acción social”. *Economía, Sociedad y Territorio* 2 (6): 295-310.
- López, Oliva (2019). *Extravíos del alma mexicana. Patologización de las emociones en los diagnósticos psiquiátricos (1900-1940)*. Tlalnepantla: Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México.
- López, Oliva (coordinadora) (2021). *Amor, desamor y modernidad. Régimen de una educación sentimental en México y América Latina (1900-1950)*. Tlalnepantla: Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México.
- López, Oliva (2022). “Bienestar emocional: la simplificación de la vida afectiva en el paradigma hegemónico de la salud mental en tiempos pandémicos”. En *Política, afectos e identidades en América Latina*, coordinado por Luciana Anapio y Claudia Hammerschmidt, 283-303. Buenos Aires: Centro Maria Sibylla

- Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- López, Oliva; Mariana Palumbo; y Douglas Nance (2021). "Procesos socioemocionales de estudiantes de enfermería de la Sierra Sur de Oaxaca ante la Covid 19". *Boletín Científico Sapiens Research* 11 (29): 34-40.
- López, Oliva, y Xamanek Cortijo (2021). "Procesos socioemocionales de estudiantes universitarios por medidas sanitarias Covid-19: resultados preliminares". *South Florida Journal of Development* 2 (3): 4147-4162.
- López, Oliva, y Alba Luz Robles (2021). "Procesos socioemocionales de universitarios ante la escolarización remota de emergencia a causa de las medidas sanitarias por Covid-19". *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad* 36 (13): 12-22.
- Mallimaci, Fortunato, y Verónica Giménez (2006). "Historia de vida y métodos biográficos". En *Estrategias de investigación cualitativa*, coordinado por Irene Vasilachis, 175-212. Barcelona: Gedisa.
- Mauthner, Natasha, y Andrea Doucet (2003). "Reflexive Accounts and Accounts of Reflexivity in Qualitative Data Analysis". *Sociology* 37 (3): 413-431.
- Morales, Rodrigo, y Oliva López (2020). "La experiencia del desplazamiento interno forzado: una mirada desde los procesos socioemocionales". *Cultura y Representaciones Sociales* 15 (29): 425-451.
- Muñiz, Leticia; Juliana Frassa; y María de la Paz Bidauri (2018). "Hacia un encuentro de reflexividades: la entrevista biográfica como interludio del proceso de investigación social". En *¿Condenados a la reflexividad? Apuntes para repensar el proceso de investigación social*, coordinado por Juan Ignacio Piovani y Leticia Muñiz, 120-146. Buenos Aires: Biblos, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Piña, Carlos (1989). "Sobre la naturaleza del relato autobiográfico". *Argumentos. Estudios Críticos de la Sociedad* (7): 131-160.
- Reddy, William (2001). *The Navigation of Feeling. A Framework for the History of Emotions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Roca, María Lourdes (1994). "Historia videoral. Potencialidades en tela de juicio". En *La historia con micrófono*, coordinado por Graciela de Garay, 112-116. Ciudad de México: Instituto Mora.
- Sautu, Ruth (compiladora) (2004). *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Buenos Aires: Lumiere.
- Scheff, Thomas (1977). "The Distancing of Emotion in Ritual". *Current Anthropology* 18 (3): 483-490.
- Scheff, Thomas (1988). "Shame and Conformity: The Deference-Emotion System". *American Sociological Review* 53 (3): 395-406.
- Scheff, Thomas (1994). *Blood Revenge. Emotions, Nationalism, and War*. Londres y Nueva York: Routledge.

- Sirimarco, Mariana, y Ana Spivak (2019). "Antropología y emoción: reflexiones sobre campos empíricos, perspectivas de análisis y obstáculos epistemológicos". *Horizonte Antropológico* 25 (54): 299-322.
- Solana, Mariela (2020). "Afectos y emociones, ¿una distinción útil?". *Revista Diferencia(s)* (10): 29-40.
- Stets, Jan E., y Jonathan H. Turner (2006). "Moral Emotions". En *Handbook of the Sociology of Emotions*, editado por Jan E. Stets y Jonathan H. Turner, 544-566. Nueva York: Springer.
- Watkins, Megan (2019). "Indagar lo afectivo: sintonizando su impacto en la educación". *Propuesta Educativa* 1 (51): 30-41.
- White, Michael, y David Epston (1993). *Medios narrativos para fines terapéuticos*. Nueva York y Londres: Paidós.

Aristas emocionales en el estudio de los relatos biográficos

Reflexiones desde la experiencia de la investigación

Carolina Peláez González

INTRODUCCIÓN

El presente capítulo tiene como objetivo central reflexionar sobre el potencial del método biográfico para el análisis empírico de las emociones. Para lograrlo, me apoyo principalmente en mi experiencia de investigación utilizando relatos de vida de pescadores para analizar la experiencia vinculada al trabajo de la pesca industrial del camarón en el puerto de Mazatlán.¹ La exploración del entramado emocional me permitió comprender cómo los pescadores vivían, actuaban y se adaptaban frente a los cambios tecnológicos, ambientales, organizacionales y políticos que reestructuran el mercado laboral de la industria pesquera.

Uno de los intereses centrales de quienes utilizamos el método biográfico es comprender la vida social desde la mirada de quienes la

¹ Este es uno de los principales puertos pesqueros de atún y camarón de México. La investigación es resultado de mi tesis doctoral, la que consistió en un estudio empírico del oficio de la pesca industrial del camarón en el estado de Sinaloa, del proceso de transferencia de conocimientos y de las formas de aprendizaje del oficio desde el momento en que la pesca se transformó en una actividad industrial, hasta 2017.

viven: rastrear tanto los procesos de estructuración en los que transcurre la biografía como la subjetividad y el accionar de los seres humanos frente a contextos de cambio social. Bericat (2012) señala que las emociones son una manifestación y conciencia corporal que el sujeto establece con y sobre el mundo, por lo que son indispensables en la regulación de nuestras relaciones sociales. El método biográfico, al centrarse en la vida y experiencia del sujeto, ya sea en su modalidad de relatos o de historias de vida, es una ruta metodológica útil que nos permite entender cómo desde las emociones la persona se conecta, actúa y comprende el mundo que habita.

Desde un análisis sociológico, las emociones pueden ser objeto de estudio o una dimensión susceptible de indagar en nuestras investigaciones, esto implica un desafío para la persona investigadora: ¿cuál es la ruta metodológica viable para estudiar las problemáticas sociales que se han planteado? En este texto se parte de que el método biográfico es una aproximación metodológica que permite adentrarnos al estudio de los procesos o fenómenos sociales desde su dimensión emocional.

Indagar en la vida de las personas demanda una aproximación afectiva entre la persona investigadora y la que comparte su experiencia, en tanto que el narrar la propia historia requiere de un espacio emocional donde prevalezca la confianza. Las emociones median la interacción que establecemos con los sujetos de estudio y expresan el vínculo relacional entre ellos y nuestro posicionamiento en campo. Especialmente cuando aplicamos la técnica de entrevista, quien investiga establece una interacción social con las personas que participan en el estudio.

Una invitación de corte epistémico en este capítulo es reconocer que, en el método biográfico, el proceso emocional de la persona investigadora participa en la producción del dato y el posterior análisis. Nuestra propia experiencia también forma parte de la interpretación y construcción de las biografías o relatos que estudiamos, convirtiéndose en un elemento central del análisis social.

El texto está dividido en cuatro partes: la primera pretende plantear algunos de los presupuestos del método biográfico, su aproximación desde la historia o el relato de vida. Especialmente me enfocaré en las reflexiones sobre cómo el método nos permite estudiar las emociones. La segunda trata de los desafíos y aportaciones que implica incorporar la dimensión emocional en el planteamiento del problema y la pregunta de investigación. En la tercera parte se aborda la gestión emocional de quien utiliza el método biográfico, donde comparto mi propia experiencia en el trabajo de campo. En la última parte se comparten algunas estrategias analíticas que me han sido útiles para analizar las narrativas en clave emocional.

PRESUPUESTOS DEL MÉTODO BIOGRÁFICO: REFLEXIONES DESDE LA SOCIOLOGÍA DE LAS EMOCIONES

El método biográfico supone una forma de acercamiento a la construcción de conocimiento científico a través del estudio de la vida humana. Para ello se apoya en diversas técnicas de investigación, como la entrevista a profundidad, la recolección de documentos como diarios, cartas y objetos personales. Por ejemplo, el diario se ha considerado el documento idóneo para aproximarse a las percepciones, emociones y afectos en el día a día (McCulloch, 2004). Actualmente, podríamos también pensar en los documentos digitales y las redes sociales como datos a partir de los cuales se construyen narrativas que entretejen la vida de las personas con su contexto histórico-social (Ramos, 2020).

El método biográfico se utiliza principalmente en dos modalidades: historias de vida y relatos de vida. La primera tiene la intención de recabar toda la información posible de la vida de la persona, desde su nacimiento hasta el momento de recolección de la información. Los relatos de vida son “el recuento escrito de una vida personal basado en conversaciones, entrevistas orales o en documentos de vida (cartas, diarios)” (Velasco y Gianturco, 2015: 118) en un determinado periodo o sobre un aspecto específico. Cualquiera de estas dos modalidades consiste en el “despliegue de las experiencias de una persona

a lo largo del tiempo, lo cual incluye una selección consciente e inconsciente de recuerdos, sucesos o situaciones” (Sautu, 1999: 22). Su aplicación resulta sumamente útil para quienes trabajamos el estudio sistemático de la dimensión emocional y afectiva de la vida social (Ariza, 2016), en tanto se centra en la experiencia personal y permite conectar el nivel individual con diversas formas de organización y estructuración social.

Bertaux y Bertaux-Wiame (1993) identifican dos enfoques teóricos de aproximación al método: uno que se centra más en el conocimiento de los significados que construye una persona sobre su vida; otro, en la búsqueda de pautas socioestructurales que permiten vincular la experiencia de vida con su referencia espacio-temporal. Este último enfoque trata de ir más allá de la comprensión de la significación y vincular al sujeto con las instituciones y estructura social en la que se desenvuelve. La temporalidad es entonces un aspecto que importa tanto teórica como metodológicamente (Abbott, 2001) en la medida que, en el método biográfico, el individuo es el referente temporal central, siendo el trabajo de la persona investigadora discernir las diversas temporalidades que se superponen a la temporalidad biográfica (Demaziere, 2006). Kornblit (2004: 19-20) recupera de Daniel Bertaux tres órdenes de realidades presentes en los relatos de vida que distinguen al método como entretejimiento temporal:

1. *La realidad histórica-empírica que constituye el trasfondo en el que se desarrolla el relato de vida.* Tomar en cuenta esta dimensión permite entrelazar el tiempo histórico en el que se narra el relato con el tiempo colectivo y biográfico del individuo. Aquí, la biografía es interpretada y reinterpretada por quien investiga. Esta dimensión es importante porque es una forma de analizar el cambio social a partir del relato de vida, e incluso de la historia de vida.
2. *La realidad psíquica: los contenidos semánticos con los que el sujeto describe su itinerario biográfico.* Esta dimensión se refiere al conocimiento de la selección de los eventos e historias que nos

narran las personas entrevistadas como parte de la construcción y significación que le dan a su propia biografía.

3. *La realidad discursiva del relato tal como se produce en la entrevista.* Esta dimensión nos pone en el plano de la construcción del relato a partir de la interacción con la persona investigadora, quien es también sujeto activo en la producción de la información.

El método biográfico, tanto en su modalidad de relatos como de historias de vida, es por naturaleza un camino donde convergen diversas temporalidades, en tanto que la vida misma del sujeto se entrecruza con personas y materialidades diversas con sus propios referentes espacio-temporales. La biografía del sujeto se entrelaza con la temporalidad de quien investiga, quien también tiene su propia trayectoria biográfica y emocionalidad, cuya aproximación a la persona entrevistada o a sus materialidades consiste en buscar información del otro o la otra a partir de su reconstrucción sociohistórica. Este encuentro produce la realidad discursiva del relato, que es el momento de la producción narrativa.

Este método tiene el potencial de dirigir la mirada hacia la vida de los sujetos como un entramado susceptible de comprender, interpretar y relacionar a partir de la articulación narrativa con procesos más inclusivos de la estructura social que la hacen inteligible. Es una invitación a comprender y recorrer los atisbos intersticiales en la vida del individuo (Ferrarotti, 2011) como relaciones y prácticas sociales que conectan con la estructura social (Scribano, 2020), donde su principal producción de información es la narrativa.

En resumen, los presupuestos del método biográfico son extensos. Sin embargo, se han destacado aquellos que abonan a mostrar su utilidad para el estudio de las emociones desde la sociología. En este sentido, un aspecto que subyace en la fuerza del método biográfico son los cuestionamientos epistemológicos al positivismo y la primacía del dato cuantitativo que acompañan su emergencia y utilidad en las ciencias sociales, particularmente en la sociología. La sociología

de las emociones encuentra en el método biográfico un refugio metodológico fundamental para desarrollar, a partir del estudio empírico, sus cuestionamientos a las duplas epistémicas contra las que lucha, como es la razón/emoción (Sabido, 2021).

INCLUYENDO LA DIMENSIÓN EMOCIONAL EN LA INVESTIGACIÓN SOCIOLÓGICA: APORTES DESDE LA EXPERIENCIA

En los siguientes párrafos plantearé, desde mi propia experiencia de investigación, algunas pistas sobre cómo incluir la dimensión emocional en nuestros estudios. Para lograrlo, desarrollaré algunas cuestiones generales para mostrar después el proceso personal de incorporación del estudio de las emociones en la investigación.

Cuando nos planteamos estudiar cualquier fenómeno o proceso social tenemos que tomar decisiones fundamentales sobre aquellos aspectos y aristas a través de los cuales lo investigaremos. Quienes analizamos la vida social a través del lente de las emociones nos interesa entender las problemáticas desde dicha dimensión. A partir de nuestra formación y revisión de la literatura sobre quiénes fundaron el campo de la sociología de las emociones,² hemos aprendido que el análisis de las emociones nos permite comprender la vida social.

En este sentido, el estudio de las emociones demanda sensibilidad por parte de la persona investigadora para incorporarlas desde el planteamiento del problema, ya sea como objeto de estudio principal o un aspecto a explorar que contribuya a comprender el fenómeno o proceso social estudiado. Se considera que este punto es central para seleccionar el método biográfico como parte del diseño de investigación, en cuanto que existe una relación entre la problematización y las preguntas de investigación con el diseño metodológico más viable que nos permita una representación de la vida social (Ragin, 2007). Es en este punto donde se presenta el primer desafío en la aplicación del

² Léase el texto introductorio de Marina Ariza (2016).

método biográfico; vislumbro tres formas de encuentro con las emociones durante el proceso de investigación social:

1. *Como punto de arranque*: cuando nuestras preguntas de investigación y objetivos se enfocan en la exploración específica de una o más emociones; es decir, las emociones como objeto y centro de estudio. Desde el inicio, las emociones son nuestro objeto de investigación.
2. *Como exploración*: el encuentro se construye a partir de la búsqueda del entramado emocional a lo largo de las entrevistas o del material con el que se cuenta (diarios, perfiles, fotografía, etcétera). La exploración de las emociones puede ser el objetivo de la investigación o sólo ser un aspecto de ésta. Las emociones pueden ser el resultado más que el punto de partida de la investigación, o bien, una dimensión más que permite explicar el proceso o problema social a estudiar.
3. *Como hallazgo inesperado*: cuando en el transcurso de la investigación no se tiene contemplada la dimensión emocional para explicar fenómenos o procesos. No obstante, la naturaleza misma de la pregunta o del problema deriva hacia narrativas con una fuerte carga afectiva. Un encuentro con el potencial explicativo de las emociones.

Nuestras preguntas de investigación orientan la utilidad del método biográfico como recurso para el estudio de las emociones, ya sea como punto de arranque, exploración o como hallazgo inesperado. La construcción del objeto de estudio nos conduce hacia el diseño metodológico; la persona investigadora decide recurrir al método biográfico para dar respuesta a sus interrogantes, ya sea desde las historias o relatos de vida. De los tres tipos de encuentro con las emociones previamente planteados, en el primero y en el segundo éstas forman parte de la construcción del objeto o son el objeto mismo de estudio, contrario al tercer tipo, que responde más a una situación de serendipia.

Un punto que considero relevante no olvidar en cualquier reflexión metodológica es que nuestras posturas epistémicas moldean también las preguntas que nos hacemos y la forma de aproximarnos al estudio de las emociones. Esto quiere decir que el método biográfico no es útil *per se* para el análisis de las emociones y los afectos, sino que es un trabajo de construcción por parte de la persona investigadora donde el método es una ruta útil para explorar el supuesto de que las narrativas son también narrativas emocionales y las emociones pueden tener una estructura narrativa (Kleres, 2010). En este sentido, podemos también plantear que el desarrollo mismo de la entrevista tiene una estructura emocional que acompaña la construcción de la historia o relato de vida.

El análisis que hagamos de la producción de relatos e historias de vida dependerá de cómo creemos que es posible generar conocimiento sobre el mundo social, lo que tiene implicaciones en la producción y tratamiento de los datos y en el análisis de las emociones. Por ejemplo, una investigación que retoma el análisis de datos cualitativos, basada principalmente en la identificación temática, como la propuesta por Richard E. Boyatzis (1998), tenderá a la fragmentación y codificación de las narrativas en temas que permitan identificar emociones o situaciones afectivas como temáticas a rastrear y detectar a lo largo de la entrevista. Mientras que un análisis comprensivo, como el propuesto por Daniel Bertaux e Isabel Bertaux-Wiame (1993), buscará la manera en que, a través de las emociones, se conecta el individuo con el contexto sociohistórico o contribuye a la configuración de procesos de cambio a partir de su narración. Indagará sobre los giros de inflexión o momentos de cambios importantes en el relato. Nuestro acercamiento al estudio de las emociones dependerá del tipo de tratamiento analítico que hagamos de las narrativas, en cuanto que fuente de producción del dato y punto de partida epistémico y ontológico sobre el mundo social.

Quisiera ejemplificar lo expuesto con mi propia experiencia de investigación estudiando la vida laboral de pescadores de camarón industrial. Retomando las tres formas de encuentro con las emociones

señaladas, el acercamiento al estudio de las emociones en mi investigación se ubica en *las emociones como exploración*. El objetivo central del estudio era comprender los factores que explican la permanencia de una ocupación en contextos de cambio social, a través del estudio del proceso de transferencia de conocimientos y formas de aprendizaje del trabajo en la experiencia de vida dentro del oficio. Dentro del planteamiento del problema, las emociones se pensaron como un elemento que ayudaba a observar procesos sociales. Un supuesto fundamental con respecto a la inclusión de la dimensión emocional era que éstas permiten conectar niveles analíticos entre la experiencia biográfica del sujeto alrededor del trabajo y los procesos estructurales, como son los cambios tecnológicos dentro de la pesca, la implementación de leyes de pesca por el Estado y cambios en las formas de organización laboral y familiar, por mencionar algunos. Recuperando el planteamiento de Fiorella Mancini (2016), la exploración de las emociones en la vida laboral de los pescadores buscaba ubicar a través del “prisma de la sociología de las emociones [...] aquellos puntos de convergencia entre los niveles biográfico y social, y —desde allí— establecer encarnaciones individuales de problemáticas estructurales” (p. 194).

De este modo, se utilizó la herramienta de las trayectorias de vida con los pescadores tomando lo biográfico como principal eje analítico a partir de la modalidad del relato de vida. El corte temporal indagaba desde el momento que el pescador tuvo el primer contacto con el oficio hasta el momento de la entrevista. La recuperación de las trayectorias de vida, a través del relato, sumaba el planteamiento de la teoría del actor-red al estudio de la experiencia laboral (Latour, 2005). Ésta señala que lo social no está hecho únicamente de una red de relaciones entre humanos, sino que también participan entidades no-humanas, incluso de carácter simbólico (Latour, 2013), no como contexto o condiciones materiales, sino con un papel activo en el mantenimiento de lo social; en el caso de mi investigación, en la continuidad del oficio. Lo anterior es importante para comprender el estudio de las emociones en la reconstrucción del relato de la vida laboral de

los pescadores. Un punto de partida analítico era que el orden emocional permitía conectar la relación que los trabajadores establecían tanto con otros actores como con sus lazos afectivos con entidades no-humanas, como el barco y los camarones.

En la construcción de mi diseño de investigación, la exploración del entramado emocional tuvo una particular relevancia en la operacionalización y observación de un factor que se consideró central en el estudio: el sistema de normas y valores dentro de la actividad laboral. Un supuesto metodológico era que se tendría acceso a dicha arista a través de la reconstrucción del relato de vida del pescador, como un espacio idóneo para indagar cómo se habían establecido los valores, las normas y comportamientos a lo largo del tiempo. Las emociones se pensaron como una ventana para la localización de dichos aspectos (Peláez, 2017).

La dimensión emocional se incorporaba como un elemento central en la constitución del sistema de aprendizaje y transmisión del conocimiento de la pesca. Incluso permitían observar la relación de los pescadores con otras entidades, como el barco, los camarones, el mar, la luna, etcétera. La forma de ejercer la actividad incluía un conjunto de percepciones y representaciones donde las emociones que giran en torno a lo que es ser un pescador constituían una oportunidad para identificar los cambios o el mantenimiento de ciertas costumbres y tradiciones alrededor de la pesca, así como la observación de las prácticas colectivas entre pescadores.

En la siguiente tabla comparto una parte de la guía de entrevista con la finalidad de ejemplificar el proceso de incorporación de la dimensión emocional, en tanto elemento coadyuvante para estudiar la constitución y reproducción de los sistemas de aprendizaje y adquisición de conocimiento. La guía contó con secciones específicas para aprehender la dimensión emocional. La intención era suscitar las emociones que acompañaban las habilidades, percepciones y experiencias de los pescadores en su vida laboral a lo largo de las narrativas, y su interconexión con otros elementos no-humanos que permitieran comprender la red laboral y los cambios y continuidades de la ocupación.

Tabla 1
Segmento de guía de la entrevista construida
para captar la dimensión emocional

Habilidades asociadas con la personalidad y la emotividad:

- **Cómo debe de actuar/comportarse el pescador en altamar (oposiciones) (variación por jerarquía).**
- Características que definen cómo debe ser un pescador (características que lo definen).
- **Dificultades en altamar y forma de afrontar (escenario: huracán /mal tiempo).**
- **Sentimientos en tierra y altamar con respecto al oficio (experiencias y anécdotas).**

Acuerdos y reglamentos considerados elementales (normativo):

- Comportamiento dentro del barco establecido por los pescadores.
- Lo que se debe hacer y no hacer dentro de un barco.
- **Reglas principales para trabajar y resistir los días de viaje.**

Convivencia entre integrantes del gremio:

- **Reglas y acuerdos sobre la convivencia dentro del barco (riñas, problemas que se presentan, apoyo, solidaridad).**
- Actividades de ocio dentro del barco (amistades, enemistades).
- Organización dentro del barco (laboral y espacial).
- Actividades en tierra (cantinas, reuniones, fiestas [familiares o de otro tipo]).
- Actividades en el puerto de residencia y/o lugares de embarque con otros pescadores.

Percepciones y representaciones sobre la forma en que se ejerce la actividad:

- Efecto del ejercicio del oficio en la vida personal.
- Significado del pescador (qué hace a un buen o mal pescador).
- **Valor por el oficio (conocimiento práctico y saberes).**

Tradiciones:

- Hábitos y ritos (mar y tierra).
- Inicio de enseñanza (transmisión de saberes [qué, quién, cómo, cuándo, dónde]).
- Percepción con respecto a la transmisión de la actividad.

Pertenencia:

- Diferencia con otro tipo de pescadores (o tipos de pesca u ocupaciones).
 - Distinción de su oficio (qué distingue a esta ocupación de otras).
 - Opinión respecto al aprendizaje práctico y el aprendizaje formal.
 - Estatus-prestigio.
 - Percepción que se tiene sobre cómo la comunidad o sociedad (lugar de residencia o de arribo) ve el oficio.
 - Percepción propia del oficio.
 - **Percepción de jerarquías internas dentro y fuera de la embarcación.**
-

Fuente: elaboración propia. Peláez, 2017.

En el cuadro anterior podemos distinguir rubros en negritas que, al momento de aplicar la guía, hicieron observables situaciones con intensa carga emocional, suscitando emociones específicas al narrar el proceso de trabajo dentro del barco pesquero, tales como la amargura, la nostalgia y el miedo (Peláez, 2019). Por ejemplo, durante la entrevista se preguntaba por aquello que valora el sujeto de la actividad que realiza o sobre su percepción respecto a las jerarquías y el estatus ocupado en el barco. Estos aspectos, que remiten a las relaciones de poder dentro de los espacios laborales, se observan a través de la emergencia o supresión de emociones, como el miedo que siente el capitán del barco encargado de dirigir la tripulación frente a eventos peligrosos como un ciclón. Otro ejemplo es la amargura que aparece tras días de aislamiento en el barco y es mal vista por los pescadores. Una persona amargada no tiene buena disponibilidad para trabajar o establecer relaciones con sus compañeros, lo que en situaciones de encierro puede generar riñas e influir en los niveles de captura de pesca. A través de la modalidad del relato de vida, el método biográfico fue un camino metodológico idóneo que permitió centrarse en el sujeto y las emociones que explican su recorrido biográfico en el marco de otras temporalidades superpuestas al pescador, y de procesos que impactan su trabajo, como el deterioro de los barcos y las regulaciones de pesca.

Como lo desarrollo en el último apartado de este capítulo, el tratamiento analítico de las narrativas se apega a la propuesta comprensiva (Kornblit, 2004) desarrollada por Daniel Bertaux (1983), la cual intenta rastrear patrones socio estructurales que permitan conectar diversos niveles de análisis a partir del ámbito biográfico. Las emociones fueron una ventana para observar las rupturas y continuidades que brindan sentido a un proceso ocupacional específico.

Por último, quisiera cerrar este apartado con dos acotaciones respecto a los tres puntos de encuentro con las emociones: la primera es recordar que el proceso de investigación social no es lineal, esto quiere decir que el planteamiento del problema es también un proceso que se afina con la primera recopilación de datos y una previa

vinculación teórica. Segunda, las preguntas de investigación no son fijas, pueden modificarse durante el trabajo de campo. El estudio de la dimensión emocional puede no estar contemplado al inicio del planteamiento del problema, pero con la primera entrada a campo y la recopilación de información puede llevar a la persona investigadora a formular preguntas donde las emociones sean centrales.

LA GESTIÓN EMOCIONAL DE LA INVESTIGADORA: UN DESAFÍO FRENTE AL MANUAL METODOLÓGICO

Una de las principales reflexiones metodológicas alrededor del método biográfico ha sido la relación entre quien investiga y los sujetos de estudio, especialmente durante la entrevista o inicio del trabajo de campo. Se ha reconocido que las personas investigadoras somos seres sociales impregnados de “emociones, intereses y prejuicios con los que nos relacionamos en la vida cotidiana, por lo que vale más hacer explícitas tales posturas y replantear nuestra relación con los sujetos de investigación” (Velasco y Gianturco, 2015). No obstante, este acto de reconocimiento como sujetos sintientes, cuyas emociones difícilmente pueden dejarse de lado, continúa sin reconocer que los procesos emocionales de quien investiga juegan un papel activo en la coproducción de conocimiento que se genera a partir del relato de vida.

Ferrarotti (2011) recupera el señalamiento de Spinoza, apuntando que la persona investigadora debe “no deplorar, no reír, no odiar, sino comprender” (p. 97). Desde esta mirada, el acto de comprender implica establecer distancia con nuestras emociones, incluso nuestra sensorialidad. Esta perspectiva, a pesar de reconocer la presencia de las emociones en quien investiga, mantiene el supuesto de que éstas nublan las miradas e impiden un acercamiento siguiendo las reglas del método y su lógica de investigación. Así, las emociones siguen soslayadas del mundo científico; se acepta que no pueden sacarse del cuerpo mismo, pero... hay que intentarlo. ¿Cómo? A través de una fuerte e intensa gestión emocional (Hochschild, 1979) sobre cómo lograr ser una persona investigadora empática mientras transcurre la entrevista.

ta e interactuamos con la persona entrevistada. Hochschild (1979) nos recuerda que las reglas emocionales dictan la forma apropiada de sentir en cada situación. Quien investiga aprende en las clases, las prácticas de campo y los libros de metodología las reglas del sentir que debe desarrollar para lograr una buena entrevista. Hay que ser empático, pero no tan efusivo, sin llorar o mostrar enojo o cualquier emoción que ponga en riesgo nuestra entrevista. Tenemos que aprender a gestionar nuestras emociones, lo que implica un trabajo emocional cuya finalidad es recolectar el dato más confiable. Ferrarotti (2011) señala que la persona investigadora que utiliza el método biográfico enfrenta un desafío: “entre los investigadores y los ‘objetos’ de la investigación debe instaurarse una relación significativa, una auténtica interacción [énfasis agregado] [...], en la investigación social todo investigador es también un ‘investigado’” (pp. 97-98).

Intentar entablar una interacción “neutral” es prescribir un modo de gestión emocional. Son normas y reglas del sentir que parten del supuesto de que eliminar las emociones del sujeto permite sortear las fronteras de las subjetividades que intervienen en la conducción del comportamiento “racional”. Las historias de vida necesitan de la confianza y la empatía de quien investiga por la sencilla razón de que necesitamos un espacio donde nos sintamos bien para abrir las puertas a nuestra intimidad y a nuestros recuerdos. La técnica de entrevista abre espacio para contar desde lo más cotidiano hasta aquello que se encuentra en los recovecos de la experiencia, incluyendo las rupturas biográficas. Narrar la vida o un episodio de ésta es en sí mismo una acción inherentemente emotiva, lo que demanda cierto comportamiento emocional por parte de la persona investigadora. Considero que comprender es un acto íntimamente emocional, que se plantea romper con las asimetrías de la interacción investigador-narrador. La narración es resultado de esta relación que se establece en la entrevista como un acto de interacción social, es una propiedad más (Barbalet, 2001). Éste es tanto un desafío como un aporte del método biográfico al estudio de la sociología de las emociones.

Desarrollamos habilidades emocionales a lo largo de la carrera académica. Detrás de las primeras entradas a campo hay un aprendizaje emocional que se incorpora al acervo de conocimiento sobre el quehacer de la investigación. Bourdieu (2007) nos recuerda que la entrevista es una relación social, un acto de violencia simbólica, ya que buscamos y nos acercamos al otro u otra con un objetivo: obtener información, cumplir con los puntos de la guía de entrevista, adentrarnos en los recovecos del relato. Adiestramos nuestros sentimientos de inquietud y generamos estrategias emocionales para aplanar —a través de un arduo trabajo emocional— las relaciones de poder en las que se enmarca la entrevista. En la siguiente tabla relato cómo establecí una relación de confianza con los pescadores, lo que implicó reconocermé desde mi condición de mujer y de un origen social distinto, con consecuencias sobre el tipo de narrativas construidas en la mutua percepción (Sabido, 2016).

El trabajo de campo implica un proceso de aprendizaje emocional por parte de la persona investigadora; la iniciativa de entrar a un espacio o explorar la vida de los otros, sean cercanos o desconocidos, supone explorar la experiencia de la gente, que es también emocional. Arditti, Joest, Lambert-Shute y Walker (2010) señalan que los sentimientos de quien investiga son parte influyente en el proceso de investigación, en la medida que son resultado de las interacciones y los contextos sociales. Desde su perspectiva, prestar atención a nuestras experiencias emocionales apoya el análisis del problema social estudiado, las emociones de quien investiga en relación con las de las personas entrevistadas son fuente de conocimiento (Arditti *et al.*, 2010). Detrás de cada entrevista lograda, de la lectura del diario de campo, de las fotografías, se encuentra un trabajo de gestión emocional de quien investiga. Gestionamos nuestros miedos, alegrías o cualquier emoción que nos permita acercarnos a la producción del relato o historia de vida, tal como lo he descrito desde mi propia investigación. Las emociones son elementos constitutivos de las relaciones sociales y el método biográfico brinda el acceso a este plano de la vida

social; requiere de un ambiente emocional donde prevalezca la confianza cuando se utiliza la técnica de entrevista.

Tabla 2
Una anécdota de campo: empatía y fotografía

El muelle pesquero Alfredo V. Bonfil es un espacio homosocial, en su mayoría lo habitan varones dedicados a algunas de las actividades pesqueras: pescadores, técnicos pesqueros, hombres que tejen sus redes, armadores, músicos, empresarios, entre otros. Las mujeres se dedican principalmente a la venta de alimentos en los puestos informales que recorren el muelle; algunas mujeres que transitan por ahí también se dedican a la prostitución, otras son trabajadoras que limpian pescado o laboran en las empacadoras y congeladoras de camarón. El muelle se ha concebido en el imaginario del puerto como un lugar “no apto” para mujeres, lugar de peligro. Una mujer ajena al espacio irrumpe el orden social cotidiano. Esto implicó que mi desplazamiento a lo largo del muelle se restringiera únicamente al puesto de comida de Mary, persona clave en la participación de mi investigación, quien me dejó sentarme en ese espacio para hacer las entrevistas. Mi inmovilidad respondía a un ordenamiento moral basado en el riesgo a mi seguridad de recorrer el muelle sola. Al pasar varias semanas, me di cuenta de que, para conectar y comprender los aspectos y experiencias que los pescadores compartían conmigo, necesitaba conocer el muelle, subirme a un barco o conocer los objetos de pesca, adentrarme al trabajo desde otros referentes materiales. Para cumplir con los fines de mi investigación, tenía que ampliar la muestra. Rápidamente había entrevistado a todos los pescadores que comían en el puesto de Mary. Decidí comprarme una cámara fotográfica para retratar los aspectos que me llamaban la atención en las narraciones de los pescadores: las técnicas de pesca, los aparatos electrónicos para pescar, los dispositivos de excluidores para salvar a las tortugas, las personas arreglando los barcos. Sin que fuera mi intención, los pescadores comenzaron a preguntarse quién era yo y qué hacía en el lugar, pensaban que era una periodista; la idea de que escribiera sobre sus vidas y fotografiara su trabajo fue una ventana para establecer un vínculo con ellos, una especie de negociación emocional entre el mutuo interés que marcaban nuestros encuentros en su espacio laboral. La experiencia con la cámara fotográfica me permitió acercarme a los pescadores y reconocer que, para llegar a esas narraciones, a esos relatos de vida, era necesario un aprendizaje emocional y corporal acerca de cómo establecer una relación con ellos. Desarrollé este conocimiento emocional durante el trabajo de campo. Un ejemplo es el espectro emocional por el que transité desde que llegué al muelle hasta mis actuales visitas a campo, que pasó del miedo a la empatía y la aceptación por parte de los pescadores al sentirse escuchados compartiendo sus experiencias, esperando que la investigación pudiera tener alguna injerencia en el cambio de sus precarias condiciones laborales.

Fuente: Peláez (2020).

PROCESAR LAS NARRATIVAS EMOCIONALES: ENTREVISTAS GRUPALES, ESCENARIOS Y GIROS DE INFLEXIÓN

En este último apartado el objetivo es presentar algo de la “cocina” de la investigación al analizar los datos. Este momento no es algo que se realiza al final del estudio; sino que la investigadora o investigador va armando su análisis preliminar y en ocasiones modifica su guía o estrategias de recolección. El método biográfico tiene la ventaja de la flexibilidad en su aplicación. En los siguientes subapartados presento tres estrategias implementadas a lo largo de la investigación. La primera es el empleo de escenarios emocionales durante la aplicación de la guía de la entrevista. Su construcción se hizo sobre la marcha del trabajo de campo, en un ir y venir entre la producción del dato y su análisis preliminar. La segunda son las entrevistas grupales. La tercera estrategia es el uso de los giros de inflexión, cuyo potencial analítico se identificó durante el momento de análisis, una vez cerrado el trabajo de campo.

Escenarios emocionales

La construcción de escenarios emocionales es una estrategia metodológica que consiste en pensamientos o situaciones sugeridas por quien investiga, que guían el imaginario de la persona entrevistada y no refieren a una situación concreta (Jalan, 2015), las cuales tienen la viabilidad de cimbrar la emotividad. Durante las primeras entrevistas que realicé en el muelle pesquero, un escenario constantemente mencionado eran las experiencias con huracanes y tormentas durante la pesca. Surgían como experiencias importantes con una fuerte carga emocional, especialmente frente al peligro de perder la vida. La identificación de este patrón me permitió rescatar estas vivencias y plantear escenarios de tormentas o huracanes para evocar dicha experiencia emocional en las siguientes entrevistas:

Pescador: A mí me tocaron cuatro ciclones afuera [...]. Yo iba en el timón y con los controles. Entonces, cae el huracán, si se iba el barco y se iba la pro-pela [...] ése era el problema, pues, ya no lo aguantaba... *te da miedo, mucho miedo, mucho miedo te da, pero, este, te resignas a que ya estás muerto, eh, te resignas de una forma, que es lo que me pasó... te quedas vacío, te quedas, eh, vacío, ya no, no eres, este, no eres gente, no eres humano, no eres... queda la pura alma [...].* Estás muerto en vida, y lo sabes: “de esto ya no voy a salir, ya no voy a salir, ya no voy a salir...” Eh, eh, y luego sin ayuda... los otros [pescadores] no sabían nada [...], todos mareados y *llorando y...yo llegué vacío.*

Al brindar a los pescadores una situación que remitiera a las experiencias con huracanes y tormentas, configuré un escenario recurrente en las narrativas que brindó acceso a la experiencia emocional en relación con el trabajo. En estos escenarios pueden suscitarse emociones o identificarse en la narración. Las tonalidades y cargas afectivas de ciertas experiencias dejan entrever, desde el relato, que las emociones configuran modos de ser, de existir, y que los sujetos dentro de su propia narración ensamblan otras relaciones sociales. El papel de la persona investigadora es tener la sensibilidad para rastrear los escenarios recurrentes que cobran relevancia dada la naturaleza emocional de toda estructura narrativa (Kleres, 2010). Dentro de este tipo de estrategia, es posible observar la riqueza del análisis de las emociones desde la interconexión temporal de la narración *in situ* con el recuerdo de lo vivido en el pasado.

La entrevista grupal como espacio de intercambio emocional

Los pescadores conviven entre ellos dentro de los barcos a la orilla del muelle. Mientras los reparan o esperan el inicio de temporada de pesca, se encuentran siempre juntos, trabajando o tomando un descanso. En ocasiones fue difícil entrevistar a las personas en un espacio donde sólo estuviera el entrevistado, lo que inicialmente me pareció una seria desventaja, pues se salía de la técnica propuesta; sin embargo, resultó sumamente enriquecedor en el momento del análisis. La en-

trevista individual se convertía en una discusión grupal donde participaban otros. Escuchar el relato de la vida laboral del otro apelaba a los compañeros de trabajo, pues muchas veces habían compartido la experiencia narrada. El diálogo colectivo adquirió fuerza emocional narrativa, pues, a partir del intercambio entre ellos y la investigadora, pudieron compartir experiencias y situaciones vividas. Surgió así un espacio idóneo donde la intersubjetividad y las percepciones se construían colectivamente.

Investigadora: ¿Cuáles creen que son las habilidades que debe tener un pescador?

Pescador 2: *Voluntad y voluntad. Más que nada acostumbrarte a la vida, porque hay muchas personas que a los días cambian de humor allá, no se acostumbran a andar allá y cambian de humor, se vuelven muy problemáticos. Gente que le gusta fumar y se le acaban los cigarros y se ponen de malas.*

Pescador 1: *A la hora de la hora, se enojan porque hay mucho camarón; ya quisieran que no saliera nada en el chango [red de pesca].*

Investigadora: ¿Se enojan de lo cansados que están?

Pescador 2: *Se cansa el caballo, todo el día y la noche, y madrugar.*

Investigadora: ¿Cómo le hacen para aguantar tanto?

Pescador 1: *Pues, aguantar y aguantar.*

Pescador 2: *Es que sí duermes y descansas ratitos, pero muy poco.*

La narración anterior tiene un componente emocional que ofrece varios aspectos para comprender cómo se ejerce el trabajo. Los pescadores establecen un diálogo que se complementa, dos visiones de un mundo compartido que entablan el intercambio de percepciones. La narrativa entrevé un oficio que demanda contención emocional, pues hay que “aguantar y aguantar” y tener disposición, “voluntad y voluntad”. “Acostumbrarse a la vida” es aprender a convivir con el mar, el barco y el humor de sus compañeros de trabajo.

Los entramados emocionales que dispara preguntar por las habilidades permiten reflexionar sobre la utilidad de pensar las narrativas como narrativas emocionales que se tejen en colectivo, preguntán-

donos por las condiciones y los actores humanos y no-humanos que intervienen no sólo en la significación de lo narrado, sino en el potencial para comprender cómo se entrelazan los diversos actores que configuran el oficio de la pesca; cada actor y entidad no-humana interviene desde su propio marco temporal. Las emociones, en cuanto narrativas (Kleres, 2010), permiten establecer también un conjunto de conexiones con múltiples entidades humanas y no-humanas (Latour, 2013; Tummons, 2020). La temporalidad en la narrativa, lejos de tener una estructura fija y secuencial predefinida, es resultado de la selección de elementos, con sus propias temporalidades (Latour, 2007).

Puntos de inflexión

Un recurso analítico que puede utilizarse en el método biográfico es identificar los puntos de quiebre (o inflexión) en el relato o historia de vida. Constituyen cambios drásticos que ocurren dentro de un corto periodo de tiempo, pero que tienen un impacto a lo largo de la trayectoria del individuo o del grupo (Bidart *et al.*, 2012; Abbott, 2001). Al ser momentos a los que el individuo otorga significación en su vida, vienen acompañados de intensas implicaciones afectivas. Los considero un recurso que permite identificar la vivencia emocional de los individuos cuando tienen situaciones de cambios que trastocan sus relaciones sociales con otros, con las organizaciones e instituciones, e incluso consigo mismos. En cuanto que suponen un fuerte cambio, no es de extrañar que la narración contenga un profundo componente emocional, aunque las emociones no se describan de forma explícita.

La cooperativa fue la principal forma de organización laboral de la pesca, hasta la década de los noventa. La crisis económica de los años ochenta trajo como resultado el aumento de las tasas de interés de los préstamos bancarios adquiridos por los pescadores para pagar sus barcos. El pago se hizo imposible y los pescadores perdieron sus buques. A lo anterior se sumó el proceso de privatización del sector pesquero y el debilitamiento de los vínculos con el Estado. Esta situación generó la desaparición de las cooperativas de pesca industrial y

la conversión de los pescadores en trabajadores eventuales. El evento es narrado por ellos como un punto de quiebre en su vida laboral:

Apenas me empezaba a embarcar, yo no fui socio de ninguna cooperativa [...], la mayoría [de los pescadores] no tenía ni la primaria; entonces se les vino todo a manos llenas, dinero...el gobierno se los dio [las embarcaciones], y ahora ya no tenemos porque esto se mueve con puros armadores [dueños particulares de los buques]. Nosotros somos los pescadores, pero los dueños manejan el negocio [...], y en el momento que quieran te despiden y te quedas sin trabajo. Antes no, todos los que eran pescadores eran dueños de los barcos, *pero como eran dueños querían hacer lo que se les antojaba y por eso acabaron con las cooperativas. El banco daba créditos, y todo nos lo gastamos hasta que se fue hundiendo, y ya no les alcanzaba para pagar a los bancos, a los proveedores, a los negocios, y se acabó; lo que hicieron los bancos fue recoger todo y desaparecieron las cooperativas.*

Un patrón en las narraciones con respecto a la pérdida de las embarcaciones en los relatos es la culpa hacia el propio gremio. En el caso del oficio de la pesca, el punto de inflexión supuso un cambio en la relación con el Estado, evento que en las entrevistas suscitó emociones complejas, tanto al momento de narrar como de recordar la emoción vivida. Si interpretamos el cambio en el esquema de relación con el Estado desde el punto de vista de Scheff (1988), el sentimiento de culpa da cuenta de los vínculos sociales que los pescadores establecían con el Estado. Durante esa época, el Estado mexicano se vinculaba con los sectores populares a través del clientelismo, tanto con las organizaciones campesinas como pesqueras. Los cambios en la forma de vinculación y en la organización laboral fueron vividos como responsabilidad y culpa colectiva por la situación laboral que padecen desde la última época del siglo xx hasta la actualidad. Una estrategia analítica es rastrear estos patrones de experiencia emocional a lo largo de los relatos de vida, vinculando la experiencia de los individuos a procesos socioestructurales.

CONCLUSIONES

El método biográfico es un camino metodológico útil para el estudio de las emociones desde una mirada sociológica. Tomar al individuo como principal nivel analítico permite recuperar lo social desde la dimensión emotiva. En las páginas anteriores exploré un recorrido del método y sus fases destacando el papel de las emociones. Partí de la idea de que la investigación social tiene diferentes puntos de encuentro con las emociones para llegar a las estrategias analíticas que me han sido útiles y forman parte de mi experiencia investigativa desde la sociología de las emociones y el giro ontológico que recupera lo no humano en la producción social.

Vincular lo biográfico con lo emocional involucra un desafío epistémico al plantear el conocimiento de lo social desde las diversas aristas emocionales que configuran las relaciones y prácticas sociales. Esto conlleva reflexionar también sobre la propia experiencia biográfica como investigadoras sociales, situarnos desde las intersecciones, privilegios y desigualdades que median la entrada y acercamiento a los espacios y sujetos de estudio. Si las emociones se distribuyen de forma diferenciada en la estructura social (Turner, 1999), las condiciones de género, clase, raza, etnia, edad producen relaciones afectivas diferenciadas con quienes nos relatan sus vidas. La entrevista es una interacción social que también es emocional: la persona investigadora se plantea gestionar las emociones que acompañan la planeación del trabajo de campo y procura establecer un espacio de confianza con el otro. Que sean receptivas frente a quien narra su vida implica una ardua labor emocional de empatía y de reconocimiento de las emociones que emergen como parte del relato, y de las que nos sacuden, pero suscitan una oportunidad analítica. Así, mis lágrimas acompañaron la escucha y transcripción de las entrevistas grabadas, confrontando mi propia experiencia emocional al escuchar el miedo ante la posibilidad de perder la vida en altamar, la culpa por perder los barcos, la amargura y el enojo por saberse distantes de casa. Recordando de nuevo a Ferraroti (2011): en el método biográfico todo

investigador es también investigado. Esto implica recuperar nuestras emociones como partícipes en la construcción de conocimiento en las ciencias sociales.

REFERENCIAS

- Abbott, Andrew (2001). *Time Matters. On Theory and Method*. Chicago/Londres: University of Chicago Press.
- Arditti, Joyce A.; Karen S. Joest; Jennifer Lambert-Shute; Latanya Walker (2010). "The Role of Emotions in Fieldwork: A self-study of Family research in a correction setting" [en línea]. *The Qualitative Report* 15 (6): 1387-1414. Disponible en <<http://www.nova.edu/ssss/QR/QR15-6/arditti.pdf>>
- Ariza, Marina (coordinadora) (2016). *Emociones, afectos y sociología: diálogos desde la investigación social y la interdisciplina*. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Barbalet, Jack M. (2001). *Emotion, Social Theory and Social Structure: A Macrosociological Approach*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bericat Alastuey, Eduardo (2012). "Emociones" [en línea]. *Sociopedia.isa*: 1-13. DOI <10.1177/205684601261>
- Bertaux, Daniel. (1983). "The Bakers of France". In *History Today* 33 (6): 33-37.
- Bertaux, Daniel, e Isabelle Bertaux Wiame (1993). "Historias de vida del oficio del panadero". En *La Historia Oral: Métodos y experiencias*, editado por José Miguel Marinas y Cristina Santamarina, 231-250. Madrid: Debate.
- Bidart, Claire; María Eugenia Longo; y Ariel Mendez (2012). "Time and Process: An Operational Framework for Processual Analysis" [en línea]. En *European Sociological Review*, 29 (4): 743-751. Disponible en <<https://doi.org/10.1093/esr/jcs053>>
- Bourdieu, Pierre (2007). *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Boyatzis, Richard E. (1998). *Transforming qualitative information: Thematic analysis and code development*. Thousand Oaks: Sage Publications, Inc.
- Demaziere, Didier (2006). "Ni tiempo vacío ni sobrante de tiempo: el desempleo como prueba fragmentada". *Revista de Trabajo*: 43-52.
- Ferraroti, Franco (2011). "Las historias de vida como método". *Acta Sociológica* 56: 95-199.
- Hochschild, Arlie (1979). "Emotion Work, Feeling Rules and Social Structure" [en línea]. En *The American Journal of Sociology* 85 (3): 551-575. Disponible en <<https://www.jstor.org/stable/2778583>>

- Jalan, Ishan (2015). "Researching dark emotions". En *Methods of exploring emotions*, editado por Helena Flam y Jochen Kleres, 81-89. Londres/Nueva York: Routledge.
- Kleres, Jochen (2010). "Emotions and Narrative Analysis: A Methodological Approach". *Journal for the Theory of Social Behaviour* 41 (2): 182-202.
- Kornblit, Ana Lía (coordinadora) (2004). *Metodologías cualitativas: modelos y procedimientos de análisis*. Buenos Aires: Biblos.
- Latour, Bruno (2005). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Oxford: Oxford University Press.
- Latour, Bruno (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Oxford: Oxford University Press.
- Latour, Bruno (2013). *An inquiry into modes of existence*. Londres: Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.
- Mancini, Fiorella (2016). "Emociones en riesgo: miedo, vergüenza y culpa en tiempos de incertidumbre laboral". *Emociones, afectos y sociología: diálogos desde la investigación social y la interdisciplina*, coordinado por Mariana Ariza, 193-240. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- McCulloch, Gary (2004). *Documentary Research in Education, History, and the Social Sciences*. Londres/Nueva York: Routledge Falmer.
- Peláez González, Carolina (2017). *Vivir entre mar y tierra: cambio social y continuidad del oficio de la pesca industrial del camarón en Sinaloa*. Tesis de doctorado en Ciencia Social con Especialidad en Sociología. Ciudad de México: Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.
- Peláez González, Carolina (2019). "Navegar entre los saberes del oficio de la pesca: un acercamiento desde las emociones y el ámbito corpóreo-sensible". En *Los sentidos del cuerpo: el giro sensorial en la investigación social y los estudios de género*, coordinado por Olga Sabido Ramos, 113-134. Ciudad de México: Centro de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Peláez González, Carolina (2020). "Vivir entre mar y tierra: geografías marítimas desde el conocimiento háptico" [en línea]. *Digitum* 25: 1-11. Disponible en <<http://doi.org/10.7238/d.v0i25.3207>>
- Ragin, Charles C. (2007). *La construcción de la investigación social. Introducción a los métodos y su diversidad*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores/Universidad de los Andes.
- Ramos, Mariana (2020). "Interacción sociodigital y emociones: el uso juvenil de los emojis". En *Las Emociones en la vida social: miradas sociológicas*, coordinado por Marina Ariza, 325-360. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.

- Sabido Ramos, Olga (2016). "Cuerpo y sentidos: el análisis sociológico de la percepción" [en línea]. *Debate Feminista* 51: 63-80. Disponible en <<https://doi.org/https://doi.org/10.1016/j.df.2016.04.002>>
- Sabido Ramos, Olga (2021). "El giro sensorial y sus múltiples registros. Niveles analíticos y estrategias metodológicas". En *Etnografías desde el reflejo: práctica-aprendizaje*, coordinado por Betzabé Márquez y Emmanuel Rodríguez, 243-276. Ciudad de México: Dirección General de Apoyo al Personal Académico, Centro de Estudios Antropológicos, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Sautu, Ruth (compiladora) (1999). *El Método biográfico: la reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Austin: Universidad de Texas/Editorial de Belgrano.
- Scheff, Thomas J. (1988). "Shame and Conformity: The Deference-Emotion System" [en línea]. *American Sociological Review* 53 (3): 395-406. Disponible en <<https://doi.org/10.2307/2095647>>
- Scribano, Adrián (2020). "El amor filial como práctica intersticial: una etnografía digital" [en línea]. En *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales* 47 (2): 129-151. Disponible en <<https://www.redalyc.org/journal/2971/297169399006/>>
- Tummons, Jonathan (2020). "Ontological Pluralism, Modes of Existence, and Actor-network Theory: Upgrading Latour with Latour" [en línea]. *Social Epistemology* 35 (1): 1-11 doi <10.1080/02691728.2020.1774815>
- Turner, Jonathan H. (1999). "Toward a General Sociological Theory of Emotions". En *Journal for the Theory of Social Behavior* (29): 132-62.
- Velasco, Laura, y Giovanna Gianturco (2015). "Migración internacional y biografías multiespaciales: una reflexión metodológica". En *Métodos cualitativos y su aplicación empírica: por los caminos de la investigación sobre migración internacional*, coordinado por Marina Ariza y Laura Velasco, 115-150. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de la Frontera Norte.

IV. EL ANÁLISIS DE DISCURSO Y LA DIMENSIÓN EMOCIONAL

Aproximación discursiva al estudio de las emociones

Silvia Gutiérrez Vidrio

Margarita Reyna Ruíz

INTRODUCCIÓN

En los debates sobre el modo de abordar los fenómenos sociológicos, particularmente el de las emociones, el papel del lenguaje ha sido considerado de forma muy restringida; es decir, se menciona su importancia, pero no se especifican pasos metodológicos concretos de cómo analizar las diferentes funciones que éste puede desempeñar. De ahí que el propósito de este capítulo sea presentar una aproximación teórico-metodológica al estudio de las emociones, la cual parte del reconocimiento del papel central que juega el lenguaje, en sus diferentes manifestaciones (oral, visual, sonoro, gestual, etc.), en su construcción, expresión y reconocimiento.

Asimismo, nos proponemos relacionar ciertos estudios desde la perspectiva discursiva de las emociones con algunos de los aportes de la sociología de las emociones y mostrar cómo en ciertos casos se complementan e iluminan aspectos relevantes. Este tipo de análisis, aunque se focaliza en la dimensión discursiva, puede capitalizar recursos que permiten explicar algunos fenómenos sociales. Dada la naturaleza compleja de la emoción, la perspectiva que hemos adop-

tado puede ser considerada como un acercamiento interdisciplinario al estudio de la emoción en el discurso.

A partir de ahí, exponemos algunos planteamientos y procedimientos metodológicos para mostrar la utilidad del enfoque y lo que permite captar, comparado con otras perspectivas metodológicas para el estudio de las emociones. Algunos de estos procedimientos son ilustrados con el análisis multimodal de una breve narración audiovisual que circuló en la red sociodigital TikTok.

LAS EMOCIONES COMO EXPERIENCIAS CONSTRUIDAS Y COMPARTIDAS SOCIALMENTE

Iniciamos este apartado delimitando lo que entendemos por emociones y cómo esta visión es compatible con la mirada de la sociología que las estudia. Desde nuestro punto de vista, las emociones son una dimensión insoslayable de la vida social, permiten establecer vínculos sociales, participan de un sistema de sentidos y valores que son propios de un conjunto social; es decir, partimos de considerarlas como experiencias construidas y compartidas socialmente.

Esta conceptualización es compatible con algunos planteamientos de la sociología de las emociones (Hochschild, 1979; Scheff, 1990; Thoits, 1989) que nos parecen fundamentales. Uno de ellos es que la mayor parte de las emociones humanas se nutren y tienen sentido en el marco de nuestras relaciones sociales, de ahí que el objeto propio de este acercamiento sea estudiar la dimensión social y emocional del ser humano. Además, están cargadas de significados, de sentidos anclados en contextos sociohistóricos específicos, entre cuyas dimensiones merece la pena señalar la normativa, la expresiva y la política (Hochschild, 1979).

Al considerar las emociones como fenómenos sociales culturalmente contruidos,¹ es fundamental reconocer el papel que desempeña el discurso en dicha construcción, el cual es considerado como una práctica social² que permite interpretar las emociones como algo que ocurre al interior de la vida social y que tiene efectos en ella. Al respecto, Lutz y Abu-Lughod (1990) señalan la necesidad de reconocer la fuerza pragmática del discurso emocional y el carácter social de la emoción con el fin de mostrar “cómo en el centro de los discursos sobre la emoción y los discursos emocionales (como despliegues emocionales de las formas lingüísticas) suelen estar las cuestiones sociales” (p. 13). Además, el discurso sobre las emociones resalta cómo éstas y los estados emocionales se representan y se hablan discursivamente; además, se asocia con la capacidad de percibir e interpretar las manifestaciones emocionales de los demás (Katriel, 2015).

PARTICULARIDAD DEL ACERCAMIENTO DISCURSIVO AL ESTUDIO DE LAS EMOCIONES

La comunicación explícita o implícita de las emociones en el discurso y en las interacciones ha sido estudiada desde distintas vertientes metodológicas del análisis del discurso (Plantin, 1998; Amossy, 2000; Plantin y Gutiérrez, 2009; Charaudeau, 2011; Plantin, 2014 [2011]; Arnoux y Di Stefano, 2018; Alba-Juez y Mackenzie, 2019). Estas líneas iluminan ciertos aspectos de la relación entre emoción y discurso y proponen procedimientos concretos para analizarla.

Para varios analistas del discurso, el punto de partida al hablar de las emociones es el concepto de *pathos*, el cual, desde la retórica aris-

¹ Adoptar esta perspectiva no implica dejar de reconocer que las emociones tienen varios componentes, entre ellos el cognitivo, el fisiológico y el conductual.

² La corriente de análisis del discurso a la que nos adscribimos lo concibe como una práctica social inmersa en relaciones de poder y por medio de la cual se expresan diferentes posiciones. Remite no sólo a situaciones y roles intersubjetivos en el acto de comunicación, sino también y sobre todo a lugares objetivos en la trama de las relaciones sociales.

totélica, es uno de los tres tipos de operaciones que buscan suscitar la persuasión (además de *logos* y *ethos*). A partir del concepto retórico de *pathos* se funda el primer tratamiento sistemático de la emoción en el discurso, el cual remite a las estrategias que el enunciador emplea para producir un efecto emocional en el auditorio. La racionalidad argumentativa de la retórica siempre ha incluido el estudio de las emociones como elemento fundamental del proceso persuasivo. Algunos de los planteamientos y propósitos de Aristóteles (*Retórica II*) siguen vigentes, ya que proponían indagar en lo que puede conmover, conocer la naturaleza de las emociones y lo que las suscita, así como preguntarse a qué sentimientos el alocutario accede particularmente de acuerdo con su estatus, su edad, etcétera (Gutiérrez, 2010).

Otra particularidad del enfoque discursivo es que los analistas han rechazado la concepción de la emoción como perturbación y desorden (Walton, 1992; Plantin, 1998; Amossy, 2000; Belli, 2009; Gilbert, 2010; Charaudeau, 2011), y han optado por una conceptualización que enlaza a la emoción con la racionalidad (Gutiérrez, 2022).

Algunos de los análisis recientes sobre las emociones han destacado que éstas no pueden ser reducidas a sensaciones puras, a reacciones simples o pulsiones. Ese reconocimiento ha llevado a que la dicotomía razón vs. emoción suscite numerosas objeciones, y a reformular profundamente las explicaciones de los mecanismos de la acción humana y las descripciones de la vida interior o subjetiva (Barbalet, 2001). Por tanto, consideran la emoción como un elemento necesario de la racionalidad de las personas que es importante reconocer e investigar para identificar las formas en que los actores se posicionan frente a las diversas proposiciones y discursos que configuran los sistemas culturales y sociales en la vida cotidiana.

Otra de las contribuciones al estudio de las emociones desde los campos de la pragmática³ y el análisis conversacional⁴ las ha puesto de relieve como base fundamental para la interacción. Esto es debido a que, como señala Kerbrat-Orecchioni (2000), una propiedad incuestionable de la emotividad en el lenguaje es su carácter interactivo, de ahí que sea necesario prestar atención a la expresión de las emociones que implica una adaptación al “Otro” y a la situación comunicativa; es decir, la puesta en obra incesante de mecanismos de regulación, de intersincronización y de negociación entre los interactuantes. Este tipo de estudios pueden ser enriquecidos a partir de los planteamientos de Hochschild (1979) en relación con las reglas del sentir. En cada cultura existen reglas que los seres humanos seguimos para encajar en la sociedad. Además, las emociones son contagiosas,⁵ en cuanto que al ser expresadas tienden a ser comunicadas, compartidas, negociadas y co-construidas; el interlocutor bien puede rechazarlas o aceptarlas y ayudar en su elaboración (Gutiérrez y Plantin, 2010).

El estudio de la regulación de las emociones en contextos interaccionales, los cuales implican consenso, disenso y negociación, contribuye a comprender lo que está en juego en la expresión de la emoción y la construcción de las posturas emocionales como un proceso que da forma y está formado por el contexto interaccional (Peräkylä y Sorjonen, 2012). Estos planteamientos muestran que entre este acerca-

³ La pragmática es la rama de la lingüística que “estudia los factores que regulan el uso del lenguaje en la interacción social, y los efectos que este uso produce en los demás” (Crystal, 1994: 120).

⁴ El análisis conversacional se enmarca en el enfoque etnometodológico iniciado por Harold Garfinkel en los años sesenta y se centra en el análisis de la organización de la comunicación oral en los intercambios cotidianos (Heritage, 1991).

⁵ Desde la sociología de las emociones se ha estudiado la noción de contagio emocional, el cual permite explicar la tendencia automática (inconsciente) a imitar y sincronizar diferentes tipos de expresiones con las de otras personas y a converger emocionalmente con ellas (Ariza y Gutiérrez, 2020) (véase los capítulos de García-Andrade y Mercadillo en este volumen).

miento discursivo y la sociología de las emociones existen desarrollos similares y complementarios.

En el acercamiento discursivo al estudio de la emoción, otro concepto central es el de pragmática de la emoción, dado que en su análisis es necesario tomar en cuenta la enunciación en contexto; es decir, remitir a las condiciones de producción del discurso.⁶ Por pragmática de la expresión emocional se entiende la incorporación de la situación en contexto; esto es, el acontecimiento inductor de la emoción, los objetivos del intercambio discursivo, así como las transformaciones elementales de las disposiciones a la acción del locutor. En este nivel intervienen sistemáticamente “las emociones inherentemente ligadas a las situaciones, a la adopción de un rol (discursivo o social) con la postura emocional *ad hoc*” (Plantin y Gutiérrez, 2009: 493).

En relación con los procedimientos básicos del acercamiento discursivo a las emociones, los analistas del discurso han explorado la relación entre emoción y discurso para estudiar su naturaleza como una actividad significativa, las diferentes maneras de comunicarla, la orientación emocional de un discurso,⁷ su reconstrucción a partir de indicios emocionales específicos y de reglas precisas, entre otras cuestiones. Se ha demostrado que los procesos, los determinantes y las consecuencias de las emociones se desarrollan, en gran parte, en la interacción a través del lenguaje (Belli, 2009). Se ha discutido si se pueden localizar en el lenguaje o si a través del lenguaje se accede a las emociones. Cabe aclarar que, al referirnos al lenguaje, no solamente estamos hablando del lenguaje verbal, sino de sus diferentes manifestaciones, sean visuales, auditivas, corporales.

⁶ Un planteamiento fundamental del análisis del discurso es que antes de iniciar el análisis es necesario reconstruir sus condiciones de producción: las institucionales, es decir, los soportes dentro de los cuales se produce y se recibe el discurso; las ideológico-culturales, que implica asumir que el discurso remite implícita o explícitamente a un sistema de representaciones y de valores; las histórico-coyunturales, que refieren a la situación social específica en que se genera un discurso.

⁷ Ésta puede ser leída o inferida a partir de la actividad verbal o de otros medios de expresión.

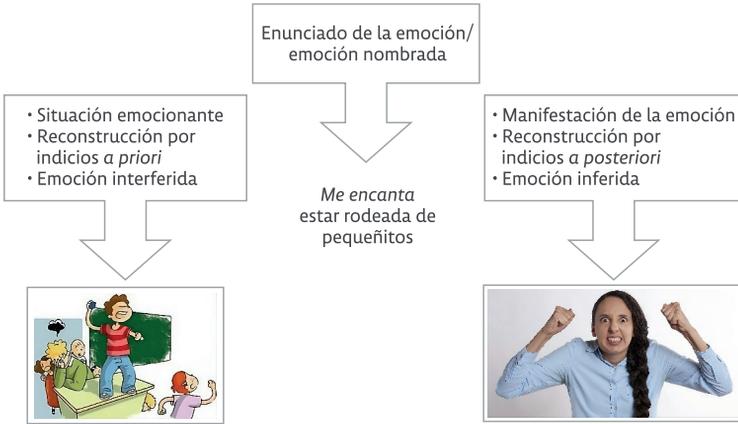
En el análisis del discurso existen varios procedimientos para identificar la expresión de la emoción desde diferentes perspectivas; en este caso, nos centramos en aquellas que tienen como propósito captar ya sea el polo expresivo-enunciativo (cómo se expresa o enuncia la emoción), el pragmático (la situación o acontecimiento inductor de la emoción) o el comunicativo-interactivo (la comunicación interpersonal). Si bien cada propuesta tiene sus particularidades, existe cierto consenso sobre algunos procedimientos esenciales.

Desde la perspectiva del discurso, es necesario distinguir la emoción vivida (lo que se siente) frente a la expresada (lo que se verbaliza) y a la suscitada (lo que se activa) (Kerbrat-Orecchioni, 2000). Tomando en cuenta esta diferenciación, un procedimiento esencial en el análisis discursivo de la emoción es identificar si está explícitamente enunciada o si más bien tiene que ser reconstruida. Para identificar la localización directa de las emociones, Plantin (1998, 2014) ha propuesto el concepto de “enunciado de emoción”, el cual une a un experimentador con un término de ésta (“estaba furiosa”), puede incluir también la fuente de la emoción (“esto me enfurece”);⁸ mientras que la localización indirecta o reconstrucción se logra a partir de los indicios situacionales y de expresión.

También es necesario identificar quiénes experimentan la emoción; es decir, “los experimentadores”, tanto concretos como potenciales; y ubicar qué emociones son atribuidas a quién, dado que en el proceso comunicativo están las emociones del enunciador y las emociones del enunciatario (Plantin, 2014 [2011]). Este procedimiento es de suma importancia porque, como se mencionó, es necesario ubicar claramente la emoción vivida, la expresada y la suscitada, lo cual implica diferentes tipos de experimentadores.

⁸ Plantin (2014) sugiere hablar de fuente de la emoción y no de estímulo para subrayar el hecho de que no tiene que ver con una causalidad material, sino con una construcción lingüística (p. 171).

Diagrama 1
Acceso directo e indirecto a la emoción



Fuente: Basado en Plantin, 2014.

Desde una perspectiva de la ciencia del lenguaje, se han estudiado ciertos recursos lingüístico-textuales que favorecen la construcción del discurso emocional, considerando que los procedimientos del lenguaje que portan carga emotiva, al menos potencial, son de muy diversa índole;⁹ asimismo, se recurre al análisis de figuras retóricas que permiten captar, entre otras cuestiones, la intensidad de la enunciacón de la emoción.

Si bien en los acercamientos al estudio de las emociones en el discurso se parte de datos que provienen del orden comunicacional y lingüístico; es decir, de lo que la gente dice experimentar, que los otros experimentan, por qué y cómo llegan a esa conclusión; en el caso de los nuevos soportes digitales es necesario incorporar otros indicios que significan la emoción, como los visuales, corporales y sonoros.

⁹ Éstos van desde el uso de diminutivos, superlativos y estructuras repetitivas y comparativas, hasta el uso de la deixis, por ejemplo, el empleo de los pronombres personales. Véase el texto de Gina Zabłudovsky (2020) quien, desde una perspectiva sociológica, señala la importancia del uso de los pronombres en diferentes contextos.

Para poder captar estas diferentes maneras en que se significa la emoción, es de gran utilidad el análisis multimodal. El principio básico de la teoría de la multimodalidad (Kress y Van Leeuwen, 2001) parte del supuesto de que un texto no comunicará su verdadero sentido sin una apreciación de todos los modos de significación que pone en juego. Por modo se entiende, en este caso, un recurso semiótico (verbal, icónico, sonoro, corporal, etcétera) que se emplea para comunicar determinado(s) significado(s). Para identificar la emoción que se transmite o suscita en los diferentes modos se puede extraer, por ejemplo, en el modo sonoro, las características globales relacionadas con el tono y el énfasis de la voz; en el gestual y corporal, las expresiones faciales y la postura corporal, que pueden indicar el estado de ánimo emocional; en el modo visual, las herramientas técnicas utilizadas; por ejemplo, los ángulos y planos de cámara para crear diferentes efectos que pueden ser dramáticos, humorísticos, destacar la magnificencia de un objeto o persona, o transmitir miedo o tranquilidad.

CONSTRUCCIÓN ARGUMENTATIVA DE LAS EMOCIONES

Dos perspectivas analíticas que consideramos esenciales para el estudio de la emoción en el discurso son la argumentación y la narración. Las interacciones argumentativas son objetos idóneos para emprender el estudio de la emoción en el discurso, porque en este modo de organización del discurso la gente se involucra profundamente en lo que dice, tal vez más que en cualquier otra forma de producción discursiva, y porque la argumentación implica el disenso y por tanto la posibilidad de la contra argumentación (Plantin, 1998, 2014 [2011]).

Argumentar consiste en aportar razones para defender una opinión y convencer a un interlocutor para que piense o actúe de una determinada manera. El convencimiento es mucho más efectivo cuando se logra conmover (emocionar) al destinatario en el sentido planteado por el emisor. En la argumentación, los oradores formulan los motivos por los que sienten (o no) una emoción particular y las razones

por las cuales debería ser (o no) legítimamente experimentada (Micheli, 2011).

En términos argumentativos, las emociones son, a la vez, recurso, signo y actividad significativa manifestada estratégicamente, que entran en un proceso comunicacional controlado y gestionado por los participantes. Siguiendo a Plantin (2014 [2011]), emocionar es hacer el *framing* (el enmarcado), llevando al interlocutor a posicionarse en relación con el dato formateado como emocionante; en otras palabras, es una forma de llevar a sentir algo a través del encuadre discursivo (p. 218).

Cuando las emociones son vistas como objeto de la argumentación (Micheli, 2008), los oradores no apelan tanto a las emociones, sino más bien formulan los motivos por los que sienten (o no) una emoción particular y por qué esta emoción debería (o no) ser legítimamente experimentada. Esta idea pone de relieve cómo en diferentes contextos argumentamos lo que sentimos o lo que otros deberían sentir. La argumentación necesita emociones y las emociones necesitan de la argumentación, ya que es por la vía de la primera que, en general, las emociones se producen y sostienen.¹⁰

Plantin (2014 [2011]) propone ciertos aspectos cruciales que agrupa en la noción de construcción argumentativa de las emociones, efectuada por un locutor que se dirige a un oyente: su construcción lingüística, el anuncio o duda de la emoción anunciada, el desacuerdo sobre ésta, su justificación, entre otras.

Cabe destacar que la argumentación también ha sido estudiada en el ámbito de lo visual. Siguiendo a Groarke (2002), a través del lenguaje visual se pretende informar, describir personajes y ambientes, otorgar puntos de vista de los personajes y del narrador (p. 138), y con ello reforzar un discurso verbal para persuadir y convencer a los destinatarios. Esto se puede lograr por medio del encuadre, el color y los

¹⁰ De acuerdo con Plantin (2014), “La realidad discursiva de las emociones aparece con una evidencia particular cuando la emoción no está solamente en el debate sino en debate” (p. 209).

efectos visuales que tienen el propósito de influir en la percepción de la audiencia, en la cual las emociones juegan un papel fundamental.

La metáfora como enmarcamiento afectivo

En la argumentación y en el discurso en general, también es necesario identificar ciertos mecanismos discursivos que permiten ubicar la intensidad de la presentación de la emoción. Parte de éstos son las expresiones metafóricas que describen o evocan emociones de forma figurada.

Las metáforas emocionales son recursos conceptuales de carácter figurado que están disponibles para su empleo discursivo en función de intenciones subjetivas y metas personales en contextos sociales. Evocan¹¹ conceptos aprendidos y guían el cerebro para que establezca conexiones de forma rápida, con lo cual se logra comprender un nuevo concepto en menos tiempo, ahorrando esfuerzo y energía.¹²

Existen contextos en los que el uso de la metáfora es más recurrente, como sucede en el lenguaje emocional; es decir, aquel que tácticamente o explícitamente procura incidir en el ánimo de los oyentes en el sentido señalado por Aristóteles. Como enfatiza Kövecses (2003): “La característica más conspicua del lenguaje emocional [...] es su naturaleza metafórica y metonímica” (p. 191). A través del enmarcado y re-enmarcado de un hecho en otro, las metáforas redireccionan e intensifican las actitudes afectivas respecto al objeto de focalización (Ervás, Gola y Rossi, 2015).

Edwards (1999) plantea que el discurso emocional incluye “no sólo términos como ira, sorpresa, miedo, y así sucesivamente, sino tam-

¹¹ Desde la perspectiva (cognitivo-lingüística) de Lakoff y Johnson (1980), una metáfora no es tan sólo un mecanismo lingüístico utilizado con fines literarios (poéticos), sino que constituye el proceso conceptual de entender algo en términos de otra cosa.

¹² Para Strauss y Quinn (1997), recurrir a la metáfora en el habla cotidiana representa un esfuerzo de clarificación de lo que se intenta comunicar, y es posible en virtud de que los interlocutores comparten un universo de significado que guía la selección del tropo en cuestión.

bién un rico conjunto de metáforas” (p. 279), de ahí que las metáforas emocionales pueden ser consideradas “recursos conceptuales que, cuando se producen en cualquier idioma, cualquiera que sea la base metafórica, están disponibles para el despliegue discursivo” (p. 280). Una interacción metafórica, por ejemplo, no tiene una predisposición patémica inherente, pero sí es susceptible de trasladar la fuerza emotiva de un dominio a otro (Ariza y Gutiérrez, 2020). La metáfora, tanto verbal como visual y audiovisual, es uno de los recursos conceptuales más utilizados para comunicar o evocar emociones.

Las metáforas visuales son imágenes empleadas para transmitir alguna conclusión o idea figurativamente (Groarke, 2002). Presentan afirmaciones acerca de algo (el estado del mundo, la guerra) retratándolo como otra cosa (alguien con dolor de muelas) y atribuyéndole características que pertenecen a algo más. Esta es una clase importante de expresión visual, pero no es la única. En otros casos, las imágenes visuales que juegan un rol en la argumentación no son metafóricas, sino, antes bien, simbólicas; imágenes particulares que toman el lugar de entidades que representan convencionalmente (una cruz, al cristianismo; una calavera, la muerte, etcétera) (Groarke, 2002).

NARRACIONES VERBALES Y AUDIOVISUALES: FUENTE PARA EXPRESAR Y RECONSTRUIR EMOCIONES

Las narraciones verbales y audiovisuales pueden ser consideradas como fuente para expresar y reconstruir emociones. Los acontecimientos narrados conmueven cuando sus consecuencias afectan los intereses, normas y valores del (potencial) experimentador (Plantin, 2014 [2011]). Los narradores pueden inducir emociones por el hecho de mostrar que tal o cual asunto tendrá consecuencias decisivas, positivas o negativas, para los oyentes. Es más, se podría argumentar que las narrativas tienen intrínsecamente una estructura emocional y que la experiencia humana contiene una estructura narrativa crucial (Kleres, 2010). Esta última está organizada en un orden temporal y secuencial; es decir, los antes y después. Los relatos se componen

de una serie de segmentos narrativos concretos que describen fases de los eventos. Una noción que resulta interesante es que las emociones están incrustadas en las narrativas y de hecho son aprendidas socialmente a través de narrativas o relatos (Kleres, 2010). De lo anterior se puede inferir que los elementos narrativos de un relato configuran la experiencia emocional.

La gente narra experiencias emocionales y problemáticas con frecuencia para expresar emociones, para entenderlas y para compartir la experiencia, esperando que les ayude a hacer frente al evento y a las emociones que provoca (Habermas, 2019).

Para Edwards (1999), la clave del discurso emocional es su despliegue dentro de la narrativa y la retórica. Tanto la secuencia narrativa como el contraste retórico son formas de hablar de las cosas, formas de construir el sentido de los acontecimientos, y orientan los órdenes normativos y morales, así como la responsabilidad y culpa, la intencionalidad y evaluación social.

En las narraciones, ya sean verbales o visuales, no es solamente la situación la que induce la emoción en la interacción, sino también la descripción que se hace de ésta. Es el sentido co-construido, y no el acontecimiento referido en bruto, el responsable de la emoción.

Dado que en el curso de la narración es importante reconocer las modulaciones codirigidas que atraviesan las emociones, la noción de “recorrido emocional” (Plantin, 2014 [2011]) es de gran utilidad para captar las distintas trayectorias que llevan a cabo los interactuantes. Así se puede describir el que lleva a cabo, por ejemplo, el narrador y narratario o el entrevistado y el entrevistador.

Otro mecanismo narrativo que también es útil es la identificación de las narraciones ejemplares o ejemplificadoras. La fuerza persuasiva de este tipo de narraciones reside en su eficacia pragmática, en su carácter de relato, y la clave de su uso está en la manera como los individuos responden a las emociones percibidas en otros. Éstas pueden desencadenar una conclusión afectiva esperada y unificar la reacción emocional, ya sea individual o colectiva (Ariza y Gutiérrez, 2020).

CASO EMPÍRICO: DISCURSOS TESTIMONIALES EN TIKTOK DURANTE LA PANDEMIA POR SARS-COV-2

El análisis de la emoción en los entornos digitales nos obliga a investigar su expresión de manera verbal, icónica y tipográfica, y a considerar estos entornos como discursos multimodales en los que se da el entrecruzamiento de distintos recursos semióticos. Son varias las líneas de investigación que actualmente estudian las emociones en entornos digitales, entre ellas: como recursos en el trabajo identitario del usuario y el uso de emoticones para comunicar estados de ánimo (Ramos, 2021, 2020); como *performance* del habla cotidiana en entornos digitales (Belli, Harré e Iñiguez, 2010); la incorporación de la emoción en aplicaciones tecnológicas de grandes bases de datos para estudios discursivos; el análisis de ciertos *hashtags* (#) para identificar qué emociones se suscitan, qué estímulo las provoca y con qué objetivo y de qué modo se comunican. En nuestro caso, nos centramos en el análisis de los indicios emocionales que permiten reconstruir e inferir las emociones expresadas en entornos digitales. Para ello retomamos el carácter narrativo del tiktok seleccionado, ya que los elementos narrativos de un relato configuran la experiencia emocional, la reconstrucción de la expresión (explícita e implícita) de las emociones (Plantin, 2014 [2011]), así como la movilización de distintos recursos semióticos (análisis multimodal).

Para mostrar cómo se expresan las emociones y cómo pueden ser identificadas a partir de las herramientas que nos provee el análisis de discurso previamente presentadas, y cómo son retomadas para el estudio de un material multimodal, tomamos como ejemplo el análisis de una breve narración audiovisual que circuló en la red socio-digital TikTok, en la que se relata cómo fue vivida la pandemia en México por algunos usuarios de esta red.

TikTok surgió en 2016, pero el crecimiento exponencial que alcanzó durante el confinamiento¹³ modificó su uso; pasó de ser una red donde se suben contenidos audiovisuales fundamentalmente musicales a circular videos breves que tratan temas variados, entre ellos, pequeñas historias de cómo fue vivida la pandemia por los usuarios de esta red. En ésta han circulado todo tipo de relatos y anécdotas personales, familiares, chuscas; pero también aquellas testimoniales que recuperaron este espacio virtual para sensibilizar a la gente frente a este acontecimiento, destacando, por ejemplo, la labor del personal médico, protagonista fundamental en esta emergencia sanitaria. Este personal pasó de ser el villano, que sufrió agresiones directas e insultos en la calle y en el transporte público, a convertirse en el héroe por su labor en primera línea; esto ha sido recuperado en la plataforma de TikTok. Éste fue el criterio fundamental a partir del cual elegimos esta red sociodigital con la que ejemplificamos los procedimientos utilizados para el análisis discursivo de las emociones.

Presentación del análisis

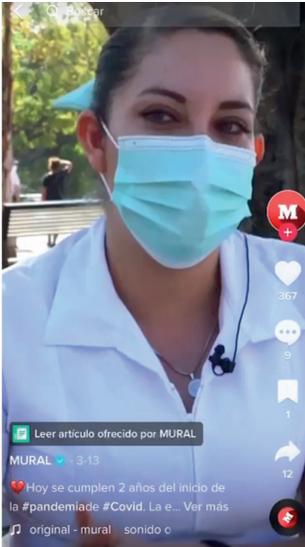
A continuación, exponemos el análisis de un video que presenta el testimonio de una enfermera que participó en la atención de Covid-19, en el que relata su vivencia en los días aciagos de la emergencia. No está de más establecer que en este tiktok el componente emotivo se convoca a partir del entrecruzamiento de al menos dos modos semióticos: a) lo dicho, lo enunciado, que al ser oral implica, entre otras cuestiones, las modulaciones de la voz y los elementos paralingüísticos, como las expresiones corporales; y b) la imagen que se construye a partir de la composición, los planos y movimientos de cámara. En todos los casos, ambos modos ayudan a crear la atmósfera emocional; es decir, un estado de ánimo colectivo (*mood*) en relación con una situación es-

¹³ Durante la pandemia en México, TikTok se convirtió en la plataforma para mostrar, entre humor y desasosiego, el sentir de los usuarios frente a las condiciones impuestas por el encierro y el miedo que provocó el virus SARS-CoV-2.

pecífica que concita la atención (De Rivera, 1992). En el video, el evento que interpela a la emoción son las circunstancias vividas por pacientes con Covid-19 y los trabajadores de la salud que cuidan de ellos en un internamiento hospitalario.

Tabla 1
Descripción del video

Imágenes que estructuran el video



Duración, 54 segundos.
Sucesión de imágenes que intercala tomas de la enfermera dando su testimonio con imágenes fijas de las labores médicas dentro del hospital durante la pandemia. La enfermera aparece siempre en primer plano cerrado, en un espacio exterior, portando uniforme y cubrebocas, por lo que sólo se puede ver la expresión de sus ojos y su esporádico movimiento de manos. Las labores del personal médico, el trato a los pacientes y los procedimientos se presentan en imágenes fijas, sobre las que se juega con movimientos y encuadres de cámara tipo paneos, *tilt up* y *tilt down*, así como la combinación de planos medios y *close up*. Destaca el personal hospitalario que porta monos, batas, guantes, caretas, cubrebocas, etc. Durante el video se insertan cintillos y se incrustan enunciados a media pantalla que añaden información y anclan el sentido de la imagen y lo narrado en el testimonio.

Fuente: elaboración propia.

Como señalamos, las circunstancias vividas por pacientes y trabajadores de la salud es lo que este tiktok evoca constantemente, tanto en el relato de la enfermera como en el intercalado de imágenes descritas en la tabla 1. En este sentido, el video está orientado a interpelar al público mediante una comunicación emotiva. Da cuenta de un relato en el que la narradora (la enfermera) reconstruye su experiencia durante el tiempo que estuvo en la lucha contra Covid-19.

Tabla 2
Reconstrucción de los indicios emocionales A

<p>Imagen</p> 	<p>Voz: Un poco rápida, nerviosa</p> <p>Experimentadores posibles de la emoción: La paciente La narradora como sujeto portavoz de la paciente</p> <p>Enunciados e imágenes detonadoras: Tenía miedo Estaba asustada Estaba ansiosa</p>
---	---

Fuente: elaboración propia.

Se apela a la emoción desde el principio, cuando al iniciar el testimonio se observa un cintillo superpuesto que destaca el enunciado “No quiero morir sola”; la inserción del cintillo no es un distractor, sino que sirve como anclaje al estar en primera persona; hace alusión a algo que relata la enfermera, lo que mantiene la atención del espectador. Este enunciado, que aparece sólo un momento, irá tomando sentido conforme la narradora relata la experiencia recordada.

Para la reconstrucción de la secuencia emocional que sigue este relato es necesario identificar quién experimenta la emoción y el tipo de emoción experimentada. En el audiovisual, si bien la enfermera es la protagonista del relato, la secuencia emocional inicia a partir de un enunciado expresado por alguien más, una paciente a la que la enfermera da voz reviviendo lo que le habría declarado: “me acuerdo que ella me estiró la mano y le dije que, que si estaba bien, que si necesitaba algo; me decía que tenía miedo y no me soltaba la mano, estaba muy asustada, estaba muy ansiosa”.

Aquí la emoción se expresa directamente, “tenía miedo”; sin embargo, como señalamos, quien la experimenta no es la narradora, sino la paciente, la persona directamente afectada a la que la enfermera acompañó. Ella describe el estado emocional de la paciente citando sus palabras:¹⁴ “me decía que tenía miedo”. Al citarla, la significa, le da sentido y transmite la emoción al espectador. La rememoración construye la situación emocional sobre la que se desarrolla el relato, en el cual se puede identificar el principio de animacidad,¹⁵ que tiene que ver con resaltar lo que pone en peligro la vida o genera vida, y que en este relato está puesto en la muerte. La situación emocional propuesta en lo enunciado se refuerza con la imagen que acompaña esta parte del testimonio: una imagen fija, en plano medio, donde se ve a la enfermera y a la paciente apenas tomándose la mano; sobrepuesto a la imagen, se lee “El 13 de marzo de 2022 se cumplen 2 años del inicio de la pandemia”.

¹⁴ La figura retórica que da cuenta de ello es el *sermocinatio*, una forma del diálogo en la que se presenta un enunciado producido por otro sujeto de la enunciación. Hay por tanto dos sujetos, uno explícito, en nuestro caso el que experimenta la emoción (la paciente), y otro implícito que le da voz, la enfermera (me decía que tenía miedo).

¹⁵ Ungerer (1997) identifica cuatro principios de inferencia emocional: de relevancia, de evaluación, de intensidad de presentación y de contenido; la animosidad se ubica en el primero.

Tabla 3
Reconstrucción de los indicios emocionales B

<p>Imagen</p> 	<p>Voz: Nerviosa y un poco entrecortada por la emoción</p> <p>Experimentadores posibles de la emoción: La narradora Espectadores del video</p> <p>Enunciados e imágenes detonadoras: Las manos entrelazadas Soledad/tristeza/miedo</p>
--	---

Fuente: elaboración propia.

Durante la pandemia, la población se enfrentó a situaciones inéditas y muy paradójicas; al lidiar con la enfermedad o con quien la padece, se lidiaba también con estados de ánimo atravesados por la soledad, el miedo y la muerte. Los pacientes hospitalizados con Covid-19 fueron aislados, imposibilitados para ver a sus familiares; el trato con el personal médico y hospitalario, que pareciera cercano, en realidad retrata una separación necesaria por el protocolo impuesto para el tratamiento de pacientes infectados; lo que se manifiesta en la misma vestimenta, la cual les impide un mayor acercamiento. Lo anterior está presente en la rememoración hecha por la enfermera al describir su encuentro con la paciente mientras se observa la imagen de las manos que se tocan, un encuentro cercano pero lejano; un trabajador de la salud completamente equipado para no contagiarse y una persona que vive su condición de enfermedad, sola pero distantemente acompañada.

La descripción inicial de lo narrado por la enfermera y su presentación en el video es el detonante que interpela emocionalmente al usuario de la plataforma al presentarse, como ya se dijo, un estado de

ánimo que apela a la soledad, al miedo y el enfrentamiento a la muerte. Se puede inferir *tristeza* y *compasión* por la orientación emocional que nos proveen tanto la imagen de las manos entrelazadas como el texto superpuesto sobre la duración de la crisis sanitaria. Este enunciado establece la magnitud de la pandemia: cumplió dos años y aún no termina, lo que nos sitúa en un estado de incertidumbre, de fragilidad que provoca miedo a contagiarse, a ser hospitalizado, a morir.

En este corte del video ubicamos un inductor emocional, un acontecimiento mayúsculo del cual no se tiene control, que ha afectado a millones de personas, pero nos presenta el caso particular de los enfermos hospitalizados y el personal hospitalario, apela, en el intercalado de imágenes y relato oral, al miedo, la tristeza y a la compasión.

Enfrentar cotidianamente a la muerte se convierte en un evento inductor de la emoción. Esto se expresa también en el relato de la enfermera cuando narra otro momento con la misma paciente.

Tabla 4
Reconstrucción de los indicios emocionales C

<p>Imagen</p> 	<p>Voz: Por momentos enfática y con un volumen un poco más alto</p> <p>Experimentadores posibles de la emoción: La narradora Espectadores del video</p> <p>Enunciados e imágenes detonadoras: La cama estaba vacía Falleció Son cosas que de verdad duelen mucho como personas Si fuera yo, no quiero morir sola ¿Cuántos se te fueron?</p>
--	--

Fuente: elaboración propia.

En primer plano, Lizeth, la enfermera, narra mirando a la cámara:

[...] llegué directo con ella y *la cama estaba vacía*, y entonces *me dijeron* “¿Sabes qué? *Falleció hoy por la tarde*” [silencio corto] [cambia imagen a personal médico atendiendo a paciente con un enunciado superpuesto en letras blancas]... *Son cosas que de verdad duelen* [alza un poco la voz enfatizando] *mucho como persona*, ¿por qué? Porque te pones a pensar si es [una pausa] un familiar mío, *si fuera yo, pues no quiero morir sola* (Mural, 2022, 00:00:08).

A partir de los indicios del “llegué”, “me dijeron”, “si fuera yo”, se puede deducir que es la enfermera quien experimenta la emoción al describir su llegada al hospital y al cuarto de la paciente; de ello se puede inferir tristeza por la descripción que hace la narradora: “la cama estaba vacía”, le dicen que la paciente falleció y después enuncia una afección, “son cosas que duelen”, pero lo enuncia en tercera persona del singular, “son cosas que duelen mucho como persona”; se asume como una persona más, como cualquiera de las que puede estar viendo el tiktok, y con ello apela a la emoción. De esta enunciación se puede reconstruir nuevamente el miedo, pero también el sufrimiento y el dolor de quienes han atendido a estos enfermos y empatizan con ellos al ponerse en su lugar y pensar en sus familiares. El enunciado superpuesto en la imagen del personal médico ancla la identidad de la narradora, se le identifica con su nombre, Lizeth, y ocupación, enfermera del IMSS en primera línea de atención en la pandemia. La narradora se puede identificar como experimentadora de la emoción cuando al final habla en nombre propio: “si fuera yo, pues no quiero morir sola”.

Enfrentar la muerte fue la cotidianidad de los trabajadores de la salud durante la pandemia; esto lo expresa la narradora cuando concluye diciendo:

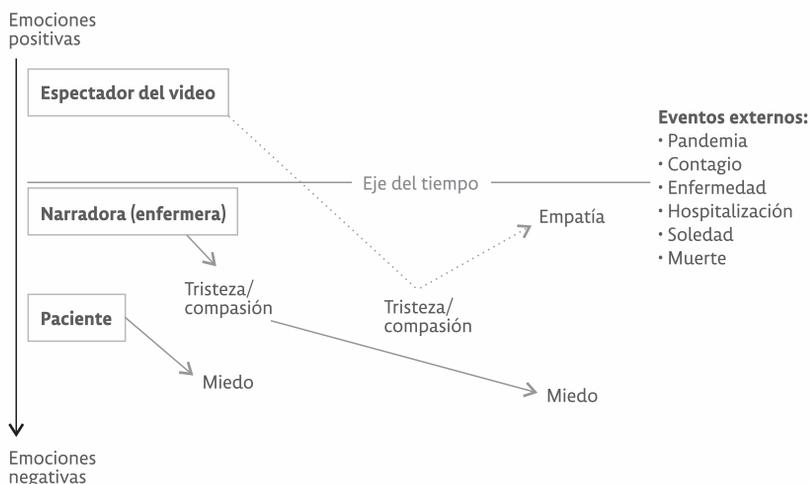
[...] es muy *muy difícil* estar ahí adentro [un casi imperceptible quiebre de voz]; más que nada, eran mañanas que [...] salíamos mis compañeros y

yo y en vez de preguntar “¿cómo te fue en tu guardia?”, siempre nos decíamos “¿cuántos se te fueron?” (Mural, 2022).

En este fragmento, llama la atención el eufemismo al preguntar “¿cuántos se te fueron?”, que equivale a decir “¿cuántos se te murieron?”; se “suaviza” el sentido de lo dicho evitando mencionar la muerte. Esta figura junto con “la cama estaba vacía”, la cual ubicamos en uno de los primeros fragmentos, evocan la tristeza y el dolor por la pérdida de una vida. Otra cuestión que resalta es el quiebre de voz de la enfermera; como ya hemos señalado, la emoción puede ser comunicada de diferentes modos, como en los cambios en la modulación de la voz, ya que comunica la emoción experimentada en ese momento por la enfermera al recordar la situación vivida.

La dificultad de vivir la pérdida constante, el dolor, sufrimiento y miedo que el personal de salud vivió durante la pandemia son estados emocionales que pueden inferirse por lo descrito en este testimonio. Así pues, en este breve video de TikTok se identifican un estado de ánimo, “estar sólo”, y una animosidad, la muerte; ambos constituyen la unidad temática que articula el relato, el miedo es la emoción directamente enunciada, y se pueden reconstruir la compasión, el sufrimiento y la tristeza. En conjunto, constituyen la dinámica emocional a la que se apela en lo narrado. El caso de la paciente ilustra lo que vivió el personal de salud durante la pandemia y, al ilustrar, interpela al espectador del video por el temor y el miedo que hemos vivido a través de las distintas fases de esta emergencia sanitaria. Se apela a la empatía del usuario de la plataforma al identificar la posible experiencia propia, mientras se hace un reconocimiento a la labor de los trabajadores de la salud. El recorrido emocional de este tiktok podría graficarse de la siguiente manera.

Diagrama 2
Reconstrucción del recorrido emocional de los experimentadores



Fuente: elaboración propia.

El diagrama reconstruye los recorridos emocionales de los distintos experimentadores, tanto reales (la paciente, la enfermera) como potenciales (el espectador), y la intensidad de las emociones experimentadas.

CONCLUSIONES

En este capítulo nos propusimos presentar un tipo de acercamiento teórico-metodológico que diera cuenta del papel central del lenguaje en la construcción, expresión y reconocimiento de las emociones, así como algunos procedimientos metodológicos para analizar la comunicación explícita o implícita de éstas en el discurso y en las interacciones. Dichos planteamientos y procedimientos fueron parcialmente retomados en la presentación del caso empírico elegido para ilustrar algunas posibilidades del análisis del discurso en el trabajo de reconstrucción e inferencia de una dinámica emocional compleja, en una

situación comunicativa situada, integrada por distintos componentes del lenguaje.

Los medios digitales han invadido la vida cotidiana, activando nuevas formas de socialización y subjetivación. Éstos plantean un nuevo reto para estudiar las emociones toda vez que es necesario establecer, en la medida de lo posible, las relaciones e imbricaciones de todos los componentes o modalidades discursivas (imagen, texto, voz) para identificar y significar la experimentación y la apelación emotiva. De ahí que sea necesario reconocer la dificultad que encierra analizar una interacción en una plataforma digital, así como calibrar y valorar las herramientas que nos proveen los acercamientos del análisis de discurso, algunos expuestos en este trabajo, para identificar las narraciones y argumentaciones que se despliegan en la expresión de las emociones en los contenidos digitales complejos.

Con el ejemplo tratamos de mostrar las posibilidades de estas herramientas metodológicas y la importancia de contar con instrumentos de análisis que nos permitan observar, analizar e interpretar los contenidos que hoy van mucho más allá de la interacción cara a cara. Convocar, con ello, a una reflexión que nos obligue repensar nuestros acercamientos metodológicos desde el ámbito de la sociología de las emociones ante un acontecimiento que modificó sin retorno la vida de la sociedad actual, trastocando nuestros parámetros teórico-metodológicos y nuestro papel como investigadores en la vida social.

Los estados de ánimo, los afectos y las emociones hoy aparecen mediadas por estas plataformas digitales a las que se ha hecho referencia, lo que permite reconocer, acercar, narrar de otras maneras el componente emocional. Todo esto puede presentarse desde un video de TikTok hasta la compleja simplificación y fragmentación de la afectividad sintetizada en un *like*, un *emoji*, un *gift* o un *sticker*, tan fácticos como emotivos, pero igualmente simples y ambiguos. Pequeños trazos de interacción entre personas o entre personas y dispositivos donde el lenguaje en sus distintas modalidades es el principal actor. Es fundamental identificar esas modalidades del lenguaje visual, so-

norro, verbal, para explicar y entender la forma en la cual, a partir de ellos, se construye la narrativa de una dinámica emocional.

No obstante, aproximarse al análisis de las emociones en el discurso en los nuevos entornos interactivos plantea, como ya hemos señalado, varios retos. Uno de ellos es saber cómo estudiar ahora a los grupos sociales. Si antes estudiábamos grupos de sujetos claramente delimitados, ahora nos vemos en la necesidad de repensar la idea de grupo a partir de las nuevas circunstancias de la comunicación en línea; es decir, de comunidades conformadas por personas que unen sus esfuerzos para trabajar, comunicarse y expresar sus emociones.

Consideramos que, desde el ámbito metodológico aquí propuesto, quedan cosas por revisar y repensar en relación con el conjunto de procedimientos que el análisis del discurso provee; no obstante, pensamos que este acercamiento abre varias y prolíferas posibilidades para identificar el sentido que se produce en la expresión de las emociones de la que también participa el investigador, y, por tanto, permitir una mirada más comprensiva de los escenarios discursivos que hoy se nos presentan.

REFERENCIAS

- Alba-Juez, Laura, y J. Lachlan Mackenzie (editores) (2019). "Emotion processes in discourse". En *Emotion Discourse*, 3-25. Londres: John Benjamins Publishing Company.
- Amossy, Ruth (2000). "Le pathos ou le rôle des émotions dans l'argumentation". En *L'argumentation dans le discours*, 163-192. París: Nathan.
- Ariza, Marina, y Silvia Gutiérrez (2020). "Emociones colectivas y estrategias argumentativas ante la migración ilegal en los discursos de Donald Trump". En *La dimensión emocional en la vida social. Miradas sociológicas*, coordinado por Marina Ariza, 215-253. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Arnoux, Elvira, y Mariana Di Stefano (editoras) (2018). "Introducción. La dimensión emocional de los discursos". En *Identidades discursivas: enfoques retórico-argumentativos*, 11-38. Buenos Aires: Cabiria.
- Barbalet, Jack (2001). *Emotion, social theory, and social structure. A Macrosociological Approach*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Belli, Simone (2009). "La construcción de una emoción y su relación con el lenguaje: Revisión y discusión de un área importante de las ciencias sociales". *Theoria* 18 (2): 15-42.
- Belli, Simone; Ron Harré, y Lupicinio Iñiguez (2010). "Tecnoemociones y discurso: la performance emocional". *REME* 13 (34): 1-43.
- Crystal, David (1994). *Enciclopedia del lenguaje de la Universidad de Cambridge*. Madrid: Taurus.
- Charaudeau, Patrick (2011). "Las emociones como efectos de discurso". *Versión. Estudios de Comunicación y Política* (26): 97-118.
- De Rivera, Joseph (1992). "Emotional climate: Social structure and emotional dynamics". *International review of studies on emotion* (2): 199-218.
- Edwards, Derek (1999). "Emotion discourse". *Culture & Psychology* 5 (3): 271-291.
- Ervas, Francesca; Elizabetta Gola, y Maria Rossi (2015). "Metaphors and Emotions as Framing Strategies in Argumentation". En *CEUR-ws* 1419: 645-650.
- Gilbert, Michael (2010). "Emoción, argumentación y lógica informal". *Versión. Estudios de Comunicación y Política* 24: 95-122.
- Groarke, Leo (2002). "Hacia una pragma-dialéctica de la argumentación visual". En *Advances in Pragma-Dialectics*, editado por Frans H. van Eemeren, 137-151. Virginia: Vale Press/Newport News.
- Gutiérrez, Silvia (2010). "El estudio de las emociones desde una perspectiva argumentativa". En *Anuario de Investigación del Departamento de Educación y Comunicación*, 271-297. Ciudad de México: UAM, Unidad Xochimilco.
- Gutiérrez, Silvia (2022). "Emoción y discurso". En *Estudios del Discurso, Routledge Handbook of Spanish Language Discourse Studies*, compilado por Carmen López, Teun van Dijk e Isolda Carranza, 198-211. Londres: Routledge.
- Gutiérrez, Silvia, y Chirstian Plantin (2010). "Argumentar por medio de las emociones. La campaña del miedo del 2006". *Revista Versión. Estudios de Comunicación y Política* (24): 41-69.
- Habermas, Tilmann (2019). *Emotion and Narrative Perspectives in Autobiographical Storytelling*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Heritage, John. C. (1991). "Etnometodología". En *La teoría social, hoy*, coordinado por Anthony Giddens y John Turner, 290-342. Ciudad de México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y Alianza Editorial.
- Hochschild, Arlie (1979). "Emotion, Work, Feeling Rules and Social Structure". *American Journal of Sociology* 85 (3): 551-575.
- Katriel, Tamar (2015). "Exploring emotion discourse." En *Methods of Exploring Emotions*, editado por Helena Flam y Jochen Kleres, 57-66. Abingdon y Nueva York: Routledge.
- Kerbrat-Orecchioni, Catherine (2000). "Quelle place pour les émotions dans la linguistique du xxe siècle? Remarques et aperçus". En *Les émotions dans*

- les interactions*, editado por Christian Plantin, Marianne Doury y Véronique Traverso, 33-74. León: Presses Universitaires de Lyon.
- Kleres, Jochen (2010). "Emotions and Narrative Analysis: A Methodological Approach". *Journal for the Theory of Social Behavior* 41 (2): 182-202.
- Kövecses, Zoltan (2003). *Metaphor and emotion. Language, culture and body in human feeling*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Kress, Gunther, y Theo van Leeuwen (2001). *Multimodal Discourse. The Modes and Media of Contemporary Communication*. Londres: Arnold.
- Lakoff, George, y Marc Johnson (1980). *Metaphors we live by*. Chicago: Chicago University Press.
- Lutz, Catherine, y Lila Abu-Lughod (1990). "Introduction". En *Language and the politics of emotion*, 1-23. Cambridge: Cambridge University Press.
- Micheli, Raphaël (2008). "La construction argumentative des émotions: pitié et indignation dans le débat parlementaire de 1908 sur l'abolition de la peine de mort". En *Emotions et discours L'usage des passions dans la langue*, editado por Michael Rinn, 127-141. Rennes: Presses Universitaires de Rennes.
- Micheli, Raphaël (2011). "Las emociones como objetos de construcciones argumentativas". *Cultura y Discurso* (26): 141-166.
- Peräkylä, Anssi, y Marja-Leena Sorjonen (editores) (2012). *Emotion in Interaction*. Oxford: Oxford University Press.
- Plantin, Christian (1998). "Les raisons des emotions". En *Forms of argumentative discourse*, editado por M. Bondi, 3-50. Bolonia: CLUEB-Universidad de Bolonia.
- Plantin, Christian (2014). *Las buenas razones de las emociones*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Moreno [2011].
- Plantin, Christian, y Silvia Gutiérrez (2009). "La construcción política del miedo". En *Haciendo discurso. Homenaje a Adriana Bolívar*, compilado por Paola Bentivoglio, Frances D. Erlich y Martha Shiro, 491-509. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Ramos, Mariana (2020). "Interacción sociodigital y emociones: el uso juvenil de los emojis". En *La dimensión emocional en la vida social. Miradas sociológicas*, coordinado por Marina Ariza, 325-360. México: Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ramos, Mariana (2021). *Identidad y emociones en el orden sociodigital. Performance y verificación emocional de las identidades juveniles de género*. Tesis de Doctorado en Ciencias Políticas y Sociales. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Scheff, Thomas (1990). *Microsociology. Discourse, emotion, and social structure*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Strauss, Claudia, y Naomi Quinn (1997). *A cognitive theory of cultural meaning*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Thoits, Peggy A. (1989). "The Sociology of Emotions". *Annual Review of Sociology* 15: 317-342.
- Ungerer, Friedrich (1997). "Emotions and emotional language in English and German news stories". En *The Language of Emotions*, editado por Susanne Niemeier y René Dirven, 307-328. Ámsterdam: John Benjamin.
- Walton, Douglas (1992). *The place of emotions in argument*. Filadelfia: The Pennsylvania State University Press.
- Zabludovsky, Gina (2020). "Lenguaje y emociones ocultas: testimonios de violencia oculta". En *La dimensión emocional en la vida social. Miradas sociológicas*, coordinado por Marina Ariza, 149-178. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México.

La representación en el discurso emocional como acción del lenguaje y lenguaje en acción: los sucesos del 11-J en Cuba

Vivian Romeu

INTRODUCIENDO EL PROBLEMA Y EL CASO DE ANÁLISIS

En julio de 2021, Cuba se vio sacudida de manera relevante por inusuales protestas ciudadanas que ocurrieron en La Habana, Camagüey y Cienfuegos, aunque también hubo brotes menores en Santiago de Cuba y Pinar del Río; las manifestaciones aglutinaron a miles de personas y se mantuvieron más o menos constantes durante una semana. Se trató de protestas sociales espontáneas en contra del gobierno cubano debido a la perenne crisis económica del país desde los últimos treinta años, agravada a su vez por la pandemia; además de diversas demandas políticas, entre las que figuraron la de libertad de expresión¹ y la del cambio de gobierno.² La mayoría fueron protestas pacíficas, pero el gobierno las reprimió de inmediato haciendo uso de la

¹ Esto tuvo como referente al Movimiento San Isidro (MSI) y al movimiento 27N, ambos movimientos ciudadanos, nutridos esencialmente por artistas e intelectuales que exigieron al gobierno prácticas y políticas culturales libres de censura y en pro de la libertad de expresión.

² El referente popular de esta demanda es la canción *Patria y Vida*, ganadora de los premios *Song of the Year* y *Best Urban Song* en la edición 22 de los Grammys Latinos en febrero de 2021, que se convirtió en el emblema principal de las protestas del 11-J.

policía y algunos agentes encubiertos de la denominada policía política. El levantamiento fue conocido como el 11-J tanto en Cuba como alrededor del mundo. Debido a la impronta emocional de la protesta y la reacción gubernamental, este capítulo servirá de pretexto para explorar la manera en que operan los llamados discursos emocionales a partir del análisis de las representaciones a través de las cuales dichos discursos producen emoción.

Partimos de un enfoque amplio del discurso que lo concibe en sus dos latitudes constitutivas: 1) como acción del lenguaje, que pone en el centro una concepción instrumental del discurso en tanto expresión del lenguaje, y 2) como lenguaje en acción, desde donde se activa una concepción performativa del discurso a través de la cual el lenguaje se inscribe en la práctica social (Haidar, 2012). En el primer caso, el discurso hace del lenguaje su materia prima, lo cual permite pensarlo como vehículo para el entendimiento y eventualmente para la persuasión al interior de una situación comunicativa determinada. En el segundo, en cambio, se supone al lenguaje como práctica discursiva; es decir, como fenómeno de la vida social que se objetiva en la acción. Lo anterior significa que el lenguaje-discurso es una especie de episteme foucaultiana que sirve tanto para decir como para actuar.

Esto diverge de la pasividad comunicativa que se le asigna a la concepción del discurso como acción del lenguaje; y a pesar de que para ambas concepciones el lenguaje se materializa en el discurso a través de la representación, la diferencia entre una y otra estriba en que en el discurso como acción del lenguaje la representación funciona como vehículo del decir, o sea, como relación codificada entre referente y sentido; mientras que en el discurso como lenguaje en acción, la representación funciona como relación entre sentido y acción; por eso constituye un saber-hacer/decir que limita —en un nivel dialéctico— sus propias posibilidades de emergencia.

En el caso de los discursos emocionales, que según Charaudeau (2011) son aquellos cuya finalidad es generar efectos emocionales, lo anterior supone que, en el discurso como acción del lenguaje, las representaciones produzcan emociones; y en el discurso como len-

guaje en acción, las representaciones se constituyan emocionalmente. Es esto lo que pone en entredicho el carácter sociosemiótico de la representación, que es como mayormente se le concibe desde los estudios del discurso y lo que constituye el meollo teórico de este capítulo.

El capítulo consta de tres partes. Primero, se define el discurso emocional y el papel de la representación y la producción emocional en él, esbozando la plataforma metodológica para analizar la representación en los discursos emocionales. Segundo, se exponen las premisas teórico-metodológicas del análisis crítico del discurso (ACD) y, en concreto, del modelo antagónico, metodologías elegidas para explicar el análisis de la representación. Y tercero, se analizan los casos seleccionados desde las dos dimensiones constitutivas del discurso en aras de reflexionar sobre el papel de la representación en la producción emocional y su relación con el poder y la dominación por medio de la construcción discursiva de las identidades, que es lo que se propone desde el ACD y el modelo antagónico.

EL DISCURSO EMOCIONAL Y EL PAPEL DE LA REPRESENTACIÓN EN LA PRODUCCIÓN EMOCIONAL

El discurso emocional ha sido definido como un discurso donde están presentes las emociones (Fridja, 1993; Caffi y Janney, 1994), también como un discurso con intencionalidad retórica o persuasiva (Plantin, 2014; Charaudeau, 2011) en la medida en que se vale de las emociones para influir en las ideas y las acciones de los interlocutores. Esta última concepción es la que ha ganado terreno en los estudios del discurso, desplazando la atención de la representación discursiva de naturaleza textual a la representación psicosocial de naturaleza cognitiva (el capítulo de Gutiérrez y Reyna, en este volumen, es una muestra de esta vertiente). Esto hace que, en lugar de *representación discursiva*, tal y como plantea Charaudeau (2011), se prefiera hablar

de *situación conmovedora*,³ en tanto organización intencional de las representaciones para crear efectos emocionales. Por ello, el análisis del discurso emocional constituye el análisis de la situación conmovedora entendida como puesta en escena.

Por ejemplo, el siguiente fragmento discursivo emitido por el presidente de Cuba es muestra de la construcción intencional de una situación conmovedora en torno a lo que Bar-Tal, Halperin y De Rivera (2007) llaman un *clima emocional*;⁴ en este caso, de alerta, peligro y amenaza que busca asociar a los manifestantes y sus acciones. La emoción que este discurso busca generar es el miedo, pues se pretende que éste sea el motor de la acción de defensa heroica que el discurso convoca para defender la Revolución:

Convocamos a todos los revolucionarios a salir a las calles a defender la Revolución en todos los lugares. Las calles son de los revolucionarios y el Estado tiene toda la voluntad política para dialogar, pero también para participar. No vamos a entregar la soberanía ni la independencia de esta nación. Tienen que pasar por encima de nuestro cadáver si quieren tumbar la Revolución. ¡La orden de combate está dada! ¡A la calle los revolucionarios! (*Granma*, 11 julio de 2021).

En contraposición, la siguiente imagen muestra el enojo ciudadano en los gestos faciales y corporales,⁵ cuyo efecto emocional es previsiblemente intimidante, aunque resulta difícil sostener que se trata de

³ Un equivalente a esta categoría es el concepto de *patema*, de Plantin (2014), el cual permite reconstruir la emoción a partir de los indicios situacionales y expresivos de ésta.

⁴ Según estos autores, el clima emocional implica un registro emocional colectivo que alude a un tipo de lazo afectivo predominante en los vínculos sociales; en este caso, entre revolucionarios (gobierno) y contrarrevolucionarios (manifestantes). Como se verá, la recreación de dicho clima en el discurso presidencial se engarza con las normas, los valores y las prácticas que modelan la experiencia y la expresión emocional en torno a sucesos como los descritos, articulándose al interior de una cultura emocional que se ha transmitido de generación y generación, favoreciendo la conservación del poder y el *statu quo* por parte del gobierno.

⁵ Analizamos el discurso gestual, no el fotográfico que lo captura.

una situación conmovedora construida con tal fin. El discurso de los manifestantes es más bien de naturaleza performativa que se configura desde el acontecer de la experiencia socialmente compartida; en la experiencia, la emoción configura la posición de los cuerpos, la expresión de los rostros, el movimiento y la manera de habitar el espacio.

Imagen 1



Foto de Alexandre Meneghini (Reuters).
Fuente: *BBC News Mundo*, 12 de julio de 2021.⁶

Se trata de entender la emoción como una especie de lenguaje en acción donde la espontaneidad cancela cualquier sentido de estrategia previa. Más bien la *performance* de la experiencia habilita el efecto emocional del discurso como instancia de pertenencia y construcción afectiva de la identidad, como sucede con la noción de comunidades emocionales de Rosenwein (2006), que en este caso se inscribe en la corporalidad de la acción.

⁶ Véase <<https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-57799955>>

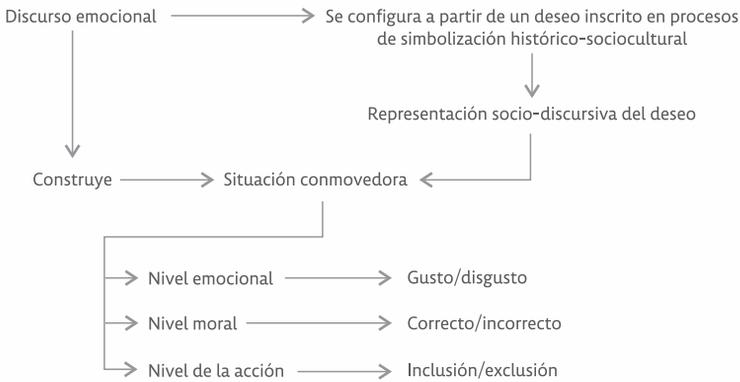
Lo anterior me lleva a pensar que, si bien las emociones juegan un papel preponderante en la constitución del discurso emocional, dicha preponderancia no responde a la intencionalidad de su efecto; el discurso emocional parece ser más bien aquel que nace de un deseo, de una apetencia o impulso de satisfacción que se traduce en ganas de hacerse de algo o con algo. Pero, como advierte Charaudeau (2011), a pesar de la naturaleza subjetiva de todo deseo, éste se activa siempre en situaciones históricas y contextuales que lo colocan dentro de un cuerpo de saberes sensibles y experienciales colectivos donde se imbrica socialmente. Es ahí, en lo social, donde el deseo se modula axiológicamente a partir de la interrelación entre su aspecto emocional-afectivo y su aspecto moral-normativo. Por ello, los discursos emocionales nunca versan sobre una apetencia subjetiva, sino más bien en torno al contexto histórico-sociocultural en que se insertan los deseos subjetivos otorgándole sentido social.

Así entendidos, el deseo y los imaginarios desde los cuales se teje constituyen los pilares de toda situación conmovedora que, en cuanto a dispositivo de producción emocional, involucra un nivel emocional propio de la apetencia que se muestra a través de reacciones de gusto/disgusto, agradabilidad/desagradabilidad; un nivel moral que se relaciona con el anterior a través de la evaluación axiológica de las reacciones de apetencia, según se consideren buenas o malas, correctas o incorrectas, provocando aceptación o rechazo en torno a éstas; y un nivel de acción o comportamiento como efecto del deseo en términos de inclusión o exclusión de aquello que encarna.⁷

⁷ Desde la posición no construccionista que defiendo de la conceptualización del discurso como práctica social, me interesa ponderar el nivel de la experiencia sensible como instancia de origen de la reacción afectiva de orden tímico-perceptivo y subjetivo, donde la experiencia no puede entenderse fuera del eje individual gusto/disgusto; pero la interpretación de esta experiencia sensible tiene lugar también a través de la mediación de los procesos cognitivos individuales en los que se involucra la memoria cultural, al insertarse en un régimen de sensibilidad colectiva e histórica que valora y evalúa la experiencia más allá de lo sensible-subjetivo. Esto hace que lo sensible se piense (y se sienta), aun inconscientemente, dentro de un régimen axiológico de naturaleza histórica, donde el comportamiento acepta o rechaza lo sentido-pensado desde la experiencia en función

Una vez definido el discurso emocional en torno al deseo y la producción emocional que desata, estamos en condiciones de definir la representación del deseo a partir de la categoría de situación conmovedora, tal y como se muestra en el siguiente esquema. A partir de ello, en el siguiente apartado intentamos operacionalizar el discurso emocional desde las metodologías de análisis elegidas.

Diagrama 1
Modelación operativa de la representación del deseo en los procesos de producción emocional mediante la construcción de la situación conmovedora en los discursos emocionales



Fuente: elaboración propia.

de un rasero moral que, siendo individual, hunde raíces en la cultura del individuo, permitiendo o no su apropiación por medio de los procesos de identificación o desidentificación que la experiencia factura.

EL ACD COMO METODOLOGÍA DE ANÁLISIS DEL DISCURSO EMOCIONAL: UNA MIRADA OPERATIVA DESDE EL MODELO ANTAGÓNICO

La metodología del ACD ha sido empleada fundamentalmente para analizar discursos políticos y mediáticos buscando entender cómo se reproduce el poder o se resiste a él a través del discurso.⁸ La premisa es que el discurso interviene en el despliegue de mecanismos sociales y simbólicos que contribuyen a la reproducción o resistencia a la dominación, y entiende a las relaciones de poder como relaciones discursivas. Por ello concibe al discurso como práctica social inscrito en una teoría social que lo coloca como modelo de acción situado históricamente y en relación dialéctica con otros aspectos de lo social. Como bien señala Fairclough (2008), el discurso no sólo está conformado por lo social, sino que necesita considerar para su análisis crítico el hecho de estar constituido socialmente y ser al mismo tiempo constitutivo de lo social debido al lenguaje que incide en su constitución.

Como se aprecia, la dialéctica constitutiva entre lo social y el lenguaje habilita al discurso como un dispositivo simbólico-cultural desde donde se construyen y eventualmente asientan las representaciones sobre la realidad, el otro y el sí mismo. Por ello, el ACD no sólo busca explorar las relaciones entre causalidad y determinación que se establecen entre las prácticas discursivas, los eventos y los textos, por una parte, y las estructuras, procesos y relaciones socioculturales por otra, sino los procesos de producción e interpretación que configuran la identidad de los grupos socioculturales.

Es sobre esto último que versa el modelo antagónico de Van Dijk (1999, 2005). Para este autor, las identidades sociales son configuradas discursivamente y esta configuración está alineada ideológicamente, pues se presenta dentro de un sistema dicotómico de sentido a partir

⁸ Aunque el ACD refiere al discurso como dispositivo que reproduce o resiste la dominación social, se enfoca especialmente en la reproducción de la dominación, quizá por su posicionamiento histórico-político del lado de los dominados.

del cual se caracteriza a un grupo sociocultural, naturalizando su inclusión o exclusión desde un eje de referencia propio. Van Dijk sugiere que justificar la inclusión, por ejemplo, requiere de un tratamiento discursivo de pertenencia que hace aceptable a los sujetos, sus dichos, pensamientos y acciones en tanto parte de un *nosotros* que supone algún grado de similitud y mismidad; en contraposición, la justificación de la exclusión recrea la ajenidad como motor de lo inaceptable, configurando un *ellos* que devela aquello que queda fuera del *nosotros*, y que va desde la rareza y lo extraño hasta la amenaza y el peligro.

Entender el discurso desde la perspectiva del modelo antagónico supone asumir que las representaciones sobre el otro y sobre el sí mismo se organizan antagónicamente, en una fórmula de suma cero donde las “virtudes” de un grupo se configuran en oposición a los “defectos” del otro, y viceversa. En ese sentido, las representaciones recrean su naturaleza sociocognitiva a través de un esquema simple de identidad y reconocimiento que puede resumirse en la oposición *nosotros-ellos*. Esta oposición impacta el ordenamiento de la realidad por medio del despliegue de un sistema semántico-axiológico que funciona ideológicamente, por lo que para Van Dijk (1999) resulta importante entender quiénes, cómo y para qué usan el lenguaje en situaciones concretas de interacción social.

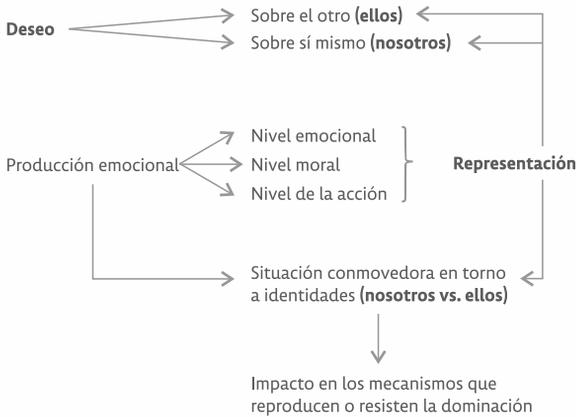
En esos escenarios, como plantea Fairclough (1989), la manera en que se producen e interpretan los discursos permite entender la relación entre evento discursivo y orden discursivo; es decir, entre el discurso dicho y las condiciones gramaticales e histórico-sociales y culturales por las que el discurso se produce y reconoce en su decir, por lo que centrar la atención en las prácticas y combinaciones discursivas arrojará luz necesariamente sobre los aspectos sociocognitivos del lenguaje utilizados en el discurso para proponer una visión de sí mismo, del otro y de la realidad social a través de las representaciones; éstas, al construirse desde el imaginario social que se teje alrededor de experiencias, memorias y ficciones colectivas e históricas, y al ser eventualmente incorporadas en él (Castoriadis, 2007), demanda para su análisis una implicación perceptiva de índole psicosocial que

se activa desde el “saber” histórico, donde la representación se construye y funciona sociocognitivamente.

En el modelo antagónico del ACD, la representación “nosotros vs. ellos” configura una historia que hilvana no sólo los saberes sociales de que se nutre, sino, sobre todo, sus explicaciones; es decir, los fundamentos lógico-afectivos y axiológicos desde los que estos saberes se perciben como certezas de pertenencia y ajenidad tanto para unos como para otros. Esto es lo que hace que la representación adquiera una deriva ideológica, que en el caso de los discursos emocionales se articula a partir de los procesos de producción emocional que el discurso contribuye a configurar desde la construcción o vivencia de una situación conmovedora.

Teniendo en cuenta que la situación conmovedora se configura analíticamente en tres niveles (emocional, moral y de acción), desde el ACD y el modelo antagónico, las representaciones sociocognitivas sobre las identidades sociales deben ser capaces de articularlos para generar producción emocional en torno a dichas identidades. Sin embargo, al tratarse de identidades en posición antagónica, el discurso emocional no sólo revelaría el deseo de unos con respecto a otros y a sí mismo —ofreciendo un atisbo de información en torno a cómo opera éste en la producción emocional—, sino la forma en que este deseo participa en la dominación o en su resistencia, ya que, desde el antagonismo discursivo entre las identidades sociales o sobre ellas, tanto el otro como el sí mismo son caracterizados desde el punto de vista afectivo activando un rasero axiológico desde el que dicha afectividad cobra sentido histórico y sociocultural en torno a la aceptación-inclusión, o su contrario; es esto lo que motiva y explica el comportamiento y la acción. El diagrama siguiente lo muestra con mayor claridad.

Diagrama 2
Operacionalización de la representación del deseo desde la producción emocional, según el modelo antagónico del análisis crítico del discurso



Fuente: elaboración propia.

Lo anterior sintetiza la articulación teórica entre lenguaje y emociones, por una parte, y discurso y poder, por la otra. Esto permite colocar los pilares de un modelo de análisis del discurso emocional desde el ACD y, en concreto, la operacionalización que hace de ello el modelo antagónico. Sin embargo, es necesario comprender cómo la situación conmovedora impacta los procesos y mecanismos de reproducción o resistencia de la dominación en torno a la concepción antagónica de las identidades sociales desde la perspectiva del discurso emocional como acción del lenguaje y del lenguaje en acción.

Como ya se refirió, entender el discurso emocional como acción del lenguaje supone: 1) asumir un enfoque pragmático-comunicativo del discurso que concibe la situación conmovedora desde su finalidad retórica; 2) asumir al locutor y al interlocutor del discurso como sujetos diferenciados, ya que el locutor es quien utiliza el lenguaje para afectar emocionalmente al interlocutor. En ese sentido, hay que entender la producción emocional como el mecanismo que fragua el sentido de la persuasión, de manera que la situación conmovedora se

configura como una puesta en escena encaminada a provocar ciertos efectos emocionales. Es esto lo que propone Charaudeau (2011) desde su modelo de influencia, donde el tema y los imaginarios que lo tejen se espectacularizan en una escena discursiva construida para conmover.

Sin embargo, desde la perspectiva del discurso como lenguaje en acción, esa búsqueda por la conmoción con intenciones persuasivas no está presente. Primero, porque locutor e interlocutor son el mismo sujeto; segundo, porque el lenguaje no se usa intencionalmente para construir un discurso, sino que es el discurso en cuestión. Y tercero, porque al ser discurso, el carácter epistémico del lenguaje hace que el discurso ofrezca una concepción naturalizada de la realidad, la representación lingüística en el discurso naturaliza la realidad a partir de configurarla discursivamente.⁹ Por ello, resulta imposible pensar que la producción emocional en la perspectiva del lenguaje como acción propone una visión de la realidad a través de una puesta en escena conmovedora; en su lugar, más bien, dicha producción emocional constituye el cemento identitario que posibilita el despliegue de la acción. No hay pues una escena discursiva que se construye, sino una instancia para la emergencia del discurso desde su propia posibilidad de emergencia. Así, el carácter sociocognitivo del lenguaje configura los límites del discurso y la producción emocional.

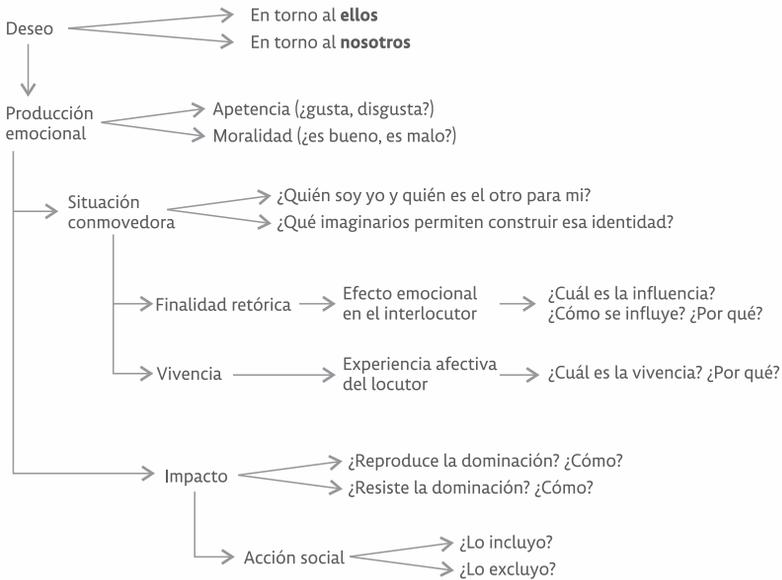
Visto de esta forma, el modelo de análisis deberá dar cuenta de cómo la producción emocional que se factura desde la presencia del deseo en el discurso emocional desata —intencionalmente o no— una situación conmovedora que impacta en cómo se reproduce o re-

⁹ Decir que alguien es peligroso hace uso del verbo *ser/estar* como un hecho, y no como un aspecto de percepción e interpretación subjetivo e histórico de quien lo afirma. Pasa lo mismo con las configuraciones sensibles de la realidad: *blando/duro, negro/blanco*. “Esa pared es blanca” naturaliza el color blanco como propiedad de la pared, cuando la investigación demuestra que la realidad no es cromática en absoluto, sino que lo cromático depende de nuestro sistema visual. El lenguaje no es un mero instrumento del decir, sino un mecanismo epistémico que, una vez en uso, hace de la realidad una realidad ontológica independiente del sujeto que la construye.

siste la dominación. Este impacto, concebido desde la perspectiva del discurso como acción del lenguaje, se concibe como retórico; es decir, planeado intencionalmente por el locutor para influir en el interlocutor; desde la perspectiva del discurso como lenguaje en acción se entiende como impronta de una vivencia emocional que el propio lenguaje, en este caso emocional, erige como experiencia socialmente afectiva en torno a algo.

El diagrama siguiente sintetiza cómo pueden analizarse los discursos seleccionados desde los enfoques descritos. También da cuenta del carácter cualitativo e interpretativo del ACD, de manera que las preguntas que se indican resultan representativas mas no abarcativas de las que podrían surgir del análisis.

Diagrama 3
Plataforma metodológica para el análisis del discurso emocional,
según el modelo antagónico del análisis crítico del discurso



Fuente: elaboración propia.

NOSOTROS VS. ELLOS: REPRESENTACIÓN Y PRODUCCIÓN EMOCIONAL DESDE EL ACD

Para muchos, el 11-J en Cuba configuró la evidencia de la fractura entre la sociedad cubana y el gobierno de Miguel Díaz Canel. Para otros, en cambio, se trató más bien de una expresión de hartazgo en contra del autoritarismo político de la Revolución cubana; y sí, efectivamente, no sólo el presidente fue cuestionado, sino también —y sobre todo— el modelo político y económico cubano sobre el que se asienta la Revolución.

La contundencia de la alocución nacional que el presidente de Cuba realizó a escasas horas de iniciadas las protestas, muestra que el mensaje de hartazgo hizo mella en los referentes históricos que fundamentan el ejercicio del poder dentro del modelo político revolucionario. Quizá por ello muchos manifestantes fueron reprimidos, encarcelados y sentenciados a entre diez y treinta años de prisión.

Por su parte, los manifestantes, inexpertos en el ejercicio de la protesta civil —se trató de una protesta inusual, única en los más de sesenta años de vida del régimen—, se movilizaron espontáneamente articulando demandas que oscilaban entre el tema económico y el político: comida, medicinas, la renuncia de Díaz Canel, el fin del socialismo, mayor libertad de expresión, etcétera; estas demandas conformaron la tónica de la mayoría, en la que en ningún caso se atacó ni se puso en entredicho de manera directa a la Revolución cubana como ente fundacional.

Llama la atención que el puño en alto, los rostros fruncidos, la seriedad en el rictus de la boca y los cuerpos erguidos de algunos manifestantes desentonan con las miradas bajas y esquivas de otros cuyos torsos, como si no fuera importante, dan la espalda a la represión de un manifestante. Las sonrisas, el júbilo y la euforia de otros más terminan por ofrecer un panorama del variopinto comportamiento de los ciudadanos que en aquellas jornadas salieron a las calles a manifestar su enojo ante la situación que vivían (imágenes 1, 2 y 3).

El enojo ciudadano y el gubernamental configuraron así la atmósfera emocional¹⁰ alrededor de los acontecimientos del 11-J. Se puede afirmar que tanto los manifestantes como el presidente cubano articularon discursos donde la emoción fue central en tanto rasgo característico de los acontecimientos y las respuestas o reacciones afectivas. En un escenario como el descrito, la emoción se convirtió en la espina dorsal del discurso de los manifestantes; mientras que la protesta, en sí misma, como cualquier otra donde se expresa desagrado o inconformidad, fue articulada emocionalmente; de la misma manera, la respuesta gubernamental pareció concebirse emocionalmente: el discurso del presidente cubano, del que aquí se ha tomado sólo el fragmento final, ilustra los evidentes tintes afectivos en que se finca, aún sin referir de manera directa a la emoción.

Esta breve contextualización de la naturaleza emocional de los discursos a analizar sirve de base para analizar la situación conmovedora desde la que se configuran como discursos portadores de deseo. Así, podré dar cuenta de cómo participa la producción emocional en la reproducción o resistencia a la dominación desde la construcción discursiva de las identidades de los sujetos involucrados. Esto, concibiendo al discurso emocional como acción del lenguaje y como lenguaje en acción.

Por último, cabe señalar que se asume al lenguaje como lenguaje emocional; esto es, como aquel que se construye de forma convencional, como cualquier otro lenguaje, aunque no necesariamente de forma arbitraria; pero configurado —tal como sucede desde su forma más tradicional, la lingüística— como un código donde las emociones son los significantes (materialidad psíquica susceptible de ser significada) y los significados constituyen el cúmulo de referentes, formas y valores que le dan sentido, histórica y socioculturalmente atribuidos. Veamos.

¹⁰ Según Bar-Tal, Halperin y De Rivera (2007), la atmósfera emocional es un estado de ánimo colectivo que se objetiva en el comportamiento debido a la atención prestada a un suceso concreto.

La acción del lenguaje emocional como configuración discursiva intencional de una situación conmovedora

La perspectiva conceptual del discurso como acción del lenguaje asume al lenguaje desde un enfoque pragmático-comunicativo. Esto significa que el discurso, en este caso el emocional, se gesta con una intención retórica, persuasiva, de manera que la comunicación tiene esa finalidad. Siendo la comunicación el medio para persuadir, el locutor utiliza representaciones para construir una escena discursiva conmovedora y las organiza en función de que el interlocutor pueda ser efectivamente persuadido, esto es, teniendo en cuenta el contexto del uso perceptivo-cognitivo del sujeto.¹¹

El discurso del presidente cubano es ejemplo de lo anterior. Siendo un discurso político oficial, lo dicho tiene peso a nivel nacional e internacional, por lo que, al menos en abstracto, es lógico pensar que es un discurso “puesta en escena”. En el contexto sociopolítico y cultural cubano, la autoridad del discurso oficial suele cuestionarse bastante poco: la sociedad se informa esencialmente a partir de medios y discursos oficiales, pues los brotes de disidencia son casi siempre reprimidos, sobre todo desacreditados; en ese sentido, la narrativa oficial resulta creíble y suficiente para alimentar la opinión pública.¹²

Dado lo anterior, es presumible pensar que el discurso del presidente cubano esté preparado cuidadosamente, concediendo que tenga fuertes visos de espontaneidad debido a lo imprevisto de la protesta.

¹¹ Hay que aclarar que, aunque el discurso tenga la intención de persuadir, aun construyendo una situación conmovedora que pueda lograrlo, nada garantiza que lo logre; de ahí los límites del poder del discurso. Por eso se habla de finalidad retórica del discurso, soslayando su efectividad real en los interlocutores. Esto ameritaría un análisis de la recepción del discurso que excede los límites de este trabajo.

¹² La opinión pública en Cuba está articulada alrededor de líderes de opinión oficiales. El Estado-gobierno controla la mayor parte de los medios de información y comunicación, paga la nómina de reporteros y periodistas, nutre la información que difunden y las rutinas de producción y trabajo dentro de éstos. A pesar del auge de Internet en la isla desde 2016 y que las fuentes de información se han diversificado, la narrativa oficial conserva un fuerte peso.

En consecuencia, hay que asumir que construye una escena discursiva donde las emociones juegan un papel central en los procesos de producción emocional desde los cuales busca persuadir. Así, el locutor del discurso es el gobierno y el interlocutor es la sociedad, el pueblo cubano.

Se trata de un discurso que no utiliza palabras que refieran directamente a la emoción, tampoco “gestos” verbales o metáforas que puedan dar cuenta del estado emocional del hablante; más bien construye un clima emocional a través de palabras y frases, como cuando dice: “Convocamos a todos los revolucionarios a salir a las calles a defender la Revolución [...]. No vamos a entregar la soberanía ni la independencia de esta nación. Tienen que pasar por nuestro cadáver si quieren tumbar la Revolución [...]”. Se puede apreciar que esta convocatoria activa fibras emocionales que apelan al nacionalismo al advertir, sin decirlo, un peligro para la supervivencia de la Revolución cubana.

El peligro que demanda la acción de defensa por parte de los revolucionarios insufla miedo en la sociedad. El locutor asume que el miedo a la desaparición de la Revolución puede gestar una movilización social para conjurarlo, ya que se comprometen la soberanía y la independencia del país. En ese sentido, la desaparición de la Revolución constituye la entrega de la soberanía y la independencia; la pregunta que pende es ¿a quién? ¿A quién se entregan la soberanía y la independencia de Cuba?

Aquí aparece un tópico fundacional en la narrativa oficial sobre la Revolución cubana y su modelo político y económico, un tópico que se halla en la fibra misma del nacionalismo y el sentimiento patriótico: los Estados Unidos, enemigo por antonomasia de la Revolución cubana a través de su política imperialista. Por ello, sugerir que los manifestantes pretenden que se entregue la soberanía y la independencia de Cuba a los Estados Unidos no sólo moviliza el sentimiento patriótico de defensa del país, sino que lo moviliza precisamente al establecer una equivalencia tácita entre Revolución y país, entre Revolución y patria, entre el modelo político y económico que la Revolución propone y la soberanía e independencia respecto a Estados Unidos. Este

último es un referente fundamental en el imaginario de la Revolución que tiene dos anclajes históricos emblemáticos: la invasión de Bahía de Cochinos en 1961 y el embargo comercial norteamericano desde hace más de sesenta años.

Por ello, el discurso oficial sugiere que los manifestantes están del lado de los Estados Unidos, lado que históricamente ha querido “tumbar” la Revolución; de manera que esta posición los hace automáticamente enemigos del *statu quo* que defiende la soberanía y la independencia. Así, el discurso del presidente de Cuba evade las demandas ciudadanas que articulan la protesta mientras convoca a mantener de pie la Revolución, misma que se presume entera, sin fisuras ni disidencia. A través del discurso oficial, el presidente desacredita no sólo la disidencia política, sino también a quienes protestan, metiéndolos a todos en el mismo saco. Así, “tumbar la Revolución” es cuestionar y atacar el “orden revolucionario” que, entre otras cosas, impide el ejercicio de la protesta ciudadana.

Lo anterior explica la percepción de amenaza registrada en el discurso del presidente Díaz Canel en torno a las protestas y los manifestantes, activando así un deseo de aniquilación que se erige como deseo legítimo y justo por la defensa de la Revolución que deviene en un ente sagrado, sobre el cual se justifica el ejercicio represivo del gobierno. Desde esta perspectiva analítica, la producción emocional del discurso oficial se elabora alrededor del miedo en tres sentidos distintos pero interrelacionados: primero, en cuanto a la represión misma, ya que, tal como señala el discurso de Díaz Canel, tener la voluntad política de participar en la defensa de la Revolución-Estado es advertir veladamente que dicha participación se hará a través de las fuerzas policiales, y eventualmente militares, con las que cuenta el Estado cubano a través de la posesión y despliegue legítimo de la violencia en las sociedades modernas.

En segundo lugar, está el miedo a ser considerado no revolucionario, pues el llamado al combate es un llamado a la sociedad definida desde el gobierno como homogéneamente afín a la Revolución. Esto permite usar al discurso para aislar a los manifestantes que, en

oposición a los revolucionarios, son enemigos de la Revolución y hay que combatirlos.

El tercer miedo es más sutil, pues busca detonar un sentido de catastrofismo que construye en su conjunto la escena discursiva que amenaza con la pérdida de soberanía e independencia. Así entendido, el peligro no sólo se constituye como algo inminente, acortando las distancias entre el futuro y el presente —que es lo que demanda con urgencia la acción de defensa—, sino que la convocatoria de acción ante el peligro se expresa emocionalmente con arrojo y dignidad, favoreciendo la configuración de imaginarios que a su vez normalizan el vínculo entre el deseo de aniquilación del enemigo (“La orden de combate está dada”) y la acción de defensa de la Revolución que deviene justa, heroica y patriótica.

Es en ese tenor que se construye la identidad del héroe, el salvador que conjura el peligro y que encarna el *nosotros* del discurso, conformado claramente por el locutor que representa al Estado-gobierno-patria-Revolución, y también por la sociedad cubana que el locutor asume afín a él. Así, los héroes (presidente y revolucionarios) salvan a la víctima (la Revolución) de los victimarios (manifestantes e imperialismo yanqui); de ahí el clima emocional en clave sacrificial que activa la frase “Tendrán que pasar por encima de nuestros cadáveres”, y la arenga justificadora de la aniquilación del *ellos* (los manifestantes), la cual sofisticada el heroísmo como instancia moral de la acción represiva a favor de la defensa de la sacralidad revolucionaria.

Esta construcción excluyente de la identidad del *ellos*, como enemigos peligrosos y apátridas que amenazan lo sagrado, coloca a los manifestantes en una posición moral inaceptable. Mientras el heroísmo envuelve a los buenos que defienden la soberanía y la independencia de la Patria del voraz imperialismo yanqui, la peligrosidad del *ellos*, los malos, los excluye justificando su aniquilamiento. Desde este punto de vista, no extraña que la producción emocional del miedo al *ellos* impacte simbólicamente en la conservación y reproducción del orden revolucionario que busca combatirlos, someterlos y aniquilarlos. Esto configura al discurso del presidente de Cuba como uno donde la pro-

ducción emocional del miedo parece estar motivado por la conservación del *statu quo* autoritario del que goza políticamente el gobierno.

***La acción social como performance emocional:
identidad y pertenencia afectiva desde la perspectiva
del discurso como lenguaje en acción***

Como señalé, aunque Charaudeau (2011) reconoce a la emoción como algo sentido con independencia del significado social que adquiera, le da mayor importancia a los estados mentales, que son donde se sitúan los saberes de creencia que envuelven y articulan a la emoción como significante, develando la impronta construccionista de su modelo. Esto es lo que lleva al autor a asumir el discurso emocional como un enunciado; es decir, como algo que es intencionalmente organizado y enfocado en la creación de efectos retóricos que buscan persuadir. Sin embargo, aunque se trata de una postura legítima, muestra sus límites para explorar la manera en que la representación participa en los procesos de producción emocional por medio el discurso; por ejemplo, en el caso del discurso de los manifestantes, el efecto emocional no tiene una finalidad persuasiva en sí misma, sino en todo caso catártica.

El concepto aristotélico de catarsis se halla estrechamente vinculado con la mimesis como mecanismo que explica la identificación y el reconocimiento de una emoción en aras de hacerla propia y liberarla; ello demanda un entendimiento de la representación desde una perspectiva más visceral, articulando la semejanza entre lo representado y lo sentido. Ésta es una equivalencia acrítica de la postura posconstruccionista del discurso que, de la mano de Butler (1993), hace eco en la noción de discurso como *performance* por medio de la experiencia de la acción. Ello instala al discurso emocional como un discurso que no busca generar efectos emocionales, sino que los genera sin intención, por lo que la ausencia de este efecto persuasivo sugiere que no hay una escena del discurso propiamente dicha —al menos en los términos en que Charaudeau lo indica basado en el concepto

de escena goffmaniana—. Hay un escenario, una instancia para la construcción de experiencias emocionales donde el discurso es la experiencia misma.

Es lo que se observa en el discurso gestual de los manifestantes que, en las tres imágenes presentadas en este capítulo, aparece signado emocionalmente tanto por la desidia como por la euforia y el enojo, lo que presupone que la activación emocional colectiva de la experiencia de la protesta obedece a representaciones psicosociales diferenciadas en torno a la misma, a pesar de compartir el deseo de rechazo al gobierno y sus políticas, que es lo que ha detonado la protesta.

Teniendo esto en cuenta, es posible decir que la protesta se erige como un acto legítimo de libertad de acción y de expresión alrededor de un sentimiento de injusticia que se fundamenta emocionalmente desde el enojo. Por ejemplo, en la imagen 1 se muestra a los manifestantes sosteniendo una postura erguida, visibilizando una corporalidad aguerrida dispuesta a reparar la injusticia que subyace como motor moral del enojo. A diferencia del discurso del presidente Díaz Canel, los manifestantes cubanos no parecen sentirse héroes; la mayoría de ellos muestran decisión y parecen saber qué están haciendo a nivel colectivo y por qué lo hacen, asociando la acción de protesta con la convicción.

Algo similar sucede con la imagen 2, donde los manifestantes parecen aglutinarse alrededor de una emoción de júbilo emanado por la protesta misma. Se trata de un discurso en el que, como en el anterior, la propia acción deviene experiencia emocional, constituyéndolo así performativamente. La gente siente el júbilo que suscita la protesta y, mientras sostienen carteles con demandas políticas en contra del gobierno, el presidente y el modelo político-económico de la Revolución, sonríen, gritan, marchan hacia adelante mayormente desenfadados y concentrados en la protesta como si fuera motivo para sentirse bien con ellos mismos.

Imagen 2



Foto de Ezequiel Becerra (AFP).
Fuente: DW, 27 de julio de 2021.¹³

En contraposición, la imagen 3 muestra otra cara de la revuelta social del 11-J: en ella se ve a un manifestante violentado por civiles. Llama la atención que ningún otro manifestante acude en su ayuda. Esto sugiere que o bien se considera merecida la violencia infligida al manifestante o bien la violencia en sí misma ha tenido un efecto disuasivo. Al tratarse supuestamente de dos civiles y no de agentes policiales —cuyo número podría ser fácilmente superado por los manifestantes—, resulta poco creíble pensar en la desidia de éstos, observable a primera vista.

La postura esquivada de los manifestantes que están cerca del suceso de violencia y que apenas lo observan contrasta con la postura frontal que se ha calificado de aguerrida más arriba y que se muestra en las otras imágenes. En este caso, los hombros y mirada bajos,

¹³ Véase <<https://www.dw.com/es/manifestaciones-en-cuba-caen-las-m%C3%A1scaras-humanistas/a-58664263>>

así como la posición pasiva o bien en retirada de los cuerpos, habla de una hexis corporal en términos bourdianos, es decir, de una introyección de ciertas formas de sentir, pensar y actuar articuladas a mecanismos de poder y dominación en torno al miedo, realizando así la mitología política de sumisión a través de la posición y disposición apática e indiferente de los cuerpos en el espacio.

Imagen 3



Foto de Yamil Lage (AFP).
Fuente: *El País*, 11 de julio.¹⁴

Aunque el enojo constituye la emoción alrededor de la cual se concentra la experiencia de la protesta en todas las imágenes, en este caso no parece configurar el sentido de pertenencia a la colectividad, sino que resulta su detonante. Es el miedo a ser reprimido o estigmatizado como “contrarrevolucionario” lo que configura colectivamente la

¹⁴ Véase <https://elpais.com/elpais/2021/07/12/album/1626056483_854034.html#foto_gal_2>

experiencia de identificación y reconocimiento como colectividad. En algunos casos, este miedo se transforma en valentía y arrojo (imagen 1); en otros, en arrojo y júbilo (imagen 2); mientras que en la tercera imagen deviene en parálisis, desidia.

En ese sentido, desde la noción de discurso como *performance*, se trata de entender el efecto emocional como parte de los procesos de producción emocional de los propios manifestantes, parece claro que instituirse como colectividad, tal y como sucede en los movimientos sociales, no sólo hace del grupo un conjunto de individuos alrededor de un interés común (en este caso, la protesta), sino que además cohesiona al grupo afectivamente, a partir de una experiencia emocional similar que, no obstante, parece tener diversas salidas expresivas.¹⁵

Sin embargo, a este comportamiento más visceral se suman las demandas concretas que pueden verse en los carteles que sostienen los manifestantes en la imagen 2. Se trata de textos que traducen demandas políticas concretas, como el fin del socialismo, del comunismo, de la dictadura y de Díaz Canel. Desde ahí, los manifestantes se configuran también como un *nosotros* enojado y políticamente demandante que no sólo coloca al *ellos* (el gobierno-Estado) como demandados, sino que, al vincularlos con lo dictatorial, invocan la causa de la protesta como justa y legítima. Por otra parte, la denuncia “Díaz Canel *singao*”, que constituye una expresión despectiva y de burla, de fuerte connotación sexual, pero sobre todo negativa desde un punto de vista moral (*singao* es una expresión idiomática que se utiliza para mostrar desprecio), hace al presidente despreciable para el *nosotros*, así como el socialismo, el comunismo y la dictadura.

Este último calificativo al gobierno cubano desnuda el sentido emocional y moral de la protesta, ya que los manifestantes se sienten

¹⁵ La explicación del reconocimiento intersubjetivo de las emociones es variopinta y alcanza lógicas disímiles que suponen la intervención de procesos cognitivos conscientes e inconscientes. La lista de autores y perspectivas es extensa. Conviene decir que puede oscilar entre la teoría de las emociones básicas de Ekman y la de las neuronas espejo de Rudd, pasando por la de los reconocimientos deductivos de Hudson.

víctimas de un poder que abusa. Así, al saberse desvalidos con respecto al poder, se empoderan por medio de la protesta intentando contrarrestar la posición de desventaja histórico-estructural que ocupan dentro del régimen autoritario. Por eso, aunque los manifestantes generan producción emocional al calor de la experiencia de la protesta que les permite construir un nosotros más allá de la pertenencia simbólica, la vivencia de la protesta, la valentía del acto mismo, no parece ser una razón suficiente para configurar un nosotros más definido en términos de identidad.

Quizá, hoy en día que el abuso ha dejado de ser una percepción difusa para ser una realidad experimentada en carne propia a través de la represión y las largas penas de cárcel con que se ha castigado a cientos de manifestantes, esta identidad victimizada tome forma de ciudadanía en un país donde serlo es considerado un delito por parte del poder. Las ideologías no sólo necesitan causa, también necesitan tiempo, pues, además de una explicación de la realidad propia, demandan la construcción de una narrativa de pertenencia (afectiva) que permita disputar la realidad ajena y proponer un nuevo orden discursivo. En ese sentido, no parece suficiente que el discurso de los manifestantes cubanos haya performado el derecho a la libertad de expresión mediante la protesta. Tal parece que el miedo al que hemos referido previamente todavía hace tambalear la condición cívico-democrática de este derecho, obstaculizando una actuación más comprometida; es decir, más sentida, más *in-corporada*.

CONCLUSIONES

El análisis realizado permite constatar que la representación es siempre representación del deseo en los discursos emocionales; sin embargo —sea que se trate de un deseo sentido, configurador de una vivencia concreta o de un deseo construido para influir en los demás—, dicha representación implica concebir su inscripción en una matriz que lo codifica y “traduce” en discurso. Por ello, aunque el lenguaje emocional admita ser pensado desde la articulación entre lo

biológico y lo cultural, como cualquier lenguaje constituye una construcción histórica de sentido que impacta en los procesos perceptivo-cognitivos a través de los cuales “leemos” el mundo y la realidad en la que estamos inmersos, sea para producir enunciados sobre ese mundo o para interpretarlo.

Concluyo que no puede haber una representación del deseo que no esté mediada por las cogniciones histórico-sociales desde las que se configura el discurso, sobre todo axiológicamente, formando parte activa de nuestro universo perceptivo-cognitivo, tanto en términos biográficos e individuales como histórico-sociales. De esa manera, resulta imposible separar al deseo de nuestras acciones discursivas, por lo que la presencia de la emoción resulta constitutiva de todo discurso y activa procesos de producción emocional en diferentes intensidades.

A pesar de la inespecificidad del discurso emocional, en este capítulo construí una definición operativa enfatizando la manera en que la representación del deseo desata la producción emocional como acción preponderante en este tipo de discurso, permitiéndonos abarcar las dos concepciones que constituyen actualmente los campos de estudio que conforman la investigación: la perspectiva del discurso que lo entiende como acción del lenguaje y la del lenguaje en acción.

Al explorar el papel de la representación en los discursos emocionales desde ambas posturas, pude dar cuenta de que la categoría de representación, para el caso de la emoción, asume una concepción omnipotente del lenguaje que hace equivaler la realidad emocional al discurso, asumiendo que aquella puede ser reducida a éste. La dificultad que entrañó el análisis del discurso emocional desde la postura performativa que lo entiende como práctica social es muestra fehaciente de que siempre hay algo en la realidad emocional que resulta inatrapable por el lenguaje.

El ACD, como metodología pertinente para el análisis del discurso emocional, muestra su capacidad para la comprensión del papel de la producción emocional en la constitución y reproducción de los modelos ideológicos desde los que se ordena y naturaliza la realidad

social en busca del establecimiento de relaciones de fuerza entre los sujetos sociales. El énfasis lingüístico-textual del modelo antagonístico dificultó el abordaje analítico del discurso performativo, evidenciando la necesidad de una intervención analítica desde fuentes directas de información para entender cómo la producción emocional al calor de la protesta permitió (o no) la configuración de un sentido de unidad, identidad y pertenencia, como he intentado demostrar a partir del insuficiente registro visual de las imágenes.

A pesar de ello, fue posible dar cuenta de la manera en que la producción emocional en los discursos analizados fungió como columna vertebral de éstos, participando de diversas maneras en su constitución, lo que, a su vez, posibilitó comprender que la representación del deseo en los discursos emocionales, al menos desde la metodología del ACD, configura impactos políticos diferenciados que pueden ser estudiados más allá del efecto de poder producido a raíz del efecto del discurso en los mecanismos que reproducen la dominación. Así, sumamos esfuerzos para consolidar una línea de investigación en torno al discurso desde su concepción de práctica social —aún marginal en el campo de los estudios del discurso en América Latina—, y, en concreto, del discurso emocional como aquella práctica discursiva donde la emoción constituye un motor de movilización ciudadana.

REFERENCIAS

- Bar-Tal, Daniel; Eran Halperin; y Joseph de Rivera (2007). "Collective Emotions in conflict situations: Societal Implications". *Journal of Social Issues* 63 (2): 441-460.
- Butler, Judith (1993). *Bodies that matter: On the discursive limits of sex*. Londres: Routledge.
- Caffi, Claudia, y Richard Janney (1994). "Towards a pragmatic of emotive communication". *Journal of Pragmatics* 22: 325-373.
- Castoriadis, Cornelius (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets.
- Charaudeau, Patrick (2011). "Las emociones como efectos de discurso". *Versión* 26: 97-118.
- Fairclough, Norman L. (1989). *Language and power*. Londres: Longman.

- Fairclough, Norman L. (2008). "El análisis crítico del discurso y la mercantilización del discurso público: las universidades". *Discurso y sociedad* 2 (1): 170-185.
- Fridja, Nico (1993). "Moods, Emotion episodes and Emotions". En *Handbook of Emotions*, coordinado por Michael Lewis y Jeannette M. Haviland, 381-403. Nueva York: Guilford Press.
- Granma (2021). "Díaz-Canel en vivo para Cuba: No vamos a entregar la soberanía de nuestra Patria", 11 de julio [en línea]. Disponible en <<https://www.granma.cu/cuba/2021-07-11/en-vivo-presidente-de-cuba-comparece-en-vivo-ante-el-pueblo-de-cuba>>
- Haidar, Julieta (2012). "El análisis del discurso: una zona de contacto transdisciplinario (Entrevista a Julieta Haidar)". En *Los estudios del discurso. Miradas latinoamericanas*, de Oscar Iván Londoño Zapata, 99-125. Ibagué: Universidad de Ibagué.
- Plantin, Christian (2014). *Las buenas razones de las emociones*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Moreno.
- Rosenwein, Barbara H (2006). *Emotional Communities in the Early Middle Age 700-1600*. Nueva York: Cornell University Press.
- Van Dijk, Teun (1999). "El análisis crítico del discurso". *Anthropos* 186: 23-36.
- Van Dijk, Teun (2005). "Ideología y análisis del discurso". *Utopía y Praxis latinoamericana* 10 (29): 9-36.

**V. ¿SIRVEN LAS ENCUESTAS PARA
ESTUDIAR LAS EMOCIONES?**

Acercamiento cuantitativo a la afectividad de las familias mexicanas

Marina Ariza

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este capítulo es mostrar las ventajas y limitaciones de las metodologías cuantitativas para el análisis empírico de la afectividad. Éstas gozan de poca adhesión en nuestra región, pues se presupone que no son las idóneas cuando se trata de indagar aspectos de difícil identificación, como sería el caso de las emociones y la afectividad. Pero si respaldamos el posicionamiento de que la sociedad tiene una dimensión emocional insoslayable y que las emociones son de naturaleza social, puesto que emergen en los vínculos relacionales y a partir de ellos (Barbalet, 2001; Bericat, 2012), su estudio es plausible desde cualquiera de las metodologías con las que estructuramos el proceso de investigación.

Dos de los supuestos epistemológicos del abordaje cuantitativo en la investigación social sostienen que: 1) aun cuando existe una inevitable interrelación entre el sujeto cognoscente y el hecho a estudiar en virtud del carácter construido de la realidad social, es posible objetivar empíricamente cualidades observables de lo social guiados por enunciados lógicos (hipótesis) provenientes de una formulación más general, una teoría; 2) dicha objetivación permite identificar —mediante procedimientos técnicos específicos— regularidades en las respues-

tas y comportamientos de un conjunto de individuos cuya agregación trasluce pautas generales del conjunto de la sociedad. La inferencia del plano individual al colectivo se sustenta en las leyes de la probabilidad al hacer intervenir el azar en la delimitación del universo poblacional (la muestra).¹ Traducido a nuestro interés analítico, es posible objetivar (operacionalizar empíricamente) ciertas dimensiones de la experiencia emocional y afectiva de los individuos para arribar a los patrones prevalecientes en el conjunto de la sociedad.

Con la finalidad de ilustrar la fertilidad de las metodologías cuantitativas para el análisis empírico de la dimensión emocional de la vida social, emprendo en este capítulo un ejercicio empírico sobre la afectividad de las familias mexicanas con el apoyo de técnicas estadísticas bivariadas y multivariadas. La fuente de información es la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Familias 2005, generada por el Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y el Sistema de Desarrollo Integral de la Familia (DIF). El capítulo se divide en tres apartados: en el primero reflexiono acerca de los desafíos inherentes a la indagación cuantitativa de las emociones y la afectividad; en el segundo expongo las coordenadas teóricas para el análisis de la familia y la afectividad, así como los antecedentes de investigación existentes en el país; en la tercera parte emprendo el análisis empírico de la afectividad tal y como es percibida por los padres y madres de un subconjunto de hogares mexicanos contenidos en la encuesta. En las conclusiones valoro los alcances y limitaciones de la ruta metodológica cuantitativa para el análisis social de la afectividad.

¹ La aleatoriedad en la selección de las observaciones permite calcular la probabilidad de error en el proceso de inferencia de los resultados muestrales (nivel individual) al total de la población (plano general) (Cortés, 2008: 51).

EL ABORDAJE CUANTITATIVO DE LOS AFECTOS: ¿QUÉ PODEMOS ESPERAR?

En términos llanos, medir es asignar valores numéricos a las propiedades objetivables de un concepto (Cortés y Rubalcava, 1987; Cortés, 2008), proceso que necesariamente implica una distancia entre la proposición teórica de la que se desprende, sus propiedades y el recorte empírico que es factible realizar. Inevitablemente, esta distancia reduce la complejidad del constructo teórico en que se inscribe el concepto a cambio de identificar con mayor o menor precisión algunas propiedades cuyo contraste sucesivo (por iteración) fortalece la validez de los hallazgos.

Denominamos variables a las propiedades objetivadas de un concepto cuyos atributos cambian de magnitud o nivel. Medir estos cambios, cuantificar las diferencias y observar si se modifican o no en conjunción con otras variables (covariación), sea en un sentido directo (positivo) o inverso (negativo), es uno de los objetivos ineludibles de cualquier análisis cuantitativo. La variación concomitante entre una o más variables se llama correlación y sugiere la existencia de alguna conexión (no necesariamente causal) entre ellas. Las correlaciones arrojan pistas acerca de cuáles variables (propiedades de un concepto) están conectadas de algún modo entre sí, lo que en términos estadísticos se conoce como asociación. La investigación cuantitativa procura identificar, a través de un conjunto de técnicas específicas, los patrones de asociación entre variables existentes en una gran cantidad de casos, las pautas comunes a grandes grupos poblacionales, lo que necesariamente implica un proceso de condensación de la información que arroja al menos dos ganancias: parsimonia y generalización (Ragin y Amoroso, 2011). Medir los fenómenos sociales es importante no sólo con el afán de identificar regularidades, sino porque con base en ello testamos hipótesis teóricas y afinamos las proposiciones mediante las cuales reflexionamos sobre la realidad social (Rogers y Robinson, 2014).

La aproximación cuantitativa presta mucha importancia a los aspectos procedimentales del proceso de investigación, pues de ellos depende en gran medida el carácter científico de los resultados. Estos procedimientos suelen estar bastante estandarizados, de forma tal que —idealmente— los hallazgos pueden ser replicados por investigadores independientes. Dos criterios consustanciales a todo proceso de medición son la confiabilidad y la validez. El primero refiere a qué tan precisa es la medición realizada. Un ejemplo de confiabilidad es la estimación de la tasa de desocupación; su resultado es mucho más preciso (y elevado) si se mide con base en encuestas de empleo, pues incluyen un mayor número de preguntas para su medición que los censos de población. La validez, en cambio, refiere a la medida en que el indicador (o la variable) recoge el concepto al que apunta, su concordancia con el constructo teórico del que parte, llamada también validez de los constructos o de las construcciones hipotéticas. Esta forma de validez es muy relevante en la medición de asuntos complejos, como es el caso de las emociones y la afectividad. Por ejemplo, ¿medimos en verdad el estado emocional que la persona sintió según lo relata o su reacción comportamental?

Existen también la validez interna, entendida como la capacidad de eliminar las explicaciones rivales en el modelo de causalidad propuesto, y la validez externa, relativa a las posibilidades de generalización (Campbell y Stanley, 1991). Una manera habitual de fortalecer la validez interna en las relaciones que establecemos entre las variables independientes (factores explicativos) y la dependiente (hecho a explicar) es la introducción de variables de control; es decir, de factores que, de antemano se sabe, inciden en el proceso a estudiar. No incluirlos puede conducir a relaciones espurias entre ambos tipos de variables, las independientes y la dependiente. Así, por ejemplo, una investigación que procure determinar los factores que inciden en la heterogeneidad salarial en la población trabajadora mexicana no podría dejar de incluir al sexo como variable de control —aunque la desigualdad de género no sea el objetivo analítico de la investigación—, habida cuenta del papel central de la división sexual del trabajo en la estruc-

turación de los mercados laborales y la sistemática posición de desventaja de las mujeres en él.²

Las encuestas son los instrumentos por excelencia de los que se sirve la investigación cuantitativa. ¿Qué tan válida, en términos del constructo teórico, puede ser la medición de las emociones a través de ellas? Una primera respuesta es que depende del concepto del que se parta. Una segunda es que, como en muchos otros procesos sociales, no habrá medición capaz de recoger su complejidad y multidimensionalidad. Idealmente debería recurrirse a la construcción de indicadores complejos, indicadores que procuren medir simultáneamente varias de las dimensiones implicadas, y también a la interdisciplina. Sabemos que la experiencia emocional incluye de forma inextricable aspectos cognitivos, psicológicos, fisiológicos, sociales y comportamentales. En el ejercicio de carácter ilustrativo que emprendo en este capítulo, me centro en dos dimensiones de la afectividad en el mundo familiar, el cariño y el respeto, con la finalidad de realzar el potencial de las metodologías cuantitativas. Como señala Scherer (2005), a pesar de que las manifestaciones verbales (vocablos específicos, tono y elevación de la voz) y no verbales (gestos, inclinación de la cabeza, postura) pueden arrojar luz sobre la experiencia emocional por la que atraviesa una persona, no existe otra manera de acceder al contenido subjetivo de esta dimensión relacional de la vida social más que preguntándole a las personas lo que sienten o sintieron. En ese sentido, las emociones *son* lo que las personas dicen sentir.

Existen varios caminos posibles. En lugar de intentar medir la experiencia emocional de forma directa, puede optarse por identificar la respuesta conductual desplegada frente a una emoción que se da por supuesta. Tal es el caso de la pregunta 4.19 de la Encuesta Nacional sobre Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE, 2021) del Instituto Nacional de Estadística y Geografía de México:

² En otras palabras, hay que despejar el efecto “confusor” del sexo respecto de los factores explicativos que se proponen.

“durante 2020, por temor a ser víctima de algún delito (robo, asalto, secuestro, etc.), dejó de...”, en la que se lista una serie de actividades que las personas pudieron dejar de realizar para minimizar el riesgo de ser víctima de algún delito. Identificar las respuestas comportamentales a partir de la presunción de un estado emocional es un acercamiento indirecto que facilita la estandarización de la medición.

Para la indagación directa existen diversas formas de preguntar. Las modalidades más conocidas son las preguntas cerradas y las abiertas. Las primeras, de uso muy extendido en la psicología, proporcionan una lista estandarizada de nombres de emociones para que el entrevistado seleccione la que se acerca más a su sentir en un periodo de referencia dado (la semana anterior o el día previo). Se pueden incluir a su vez preguntas subsecuentes que permitan identificar no sólo la emoción sentida, sino su frecuencia e intensidad (véase el capítulo de Mancini y Videgain en este libro). El propósito es identificar una o varias emociones como expresión de estados afectivos concretos, las veces en que fueron experimentadas y la fuerza con que se vivieron. Las escalas de medición —incorporadas al cuestionario como reactivos— son instrumentos estandarizados que pueden ser sometidos de forma bastante directa a procedimientos de cuantificación.³ Entre los problemas que suscita esta forma de medición figura el que condiciona la respuesta al conjunto de emociones listadas, atenuando matices y diferencias u omitiendo estados afectivos particulares. Una segunda limitación es la ausencia de correspondencia entre la categoría afectiva listada y la acepción vernácula de los informantes, pues la eficacia del instrumento depende de su adaptación al contexto cultural en el que se aplica. Modificar las escalas de medición no siempre es posible porque afecta la comparabilidad.

Las preguntas abiertas carecen de esta restricción, aunque presentan otras. La gran variedad de estados afectivos que los informantes

³ Pueden ser nominales (cualitativa, y carece de orden en las categorías), ordinales (cualitativa, pero las categorías poseen un orden) o de intervalo (cuantitativas, a partir de la diferencia numérica entre dos variables).

pueden nombrar dificulta la estandarización y el manejo cuantitativo. Necesariamente, la información recabada ha de ser sometida a un proceso de codificación (reducción y simplificación) de acuerdo con los objetivos analíticos. Una limitante en estas situaciones es que los códigos *ad hoc* sólo tienen utilidad en el marco de cada investigación particular. En un esfuerzo por impulsar la comparabilidad internacional, el Centro Suizo para la Ciencias Afectivas⁴ ha desarrollado un instrumento estandarizado de codificación partiendo del supuesto de que cualquier reporte verbal de una etiqueta o expresión afectiva tomada del lenguaje natural constituye una evidencia de un estado emocional o sentimiento (*feeling*). El Geneva Affect Label Coder es un programa de libre acceso (en una hoja de cálculo) que proporciona una lista de 36 estados afectivos y sus sinónimos en tres lenguas —francés, inglés y alemán—, reduciendo la amplia gama de respuestas a un conjunto de categorías manejables estadísticamente. La idoneidad del proceso de simplificación y reagrupación realizado puede ser validada a través de técnicas estadísticas específicas (Scherer, 2005).

El tipo de preguntas a utilizar (cerradas o abiertas) depende de los recursos disponibles, los objetivos de investigación y la perspectiva teórica de la que se parta. Las encuestas pueden incluir una combinación de ambas. Las preguntas cerradas son útiles para identificar estados emocionales discretos (emociones específicas), son fáciles de cuantificar e implican menos recursos económicos. Si se basan en escalas estandarizadas, facilitan la comparabilidad internacional. En cambio, las preguntas abiertas exigen un esfuerzo de reducción previo al análisis empírico, presentan muchas categorías con baja frecuencia (lo que dificulta el análisis estadístico) y son más costosas. No obstante, evitan el riesgo de forzar al entrevistado a elegir entre

⁴ Creado en 2005 en la Universidad de Ginebra, el Centro Suizo de las Ciencias Afectivas (The Swiss Center for Affective Sciences) promueve una perspectiva interdisciplinaria y tiene como propósito comprender las emociones y su rol en la cognición y el comportamiento (<<https://www.unige.ch/cisa/center/about-us/>>).

un conjunto cerrado de categorías, favoreciendo una medición más precisa de los estados emocionales. Es el tipo de preguntas indicado cuando se quiere identificar la posición de un individuo en un rango de estados afectivos posibles.

La elección de una u otra forma de indagación depende de la(s) perspectiva(s) teórica(s) elegida(s). En sentido general, las teorías socioestructurales (Barbalet, 2001; Kemper, 1990; 2006) parten del supuesto de que la respuesta afectiva de un individuo es el resultado de su posición relativa en las dimensiones de estatus y poder en el intercambio relacional, intercambio que puede modificar de nueva cuenta el balance entre ambas. Las teorías socioculturales (Hochschild, 1983; 1978; Schmitt y Clark, 2006; Gordon, 1981) se focalizan en la tensión entre las reglas del sentir prescritas socioculturalmente en cada contexto y la gestión (superficial o profunda) que emprenden los individuos cuando se encuentran en disonancia respecto de ellas, siendo central la distinción entre emociones *sentidas* y emociones *expresadas* (Rogers y Robinson, 2014: 284). La teoría interaccionista de Scheff (1988) resalta dos estados afectivos paradigmáticos —la vergüenza y el orgullo— como los correlatos observables de un sutil sistema de control social, el sistema deferencia-emoción, inaprehensible de forma directa. Estas tres teorías sociológicas de las emociones nombran emociones específicas, estados afectivos discretos, para cuya identificación podrían utilizarse un conjunto de preguntas cerradas.⁵

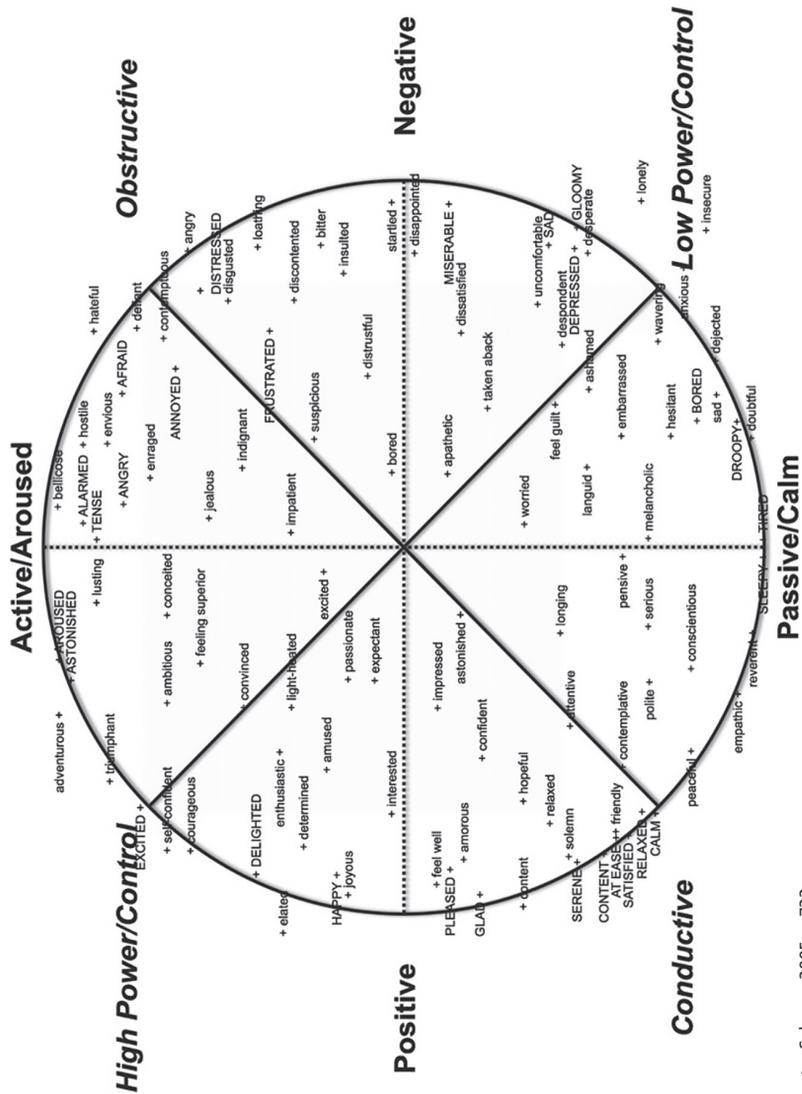
En cambio, las teorías rituales (Collins, 2009) y las del control afectivo (Lively y Heise, 2014) anidan en una concepción dimensional de la afectividad (Rogers y Robinson, 2014), en tanto plantean la existencia de una serie de estados afectivos difusos, de mayor o menor intensidad y valencia. El concepto central de Collins, la *energía emocional* (véase el capítulo de García-Andrade en este volumen), alude a un estado emocional difuso y duradero, un nivel de entusiasmo y deseo de

⁵ No obstante, el modelo analítico de Scheff presupone mecanismos de represión inconscientes, difícilmente identificables a través de las encuestas.

interconexión que se distribuye desigualmente en la estructura social y es el resultado de rituales de interacción microsociales que promueven un sentido de pertenencia grupal. Abrevando del trabajo seminal de Wundt (1905, citado por Scherer, 2005), algunas de las teorías no discretas de la emoción se sirven de tres dimensiones para identificar la posición de las personas en un abanico de posibilidades afectivas: 1) la evaluativa (sentido positivo o negativo, anclado en la cognición); 2) la dimensión de poder (tensión vs. relajamiento, vinculada con el grado de control —manejo— percibido por la persona en el estado afectivo en que se encuentra); 3) y la dimensión de excitación (agitación vs. calma, relativa más bien a los cambios fisiológicos) (Scherer, 2005; Rogers y Robinson, 2014) (diagrama 1). Cuando nos posicionamos teóricamente desde perspectivas no discretas de las emociones, las preguntas abiertas constituyen un mejor instrumento, pues facilitan la identificación de matices, tonalidades y grados de intensidad a lo largo de un espectro.

Las preguntas abiertas pueden ser útiles para analizar el amplio registro de las emociones colectivas (tono emocional, atmósferas emocionales, orientaciones emocionales, clima emocional, etcétera) (De Rivera, 1992; von Scheve e Ismer, 2013; Gutiérrez, 2016). En este plano tridimensional resulta difícil, sin embargo, asociar los estados emocionales reportados con los eventos específicos que podrían haberlos suscitado, pues se suele inquirir por el estado de ánimo prevaleciente en un lapso determinado (el día anterior o la semana previa) y no por los hechos que lo motivaron. Es intrincado también deslindar la excitación corporal (nivel fisiológico) del grado de intensidad emocional sentido. De ahí que muchos psicólogos sociales hayan optado por desechar la última de las tres dimensiones analíticas en el abordaje empírico, la dimensión de excitación (Scherer, 2005: 719). Existe, por último, un conjunto de teorías que combina estados afectivos difusos y emociones discretas, como la teoría de la identidad (Stets y Trettevik, 2014) y algunas versiones de la teoría del intercambio (Lawler, Thye, y Yoon 2014, citado por Rogers y Robinson, 2014).

Diagrama 1



Fuente: Scherer, 2005, p. 722.

Independientemente de si las preguntas son cerradas o abiertas o si se parte de una concepción discreta o dimensional de las emociones, las encuestas suscitan reactividad, lo que puede comprometer su fiabilidad. La desconfianza, el recelo respecto al asunto que se indaga, tiende a ser mayor cuando se inquiere sobre aspectos que comprometen la autoimagen del informante, atañen a asuntos controversiales o son de índole personal. El hecho de ser objeto de interrogación y observación puede alterar la percepción o la rememoración de la experiencia emocional favoreciendo respuestas socialmente deseables (Rogers y Robinson, 2014). Cuando se indaga acerca de emociones culturalmente sancionadas, como la envidia o el odio, los encuestados pueden emprender procesos de gestión emocional para ocultar el sentimiento que realmente los embargó, acatando las reglas del sentir (Hochschild, 1983). Una alternativa es proponer escenarios hipotéticos en los que tales emociones “negativas” entren en juego, escenarios en los que los entrevistados se proyecten sin saberlo (Jalan, 2015).

AFECTIVIDAD Y FAMILIA: COORDENADAS TEÓRICAS Y ANTECEDENTES EMPÍRICOS

La familia es el ámbito de pertenencia y construcción de los vínculos afectivos primarios, los de mayor solidez y arraigo en la estructura social. Desempeña un papel central en el proceso de socialización emocional, de aprendizaje del vocabulario emocional, los códigos verbales y no verbales, las reglas del sentir, la expresión y la gestión emocional (Hochschild, 1983; Gordon, 1981). En ella se fraguan la experiencia emocional que configura la personalidad y el capital emocional con el que las personas navegan el mundo social.⁶ De vital importancia es su papel en la construcción de la identidad sexo-genérica

⁶ A partir de varios autores, Erickson y Cottingham (2014: 375) definen el capital emocional como el conocimiento transituacional basado en las emociones, las habilidades para manejar las emociones y las capacidades de sentir, conocimiento que dota a los individuos de recursos emocionales y sociales particulares.

al modelar —desde una concepción binaria— la forma “correcta” de sentir y expresarse de niños y niñas (Shields *et al.*, 2006; Schrock y Knop, 2014; Lively, 2008; 2019). La familia vehicula la transmisión intergeneracional del bagaje emocional socialmente construido. Por su vínculo sistémico con el proceso de reproducción social, constituye un sitio estratégico para comprender cómo las emociones contribuyen a la reproducción de las desigualdades sociales (Erickson y Cottingham, 2014: 360).

La emocionalidad y los vínculos afectivos familiares están genéricamente mediados. Además de la división sexual del trabajo que organiza la provisión de las necesidades cotidianas (domésticas y de cuidado), las familias se rigen por una división emocional de la parentalidad. De forma esquemática, las madres desempeñan un rol marcadamente afectivo que vela por el bienestar emocional del núcleo familiar, los padres privilegian el rol de autoridad y la neutralidad afectiva. En virtud de esta división del trabajo emocional y de la vigencia de un modelo de maternidad intensiva, las mujeres realizan una gran cantidad de gestión emocional cotidiana en sus familias, más que sus cónyuges varones, lo que puede llegar a comprometer su bienestar (Hochschild, 1983; Forbes, Donovan, y Lamar, 2020; Patulny, 2015). Las pautas de gestión y socialización emocional están atravesadas por las relaciones de poder y estatus, y por otros ejes de diferenciación social (clase, etnia, etcétera), lo que da lugar a una variedad de estilos de parentalidad que han a ser analizados contextual y empíricamente.

La división emocional de la parentalidad se inscribe en la relación más inclusiva entre género y emociones. No sólo las mujeres están sujetas a estándares afectivos más altos en virtud de su asociación con el cuidado y la maternidad, sino que su comportamiento expresivo es distinto. Mientras (en determinadas circunstancias) los varones suelen (y pueden) dar rienda suelta a emociones fuertes (ira, orgullo), ellas las reprimen o enmascaran dando cauce a emociones “débiles”, como la tristeza o el miedo. Las emociones fuertes no están vetadas a las mujeres, pero el género prescribe cuándo y cómo pue-

den expresarse (Shields *et al.*, 2006).⁷ La expresividad “controlada” es, de acuerdo con Shields (2002), el estándar asociado con la masculinidad (*manly emotion*).

La distinta expresividad emocional de hombres y mujeres se vincula de forma compleja y no unívoca con las posiciones diferenciales de poder y estatus de que gozan en los diversos ámbitos sociales, pues las emociones traslucen la estratificación social (Kemper, 1990; Collins, 2009). La hipótesis de subordinación (La France y Henley, 1997, citado por Shields *et al.*, 2006: 72) plantea que los individuos de menor estatus relativo se sienten presionados a inhibir la expresión de emociones potencialmente amenazantes, tales como la ira o el desprecio, lo que no ocurre con la tristeza o el miedo. Investigaciones cuantitativas para Estados Unidos han encontrado que aun cuando no existen diferencias en la frecuencia con que hombres y mujeres experimentan la ira, ésta es más intensa y duradera en ellas, lo que podría constituir un factor etiológico importante en sus mayores tasas de depresión (Simon y Lively, 2010: 16). Estos autores resaltan la concordancia entre sus resultados y los planteamientos teóricos de Kemper y Collins en relación con la mayor probabilidad de que las personas en posiciones sociales desventajosas experimenten ira situacionalmente anclada (*situationally based anger*). Como enfatiza Lively (2019: 79) con base en Ridgeway (2011), la experiencia y la expresión emocionales —componentes integrales de las diferencias en la interacción de género— constituyen respuestas culturales a condiciones estructurales.

Los escasos antecedentes de investigación (sociodemográficos y sociológicos) acerca de la afectividad de las familias mexicanas corroboran los trazos de la división emocional de la parentalidad referidos. Resultados cuantitativos obtenidos para el nivel nacional con la misma fuente de información en la que se sustenta este capítulo (En-

⁷ Se ha señalado que, en general, las mujeres sonríen más que los hombres y realizan más contacto visual (Dovidio, *et al.*, 1998, citado por Shields *et al.*, 2006: 71).

difam, 2005) indican que las madres son las personas de las que los hijos e hijas reciben más cariño, se sienten más cercanas(os) y se llevan mejor; el vínculo con el padre es más bien distante y plano afectivamente. Son también ellas las que más conviven con los miembros de la familia dentro del hogar (Ariza y de Oliveira 2009). Utilizando la misma fuente, Coubès (2009) encuentra una mayor diversificación de los lazos afectivos extra corresponsables de las mujeres, en contraste con los hombres. Ariza y D'Aubeterre (2009) identifican —también con la Endifam 2005— una asociación positiva entre el quintil socioeconómico y la afectividad⁸ (percepción del cariño y frecuencia de la comunicación) en las mujeres separadas de sus cónyuges a causa de la migración y un impacto diferencial del tipo de hogar: los nucleares favorecen la intensidad del vínculo conyugal, los extensos no.

Estudios de corte cualitativo acerca de la paternidad en la Ciudad de México ratifican el predominio de relaciones distantes con los hijos, fincadas principalmente en el ejercicio de autoridad y la expectativa de “respeto”, aunque hay indicios de cambio en las generaciones jóvenes de los sectores sociales medios y altos que no dejan de albergar tensiones (Rojas, 2008; Jiménez, 2006; Salguero, 2006). Investigaciones cuantitativas para la Ciudad de México y Monterrey, con base en una encuesta probabilística, reafirman la reducida participación de los padres en el cuidado de los hijos, la cual se asocia positivamente con niveles de escolaridad crecientes y los orígenes sociales urbanos (García y Oliveira, 2004). En una revisión para América Latina, Aguayo, Barker y Kimelman (2016) puntualizan que los cambios en la paternidad son más bien discursivos. Los padres siguen mostrando un escaso involucramiento en los cuidados y la proximidad afectiva, con excepción de los jóvenes de alta escolaridad. En opinión de estos autores, la paternidad permanece aún muy atada al rol de proveedor como eje estructurante de la masculinidad hegemónica, con un escaso involucramiento en la crianza de los hijos.

⁸ Confirmada también por Ariza y Oliveira (2009) para otro universo.

LOS ENTRETRELONES AFECTIVOS DE LAS FAMILIAS MEXICANAS A PRINCIPIOS DEL SIGLO XXI

La Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Familias, 2005

Resultado de un convenio de colaboración entre el Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) y el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Familias fue levantada en 2005 en todo el país y tuvo como universo a los individuos mayores de 18 años residentes en los hogares en el mes de julio de ese año. Representativa a nivel nacional, para cinco tamaños de localidad organizados en tres grupos según nivel socioeconómico, consta de un cuestionario de hogar (que replica el modelo censal) y un cuestionario individual con catorce módulos. Se basó en un muestreo probabilístico, estratificado y polietápico, cuyo marco muestral siguió la misma metodología del Censo Nacional de Población y Vivienda del año 2000. Se aplicaron cerca de 24 000 cuestionarios arribando a una muestra final de 23 839 individuos. Para su diseño se contó con el apoyo del Instituto Nacional de Estadística y Geografía de México.⁹

El objetivo general de la encuesta era realizar un diagnóstico de las familias mexicanas en un contexto de cambio (Rabell, 2009). Incluyó objetivos específicos novedosos; por ejemplo, el análisis de la calidad de la vida intrafamiliar: las pautas de convivencia, la conyugalidad, la conflictividad y la afectividad (módulo 12 del cuestionario individual).¹⁰ De las nueve preguntas de este módulo, dos indagan sobre la afectividad (p. 12.6 y 12.7).

⁹ Luego del levantamiento, se ajustó la estructura del cuestionario individual por edad y sexo, teniendo como referencia la distribución de la población adulta en 2000, según el censo de ese año, y se construyeron ponderadores para los individuos y los hogares.

¹⁰ Otros objetivos fueron: 1) identificar la estructura de las familias no nucleares y su frecuencia, 2) realizar una radiografía de los vínculos extra residenciales de los hogares, 3) caracterizar la geografía del parentesco en términos de la proximidad física y la frecuencia de la comunicación (Rabell, 2009).

Cuadro 1
Encuesta Nacional sobre Dinámica de las Familias, 2005

**12.6 ¿Piensa usted que los miembros de su familia se dan poco o mucho cariño?
(Aceptar sólo una opción.)**

Se dan poco cariño	(01)		
Se dan mucho cariño	(02)		
No se dan cariño (espontánea)	(03)		
Otro (especificar)			
No responde (espontánea)	(99)		

Fuente: Endifam, 2005.

Cuadro 2
Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Familias, 2005

Ahora vamos a platicar sobre algunos aspectos de las relaciones con todas las personas de su familia. Me refiero a todos sus parientes, vivan o no con usted.

**12.7 ¿Puede usted decirme quién es la persona de su familia...?
(En el caso de respuestas múltiples, es decir, más de un familiar, insistir para obtener una sola respuesta en cada inciso.)**

	Anotar parentesco	Nadie	NR		
1. A la que más respeta	(1)_____	(2)	(9)		
2. Con la que se lleva mejor	(1)_____	(2)	(9)		
3. De la que recibe más cariño	(1)_____	(2)	(9)		
4. De la que se siente más cercana	(1)_____	(2)	(9)		
5. De la que se siente más alejada	(1)_____	(2)	(9)		
6. A la que le cuenta sus secretos	(1)_____	(2)	(9)		
7. De la que más miedo tiene	(1)_____	(2)	(9)		
8. Con la que más se pelea	(1)_____	(2)→	(9)		
		12.9			

Fuente: Endifam, 2005.

Mientras la primera de estas preguntas indaga sobre la presencia y la cantidad de cariño que se otorgan los integrantes de las familias, la segunda bosqueja el mapa de los principales afectos y “desafectos” de *Ego* en su entorno familiar (intimidad, cercanía distancia, temor, conflictividad) (cuadros 1 y 2). Implícita está la idea de que la familia es un microcosmos de posiciones relacionales claramente definidas, posiciones acotadas por dos ejes estructurantes: el género y la edad (o generación); un mosaico de relaciones asimétricas potencialmente armónicas o conflictivas. Tanto por este aspecto como por el hecho de que el cuestionario nombra, etiqueta, el tipo de vínculo relacional posible *ex ante* (respeto, cercanía, miedo, cariño, distancia, confianza, conflicto) con la finalidad de identificar con quién o quiénes se establece, podemos afirmar que el instrumento es más afín a una concepción discreta y socioestructural de las emociones (Kemper, 1990, 2006; Barbalet, 2001) y a los presupuestos de las teorías socioculturales (Hochschild, 1983; Schmitt y Clark, 2006), que a una concepción dimensional. Se espera que la proximidad o distancia captada a través de las categorías afectivas predefinidas en el cuestionario denote el posicionamiento relacional diferencial de los integrantes de la familia; la fortaleza, debilidad y jerarquía de los principales vínculos afectivos; una suerte de tablero que permite leer la radiografía de los lazos familiares e, indirectamente, el peso de las prescripciones socioculturales.

La pregunta 12.7 ejemplifica los problemas de reactividad presentes en las encuestas como instrumentos estructurados. Aun cuando las categorías de la 1 a la 4 obtuvieron un muy buen nivel de respuesta, las restantes no (de la 5 a la 8). Los entrevistados respondieron “reactivamente” (defensivamente) a estas preguntas negando en más del 80 por ciento de los casos albergar alguno de los afectos “negativos” que el cuestionario incluye: alejamiento, miedo, conflicto. A pesar de ello, la respuesta de las cuatro primeras categorías —las que inquietan desde la “positividad” (en aquiescencia con la normatividad sociocultural)— discriminaron bastante bien el mosaico de relaciones afectivas arrojando un mapa relacional complejo.

El cariño y el respeto como dimensiones de la vida familiar en México

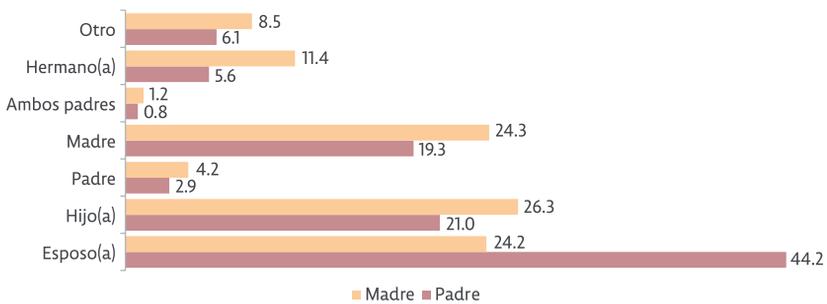
El universo de análisis incluye a los padres y madres que se encontraban en su primera unión y permanecían en ella al momento de la encuesta, a los hijos sobrevivientes residentes en la misma casa y a los padres sobrevivientes de cada cónyuge. Comprende 8 613 observaciones del total de 23 839 de la encuesta, equivalente a 36.1 por ciento de la muestra. En vista de que existen antecedentes de investigación sobre la afectividad de los hijos hacia los padres (Ariza y Oliveira, 2009), elegí estudiar la situación inversa, la percepción de los padres y las madres en cuanto a: 1) el afecto que reciben del resto de los miembros del hogar, y 2) las personas por las que sienten más respeto. Por tanto, Ego es el padre-varón o la madre-mujer entrevistados.

Los resultados arrojan un mapa relacional distinto si se trata del cariño o del respeto como dimensiones de la vida familiar: las figuras que aglutinan las mayores frecuencias difieren en cada caso, lo que denota que el respeto —en contraste con el afecto— alude a las relaciones de autoridad. El dato guarda coherencia con la perspectiva socio-interaccional de Kemper (1990, 2006), según la cual el afecto se relaciona con la dimensión social del estatus y se otorga gratuitamente, una suerte de bien que realza la posición social de quién lo recibe. El respeto, en cambio, anida en la dimensión de poder como expresión de posiciones diferenciales respecto a la capacidad de coerción. Existen marcadas diferencias por género.

En lo que concierne al afecto percibido, tanto las madres como los padres responden que éste emana de tres figuras principales: el (la) esposo(a), el (la) hijo(a) y la propia madre; seguidos, en cuarto lugar, por el (la) hermano(a). Este conjunto de vínculos relacionales da cuenta de aproximadamente el 80 por ciento de las respuestas (gráfica 1). Sin embargo, la magnitud de las frecuencias es muy dispar si quien responde es el padre o la madre. Mientras el afecto percibido por las madres proviene de forma más o menos equilibrada de sus hijos(as) (26.3%), de su esposo (24.2%) y de su propia madre (24.3%),

en el caso de los padres se concentra muy marcadamente en sus esposas (44.2%), seguidas de lejos por sus hijos(as) (21.0%) y sus propias progenitoras (19.3%).

Gráfica 1
Persona de la que recibe más afecto el padre o la madre del hogar
(México, 2005) (porcentajes)



Fuente: Endifam, 2005.

Como figuras afectivas secundarias, los hermanos son dadores de amor para las madres en un 11.4 por ciento de los casos, pero cerca de la mitad (5.6%) para los padres. Si partimos de una concepción del afecto como expresión de la intensidad de un vínculo relacional afincado en el intercambio y la reciprocidad, ¿qué expresa del tablero afectivo familiar la mayor diversificación de los afectos (dispersión de las frecuencias) que las madres sienten recibir, en contraste con los padres? ¿Esta mayor equidad es proporcional a la magnitud de la “inversión afectiva” que realizan las madres en sus hogares con el afán de preservar los vínculos familiares?

Paradójicamente, a pesar de que las madres muestran mayor diversificación en sus vínculos afectivos, perciben un mayor déficit de cariño (gráfica 2).

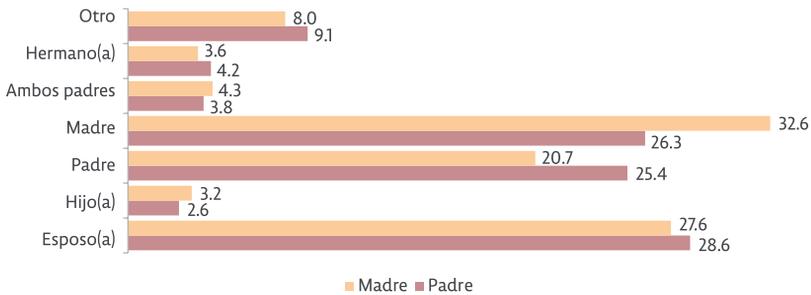
Gráfica 2
¿Piensa usted que los miembros de su familia se dan poco o mucho cariño?
(México, 2005) (porcentajes)



Fuente: Endifam, 2005.

Como se estableció, existe una relación intrínseca entre género y afectividad tanto en términos de los estándares afectivos esperados de hombres y mujeres como de la experiencia y expresión emocionales, relación atravesada por diferencias de poder y estatus. Las múltiples posiciones desventajosas en que se encuentran las mujeres (dentro y fuera del hogar), aunado a la carga de trabajo no remunerado que pesa sobre ellas, incluida la gestión de los afectos, pueden arrojar luz al respecto. Tal vez las madres mexicanas no se sienten retribuidas en proporción a la magnitud de su inversión afectiva y albergan sentimientos de injusticia o rabia. Con base en Stevenson y Wolfers (2009), y otros autores, Patulny (2015) documenta una brecha en el bienestar percibido de hombres y mujeres en Estados Unidos en detrimento de éstas, que ha aumentado sistemáticamente desde 2009. Algunos factores con los que asocian tal disparidad, de forma hipotética, son: 1) el incremento relativo mayor del tiempo de ocio en los hombres, 2) la permanencia de la carga de trabajo no remunerado en el hogar que recae principalmente sobre ellas, fuente de mucha insatisfacción.

Gráfica 3
Persona a la que respeta más el padre o la madre del hogar
(México, 2005) (porcentajes)



Fuente: Endifam, 2005.

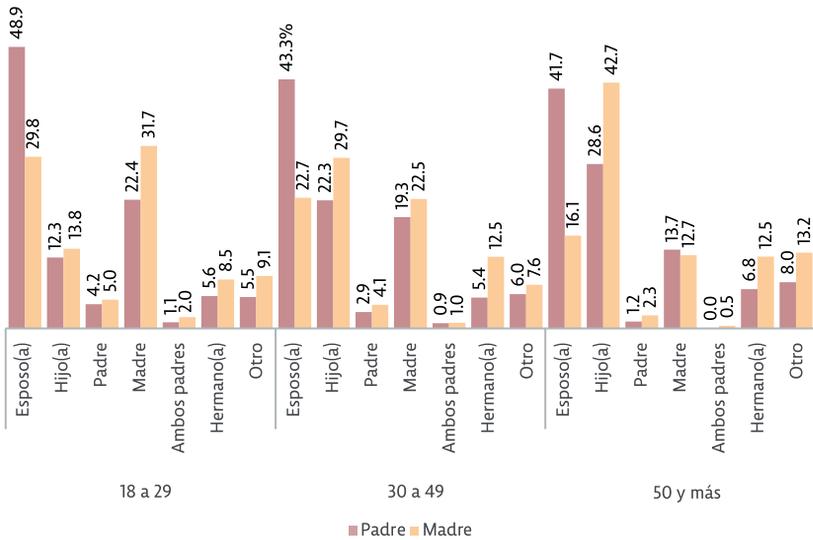
En contraste con la afectividad, la dimensión del respeto se conforma alrededor de otras figuras familiares. La gráfica 2 sintetiza las respuestas al ítem “¿Quién es la persona a la que más respeta?” (pregunta 12.7). En esta dimensión de la vida familiar, son los cónyuges (los esposos y las esposas) y sus progenitores (madres y padres) las personas objeto de mayor deferencia y no los miembros del hogar subordinados a ellos (hijos e hijas).

Una vez más, la jerarquía e intensidad (frecuencia) del vínculo difiere por sexo. En el caso de las mujeres, las personas que les merecen más respeto son sus propias madres (32.6%), seguidas de sus esposos (27.6%) y sus padres (20.7%). En los padres, en cambio, son sus esposas (28.6%), sus madres (26.3%) y sus propios padres (25.4%) —en porcentajes muy semejantes— las personas a las que le conceden autoridad. Se observa una distribución más equitativa en los padres que en las madres en la dimensión del respeto, en oposición a lo que sucedía en la dimensión de la afectividad. Las madres declaran una mayor veneración relativa por sus propias madres.

Algunas variables sociodemográficas (curso de vida y tipo de hogar) modifican los patrones encontrados en ambas dimensiones. El papel de los hijos como fuente de afecto crece a medida que la madre

y el padre del hogar transitan por los tramos superiores de edad (cohortes ficticias) (gráfica 4). Mientras son jóvenes, el esposo o la esposa y la propia madre son las figuras de las que reciben más afecto. En contraste, en el caso de las madres, cuando *Ego* cuenta con 50 años o más, los hijos son los principales proveedores de cariño (42.7%), pero figuran como proveedores secundarios para los padres (28.6%), pues nunca llegan a desplazar a sus esposas. Ellas son las principales dadoras de cariño para los padres, en este y todos los intervalos de edad, aunque la magnitud del afecto que dicen recibir de sus cónyuges mujeres decrece conforme envejecen, de 48.9% en la juventud (18 a 29 años) a 41.7% en la madurez y etapas subsiguientes (50 años y más).

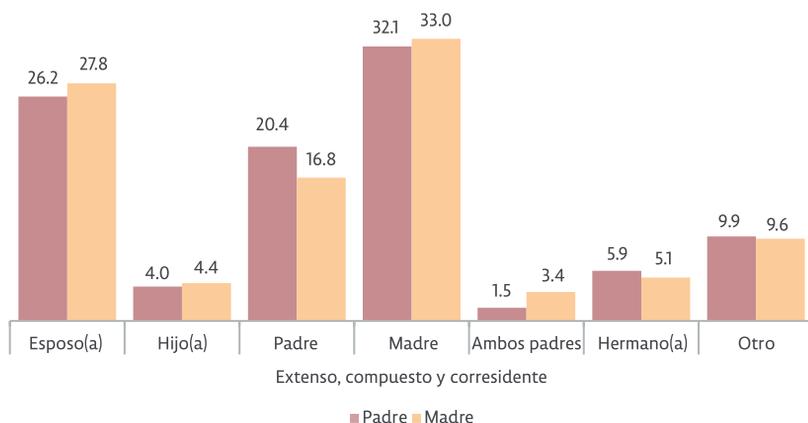
Gráfica 4
Persona de la que recibe más afecto el padre o la madre del hogar, según su edad (México, 2005) (porcentajes)



Fuente: Endifam, 2005.

Nuestros hallazgos concuerdan una vez más con los de Coubès (2009: 126), quien encuentra que el curso de vida es un determinante importante de la intensidad de los vínculos familiares. En su análisis (circunscrito a los vínculos no corresponsales) encuentra que cuando *Ego* tiene más de 50 años no menciona a sus padres sobrevivientes en el cuadro afectivo, aspecto que es concomitante con una disminución en la frecuencia de los contactos con éstos. La autora aventura la hipótesis de que es posible que en esta etapa del curso de vida los progenitores se encuentren en una situación que amerite cuidados y atención. En breve, en esta fase —antes que proveedores—, los progenitores serían demandantes de cariño y cuidados.

Gráfica 5
Persona a la que más respeta el padre o la madre, hogares extensos
(México, 2005) (porcentajes)

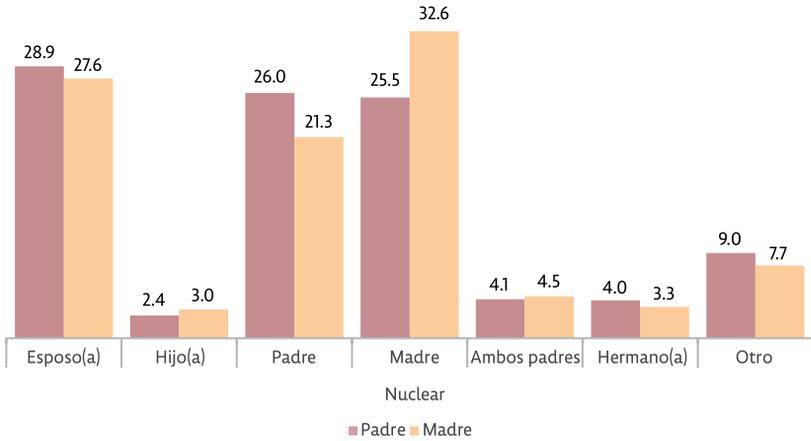


Fuente: Endifam, 2005.

El tipo de hogar desempeña un papel importante en la dimensión del respeto. En los hogares extensos (gráfica 5), la madre es siempre la figura a la que *Ego* (sea hombre o mujer) rinde mayor deferencia, con

porcentajes casi idénticos en ambos (32.1 % los varones; 33.0% las mujeres), a quien le sigue el o la cónyuge.¹¹

Gráfica 6
Persona a la que más respeta el padre o la madre, hogares nucleares
(México, 2005) (porcentajes)



Fuente: Endifam, 2005.

En los hogares nucleares (gráfica 6), en cambio, existe un distinto patrón por sexo: mientras la propia madre es la persona más respetada por la esposa (32.6%), seguida por sus maridos (27.6%); la esposa (28.9%), el padre (26.0%) y la progenitora (25.5%) son las tres figuras a las que el padre reconoce más autoridad, en magnitudes muy se-

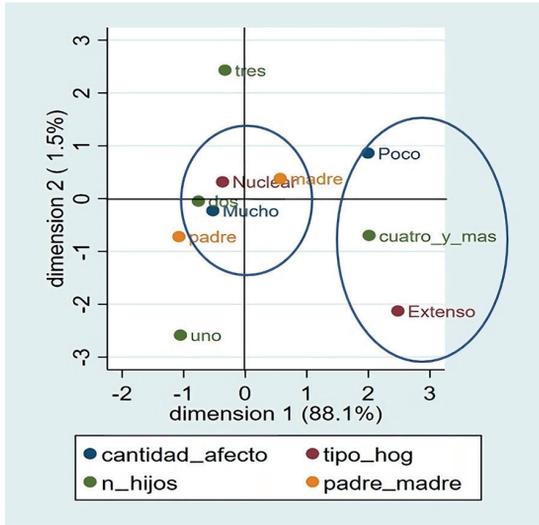
¹¹ Los hogares extensos están integrados por el núcleo conyugal, los hijos (o uno de los padres y los hijos) y otros parientes (ascendientes, descendientes o colaterales). Los nucleares, por la pareja conyugal y los hijos, o uno de los padres e hijos, o sólo el núcleo conyugal. En 2005 los hogares nucleares eran 65.7% y los extensos 27.8% (Echarri, 2009). En la actualidad la cifra es de 70.9 y 28.0%, respectivamente. Censo de Población y Vivienda 2020. Disponible en <<https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2020/#Tabulados>>.

mejantes; hallazgo que merece investigaciones posteriores. ¿Por qué el hogar nuclear induce un patrón relacional distinto por género en la dimensión del respeto? Responder a esta pregunta ameritaría profundizar en las relaciones de autoridad intrafamiliar en ambos tipos de hogares despejando el efecto de variables no contempladas, y quizá recurrir de forma complementaria a metodologías cualitativas.

Con la finalidad de ahondar en la dimensión de la afectividad y mostrar la potencialidad del análisis cuantitativo de las emociones, recorro al análisis de correspondencias múltiples (ACM), técnica estadística descriptiva que proporciona una representación gráfica de la asociación existente entre individuos y variables en un plano de dos dimensiones (Greenacre, 2008). Al reducir una gran cantidad de datos a un plano bidimensional, dicho análisis permite identificar los patrones de asociación entre características muy relacionadas entre sí. Realicé dos ejercicios estadísticos tomando por caso la magnitud del cariño percibido (dicotomizado en dos categorías: “mucho” o “poco”, pregunta 12.6 del cuestionario).

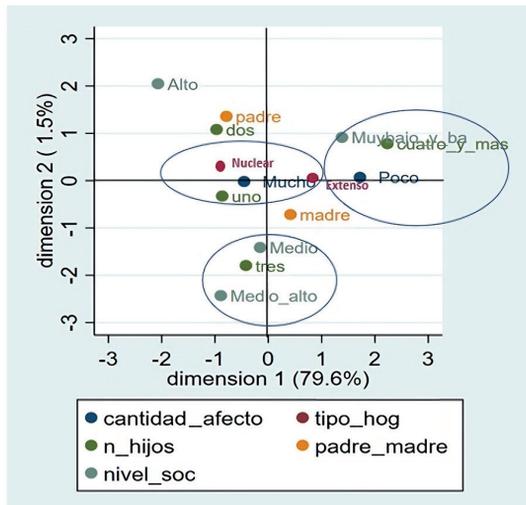
El primer ejercicio se restringe a las variables sociodemográficas e incluye el número de hijos (uno, dos, tres, cuatro y más) como variable de control. Hallazgos previos para el subuniverso de mujeres separadas de sus esposos por la migración dan cuenta de una asociación positiva entre el número de hijos y la afectividad, aunque negativa cuando se analiza el apoyo recibido de los cónyuges ausentes (Ariza y D'Aubeterre, 2009). El segundo ejercicio incorpora el nivel socioeconómico (muy bajo y bajo; medio; medio-alto; y alto), también como variable de control, dada la relación existente entre emociones y estratificación social.

Gráfica 7
Análisis de correspondencias múltiples de la percepción del cariño según variables de hogar



Fuente: Endifam, 2005.

Gráfica 8
Análisis de correspondencias múltiples de la percepción del cariño según variables socioeconómicas y sexo



Fuente: Endifam, 2005.

Característicamente, la primera de las dos dimensiones, el eje horizontal, da cuenta del mayor porcentaje de la varianza (la inercia en el espacio factorial).¹² En el primero de estos ejercicios (gráfica 7) afloran dos patrones de asociación (encerrados en elipses): 1) uno que vincula a quienes perciben poco cariño con tener muchos hijos (cuatro o más) y residir en hogares extensos o compuestos; 2) otro, próximo a los valores promedio, en el que la percepción de mucho cariño se asocia con tener pocos hijos (dos) y vivir en hogares nucleares. El hecho de que la madre y el padre se encuentren en cuadrantes opuestos por el origen del plano cartesiano señala que la percepción del cariño de una y otro se asocia negativamente, que responden a variables distintas.

En el segundo ejercicio (gráfica 8) surgen tres patrones: 1) uno que asocia la percepción de poco cariño con tener muchos hijos (cuatro o más), pertenecer a los estratos socioeconómicos bajos y muy bajos, y residir en hogares extensos (o compuestos); 2) un segundo patrón, cercano a los valores promedio, con una asociación menos fuerte, que vincula la percepción de mucho cariño con tener sólo un hijo y residir en hogares nucleares; 3) y un tercero, alejado de las variables de la afectividad, que arroja una importante asociación entre los niveles socioeconómicos medio y medio-alto y tener tres hijos. De nuevo, la percepción del cariño del padre y la madre se encuentran en cuadrantes opuestos, corroborando una asociación negativa entre ellos. La percepción del cariño de unos y otros obedece a características distintas.

¿Qué aporta este ejercicio estadístico? Es necesario conocer el alcance interpretativo de la técnica utilizada. El ACM identifica patrones de asociación entre variables (y su fuerza); no relaciones de causalidad. Complementa (o rectifica) el análisis bivariado; ofrece un mapa más complejo de la afectividad de los hogares mexicanos y arroja pistas sobre la mediación de algunas variables. En nuestro ejercicio empírico: 1) ratifiqué el papel diferencial del género en la afectividad al

¹² El análisis de correspondencias múltiples puede entenderse como un análisis factorial para variables categóricas.

mostrar consistentemente una asociación negativa entre la percepción del padre y la de la madre; 2) mostró que la estratificación social incide en la afectividad, pues existe una fuerte asociación entre la percepción de poco cariño y pertenecer a estratos económicos desfavorecidos; 3) también, entre pertenecer a dichos sectores, tener muchos hijos y percibir poco cariño; 4) finalmente, realizó el papel mediador del tipo de hogar, pues los extensos se asocian claramente con la percepción de poco cariño, algo no anticipado de forma clara en la revisión de los antecedentes.

BALANCE CRÍTICO SOBRE LA MEDICIÓN DE LA AFECTIVIDAD: A MODO DE CONCLUSIÓN

El ejercicio cuantitativo realizado en este capítulo hizo suya la concepción discreta y sociocultural de la afectividad implícita en el cuestionario de la Endifam 2005, cuyas preguntas perseguían identificar el mapa afectivo de *Ego* (el padre o la madre del hogar) dada la posición diferencial de los miembros del hogar en el microcosmos familiar, incluyendo la adscripción de género. Se analizaron dos aspectos diferenciados: la percepción del cariño y el respeto. Las principales figuras proveedoras de cariño para *Ego*, y receptoras de su deferencia, difieren entre sí y por sexo. El hallazgo reafirma su distinto anclaje social: el primero (el cariño) anida en la dimensión de estatus; el segundo (el respeto), en la de poder (Kemper, 1990). El análisis empírico confirma el carácter genérico de la afectividad familiar. Entre otros aspectos, las madres muestran una mayor diversificación y equilibrio en sus lazos afectivos, en contraste con los padres. Si el afecto denota relaciones de interdependencia fundadas en el intercambio y la reciprocidad, las que ellas establecen en sus familias son —no cabe duda— más intensas.

Como todo esfuerzo de investigación, el ejercicio realizado presenta ventajas y limitaciones. Del lado positivo, destaco la identificación de tres patrones para toda la población mexicana que en 2005 formaba parte de una unión conyugal: 1) el papel inequívoco del género

en la afectividad; 2) la estratificación social (asociación entre sectores desfavorecidos y percepción de poco cariño); y 3) el rol de variables sociodemográficas clave (número de hijos y tipo de hogar), a esclarecer. Los dos primeros hallazgos guardan coherencia con los planteamientos teóricos discutidos. Los segundos abren nuevas preguntas de investigación.

Del lado negativo, menciono: 1) la imposibilidad de estudiar el conflicto con base en las preguntas del cuestionario, pues ocasionaron mucha reactividad; 2) el riesgo de que el instrumento contenga sesgos inadvertidos a favor de estilos de afectividad propios de ciertos sectores sociales; 3) la dificultad para realizar un análisis contextual detallado del mapa afectivo familiar encontrado, el que permanece en un plano general.

REFERENCIAS

- Aguayo, Francisco; Gary Barker; y Eduardo Kimelman (2016). "Paternidad y Cuidado en América Latina: Ausencias, Presencias y Transformaciones". *Masculinities and Social Change* 5 (2): 98-106.
- Ariza, Marina, y María Eugenia D'Aubeterre (2009). "Contigo a la distancia... dimensiones de la conyugalidad en migrantes mexicanos internos e internacionales". En *Tramas familiares en el México contemporáneo*, editado por Cecilia Rabell, 353-391. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ariza, Marina, y Orlandina de Oliveira (2009). "Desigualdades sociales y relaciones intrafamiliares en el México del siglo XXI". En *Tramas familiares en el México contemporáneo: una perspectiva sociodemográfica*, 257-292. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de México.
- Barbalet, Jack M. (2001). "Emotion in social life and social theory". En *Emotion, social theory, and social structure: A macrosociological approach*, 8-28. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bericat, Eduardo (2012). "Emociones". *Sociopedia*. ISA, 1-13.
- Campbell, Donald, y Julian Stanley (1991). *Diseños experimentales y cuasiexperimentales en la investigación social*. Buenos Aires: Rand McNally & Company.
- Collins, Randall (2009). *Cadenas de rituales de interacción*. Barcelona/Ciudad de México/Bogotá: Anthropos/Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Univer-

- sidad Nacional Autónoma de México/Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco/Universidad Nacional de Colombia.
- Cortés, Fernando (2008). "Algunos aspectos de la controversia entre la investigación cualitativa y la investigación cuantitativa". En *Método científico y política social. A propósito de las evaluaciones cualitativas de programas sociales*, 27-58. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Cortés, Fernando, y Rosa María Rubalcava (1987). *Métodos estadísticos aplicados a la investigación en ciencias sociales. Análisis de asociación*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Coubès, Marie-Laure (2009). "Los vínculos familiares fuera de la coresidencia: geografía de residencia, intensidad de los contactos y lazos afectivos en la parentela". En *Tramas familiares en el México contemporáneo: una perspectiva sociodemográfica*, 97-142. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de México.
- De Rivera, Joseph (1992). "Emotional climate: Social structure and emotional dynamics". *International review of studies on emotion* 2: 199-218.
- Echarri, Carlos (2009). "Estructura y composición de los hogares en la Endifam". En *Tramas familiares en el México contemporáneo: una perspectiva sociodemográfica*, coordinado por Cecilia Rabell, 143-78. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de México.
- Endifam (2005). "Encuesta Nacional sobre la Dinámica de la Familia en México". Ciudad de México: Sistema de Desarrollo Integral de la Familia/Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- ENVIPE (2021). "Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública" [en línea]. Subsistema de Información Gobierno, Seguridad Pública e Impartición de Justicia. Disponible en <<https://www.inegi.org.mx/programas/envipe/2021/>>
- Erickson, Rebecca, y Marci Cottingham (2014). "Families and Emotions". En *Handbook of the Sociology of Emotions: Volume II*, editado por Jan Stets y Jonathan Turner, 359-84. Nueva York: Springer.
- Forbes, Lisa; Courtney Donovan; y Margaret Lamar (2020). "Differences in Intensive Parenting Attitudes and Gender Norms Among U.S. Mothers". *The Family Journal: Counseling and Therapy for Couples and Families* 28 (1): 63-71.
- García, Brígida, y Orlandina de Oliveira (2004). "El ejercicio de la paternidad en el México urbano". En *Imágenes de la familia en el cambio del siglo*, editado por Marina Ariza y Orlandina de Oliveira. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Gordon, Steven (1981). "The Sociology of Sentiments and Emotions". *Social Psychology. Sociological Perspectives*, editado por Morris Rosenberg y Ralph Turner, 551-75. Nueva York: Routledge.

- Greenacre, Michael (2008). *La Práctica del análisis de correspondencias*. Bilbao: Fundación BBVA.
- Gutiérrez, Silvia (2016). "El Papel de las Emociones en la Conformación y Consolidación de las Redes y Movimientos Sociales" [en línea]. En *Emociones, Afectos y Sociología. Diálogos Desde La Investigación Social y La Interdisciplina*, editado por Marina Ariza, 399-440. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México. Disponible en <https://www.academia.edu/31759477/El_papel_social_del_periodismo_en_momentos_de_crisis._El_tratamiento_del_suceso_de_Ayotzinapa_en_dos_diarios_mexicanos>
- Hochschild, Arlie Russell (1978). "Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure". *American journal of sociology* 85 (3): 551-75.
- Hochschild, Arlie Russell (1983). *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling*. Berkeley: University of California Press.
- Jalan, Ishan (2015). "Researching dark emotions: eliciting stories of envy". En *Methods of Exploring Emotions*, editado por Helena Flam y Jochen Kleres, 81-89. Nueva York/Londres: Routledge/Taylor & Francis Group.
- Jiménez, María Lucero (2006). "Experiencia y valoración de la paternidad en algunos hombres de los sectores medios y altos de la Ciudad de México". En *Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos*, editado por Juan Guillermo Figueroa y Olivia Tena, 219-52. Ciudad de México: El Colegio de México- Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales.
- Kemper, Theodore D. (1990). "Social relations and emotions: A structural approach". En *Research agendas in the sociology of emotions*, editado por Theodore D. Kemper, 207-237. Series in the Sociology of Emotions. Albany: State University of New York Press.
- Kemper, Theodore D. (2006). "Power and status and the power-status theory of emotions". En *Handbook of the sociology of emotions*, editado por Jan E. Stets y Jonathan H. Turner, 87-113. Nueva York: Springer Science and Business Media LLC.
- Lively, Kathryn (2008). "Emotional Segues and the Management of Emotion by Women and Men". *Social Forces* 87 (2): 911-36.
- Lively, Kathryn (2019). "Sociological approaches to the study of gender and emotion in late modernity. Culture, structure, and identity". En *Emotions in Late Modernity*, editado por Roger Patulny, Alberto Bellocchi, Rebecca Olson, Sukhmani Khorana, Jordan Mckenzie, y Michelle Peterie, 69-82. Londres/Nueva York: Routledge/Taylor & Francis Group.
- Lively, Kathryn, y David Heise (2014). "Emotions in Affect Control Theory". En *Handbook of the Sociology of Emotions: Volume II*, editado por Jan E. Stets y Jonathan H. Turner, 51-76. Nueva York: Springer.

- Patulny, Roger (2015). "Exposing the 'Wellbeing Gap' Between American Men and Women: Revelations from the Sociology of Emotions Surveys" [en línea]. *Emotion Review* 7 (2): 169-74. Disponible en <<https://doi.org/10.1177/1754073914554785>>
- Rabell, Cecilia (2009). "Introducción". En *Tramas familiares en el México contemporáneo: una perspectiva sociodemográfica*, coordinado por Cecilia Rabell, 9-38. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de México.
- Ragin, Charles, y Lisa Amoroso (2011). *Constructing Social Research*. Thousand Oaks: Pine Forge Press/Sage Publications.
- Ridgeway, Cecilia (2011). *Framed by gender: how gender inequality persists in the modern world*. Oxford: Oxford University Press.
- Rogers, Kimberly, y Dawn Robinson (2014). "Measuring Affect and Emotions". En *Handbook of the Sociology of Emotions: Volume II*, editado por Jan Stets y Jonathan Turner, 283-306. Nueva York: Springer.
- Rojas, Olga Lorena (2008). *Paternidad y vida familiar en la Ciudad de México. Un estudio del desempeño masculino en los procesos reproductivos y en la vida doméstica*. Ciudad de México: El Colegio de México-Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales.
- Salguero, María Alejandra (2006). "Significado y vivencia de la paternidad en algunos varones de los sectores socioeconómicos medios en la ciudad de México". En *Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos*, editado por Juan Guillermo Figueroa y Olivia Tena, 57-94. Ciudad de México: El Colegio de México-Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales.
- Scheff, Thomas J. (1988). "Shame and Conformity: The Deference-Emotion System" [en línea]. *American Sociological Review* 53 (3): 395-406. Disponible en <<https://doi.org/10.2307/2095647>>
- Scherer, Klaus (2005). "What are emotions? And how can they be measured?" [en línea]. *Social Science Information* 44 (4): 695-729. Disponible en <<https://doi.org/10.1177/0539018405058216>>
- Scheve, Christian von, y Sven Ismer (2013). "Towards a Theory of Collective Emotions" [en línea]. *Emotion Review* 5 (4): 406-413. Disponible en <<https://doi.org/10.1177/1754073913484170>>
- Schmitt, Christopher, y Candace Clark (2006). "Sympathy". En *Handbook of the Sociology of Emotions*, editado por Jan Stets y Jonathan Turner, 467-492. Nueva York: Springer.
- Schrock, Douglas, y Brian Knop (2014). "Gender and Emotions". En *Handbook of the Sociology of Emotions: Volume II*, editado por Jan Stets y Jonathan Turner, 411-428. Nueva York/Londres: Springer.
- Shields, Stephanie (2002). *Speaking from the Heart: Gender and the Social Meaning of Emotion*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Shields, Stephanie; Dallas Garner; Brooke Leone; y Alena Hadley (2006). "Gender and Emotion". En *Handbook of the Sociology of Emotions*, editado por Jan Stets y Jonathan H. Turner, 63-83. California: Springer.
- Simon, Robin, y Kathryn Lively (2010). "Sex, Anger and Depression". *Social Forces* 88 (4): 1543-1568.
- Stets, Jan E., y Ryan Trettevik (2014). "Emotions in Identity Theory". En *Handbook of the Sociology of Emotions: Volume II*, editado por Jan Stets y Jonathan Turner, 33-50. Nueva York: Springer.
- Stevenson, B., y J. Wolfers (2009). "The paradox of declining female happiness". *American Economic Journal: Economic Policy* 1: 190-225.

Encuestando emociones: bienestar socioemocional y desigualdades de clase en México

*Fiorella Mancini
Karina Videgain*

INTRODUCCIÓN

El objetivo del capítulo es analizar el vínculo entre emociones y desigualdad social en México con la finalidad de identificar estructuras emocionales diferenciadas por clase social, tal como lo hace Bericat (2018) para el caso español.¹ Dicho objetivo comprende el propósito heurístico de realizar una reflexión metodológica sobre el uso de abordajes cuantitativos para indagar la relación entre emociones, estructuras macrosociales y desigualdades contemporáneas (Barbalet, 2010; Turner, 2010; Patulny, 2015).

Partimos del supuesto de que tanto el contexto como las estructuras sociales condicionan las percepciones emocionales de los individuos y, a su vez, ello incide en la capacidad/posibilidad de acción, tanto individual como colectiva. Es decir, la esfera emocional no sólo

¹ El capítulo retoma la propuesta teórica-metodológica de Bericat (2018) para la medición del bienestar emocional desarrollada en su libro *Excluidos de la felicidad. La estratificación social del bienestar emocional en España*.

se constituye en el campo de las desigualdades sociales, sino que también ayuda a su reproducción (Kemper, 2014).

Bajo estas premisas generales, las principales preguntas de investigación que buscamos responder son: ¿cómo se distribuyen socialmente ciertas emociones?, y ¿hasta qué punto las desigualdades de clase se expresan y reproducen en desigualdades emocionales? El capítulo se estructura como sigue. En la primera sección se analizan las oportunidades y tensiones que supone el acercamiento cuantitativo a las emociones y su vinculación con procesos macrosociales más amplios, especialmente con la desigualdad social. En la segunda parte se presenta el modelo analítico del bienestar socioemocional y su utilidad para el análisis de la estratificación. En la tercera sección se describen las principales características de la fuente de datos utilizada y los métodos de medición. En cuarto lugar, se muestran los resultados de investigación a partir de la Encuesta Nacional de Bienestar Autorreportado (ENBIARE) 2021. En las conclusiones se sintetizan los principales hallazgos.

LA MIRADA ESTRUCTURAL EN EL ESTUDIO DE LAS EMOCIONES Y SU VÍNCULO CON LA DESIGUALDAD SOCIAL. REFLEXIONES TEÓRICAS Y METODOLÓGICAS

Las emociones no son una sustancia, sino una pauta relacional que vincula al yo con su entorno, fundamentalmente con los otros, con su mundo social. Kemper (2014), desde una perspectiva relacional, identifica que las emociones primarias son tales porque son producto del resultado de la interacción en términos de dos dimensiones sociales básicas: poder y estatus. Así, por ejemplo, el miedo resulta de la interacción de un sujeto sometido a un poder superior al suyo. Barbalet (2010) plantea la misma idea cuando sostiene que, en sociedades altamente estructuradas, la emoción siempre es vivida como una experiencia situada en conductas específicas, más que en abstracciones mentales generales.

Detrás de estos argumentos se encuentra una primera premisa que nos interesa resaltar para la investigación: las emociones no sólo son de naturaleza social, sino también estructural. Una de las grandes contribuciones de la perspectiva estructural de la sociología de las emociones es que permite analizar cómo y por qué determinados procesos macrosociales conducen a estados emocionales específicos. El miedo y la angustia asociados con los procesos de individualización social que describen Giddens y Beck; la culpa que emerge entre los protestantes en los albores del capitalismo, según Weber; o la vergüenza como signo de un cambio en la matriz de autorregulación del comportamiento de los individuos a medida que avanza la racionalización de las sociedades, en Elías, son ejemplos de dicha vinculación. Las emociones son materia social, son pauta para la acción a la vez que resultado de las relaciones sociales.

A pesar del reconocimiento generalizado sobre el vínculo entre emociones y estructuras sociales, también es cierto que mientras las personas “tienen” emociones, “pertenecen” a determinadas clases (Barbalet, 2010). Es decir, las relaciones sociales se erigen y desenvuelven en un contexto estructural de jerarquías y asimetrías. Mientras que las emociones se siguen analizando principalmente desde lo microsocial, las clases sociales son de interés macro. De allí que autores como Barbalet (2010) hayan intentado desmontar esa fragmentación y demostrar que las emociones también son fenómenos macrosociales que pueden explicar, entre otras cosas, por qué los miembros de una determinada clase no siempre actúan de la manera “esperada” según sus condiciones materiales. A partir de un riguroso estudio sobre el resentimiento, el autor demuestra no sólo que la estructura de clases tiende a determinar las emociones que sienten sus miembros, sino que ello, a su vez, moldea determinados tipos de acciones sociales.

Deriva de aquí la segunda premisa de interés para nuestro trabajo: si las emociones son emergentes relacionales y contextuales, para comprenderlas se debe tomar en cuenta la desigual estructura de limitantes y oportunidades en que se desarrolla la vida social. Esta segunda aproximación analiza la relación entre determinadas categorías

sociales (clase, género, nacionalidad, etnia) y emociones en el doble entendido de las primeras como determinantes de las segundas y de las estructuras afectivas como condicionantes de los esquemas de estratificación social. Ejemplos de ello son el estudio de Barbalet (2010) sobre el resentimiento como motor del conflicto de clases, así como los estudios de Assusa y Kessler (2021) y el de Kroser (2020) sobre las percepciones emocionales de las élites con respecto a la desigualdad social. En estos enfoques, es el proceso de estratificación social el que incide en las diversas posibilidades emocionales (Turner, 2010).

Una tercera aproximación al vínculo entre procesos macrosociales y estructuras emocionales proviene de la obra de Turner (2010), quien destaca dos componentes básicos de la reproducción social: un entramado de dominios institucionales (producto de la diferenciación funcional de las sociedades contemporáneas), así como un sistema de estratificación social. Para este autor, cada dominio institucional utiliza un medio simbólico generalizado distintivo (un recurso valioso) para quienes interactúan dentro de las unidades corporativas que lo componen (dinero en economía, poder en política, etcétera). Los encuentros cara a cara de los actores sociales (nivel micro) ocurren dentro de una unidad corporativa (nivel meso) de algún dominio institucional (nivel macro). Estas unidades son generalmente jerárquicas y los recursos se distribuyen desigualmente en su interior. En este contexto, cada individuo tiene diferentes expectativas sobre cuál recurso y cuánto de él es probable que reciba; además, experimenta sanciones positivas y negativas según el grado de cumplimiento con dichas expectativas.

Bajo esta perspectiva, quienes tienen más recursos materiales también disponen de más y mejores “capitales emocionales” y viceversa. Las emociones son una expresión de la clase en un juego de correspondencia mutua que permite y reproduce la acumulación de (des)ventajas sociales. Alcanzamos así la tercera premisa a resaltar: es fundamental en el campo de los estudios de desigualdad social dotar al sistema de estratificación del análisis de las emociones que lo acompañan. Es decir, reconocer al actor social como un yo sintien-

te. Ello supone reconocer que las experiencias emocionales no sólo están estratificadas, sino que son materia constitutiva de dicho sistema y de las propias posibilidades de cambio social.

Una teoría de la estratificación humana debería, en ese sentido, incorporar una visión de las emociones como un recurso crítico que, como todos los demás recursos, se encuentra estratificado y contribuye a los procesos de cristalización de desigualdades (Grusky, 2000). Al igual que los demás recursos distribuidos por los dominios institucionales, las emociones tienden a agravar sus efectos: las positivas proporcionan la energía para reunir recursos en muchos dominios, mientras que las negativas en un dominio pueden trabajar en contra de asegurar los recursos en otros (Turner, 2010).

En el marco de estas preocupaciones, una variedad de estudios analiza la distribución diferenciada de ciertas emociones en distintas estructuras sociales (principalmente, en función del género, la clase o la nacionalidad) partiendo de la premisa de que los estados emocionales o, concretamente, el bienestar emocional se distribuye de manera desigual en detrimento de los grupos subalternos (pobres, mujeres, migrantes, etcétera), no sólo en términos de intensidad, sino también en cuanto al tipo de emoción predominante (Bericat, 2018; Palomar-Lever y Victorio-Estrada, 2014; Patulny, 2015).

En estas aproximaciones destacan el trabajo de Patulny (2015) sobre bienestar subjetivo y de Bericat (2018) sobre bienestar emocional. El primer autor, a partir de una crítica a las estadísticas convencionales de bienestar subjetivo (felicidad, satisfacción), muestra la importancia no sólo de considerar las emociones negativas en el análisis cuantitativo, sino también las desigualdades entre personas que experimentan y gestionan ciertas emociones con más frecuencia que otras. Especialmente preocupado por las emociones negativas, Patulny (2015) indaga en aquellas que son más relevantes para comprender las diferencias sociales del malestar. Mediante un riguroso análisis, el autor demuestra que la selección del tipo de emociones y afectos que se utilizan para medir el bienestar emocional repercute

sobre los resultados obtenidos, además de que reproduce importantes desigualdades sociales.

En términos generales, una importante premisa de estas miradas es que la voluntad o la capacidad de las personas para concebir estados emocionales positivos están sujetas a diversos límites y, por ende, que el bienestar emocional individual se encuentra fuertemente condicionado por factores sociales (Bericat, 2018). Las emociones no dependen ni exclusiva ni principalmente del carácter, la personalidad o la voluntad; sino que, como advierte el autor, varían en función de la posición social que ocupan las personas, sobre todo en términos de poder y estatus; es decir, de las oportunidades vitales que cada posición ofrece (Savage *et al.*, 2015). Bericat propone recuperar aspectos relevantes de los estudios del bienestar subjetivo (más propios de la economía y psicología) y dotarlos del arsenal teórico analítico de la sociología de las emociones para definir el bienestar emocional del siguiente modo:

[...] un estado anímico general y relativamente estable, asociado a un elevado tono vital y a diversas emociones positivas o negativas experimentadas por una persona, y que señala la valoración o balance afectivo que hace el individuo de los resultados del conjunto de sus interacciones sociales (Bericat, 2018).

De una u otra forma, en cada una de las investigaciones mencionadas se intenta responder a la pregunta clásica de los estudios de estratificación social: ¿quién consigue qué y por qué?, vinculando las desgracias personales, los afectos, las venturas, a instituciones sociales más generales o a la propia estructura social (Kerbo, 2003).

Por otro lado, a la complejidad teórica que suponen estas aproximaciones de la sociología estructural de las emociones, hay que agregar los desafíos metodológicos que implica su análisis empírico. En ese sentido, partimos de la premisa de que las emociones de los seres humanos son medibles y comparables, donde las encuestas —con muestreo aleatorizado y reactivos estandarizados o semiestandariza-

dos— se convierten en una herramienta clave para auditar el escenario emocional en el conjunto de la población.

El uso de encuestas permite indagar un amplio espectro de emociones del conjunto de individuos que componen la sociedad, con la posibilidad de descomponerla en subpoblaciones de categorías diferencialmente valuadas: clase, género, composición étnica, religión o condición migratoria (Patulny, 2015). Asimismo, las encuestas aleatorizadas permiten la inferencia (generalización) necesaria para dar cuenta de procesos sociales a gran escala: indagar cómo y por qué las emociones se distribuyen de manera tan desigual (como lo hace el poder, el dinero o el prestigio en una sociedad), así como hasta qué punto la infelicidad o el malestar aquejan sólo a algunos de sus miembros.

Frente al legítimo planteamiento sobre si las encuestas son un método confiable para aproximarnos al fenómeno de las emociones, recordemos que las ciencias sociales buscan explicar las diversas problemáticas y procesos que constituyen la vida social, la cual presenta diferentes niveles de complejidad. No obstante, la complejidad no surge del fenómeno social en sí mismo, sino que depende del estado de la teoría que nos informa, que proporciona la estructura conceptual y la capacidad de sistematizar y simplificar (King, Keohane y Verba, 2000). Las investigaciones sociales implican la recolección de un volumen significativo de información detallada sobre poblaciones relativamente pequeñas (técnicas cualitativas) o una importante cantidad de información de un gran número de casos (técnicas cuantitativas). Más que la especificidad de cada técnica, lo que sostiene una investigación científica es un cuerpo teórico sólido. En este sentido, la teoría estructural de las emociones y, en particular, la teoría de estratificación de las emociones han alcanzado niveles relevantes de desarrollo, consolidación y acumulación de ejercicios empíricos que avalan la solidez de sus posibilidades de observación y medición.

Turner (2010), por ejemplo, al identificar las emociones no sólo como reacciones a la distribución desigual de otros recursos, sino también como un recurso valorado o punitivo en sí mismo, las convierte, desde una perspectiva teórica, en una fuerza que fluye a través

de “los circuitos neuronales de las personas, así como el circuito de red de encuentros de nivel micro, corporaciones de nivel meso y unidades categóricas, dominios institucionales, sistemas de estratificación, sociedades enteras, e incluso sistemas de sociedades” (p. 196). Es dicha solidez teórica la que, finalmente, permite condiciones de observación cuantificables de los diversos estados emocionales. Además, el cuerpo teórico desarrollado para el estudio de los procesos de estratificación de las emociones no sólo permite procesos de estandarización en el diseño de reactivos e indicadores, sino que se constituye en una de las formas de hacer conexiones micro-macro desde un punto de vista teórico y empírico (Turner, 2010).

Asimismo, es importante identificar las limitaciones y áreas de mejora que aún supone el uso de encuestas para trabajar el vínculo entre emociones y desigualdad social. Patulny (2015) y Turner (2010) identifican uno de los problemas analíticos y empíricos más difíciles en la comprensión de la distribución de las emociones y sus efectos en los individuos y acción colectiva: las emociones negativas son dolorosas y, por lo tanto, muchas veces son reprimidas. Una vez activados los mecanismos de defensa, las emociones reprimidas a menudo transmutan en una nueva emoción o conjunto de emociones que cambian las percepciones de las personas y sus propensiones a la acción. Por tanto, el espacio de mejora para hacer frente a esta dificultad descansa primero en los avances que se han hecho, y se continúan haciendo, en el ámbito de la teoría. En esta línea, Turner (2010) ha realizado contribuciones importantes en la conceptualización teórica de procesos de represión, defensa y trasmutación de emociones. Patulny (2015) también ha realizado aportes en torno a la problemática de cómo medir el trabajo emocional a la luz de la represión en cuestionarios estandarizados.

BIENESTAR EMOCIONAL. UN MODELO ANALÍTICO PARA ESTUDIAR LA ESTRATIFICACIÓN DE LAS EMOCIONES

El referente para nuestro ejercicio empírico es la investigación de Bericat (2018) sobre la estratificación del bienestar emocional en España. Más allá de los supuestos teóricos de los que parte el autor (combinando elementos de la sociología de las emociones con las teorías del desarrollo y los debates filosóficos y psicológicos sobre la felicidad), lo rescatable aquí es la importancia que otorga tanto a la distribución desigual de emociones sociales como a los factores sociales y económicos que la explican. El autor parte de la premisa de que las grandes problemáticas sociológicas sobre la estratificación, la clase o la exclusión social, han quedado relegadas de los estudios sobre bienestar subjetivo. Su propuesta intenta conocer hasta qué punto podemos hablar de una estratificación social de las emociones e identificar las conexiones que pueden existir entre una determinada posición y el grado de bienestar emocional de las personas. Retomando un debate amplio sobre el vínculo entre ingresos y felicidad, los hallazgos indican que el nivel de bienestar emocional de las personas que viven en hogares con escasos recursos es tremendamente bajo.² Tal como lo plantea el autor, la idea de que los pobres son pobres pero viven felices no sólo es falsa, sino que la estructura afectiva de las personas cambia con su situación de clase: quienes menos tienen sufren también “una injustificada y dolorosa desigualdad emocional”.

La propuesta de Bericat está basada en tres grandes teorías de la sociología estructural de las emociones: la socio-relacional de Kemper (2006), las cadenas de rituales de interacción de Collins

² La relación entre ingresos, desarrollo y felicidad ha sido analizada en muchísimas investigaciones —con resultados variados— tanto para comparar la situación entre países como sus diferencias internas. Desde explicaciones basadas en la utilidad marginal de los ingresos (un peso más no aumenta un punto más el nivel de bienestar) hasta las teorías de catástrofes vitales (los ganadores de lotería no son más felices que los no ganadores), existe consenso en reconocer que, aún en la complejidad, hay una estrecha relación entre desigualdades de clase y bienestar/malestar emocional (Helliwell, 2002; Kahneman y Deaton, 2010; Rojas, 2014, Millán y Castellanos, 2018, entre otros).

(2009) y la teoría de la vergüenza y el orgullo de Scheff (2000). El denominador común de éstas es que utilizan dos dimensiones de la sociabilidad humana, el poder y el estatus, como marco para captar los estados emocionales más relevantes que experimentan las personas; para Bericat son la base teórica para seleccionar la paleta de emociones a considerar.

La premisa teórica del modelo de Kemper es que gran parte de las emociones experimentadas por las personas son resultado de relaciones sociales específicas. Las emociones, en ese sentido, actúan como pauta relacional y emergen de la vinculación que los sujetos mantienen con su entorno. En estas interacciones, las personas experimentan emociones agradables y positivas cuando reciben de los demás ciertas recompensas (en términos de poder y estatus). Por el contrario, cuando pierden recompensas sociales, experimentan emociones desagradables o negativas. Ahora bien, la posibilidad de pérdida o ganancia de poder y estatus, según Kemper, depende especialmente de su posicionamiento relativo en la estructura social. En general, una persona estará contenta o alegre cuando estime que tanto su poder como su estatus son los adecuados. Por ende, esa misma persona estará descontenta o insatisfecha cuando sienta que su poder y estatus son insuficientes.

Kemper reconoce seis tipos de emociones estructurales. La seguridad, que se experimenta cuando alguien dispone de suficiente poder. El miedo, típico de alguien que carece de poder frente a una determinada situación. La culpa, emoción que se experimenta cuando se ha hecho uso de un poder excesivo frente a los demás. La alegría (o felicidad), la cual indica un nivel de estatus elevado, producto de las gratificaciones voluntarias que se otorgan en una interacción (ser estimado, aceptado, amado o valorado). La tristeza, estado emocional que surge cuando el otro no otorga el suficiente estatus en una interacción social. Finalmente, la vergüenza, emoción que se caracteriza por un exceso de estatus generado por recompensas inmerecidas o excesivas en una relación.

Para Scheff (2000), la vergüenza y el orgullo son las emociones sociales más importantes en la medida en que indican el estado de nuestros vínculos sociales. Cuanto más segura es la relación con el otro, más orgullo se experimentará; mientras que, cuando las relaciones están revestidas de cierta inseguridad, emergen la vergüenza, el dolor y la tristeza. Estas emociones importan no sólo porque son las que predominan a partir de combinaciones contingentes de los grados de estatus y poder de las personas, sino también porque conforman la estructura afectiva del bienestar o malestar emocional (Bericat, 2018).

Por su parte, el concepto central de la teoría de Collins (2009) es el de energía emocional, un estado de ánimo que perdura en las personas tras haber compartido con otros un mismo clima o situación afectiva. Esta energía emocional supone sentimientos específicos que interfieren en la vida cotidiana de los individuos (véase el capítulo de García-Andrade en este volumen). Un encuentro exitoso con otro elevará la energía emocional, mientras que una interacción fallida la disminuirá. En términos generales, el concepto de energía emocional está vinculado a las llamadas emociones primarias de alegría, así como de tristeza. Mientras que una elevada energía emocional implica alegría, vitalidad, confianza, entusiasmo (con uno mismo y con la interacción social); una baja energía emocional supone depresión, tristeza, aburrimiento y, en general, sentimientos negativos hacia uno mismo.

La teoría de Collins es importante porque señala que las posibilidades de ganar o perder energía emocional también dependen de los niveles de poder y estatus que se pongan en juego en una determinada interacción. En estos términos, a mayor poder y estatus, más energía emocional positiva.

Las tres teorías permiten una comprensión macrosociológica de las emociones al adoptar una perspectiva estructural basada tanto en el poder como en el estatus de las personas (Kemper y Collins, 1990). Todas reconocen que las emociones son relativamente estables en el curso de vida, perduran en el tiempo y no son fácilmente intercambiables en una determinada interacción. Emociones como la seguridad, la vitalidad, la felicidad y el orgullo, frente a otras como el miedo,

la depresión, la tristeza o la vergüenza, constituyen los componentes básicos de la estructura afectiva del bienestar socioemocional de las personas. De allí que sean estos estados los que se utilizan con mayor frecuencia en los estudios estandarizados sobre bienestar emocional.

UNA PROPUESTA DE MEDICIÓN MULTIDIMENSIONAL DEL BIENESTAR SOCIOEMOCIONAL A PARTIR DE LA ENBIARE 2021

A partir de estos antecedentes —con el objetivo de medir el grado de bienestar emocional experimentado por una persona—, hemos optado por una estrategia metodológica multidimensional, basada en la observación retrospectiva de estados emocionales diversos, tanto positivos como negativos. Como en la mayoría de los estudios cuantitativos sobre el tema, el estado emocional se registra a partir de lo que los sujetos observan y señalan de su propia experiencia (Rogers y Robinson, 2014), y se utiliza la Encuesta sobre Bienestar Autorreportado de México (INEGI, 2021) para su medición. Si bien esta encuesta está diseñada para medir el bienestar autorreportado de los individuos desde la perspectiva del bienestar subjetivo (Helliwel, 2002; Rojas, 2004) y sigue los lineamientos generales de organismos internacionales (especialmente la OCDE), contiene una batería de preguntas que permite adaptarla al ejercicio de operacionalización planteado por Bericat (2018).

Con base en esa propuesta, trabajamos con 26 estados emocionales proporcionados por la encuesta. El concepto de estados emocionales se acerca a la definición de Scherer (2005) sobre los estados de ánimo y las disposiciones afectivas. Para este autor, los estados de ánimo son estados afectivos difusos, caracterizados por un predominio relativo y duradero de ciertos tipos de sentimientos subjetivos que afectan a la experiencia y al comportamiento de una persona (estar alegre, triste o apático). Por su parte, las disposiciones afectivas se definen como aquellos rasgos de personalidad estables y tendencias de comportamiento que tienen un fuerte núcleo afectivo (como estar nervioso o malhumorado). Son estas disposiciones las que des-

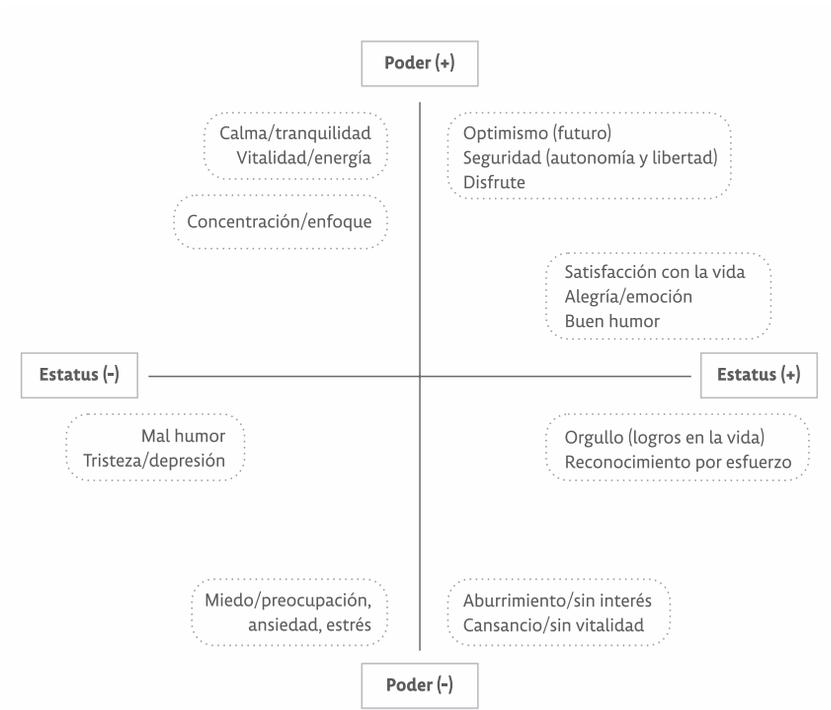
criben la tendencia de una persona a experimentar ciertos estados de ánimo con mayor frecuencia que otros. Para sentir un estado emocional de depresión, por ejemplo, se tendría que padecer una disposición afectiva a la ansiedad. En estos términos, las disposiciones afectivas son temporalmente anteriores al estado emocional. A partir del núcleo conceptual de estados emocionales, hemos considerado tanto los estados de ánimo como las disposiciones afectivas como parte constitutiva del bienestar emocional.

Una vez identificados los posibles estados emocionales, clasificamos, en primer lugar, a cada uno de ellos según las dimensiones correspondientes de poder y estatus que proponen Kemper y Collins (figura 1).

En segundo lugar, diferenciamos los estados emocionales de la encuesta por el tipo de medición que suponen: evaluativa o experiencial. Cuando la variable en cuestión es de tipo evaluativa-cognitiva su medición se realiza mediante las valoraciones globales que las personas hacen acerca de diferentes aspectos de la vida. La pregunta clásica en el análisis de bienestar subjetivo, “¿Qué tan satisfecho está usted con su vida?”, es el ejemplo típico de estas mediciones. De la misma manera, la escala de Cantril, que pregunta por la ubicación de las personas en la “escalera de la vida”, también pertenece a este tipo de mediciones evaluativas.³ Como puede advertirse en la tabla 1, cinco estados emocionales de la encuesta corresponden a variables evaluativas cognitivas.

³ En la ENBIARE 2021, la escala de Cantril interroga así: “Para las preguntas que le voy a hacer a continuación, observe la escalera de la tarjeta morada, cuyos escalones están numerados de cero a diez, donde el escalón 0 es ‘la peor vida posible’ y, el escalón 10, ‘la mejor vida posible’. ¿En qué escalón siente que su vida se ubica actualmente?”.

Figura 1
Estados emocionales analizados a partir de la ENBIARE 2021



Fuente: elaboración propia con base en ENBIARE 2021, a partir de la propuesta de Bericat (2018).

Un segundo tipo de medición es la experiencial o afectiva, que supone considerar la “experiencia” de la emoción, es decir, medir si los entrevistados manifiestan haber experimentado un determinado estado emocional en un cierto periodo de tiempo.⁴ Tal como se aprecia

⁴ Un ejemplo de variable experiencial o afectiva es: “Ahora vea la tarjeta verde, donde 0 significa ‘en ningún momento del día’ y 10 ‘todo el día’. Le pido que la observe antes de dar su respuesta. ¿Cuánta parte del día de ayer se sintió de buen humor?”. Este tipo de preguntas se acerca al *day reconstruction method* (DRM), internacionalmente utilizado en el estudio cuantitativo de las emociones.

en la tabla 1, 19 estados emocionales fueron clasificados como experienciales-afectivos.

En tercer lugar, distinguimos si la variable en cuestión permite un acercamiento a la intensidad o la duración del estado emocional (Kahneman y Krueger 2006; Patulny 2015). En algunos casos se mide la frecuencia con la que ocurren ciertos estados emocionales, generalmente a partir de la referencia del día anterior a la entrevista o de la semana previa; y en otros se mide la profundidad del estado emocional (en escalas que suelen ir desde “nada” hasta “completamente”):⁵ en nuestro caso, contamos con cinco variables de intensidad y 21 variables de frecuencia o duración. Finalmente, a partir de la propuesta de Turner (2010), clasificamos los estados emocionales en positivos o negativos. En la siguiente tabla mostramos los estados emocionales utilizados en el análisis.⁶

⁵ Una variable que mide la frecuencia o duración del estado emocional en la ENBIARE es: “Elija el número que mejor refleje su opinión (donde cero es rara vez o nunca, es decir, menos de un día; y tres es todo el tiempo o la mayoría del tiempo, es decir, entre cinco y siete días): ¿Durante la semana pasada, usted se sintió deprimido?”. Un ejemplo de variable de intensidad en la ENBIARE es: “Ahora observe que la tarjeta rosa tiene una escala de 0 a 10, donde 0 significa “nada en absoluto” y 10, “completamente”. Le pido que la vea antes de darme su respuesta. En general, ¿cuánto confía en la gente que conoce?”.

⁶ Los dos últimos estados, “sentimiento de esfuerzo” y “no durmió bien” se dejaron fuera del análisis por no pertenecer a ninguna de las dos dimensiones consideradas en el marco teórico.

Tabla 1
Clasificación de los estados emocionales seleccionados
a partir de la ENBIARE 2021

Variable	Estados emocionales	Tipo de estado emocional	Tipo de emoción	Medición
1	Satisfacción con la vida	Estatus: evaluativo-cognitivo	neutra	intensidad
2	Orgullo-logros en la vida	Estatus: evaluativo-cognitivo	+	intensidad
3	Optimismo-perspectiva de futuro	Poder: evaluativo-cognitivo	+	intensidad
4	Seguridad- autonomía para decisiones	Poder: evaluativo-cognitivo	+	intensidad
5	Escalón en la vida	Escala de Cantril: evaluativo-cognitivo	neutra	intensidad
6	Calma/ tranquilidad	Poder: experiencial-afectivo	+	duración
7	Vitalidad/energía	Poder: experiencial-afectivo	+	duración
8	Concentración/ enfoque	Poder: experiencial-afectivo	+	duración
9	Preocupación/ ansiedad/estrés	Poder: experiencial-afectivo	-	duración
10	Cansancio/ sin vitalidad	Poder: experiencial-afectivo	-	duración
11	Concentración	Poder: experiencial-afectivo	-	duración
12	Disfrute de la vida	Poder: experiencial-afectivo	+	duración
13	Nerviosismo	Poder: experiencial-afectivo	-	duración
14	Preocupación	Poder: experiencial-afectivo	-	duración

15	Libertad para tomar decisiones	Poder: experiencial-afectivo	+	duración
16	Alegría/emoción	Estatus: experiencial-afectivo	+	duración
17	Mal humor	Estatus: experiencial-afectivo	-	duración
18	Aburrimiento/desinterés	Estatus: experiencial-afectivo	-	duración
19	Tristeza/ depresión	Estatus: experiencial-afectivo	-	duración
20	Buen humor	Estatus: experiencial-afectivo	+	duración
21	Tristeza profunda que no se quita	Estatus: experiencial-afectivo	-	duración
22	Depresión	Estatus: experiencial-afectivo	-	duración
23	Tristeza	Estatus: experiencial-afectivo	-	duración
24	Reconocimiento por esfuerzo	Estatus: experiencial-afectivo	-	duración
25	Sentimiento de esfuerzo		-	duración
26	No durmió bien		-	duración

Fuente: elaboración propia con base en ENBIARE 2021.

LA GRIETA DE LAS EMOCIONES: DESIGUALDAD DE CLASE Y BIENESTAR SOCIOEMOCIONAL EN MÉXICO

En la tabla 2 presentamos una primera aproximación al bienestar socioemocional por clase social, a partir de la dimensión evaluativa-

cognitiva de las emociones.⁷ Entre 5 y 9% de la población mexicana presenta una evaluación muy negativa de los diversos aspectos de su vida (5% se siente en el escalón más bajo de la vida y 8.6% no siente ningún orgullo por sus logros en la vida). La evaluación más alta se observa en la satisfacción con el nivel de autonomía y libertad para tomar decisiones, asociado con la dimensión de poder (47.1%); por el contrario, los grados más bajos de satisfacción se encuentran en los logros obtenidos en la vida, relacionados con el orgullo y la dimensión de estatus (5.6%). Percibirse satisfecho con la libertad que se tiene para tomar decisiones, pero no con los logros obtenidos en la vida, supone una evaluación relativamente positiva del ambiente que condiciona la acción y, al mismo tiempo, una evaluación negativa del propio *self* por la incapacidad de lograr metas específicas.

Ninguno de los estados emocionales de la tabla se distribuye de manera homogénea entre las clases sociales: todas las emociones positivas relacionadas con el poder y el estatus se concentran en las clases más altas, donde las mayores diferencias se observan en el orgullo y en la autonomía para tomar decisiones. Si bien esta segregación clasista de emociones positivas se observa de manera generalizada, es interesante cómo varía su intensidad en cada una de las clases sociales: 30.4% de la clase alta se percibe orgullosa de sus logros, 50.9% se siente en libertad para tomar decisiones; estos valores son de 22 y 41.7% respectivamente para la clase baja.⁸ En ambos grupos sociales, las emociones relacionadas con el poder tienen una presencia mayor que aquellas asociadas al estatus.

⁷ La clase social la hemos definido a partir de un índice de riqueza del hogar elaborado por el método de componentes principales que considera diferentes dimensiones relacionadas con las características de la vivienda, bienes del hogar y trabajo doméstico. La distinción en cinco categorías (clase baja, media baja, media, media alta y alta) se realizó a partir de quintiles, según la sugerencia de Torche (2015).

⁸ Todas las referencias a diferencias porcentuales entre grupos sociales que se mencionan en el texto son estadísticamente significativas. Cuando las diferencias no resultaron significativas, no se consideraron en el análisis.

Tabla 2
Distribución porcentual de estados emocionales (dimensión evaluativa-cognitiva)
según clases sociales, México, 2021

Estados emocionales	Clases sociales (% de personas)					
	Baja	Media baja	Media	Media alta	Alta	Total
Satisfacción con la vida						
Baja	12.8	9.4	7.9	5.3	3.1	7.9
Media	52.5	55.3	56.2	57.9	59.0	56.1
Alta	34.8	35.4	35.9	36.8	37.9	36.1
Orgullo (logros en la vida)						
Baja	16.0	10.1	7.9	4.8	3.4	8.6
Media	62.1	65.4	67.7	67.2	66.2	65.8
Alta	22.0	24.5	24.4	28.0	30.4	25.6
Optimismo						
Baja	10.0	8.5	5.9	4.9	3.4	6.7
Media	62.7	62.3	62.6	63.5	60.4	62.5
Alta	27.2	29.3	31.5	31.6	36.2	30.8
Autonomía y libertad						
Baja	8.5	6.4	4.9	4.2	3.3	5.6
Media	49.9	47.1	46.5	46.9	45.7	47.3
Alta	41.7	46.5	48.6	48.9	50.9	47.1
Escalón de la vida (estatus social)						
Bajo	7.7	5.7	4.9	3.8	2.1	5.0
Medio	61.1	61.1	59.6	59.7	59.0	60.2
Alto	31.2	33.2	35.5	36.6	38.8	34.9

Nota: los estados emocionales se trabajaron en todos los casos como variables continuas que se reagruparon en tres categorías (baja, media, alta) para facilitar la lectura de los datos.

Fuente: elaboración propia con base en ENBIARE 2021.

Con estos primeros datos comenzamos a ver una tendencia que se replicará en el resto de los indicadores: las clases sociales no sólo modulan los estados emocionales de los individuos, sino que, además, lo hacen con mayor fuerza cuando se reportan emociones negativas o un nivel bajo de emociones positivas. Por ejemplo, el porcentaje de quienes perciben un nivel alto de satisfacción con la vida es relativamente similar entre la clase alta y baja (con una diferencia relativa de 0.9 entre ambas);⁹ en cambio, las clases bajas tienen cuatro veces más chance de reportar un nivel bajo de satisfacción.¹⁰ Este patrón se repite para todos los estados emocionales (en el caso del orgullo, por ejemplo, 16% de la clase baja percibe un nivel bajo, mientras que sólo 3.4% de la clase alta siente lo mismo). Esto indicaría que la fuerza de la clase social para condicionar estructuras emocionales es mayor cuando se trata de emociones negativas (o de ausencia de emociones positivas). Dicho de otra manera, la clase importa para distinguir la presencia de estados emocionales positivos (satisfacción con la vida, orgullo, autonomía, seguridad, optimismo), pero es aún más importante para explicar la ausencia de estos mismos estados.

La tercera tendencia general de la tabla 2 muestra que la clase social tendría un efecto mayor entre las clases bajas que entre las altas en los diversos estados emocionales (aún en los positivos). Tal como se ha encontrado en otras investigaciones, la influencia de factores socioeconómicos sobre el bienestar emocional es mayor en las personas con bajos recursos. Según estas investigaciones (Helliwell, 2002; Rojas, 2014), en el plano individual de las emociones operaría el mecanismo de la utilidad marginal decreciente de los recursos económicos; es decir, a mayor posesión de recursos, éstos producen un menor impacto sobre el bienestar emocional: quizás tener mucho di-

⁹ La diferencia relativa entre dos porcentajes se puede obtener a partir de la razón entre ellos (en este caso, $34.8/37.9=0.9$).

¹⁰ Este valor se obtiene al considerar la diferencia relativa entre ambos porcentajes: $12.8/3.1=4.2$.

nero no genera altos niveles de satisfacción con la vida, pero no tenerlo puede generar profundos niveles de insatisfacción.

A continuación, se analizan cada una de las dimensiones de poder y estatus a partir del eje experiencial afectivo de los estados emocionales. En la tabla 3 se presentan los estados emocionales positivos relacionados con la dimensión de poder: calma, tranquilidad, vitalidad y energía, concentración, disfrute de la vida y seguridad. Como en la tabla anterior, alrededor de 5% de la población mexicana tiene una imposibilidad absoluta para experimentar algún tipo de emoción positiva (por ejemplo, 4.6% nunca o casi nunca disfrutó de la vida y 6.2% casi nunca se ha sentido calmo o tranquilo). Sin embargo, también es cierto que, con relativa independencia de la clase social, más de 90% ha experimentado —al menos en algún momento del día— un estado emocional positivo, donde sobresale el disfrute de la vida como la más experimentada y la calma/tranquilidad con la menor frecuencia.¹¹ De hecho, el disfrute “todo el tiempo” es la emoción que más diferencias presenta entre las clases bajas y altas (63.1 y 72.9% respectivamente).

Según Bericat (2018), la percepción de calma o vitalidad (en términos de energía emocional) se define por la capacidad de trabajo y el sentimiento de responsabilidad que implica llevar determinadas tareas adelante; mientras que el disfrute de la vida estaría más orientado por una evaluación externa generalizada. Ello significaría, para el caso mexicano, que la clase social no generaría tantas diferencias cuando se trata de estados emocionales que dependen de la propia voluntad y, en cambio, tendría una fuerza mayor para diferenciar emociones que obedecen más al contexto y a condiciones externas.

¹¹ El valor de más de 90% se obtiene de la diferencia entre 100 y el valor asociado a “nunca o casi nunca”.

Tabla 3
Distribución porcentual de estados emocionales positivos relacionados con la dimensión de poder, México, 2021

Estados emocionales	Clases sociales (% de personas)					
	Baja	Media baja	Media	Media alta	Alta	Total
Calma/tranquilidad						
Casi nunca	7.1	6.2	6.3	5.7	5.1	6.2
Mitad del día	15.3	14.9	13.7	12.5	10.60	13.6
Gran parte del día	31.3	32.9	33.2	35.3	36.0	33.6
Todo el día	46.4	46.0	46.8	46.5	48.3	46.7
Vitalidad/energía						
Casi nunca	6.6	6.5	6.2	5.0	4.6	5.8
Mitad del día	13.2	11.1	12.4	11.4	10.1	11.8
Gran parte del día	32.5	36.1	35.4	38.8	42.1	36.7
Todo el día	47.7	46.3	46.0	44.9	43.2	45.8
Concentración/enfocado(a)						
Casi nunca	7.0	5.5	5.6	4.1	4.4	5.3
Mitad del día	10.3	9.9	8.9	9.2	6.7	9.2
Gran parte del día	32.9	34.0	34.3	36.2	36.6	34.8
Todo el día	49.8	50.7	51.2	50.5	52.2	50.8
Disfrute de la vida						
Rara vez o nunca	4.9	5.3	4.9	3.7	4.0	4.6
Pocas veces	10.8	9.7	7.0	6.2	5.6	7.9
Varias veces	21.2	19.8	20.0	18.9	17.5	19.6
Todo el tiempo	63.1	65.2	68.1	71.1	72.9	67.9
He tomado decisiones libres	89.6	92.7	94.6	95.5	96.1	93.6

Fuente: elaboración propia con base en ENBIARE 2021.

La tabla 4 muestra los estados emocionales negativos relacionados con la dimensión de poder, según la clase de pertenencia: 6.9% de la población indica sentirse preocupado, ansioso o estresado durante todo el día. Para muchos, esta preocupación no es sólo una emoción percibida el día anterior, sino durante toda la semana de referencia. Tratándose de una emoción de baja intensidad que pertenece a la familia del miedo (Bericat, 2018), la preocupación forma parte de un estado de alerta permanente en la vida cotidiana que, nuevamente, recae con mayor intensidad en las clases populares. Esta tendencia se repite en el estado emocional de intranquilidad y en la falta de vitalidad o en la energía emocional baja. En todos los casos, las clases bajas muestran una mayor propensión a estados emocionales negativos relacionados con el poder, en comparación con las clases más altas.

Si analizamos en conjunto los estados emocionales negativos y positivos relacionados con el poder, las emociones que sobresalen son la preocupación, el cansancio, el disfrute de la vida y la tranquilidad. A su vez, así como en todos los casos se observa una distribución desigual de estas emociones por clase social, las mayores diferencias se encuentran en el disfrute de la vida por el lado positivo y en el cansancio y la falta de vitalidad (energía emocional) por el lado negativo: disfrutar rara vez de la vida (o pocas veces) y sentirse cansado casi todo el día conforman el gran acervo emocional de las clases bajas mexicanas (y también de las clases medias).¹²

¹² Si bien no es parte de nuestros objetivos, cabría esperar una correlación importante entre estos resultados y las horas diarias dedicadas tanto al trabajo remunerado como al trabajo de cuidados por parte de esta población.

Tabla 4
Distribución porcentual de estados emocionales negativos relacionados con la dimensión de poder, México, 2021

Estados emocionales	Clases sociales (% de personas)					
	Baja	Media baja	Media	Media alta	Alta	Total
Preocupación, ansiedad o estrés						
Casi nunca	58.5	59.9	60.9	64.5	67.7	62.0
Mitad del día	15.9	14.5	14.0	12.4	12.9	13.9
Gran parte del día	18.0	17.6	17.5	17.1	14.8	17.2
Todo el día	7.6	8.1	7.7	6.0	4.7	6.9
Cansancio/sin vitalidad						
Casi nunca	52.0	54.1	55.4	60.3	65.7	57.0
Mitad del día	19.3	18.8	17.3	16.1	14.7	17.4
Gran parte del día	19.6	19.4	20.1	17.7	15.4	18.6
Todo el día	9.1	7.8	7.3	5.9	4.2	7.0
Intranquilidad/ nerviosismo (crónico)						
Nunca	55.3	58.6	57.1	60.1	60.6	58.3
Varios días	24.7	24.2	27.0	24.9	27.1	25.5
La mayoría de los días	13.9	11.4	10.7	10.8	8.8	11.3
Casi todos los días	6.0	5.8	5.2	4.2	3.6	5.0
Preocupación crónica						
Nunca	53.7	57.3	56.9	61.0	62.6	58.1
Varios días	24.1	23.8	27.2	24.5	24.4	24.8
La mayoría de los días	13.9	11.8	10.2	9.5	8.3	10.8
Casi todos los días	8.3	7.1	5.7	5.0	4.7	6.2

Fuente: elaboración propia con base en ENBIARE 2021.

En cuanto a las emociones positivas relacionadas con el estatus (tabla 5), los datos indican que menos de la mitad de la población mexicana se siente alegre, emocionada o está de buen humor durante todo el día. Según la teoría estructural de las emociones, una persona estará contenta cuando perciba que su estatus frente a los demás es al menos suficiente; es decir, cuando crea que en sus interacciones sociales recibe un mínimo de recompensas por parte de los demás. En ese sentido, la alegría como estado socialmente gratificante es una emoción que desconoce 8.3% de la población mexicana. Frente al estereotipo de que en México se vive feliz y contento, la realidad muestra que 23.3% de los más pobres y 18.4% de los más ricos casi nunca o sólo la mitad del día experimentan la alegría de manera cotidiana.

Otra variable de interés es el reconocimiento de los demás. Como indica Kemper, un déficit persistente de reconocimiento implica sentimientos de tristeza y depresión y, por ende, una pérdida de estatus de las personas frente a los demás. Bericat (2018) relaciona esta falta de reconocimiento con el sentimiento de fracaso personal: que los demás no reconozcan nuestro esfuerzo supone admitir un fracaso de nuestra parte. Según la encuesta, 27.4% de la población mexicana ha experimentado una sensación de fracaso (o de falta de reconocimiento) en el último año. Este valor es de 32.3% para las clases bajas y 20.7% para las altas.¹³ En efecto, como veremos más adelante, el reconocimiento es uno de los estados emocionales que más brecha genera entre pobres y ricos en nuestro país.

¹³ Estos valores se obtienen de la diferencia entre 100 y el porcentaje de población que respondió que, en el último año, sí ha sido reconocida por su esfuerzo.

Tabla 5
Distribución porcentual de estados emocionales positivos relacionados con la dimensión estatus, México, 2021

Estados emocionales	Clases sociales					
	Baja	Media baja	Media	Media alta	Alta	Total
Buen humor						
Casi nunca	7.6	6.3	5.7	4.2	3.3	5.5
Mitad del día	21.8	18.7	18.4	15.8	13.6	17.9
Gran parte del día	26.0	30.2	30.9	34.3	36.2	31.3
Todo el día	44.7	44.9	45.0	45.6	46.9	45.3
Alegría/emoción						
Casi nunca	9.1	9.1	8.5	7.8	6.7	8.3
Mitad del día	14.2	13.2	12.6	11.5	11.7	12.6
Gran parte del día	31.5	33.9	34.0	36.7	37.6	34.6
Todo el día	45.3	43.8	44.9	44.0	44.1	44.4
	Baja	Media baja	Media	Media alta	Alta	Total
Reconocimiento por esfuerzo alguna vez en la vida	78.8	85.0	88.8	92.2	94.5	87.6
Reconocimiento por esfuerzo en el último año	67.7	68.9	73.3	74.7	79.3	72.6

Fuente: elaboración propia con base en ENBIARE 2021.

La tabla 6 muestra la distribución de estados emocionales negativos relacionados con el estatus. Las dos emociones que sobresalen entre la población mexicana son la depresión asociada a la semana anterior (35.9%) y lo que llamamos tristeza crónica o estructural (34.5%).¹⁴ De

¹⁴ La pregunta de la ENBIARE es: “Durante la última semana, usted ¿sentía como si no pudiera quitarse la tristeza de encima?”.

hecho, es notorio que la tristeza crónica entre los mexicanos es un estado emocional mucho más presente que la tristeza relacionada con el día anterior (20%), dando cuenta de una privación emocional más severa que la que puede estar relacionada con la baja energía emocional o con la capacidad de concentración.

Por otro lado, el aburrimiento está conectado con el estatus y con la tristeza en la medida en que no es simplemente “ausencia” de diversión, sino que, como indica Barbalet (1999), se vincula con la falta de significado, de sentido de la vida y de valor en las acciones cotidianas. En cuanto a la falta de interés vital por las cosas, el aburrimiento sería un estado emocional opuesto al entusiasmo (Bericat, 2018). En nuestro caso, 30.4% de las clases bajas y 19.5% de las altas indica haber estado aburrido en algún momento del día anterior a la entrevista; mientras que 5.3% de los más pobres y 2.8% de los más ricos indica haber estado aburrido todo el día. Algo similar sucede con el mal humor, emoción presente durante gran parte del día en 30.6% de la clase baja y 21.3% del alta.

Si analizamos el estado emocional de tristeza diaria (es decir, como una emoción que pudiera ser más pasajera), 24.1% de las clases bajas indica sentirse triste o deprimido en algún momento del día, frente a 13.6% de las clases altas. Sin embargo, el dato de mayor envergadura tiene que ver con los altos valores que se observan en la depresión permanente, aquella que va más allá del día anterior y se repite durante toda la semana del entrevistado. En este caso, mientras que 41.3% de la población de menos recursos indica padecer esta emoción, ese valor desciende hasta 32.2% entre quienes cuentan con más recursos socioeconómicos.

En síntesis, en México en 2021, tres de cada diez mexicanos estuvieron de mal humor al menos un momento al día; tres de cada diez se sintieron aburridos o con falta de interés o energía vital; 34.5% no pudo quitarse la tristeza de encima; y otro 35.9% se sintió deprimido crónicamente. En todos los casos, las clases bajas padecen en mayor medida estos estados emocionales negativos relacionados con el estatus en comparación con las clases altas.

Tabla 6
Distribución porcentual de estados emocionales negativos relacionados con la dimensión estatus, México, 2021

Estados emocionales	Clases sociales					Total
	Baja	Media baja	Media	Media alta	Alta	
Mal humor						
Casi nunca	69.4	71.5	70.8	74.6	78.7	72.7
Mitad del día	14.4	13.3	13.7	11.7	10.6	12.9
Gran parte del día	11.9	11.3	12.0	11.1	9.0	11.2
Todo el día	4.4	3.9	3.6	2.6	1.7	3.3
Aburrimiento/sin interés						
Casi nunca	69.6	70.7	71.5	76.2	80.6	73.4
Mitad del día	11.3	10.9	10.2	9.1	7.8	10.0
Gran parte del día	13.8	14.0	12.9	11.2	8.9	12.3
Todo el día	5.3	4.4	5.4	3.5	2.8	4.3
Tristeza/depresión (en el día)						
Casi nunca	75.9	77.2	79.3	82.8	86.4	80.0
Mitad del día	8.8	7.9	7.2	6.3	5.3	7.2
Gran parte del día	10.6	9.7	9.4	8.0	5.9	8.9
Todo el día	4.8	5.2	4.1	2.9	2.4	3.9
No poder quitarse la tristeza de encima (tristeza crónica)						
Rara vez o nunca	58.8	63.9	65.0	69.8	71.1	65.6
Pocas o algunas veces	25.8	21.6	21.6	19.6	19.6	21.7
Muchas veces	10.5	9.3	8.8	7.0	6.3	8.4
Todo el tiempo	4.9	5.2	4.7	3.5	3.0	4.3
Depresión (durante la semana anterior)						
	Baja	Media baja	Media	Media alta	Alta	Total

Rara vez o nunca	58.7	62.2	62.7	69.0	67.7	64.1
Pocas o algunas veces	25.9	23.0	23.6	20.0	23.3	23.0
Muchas veces	9.6	9.2	8.3	7.1	6.4	8.2
Todo el tiempo	5.7	5.6	5.4	3.9	2.7	4.8
Tristeza (durante la semana anterior)	Baja	Media baja	Media	Media alta	Alta	Total
Rara vez o nunca	58.8	60.8	61.3	64.7	63.5	61.9
Pocas o algunas veces	25.7	25.1	24.7	23.9	26.4	25.0
Muchas veces	10.3	9.0	8.8	7.8	6.7	8.6
Todo el tiempo	5.3	5.2	5.1	3.6	3.4	4.5

Fuente: elaboración propia con base en ENBIARE 2021.

Una vez analizados los principales estados emocionales podemos hacer un diagnóstico sintético a partir de la observación de algunos casos extremos. Las siguientes gráficas muestran estados emocionales seleccionados para las clases bajas y altas respectivamente, así como un ordenamiento de los principales estados emocionales positivos y negativos en función de las dimensiones de poder y estatus.

Si observamos la proporción de personas que nunca o casi nunca han experimentado un estado emocional positivo, en todos los casos, las clases bajas superan ampliamente a las altas en la ausencia de reconocimiento, orgullo, autonomía, optimismo, alegría, seguridad, buen humor, calma, concentración, vitalidad o disfrute. En cada una de estas emociones positivas, las posibilidades de experimentarlas al menos una vez en la vida son siempre más bajas para las clases populares: entre 5 y 35% de la población mexicana de escasos recursos no conoce estos estados emocionales. Estas personas reportan no haber experimentado nunca la emoción de estar contentos, tranquilos, con energía u optimistas respecto al futuro.

Sin embargo, además de esta generalidad, lo que llama la atención en la primera gráfica es la distribución social del reconocimiento y del orgullo. Cuando observamos la proporción de mexicanos que

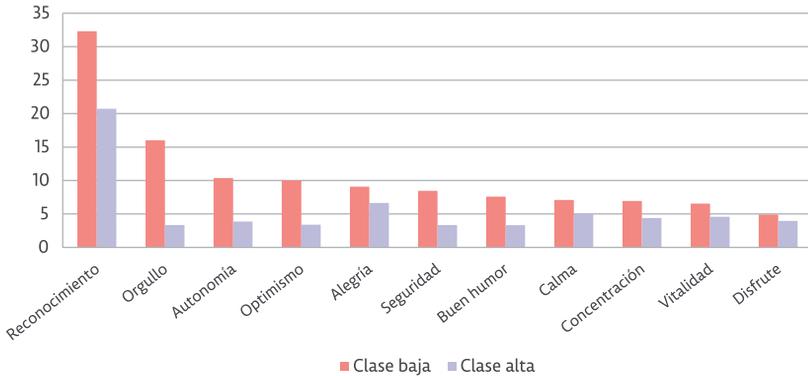
nunca o casi nunca experimentó dichas emociones, las clases bajas prácticamente duplican a las clases altas (32% versus 20% y 16% versus 4% respectivamente). Las diferencias también son abruptas en el caso de la seguridad y el optimismo. En ese sentido, la menor brecha se observa en el disfrute de la vida. Posiblemente ello tenga que ver con dos cuestiones. En primer lugar, es la emoción que más se ha experimentado; es decir, son pocas las personas que, en general, no han disfrutado nunca de la vida (menos de 5%). Por lo mismo, la distinción entre ricos y pobres es menos acuciante. En segundo lugar, se trata de un estado emocional cognitivo que implica una valoración global de la vida (similar a la satisfacción), menos experiencial o afectiva respecto al resto de las emociones y, por ende, más factible de ser valorada positivamente, en la medida en que una evaluación integral de la existencia puede distar mucho de las experiencias vividas en la cotidianidad. El resto de las gráficas (2, 3, 4 y 5) ilustra algunas hipótesis sobre la estratificación emocional en México: 1) existe una estructura afectiva diferencial por posición social o, dicho en otros términos, el bienestar emocional y los estados que lo conforman se distribuyen de manera desigual en función de la clase; 2) las clases altas experimentan más emociones positivas; 3) las clases bajas padecen con mayor frecuencia emociones negativas y, al mismo tiempo, disfrutan de menos emociones positivas; 4) la brecha entre ambos grupos es mayor cuando se evalúan las emociones negativas (o la ausencia de emociones positivas); y 5) la clase de pertenencia condiciona más los estados emocionales (negativos y positivos) de los sectores bajos que del resto de la estructura social.

Estas tendencias generales dialogan de manera cercana con lo hallado por Millán y Castellanos (2018) en uno de los trabajos más recientes y exhaustivos sobre bienestar subjetivo en nuestro país. Si bien su obra aborda exclusivamente el bienestar (y no las emociones), tienen una preocupación similar a la aquí expresada: la relación concurrente entre el bienestar subjetivo y las posibilidades materiales de existencia. En palabra de los autores:

En condiciones de privación y pobreza [...] los individuos ven reducida drásticamente su posibilidad de alcanzar niveles promedio de bienestar subjetivo. Hay, en efecto, un vínculo innegable entre ambas dimensiones. Sin embargo, mientras que es imperioso alcanzar ciertos niveles de bienestar material, es importante reconocer que su incremento no implica que la complejidad del Bs [sic] esté resuelta (Millán y Castellano, 2018: 17).

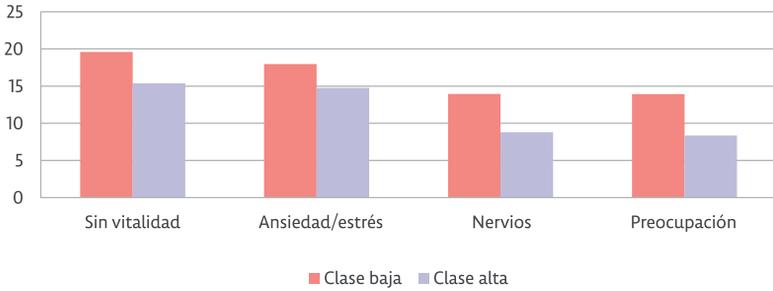
En términos generales, estos hallazgos coinciden con lo mostrado en este capítulo: en la parte más baja de la estructura social, el bienestar socioemocional y la privación material convergen de manera más evidente o inequívoca que lo que se observa en las clases más altas de la sociedad mexicana.

Gráfica 1
Porcentaje de personas que nunca o casi nunca han experimentado estados emocionales positivos, según clase social, México, 2021



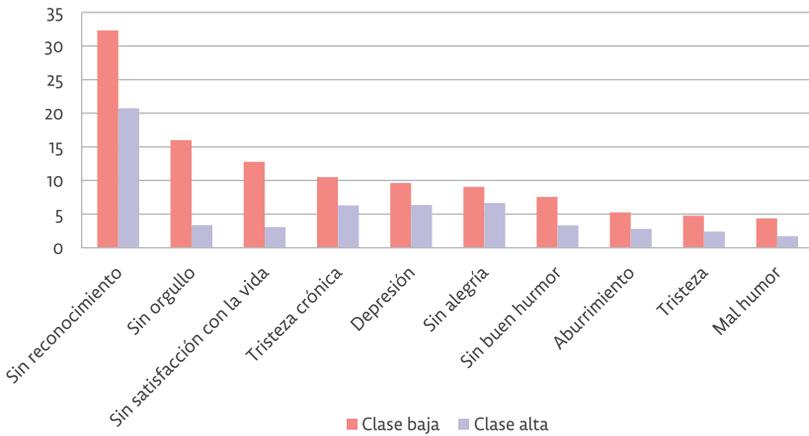
Fuente: elaboración propia con base en ENBIARE 2021.

Gráfica 2
Porcentaje de personas que experimenta diariamente estados emocionales negativos relacionados con el poder, según clase social, México, 2021



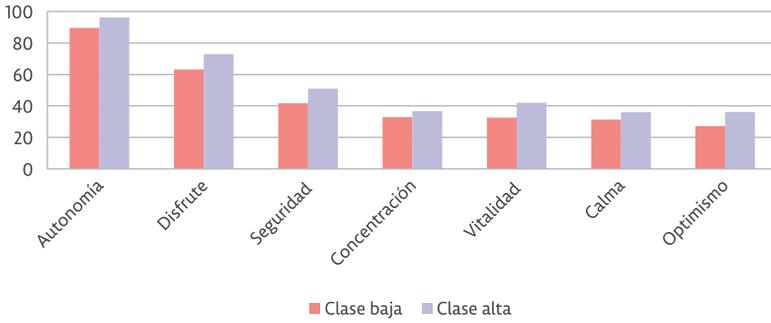
Fuente: Elaboración propia con base en ENBIARE 2021.

Gráfica 3
Porcentaje de población que experimenta diariamente estados emocionales negativos relacionados con el estatus, según clase social, México, 2021



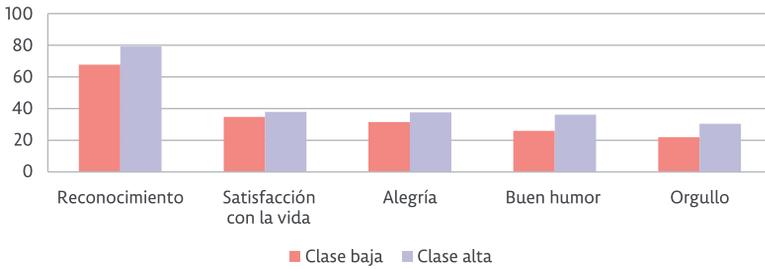
Fuente: Elaboración propia con base en ENBIARE 2021.

Gráfica 4
Porcentaje de personas que experimentan diariamente estados emocionales positivos relacionados con el poder, según clase social, México, 2021



Fuente: Elaboración propia con base en ENBIARE 2021.

Gráfica 5
Porcentaje de personas que experimentan diariamente estados emocionales positivos relacionados con el estatus, según clase social, México, 2021



Fuente: Elaboración propia con base en ENBIARE 2021.

CONCLUSIONES

Con el propósito de reflexionar sobre el uso de los abordajes cuantitativos para el estudio de las emociones, en este capítulo analizamos el vínculo entre estados emocionales y desigualdad social en México.

En términos generales, el nivel de bienestar emocional de las personas que viven en hogares con escasos recursos es siempre más bajo que el del resto de la población en los diversos estados emocionales relacionados con el poder y el estatus social. La idea generalizada de que los pobres son pobres pero viven felices dista mucho de sostenerse con los datos aquí presentados.

Por otro lado, como se ha encontrado en otras investigaciones (Bericat, 2018), las diferencias en los estados emocionales entre clases son más profundas en la dimensión de estatus que de poder. Ello implicaría que en la estructura afectiva de las clases bajas los factores de estatus son los que más contribuyen al malestar subjetivo, donde las principales brechas se presentan en la falta de reconocimiento y de orgullo, aunque también en la tristeza crónica y en la depresión. En el caso del poder, las diferencias son mayores en la falta de vitalidad y en los niveles de ansiedad.

Es fundamental reconocer que las carencias socioeconómicas no impiden a las personas experimentar estados emocionales positivos. Es importante no reducir, en ese sentido, la desigualdad social al sufrimiento. En general, los estados positivos sobresalen entre los negativos en todas las dimensiones analizadas y en todas las clases sociales (como si fuéramos más iguales en la felicidad que en la desdicha), tal como se ha encontrado en otras investigaciones en países latinoamericanos (Rojas, 2004). Muestra de ello es el elevado número de personas que no sólo se siente relativamente satisfecha con su vida (92%), sino que goza y disfruta de ella gran parte del tiempo (88%). Las principales explicaciones para el predominio de estados emocionales positivos en nuestra región recaen en el mantenimiento de relaciones sociales sólidas, especialmente familiares, así como otras condiciones vitales que contribuyen al sostenimiento del bienestar a pesar de las

dificultades económicas. Al respecto, Rojas (2004) sostiene que las personas, en cuanto seres multidimensionales, son mucho más que una determinada posición social y que los objetivos vitales de los sujetos pueden ser muy heterogéneos, y no en todos los casos estas metas están vinculadas con cuestiones materiales.

A pesar de este reconocimiento, también es cierto que los estados emocionales negativos se concentran en el fondo de la estructura social y los estados positivos en su cima, donde cada una de las emociones analizadas aquí cristaliza secuelas particulares de la desigualdad social contemporánea en nuestro país. Estos resultados a escala nacional no podrían haberse obtenido sin una aproximación cuantitativa al estudio de las emociones; si los observamos desde la perspectiva de Turner (2010), nos permiten constatar los límites para la acción y el cambio que imponen las experiencias emocionales vividas en el marco de la estructura de desigualdad mexicana.

REFERENCIAS

- Assusa, Gonzalo, y Gabriel Kessler (2021). “¿Percibimos la desigualdad ‘realmente existente’ en América Latina?”. *Revista Nueva Sociedad* (293): 25-38.
- Barbalet, Jack (1999). “Boredom and social meaning”. *British Journal of Sociology* 50 (4): 631-646.
- Barbalet, Jack (2010). *Emotion, social theory, and social structure. A macrosociological approach*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bericat, Eduardo (2018). *Excluidos de la felicidad. La estratificación social de bienestar emocional en España*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Collins, Randall (2009). *Cadenas de rituales de interacción*. Barcelona: Anthropos.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2021). Encuesta Nacional de Bienestar Autorreportado (ENBIARE). Ciudad de México: INEGI.
- Grusky, David (2000). “The Contours of Social Stratification”. En *Social stratification class, race, and gender in sociological perspective*, editado por David Grusky, 3-35. Colo: Westview Press.
- Helliwell, John (2002). “How’s Life? Combining individual and National variables to explain subjective well-being” (Working Paper 9065). *National Bureau of Economic Research*. Cambridge, Massachusetts.
- Kahneman, Daniel, y Angus Deaton (2010). “High income improves evaluation of life but not emotional well-being”. *PNAS* 107 (38): 16489-16493.

- Kahneman, Daniel, y Alan Krueger (2006). "Developments in the Measurement of Subjective Well-Being". *Journal of Economic Perspectives* 20 (1): 3-24.
- Kemper, Theodore (2006). "Power and Status and the Power-Status Theory of Emotions". En *Handbook of the Sociology of Emotions*, editado por Jan Stets y Jonathan Turner, 155-177. Boston, Massachusetts: Springer Science.
- Kemper, Theodore (2014). "Status, power and felicity". En *Handbook of the Sociology of Emotions: Volume II*, editado por Jan Stets y Jonathan Turner, 155-177. Dordrecht: Springer.
- Kemper, Theodore, y Randall Collins (1990). "Dimensions of Microinteraction". *The American Journal of Sociology* 96 (1): 32-68.
- Kerbo, Harold (2003). *Estratificación social y desigualdad. El conflicto de clase en perspectiva histórica, comparada y global*. Madrid: Mc Graw Hill.
- King, Garry; Robert Keohane; y Sidney Verba (2000). *El diseño de la investigación social: la inferencia científica en los estudios cualitativos*. Madrid: Editorial Alianza.
- Kroser, Alice (2020). *Seeing inequality? Relative affluence and elite perceptions in Mexico. Overcoming inequalities in a fractured world: between elite power and social mobilization*. Nueva York: United Nations Research Institute for Social Development.
- Millán, René, y Castellanos, Roberto (coordinadores) (2018). *Bienestar Subjetivo en México*. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Palomar-Lever, Joaquina, y Amparo Victorio-Estrada (2014). "Determinants of subjective wellbeing in adolescent children of recipients of the Oportunidades human development program in Mexico". *Social Indicators Research* 118 (1): 103-124.
- Patulny, Roger (2015). "Exposing the Wellbeing Gap Between American Men and Women: Revelations from the Sociology of Emotion Surveys". *Emotion Review* 7 (2): 169-174.
- Rogers, Kimberly, y Dawn Robinsion (2014). "Measuring Affect and Emotions". En *Handbook of the sociology of emotions. Volume II*, editado por Jan Stets y Jonathan Turner, 283-303. Madison: Springer.
- Rojas, Mariano (2004). "Well-being and the complexity of Poverty". *Wider Research Paper* (29).
- Rojas, Mariano (2014). *El estudio científico de la felicidad*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Savage, Mike; Niall Cunningham; Fiona Devine; Sam Friedman; Daniel Laurison; Lisa McKenzie; Andrew Miles; Helene Snee; y Paul Wakeling (2015). *Social Class in the 21st Century*. Londres: Penguin.
- Scheff, Thomas (2000). "Shame and the social bond: A sociological theory". *Sociological Theory* 18 (1): 84-99.

- Scherer, Klaus (2005). "What are emotions? And how can they be measured?". *Social Science Information* 44 (4): 695-729.
- Torche, Florencia (2015). "Gender differences in intergenerational mobility in Mexico" (*Working Paper 11/2015*). Ciudad de México: Centro de Estudios Espinosa Yglesias.
- Turner, Jonathan (2010). "The Stratification of Emotions: Some Preliminary Generalizations". *Sociological Inquiry* 80 (2): 168-199.

VI. PUENTES TRANSDISCIPLINARIOS: SOCIOLOGÍA Y NEUROCIENCIA SOCIAL

El diálogo ineludible entre sociología de las emociones y neurociencia social

El caso de la sincronización interpersonal y las emociones

Adriana García Andrade

INTRODUCCIÓN

En 2006, Linda E. Francis presentaba argumentos contundentes respecto a cómo la sociología de las emociones se enriquecería con el trabajo conjunto con otras disciplinas (p. 592). Además, alertaba que en la sociología de las emociones (SE) había una gran cantidad de posturas que evadían hablar del cuerpo y su materialidad. En su artículo mostraba cómo, para el caso de la salud, tanto los factores sociales como los biológicos son necesarios para un cabal entendimiento de quiénes se enferman de depresión (por ejemplo), qué circunstancias sociales y biológicas aparecen y requieren ser tratadas. Dejar el cuerpo y su biología fuera del estudio impedía entender los cambios en la fisiología de los enfermos y sus emociones —que impactaban en el tratamiento de la enfermedad (Francis, 2006: 600).

El presente capítulo se inserta en ese mismo proyecto, a saber, la idea de que la SE requiere nutrirse y complementarse con los saberes de otras disciplinas, en este caso con la neurociencia social (NS). Este proyecto no es nuevo; sociólogos como David Franks (2013) y Jonathan Turner (2013) han reiterado la necesidad de que la sociología retome y utilice los descubrimientos de la neurociencia. Sin embargo, como afirma Christian von Scheve (2018), los resultados que presen-

ta la neurociencia parten de hipótesis y problemas tan distintos a los sociológicos que no es posible una utilización directa de esos resultados (p. 409).¹ Es decir, la sociología y la neurociencia (social, afectiva o general) parten de problemas y conceptos inconmensurables entre sí y un diálogo en esas condiciones resultará siempre en un diálogo de sordos. Sin embargo, siguiendo al filósofo de la ciencia Martin Carrier (2001), esta inconmensurabilidad puede ser tratada de manera provechosa. Para Carrier es posible comparar propuestas teóricas inconmensurables siempre y cuando, por lo menos, ambas comparten el análisis de un fenómeno (p. 84). El autor propone que no se requiere traducir los conceptos. Éstos se pueden entender estudiando el marco de observación y las consecuencias que se predicen en cada teoría (p. 84). Retomando esta propuesta, en el presente capítulo se buscará contrastar dos análisis: uno de la SE y otro de la NS, que tematizan y estudian la sincronización de por lo menos dos personas en sus movimientos, conductas, voces, emociones y organismos entre sí. El fenómeno de la sincronización es importante no sólo porque ambas disciplinas lo analizan, sino porque la mirada parte de la díada; es decir, el fenómeno es interaccional. No se mira a un cuerpo y su entorno, sino a, por lo menos, dos cuerpos en interacción y su entorno. En otras palabras, se parte de un escenario intrínsecamente relacional y emocional.²

¹ Esto es así porque se hacen hipótesis desde marcos y problemas disciplinares distintos. Por ello, el conocimiento neurocientífico responde preguntas de la neurociencia y no de la sociología (von Scheve, 2018: 409).

² En un interesante artículo, Mercadillo y Atilano-Barbosa (2022: 161) proponen que la empatía supone componentes emocionales, cognitivos y sociales. Uno de esos componentes es el del contagio emocional, que definen como “una tendencia humana a imitar y sincronizar con las expresiones, vocalizaciones, posturas y movimientos, afectando su propia experiencia emocional” (p. 153). En ese sentido, el proceso de sincronización aquí analizado puede verse como un elemento de la empatía, del reconocimiento del otro, cuestión que apoya la importancia de estudiarlo. Para una elaboración posterior de la empatía, véase el capítulo de Mercadillo en este mismo volumen.

Del lado de la SE reviso la propuesta de Randall Collins —que deriva de Emile Durkheim, un autor fundacional en la sociología—. ³ Del lado de la NS presento la propuesta de John Cacioppo, fundador de esta disciplina. ⁴

En las dos primeras secciones del capítulo presento cómo cada autor conceptualiza el fenómeno de la sincronización, qué condiciones se requieren para su existencia y qué productos o consecuencias genera desde el punto de vista de cada disciplina. Esto, atendiendo a la propuesta de Carrier y de T. Kuhn respecto a la posibilidad de aprender un concepto si nos familiarizamos con el contexto teórico, aunque no lo podamos traducir (Carrier, 2001: 85). En la tercera sección contrasto las propuestas sobre la sincronización. Por un lado, planteo que Randall Collins, desde la SE, enfatiza el componente emocional de la sincronización, que es el punto fundante de la creación de símbolos y de la producción y reproducción social. Por otro lado, John Cacioppo enfatiza las consecuencias emocionales y no emocionales que la sincronización produce para el cuerpo de los interactuantes y para la interacción en el momento de su realización. La conclusión de esta tercera parte es que la utilización de ambas miradas permite una observación de las consecuencias (emocionales y no emocionales) del fenómeno de sincronización en tres momentos analíticos

³ Randall Collins no es el único autor en sociología que habla acerca de lo que se puede producir entre cuerpos copresentes en una situación social. Autores como Jasper (2018) y von Scheve (2016) han tratado acerca del fenómeno de la vinculación corporal y emocional. Sin embargo, para Collins (2009 [2004]), el tema de la sincronización está en el corazón de su propuesta sociológica, además de ser anterior a las propuestas de los otros autores. La sociedad, como afirma, es un asunto corporal y emocional (p. 56), por ello se toma como referente para el tema en cuestión. Para el análisis de la sincronización, se rastrearon artículos y libros del autor en donde se menciona la temática, dando un total de 11 artículos y tres libros publicados entre 1975 y 2020. La búsqueda se hizo utilizando Bidium.

⁴ La selección de Cacioppo se debe a que Collins lo cita específicamente a él y a Hatfield *et al.* (1994) para justificar su tratamiento de cómo es que los cuerpos humanos se sincronizan en sus movimientos y afectos. Cacioppo no es el único autor que trabaja el tema en la neurociencia, como se puede ver en la multiplicidad de trabajos que cita (*cfr.* Cacioppo *et al.*, 2014). Para este capítulo, se revisaron 13 artículos y dos libros (publicados entre 1992 y 2020), a través de las plataformas Bidium, Pubmed y la página web de John Cacioppo.

y materiales: para los cuerpos/mentes, para la interacción *in situ* y para la producción y reproducción social. Esto permite pensar en un continuo entre biología y sociedad que entreteteje a los seres humanos biológica y simbólicamente. Por ello, se finaliza con la afirmación de que las propuestas son complementarias. A la larga, el propósito es generar un diálogo y retroalimentación necesaria entre las dos subdisciplinas para generar hipótesis de investigación que integren conocimientos de ambas.

SOCIOLOGÍA DE LAS EMOCIONES. RANDALL COLLINS Y EL *EMOTIONAL ENTRAINMENT*

Para entender el lugar de la sincronización entre cuerpos humanos en la obra de Collins y sus consecuencias, es importante tener algunos antecedentes. Para el autor, desde el inicio de su obra fue importante incluir el componente biológico-corporal y la centralidad de las emociones en la producción de la sociedad. Desde 1975 afirmaba que la sociedad era un producto “subhumano” (Collins, 2016 [1975]: 55), es decir, que no somos la única especie social. Para el autor, la capacidad de generar lazos sociales entre congéneres antecede evolutivamente a los seres humanos. La única diferencia es que “los seres humanos tienen símbolos que pueden invocar realidades que no se ven y, por ello, llevar el pasado al futuro” (p. 58).⁵ Collins afirma, siguiendo a Durkheim, que lo que produce la sociedad no es un contrato social; la sociedad no es un producto racional, sino emocional y preconsciente. Entonces, los seres humanos “son animales como muchos otros y las variables básicas que explican la interacción social se pueden observar en la etología animal” (p. 57). Esto parece concordar con la propuesta darwiniana de la evolución. Sin embargo, para Collins, Darwin

⁵ Para Collins (1975: 60), lo radicalmente humano no es el lenguaje, pues los primates tienen lenguaje que les permite realizar acciones concretas. Lo distintivamente humano es la posibilidad de simbolización. Es decir, que un trazo específico de color rojo pueda significar amor, unión, respeto, y que tal significación se mantenga en el tiempo.

parece reducir lo social a ese encuentro entre cuerpos biológicos (p. 56). Considera que una cuestión son las bases biológicas que generan lazos en la interacción y otra las producciones simbólicas que aparecen en esas interacciones reiteradas y que conformarán la estructura social (que después moldeará o será impactada por esas bases fisiológicas que tenemos como especie y hemos heredado de otras especies sociales). Para el autor, la sociedad y su fundamento simbólico se produce y reproduce en rituales de interacción emocionales que se encadenan, más allá de la biología de sus participantes situacionales.

Collins señala, retomando la noción de Erving Goffman, que un ritual es toda interacción social cotidiana y no cotidiana. Para Goffman, las interacciones son rituales porque suponen reglas (explícitas e implícitas) de comportamiento que los participantes siguen. Cuando las reglas no se cumplen, aparecen emociones como la vergüenza o el enojo; así nos damos cuenta de que todo encuentro social y toda interacción están normados. Además, toda interacción es un ritual porque el elemento sagrado es el individuo (que somos todos).⁶ Por su parte, Collins retoma la propuesta durkheimiana de la efervescencia y la relectura que hace Goffman de Durkheim respecto al ritual de interacción como cualquier acto de los seres humanos en copresencia. Así, afirma que toda interacción está encadenada con una precedente y otra siguiente. Además, para Collins, las emociones son parte constituyente del ritual (no sólo son relevantes cuando se rompen las reglas rituales) y dan cuenta de cuando éste es exitoso (efervescente, en términos de Durkheim) o es una mera repetición de comportamientos formales que hacen que la reunión en sí misma vaya perdiendo significado social y deje de repetirse.

En el prefacio del libro *Cadenas de Rituales de Interacción*, Collins (2004) afirma que el término “ritual de interacción”, propuesto por Goffman, trae consigo sedimentos teóricos específicos y, por ello, quizá sería mejor llamarlo “mecanismo de enfoque mutuo/consonancia

⁶ La noción de sacralidad de la persona viene de Durkheim (2012: cap. VII).

emocional [*mutual-focus/emotional entrainment mechanism*]” (p. xi). En esta nueva manera de nombrarlo aparece el proceso de sincronización de cuerpos emocionales.

De manera muy breve,⁷ para Collins, cualquier encuentro interaccional puede devenir en un mecanismo de enfoque mutuo/consonancia emocional. Para ello, se requiere de copresencia,⁸ límites entre quienes son parte de la interacción y quienes no,⁹ y, de manera importante, que los participantes en la interacción compartan un foco de atención y un mismo estado anímico.¹⁰ Como se puede observar, el centro del mecanismo de atención mutua/consonancia emocional está puesto en estas dos últimas características. Para Collins, la atención mutua (o el foco de atención compartido) es fundamental. Aquí retoma la distinción de Goffman (1963) entre interacción desenfocada e interacción enfocada. La interacción enfocada para Goffman (1991) supone atención conjunta y, por ende, posibilidad de coordinar acciones entre los participantes. Esta posibilidad de compartir la atención es una habilidad humana que emerge en la infancia cuando “adscribimos intenciones a la otra persona” (Collins, 2004: 80). Esto, afirma, está comprobado por múltiples investigaciones en desarrollo cognitivo, pero retoma en especial al psicólogo Michael Tomasello y la propuesta de G. H. Mead acerca de la incorporación del “otro generalizado” (p. 79). Para Tomasello, un infante de nueve meses de

⁷ Para una explicación más extensa, *cfr.* García-Andrade, 2022, segundo capítulo.

⁸ Para Collins, la presencia de cuerpos humanos es importante. Esto se relaciona con la propuesta de Durkheim respecto a que la efervescencia se produce en mayor medida cuando hay densidad de cuerpos en un espacio (Collins, 2004: 82), de tal manera que “pueden percibir en los otros las micro-señales que están dando a través de sus voces, gestos corporales y expresiones faciales” (2014: 299).

⁹ Los límites pueden ser materiales (un salón, un espacio para conciertos) o pueden crearse a través de las posturas corporales (dar la espalda a alguien para delimitar que no “entra” en la interacción).

¹⁰ Se podría cuestionar a Collins que el estado anímico similar es producto del proceso de sincronización; sin embargo, en su esquema y explicación, coloca el estado anímico como parte de los ingredientes del ritual y la sincronización como parte del proceso (Collins, 2009 [2004]: 72). Como veremos con Cacioppo, el estado emocional compartido es producto de la sincronización.

edad puede compartir la atención con un adulto, “ambos apuntan a una acción o la llevan a cabo con respecto a un objeto [...], el infante está mostrando no sólo una conciencia del objeto o de la otra persona, sino una conciencia (*awareness*) de que el foco de la otra persona es el mismo que el suyo” (p. 79).¹¹ Así, la posibilidad de atender conjuntamente a la misma cosa supone reconocer que el otro es “como yo”. También, siguiendo a Mead, supone atribuir al otro una serie de expectativas y utilizarlas para moldear el propio comportamiento, dependiendo de las interacciones anteriores y las expectativas que se hayan generado y sean parte del *self* (Mead, 1973: cap.3).

Ahora bien, la otra característica fundamental del mecanismo es el *emotional entrainment*. Para Collins (2008: 27), los seres humanos como especie tienen una propensión a quedar atrapados en los ritmos de otros congéneres. Retoma una larga tradición de investigaciones empíricas de diversas disciplinas que muestran cómo los seres humanos en copresencia tienden a repetir movimientos, gestos, tonos vocales de los otros de manera rítmica, en sincronización. A través de este mecanismo, afirma Collins (1990), es como ocurre el contagio emocional en una “interacción exitosa” (p. 40).¹² Esto es así porque quienes participan en la interacción no sólo comparten el foco de atención y están conscientes de que lo comparten, sino que “se ven atrapados en las emociones de los demás” (Collins, 2004: 108). En ese sentido, el estado emocional compartido (*emotional modo*) se vuelve más fuerte y dominante, dejando fuera sentimientos que contradicen lo que la mayoría siente (p. 108). Así, es posible que se genere “una relación circular entre la cantidad de foco de atención común, la cantidad de coordinación de actividad [...] y la generación de una emoción

¹¹ John Cacioppo (2020) también cita a Tomasello y afirma que el autor y sus colegas muestran que “la diferencia crucial entre la cognición humana y la de otras especies es la habilidad de participar con otros en actividades colaborativas y con metas e intenciones compartidas: una intencionalidad compartida” (p. 145).

¹² Una interacción exitosa para Collins es aquella que genera efervescencia; es decir, que genera una intensidad emocional que no se sentiría en la vida cotidiana y permite sentir corporalmente que se es parte de un todo mayor al individuo.

común” (Collins, 1990: 47-48). Cuando esto sucede, podemos hablar de un ritual de interacción que genera efervescencia. Aquí aparece lo que Durkheim llamaba la conciencia colectiva, la posibilidad de una realidad compartida. Esto, según Collins, es lo que posibilita la existencia de la sociedad. Así, la sociedad aparece gracias a las fisiologías de los seres humanos en copresencia, las cuales generan sincronización y pueden asociar esas sensaciones emocionales a símbolos y expectativas diversas. Para Collins (2004: 42), las anteriores características, cuando producen efervescencia, generan productos sociales, a saber: membresía (sentido de pertenencia), símbolos cognitivos (frases, palabras, cosas a los que se asocia un significado cargado emocionalmente), energía emocional (confianza, entusiasmo, deseo de acción individual) y moralidad compartida.

¿Cómo ocurre el paso de sincronización de ritmos vocales, gestuales, hormonales, al contagio emocional? Para Collins (1993), el contagio emocional es “un hecho sociofisiológico” (p. 208) que sucede cuando hay ritmos compartidos. En esos momentos, la gente se ve atrapada “en el ritmo de la expresión emocional de los otros porque comparten un mismo foco de atención” (Collins, 1989: 19). Como referencia del contagio emocional, cita el libro de Hatfield, Cacioppo y Rapson (1994), *Emotional Contagion*. Ahí los autores afirman que sólo tematizarán en su texto el contagio emocional primitivo o rudimentario, que es “relativamente automático, no intencional, incontrolable, e inaccesible a la consciencia” (p. 5). Según ellos, observamos a los otros, nos sincronizamos; es decir, repetimos sus movimientos, incluidos sus gestos faciales. Los autores retoman la propuesta de Paul Ekman, afirmando que, al repetir los gestos emocionales, la emoción se replica también. Entonces, la sincronización permite el contagio emocional.

A decir de Collins, el contagio emocional no siempre sucede, pero cuando lo hace, incide en el proceso circular de retroalimentación de atención conjunta y consonancia emocional, que finalmente deviene en efervescencia colectiva y genera los productos sociales ya mencionados.

Una de las consecuencias interesantes que produce la sincronización emocional entre cuerpos a partir de la efervescencia es la *energía emocional*. La efervescencia se produce colectivamente, pero tiene un impacto individual: energía emocional para cada participante. Para Collins (2009 [2004]), esta energía se siente subjetivamente como “sensación de confianza, contento, fuerza, entusiasmo e iniciativa para la acción” (p. 73). Afirma que no se almacena, no es una cosa, pero se puede observar en las posturas corporales, en la iniciativa para la acción, en la voz e incluso en los cambios hormonales (pp. 185-189). Existe potencialmente como un “complejo de [...] expectativas”, de “poder dominar ciertas situaciones, o de poder *enact* membresía en grupos particulares” (Collins, 2004: 111). La energía emocional no incluye una emoción en particular, puede expresarse en tristeza o enojo, o pasar de una a otra. Más bien, se refiere a un gradiente:¹³ más energía, menos energía. Además, no sólo se observa en individuos, sino también, afirma Collins, en símbolos (que pueden ser frases, ideas, emblemas). Los símbolos tienen “energía emocional asociada a ellos, en el sentido de que pueden incitar [*call forth*] un alto o bajo nivel de iniciativa al actuar [*enacting*] relaciones sociales cuando se usan esos símbolos” (p. 111).

La noción de energía emocional ha sido fuertemente criticada en términos conceptuales (*cfr.* García-Andrade, 2022). El propio Collins acepta que es “una metáfora general que necesita desarrollarse” (Collins, 1990: 39). Sin embargo, si la pensamos como José Manuel Iranzo (2010), esto es, “como algo que los rituales de interacción nos dan oportunidad de co-generar o auto-generar” (p. 113), entonces, el símbolo no tiene energía emocional; la persona no llega cargada o vacía de energía, sino que la interacción genera la expectativa de que habrá una sensación agradable, de pertenencia, anteriormente generada. Puesto que existe la expectativa, puede llegar a producirse nuevamen-

¹³ Lo que los neurocientíficos llamarían *arousal*, que supone un aumento en los niveles de conexiones neuronales en el cerebro o un aumento en los latidos del corazón o un aumento en la sudoración.

te. O, como el propio Collins (1989) afirma en otro de sus escritos, los símbolos “son cogniciones que llevan en sí mismos una capacidad de reinvocar la acumulación emocional [*emotional build up*] de la situación en la que se generaron” (p. 19). Así, los símbolos se convierten en capital cultural generado en la interacción, al que se le asocia un momento emocional compartido (p. 19). El capital cultural incorporado (siguiendo a Pierre Bourdieu) puede orientar el tipo de interacciones que busquemos, en las que nos sintamos más cómodos, en donde sepamos cuál es el foco de atención y en dónde es más posible que generemos “energía emocional”.

La teoría de las cadenas de rituales de interacción de Collins ha inspirado una multitud de investigaciones en ciencias sociales con resultados empíricos valiosos (*cfr.* García, 2022: cap.7). Es decir, en las investigaciones se muestra que algunas interacciones generan símbolos compartidos,¹⁴ a los que subjetivamente se adhieren significados y emociones;¹⁵ quienes participan afirman su membresía y llegan a generar nociones de moralidad compartida;¹⁶ además, la energía emocional generada y percibida en el encuentro puede ser definitiva para formalizar relaciones laborales, por ejemplo.¹⁷

¹⁴ Summers-Effler (2010) muestra en una investigación cómo, para un movimiento colectivo de católicos, la repetición de anécdotas por todos conocidas desataba la risa y destensaba momentos que amenazaban con romper el grupo en momentos de agotamiento.

¹⁵ Silva (2020) muestra cómo en un movimiento social organizado para liberar a Yakiri Rubio, una mujer acusada de asesinato al intentar huir de sus violadores, aparecen “capuchas de colores para cubrir el rostro” (p. 91), las cuales se vuelven el emblema (símbolo) del grupo Las Likuadoras.

¹⁶ Bernal (2020) muestra cómo, quienes participan en las raves (fiestas de música electrónica que pueden durar varios días) en México, tienen claro que es permitido utilizar ciertas drogas como marihuana, LSD y MDMA en esos eventos. Sin embargo, castigan y desprecian a quienes usan inhalantes. Es decir, aparece una moralidad específica para el grupo.

¹⁷ Rivera (2015) muestra cómo los entrevistadores de empresas de élite, al revisar los currículos de los candidatos, generan expectativas respecto a las actividades realizadas por los solicitantes. En la entrevista, esto se confirma o “falta la chispa” (la energía emocional), lo cual resulta definitivo para contratarlos. Es decir, un currículo perfecto no es suficiente para contratar al candidato.

Ahora veamos la sincronización y sus consecuencias desde la neurociencia social.

NEUROCIENCIA SOCIAL. JOHN CACIOPPO Y LA SINCRONIZACIÓN INTERPERSONAL

El trabajo de investigación de Cacioppo —de más de treinta años, hasta su deceso en 2018— estuvo dedicado a observar empíricamente cómo la interacción social impacta en la fisiología corporal y viceversa (Cacioppo y Petty, 1986: 647). En 1992, junto con su colega Gary Bernston, enunciaron por primera vez el nombre de “neurociencia social”, una disciplina derivada de la psicología social que buscaba vincularse con la neurociencia. Para ambos, en diversas investigaciones ya se había mostrado que “los eventos neuroquímicos influyen en los procesos sociales” y que “los procesos sociales influyen en los eventos neuroquímicos” (p. 1020). Aunque no es el único ni el principal tema que trabaja a lo largo de su carrera, Cacioppo aborda la interacción humana y la posibilidad de sincronización, así como sus consecuencias para la interacción misma y para la biología de los seres humanos.

Tanto para Cacioppo como para Collins, los seres humanos somos una especie social. Esta socialidad tiene que ver con posibilidades de sobrevivencia. Nuestros ancestros, afirman Cacioppo y Patrick (2008), “dependían de los lazos sociales para su seguridad y para la replicación exitosa de sus genes en la forma de descendencia que a su vez sobreviviera lo suficiente para reproducirse” (p. 18). Es decir, la formación de lazos sociales proviene de una necesidad de sobrevivencia de la especie. Para Cacioppo, los lazos fuertes entre congéneres y, por tanto, su repetición en las siguientes generaciones, supusieron la selección de genes que promovieran una sensación de placer cuando se estuviera en compañía y una sensación de inquietud cuando se estuviera solo (p. 25). Pero la necesidad de socialidad no es una característica genética ni propia de la especie humana en específico. Es decir, no es una característica de nuestro cerebro la que promovió los lazos. Fueron los

lazos los que generaron un cerebro humano (una hipótesis que ya había mencionado George H. Mead). Como afirman Cacioppo y Patrick (2008), “la sobrevivencia de los más aptos generó creaturas que eran obligatoriamente gregarias” (p. 65). Cacioppo retoma la hipótesis social del desarrollo del cerebro,¹⁸ la cual señala que “las complejidades sociales y las demandas de las especies primates contribuyeron a la evolución del neocórtex y a varios aspectos de la cognición humana” (Cacioppo y Cacioppo, 2020: 3). Entonces, somos seres sociales por necesidad evolutiva, lo cual implicó modificaciones genéticas y cerebrales que posibilitaron la socialidad, la cooperación. Para Cacioppo, esta propensión a generar lazos es pre-consciente y pre-lingüística. Y, como ya se mencionó, genera sensaciones placenteras cuando se tienen lazos y displacenteras cuando se pierden. Pero la tendencia a generar lazos no es con cualquier entidad viviente, sino con los congéneres. Para Cacioppo y su colega Semin:

La arquitectura del sistema humano perceptual y neural está diseñada específicamente para el reconocimiento de los movimientos específicos de la especie (humana) de manera privilegiada, estableciendo con ello un tipo de conocimiento que tiene un estatus ontológico totalmente distinto que el conocimiento acerca del mundo en general (Semin y Cacioppo, 2008: 140).

De esta manera, muchos de nuestros encuentros cara a cara con congéneres suponen una comunicación a través de “señales subliminales —la química del cuerpo, el lenguaje corporal, semántica de la acción, mímica— además de palabras y gestos” (Cacioppo y Patrick, 2008: 227). Y en esta comunicación aparecen diversos fenómenos de

¹⁸ Robin Dunbar y sus colegas han generado evidencia respecto a que “en los primates antropoides el radio del volumen del neocórtex se correlaciona con varios índices de complejidad social, incluyendo tamaño del grupo [...], prevalencia del juego social, y la frecuencia del aprendizaje social, del engaño táctico, y de coaliciones temporales” (Cacioppo y Cacioppo, 2020: 73).

manera automática que permitieron “a nuestros ancestros hacer inferencias útiles acerca de las intenciones de sus aliados y sus enemigos” (p. 137). El primero al que me referiré es la mímica.

Los seres humanos tendemos a repetir los gestos, posturas y timbres vocales de otros con los que interactuamos. Los bebés, “horas después de haber nacido, imitan algunos comportamientos faciales. Si abres la boca, ellos abrirán su boca” (Cacioppo y Patrick, 2008: 107). La mímica (como evento biológico automático entre congéneres), “facilita la transmisión de comportamientos conocidos de un individuo a otro (y por ende de una generación a la siguiente)” (Cacioppo y Cacioppo, 2012: 5). En términos generales, facilita el “aprendizaje social, la cohesión y la tradición” (p. 5). Una de sus consecuencias inmediatas es un “aumento en la afiliación [...] y *rapport* entre las personas” (p. 5) y que “te caiga bien” a quien imitas (Semin y Cacioppo, 2008: 137). A decir de Cacioppo y Cacioppo (2020), la imitación de los movimientos de alguien “puede facilitar el contagio emocional” (p. 80).¹⁹

Otro de los procesos que aparece de manera no consciente es la sincronización interpersonal, cuya dilucidación es objeto de este trabajo.²⁰ La sincronización es distinta de la mímica ya que supone “un alineamiento temporal de comportamientos periódicos con otra persona. Esto requiere que por lo menos uno de los dos individuos monitoree y ajuste sus movimientos para mantener la alineación con el otro individuo (el referente)” (Cacioppo *et al.*, 2014: 842). Este alineamiento de comportamientos puede ser el resultado de tres tipos de procesos: la orquestación, la consonancia recíproca (*reciprocal entrainment*)

¹⁹ Respecto al contagio emocional, Cacioppo cita únicamente el texto que realizó con Hatfield en 1994.

²⁰ No existe una definición única de sincronización interpersonal en el campo de la neurociencia. El propio Cacioppo difiere en sus nociones de sincronización. En el libro que escribe con Hatfield, en 1994, la relaciona con la mímica y como producto del contagio emocional (Hatfield, Cacioppo y Rapson, 1994: 5), y en uno de los textos que escribe con Semin afirma que la sincronización “se refiere a la coactivación con bloqueo de tiempo de procesos neurales que puede manifestar espejeo, pero [...] también complementariedad” (Semin y Cacioppo, 2008: 123). Aquí se retoma la noción de 2014.

y la consonancia unilateral (*unilateral entrainment*). Con orquestación, Cacioppo y colegas se refieren a un proceso de sincronía que se logra cuando dos o más individuos homologan sus movimientos a una cosa externa que da la pauta y “dirige el patrón de movimientos compartidos” (p. 843). Un ejemplo, puede ser la música que suena en la calle, los transeúntes sincronizan sus pasos al ritmo de los compases sin darse cuenta de ello. En la consonancia recíproca, la sincronización se logra “a través de un proceso de toma y daca en que los individuos dentro de un sistema (la díada) se monitorean mutuamente y ajustan sus propios movimientos uno al otro” (p. 843). La consonancia recíproca puede ser simplemente compartir ritmos vocales o gestuales no idénticos pero fluidos y en correspondencia con los del otro o los otros. Pero también puede suponer coordinación para la realización de una tarea. Aquí se puede incluir desde un diálogo, caminar hacia un objetivo, hacer capoeira e incluso “la realización de una cirugía a corazón abierto” (Semin y Cacioppo, 2008: 138). Finalmente, la consonancia unilateral (*unilateral entrainment*) es cuando un individuo de la díada ajusta sus movimientos para entrar en consonancia con los movimientos de la otra persona. A diferencia de la consonancia recíproca, uno se sincroniza y otro es el referente, es decir, no ajusta sus movimientos a los de la otra persona (Cacioppo *et al.*, 2014: 843). Hablar de consonancia (*entrainment*) alude a que “los movimientos conductuales cíclicos de una persona influyen los movimientos cíclicos de otra y oscilan en ritmos” (Semin y Cacioppo, 2008: 134).

En numerosas investigaciones en la neurociencia social, se ha encontrado que la sincronía interpersonal, sin importar el proceso que la genera (orquestación, consonancia recíproca o unilateral), tiene consecuencias sociales.²¹ Las consecuencias inmediatas que se han

²¹ Incluso se ha encontrado que el referente, cuando percibe la sincronización de la otra persona consigo mismo, “incrementa su empatía cognitiva” hacia la persona que le sigue (Koehne *et al.*, 2016: 8).

medido son: sensación de afiliación, gusto por el otro o la otra,²² compenetración (*rapport*), mejores resultados en las negociaciones, empatía emocional (Cacioppo *et al.*, 2014: 842-843). También, se afirma que entrar en sincronización con otros pone “al organismo en un estado de disposición para la acción [cooperativa]” (Semin y Cacioppo, 2008: 110). A largo plazo se ha encontrado que promueve la cooperación, la compasión, además de fortalecer al colectivo (p. 110).

Pero también se han encontrado consecuencias para la fisiología del ser humano. Cacioppo y Patrick (2008: 28) afirman que las relaciones interpersonales permiten una correulación de las fisiologías, lo que impacta directamente en la salud. Por ejemplo, un estudio de cuatrocientos pacientes hipertensos que tuvieron apoyo familiar durante 18 meses supuso “un decremento del 11% en la presión arterial diastólica, y añadiendo todas las intervenciones combinadas [incluyendo otras relaciones sociales], se producía un decremento del 28%” (Levine *et al.*, 1979; citado por Cacioppo *et al.*, 2000: 833). También se han observado influencias de las relaciones sociales en el sistema inmune (Cacioppo y Cacioppo, 2020: 22). Específicamente se observó que “las interacciones sociales influenciaban señales fisiológicas que modulan la expresión de genes individuales entre el alojador y el patógeno” (Cacioppo *et al.*, 2000: 835). Además, “la mera presencia de, o sensación de relación con, otro organismo puede tener un efecto relativamente directo de tipo motivacional, emocional o neuroendócrino que promueve la salud ya sea directamente o cuando hay estrés u otros peligros a la salud” (House *et al.*, 1988; citado por Cacioppo *et al.*, 2000: 836). En estudios más recientes, al observar el cerebro de individuos que sienten una conexión social con otro significativo, “se

²² Por ejemplo, Kinreich *et al.* (2017), utilizando grabaciones de electroencefalograma en *hyperscanning* (escaneando más de una persona a la vez), midieron la sincronía cerebro a cerebro en 104 adultos en una interacción social hombre-mujer. La mitad eran parejas románticas y la otra mitad eran extraños. En el experimento se encontró mayor sincronización entre las primeras que en las segundas. Además, la sincronización cerebro a cerebro estaba relacionada con la sincronización del comportamiento. Se detectó que la sincronización neural “estaba anclada en momentos de afecto positivo y miradas confluentes”.

activan las áreas subcorticales del cerebro que están asociadas con euforia, recompensa, y motivación, así como las áreas corticales que están involucradas en la cognición social y representación del *self*" (Cacioppo y Cacioppo, 2012: 4). Sin embargo, no toda sincronización con otros es positiva (Cacioppo *et al.*, 2000: 836). Por ejemplo, Galbusera *et al.* (2019) muestran que la sincronización interpersonal puede sentirse bien en el momento, pero puede impedir la distinción entre el propio *self* y el otro, de tal modo que los estados emocionales negativos de la otra persona se sientan como propios.²³ Esto significa que una coordinación corporal con otros no siempre tiene efectos benéficos.

Para la *NS*, la sincronización interpersonal es un hecho visible y medible, sin embargo, no se ha estudiado cómo ésta es posible; es decir, qué mecanismos o componentes del sistema nervioso intervienen en ella. Evidentemente, esto es una investigación en proceso en el campo de la *NS*,²⁴ aquí sólo se presentarán los hallazgos que Cacioppo reportó a lo largo del tiempo. En primer lugar, habría que decir que el proceso de sincronización supone "una simulación corporal" (*embodied simulation*) (Semin y Cacioppo, 2008: 131) que permite un tipo de entendimiento básico, que no supone una representación consciente. Es decir, el fenómeno de la sincronización es una forma de cognición respecto a los otros que no es conscientemente buscada y dirigida. Cacioppo y Cacioppo (2020) parten de una teoría de la simulación²⁵

²³ Como menciona Roberto Mercadillo en el artículo que aparece en este volumen, el médico tratante puede sincronizarse con el paciente que sufre y sufrir también.

²⁴ En 2021, la revista *Social Cognitive and Affective Neuroscience* dedicó un número completo al tema de la sincronización, con la inclusión de 22 artículos de una gran diversidad de autores y países.

²⁵ A decir de los Cacioppo (2020), existen por lo menos tres teorías respecto a cómo es que conocemos a los otros y sus intenciones. Una es la teoría del egocentrismo, que plantea que pensamos el mundo y a los otros con los que interactuamos desde nuestro punto de vista; otra es la teoría de la simulación, y finalmente la teoría de la mente, que asume que pensamos en los otros haciendo teorías sobre quiénes son y por qué hacen lo que hacen para poder predecir sus comportamientos. Para ellos, "existe mucha evidencia respecto a que estas tres perspectivas [...] describen mecanismos que han evolucionado en el cerebro humano para entender y predecir los estados mentales y comportamientos de otros" (pp. 97-106).

que asume que “entendemos directamente los estados mentales de los otros al replicar internamente las acciones observadas y el estado de la persona sin razonar de manera explícita acerca de lo que la otra persona está pensando” (p. 99).

Esta teoría floreció a raíz del descubrimiento de las neuronas espejo por Giacomo Rizzolatti (Iacoboni, 2012: 17 y ss). Estas neuronas, descubiertas por azar en monos Rhesus, también se han localizado en humanos y se les denomina sistema de neuronas espejo. Entre las zonas del cerebro que se encontraron (en los artículos revisados) y que son fundamentales para este proceso de replicación del estado somático, e incluso emocional del otro, se encuentran las áreas premotoras del córtex (Cacioppo y Patrick, 2008: 137), específicamente el córtex premotor dorsal y ventral (Cacioppo y Cacioppo, 2020: 103), el giro frontal inferior izquierdo, especialmente la zona BA 40,²⁶ el lóbulo parietal inferior izquierdo (Cacioppo *et al.*, 2014: 844),²⁷ la ínsula izquierda y partes de la amígdala (p. 844; Cacioppo y Patrick, 2008: 137).²⁸ Es decir, en el proceso de sincronización se reclutan partes del cerebro que fijan la atención en los movimientos de los otros integrantes de la especie, reproducen sus movimientos en el propio cerebro y pueden reproducir las sensaciones y emociones de los otros.²⁹ Incluso, a través de un entrenamiento corporal, pueden predecir los movimientos de los otros (Cacioppo y Cacioppo, 2020: 100-101). En 2008, Cacioppo escribe, junto con el psicólogo social Gün Semin, que la sincronización es una manifestación de cognición social, la cual está

²⁶ Área de Brodmann, número 40, relacionada con el procesamiento de estímulos somatosensoriales (sensaciones corporales internas).

²⁷ Hay creciente evidencia de que las neuronas espejo, en los seres humanos, se encuentran en estas zonas (Cacioppo y Cacioppo, 2002: 100).

²⁸ Partes del cerebro que, a decir de los autores, están relacionadas con las emociones (Cacioppo y Patrick, 2008: 137).

²⁹ En un experimento, Rizzolatti y colegas “encontraron que experimentar una sensación de asco —oler ácido bórico— y observar a alguien que refleja asco en su expresión facial activaban las mismas regiones de la ínsula anterior en el cerebro” (Cacioppo y Patrick, 2008: 140).

en el cuerpo (*embodied*) y que no parte de un individuo al otro, sino que es producto de la interacción de por lo menos dos individuos (p. 121).

Eso supone que no sólo se sincronicen procesos hormonales, neurales, conductuales, sino también procesos emocionales. A través de la mímica podemos imitar las expresiones faciales de gusto o disgusto, pero a través de la sincronización, al ver a los otros expresar una emoción, podemos generar “plantillas” (*templates*) de lo que la acción o movimiento gestual o corporal ha sido vivencialmente para nosotros (Cacioppo y Cacioppo, 2020: 101). En los descubrimientos de las neuronas espejo, se observa que sólo se utilizan las neuronas motoras cuando se observa una acción que es posible de ser realizada o que se ha realizado anteriormente (Semin y Cacioppo, 2008: 127). De tal manera, la emocionalidad compartida se representa a través de lo ya vivido, conocido y experimentado.

Hasta ahora he mencionado procesos que, en lenguaje de la neurociencia, son *bottom-up*; es decir, parten de procesos no conscientes y automáticos, resultado de una recuperación de sensaciones a través de lo que llamamos sentidos, que luego se condensan y generan un significado experiencial de conjunto en el córtex cerebral. Pero Cacioppo y sus colegas también observaron procesos de sincronización *top-down* (Koehne *et al.*, 2016: 9); es decir, procesos en los que conscientemente se busca la sincronización o se modula el tipo de sincronización buscada. A esto le llaman “sincronización producida” (p. 9). Por ejemplo, en el caso de la sincronía de orquestación, cuando los participantes en un grupo musical atienden conscientemente a un metrónomo o al líder del grupo y logran la sincronización a través de esa atención conjunta. Es decir, conscientemente se guía la atención hacia una cosa o persona y se busca sincronizarse con sus movimientos o indicaciones.³⁰

³⁰ Por ejemplo, en el discurso de un líder con el que se simpatiza, se atienden todas sus arengas, se aplaude cada tanto y se grita según el líder lo solicite, generando sincronización (Ariza y Gutiérrez, 2020: 266).

A MODO DE CONCLUSIÓN: CONTRASTACIÓN ENTRE DISCIPLINAS, UNA POSIBILIDAD PARA EL FUTURO

Como se pudo observar a lo largo del texto, tanto para Collins como para Cacioppo, la interacción entre seres humanos es un fenómeno que tiene consecuencias sociales y biológicas. Es posible observar varias convergencias entre los autores. Antes de todo, para ambos, la sociedad es un asunto corporal. Como afirman Cacioppo y Patrick (2008), “la mente que busca conectarse es en primer lugar un asunto del cuerpo, y dejar el cuerpo detrás puede hacer las conexiones humanas menos satisfactorias” (p. 227). Para Collins (2009 [2004]: 59) también es un asunto fundamentalmente de cuerpos en cercanía, con sus fisiologías disponibles. En segundo lugar, la sincronización supone una co-cognición que por lo menos incluye dos cuerpos, no sólo a sus cerebros. En este proceso de sincronización se pueden compartir y predecir los movimientos de los otros, coordinar acciones e incluso tener sensaciones de aversión o de atracción que los otros sienten. En tercer lugar, según Cacioppo, esta sincronización es agradable para los participantes, pues, como dice Collins, genera energía emocional. Y, en cuarto lugar, cuando se produce la sincronización se incrementa la sensación de afiliación (Cacioppo) o membresía (Collins).

Al mismo tiempo, es posible ver divergencias en la mirada. Para la sociología, el énfasis está puesto en cómo aparecen productos sociales como los símbolos y la moralidad, y cómo éstos, a su vez, impactan en la biología. Para la neurociencia, el énfasis está puesto en cómo se da o es posible la interacción entre seres humanos y cómo tiene consecuencias para su funcionamiento fisiológico (Kiecolt-Glaser *et al.*, 1996: 324).

¿Qué aporta cada una de las miradas? La *NS* muestra cómo se produce este fenómeno, qué elementos de la fisiología cerebral se reclutan para que aparezca, los diferentes tipos de sincronización y las consecuencias que ésta tiene para la fisiología humana: niveles más bajos de presión arterial, mejora del sistema inmune, liberación de

hormonas como la oxitocina (Cacioppo y Patrick, 2008: 68).³¹ Además, afirma que la sincronización permite la cooperación, cohesión del colectivo, pero todo esto de manera muy situacional. Es decir, no se habla de cómo estos efectos tienen impacto a más largo plazo para la socialidad.

La SE, por lo menos desde la visión de Collins, muestra cómo la posibilidad de sincronización corporal y emocional tiene un rendimiento social de corte simbólico y moral. Es decir, esta posibilidad biológica que aparece en la convivencia entre congéneres permite, parafraseando a Durkheim, convertir un pedazo de tela en un signo de membresía. Un signo que puede hacer recordar y revivir en los cuerpos ese momento de emocionalidad en común; momento que forma parte de su memoria compartida. Además, permite generar nociones de lo correcto y lo incorrecto para el grupo. Más allá de esto, lo que plantea la SE es que la sincronización permite generar grupos, generar sociedad, como algo más allá de los integrantes individuales, asimismo, estos grupos tienen como fundamento una condición emocional pre-consciente. La comparación de ambas miradas aparece en la tabla 1.

Con lo presentado anteriormente, se buscó ilustrar que las miradas no son excluyentes, sino complementarias. Si retomamos las propuestas de ambas disciplinas, podemos realizar una indagación para entender de qué manera lo simbólico se vuelve parte del cuerpo-mente (se internaliza como estímulo o recordatorio del momento vivido). Además, abre una vía de investigación para analizar el lugar de la emoción en el proceso de sincronización. ¿Es central, como afirma Collins, o es un subproducto que se genera a partir de conductas, tonos de voz y actividades cooperativas, como parece proponer la NS? Otra pregunta por responder supone observar si, como propone Collins, el símbolo (el pedazo de tela) producido en una interacción cargada emocionalmente genera expectativas emocionales en los cuerpos

³¹ A decir de los autores, esta hormona no sólo promueve la lactancia, sino que genera una “calma relajante y una sensación de cercanía”.

de los participantes y entre quiénes. Este problema de investigación requeriría de insumos tanto de la SE como de la NS para ser resuelto.

Tabla 1
La sincronización desde la sociología de las emociones
y la neurociencia social

Disciplina/criterio	SE (Collins)	NS (Cacioppo)
Concepto	<i>Emotional entrainment</i> en rituales e interacción exitosos.	Sincronización interpersonal.
Condiciones de posibilidad de la sincronización	Por lo menos dos personas en copresencia. Un foco de atención compartido y el reconocimiento de que se comparte el foco de atención. Barreras que excluyen a los participantes de los no participantes. Condiciones sociales (símbolos). Emocionalidad compartida.	Por lo menos dos personas en copresencia. Un neo-córtex mamífero. Un foco compartido de atención. Tareas compartidas o cooperativas, empatía.
Tipos de sincronización	Sincronización espontánea (puede suceder o no).	Sincronización <i>bottom-up</i> o <i>top-down</i> : *Orquestación *Consonancia recíproca *Consonancia unilateral
¿Qué se produce en el momento de la sincronización?	Movimientos corporales, voz, conductas de los participantes se mezclan rítmicamente. Efervescencia colectiva, energía emocional individual. Emocionalidad compartida.	Se comparten ritmos en ondas cerebrales (Levy <i>et al.</i> , 2017). Niveles similares de oxitocina (Feldman, 2016). Se comparte ritmo cardiaco.
Rendimientos de la sincronización	Membresía. Creación de símbolos. Moralidad. Energía emocional individual (que se puede llevar a otros encuentros).	Afecto y apego (Atzil <i>et al.</i> , 2018). Comportamiento pro-social. Mejor salud (niveles de defensa, ritmos cardiacos) (Cacioppo y Cacioppo, 2020: 22).

Fortalezas	Reconocimiento de productos sociales, más allá de la interacción, generados por sincronización. Estudio en diversidad de culturas y rituales de interacción.	Investigación fina de procesos biológicos (cerebro/soma) presentes en la sincronización. Técnicas sofisticadas para medir procesos corporales.
Debilidades	La sincronización depende de procesos biológicos que se dan por sentado o que no se conocen mucho. La noción de energía emocional es difícil de operacionalizar. Las técnicas para observar la sincronización se limitan a fotografías, videos, etnografías, entrevistas o encuestas.	No se toman en cuenta las condiciones sociales que permiten o impiden el inicio de la sincronización. Los estudios se limitan al 9% de la población (Fox <i>et al.</i> , 2018). No se investigan los efectos de la sincronización en las subsiguientes interacciones.

Fuente: elaboración propia.

Como se mencionó al inicio, otro de los propósitos del trabajo fue mostrar si puede haber un diálogo entre disciplinas, el cual es posible en tanto se comparta un fenómeno observacional. La manera de tematizarlo dependerá de la mirada disciplinar (o teórica); es decir, de las preguntas que la disciplina se hace. Pero más allá de eso, las aportaciones de cada disciplina pueden ser complementarias para la generación de hipótesis de investigación conjuntas.

REFERENCIAS

- Ariza, Marina, y Silvia Gutiérrez (2020) "Emociones colectivas y estrategias argumentativas ante la inmigración 'ilegal' en los discursos de Donald Trump". En *Las emociones en la vida social: Miradas sociológicas*, coordinado por Marina Ariza, 254-300. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Atzil, Shir; Wei Gao; Isaac Frankin; y Lisa Barrett (2018). "Growing a social brain" [en línea]. *Nature. Human behaviour* 2: 624-636. DOI <10.1038/s41562-018-0384-6>
- Bernal, Erik (2020). *Los rituales de interacción. Breve acercamiento a los raves en México*. Tesis de Licenciatura en Sociología. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana.

- Cacioppo, John, y Richard Petty (1986). "Social Processes". En *Psychophysiology: Systems, processes, and applications*, coordinado por Michael G. H. Coles, Emanuel Donchin y Stephen W. Porges, 646-679. Nueva York: Guilford Press
- Cacioppo, John, y Gary Bernston (1992). "Social Psychological Contributions to the Decade of the Brain". *American Psychologist* 47 (8): 1019-1028.
- Cacioppo, John; Gary Bernston; John Sheridan; y Martha McClintock (2000). "Multilevel Integrative Analyses of Human Behavior: Social Neuroscience and the Complementing Nature of Social and Biological Approaches". *Psychological Bulletin* 126 (6):829-843.
- Cacioppo, John, y William Patrick (2008). *Loneliness*. Londres: W.W. Norton & Company.
- Cacioppo, Stephanie, y John Cacioppo (2012). "Decoding the invisible forces of social connections". *Frontiers in Integrative Neuroscience* 6: artículo 51.
- Cacioppo, Stephanie; Haotian Zhou; George Monteleone; Elizabeth Majka; Kimberly Quinn; Aron Ball; Greg Norman; Gün Semin; y John Cacioppo (2014). "You are in sync with me: neural correlates of interpersonal synchrony with a partner". *Neuroscience* 277: 842-858.
- Cacioppo, Stephanie, y John Cacioppo (2020). *Introduction to Social Neuroscience*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Carrier, Martin (2001). "Changing laws and shifting concepts". En *Incommensurability and related matters*, editado por Paul Huyningen-Huene y Howard Sankey, 63-90. Dordrecht: Kluwer Academic Publishers.
- Collins, Randall (1989). "Toward a Neo-Meadian Sociology of Mind". *Symbolic Interaction* 12 (1): 1-32.
- Collins, Randall (1990). "Stratification, Emotional Energy, and the Transient Emotions". En *Research Agendas in The Sociology of Emotions*, editado por Theodore Kemper, 27-57. Nueva York: Suny.
- Collins, Randall (1993). "Emotional Energy as the Common Denominator of Rational Action". *Rationality and Society* 5 (2): 203-230.
- Collins, Randall (2004). *Interaction Ritual Chains*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Collins, Randall (2008). *Violence. A Micro-Sociological Theory*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Collins, Randall (2009). *Cadenas de rituales de interacción*. Barcelona: Anthropos/ Universidad Autónoma Metropolitana [2004].
- Collins, Randall (2016). *Conflict Sociology: A sociological classic updated*, editado por Stephen Sanderson. Londres: Routledge [1975].
- Durkheim, Émile (2012). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana/Universidad Iberoamericana/ Fondo de Cultura Económica.

- Feldman, Ruth (2016). "The Neurobiology of Human Attachments". *Trends in Cognitive Sciences* 2 (2): 80-99.
- Fox, Andrew; Regina Lapate; Richard Davidson; y Alexander Shackman (2018). "A research agenda for the twenty-first century". *The Nature of Emotion. Fundamental Questions*, 403-417. Oxford: Oxford University Press.
- Francis, Linda (2006). "Emotions and Health". En *Handbook of the Sociology of Emotions*, editado por Jan Stets y Jonathan Turner, 591-610. Nueva York: Springer.
- Franks, David (2013). "Emotions and Neurosociology". En *Handbook of the Sociology of Emotions* (volume II), editado por Jan Stets y Jonathan Turner, 267-282. Nueva York: Springer.
- Galbusera, Laura; Michael Finn; Wolfgang Tschacher; y Miriam Kyselo (2019). "Interpersonal synchrony feels good but impedes self-regulation of affect". *Scientific Reports* 9: 14691
- García-Andrade, Adriana (2022). *Randall Collins: la indagación de las emociones en los rituales de interacción*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Azcapotzalco.
- Goffman, Erving (1963). *Behavior in Public Places*. Nueva York: The Free Press.
- Goffman, Erving (1991). "El orden de la interacción." En *Los momentos y sus hombres*, editado por Yves Winkin, 169-205. Buenos Aires: Paidós.
- Hatfield, Elaine; John Cacioppo; y Richard Rapson (1994). *Emotional Contagion*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Iacoboni, Marco (2012). *Las neuronas espejo*. Buenos Aires: Katz editores.
- Iranzo, Juan (2010). "De la energía emocional a la dignidad personal y colectiva". *Revista Española de Sociología* 13: 109-115.
- Jasper, James (2018). *The emotions of protest*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Kiecolt-Glaser Janice; Tamara Newton; John Cacioppo; Robert MacCallum; Ronald Glaser; y William Malarkey (1996). "Marital conflict and endocrine function: Are men really more physiologically affected than women?". *Journal of Consulting and Clinical Psychology* 64 (2): 324-332.
- Kinreich, Siman; Avir Djalovski; Lior Kraus; Yoram Louzoun; y Ruth Feldman (2017). "Brain-to-brain Synchrony during naturalistic social interactions". *Scientific Reports* 7: 17060.
- Koehne, Svenja; Alexander Hatri; John Cacioppo; e Isabel Dziobek (2016). "Perceived interpersonal synchrony increases empathy: Insights from autism spectrum disorder". *Cognition* 146: 8-15.
- Levy, Jonathan; Abraham Goldstein; y Ruth Feldman (2017). "Perception of social synchrony induces mother-child gamma coupling in the social brain". *Social Cognitive and affective Neuroscience* 12 (7): 1036-1046.
- Mead, George Herbert (1973). *Espíritu, persona y sociedad*. Buenos Aires: Paidós.

- Mercadillo, Roberto, y Daniel Atilano-Barbosa (2022). "Getting to Know Ourselves Through Recognizing Ourselves in Others: Neuroanatomy of Empathy in a Social Neuroscientific Model". En *Multidisciplinarity and Interdisciplinarity in Health*, editado por Nima Rezaei, 143-177. Suiza: Springer.
- Rivera, Laura (2015). "Go with Your Gut: Emotion and Evaluation in Job Interviews". *American Journal of Sociology* 120 (5):1339-1389.
- Scheve, Christian von (2016). "Collective emotions in rituals: elicitation, transmission and a 'Matthew effect'". En *Emotions in Rituals and Performances*, editado por Axel Michaels y Christoph Wulf, 54-77. Londres: Routledge.
- Scheve, Christian von (2018). "Affective Neuroscience as Sociological Inquiry?". En *The Palgrave Handbook of Biology and Society*, editado por Maurizio Meloni, John Cramby, Des Fitzgerald y Strehphanie Lloyd, 391-415. Londres: Palgrave Macmillan.
- Semin, Gün, y John Cacioppo (2008). "Grounding Social Cognition. Synchronization, Coordination, and Co-Regulation". En *Embodied Grounding. Social, Cognitive, Affective, and Neuroscientific Approaches*, editado por Gün Semin y Eliot Smith, 119-147. Cambridge: Cambridge University Press.
- Silva, Diana (2020). "La interacción ritual al calor de la rabia y la indignación. Experiencias de mujeres organizadas contra el feminicidio y por la legítima defensa". En *Las emociones en la vida social: Miradas sociológicas*, coordinado por Marina Ariza, 71-108. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Summers-Effler, Erika (2010). *Laughing Saints and Righteous Heroes: Emotional Rhythms in Social Movement Groups*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Turner, Jonathan (2013). "Neurology and Interpersonal Behavior: The Basic Challenge for Neurosociology". En *Handbook of Neurosociology*, editado por David Franks y Jonathan Turner, 116-138. Nueva York: Springer.

Lo sentido en la ataxia espinocerebelosa: una praxis empática para la investigación neurosocial

Roberto Emmanuele Mercadillo Caballero

INTRODUCCIÓN

Imaginemos que un día, de repente, comenzamos a sentir temor al descender por las escaleras de nuestra casa. Que nuestros movimientos comienzan a volverse lentos y torpes, como si nuestro cuerpo no nos obedeciera. Que no podemos aplaudir en la fiesta de cumpleaños de nuestros hijos porque no podemos coordinar nuestras manos. Que no calculamos la distancia para coger el lápiz en nuestro escritorio o que al llevar una galleta a nuestra boca se embarra en nuestra mejilla. Que al intentar ver algo de reojo debemos girar toda la cabeza porque nuestros ojos no pueden moverse con rapidez. Que nuestras palabras no son comprensibles, pero que no nos damos cuenta y por eso nos extrañan los rostros de confusión de quienes nos escuchan. Que al tomar nuestra bicicleta nos caemos al tercer pedaleo, o chocamos en el poste de la esquina al conducir el auto, o no podemos siquiera pasar la tarjeta de pago frente al lector del transporte colectivo. Imaginemos que estos movimientos nos suceden en público y que la gente a nuestro alrededor piensa que hemos bebido de más o que hemos consumido alguna droga o que estamos enfermos de algo contagioso. Imaginemos que eso provoca que nos despidan del trabajo, la ex-

clusión de nuestros hijos en la escuela o que los vecinos que antes nos frecuentaban ahora nos ignoren. Imaginemos que hemos visto todo eso antes en alguno de nuestros padres hasta haberse quedado inmóvil. Tenemos la certeza de que eso mismo nos sucederá a nosotros.

Algo similar experimentan las personas que padecen ataxia espino-cerebelosa tipo 2 (referida comúnmente como SCA-2 por su nombre en inglés, *spinocerebellar ataxia type 2*). Esta enfermedad neurodegenerativa es de causa genética; es decir, mutaciones en el gen que codifica la proteína ataxina-2 provocan la degeneración de las células Purkinje del cerebelo y del tallo cerebral. Para quienes heredan la mutación, los síntomas aparecen entre los 30 y los 40 años, son progresivos e ineludibles: ataxia, dismetría, disartria, disdiadococinesia y latencia prolongada de los movimientos oculares sacádicos.¹ En casos muy avanzados, las personas pierden prácticamente su total capacidad para comunicarse y moverse (Velázquez-Pérez *et al.*, 2011).

Entre 2013 y 2015 fui investigador en el Laboratorio de Neuropsicología en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y en el Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía (INNN). Ahí, nuestro equipo evaluaba los déficits cognitivos y diferencias neurobiológicas en pacientes con SCA-2. Nuestros instrumentos eran, fundamentalmente, escalas psicométricas, baterías neuropsicológicas y neuroimagen por resonancia magnética. Con esta última, observamos reducción de volumen (interpretada como pérdida de neuronas) en el cerebelo y en el puente cerebral, lo cual no era sorprendente, ya que son las regiones del cerebro que contienen a las células Purkinje afectadas por la enfermedad. Sin embargo, también notamos deterioro en las cortezas insular, frontal, parietal, temporal y parahipocampal, las cuales no tienen células Purkinje y

¹ Ataxia, falta de coordinación de movimientos voluntarios; dismetría, incapacidad para ajustar la distancia de los movimientos de las extremidades; disartria, dificultades para hablar comprensiblemente; disdiadococinesia, incapacidad para alternar los movimientos de las extremidades; movimientos oculares sacádicos, movimientos rápidos de los ojos desde un punto fijo a otro punto en el campo visual.

cuyas funciones no involucran el control motor, sino la percepción, el pensamiento abstracto, la audición, la integración sensorial, la interocepción, la memoria y las emociones (Mercadillo *et al.*, 2014).

Interpretamos nuestros hallazgos desde un enfoque clínico en el que prevalece la comprensión de los déficits cognitivos y motores a partir de las regiones cerebrales afectadas por la enfermedad. Sin embargo, sabíamos que la historia contada desde la mera neuropsicología y la neuroimagen estaba incompleta. Las diferentes circunstancias de vida de los pacientes y sus familiares concedían una multiplicidad de perspectivas para comprender la manera en que las personas y las instituciones lidian con esta enfermedad. Consideramos su propiedad genética dominante que nos llevaba hacia familias en las cuales la mitad de sus integrantes, además de presentar sca-2, fungían también como cuidadores propios y de sus parientes con síntomas más avanzados.

Decidimos, entonces, realizar un estudio cualitativo en quince pacientes y sus familiares; es decir, en cinco familias situadas en diferentes regiones del país: La Moncada (Guanajuato), Ezequiel Montes (Querétaro), Tlaltetela (Veracruz), San Nicolás Coatepec (Estado de México) y las colonias del Valle y Copilco el Alto en Ciudad de México. Hallamos que varios de los participantes no comprenden la naturaleza genética de la enfermedad y más bien la explican desde aproximaciones mágicas (p. e. brujería) o circunstancias contingentes, como haberse caído, haber sido perseguidos por un policía o haber dormido mal. Los pacientes argumentaban no sentir dolor, lo cual les hacía pensar que no estaban enfermos; mientras que los familiares mencionaban que los pacientes perdían el interés por interactuar con otras personas y eran indiferentes a las emociones de los demás. Dependiendo de la región en que habitaban, algunos pacientes y sus familiares eran abiertamente excluidos o ignorados por la comunidad, como sucedía en Ezequiel Montes o en La Moncada, en tanto que en otros

espacios eran tolerados, ayudados o integrados con respeto y cierta fluidez, como el caso de Tlaltetela (Mercadillo *et al.*, 2015).²

Empleando a la SCA-2 como punto de partida, en este capítulo propongo que la investigación cualitativa en campo, mediante el registro de testimonios, observación participante y entrevistas contribuye a formular hipótesis neurobiológicas. Esto es, que la captura de las expresiones y comprensiones de los pacientes y familiares en sus comunidades y en el ámbito médico complementan las explicaciones neuropsicológicas para delinear las funciones cognitivas y cerebrales afectadas por la enfermedad.

Para esto, revisé las dos publicaciones generadas por nuestro equipo tanto desde la neuroimagen como desde la indagación cualitativa de pacientes con SCA-2 (Mercadillo *et al.*, 2014, 2015). También “desempolvé” y revisé el diario de campo, entrevistas y videos realizados a lo largo de la investigación para interpretarlos y comprenderlos con una mirada retrospectiva, empática y reflexiva tras ocho años de distancia.³

El diario de campo contiene anotaciones sobre las emociones de los pacientes y sus familiares, pero también sobre mí, las cuales no fueron consideradas en las publicaciones previas porque, como dice Ian Burkitt (2012), el investigador tiende a ignorar las emociones y el monitoreo de su propio comportamiento. Este capítulo pretende romper con esa etnografía escondida que no se habla ni se publica por el temor a perder legitimidad, pero que puede brindar una explicación realista del trabajo de campo (Blackman, 2007).

Asumo que las emociones pueden involucrar experiencias densas y difusas que necesitan articulación cognitiva, pero procuro que tal articulación no implique un distanciamiento progresivo de la ex-

² La descripción amplia del método cualitativo utilizado, así como los principales hallazgos, pueden leerse en Mercadillo *et al.*, 2015: 90.

³ Los nombres que se mostrarán en la narrativa y testimonios de este capítulo fueron cambiados para respetar la confidencialidad de los participantes, tanto de los pacientes y sus familiares como del grupo de investigación.

perencia emocional (Rimé, 2009). Asumo también que sin vínculos empáticos entre investigadores y participantes sólo es posible una comprensión superficial de las experiencias (Fitzpatrick y Olson, 2015). Así, en un intento por elaborar una praxis de investigación empática, integraré el material revisado en un modelo de la empatía propuesto por Roberto Mercadillo y Daniel Atilano (2022) desde la neurociencia social que no se restringe a la relación interpersonal, sino que también considera a las instituciones y a la estructura social.

OBSERVACIONES SENTIDAS A LA DISTANCIA

Mi experiencia con personas con SCA-2 inició el 7 de octubre de 2013. Ese día llegué a un salón del INNN destinado a evaluar la prueba prisma, la cual consiste en arrojar bolas de plastilina a una pared con cierta distancia y objetivos cambiantes para valorar la coordinación visomotora del paciente y su capacidad de reajustar y planear movimientos. La paciente evaluada era Ana, quien seguía las meticolosas instrucciones de Rebeca, integrante del equipo de investigación.

Los movimientos de Ana eran coordinados hasta cierto punto, pero torpes, lentos. Si alguien la viera por la calle, fácilmente podría pensar que padece algún déficit cognitivo o que quizá estaba “borracha”. Mi primer juicio sobre su actuar fue así, el mismo que los pacientes dicen recibir por las personas de su trabajo o en la calle, y que les provoca el desempleo, el rechazo de sus vecinos o del pasajero de junto en el transporte público. Quizá por eso Ana procuraba esconder la enfermedad y no hablar de ella. Ese día, ella estaba risueña y bromeaba mientras manipulaba las bolas de plastilina. La paciencia y calidez de Rebeca eran evidentes, y posiblemente eso permitía la confianza de Ana en ese contexto médico ajeno y rígido dentro del cual se atrevía a desplegar sus expresiones con menos temor al juicio. Rebeca tenía muy claro que nuestra investigación consistía en evaluar los movimientos de los pacientes, pero tal vez había aprendido que su sentir y la confianza son cruciales para ello. Me pregunté, ¿qué debe suceder

para vincular los objetivos de la investigación con el trato y la experiencia de los pacientes?

Días más tarde observé también la prueba de prismas realizada por Gloria (46 años). Ella había llegado esa mañana de Iguala, Guerrero, exclusivamente para ser evaluada en el INNN. Después de muchos intentos, lo hizo bien en una sólo ocasión: “¡Hasta que le atiné!”, dijo. Sonrió y siguió intentándolo. Como neuropsicólogo pienso que, cual humana-mamífera, Gloria debía experimentar algún tipo de recompensa para motivarse y seguir arrojando bolas de plastilina a una pared sin sentido, con dificultades y cometiendo errores casi todo el tiempo. En su caso, ¿cuál sería la recompensa? ¿A dónde se iba la frustración por no lograrlo una y otra vez? En ese momento pensé que la motivación era la posibilidad de ser curada de una enfermedad que, sin embargo, ella y nosotros sabíamos que no tenía cura. Ahora pienso que quizá esa razón no era del todo cierta, o no la única. Ese día, Gloria llegó junto con su hermano, quien se sintió celoso por no recibir la misma atención que ella; él no era candidato a la investigación debido a que su avanzada enfermedad le evitaba siquiera sostener las bolas de plastilina. Él también sabía que no tenía cura y acaso lo que resentía era la atención hacia Gloria. Posiblemente la recompensa provenía de ahí, de la atención recibida. En la nota de ese día había una emoción indicada en mí: vergüenza; esa incomodidad por saberme expuesto, como una leve humillación frente al hermano de Gloria, quien había venido hasta Ciudad de México sólo para darse cuenta de que su viaje había sido innecesario, que nosotros, los que supone que sabíamos sobre su padecer, no podíamos atenderlo. La incomodidad era tal que, paradójicamente, provocaba que no me acercara a él. Quizá lo que yo sentía no era vergüenza, sino culpa; ese malestar por haber transgredido un valor social que afecta a otros, por haber ignorado a un paciente al cual no tenía idea de cómo tratar.

Ni la mayoría de los pacientes ni sus familiares mostraban interés en indagar nada más allá de las instrucciones otorgadas por el investigador para realizar las evaluaciones, como si no hubiera un espacio para disputar o siquiera cuestionar la autoridad médica que estaba

frente a ellos. Por lo general, respondían que “sí” y ejecutaban las instrucciones como si así pudieran sanar su enfermedad, aunque ellos y nosotros sabíamos que ese no era el objetivo. En este contexto, es fácil caer en la tentación de tratar a las y los pacientes con una condescendencia tal que en ocasiones parece menguar su dignidad o autonomía. La escultura Anheló, que da la bienvenida en el patio del INNN, ilustra esa autoridad condescendiente: muestra al médico de pie extendiendo su mano a un paciente en silla de ruedas, como una metáfora del cuerpo enfermo sanado por los médicos, los que saben, frente a los cuales sólo podemos extender la mano y seguir sus instrucciones.

Esta representación de la medicina que yo mismo practiqué (aunque no soy médico) se complejiza en el caso de la SCA-2. Las señales faciales, corporales o lingüísticas que comúnmente usamos para indagar lo que una persona siente no están del todo presentes en estos pacientes. Afirman no sentir dolor, aun cuando sus expedientes indican deterioro y entumecimiento muscular. Debido a la ausencia de dolor, frecuentemente decían que no estaban enfermos; la enfermedad en sí no era su preocupación central. Sus preocupaciones eran, más bien, las consecuencias sociales y laborales. Al preguntar cómo se encontraba, Fernando, con avanzados síntomas, dijo:

Pues la verdad, pues no muy bien... y por lo que he visto en otras personas, ya ha habido otras personas que no se han curado... Pero para mí no es una enfermedad molesta, no me duele nada... en lo que me afecta es en lo económicamente [sic]. Y yo estoy consciente de que yo trabajando no hago lo mismo que una persona (Fernando, 29 años; agricultor y albañil en Tlaltetela).

Paradójicamente, es la ausencia de dolor lo que indica a los familiares que la enfermedad ha iniciado. Las hermanas de Alfonsina (41 años), en Ezequiel Montes, lo indicaron al preguntarles cómo notaron la enfermedad de su hermana: “porque ya no siente”, dijeron.

Las declaraciones de los pacientes sobre lo que sienten solían ser muy confusas, en parte por su dificultad para hablar, pero tal vez tam-

bién por la dificultad para transmitir experiencias inefables que acompañan a la ataxia. Jorge (19 años), agricultor y criador de cabras en La Moncada, mostraba síntomas evidentes de la enfermedad, aunque no había sido diagnosticado genéticamente: “Estoy mal”, decía al responder cómo se sentía. Esta respuesta me resultaba tan clara y al mismo tiempo tan ambigua que era necesario indagar mediante ejemplos, aludir a lo que otros pacientes respondían, mencionar emociones e ilustrarlas para que indicara su experiencia de algo que no tiene nombre. Después de hacer tales ejercicios, Jorge dijo:

- Pues me siento mal... Triste.
- *¿Qué es lo que te da tristeza?*
- Que mi mamá está mala.
- *Que tu mamá esta mala, ¿y de ti?*
- También.
- *¿Qué es lo que te causaría tristeza en ti, si tuvieras la enfermedad?*
- Que no voy a poder hacer muchas cosas yo... Trabajar en el campo.

La tristeza, el enojo y también la resignación eran las emociones más mencionadas frente a la idea de incapacidad, de que algún día no podrían hacer lo que hacen o lo que querrían hacer. Pero la causa de la incapacidad y de las emociones no era sólo la cuestión motora, sino también la exclusión social, tal como lo indicaba Ernesto (58 años), agricultor en Tlaltetela, cuando hablaba de sus emociones: “Pues ya nadie me da trabajo”.

Comúnmente, lidian con la enfermedad en soledad. Gloria, ama de casa en La Moncada, lo expresaba así:

- *Cuando te sientes triste, ¿qué haces para salir de la tristeza?*
- Pues sola, yo sola me compongo... dejo de poner pues tristeza, de todas maneras, lo tengo... pues todo el día. Dura como un día nada más [la tristeza]. También enojo, pues que luego me dicen que camino muy mal.

Era común que, al indagar, la resignación y los recuerdos salieran a flote. Sandra (44 años), ama de casa en La Moncada, expresó:

Pues me resigné porque también mi papá murió igual... Sí, y dije “pues ya me tocó, ni modo”... Nada más lloro en las noches cuando me acuerdo de mi esposo. Sí, luego en las noches, para que nadie me vea, luego me pongo a llorar... Porque se murió y ya no puede ayudarme.

Comúnmente, la resignación se acompañaba de culpa: “Tu no tuviste la culpa, no es por algo que hayas hecho, es hereditario, te lo pasaron tus padres”, le dijo a Sandra una de sus hijas durante la entrevista.

Probablemente la exclusión social que han experimentado los pacientes y el temor al descontrol de su cuerpo provocan que un ambiente en el cual se sienten incluidos o no juzgados propicia crear vínculos con ellos que facilitan la investigación y la atención clínica. Esta idea me resultó evidente cuando David (20 años) acudió a la Unidad de Resonancia Magnética en Juriquilla, Querétaro. Para eso, se trasladó desde Ciudad de México con el equipo de investigación, él solo, sin su hermana Mora (29 años) ni su padre Marcial (cuidador de ambos). El estudio por resonancia corrió particularmente bien y eso nos extrañó, porque durante el intento previo en el INNN, meses antes, no habíamos logrado que se mantuviera quieto en el resonador, un reto para alguien con ataxia. Sin embargo, había sucedido algo entre ese primer intento fallido y el segundo exitoso: habíamos acudido a su casa en Copilco el Alto varias veces. Habíamos hecho las evaluaciones motoras y cognitivas no en el laboratorio, sino en su espacio. Habíamos hablado de su enfermedad, de su familia, pero también de sus deseos, de la manera en que extraña el fútbol y la forma como procura cuidar a su hermana, que tiene la enfermedad más avanzada, cuando su padre no está en casa. Habíamos comido con él y conocido a su madre, que se encontraba postrada en una cama desde hacía varios meses, sin poder moverse ni hablar, debido a la avanzada enfermedad. En alguna de las visitas hice varias anotaciones sobre los movimientos constantes de David durante las evaluaciones y las pláticas.

Por ejemplo, se paraba de la silla, movía la cabeza constantemente y se le caían los cubiertos y el vaso con refresco. Por su puesto, atribuí el descontrol de sus movimientos a la ataxia. En el segundo registro por resonancia en Juriquilla, esos movimientos ya no estaban presentes. Ahora que los leo nuevamente, los comprendo como movimientos de una persona con ansiedad y tal vez no causados necesariamente por la ataxia. Quizá en esa segunda ocasión se había formado un vínculo y la confianza depositada en el equipo de investigación había surgido con las visitas constantes que contribuyeron a disminuir su ansiedad y lograr su estado de quietud dentro del resonador. Posiblemente sólo hacía falta eso con él y con otros pacientes: hacerles ver que podían confiar su vulnerabilidad en nosotros, que no los rechazaríamos ni los juzgaríamos, que intentaríamos convivir conociendo y respetando sus limitaciones.

El 8 de marzo de 2014 tomé el autobús hacia San Nicolás Coatepec para visitar pacientes con SCA-2. Llegué a casa de María (60 años) y su familia. Ella se encontraba cocinando y lavando los trastes en el lavadero exterior de la casa. Inmediatamente, María dirigió la conversación a la forma en que sus hijos y esposo “la ayudan” con las labores del hogar que ya no puede realizar del todo. Se quejaba por el trato o falta de ayuda de sus hijas e hijos, pero lo hacía de forma discreta, con voz baja, dando vueltas al asunto, como no queriendo hablar mal de ellos, como si dudara de sus palabras, como si quizá estuviera equivocada. Las hijas hacían como que no la escuchaban mientras caminaban por el patio de la casa y después, en entrevistas con ellas, corrigieron el discurso de su mamá: “No es que no la ayudemos”, decían, “es que ella no se da cuenta de lo que hacemos, como si no le importara, como si no hubiera nadie a su alrededor”. Esa aparente indiferencia, e incluso hostilidad, percibida por los familiares y cuidadores era comúnmente mencionada en las entrevistas: “Son como pajaritos, sólo abren la boca para que les den de comer... no se esfuerzan ni en no dejar las boronas del pan en la mesa, como que lo hacen a propósito”, dijo Marcial, padre de David y Mora en Copilco el Alto.

En contraste con la resignación y la tristeza manifestada por los pacientes, sus familiares asintomáticos declaraban miedo. Miedo a presentar algún día los síntomas o de que sus hijos los presentaran, como lo dijo Mariana (27 años), comerciante, hermana de Alfonsina, en Ezequiel Montes:

[...] Me da miedo y pienso en la enfermedad. Mi hijo, cuando está dormido, brinca mucho... y es que ellos [sus hermanos con síntomas] así empezaron cuando la enfermedad. Y entonces a mí me da miedo, sí me da miedo que mi hijo se vaya a enfermar”.

El miedo a tener “la enfermedad de la familia” podía provocar aislamiento y pensamientos radicales en algunos casos. El hijo de Sandra, en La Moncada, había regresado de Estados Unidos debido a la aparición de los síntomas, pero se mantenía alejado de la casa de sus familiares para que el pueblo no lo asociara ni a la familia ni a la enfermedad. Durante mis visitas, él se colocaba en una contra esquina de la casa para observar lo que hacíamos, pero no se acercaba ni interactuaba: “si él se entera que tiene la enfermedad, dice que mejor se mata”, dijo Sandra.

El miedo motivaba a algunos familiares asintomáticos, o a quienes tenían síntomas iniciales, a realizarse la prueba genética para determinar la presencia de la SCA-2. Ése fue el caso de algunos integrantes de tres de las cinco familias participantes en La Moncada, en Ezequiel Montes y en San Nicolás Coatepec, quienes decidieron hacerse la prueba después de las entrevistas y de haberles explicado la causa hereditaria de la enfermedad. Pero la decisión de hacerse la prueba diagnóstica está filtrada por otros aspectos personales y culturales. Mayra (21 años), hija de María, ama de casa y comerciante en San Nicolás Coatepec, dijo:

Nos comentaron [...] que si nosotros quisiéramos saber quién puede heredar eso, o sea que teníamos la oportunidad [...] pero ya no fuimos. Mis

hermanos me dijeron que no, pues que como que si se hacen esa prueba como que se van a trastornar de decir “yo ya voy a heredar y ya no me caso”.

En otros casos, el miedo, la ira y la tristeza se viven en soledad por los familiares que no padecen la enfermedad y pueden llevar a decisiones extremas, como Marcial (papá y cuidador de su esposa y de sus hijos, David y Mora), quien dijo que ha pensado en quitarse la vida para evitar ver el sufrimiento de su familia, “[pero] no lo tengo permitido porque no soy nadie para hacerlo” (aludiendo a sus creencias cristianas y a Dios).

Sentimientos de felicidad y esperanza se generaban cuando los familiares no diagnosticados se sabían libres de síntomas. Rosa (48 años), ama de casa en La Moncada, dijo: “Yo me siento tranquila cuando veo que mis hijos y mis nietos están bien”.

Junto con la esperanza, está presente la gratitud. La madre de David y Mora, postrada en cama, comenzó a llorar y a hablar algo que no entendíamos cuando nos vio a Rebeca y a mí en su casa. Marcial, su esposo, nos dijo que estaba contenta de que fuéramos a ayudar a sus hijos, a atenderlos. También el padre nos agradeció la visita. Cuando acabamos la entrevista, Marcial me compró una Coca-Cola y me acompañó a la parada del autobús. Algo similar ocurría en La Moncada o en Ezequiel Montes, donde nos invitaban a comer o a regresar a convivir, aunque no hiciéramos evaluaciones. Parecía que la mera presencia “médica” generaba cierta tranquilidad y acaso el rechazo que han vivido influía ese sentimiento. Esa esperanza y gratitud, sin embargo, a mí me provocaban culpa y vergüenza; tenía la certeza de que no podíamos hacer nada para curar la enfermedad y que mi participación se limitaba a la indagación.

El 14 de abril de 2014 recordé en mi diario de campo a Susan Sontag (1996) y su libro *Las enfermedades y sus metáforas*. ¿Cuál es la metáfora de la ataxia?, me pregunté. Varias semanas después me encontraba concluyendo el proyecto. Un buen día me desperté sin poder levantarme. No me sentía particularmente cansado. Mi mente trabajaba en mis pendientes, me surgían ideas de lo que quería hacer, orga-

nizaba y planeaba, pero simplemente no podía hacerlo. A diferencia de otras ocasiones en las que mi flojera, cansancio o procrastinación eran claras, en ésta no me generaba culpa ni remordimiento. Me sentía harto de estar en la cama y el sillón, pero también quería permanecer ahí, o quizá no quería, sólo estaba. Era como si tuviera el deseo de pararme y actuar, pero no tenía la intención de hacerlo: deseo sin intención. Ahí, en la cama, recordé las palabras de Marcial, padre de David y Mora, cuando decía que sus hijos hacen las cosas a propósito, que no se esfuerzan en no tirar las boronas en la mesa o en no tirar el agua. En esa entrevista había rechazado la idea; atribuía el actuar de sus hijos a la falta de coordinación provocada por la ataxia. Pero ese día en la cama pensé que a lo mejor Marcial tenía algo de razón, que de verdad era mi propósito no esforzarme. Ese estado me duró dos o tres semanas. Acudí con mi terapeuta. No estaba deprimido, al menos no había síntomas. Era otra cosa: ¿estaba en una especie de simulación del estado que yo creía que pasaba dentro de la mente-cuerpo de los pacientes? Comencé a tratar esa idea en las breves sesiones terapéuticas. Pensé que la intención es poder; el poder que tenemos de realizar nuestros actos viene de la intención, no del deseo. La intención lleva implícito un acto, es acción, tal vez por eso los pacientes con ataxia pierden la intención, porque su acción, su inicio motor y cerebeloso está coartado. La acción es del cuerpo, la intención también. Quizá ésa es la metáfora: con la ataxia se pierde el poder de comunicación, de movilidad, de decisión, de interacción. Pensé que posiblemente debíamos enfocarnos en ello, en restablecer el poder (la intención) en los pacientes.

HIPÓTESIS NEUROBIOLÓGICAS BASADAS EN LA INDAGACIÓN CUALITATIVA

Sugieren Petya Fitzpatrick y Rebecca Olson (2015) que una fuente de ansiedad es navegar las ambiguas y a veces contradictorias emociones que gobiernan la investigación cualitativa. Este capítulo es un ejemplo de esa ansiedad, ambigüedad y contradicción, cuyo registro concede

una vía para “re-conocer” la posición desde la cual vemos las emociones de los pacientes, además de reconocer nuestros propios estados emocionales durante la indagación, lo cual puede llevarnos a comprender mejor la manera en que interpretamos a las y los otros. Nos permite delinear un trabajo de campo que contribuye a formular hipótesis neurobiológicas más afinadas, lo cual constituye la propuesta de este capítulo. A continuación, la elaboro brevemente.

Mediante neuroimagen, el deterioro neurológico más significativo que encontramos en pacientes con SCA-2 se situó en el tallo cerebral y en el vermis del cerebelo (Mercadillo *et al.*, 2014). Típicamente, el deterioro en estas regiones se asocia a alteraciones motoras y falta de coordinación de movimientos. Pero, mediante una red que involucra varias regiones del cerebro, el vermis cerebeloso juega también un papel regulador de las expresiones emocionales propias que contribuye a la inferencia de expresiones de otros (Hernández-Goñi *et al.*, 2010; Schraa-Tam *et al.*, 2012). Es cierto que el cerebelo tiene un papel crucial en la coordinación motora, pero su función va más allá de ello y quizá actúa como un predictor de respuestas motoras, autónomas y emocionales que surgen desde el movimiento. Cuando se atrofia el cerebelo, la falta de señales a otras regiones cerebrales no motoras, pero cruciales para las emociones, su expresión y experiencia, también podrían atrofiarse, tales como la corteza temporal media, la corteza frontal o la ínsula. Así, las emociones son algo eminentemente motor, que “intencionan”, que disponen a actuar desde la individualidad que está vinculada a la acción social, desde el pensamiento abstracto y, también, desde todo el cuerpo.

Entonces, la SCA-2 no sólo afectaría la ejecución de los movimientos, sino también su planeación e imaginación para prepararse a la acción (Guillot *et al.*, 2008). Así, la imagen del cuerpo no es sólo una percepción pasiva, sino un proceso activo. La pérdida de movimiento y esta imagen corporal es fundamental para comprender la presencia social del paciente con SCA-2 y definir su enfermedad a partir de su movilidad, incluyendo aquella que afecta la expresión de sus emo-

ciones, la manera en que los otros los ven y la manera en que los pacientes consideran que los demás ven y juzgan el mundo.

El deterioro de la ínsula que se observa en pacientes con SCA-2 podría vincularse a alteraciones motoras y musculares (Brenneis *et al.*, 2006). Pero esta región cerebral es fundamental para la interocepción, la integración de información que proviene desde dentro del cuerpo, de las vísceras, que permite la representación corporal del yo y que influye en la empatía y la cognición social (Cloutman *et al.*, 2012). Este deterioro insular quizá implica la falta de conciencia de acciones propias en los pacientes de eso que no se dan cuenta que “ejecutan mal” hasta que alguien se los hace notar, como no distinguir su discurso ininteligible o su caminar errante, como si estuvieran bebidos. Es quizá por esta falta de retroalimentación insular que los pacientes son indiferentes y percibidos como faltos de empatía.

Las deficiencias sociales, cognitivas y emocionales de los pacientes pueden también estar influidas por el deterioro en su polo temporal. La función de esta región del cerebro involucra la atribución de cualidades socioemocionales en otras personas. Por ejemplo, cuando existe alguna lesión en ese sitio, la persona tiene dificultades para atribuir a alguien la cualidad de valentía u honorabilidad, aun cuando comprenda el concepto y reconozca quién es la persona (Olson *et al.*, 2007). Así, la comprensión de la SCA-2 involucra cualidades emocionales y sociales asignadas a otros que son poco tomadas en cuenta en el ámbito clínico, pero que pueden determinar las relaciones de las y los pacientes con su entorno social, incluida la relación con los médicos.

Tras revisar nuevamente el diario de campo, comprendo que las emociones registradas tanto en los pacientes como en mí se encontraban inconexas del mundo social, como si fueran un aspecto aparte. Si las emociones en los pacientes con SCA-2 tienen que ver con el cerebro, entonces esa variable cerebral también debería estar inserta en el mundo social mencionado durante la indagación. Y es que, como sugiere Bernard Rimé (2009), las consecuencias de las emociones no se limitan al individuo que las experimenta. Por el contrario, la emoción desencadena un proceso que fortalece la integración y la cohe-

sión en la comunidad (o en el caso de los pacientes y sus familiares, su exclusión). Así, las emociones no son sólo instrumentos que permiten al individuo expresarse y adaptarse, sino que pueden contribuir a la modulación de la comunidad. Es por eso por lo que la comprensión neurobiológica de las emociones en la SCA-2 no puede provenir sólo de la neurobiología, sino también de las expresiones de su familia e incluso de los médicos e investigadores que configuran el registro de la experiencia de vivir con SCA-2.

PRAXIS DE INVESTIGACIÓN EMPÁTICA: UNA PROPUESTA

El alcance de las emociones y de su ubicuidad en los planos sociales implica que nuestro trabajo adquiera conexiones empáticas con los participantes después de escuchar sus historias y observar su vida. Quizá, como sugieren Fitzpatrick y Olson (2015), eso me confrontó con mi propia conciencia de mortalidad.

Es por eso por lo que propongo veinte procesos empáticos involucrados en la indagación de la otredad y basados en un modelo neurosocial propuesto por Mercadillo y Atilano (2022). La propuesta se sustenta en el *Einführung* de Robert Vischer para apreciar la belleza mediante un vínculo perceptual y afectivo que se establece entre un observador y un objeto, y que posteriormente desarrolló Theodore Lipps como una simulación de las expresiones percibidas en los otros mediada por una conexión entre un yo sentimental y un yo expresivo implícitos en el observador (Bridge, 2011; Zahavi, 2010). El modelo coincide con lo que sugiere Ian Burkitt (2012) sobre el conocimiento centrado en la reflexividad, que se refiere más que a una mera autorreflexión y que implica situarse en el nivel social en el cual el conocimiento y la conciencia se expresan.

La propuesta inicia con un encuentro frente a frente en el que investigador y paciente *se reconocen mutuamente*. Perciben sus expresiones faciales y corporales, quizá leídas como desconcierto, miedo o aflicción, o quizá planas o confusas por la descoordinación motora que provoca la ataxia.

El encuentro activa *memorias* que les permiten reconocerse mediante recuerdos de experiencias afines a lo percibido, que quizá les evocan aflicción, miedo, vulnerabilidad o desconcierto. Sus memorias son de experiencias personales que guían el reconocimiento y representan su propia historia. Pero, aunque el encuentro es sólo entre ambos, no surge en un espacio aislado. Las memorias se encuentran presentes, también, en la familia que rodea el encuentro, en los cuidadores y en aquellas personas que los perciben cuando se encuentran en el INNN, en la calle mientras caminan y en demás espacios sociales compartidos. El investigador percibe y *toma en cuenta las expresiones de esos otros presentes* para monitorear la forma en que el paciente es percibido por la comunidad, esa que lo integra o que quizá exacerba su discapacidad mediante la exclusión. Así, investigar se convierte en un *estar* “multi-situado” y “multi-percibido” que genera conocimientos sobre la comprensión de las emociones expresadas en espacios configurados por estructuras de poder y desigualdad (Blakman, 2007). En el caso de la SCA-2, tales estructuras incluyen las relaciones médico-paciente o investigador-paciente que pueden desencadenar culpa en el investigador, esa experiencia que Theodore Kemper (2006) expone como sentimientos desagradables de remordimiento que provienen del agravio de uno a otro mediante una táctica de poder excesivo, o tal vez de poder insuficiente, dentro de nuestra institución o de nuestro conocimiento sobre la enfermedad.

Durante el encuentro, los cuerpos del investigador y del paciente hacen *exterocepción*: filtran y procesan al otro mediante sus sentidos, con lo que ven, huelen, escuchan o tocan (incluyendo el contacto entre sus manos cuando se saludan), permitiéndoles una conciencia corporal vinculada al espacio físico y al cuerpo rígido y tembloroso del otro. Simultáneamente, el cuerpo del investigador también hace la *interocepción* que involucra a sus estados fisiológicos y su homeostasis; la emoción del encuentro le provoca la pérdida del equilibrio de su medio interno, se percata de su latido cardíaco un poco acelerado, de su respiración algo más agitada o de sus sensaciones térmicas que suben y bajan (Damasio, 2010). La interocepción también se inicia en

el paciente, pero, aunque equivalente en procesos propios de los seres humanos que comparten una fisiología, provoca una experiencia diferente a la del investigador, quizá debido a que la cercanía del otro le desencadena expresiones que se suman a su dificultada experiencia y expresión emocional provocada por los efectos neuronales de su enfermedad. Observar al otro, entonces, involucra reacciones corporales autónomas que hacen que su presencia comience a dejar de ser una abstracción y se materialice en memorias arraigadas en el cuerpo. Es por eso por lo que, como dicen Fitzpatrick y Olson (2015), en vez de considerar las emociones de los investigadores como riesgos que deben evitarse, deberían valorarse como una forma de responder en consecuencia para discutir las reflexivamente como la rica fuente de datos que son.

La *qualia* de la interocepción, esa que provoca experiencias corporales intransferibles entre ambas personas, no sólo se nutre del encuentro en el contexto presente, sino también de *recuerdos* que el investigador asocia con la circunstancia del encuentro (quizá también de encuentros previos similares). Así, las experiencias de investigar en el presente son también las de indagar pasados que se irán sumando a lo largo de la investigación y que guiarán, en parte, el vínculo con el paciente.

Si bien el investigador pretende escuchar e indagar la historia del paciente, los actos para lograrlo se definen a partir de su *propia historia*, su ontogenia, y están limitados por la función de su cuerpo y por la lectura que da a las expresiones de sí mismo. Pero existe, además, otra historia que cubre a las historias de los personajes y de la comunidad. Es una historia más antigua que se expresa mediante el cuerpo: la *historia evolutiva* que los seres humanos compartimos como primates *Homo sapiens* y que ha configurado algunas de las formas en que nuestros sentidos funcionan, en que nuestra visión, olfato y audición perciben, y la cual incluye actitudes cooperativas en respuesta a las necesidades de los demás (Mercadillo, 2006). Quizá por eso, al colocarse junto al paciente, el investigador muestra los dientes para señalar una sonrisa y usa el tacto para formar un vínculo afectivo

que, cual primates, favorece la confianza y la cercanía. Así, el vínculo evolutivo inscrito durante la indagación permite, quizá, hacer uso de (y cuestionar) nuestra supuesta naturaleza que tiende a la cooperación, pero también al rechazo de los diferentes, de quienes no les es posible expresar con el rostro y el cuerpo lo que el resto de la comunidad humana expresa.

La experiencia y expresiones del investigador se definen, además, por un marco de *valores, creencias y conocimientos que ha aprendido y apprehendido en su cultura*. Por ejemplo, considerar si es correcto o incorrecto investigar a un paciente de tal o cual forma, o apreciarlo desde la belleza o desde la desproporción, o verlo como un igual o no. Sin embargo, cada persona y comunidad en torno al paciente, incluyendo aquellas en el ámbito médico, tienen también sus propios marcos, creando una variedad de aprendizajes y comprensiones de su cultura que definen una diversidad de relaciones sociales dentro de las cuales, o a través de las cuales, el paciente debe integrarse para dejar su aislamiento y que el investigador podría considerar para fungir como una suerte de facilitador médico o acompañante en su institución. Es así como el investigador reconoce que nuestra cultura dicta reglas para los sentimientos dependiendo de nuestros roles. Por ejemplo, esperar que los médicos sientan compasión o incluso tristeza por sus pacientes, pero que no se depriman por ellos (Kleinman y Copp, 1993). Esta reflexión puede llevar al investigador a preguntarse por la ética bajo la cual debería investigar, ¿desde una ética que no interrogue al deber ser médico, el deber ser de la investigación que considera al paciente como una patología? ¿Desde una ética condescendiente o desde una que respete la autonomía del paciente aún bajo sus déficits? Y si la ética que decide adoptar el investigador o su diáda con el paciente es contraria a la hospitalaria o a los derechos conocidos o a la religión que prevalece en su comunidad, ¿cómo harán para que fluya y confluya el proceso de investigación en el espacio social en el cual la diáda se expresa necesariamente? Así, la investigación puede adoptar dimensiones éticas y estéticas contestatarias.

La labor en la díada investigador-paciente involucra otro proceso. El investigador puede *contagiarse* del estado sentido y manifiesto del paciente, como si fuera un proceso de sincronización automático para, como dice Adriana García Andrade (2022), acceder al estado del otro que provoca una consonancia mutua, una coordinación entre el micronivel que genera una experiencia emocional-cognitiva compartida.⁴ Aunque útil para ser más precisos en la lectura que damos a las expresiones de los otros, tal contagio puede desencadenar angustia, una especie de *simulación* de las reacciones del otro que desgasta al investigador y que, paradójicamente, puede menguar su empatía. Entonces, investigar desde la empatía no sólo requiere de la intención, sino de conocimientos, habilidades y estrategias formadas y practicadas que le provean de una *regulación intencional* de sus emociones a partir de un monitoreo constante y consciente de su cuerpo. Así, el investigador reconoce, como dicen Kleinman y Copp (1993), que nuestros sentimientos hacia aquellos a quienes estudiamos son situacionales; es decir, dependen de lo que los participantes digan o hagan (o no digan o no hagan).

Entonces, la experiencia emocional que engloba al investigador y al paciente incluye su historia individual, memorias, interocepción, exterocepción, contagio emocional, valores y creencias que influyen, en conjunto, en su denominada *teoría de la mente*, en la inducción de *atributos hacia el otro* y en las *consecuentes decisiones y acciones* consideradas congruentes con tal experiencia (Brüne y Brüne-Cohrs, 2006). Así, el investigar es un proceso mnemónico, fisiológico, historiográfico, afectivo, cognitivo y estratégico. Las relaciones e influencias que

⁴ En este mismo libro, el capítulo “El diálogo ineludible entre sociología de las emociones y neurociencia social. El caso de la sincronización interpersonal y las emociones”, escrito por Adriana García Andrade, analiza ampliamente el concepto y el proceso de sincronización desde un interesante y necesario ejercicio interdisciplinario, basado en la propuesta sociológica de Randall Collins y la neurocientífica social de John Caccioppo. García Andrade destaca que el aspecto emocional de la sincronización es el elemento esencial para la creación de símbolos y para conocer sus consecuencias en los cuerpos/mentes de quienes se sincronizan, su interacción *in situ* y para la producción y reproducción sociales.

guardan estos diversos elementos deben ser observadas por el investigador para definir su actuar. Pero, quizá sobre todo para entender que, aun con las emociones contagiadas, debe realizar una *diferenciación entre uno mismo y el otro* para identificar las propias experiencias y decisiones. Esto sería de particular importancia y cuidado en la investigación de la SCA-2 porque, siguiendo a Kleinman y Copp (1993), se puede tener el problema de identificarse plenamente con los participantes, incómodos, victimizados o sufriendo dolor físico o emocional.

Ahora bien, los afectos y la cognición que emergen en la díada investigador-paciente y en todas las demás personas que la rodean están necesariamente enmarcados en una cultura que representa a una sociedad amplia, de la cual la díada y su comunidad inmediata forman parte. Tal cultura lleva a la investigación hacia una dimensión, siempre y necesariamente, sociológica. Así, la empatía ante las circunstancias de los pacientes puede permitir el autorreconocimiento y el conocimiento de uno mismo; sí, pero enmarcados en un amplio escenario cultural que involucra a todas las personas pertenecientes a una comunidad o sociedad que indican lo que debemos sentir. Entonces, las emociones no son vistas sólo como relacionales, sino como un producto social más amplio de la modernidad misma (Burkitt, 2012), al cual se accede al comprender las *representaciones artísticas, símbolos, códigos y valores* que se representan en lo público, tal como *Anhelo*, la escultura que da la bienvenida al INNN.

Los particulares símbolos y códigos arbitrariamente definidos por cada comunidad, pequeña o nacional, son intercambiables, transmitidos y expresados mediante *dispositivos culturales*, tales como instituciones de educación, de salud, de política o de religión que dan los insumos para que el investigador realice su labor, para que el paciente cree comunidad y comprenda su enfermedad y límites de la atención que se le puede brindar. Estos dispositivos culturales-institucionales definen parte del proceso de investigación, sus posibilidades y su realismo. Definen, por ejemplo, el acceso al sistema de salud, el rechazo de los pacientes en sus trabajos y su despido, las restricciones para realizar la prueba genética que confirma la SCA-2 o la falta de espacios

que brinden atención y acompañamiento, aun cuando sepamos que los pacientes no serán curados. Así, creo que el investigador, desde la empatía, puede adoptar un tinte de activista para crear dispositivos nuevos y modificar a las instituciones, espacios y comportamientos que discapacitan o aíslan aún más al paciente.

Las reflexiones sobre la SCA-2 vertidas aquí atienden a cinco contextos locales de México. Pero los seres humanos compartimos ciertos aspectos evolutivos y una historia global de conocimientos que configuran diádas investigador-paciente con ciertas equivalencias en una sociedad y otra, con respectivas experiencias empáticas también equivalentes. Así, la investigación desde una empatía que atiende la reflexividad y considera las emociones puede adoptar una *visión transcultural* para que su bagaje incluya las intersecciones que comparten las diferentes sociedades y, al mismo tiempo, sea diferencial y relativa a las cualidades de cada región. Esto es posible porque, aunque relativas, las emociones son fuente de todo nuestro pensamiento y parte integral de las relaciones que tenemos con nuestro mundo y las personas dentro de él (Burkitt, 2012).

CIERRE: CONSTRUIR UN NICHOS (TRANS)DISCIPLINARIO

Dicen Kleinman y Copp (1993) que, dentro de la sociología, las y los investigadores de campo que trabajan inductivamente temen la pregunta inocua de sus colegas: ¿cuál es su pregunta de investigación? A diferencia de quienes investigan desde las corrientes principales, a menudo no tienen hogar, dicen las autoras. Pienso que con la neurociencia social sucede algo similar. La investigación con los pacientes SCA-2 por medio de neuroimagen y neuropsicología tiene una pregunta clara, pero la indagación social de los hallazgos neurobiológicos me llevó a una respuesta borrosa a la interrogante del por qué estudiar eso. El marco construido hasta ahora ha surgido, precisamente, de esa búsqueda inicialmente ambigua. Las y los neurocientíficos sociales que nos involucramos en la pesquisa de las interacciones en campo tampoco tenemos hogar disciplinario.

Combinar la investigación cualitativa en campo con la neuroimagen y la neuropsicología implica no sólo comprender conjuntamente los hallazgos, sino los propios ritmos de cada disciplina involucrada. Debemos asumir, entonces, una necesaria dimensión transdisciplinaria. En ésta, los neurocientíficos de campo desconfiamos especialmente, como dice Kleinman y Copp (1993), de nuestras primeras reacciones en el campo, esperando que sean desinformadas, defectuosas o estereotipadas; confiamos únicamente en el conocimiento a largo plazo que adquirimos. Pero, si evitamos escribir sobre ellas, no podremos siquiera examinarlas. En el siguiente diagrama se esquematiza la propuesta.

Diagrama 1 La emergencia de la reflexividad emocional



El diagrama original fue adaptado y modificado para integrar parte de las reflexiones narradas en este capítulo. Las flechas con líneas continuas y las palabras en gris indican los procesos que, según Burkitt, permiten la reflexividad. En letras cursivas se mencionan las regiones cerebrales cuyas funciones permiten los procesos cognitivos y emocionales para la reflexividad. En negrillas se muestran aquellas regiones cerebrales que están deterioradas en pacientes con sCA-2. También, junto a cada proceso, en letras cursivas, dentro de cuadros punteados, se mencionan los elementos que pueden ser registrados por el investigador para favorecer la reflexividad en la indagación y sobre ella. La flecha con líneas punteadas en la parte superior fue añadida para mostrar una retroalimentación de las acciones ejecutadas por el investigador hacia los sentimientos propios, permitiendo así la reflexividad no sólo de la indagación, sino de las consecuencias de las decisiones tomadas por éste. Fuente: Ian Burkitt (2012: 470).

REFERENCIAS

- Blackman, Shane J. (2007). "‘Hidden ethnography’: Crossing emotional borders in qualitative accounts of young people’s lives". *Sociology* 41 (4): 699-716.
- Brenneis, Christian; Sylvia M. Boesch; Karl E. Egger; Klaus Seppi; Christoph Scherfler; Michael Schocke; Gregor K. Wenning; y Werner Poewe (2006). "Cortical atrophy in the cerebellar variant of multiple system atrophy: a voxel-based morphometry study". *Movement Disorders* 21 (2): 159-165.
- Bridge, Helen (2011). "Empathy theory and Heinrich Wölfflin: a reconsideration". *Journal of European Studies* 41 (1): 3-22.
- Brüne, Martin, y Ute Brüne-Cohrs U. (2006). "Theory of mind-evolution, ontology, brain mechanisms and psychopathology". *Neuroscience and Biobehavioral Reviews* 30 (4): 437-455.
- Burkitt, Ian (2012). "Emotional Reflexivity: Feeling, Emotion and Imagination in Reflexive Dialogues". *Sociology* 46 (3): 458-472.
- Cloutman, Lauren L.; Richard J. Binney; Mark Drakesmith; Geoffrey J. M. Parker; y Matthew A. Lambon Ralph (2012). "The variation of function across the human insula mirrors its patterns of structural connectivity: evidence from in vivo probabilistic tractography". *Neuroimage* 59 (4): 3514-21.
- Damasio, Antonio (2010). *Y el cerebro creó al hombre*. Barcelona: Destino.
- Fitzpatrick, Petya, y Rebecca E. Olson (2015). "A rough road map to reflexivity in qualitative research into emotions". *Emotion Review* 7 (1): 49-54.
- García-Andrade, Adriana (2022). *Randall Collins. La indagación de las emociones en los rituales de interacción*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Guillot, Aymeric; Christian Collet; Vo An Nguyen; Francine Malouin; Carol Richards; y Julien Doyon (2008). "Functional neuroanatomical networks associated with expertise in motor imagery". *Neuroimage* 41 (4): 1471-1483.
- Hernández-Goñi, Pilar; Javier Tirapu-Ustárrroz; Lola Iglesias-Fernández; y Pilar Luna-Lario (2010). "Participación del cerebelo en la regulación del afecto, la emoción y la conducta". *Revista de Neurología* 51 (10): 597-609.
- Kemper, Theodore D. (2006). "Power and status and the power-status theory of emotions". En *Handbook of the Sociology of Emotions*, editado por Jan E. Stets y Jonathan H. Turner, 87-113. Boston: Springer.
- Kleinman, Sherryl, y Martha A. Copp (1993). *Emotions and field work*. Newbury Park: Sage Publications.
- Mercadillo, Roberto E. (2006). *Evolución del comportamiento. De monos, simios y humanos*. Ciudad de México: Trillas.
- Mercadillo, Roberto E., y Daniel Atilano-Barbosa D. (2022). "Getting to know ourselves through recognizing ourselves in others: Neuroanatomy of empathy in

- a social neuroscientific model". En *Multidisciplinarity and Interdisciplinarity in Health*, editado por Nima Rezaei, 143-176. Zúrich: Springer.
- Mercadillo, Roberto E.; Víctor Galvez; Rosalinda Díaz; Carlos R. Hernández-Castillo; Aurelio Campos-Romo; Marie-Catherine Boll; Erick H. Pasaye; y Juan Fernández-Ruiz (2014). "Parahippocampal Gray Matter Alterations in Spinocerebellar Ataxia Type 2 Identified by Voxel Based Morphometry". *The Journal of the Neurological Sciences* 347 (1-2): 50-58.
- Mercadillo, Roberto E.; Víctor Galvez; Rosalinda Díaz; Lorena Paredes; Javier Velázquez-Moctezuma; Carlos R. Hernández-Castillo; y Juan Fernández-Ruiz (2015). "Social and Cultural Elements Associated with Neurocognitive Dysfunctions in Spinocerebellar Ataxia Type 2 Patients". *Frontiers in Psychiatry* 10 (6): 90.
- Olson, Ingrid R.; Alan Plotzker; y Youssef Ezzyat (2007). "The Enigmatic Temporal Pole: A Review of Findings on Social and Emotional Processing". *Brain* 130 (7): 1718-1731.
- Rimé, Bernard (2009). "Emotion Elicits the Social Sharing of Emotion: Theory and Empirical Review". *Emotion Review* 1 (1): 60-85.
- Schraa-Tam, Caroline K.; Willem J. R. Rietdijk; Willem J. M. I. Verbeke; Roeland C. Dietvorst; Wouter E. van den Berg; Richard P. Bagozzi; y Chris I. De Zeeuw (2012). "fMRI activities in the emotional cerebellum: a preference for negative stimuli and goal-directed behavior". *Cerebellum* 11 (1): 233-245.
- Sontag, Susan (1996). *La enfermedad y sus metáforas. El SIDA y sus metáforas*, traducido por Mario Muchnik. Madrid: Taurus.
- Velázquez-Pérez, Luis; Roberto Rodríguez-Labrada; Julio César García-Rodríguez; Luis Enrique Almaguer-Mederos; Tania Cruz-Mariño; y José Miguel Laffita-Mesa (2011). "A comprehensive review of spinocerebellar ataxia type 2 in Cuba". *Cerebellum* 10: 184-198.
- Zahavi, Dan (2010). "Empathy, Embodiment and Interpersonal Understanding: From Lipps to Schutz". *Inquiry* 53 (3): 285-306.

VII. ASPECTOS ÉTICOS EN LA INVESTIGACIÓN CON Y SOBRE EMOCIONES Y AFECTIVIDAD

Mirar de frente la violencia de género: dilemas éticos en la investigación feminista

Hiroko Asakura

Perla Frago

INTRODUCCIÓN

¿Qué significa para nosotras vivir en un país como México, donde cada día son asesinadas once mujeres? ¿Qué significa la violación de seis de cada diez mujeres en su trayecto migratorio? Cada día nos enteramos de noticias sobre la violencia feminicida, cuya reiteración provoca su normalización. Ya no sorprende la cifra de feminicidios o de violaciones, son un simple número; la sensibilidad sobre la violencia disminuye con el incremento en su expresión.

Detrás de las cifras hay mujeres concretas, familias e historias. Es necesario escucharlas. Como señala Díaz (2021), “el poder que emana de testificar no radica en el sujeto, sino en la palabra misma. Es la palabra la que aparece, la que apabulla, la que se recuerda y persiste” (p. 17). Desde las teorías y prácticas feministas es importante recuperar sus palabras para contribuir a la construcción del conocimiento, pero también como acto político. El contexto de violencia repercute en el quehacer científico, pues nos obliga a reflexionar sobre las dimensiones teórica, metodológica y ética de las investigaciones, especialmente cuando trabajamos con poblaciones vulneradas.

El objetivo de este capítulo es proponer una reflexión sobre los dilemas éticos que se suscitan en el encuentro afectivo entre quienes realizamos investigación antropológica y las mujeres cuyas experiencias son materia de nuestras pesquisas, lo que cobra particular relevancia cuando se trata de personas atravesadas por la violencia extrema de género. Una premisa del trabajo etnográfico es el *rapport*, una conexión empática necesaria para documentar el punto de vista del sujeto sobre las problemáticas investigadas. Construir la relación de confianza entraña dilemas y tensiones: no vulnerar, no lastimar su dignidad u orgullo; el dilema de cómo “cuidar” a las personas con quienes dialogamos. Existen dilemas éticos de otro nivel cuando investigamos en un contexto violento, como el mexicano: cómo cuidarnos como investigadoras y mujeres, y cómo actuar para incidir en la transformación de las condiciones que producen las violencias. Esto implica superar la díada investigadora/colaboradora para dar una dimensión colectiva a la visibilización del dolor y a las posibilidades de acción.

En este capítulo abordamos estos dilemas éticos con base en nuestras experiencias como investigadoras feministas. En un primer apartado reflexionamos sobre las propuestas de los estudios de las emociones y los feministas. Estudiar las emociones implica reconocer la intersubjetividad presente en las narrativas y en el trabajo de investigación. En el segundo apartado narramos dos experiencias de investigación sobre violencia extrema de género —con mujeres migrantes víctimas directas de violación y con mujeres víctimas indirectas de feminicidio— y los dilemas éticos que conlleva. A modo de conclusión, y derivadas de nuestras investigaciones, proponemos prácticas de investigación que incluyen la dimensión ética.

PUNTO DE PARTIDA: ¿CÓMO ABORDAR LA VIOLENCIA?

Abordaje y ética feministas

La crítica feminista ha sido fundamental en las ciencias sociales en al menos tres sentidos: contribuir a la desencialización de la experiencia humana como universal y androcéntrica; señalar la importancia del estudio de las relaciones de género y al género como estructura de lo social; y dar cuenta de cómo la diferencia de género, si bien es fundamental en la reproducción de la desigualdad, no es el único factor. Hay otras diferencias —de clase, racializadas, culturales, etcétera— que se imbrican y la reproducen.

El feminismo ha analizado cómo opera la subordinación de género en distintos contextos históricos y sociales, encontrando que la violencia contra las mujeres¹ ha sido un mecanismo estructuralmente privilegiado para la reproducción de la desigualdad y la subordinación, justamente por el carácter desubjetivante y deshumanizador de sus víctimas. De ahí la relevancia de realizar investigaciones que “miren de frente” a la violencia de género contra mujeres y niñas, lo que implica importantes retos metodológicos y éticos. En estos procesos, quien investiga debe mostrar disposición a dejarse interpelar por el sujeto mujer y su experiencia. La subjetividad no se opone a la objetividad científica, más bien la puede reforzar.

Otra premisa de los estudios feministas es generar los conocimientos que *las mujeres quieren y necesitan*, lo que se relaciona con el interés emancipatorio de la investigación de las mujeres, con ellas y para ellas (Castañeda, 2008). El carácter experiencial de la investigación

¹ La ONU mujeres define a la violencia contra las mujeres y las niñas como “todo acto de violencia basado en el género que tenga o pueda tener como resultado un daño o sufrimiento físico, sexual o mental para la mujer, así como las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de la libertad, tanto si se producen en la vida pública como en la vida privada”. Disponible en <<https://www.unwomen.org/es/what-we-do/ending-violence-against-women/faqs/types-of-violence>>

feminista refiere a la articulación de la desigualdad en los cuerpos y las vidas de las mujeres en las relaciones de poder de las que participan. La experiencia genérica está *situada* en un contexto específico y en la historia de cada mujer, pero al mismo tiempo contiene lo colectivo, pues existe un elemento compartido: la experiencia de un orden de género patriarcal. A través de esta *relacionalidad*, las investigaciones feministas pretenden implementar procesos de generación de conocimientos centrados en la intersubjetividad (Castañeda, 2019).

El concepto central de la ética del cuidado es la *responsabilidad*. Se basa en “la comprensión del mundo como una red de relaciones en la que nos sentimos inmersos, y de donde surge un reconocimiento de la responsabilidad hacia los otros” (Alvarado, 2004: 31), a través de la preservación de la vida y la satisfacción de un conjunto de necesidades básicas, cuya manifestación es diversa. Carol Gilligan (1993),² una de sus principales promotoras, propone la ética del cuidado como responsabilidad social al orientarse al bienestar de las personas tanto en la esfera privada como en la pública. Para ella, la ética del cuidado no es incompatible con la ética de la justicia que prioriza el otro generalizado bajo la igualdad jurídica (Fascioli, 2010): “Yo describo el cuidado y la justicia como dos perspectivas morales que organizan tanto el pensamiento como los sentimientos y empoderan al sujeto a tomar diferentes tipos de acciones tanto en la vida pública como privada” (Gilligan, 1993: 209).

La perspectiva feminista y la ética del cuidado nos permiten analizar las implicaciones de las relaciones que establecemos con sujetos de investigación vulnerables que han sido despojadas de reconocimiento y derechos como mujeres migrantes y las víctimas indirectas de la violencia extrema de género.

² Gilligan ha sido criticada porque su análisis sobre el desarrollo moral de niñas y niños puede vincularse con el feminismo de la diferencia y aludir a características esencialistas. Cualquier orientación al cuidado deriva de la socialización, es construida.

Reflexividad emocional en contexto violentos

La reflexividad se ha vuelto el eje principal de la epistemología y metodología feministas. En términos metodológicos se refiere a las relaciones que establece quien investiga con las y los participantes de su investigación; se da cuando la persona que investiga y la que es investigada se someten a un proceso de objetivación sobre sus propias condiciones de producción y sus propios límites; significa que el individuo se vuelve tanto conocedor como objeto de conocimiento (Rosenberg, 1990). En ese sentido, la reflexividad es un proceso de regresar a sí mismo o misma y el medio para mejorar la calidad de una investigación (Ghasarian, 2008). Sin embargo, como señala Holmes (2015), en este proceso reflexivo suele ignorarse la dimensión emocional. Hay pocas discusiones metodológicas sobre cómo las y los participantes en la investigación, quien investiga y quien es investigado o investigada, ejercen la reflexividad emocional que traza normas sociales más amplias y conjuntos de relaciones sociales institucionalizadas, como la objetividad, el distanciamiento con las y los sujetos de investigación (Holmes, 2015). A fin de cuentas, no “sentimos” simplemente una emoción, también “pensamos” en ella (Rosenberg, 1990).

Según Rosenberg (1990), los procesos reflexivos influyen en las emociones al menos de tres maneras: 1) están involucrados en la *identificación emocional*; es decir, identificar e interpretar qué emociones se sienten; 2) juegan un papel clave en la *exhibición emocional*, la cual implica autorregulación sobre qué emociones expresar y cómo hacerlo para producir los efectos previstos ante los demás; la reflexividad se expresa en el comportamiento; 3) los procesos reflexivos están involucrados en producir las *experiencias emocionales* deseadas; la reflexividad se manifiesta en la creación de estados internos y en la decisión de actuar para modificarlos, en transformar las condiciones que los producen.

Realizar una investigación sobre violencia extrema de género en un contexto de violencia aguda y generalizada supone retos importantes. Experimentamos diferentes emociones a lo largo del proceso

investigativo. A veces, algunas emociones como el miedo o la indignación rebasan nuestra capacidad de gestión emocional (Hochschild, 1983). Saber qué sentir, cómo manifestar lo que sentimos, qué hacer con las emociones desbordadas, se convierte en un motivo de reflexión. El proceso reflexivo sobre la dimensión emocional ocurre en un contexto relacional: ponemos el cuerpo para realizar observación, conversaciones informales, entrevistas, acompañamiento, etcétera, pero también nuestro corazón para sentir y pensar en (y con) el sufrimiento de la otra persona. Por eso, la reflexividad emocional es una herramienta poderosa de investigación.

Economía política de las emociones

Para dar cuenta de la reflexividad emocional proponemos el concepto *economía política de los afectos*, que definimos como la producción, el intercambio y la circulación afectivo-emotiva entre las mujeres participantes de nuestra investigación. Dicha economía —y el proceso de reflexividad emocional derivado de ésta— fue fundamental para responder los dilemas éticos que enfrentamos y su resolución.

Recuperamos la categoría de economía política de la teoría marxista. En su análisis de los procesos de producción, circulación y consumo económicos, Marx (1971) incorporó dos elementos fundamentales que distinguen su propuesta de las teorías económicas clásicas: las relaciones sociales y la cuestión histórica. Desde la teoría feminista, Rubin (2015) recuperó esta categoría y se refirió a la economía política del sexo en su escrito clásico *El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo*, el cual es “un análisis marxista de los sistemas de sexo/género” (p. 8). Afirma que la sexualidad biológica se produce y transforma socialmente a través de la actividad humana y en función de sus necesidades. Al conjunto de disposiciones que emanan de dicho proceso lo llama “sistema sexo/género”, y al estudio de las sociedades específicas para determinar “los mecanismos por los que se producen y mantienen determinadas convenciones sexuales” (p. 73) lo denomina economía política del sexo.

Partimos en nuestro análisis de que las emociones que surgen en los procesos investigativos resultan de la interacción entre los distintos mundos afectivos y morales de las autodenominadas “investigadoras” y las mujeres con quienes trabajamos. En este proceso, no sólo se generan emociones provenientes de los bagajes socioculturales, sino de la propia interacción, de cómo se establecen los intercambios afectivos. Por ejemplo, a través de la empatía o de las expectativas que se generan en la circulación de las afectividades. Por medio de las operaciones que implica la reflexividad emocional —la identificación, la exhibición y la experiencia deseada (Rosemberg, 1990)—, describimos el proceso mediante el cual se generaron ciertas emociones en nuestras investigaciones y cómo la búsqueda por gestionarlas nos movilizó a dar diversas respuestas a los dilemas morales planteados.

La relevancia de situarnos en la economía política de las emociones radica no sólo en los elementos procesuales e interrelacionales que implica, sino en que permite develar las dinámicas de poder que subyacen a la producción emotiva, entendiéndolo foucaultianamente como una relación de fuerzas cuyos efectos no sólo son de dominio o represión, sino de producción y creación, pues al ser ejercido puede movilizar las voluntades hacia proyectos emancipatorios.³ Frente al Estado, la policía y la burocracia judicial, las mujeres víctimas de violencia tienen escasas oportunidades para producir efectos emocionales que las favorezcan. Existe una cultura emocional patriarcal que en los espacios de la migración y los juzgados privilegia la fortaleza, la resistencia, la ecuanimidad y la capacidad de persuasión argumentativa, sobre la debilidad, la duda, la emocionalidad y el desbordamiento. Al conversar con las migrantes y las víctimas indirectas de feminicidio, pudimos recuperar testimonios de gran valor. Compartieron información, si bien irrelevante para la burocracia judicial o estatal,

³ “El poder no se da ni se intercambia ni se retoma, sino que se ejerce y sólo existe en acto [...] es una relación de fuerza en sí mismo” (Foucault, 2014: 27).

importante para comprender las causas estructurales de la migración o el feminicidio, y sus efectos en ellas y sus familias.

Antes de enunciar los dilemas éticos enfrentados en nuestras experiencias investigativas, es importante aclarar los términos “moral” y “ética”, y el por qué nos referimos fundamentalmente a dilemas éticos, que también son morales. En un sentido amplio, la moral se refiere a aquello que las personas valoramos como lo bueno y lo malo, lo correcto y lo incorrecto, así como lo que pensamos, sentimos, decimos y hacemos con respecto a estas valoraciones, que a veces implican dilemas. Para responder a éstos últimos es necesaria una reflexión sistemática sobre las cuestiones morales. Desde la filosofía, a dicho análisis se le denomina ética. Así, los dilemas morales se convierten en dilemas éticos al analizarse, interpretarse y resolverse en términos de una reflexión sistemática sobre “la conducta humana en cuanto a su valor moral”, tal como Aristóteles definió a la ética en cuanto que disciplina filosófica en el siglo IV a. C. (Jacorzynski, 2016: 17).

DILEMAS ÉTICOS: EXPERIENCIAS DE TRABAJAR CON VIOLENCIA DE GÉNERO⁴

Circulación interrumpida: dilemas éticos acerca de los límites de la indagación en experiencias de violencia sexual

Trabajar con víctimas directas de violencia sexual requiere sensibilidad y una fortaleza emocional considerable. Por un lado, hay que cuidar de no revictimizar con preguntas y actitudes que puedan parecer impertinentes; por otro, hay que hacer acopio de recursos emocionales para que las historias desgarradoras no afecten demasiado. La experiencia de entrevistar a víctimas de violencia sexual podría

⁴ En este apartado, presentamos dos ejemplos de dilemas éticos que emergieron en el proceso de investigación sobre la violencia de género extrema. Cada autora describe su propia experiencia de investigación y, por esa razón, el texto es narrado en primera persona del singular.

marcar la vida de quien investiga no sólo en términos profesionales, sino personales,⁵ dejando una huella indeleble. El proceso de sanación sólo es posible desarrollando la capacidad reflexiva emocional. En este subapartado, analizo (Asakura, 2014)⁶ la circulación —a veces interrumpida— de emociones en la interacción entre una mujer migrante víctima de violencia sexual y la investigadora, desde la economía política de las emociones. Me enfocaré en el dilema ético sobre los límites de la indagación al trabajar con personas deshumanizadas como producto de la violencia sexual.

Yo sentía que no estaba realmente lista, pero sí suficientemente preparada para “manejar” la violencia de género con mujeres migrantes centroamericanas que atravesaban el territorio mexicano. La investigación previa mostraba las vicisitudes del proceso migratorio. Había escuchado diversas historias de las violencias de distinta índole que sufrían (Asakura, 2014). Pensaba contar con cierto grado de inmunidad para enfrentarme al tema y suficiente sensibilidad para relacionarme llanamente con ellas. Estaba muy equivocada.

En un albergue para migrantes en Saltillo, Coahuila, conocí a una hondureña de aproximadamente 35 años; era originaria de una aldea referida comúnmente como *Colombita*, en el departamento de Colón. Había sido víctima de violencia institucional y comunitaria por denunciar el asesinato de su hermano. La impunidad de las autoridades judiciales de su país era obvia y los delincuentes —una organización internacional de narcotráfico— la buscaban “como quien busca una aguja en un bulto de arena” (entrevista, 29 de septiembre de 2016). No servía cambiar su identidad, como había hecho el resto de su familia;

⁵ De la Peña (en este volumen) señala que el trabajo de campo y su dimensión emocional puede influir en cuatro ámbitos de la experiencia de quien investiga: interaccional, contextual, institucional y vital.

⁶ Comencé a investigar la migración centroamericana hace más de una década. Trabajé con migrantes centroamericanas y sus hijos analizando las experiencias emocionales del ejercicio de la maternidad a distancia. Sus historias mostraban la superposición de diferentes violencias: estructural, política, institucional, económica, física y psicológica, traducidas en una violencia de género aguda. Esto me llevó a abordar la violencia sexual de las migrantes.

su rostro era identificado por el grupo criminal. Sus padres, hermanos y hermanas estaban dispersos en su país natal. Ella tuvo que buscar refugio fuera de éste. Su salida a México no estaba basada en motivos económicos, sino en la preservación de su vida. La única persona con quien tenía comunicación era su madre; entre menos contactos, menores posibilidades de ser encontrada. Su trayectoria migratoria y de vida estaban atravesadas por distintos niveles y formas de violencia. Fue deportada varias veces por el Instituto Nacional de Migración de México y víctima de violación en dos ocasiones: una en el lugar donde pensaba que por fin había encontrado refugio y, en otra ocasión, en el camino de regreso hacia ese lugar, luego de la última deportación.

La relación que establecemos con las y los sujetos de investigación siempre está atravesada por los contextos socioestructurales en que nos encontramos. Además, solemos investigar grupos subalternos donde la desigualdad social y económica jerarquiza la relación entre quien investiga y quienes son investigadas e investigados. Tener un posgrado, un empleo estable, ser inmigrante legal, constituye una posición de privilegio frente a mujeres de escasa escolaridad, permanentemente preocupadas por el desempleo, con magros ingresos y, además, migrantes forzadas o solicitantes de refugio en un país en el que no pensaban quedarse, como la hondureña descrita previamente. En esta relación vertical surge como dilema ético la posibilidad de revictimizarlas, de profundizar su vulnerabilidad. Primero, el acto de contar sus experiencias de violencia puede reabrir heridas y revivir episodios que quisieran olvidar. Segundo, nuestros sentimientos hacia ellas podrían herir su dignidad como personas. La revictimización tiene doble sentido: por forzarlas —o por lo menos presionarlas— a recordar y contar episodios muy dolorosos debido a nuestra exigencia de saber y comprender, y por colocarlas en una posición inferior al tenerles lástima cuando ellas no esperan —¡ni merecen!— ser miradas así.

Mi experiencia fue mucho más compleja. La hondureña era casi invisible en el albergue. Nuestro encuentro tuvo lugar en la habitación ubicada al fondo del espacio destinado a las mujeres. Estaba en

su dormitorio con su hermana menor, cosiendo un pantalón, como si evitara la interacción con el resto de la gente. El relato de violencia que me compartió rebasó mi capacidad de imaginación y, por consiguiente, de identificación emocional en dos sentidos: 1) no siempre expresamos y transmitimos las emociones que la otra persona espera; en su caso, no se percibía emoción alguna al relatar los episodios sufridos de la violación; yo no podía identificar sus emociones; 2) me sentía incómoda por no poder entender esa “ausencia” afectiva; tampoco podía identificar mis sentimientos. Parecía que la circulación de emociones entre nosotras se detuvo, por lo menos por parte de ella, lo que no quiere decir que yo no sintiera o manifestara emociones. Todo lo contrario, se me escapaban ciertas emociones espontáneas fallando en mi proceso de gestión emocional (Hochschild, 1983). Transcurridos varios años, planteo dos posibles interpretaciones. Primero, no experimentar ni exhibir emociones pudo ser una estrategia de sobrevivencia; “enterrar” cualquier sentimiento para seguir viviendo. Como señalan algunos autores (Brisson, 1999; Castillejo, 2005; Kaufman, 2014; Zabłudowsky, 2020), en las víctimas de violencia que padecen trauma, “las coherencias narrativas se desordenan para entrar en zonas brumosas en que hechos, recuerdos, olvidos y huecos aparecen, o sólo muestran sus grietas y los silencios que impulsó la vivencia de lo intolerable” (Kaufman, 2014: 104). Igual que las narraciones fragmentadas, las emociones que ella mostraba no tenían coherencia —desde el punto de vista de las personas sin experiencias traumáticas—, más bien estaban silenciadas. Segundo, quizá fue una forma de evitar el sufrimiento de quien escuchaba, es decir, de la investigadora. Parafraseando a Gemignani (2011), irónicamente, la mujer migrante, víctima de violencia sexual, protegía a la investigadora.

Habría una tercera interpretación. Según Turner (2010), las emociones están estratificadas siguiendo la pauta de la desigualdad social. Las emociones forman parte de recursos simbólicos generalizados como el dinero, el poder, el estatus, etcétera. Las emociones que ella podría sentir serían mayoritariamente negativas —vergüenza, culpa, tristeza, humillación—. Su aparente ausencia de afectividad podría ser

el signo del despojo emocional o, en palabras de Turner, de la desacumulación progresiva de recursos emocionales por su posición de inferioridad social: mujer, migrante, solicitante de refugio, sin empleo ni dinero, víctima de violencia institucional y sexual.

De cualquier forma, la dificultad al identificar la emocionalidad desestructuró la relación investigadora-investigada y pudo haber perjudicado el bienestar de la persona colaboradora. Insistí en conocer relatos más detallados para obtener la expresión emotiva esperada por parte de la entrevistada, pudiendo causar incomodidad o disgusto en ella. A partir de este (des)encuentro, surgieron algunas interrogantes: ¿por qué tienen que aflorar las emociones?; ¿por qué tenemos expectativas emocionales sobre la otra persona? Aquí es pertinente pensar en las representaciones sociales de las víctimas de violencia sexual y sus efectos en forma de violencia simbólica: las víctimas “deben” expresar dolor por el daño causado; si no lo hacen, transmiten el mensaje de que no están sufriendo de “verdad”. Incluso esta interpretación es simplista. No expresar emociones no significa no sentir las ni sufrirlas. Tal vez el umbral de dolor es diferente;⁷ quizá sus circunstancias no les permiten ceder a la depresión.⁸ Es muy probable también que la experiencia traumática les haya arrancado la capacidad de sentir emociones. Como señala Cury (2007): “Cuando se hallan poseídas por sus recuerdos traumáticos, las víctimas pueden sufrir un terror mudo, en el que se hallan literalmente ‘fuera de contacto con sus sentimientos’” (p. 80). Esto sucede particularmente cuando sufren una violencia extrema, despersonalizante.

Es justo cuando se interrumpe la circulación de los afectos por parte de la víctima que emerge el dilema ético sobre los límites de la indagación. ¿Qué hacer con el interés de comprender la situación y lo

⁷ Hay una tendencia a dudar de las mujeres, especialmente cuando refieren violencias sufridas. En los procesos judiciales se espera que manifiesten un dolor insuperable. Si la historia no incluye gritos desgarrados o llantos incontenibles, se asume que el dolor es falso y los hechos también.

⁸ Agradezco a Alethia Fernández de la Reguera esta observación.

que le sucede en ese momento a quien se encuentra enfrente? ¿Cómo evitar que se sienta mal con mi reacción emocional ante sus palabras de dolor? Lo que me pasó fue el desbordamiento y rebasamiento de los límites de la gestión emocional (Hochschild, 1983): exhibí dolor, sorpresa o incluso gestos de incompreensión, en lugar de mantenerme calmada y serena, como lo habría hecho alguien entrenado en psicoterapia. Por querer identificar indicios de emociones y, al mismo tiempo, generar las emociones deseadas en ella (Rosenberg, 1990) —desde mis creencias y representaciones sociales sobre las víctimas de violación— insistí en indagar sus sentimientos en diferentes momentos de su vida, especialmente en los episodios de violación. Mi nivel de (in)comprensión me impedía pensar que su concepción de violencia era diferente a la mía, al grado de llegar a naturalizar actos tan atroces como ese tipo de abusos.⁹

Mis reacciones espontáneas como investigadora —curiosidad intelectual y también humana con expresión emocional genuina— eran actos arriesgados en términos de revictimización. Había una alta posibilidad de reabrir sus heridas, de que se cerrara su corazón o de generar una crisis emocional. Conforme avanzó la entrevista empezó a dar detalles: la forma en que fue asesinado su hermano —48 balazos—, la huida con la familia y sola, el hijo que dejó en Honduras (producto de una violación) y la pluralidad de víctimas en la última violación: sus dos hermanas menores.

Mi sorpresa genuina y el dolor parecieron reactivar la fluidez afectiva. El coraje empezó a asomar cuando hablaba de la injusticia que sentía ante la impunidad del asesinato de su hermano y las dificultades en su vida por denunciar el crimen. El miedo a la muerte durante la violación y la compasión por su hermana menor —pero no por sí misma— por ser violada. La tristeza al no poder estar con su familia de origen, con su hijo, el odio y la desconfianza hacia todos los hombres.

⁹ Las expresiones de violencia contra las mujeres están naturalizadas por los agresores, por la sociedad y, de manera destacada, por las víctimas. Sin embargo, al escuchar su relato esperaba algo más que una narrativa lineal.

Sin embargo, las emociones negativas, reprimidas hasta entonces, no parecían mutar en emociones fuertes que la impulsaran a actuar (Turner, 2010). Parecía alienarse en emociones como la resignación —frente a la violencia institucional— y la falta de expresión emotiva ante las violaciones sufridas. Esta vulnerabilidad emocional es comprensible si consideramos el contexto estructural como biográfico de esta inmigrante hondureña: violencia social e institucional, en su país de origen y en México, además de la violencia institucional y sexual a lo largo de su vida. Si se consideran las emociones como recursos simbólicos que se distribuyen de manera estratificada (Turner, 2010), ella fue despojada de los mismos cuando, al violarla, le quitaron lo más íntimo y personal: su cuerpo, su intimidad y su dignidad como mujer, lo que no demerita su asombrosa capacidad de resistencia para afrontar las adversidades de la vida.

La contratransferencia es inevitable en una investigación cualitativa, pues suele basarse en la interacción entre dos sujetos: quien investiga y quien es investigada o investigado,¹⁰ en cuya intersubjetividad anidan sentimientos y comportamientos (Holmes, 2014). A pesar de nuestras diferencias, yo estaba conmovida. Dije sin pensar: “me asombra mucho su fuerza” (entrevista, 29 de septiembre de 2016), palabras genuinas dentro de mis sentimientos confusos. Nuestros contextos tan distintos como inmigrantes me despertaron sentimientos de culpa. Me percaté de lo incomparable de nuestras vidas. A la vez, su capacidad de “salir adelante” a pesar de las diversas formas discriminación y violencias vividas me asombraron reconociendo su resiliencia. Deseaba que nada ni nadie la hiriera, que tuviera un futuro en un mundo difícil y violento; mientras sentía una profunda impotencia. Si el reconocimiento de la contratransferencia permite manejar nuestro desbordamiento emocional en el proceso investigativo, también obliga a pensar en el cuidado y el respeto del Otro.

¹⁰ Véase el capítulo de De la Peña, en este volumen.

La ética del cuidado se basa en la responsabilidad por el bienestar de las personas con quienes trabajamos y se ancla en las relaciones que establecemos con ellas. Tal vez, en el momento de la entrevista no era consciente de esto ni pude comprender la complejidad de los procesos emocionales que emergían en nuestra interacción. El malestar emocional causado por la incomprensión y tratamiento inadecuado por mi parte ante la circulación interrumpida de emociones permanece. Como señala Ospina-Escobar (en este volumen), el cierre de la investigación no siempre ocurre al terminar el estudio, puede ocurrir mucho después o no llegar.

Si la reflexividad emocional es la interpretación intersubjetiva de las emociones propias y de los demás (Holmes, 2015) —en el terreno de la investigación sería entre las emociones de quien investiga y de quienes son investigados—, es precisamente este proceso de reflexividad lo que he desarrollado en este escrito. Aunque en nuestro intercambio la circulación de emociones fue parcial y momentáneamente interrumpida, nuestras subjetividades se vieron mutuamente afectadas. Comprender la capacidad de resistencia femenina fue un regalo. Espero que ella también haya aprovechado el espacio de habla-escucha para desahogarse o para recuperar la confianza de exhibir sus emociones ante otros. “Narrar los propios recuerdos del trauma no siempre es terapéutico por sí mismo ni suficiente para la recuperación del trauma, pero tales narrativas contribuyen significativamente a tal recuperación” (Brisson, 1999: 40). Nuestro quehacer como feministas es crear un espacio respetuoso de diálogo donde las mujeres víctimas de violencia puedan expresarse libres de juicios y expectativas.

Del rebasamiento emocional a la construcción de procesos de incidencia: los efectos de poder de la emotividad

La investigación sobre feminicidio que inicié (Fragoso, s. f.)¹¹ en Chiapas y luego se extendió a Yucatán tuvo inicialmente un planteamiento de documentación y diagnóstico. El objetivo era comprender la configuración social del feminicidio en un territorio específico como el chiapaneco, en el que la población indígena, migrante y con altos grados de marginación económica es significativa. Dado que era importante conocer el contexto social que favorece la producción y reproducción de los feminicidios, antes de contactar directamente a las familias de las mujeres y niñas asesinadas por razones de género, realicé una revisión de los expedientes judiciales de los casos.¹² La mera lectura de los expedientes implicó una primera afectación emotiva de sobrecogimiento, una sensación que mezclaba la sorpresa y el desasosiego frente a los cruentos procesos de violencia y tortura que culminan en los feminicidios de mujeres y niñas.

La revisión incluía no sólo la lectura de testimonios reiterados en los que a veces los feminicidas reconocían y daban cuenta de sus actos de exterminio, sino la observación de fotografías de escenas del crimen y el cuerpo doblemente lacerado de la mujer, primero en su feminicidio y luego en las autopsias. Por obvias razones, los documentos judiciales no integran la voz de las víctimas directas en el caso de los feminicidios, y la de las víctimas indirectas está fuertemente sesgada por la búsqueda de la verdad jurídica centrada en el castigo al responsable del delito y no en las afectaciones y necesidades de éstas. La lógica del derecho positivo de los Estados modernos está atravesada por

¹¹ Mis estudios antropológicos sobre violencia iniciaron en 2008 con una investigación sobre la experiencia subjetiva de las violencias en las juventudes cancenenses. En 2014 empecé a trabajar con las violencias extremas de género, fundamentalmente el feminicidio, en el estado de Chiapas y, unos años después, en Yucatán.

¹² Esto fue posible gracias a un convenio con la entonces Procuraduría Estatal de Chiapas.

un punitivismo que busca castigar a quien comete una falta contra el Estado, en vez de incidir y transformar las condiciones que produjeron el delito o subsanar sus afectaciones e impactos en las víctimas.

Al leer los expedientes, aparecen datos y relatorías de “hechos” detrás de los cuales están velados el contexto y las condiciones sociales de las víctimas; por tanto, son escasos los elementos para comprender las circunstancias de los involucrados. Lo anterior favorece juicios racionales y emotivos que, al conocer y conversar con las víctimas indirectas y sus entornos sociales, se modifican. El contacto directo con las víctimas fue transformando profundamente mi investigación sobre feminicidio: de una investigación planeada desde el escritorio hasta una que se planteó en función de lo que las víctimas expresaron necesitar. En la formulación de dichas necesidades, el encuentro emotivo fue fundamental.

La gran mayoría de los familiares de las mujeres o niñas asesinadas que se involucran en los procesos judiciales son mujeres: madres, hermanas e hijas. Sólo en tres de los dieciocho casos investigados, los padres de las víctimas directas han asumido alguna participación en el proceso, y sólo en uno el padre asumió un rol protagónico. En general, las mujeres realizan las denuncias, acuden a reconocer el cuerpo, asisten a las audiencias y, sobre todo, asumen el cuidado y sustento de las niñas y niños que quedan en la orfandad por los feminicidios de sus madres.

En este sentido, es importante aclarar que la distinción entre víctimas directas e indirectas es jurídica. La Ley General de Víctimas (LGV, 2013) de México reconoce la existencia de víctimas directas, indirectas y potenciales, con la finalidad de discernir los derechos y mecanismos de atención a los que cada una debe tener acceso. Sin embargo, en la práctica, la frontera entre unas y otras es porosa pues, por un lado, comparten daños, afectaciones y lesiones a sus derechos y, por el otro, las víctimas indirectas con frecuencia se convierten en directas durante su búsqueda de justicia, especialmente por parte de los servidores e instituciones públicas que suelen maltratarlas o ser omisos en sus responsabilidades con las víctimas.

Justamente el proceso judicial, que ignora la dimensión emocional de los testimonios y de los planteamientos de las víctimas, facilitó que se generaran lazos de confianza entre quienes participamos en la investigación desde posiciones distintas. Si bien el sexo/género jugó un papel importante en la empatía con las mujeres familiares de las víctimas directas, fue aún más importante la disposición de la investigadora para dejarse afectar por las propias mujeres y sus relatos, en contraste con las burocracias judiciales y las instituciones de atención a víctimas (abogadas, abogados, trabajadores sociales, etcétera), las cuales establecen relaciones distantes, afectiva y socialmente.

Las primeras experiencias de contacto con las mujeres, y los encuentros afectivos derivados, resultaron clave para posicionarme más allá de este papel y moverme paulatinamente del espacio de quien documenta y pregunta para reconfigurar “hechos” y comprender sus condiciones de posibilidad al de una investigación que se propusiera incidir en lo que las mujeres víctimas indirectas de feminicidio necesitan. Para que esta transición fuera posible, la reflexividad emocional tuvo un papel fundamental. De acuerdo con Holmes (2015), ésta se distingue de la inteligencia o la gestión emocional (Hochschild, 1983) porque no se refiere a la puesta en práctica de habilidades cognitivas aprendidas y empleadas para controlar sentimientos de acuerdo con normas o situaciones particulares; la reflexividad emocional no es puramente cognitiva ni se ejerce de manera individual, sino que “it is embodied and relational, in ways beyond the habitual; infusing people’s interactions with others in the world” (Holmes, 2015).¹³

A continuación, describo el proceso de producción, intercambio y circulación emotiva entre dos mujeres víctimas indirectas de feminicidio y yo, investigadora que, si bien se posicionaba como feminista al momento de conocerlas, aún no transitaba hacia una investigación que buscara incidir directamente en la construcción de alternativas a

¹³ “Es encarnado y relacional, en formas más allá de lo habitual; infundir las interacciones de las personas con otros en el mundo” (Holmes, 2015 [traducción propia]).

la justiciabilidad en los casos de feminicidio o en aminorar los efectos de éste en las familias de las víctimas directas. Mi objetivo, al dar cuenta de esta economía política de las emociones, es mostrar cómo el encuentro emotivo con las víctimas indirectas, atravesado por un proceso de reflexividad emocional, permitió resolver tres de los dilemas éticos que surgieron en la investigación: ¿cómo puede la investigadora generar condiciones de autocuidado, al sentirse interpelada por la cruenta violencia feminicida, para actuar más allá del sobrecogimiento? ¿Qué hacer frente al dolor continuado de las víctimas indirectas de feminicidio? ¿Cómo responder a algunas de las necesidades de las víctimas documentadas en la investigación?

Como se mencionó, la lectura de los expedientes judiciales implicó una primera afectación emocional, pero el sobrecogimiento mayor llegó al visitar y conversar con las familias de las víctimas, y éste fue mutando paulatinamente en una “sucesión diacrónica de emociones” (Fragoso, 2020):¹⁴ en tristeza, rabia e impotencia, emociones que también atravesaban a las familias víctimas indirectas. La empatía con su situación y circunstancias brotaba casi de manera inmediata al escuchar sus testimonios sobre los feminicidios de las mujeres o niñas que amaban, y los perniciosos efectos que este acto de ignominia tuvo en sus vidas. Cuando concluía los encuentros con las familias, mi sensación era la del rebasamiento; es decir, una sensación de estar emocionalmente saturada y sobrepasada, no sólo conmovida, sino conmocionada; sus testimonios eran como ríos de dolor y enojo desbordados, pues lejos de contenerlos y canalizarlos, los procesos de acceso a la justicia estatal los potenciaban, ya que las familias so-

¹⁴ En un texto anterior propuse el término “sucesión de emociones” para explicar la configuración de una emoción compleja, el odio, como resultado de un proceso fluido de emociones que lo anteceden y conforman: el miedo, los celos, la frustración y la cólera. Agrego aquí el término diacrónico para enfatizar que la sucesión de emociones que me llevaron a una reflexión más sistemática sobre la ética en el trabajo con víctimas implicó la experimentación de estas emociones de manera constante, pero no secuencial, pues podía pasar de la tristeza a la rabia, o de la impotencia a la rabia, o de la rabia a la tristeza, indistintamente.

lían sentirse doblemente agraviadas por una burocracia judicial indiferente.

Según Deborah Gould (2015), las emociones de la investigadora pueden fortalecer su análisis, pues al revisar y confrontar lo que siente es capaz de ampliar su horizonte analítico a dimensiones que una primera implicación afectiva —que coincide con la de las personas con quienes trabaja— constriñen. En mi caso, identificar ese rebasamiento emocional —expresado primero en tristeza y enojo, y luego en indignación— exigió movilizar mis bases epistemológicas y éticas hacia el feminismo, entendido como una teoría de la opresión sexual, pero también como práctica transformadora en la que se busca desmontar las jerarquías de saberes, morales y afectivos, entre quien investiga y las mujeres con quienes trabaja, para explorar vías que incidan en la transformación de las condiciones —internas o externas— de opresión.

Así, el rebasamiento inicial fue transmutando, primero de manera intuitiva, luego reflexiva, y finalmente sistemática, en una serie de acciones orientadas por una ética feminista del cuidado, que en principio conocí en las prácticas de otras compañeras feministas organizadas, y luego en la lectura de la obra de una de sus principales exponentes ya citada, Carol Gilligan (1982). Ella propone que la voz históricamente silenciada de las mujeres corresponde a una visión y experiencia del mundo que tiene como base una ética del cuidado, cuya principal característica es que coloca el énfasis en las relaciones con las personas, la responsabilidad que tenemos con ellas y las particularidades de la situación para solucionar dilemas morales, pero sobre todo para tomar decisiones y actuar en consecuencia. Como fue referido previamente, para la ética del cuidado son fundamentales las capacidades relacionales de las personas y las emociones que surgen en el proceso de relacionamiento al momento de evaluar las situaciones morales.

En el proceso de configuración paulatina de una ética, me aproximé a la ética del cuidado. La reflexividad emocional tuvo un papel importante para responder tanto a los dilemas morales como a la

autoexigencia que experimenté para actuar y hacer algo más que documentar los feminicidios. En concordancia con lo propuesto por Deborah Gould, fue preciso transformar el rebasamiento en el que me sentía sumergida para empezar a actuar y trascender el plano de la documentación que se derivaba de la empatía. De la tristeza y la rabia, la sucesión emotiva hacia la indignación fue esencial para reconocer los recursos que, a diferencia de las víctimas indirectas, tenía y podía desplegar en una actuación ética de responsabilidad por las otras personas.

El momento de esa toma de consciencia fue el encuentro con Margarita y Dalia, hermanas de Rosa, una joven mujer que fue asesinada por negarse a ser la amante de su tío político, su feminicida. Vivían en una casa muy humilde en el ejido de un municipio rural y fronterizo entre Chiapas y Guatemala, cerca de Tapachula. Además de Margarita y Dalia, estaban presentes dos de los cuatro hijos de Rosa, de quienes Margarita se hacía cargo desde que su madre —abuela de los hijos— murió. También estaba presente una abogada de la Fiscalía, quien les explicaba a las hermanas que para concretar el trámite de ayuda alimentaria que solicitaron debían firmar un oficio que ella elaboraría, pero que no tendría tiempo de llevarlo sino hasta tres semanas después, ya que al día siguiente salía de vacaciones. Al escuchar esto, el rostro de Margarita se descompuso, confiaba en tener esa ayuda esa misma semana.

Al observar esa escena, la tristeza que me imbuía después de escuchar cómo habían asesinado a Rosa y la difícil situación que pasaba la familia, se convirtió en indignación. Margarita había solicitado el apoyo alimentario hacía meses y, sabiendo esto, la abogada me acompañó hasta su casa sin el oficio. Esa indignación aumentó ante la actitud despreocupada de la abogada al decirles que el trámite tardaría casi un mes más, hasta que regresara de vacaciones. Entonces pregunté a la abogada si podía elaborar dicho oficio a nuestro regreso a Tapachula, de modo que se lo pudiera llevar al día siguiente para que lo firmaran y entregarlo a las oficinas de la Fiscalía donde darían cauce al trámite. Aunque no respondió afirmativamente de inmedia-

to, cedió y al día siguiente —antes de regresar a mi ciudad de residencia, San Cristóbal de las Casas— llevé el oficio a Margarita y luego de vuelta a Tapachula.

Este impulso nacido de la indignación tuvo un efecto emocional —un “efecto de poder” (Foucault, 1998)— que me permitió actuar y encontrar una solución basada en la responsabilidad asumida en mi relación con Margarita, Dalia y sus sobrinos, más que en un imperativo categórico de justicia. Para que esto ocurriera, no sólo fue necesario identificar y exhibir mis emociones, sino transformar de manera reflexiva una primera experiencia emocional de desagrado e indignación ante la actitud de la abogada, en una decisión de actuar, de hacer algo para cambiar esa circunstancia.

Después de este encuentro, decidí iniciar un proceso terapéutico para hacerme responsable de mi propio proceso de afectación emocional; comprendí que era básico garantizar mi bienestar para poder acompañar a otras mujeres en los dolorosos procesos de acceso a la justicia. Con el paso de los años, y en alianza con otras mujeres —académicas y activistas—, he construido distintas rutas de incidencia: desde la elaboración de peritajes antropológicos en casos de violencia extrema de género contra mujeres y niñas hasta el desarrollo de un proyecto cuyo objetivo central fue acompañar a las familias de víctimas de feminicidio en procesos de justicia y reparación del daño.¹⁵ Si bien los dilemas éticos han continuado emergiendo, los procesos de reflexividad emocional desde una ética feminista del cuidado, la mayoría de las veces colectivos —en diálogo con otras colegas y activistas—, facilitan su resolución desde una lógica que evalúa la situación en función de los contextos específicos y de lo que cada familia expresa necesitar, que no siempre se traduce en la búsqueda formal de la justicia. Aunque el acompañamiento a las víctimas no necesariamente deriva en los efectos esperados en los procesos jurídicos,

¹⁵ El proyecto se tituló “Procesos de reparación y desagravio en casos de feminicidio en Yucatán, Quintana Roo y Chiapas: más allá de la justicia punitiva y hacia una justicia reivindicativa y transformadora”.

los efectos —tanto para quien investiga y realiza los acompañamientos como para las mujeres víctimas indirectas— resultan positivos en cuanto reproducen las relaciones de confianza, cariño, empatía, sororidad y esperanza.

CONCLUSIONES

Mirar de frente la violencia de género y sus efectos significa buscar un mundo en el que las mujeres y niñas vivan con dignidad. Esto implica diferentes retos en nuestro quehacer investigativo, ya que significa que los conocimientos producidos deben contribuir a la transformación de la realidad. Inicia con el reconocimiento de las víctimas como sujetos de derecho, sujetos activos en sus procesos de redignificación. En un mundo donde cada vez se hace más visible la crueldad, deseamos voltear la cara para no mirar. Sin embargo, es necesario seguir escuchando y registrando las palabras de las víctimas directas e indirectas de violencia, la falta de registro significa negarles incluso su estatus de víctimas (Díaz, 2021: 204).

A través de nuestras experiencias de investigación, reivindicamos la necesidad del desarrollo de estudios desde el punto de vista feminista, en el que la generación de conocimiento es un compromiso político basado en la ética feminista. Como señala Díaz (2021), “un ser humano deja de serlo en el mismo momento en que deja de importarnos su historia” (p. 210). Por lo tanto, realizar una investigación sobre los temas que las mujeres *quieren* y *necesitan* significa recuperar su humanidad sistemáticamente vulnerada y violentada.

Para ello, la reflexividad emocional —que en parte permite develar las relaciones de poder que atraviesan la producción de ciertas configuraciones emotivas— tanto de las personas participantes como de la investigadora es fundamental y tiene potencial analítico. Es importante rescatar esta dimensión en el contexto en el que las emociones surgen, se intercambian y circulan en la relación afectiva entre la investigadora y la persona investigada. Ese tipo de escritura permite “dejar que el lector se involucre en el proceso emocional” (Ellis, 2009:

108; citado por Gemignani, 2011: 707), que orientó los hallazgos, las conclusiones y las observaciones.

Como puede verse, ciertas prácticas de investigación nos sirvieron para resolver algunos dilemas éticos suscitados en nuestras experiencias investigativas. En primer lugar, estar conscientes de la corresponsabilidad del bienestar de las personas que participan en la investigación es fundamental en un trabajo con víctimas de violencia de género. Es necesario tomar precauciones para evitar la revictimización de las personas vulnerables y vulneradas, y tratarlas como sujetos autónomos que toman sus propias decisiones y acciones.

En segundo lugar, nuestro trabajo científico está basado en una relación intersubjetiva donde la interacción se interpela bidireccionalmente. La reflexividad emocional nos sirve para comprender y tomar en cuenta lo que sienten nuestras colaboradoras de investigación y cómo afecta la subjetividad de quien investiga y viceversa. Así, las afectaciones mutuas guían el horizonte de nuestras acciones en el proceso investigativo.

Por último, las alianzas entre mujeres que actúan desde distintos ámbitos —el académico, el del activismo e incluso el gubernamental— son centrales para construir proyectos emancipatorios de la violencia de género. Estas acciones incluyen a las propias mujeres víctimas y la potenciación de sus recursos, además de la consideración de sus necesidades. La ética feminista del cuidado justamente considera estos elementos.

En este proceso investigativo es indispensable reflexionar sobre la emocionalidad y la afectividad, dimensiones inherentes a la humanidad, desde el momento del diseño metodológico. Por ello, la economía política de las emociones basada en la ética feminista del cuidado nos permite una mejor comprensión de los fenómenos sociales que nos interesa conocer.

REFERENCIAS

- Alvarado García, Alejandra (2004). "La ética del cuidado". *Revista Aquichan* (4): 30-39.
- Asakura, Hiroko (2014). *Salir adelante. Experiencias emocionales de la maternidad a distancia*. Ciudad de México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Brisson, Susan (1999). "Trauma Narratives and the Remaking of the Self". En *Acts of Memory: Cultural Recall in the Present*, editado por Mieke Bal, Jonathan Crewe, Leo Spitzer, 39-54. Hanover/Londres: Dartmouth College, University Press of Nex England.
- Castañeda Salgado, Martha Patricia (2008). *Metodología de la investigación feminista*. Antigua: Fundación Guatemala/Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Castañeda Salgado, Martha Patricia (2019). "I. Epistemologías y metodologías feministas". En *Otras formas de (des)aprender. Investigación feminista en tiempos de violencia, resistencia y decolonialidad*, coordinado por Hegoa y Seminario Interdisciplinar de Metodología de Investigación Feminista, 19-40. Tarragona: Lankopi, S. A. L.
- Castillejo, Alejandro (2005). "Las texturas del silencio: violencia, memorias y los límites del quehacer antropológico". *EMPIRA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales* (9): 39-59.
- Cury, Mónica (2007). "Tras el silencio". *Arteterapia-Papeles de arteterapia y educación artística para la inclusión social* (2): 71-86.
- Díaz Álvarez, Enrique (2021). *La palabra que aparece. El testimonio como acto de supervivencia*. Ciudad de México: Anagrama.
- Fascioli, Ana (2010). "Ética del cuidado y ética de la justicia en la teoría moral de Carol Gilligan". *Revista Actio* (12): 41-57.
- Foucault, Michel (1998). *La voluntad de saber*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (2014). *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Fragoso, Perla (2020). "Sobre el odio de género y la misoginia feminicida". En *Las emociones en la vida social: miradas sociológicas*, coordinado por Marina Ariza, 35-70. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Gemignani, Marco (2011). "Between Researcher and Researched: An Introduction to Countertransference in Qualitative Inquiry". *Qualitative Inquiry* 17 (8): 701-708.
- Ghasarian, Christian (2008). *De la etnografía a la antropología reflexiva: nuevos campos, nuevas prácticas, nuevas apuestas*. Buenos Aires: Ediciones Del Sol.

- Gilligan, Carol (1982). *In a Different Voice. Psychological Theory and Women's Development*. Cambridge: Harvard University Press.
- Gilligan, Carol (1993). "Reply to critics". En *An Ethic of Care*, editado por M. J. Larrabee, 207-214. Londres: Routledge.
- Gould, Deborah (2015). "When your data make you cry". En *Methods of Exploring Emotions*, coordinado por Helena Flam y Jochen Kleres, 163-171. Nueva York: Routledge Taylor & Francis Group.
- Hochschild, Arlie Russell (1983). *The managed heart: Commercialization of human feeling*. Berkeley: University of California Press.
- Holmes, Joshua (2014). "Countertransference in Qualitative Research: A Critical Appraisal". *Qualitative Research* 14 (2): 166-183.
- Holmes, Mary (2015). "Researching emotional reflexivity". *Emotion Review* 7 (1): 61-66.
- Jacorzynski, Witold (2016). *Del salvaje exótico al Otro cultural: conflictos éticos en la antropología*. Ciudad de México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Kaufman, Susana (2014). "Violencia y testimonio: notas sobre subjetividad y los relatos posibles". *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios de Memoria* (1): 100-113.
- Ley General de Víctimas (LGV) (2013). "Nueva Ley publicada en el Diario Oficial de la Federación. México" [en línea]. Disponible en <https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/112957/Ley_General_de_Victimas.pdf>
- Marx, Karl (1971). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Rosenberg, Morris (1990). "Reflexivity and Emotions". *Social Psychology Quarterly* 53 (1): 3-12.
- Rubin, Gayle (2015). "El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo". En *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, compilado por Marta Lamas, 53-109. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México/Bonilla Arteaga Editores.
- Turner, Jonathan H. (2010). "The Stratification of Emotions: Some Preliminary Generalizations". *Sociological Inquiry* 80 (2): 168-199.
- Zabludowsky, Gina (2020). "Lenguaje y emociones ocultas: testimonios de violencia y trauma". En *Las emociones en la vida social: miradas sociológicas*, coordinado por Marina Ariza, 149-178. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.

Trabajo de campo y emociones: reflexividad para una ética relacional y de cuidado en la investigación sociológica con emociones

Jesús Alejandro de la Peña Rodríguez

*[...] cuida a quien te quiere, cuida a quien te cuida,
no maltrates nunca mi fragilidad [...]
("Cuídame", Pedro Guerra)*

INTRODUCCIÓN

En una entrevista, Saul, inmigrante en España, reflexiona espontáneamente sobre la labor del investigador social:¹

Tú tienes que estar sentado aquí escuchando [...], o sea, es algo que tú tienes que pasar, aunque tu no lo quieras, tienes que pasar por ahí. Podrías decir "Oye ¿sí podemos obviar esta parte? Mejor estudio un papel y me lo aprendo de memoria", pero no escuchar a la gente, porque le haces de psicólogo, la haces de todo [...], estar escuchando historias y viendo lo que pasa día a día, te va calando también a ti, en lo personal, porque te estás dando cuenta de que... ¡joder! Hay injusticia. ¿Me entiendes? Y

¹ Realizada en la investigación *El proceso de incorporación de personas inmigrantes hondureñas en la Ciudad de México y Madrid*, como parte de mis estudios doctorales en Estudios Migratorios en la Universidad de Granada. Por confidencialidad, se ha cambiado el nombre de la persona entrevistada y se reproduce el fragmento con su consentimiento.

las escuchas, y saber la historia de las personas, o sea... no sé si te hace más duro como persona o te sensibiliza (Saul, hondureño entrevistado en Madrid, 2024).

Saul describe cuatro temas relevantes y a veces obviados en la investigación social con trabajo de campo: primero, la persona investigadora no es aséptica y objetiva; segundo, la investigación tiene un efecto sobre las personas investigadoras; tercero, este efecto puede ser dañino para ellas; y cuarto, impacta la manera en que se relacionan con las personas en el terreno de la investigación y fuera de él.

Este capítulo se basa en la idea de que el trabajo de campo es una interacción social que produce una abundancia emocional que la persona investigadora incorpora a su subjetividad en función de la emergencia y el desarrollo de los estados emocionales vivenciados, de la gestión emocional que se despliega al lidiar con ellos, de la influencia de entornos sociales externos al trabajo de campo y de la concatenación de todo ello con otras vivencias biográficas. Siguiendo esta noción, reflexiono sobre los riesgos y daños para la persona investigadora, los cuales derivan de la abundancia emocional en el trabajo de campo. Propongo una ruta de acción para la construcción de un proceso reflexivo para el cuidado de la persona investigadora, orientada por una ética relacional y de cuidado adecuada a la investigación *con* emociones, así como algunas referencias para operar en esa dirección.

En la primera parte del capítulo caracterizo el trabajo de campo como una vivencia interaccional y experiencial con una abundancia emocional que impacta a quien investiga, pues lo expone a riesgos y daños. En la segunda sección presento un ejemplo de daño inmediato y a largo plazo derivado de mi propia experiencia. En la tercera sección delinearé los supuestos para la construcción de un proceso reflexivo para el cuidado de quien investiga basado en una ética relacional. Me detengo en las herramientas para su desarrollo y enuncio ámbitos externos al trabajo de campo que inciden en la vivencia emocional que lo caracteriza. Luego, enumero algunas coordenadas para la articulación práctica de la reflexividad emocional orientada al

cuidado. Finalmente ejemplifico, con mi propia experiencia, la aplicación de algunos de los elementos propuestos. En las conclusiones señalo la inevitabilidad de los daños, la importancia de la responsabilidad colectiva e institucional, así como la relevancia y complejidad de su puesta en práctica.

EL TRABAJO DE CAMPO COMO VIVENCIA CON ABUNDANCIA EMOCIONAL

El trabajo de campo es la investigación que sucede en el terreno (Bechhofer y Paterson, 2000: 91) e implica la interacción de la persona investigadora con las personas de su interés en entornos cotidianos. Vivencia intencionada para hacer factible la construcción de saber (p. 91). El trabajo de campo es, paralelamente, un artificio analítico favorable al conocimiento, una interacción social y una vivencia con impacto subjetivo: en cuanto que interacción, es un proceso vincular y de “influencia recíproca” (Goffman, 2017: 39), con efecto inmediato en los participantes. En cuanto que experiencia (De Lauretis, 1984), es un proceso a través del cual esa interacción se incorpora como subjetividad.

Otros capítulos de este libro y diversas reflexiones socioantropológicas² muestran que el trabajo de campo origina múltiples emociones que ritman el proceso de investigación, impactan a quien investiga y le instalan en un entramado de relaciones, motivaciones, dubitaciones, reflexiones, involucramientos, presiones múltiples y transformaciones intelectuales y vitales que afectan su actuación inmediata y trastocan su relación con los otros y consigo mismo en el largo plazo. Miedo, alegría, ira, empatía, antipatía, vergüenza, esperanza, entre otras emociones, emergen una y otra vez (Aguilar, 2022; Blix, 2015; Duneier, 1999; Gould, 2015; Jacobo y Martínez-Moreno, 2022;

² La obra colectiva coordinada por Frida Jacobo y Marco Martínez-Moreno (2022) contiene ejemplos interesantes sobre esta abundancia emocional, su análisis y gestión.

Lillrank, 2012; Martín, 2015; Mazariegos, 2022; Shoshan, 2015; Wetergren, 2015). La abundancia emocional está en el corazón del trabajo de campo y emana de sus componentes nucleares: las interacciones sociales. Necesariamente, éstas desencadenan emociones múltiples que movilizan a los participantes (Barbalet, 1998) y afectan los vínculos que construye quien investiga con las personas que encuentra en campo; vínculos que son recíprocos, socioafectivos y le impregnan emocionalmente (Jimeno, Varela, y Castillo, 2012).

La abundancia emocional media el impacto —positivo o negativo— que el trabajo de campo imprime en la subjetividad de la persona investigadora. Concretamente, las vivencias emocionales en el contacto con las personas participantes de la investigación y con sus contextos de vida pueden afectar a quien investiga impulsando la mutación de los compromisos políticos, aversiones y simpatías que sostiene con respecto a las poblaciones con las que trabaja o dinamizando conflictos afectivos que cimbran su percepción sobre su quehacer profesional y su ser en el mundo. Por ejemplo, Jimeno, Varela y Castillo (2012) señalan cómo su implicación afectiva con la comunidad Nasa durante el proceso etnográfico modificó su relación con actores institucionales de la zona, profundizó su involucramiento en los procesos colectivos de memoria y reafirmó su concepción de la antropología como una vía para el ejercicio de la ciudadanía.

Al efecto negativo producido por el trabajo de campo lo llamaremos daño. Según Florencia Santi (2013), éste es un impacto derivado de una interacción dentro de una investigación social que afecta u obstaculiza “los intereses de las personas involucradas o puede violar algún derecho” (pp. 122-123), entendiendo por interés los elementos esenciales para el desarrollo físico, mental y social de la persona, interpretable en un espectro amplio donde caben componentes como el “concepto de sí mismo, su reputación, su vínculo con otros, etc.” (p. 120). A la posibilidad de que un daño se concrete, se le nombra riesgo (pp. 112-113). Usualmente se resaltan los riesgos que enfrentan las personas participantes de una investigación como producto de la intervención de la persona investigadora, pero dada la naturaleza rela-

cional del trabajo de campo y la condición recíproca y socioafectiva del vínculo (Jimeno *et al.*, 2012), el riesgo y el daño son bilaterales (George, 2021). Es decir, la persona investigadora también es susceptible de ser afectada, en parte como consecuencia del fenómeno de la contratransferencia —vuelvo sobre este concepto más adelante— y sus emociones concomitantes en el contexto de la abundancia emocional inherente al trabajo de campo (George, 2021).³

LA ABUNDANCIA EMOCIONAL EN EL TRABAJO DE CAMPO: UN EJEMPLO

Cuando comencé en el acompañamiento psicosocial, me enseñaron que la vivencia del “terreno” implica daño potencial sobre quien desarrolla el oficio debido a la cantidad de emociones que experimenta. Se cuentan historias de personas investigadoras y defensoras de derechos humanos que sufren crisis nerviosas, intentos de suicidio, depresión y adicciones como corolario de su labor. A continuación, expongo una experiencia de riesgo y daño que viví en 2009 mientras ejercía en una organización no gubernamental enfocada a las personas inmigrantes en la Ciudad de México, deteniéndome en su desarrollo y resaltando sus consecuencias tanto en mi situación de entonces como en mi ejercicio como investigador social.

Durante el primer año y medio de ejercicio profesional conocí a Michel:⁴ un varón de origen africano, con una hija mexicana, de casi 30 años y cinco viviendo en México. Siempre con ropas relajadas, cabello trenzado y una gran sonrisa; ejercía como músico callejero, cantaba y tocaba su guitarra con movimientos alegres, bromeando y entonando frente a un público que le aplaudía. Su carisma atrapaba. Yo tenía 24 años, recién egresado de la licenciatura. Siempre me sentí comprometido con el activismo político y la migración, el acom-

³ George (2021) menciona sólo la ansiedad como emoción implicada en el daño bilateral, yo prefiero asumir que involucra toda la gama de emociones.

⁴ Por confidencialidad, el nombre y otros datos de la persona han sido modificados. Se reproduce esta experiencia con el consentimiento de la institución donde se desarrolló.

pañamiento psicosocial combinaba mis intereses. Animado por mi trabajo, me involucraba en casos donde tenía afinidad con las personas. También me gustaba la música, a veces tocaba como cantautor en algunos cafés. Michel frecuentaba la oficina para tomar un café o pasar un rato. Yo no estaba a cargo de su caso, pero siempre charlábamos sobre lo apasionante de la música y de lo que nos hacía sentir. Me contaba de las canciones que hacía sobre su hija, de sus experiencias de vida y de sus aspiraciones.

Me sentía cercano a él: nos gustaba la música y la vivíamos como una vía para conectar sentires, teníamos edades cercanas, nos gustaba “lo hippie”, éramos soñadores despiertos. Lo admiraba; me parecían fascinantes su capacidad de conectar de forma cotidiana con los demás, su risa y felicidad a pesar de las complicaciones y su resistencia ante las dificultades. Esta identificación, admiración y conexión convirtieron los diálogos con él en grandes momentos. También me preocupaba su situación: me involucré sin estar institucionalmente obligado, iba a casa y pensaba en ello, hablaba sobre él con mis compañeras de trabajo y personas cercanas, buscaba activamente ayudarlo. Meses después, Michel fue diagnosticado con una enfermedad crónico-degenerativa. Institucionalmente fortalecimos nuestro acompañamiento y creció mi interacción profesional con él. También cambió su estado de ánimo, no perdió su alegría habitual, pero solía notarse más ansioso y triste. Cayó en situación de calle. Sus circunstancias se agravaron cuando comenzó a tener alucinaciones, delirios y comportamientos erráticos, aunque intenté que esto no cambiara la dinámica entre nosotros.

Un día, Michel llegó en un momento de fuertes alucinaciones y delirios. Iba vestido con ropas rotas sobrepuestas, tenía la cara pintada y llevaba una rama de árbol gruesa en forma de cetro; pidió hablar sobre los recursos que necesitaba. Lo llevé a la sala de juntas y dialogamos. Me habló sobre sus necesidades y dijo que requería más apoyo; le recordé que, como ya habíamos establecido, no había recursos disponibles. Esto le molestó —en este tipo de labor, algo normal ante una respuesta así— y comenzó a hablar agresivamente, moviendo

con fuerza su cetro por los aires. La sala era un espacio amplio, había sólo una puerta de salida —ubicada frente a él— y una gran mesa que nos separaba. Intenté conversar para que se desahogara y calmara —procedimiento típico en situaciones así—, pero su tono agresivo aumentaba, golpeando el piso con el cetro y subiendo el volumen de voz. Sentí mucho miedo, pues veía el riesgo de recibir una agresión física de la que no podría escapar. Seguí intentando dialogar, explicando que no dependía de mi decisión y que entendía su frustración, mientras miraba sus movimientos y evitaba que la distancia física se redujera. En algún punto, Michel cortó la conversación y salió. Al terminar, me sentí afectado: con miedo, sudor y lleno de adrenalina; sentía que debía estar enojado, pero lo reprimía justificando su reacción; pensaba que atenderlo había sido una decisión correcta, pues era mi deber profesional; me sentí triste por la ruptura de nuestra cordialidad e impotente por no poder ayudarlo.

Tiempo después, Michel requirió atención psiquiátrica. Aceptó acercarse a esos servicios y se internó en una institución tradicional —única opción factible con los recursos disponibles—. Yo tenía sentimientos encontrados: sabía las implicaciones negativas de un internamiento de este tipo, a la par que reconocía que era la única posibilidad viable para su mejoría. Ya en el internamiento, Michel mejoró y comenzó a plantear su deseo de grabar un *demo* de sus canciones y volver a su país. Como le visitaba con cierta frecuencia, acordamos hacer la grabación; llevé computadora, guitarra y micrófono y grabamos sus canciones en un pequeño cuarto del hospital. Me invitó a tocar la guitarra en una de ellas; conservo ese audio entre mis recuerdos más preciados. Fue un momento paradójico, pues sentí felicidad por el desahogo y conexión con Michel, no obstante, no dejaba de sentirme impotente ante su situación general y por no haber podido evitar su internamiento. Este episodio es un ejemplo de las dinámicas emocionalmente ambivalentes que viví acompañándole.

Todo esto sucedía mientras en mi vida personal experimentaba mucha presión. Había problemas en la organización y mi salida era posible; era mi primer trabajo y me preocupaba el futuro. También

atravesaba crisis significativas con mi pareja y mi familia. Además, mientras tocaba en un café hubo un asalto donde mi abuelo salió herido —quien, aunque sobrevivió, vio su calidad de vida disminuida—. Todo esto me produjo sentimientos cotidianos de miedo, ira y tristeza. Comencé a vivir episodios de ansiedad: mi cuerpo se aceleraba incontrolablemente con palpitaciones, sudores, pensamientos intrusivos, miedo repentino e irracional. En ese periodo —muy cercano al asalto y al acompañamiento relatado— comencé a sentirme ansioso de encontrarme con Michel; al verlo, sentía una mezcla de felicidad por el encuentro, combinado con un miedo de baja intensidad ante la posibilidad de un nuevo episodio conflictivo. Mi accionar se jugaba entre las ganas de evitar la situación, el afecto que le tenía y mi deber profesional de acompañarle, produciendo una culpa que en ese momento no pude reconocer.

Mi salida de la organización fue repentina y no recuerdo cuándo dejé de ver a Michel o si volvió a su país, pero sé que las vivencias con él y mis avatares vitales de ese momento dejaron una marca significativa. Superé los episodios de ansiedad gracias a la terapia psicológica y a las reflexiones con mis colegas. Creo que estos ejercicios ayudaron a que los efectos de este periodo se paliaran en el mediano y largo plazo.

No obstante, uno de los daños más significativos, sutiles y permanentes a que abonó este momento vital lo identifiqué en una reflexión⁵ sobre dos investigaciones de largo aliento.⁶ Me di cuenta de que, influido inconscientemente por la práctica —frecuente y tácita— de algunos especialistas de la psicología de mantener una distancia afectiva con los pacientes, tiendo a sentirme incómodo cuando se desdibuja mi papel como investigador/profesional frente a las personas con las que trabajo, y me distancio de ellas:

⁵ Que no reproduzco por exceder los límites de este capítulo.

⁶ El primero, realizado entre 2011 y 2013, titulado “El proceso de incorporación de inmigrantes salvadoreños a la Ciudad de México, 2002-2012”; el segundo es el referido en la nota 1 a pie de página. Por confidencialidad, se cambiaron los nombres de las personas mencionadas.

- Por ejemplo, en una de mis primeras experiencias de investigación —posterior al tiempo en que conocí a Michel—, Amanda, informante clave, me invitó a un encuentro con personas inmigrantes realizado en una institución, era una convivencia que implicaba interactuar con ellas en un entorno cotidiano. Amanda me presentaba como investigador y me trataban sin mayor revuelo, yo me ponía nervioso y me inhibía en la interacción: ¿cómo desenvolverme?, ¿cómo actuar seriamente para mantener mi *estatus* de investigador? ¿Es injusto tratarlos con distancia? Si lo que me acerca a estas personas es mi investigación, ¿no es poco auténtico convivir como amigos? Dejé de lado mi papel de investigador, aunque no terminé por sentirme cómodo en esa dinámica.
- En mi investigación actual —más de una década después que la anterior y con mayor experiencia investigando—, soy inmigrante en el mismo país que las personas informantes de mi investigación. En los encuentros suele darse un intercambio informal sobre los retos que enfrentamos como inmigrantes latinoamericanos. En algo que se repite en entrevistas con diferentes personas, Joselyn —inmigrante e informante clave— me plantea la posibilidad de salir de fiesta con un grupo de amigos activistas, lo que me incomoda. Siempre declino la invitación. Me vienen a la mente las mismas preguntas de hace diez años.

Es claro que la distancia con las personas con las que trabajo es producto de una formalidad institucional, pero es evidente también mi miedo ante situaciones donde se desvanece la distancia social entre ellas y yo. La incomodidad que siento en estas interacciones muestra que el *lugar de mayor saber/poder* que apuntalo en mi *estatus de nativo* —en la primera viñeta— y de investigador —en ambos ejemplos— funge como refugio relacional. Creo que, a través de este *distanciamento profesional*, busco evitar un involucramiento que me acerque a emociones dolorosas.

La persistencia de esta dinámica por casi una década me lleva a pensar que los daños de efecto inmediato —como los descritos en la vivencia con Michel y otros que pude vivir— transmutaron y permanecieron en forma de mecanismo defensivo. Este *distanciamiento profesional* es paradójico: por un lado, me permite ejercer el acompañamiento psicosocial durante casi diez años ininterrumpidos sin sufrir daños de gravedad causados por el contacto permanente con la abundancia emocional ahí implicada⁷ y, por otro lado, es una suerte de daño sutil y a largo plazo que encarna un proceso emocional —menos expresivo y más duradero en comparación con los episodios de ansiedad—⁸ que me aliena de mi propio sentir y afecta mi capacidad de vinculación horizontal en el ejercicio investigativo.⁹

LA REFLEXIVIDAD: HERRAMIENTA DE CUIDADO DE LA PERSONA INVESTIGADORA

Ante los riesgos que enfrenta la persona investigadora al vivenciar la abundancia emocional del trabajo de campo, es necesario desarrollar prácticas de cuidado. El eje de estas prácticas debe ser la comprensión de la producción de los daños para, con ese saber, accionar en sentido contrario. La mejor herramienta para lograrlo es la reflexividad emocional. Propongo algunos elementos que facilitan un proceso reflexivo para el cuidado de quien investiga, desde la perspectiva de una ética relacional.

⁷ Permanente, ya que esta labor sólo existe en el campo, a diferencia de la investigación que permite periodos de alejamiento del terreno.

⁸ Lo destaco pues, como señala Collins (2009), se suele atender a las emociones “repentinas y dramáticas” (p. 146), pero también hay “tonos o humores duraderos que subyacen a la vida social y la impregnan” (p. 146).

⁹ Daño, pues afecta capacidades de relevancia para mi desarrollo profesional.

La reflexividad emocional desde una ética relacional

Siguiendo a Burkitt (2012), la reflexividad emocional es el proceso a través del cual construimos una percepción de nosotros mismos, de los otros y del mundo social. En él, las emociones son centrales, pues influyen en el monitoreo que hacemos de las respuestas que podemos ejecutar en las interacciones y en las acciones que efectivamente llevamos a cabo. La reflexividad cobra diferentes formas: la primera posee un bajo nivel de conciencia y es alimentada por las sensaciones corporales (*self-feeling*); la segunda está articulada a través de un diálogo interno sobre lo sentido, con un nivel mayor de conciencia acerca de la motivación de la acción y con influencia de la primera (*self-reflexion*); y la última es altamente consciente y está construida a través del uso intencionado de saberes, sosteniendo influencia mutua con la segunda (*reflexivity*).

Ya que las emociones no son un interés tradicional de la investigación social, en la experiencia de trabajo de campo la abundancia emocional regularmente corre por las primeras dos formas de reflexividad. Las dinámicas emocionales vivenciadas por quien investiga no están, habitualmente, bajo un escrutinio con alto nivel de conciencia, por lo que pueden no ser percibidas, a menos que sean muy evidentes. Por ejemplo, lo presentado en el apartado anterior es una construcción retrospectiva y en su desarrollo real se dio con una conciencia orientada a actuar en la situación, la reflexividad permite recordarla analíticamente. Por ello, la tercera forma de reflexividad (*reflexivity*) es la adecuada para identificar los riesgos y daños que rondan a la persona investigadora en el trabajo de campo: facilita una comprensión consciente e intencionada de la vivencia de abundancia emocional, para, desde ese lugar, acuñar un saber a fin de evitarlos.

Para ubicarnos en ese nivel de reflexividad e incorporar los sentires y riesgos/daños que rondan a quien investiga, propongo orientarnos por una ética que privilegie dos aspectos: primero, el cuidado de quienes participan —principio de no maleficencia (Santi, 2013)—; segundo, el reconocimiento de que es en el arraigo relacional donde anida el

riesgo del trabajo de campo. Trasladada al ámbito de la investigación social, la ética relacional propuesta por Keneth Gergen (2001, 2015) para la psicoterapia supone una perspectiva que cubre los requisitos enunciados en el párrafo anterior.

La propuesta de Gergen (2001, 2015) parte de reconocer los riesgos y daños bilaterales y promover la implicación del profesional en la relación con las personas con las que trabaja para construir un diálogo ético que instaure una responsabilidad relacional e impulse el cuidado de todos los partícipes.¹⁰ Según este autor (Gergen, 2015), la concreción de un daño en una relación profesional/investigador-participantes de la investigación/paciente acontece porque los valores que guían el cuidado se centran sólo en una de las partes y no son coincidentes, por lo cual es necesario construir un horizonte de acción común, favorable a la relación. Esto es factible sólo si todas las voces de las personas vinculadas se hacen sonoras, pues así se visibiliza el interés de cada una de ellas y, consecuentemente, los riesgos y daños que las rondan. Para Gergen (2015) esta construcción tiene dos vías de aplicación: la *responsabilidad relacional*, es decir, que todas las personas involucradas asumen la responsabilidad de los daños que se producen en el intercambio, y la *inmersión relacional*, que, interpretándola en los términos previamente expuestos, significa que las personas partícipes se dejan impregnar por el efecto emocional de las interacciones que ocurren en el trabajo de campo para escuchar la voz del otro desde ahí y construir el horizonte de su acción, orientado a la aspiración recíproca de continuidad de la relación y eliminación de dinámicas dañinas.

Por tanto, asumir la ética relacional en el trabajo de campo supone:

¹⁰ Adelante menciono los términos del *profesional/paciente*, en conjunto con los de *persona investigadora/participantes de la investigación*, atendiendo al ámbito original hacia el que este planteamiento fue orientado. Lo retomo por su énfasis relacional.

- a. Incorporar la voz de las y los participantes, tal como se hace desde otras plataformas conceptuales y éticas, especialmente las de corte participativo (Denzin y Lincoln, 2005).
- b. Tomar conciencia de la inmersión relacional y la reciprocidad socioafectiva que envuelve.
- c. Hacer sonora aquella parte de la vivencia emocional de quien investiga, la cual ha quedado ocluida: los riesgos y daños potenciales en el ejercicio del oficio durante la abundancia emocional propia del trabajo de campo.¹¹

Supuestos, herramientas y coordenadas de una reflexividad orientada al cuidado

A continuación, presento los supuestos y las herramientas que han de guiar la reflexividad mientras se realiza la investigación de campo. Los supuestos permiten hacer consciente la inmersión relacional, mientras las herramientas hacen posible sonorizar los impactos y —en su caso— los daños vividos. Señalo también dos ámbitos externos al trabajo de campo que pueden alimentar la abundancia emocional, y propongo una ruta práctica para articular la reflexividad emocional en el trabajo de campo.

Supuestos

Los supuestos son los puntos de partida que coadyuvan a tomar conciencia de la inmersión relacional. Destaco tres: 1) la reafirmación del carácter sintiente de quien investiga, 2) el reconocimiento de que las emociones emergen relacionalmente, 3) la idea de que los individuos desarrollan pautas de gestión emocional ante los estados afectivos que los embargan.

¹¹ Para este punto, me centro en la sonorización de la vivencia de quien investiga. Enfoques como los del punto a son ideales para un diálogo de doble vía.

Para seguir estos principios y reafirmar que la persona investigadora es un ser sintiente susceptible de ser trastocado —positiva o negativamente— por la particular abundancia emocional de lo que acontece en el trabajo de campo, resulta fundamental ejercer la mencionada reflexividad emocional. Esto implica incluir en nuestro ejercicio de pensamiento la “interpretación intersubjetiva de las emociones propias y de los otros y de cómo se presentan” (Holmes, 2015: 61), como clave de elucidación de la relación persona investigadora-participante en la investigación. Abordada en estos términos, podemos acercarnos a un conocimiento más profundo de ese proceso relacional y a una sonorización nítida de la vivencia de quien investiga.

Esto es posible asumiendo que las emociones son aquello que se siente en la vivencia relacional y que surgen de las propiedades estructurales de las interacciones sociales (Barbalet, 1998). Emergen de la apreciación que tiene quien experimenta sobre las relaciones, los sucesos y las perspectivas de acción que confronta; no tienen forma definida, aparecen como flujos emocionales dinámicos, no necesariamente conscientes (Ariza, 2016; Barbalet, 1998; Turner y Stets, 2006). Tienen una doble naturaleza —al mismo tiempo son asunto individual/privado y relacional/contextual— y una doble orientación: impulsan la movilización espontánea y provocan la gestión de lo sentido (Barbalet, 1998).

La gestión emocional es definida por Hochschild (1979) como el esfuerzo de las personas por manejar las emociones que efectivamente sienten en una situación para ponerlas en sintonía con aquello que es socialmente adecuado sentir —las reglas emocionales del contexto.¹² La gestión emocional opera a través de técnicas corporales, expresivas y cognitivas que, buscando evocar o suprimir lo que se siente, ayudan a disimular —*surface acting*— o cambiar —*deep acting*— lo sentido. En la vivencia emocional del trabajo de campo, como en toda intera-

¹² Directrices socioculturales que configuran tanto lo que deseamos sentir en una situación como nuestra gestión emocional (Hochschild, 1979: 563-564).

cción social, hay emociones sentidas y una gestión emocional que se ejecuta casi siempre de forma intuitiva (o poco consciente), en una suerte de tácticas de autorregulación para lidiar con los flujos emocionales de las interacciones sociales de acuerdo con las condiciones de la situación, las reglas del sentir y la biografía individual.

Herramientas

Para adentrarnos en la abundancia emocional a través del ejercicio de la reflexividad emocional, es útil distinguir tres planos entrelazados: los estados emocionales, las dinámicas emocionales y el modo en que ambos se subjetivan en la experiencia personal.

Los *estados emocionales* nacen de las interacciones situadas y son identificables con un término o etiqueta particular. Conllevan correlatos físicos y mentales, se vinculan con otros estados emocionales y pueden o no hacerse conscientes —por ejemplo, el miedo que sentí en la interacción con Michel—. En cambio, las *dinámicas emocionales* refieren a la interrelación entre varios estados emocionales emanados de la interacción (o interacciones) —por ejemplo, la dinámica de miedo, ira, culpa e impotencia que viví como producto de esa misma interacción—, y tienden a desencadenar acciones inmediatas, produciendo la movilización espontánea con respecto a los estados emocionales particulares y en conjunto —el diálogo con Michel que se movilizaba por el miedo.

La distinción entre estados y dinámicas emocionales contrasta los efectos puntuales —inmediatos de la interacción social en el ánimo de quien investiga— de las dinámicas emocionales entrelazadas que suscita, *in situ*, y a través del tiempo. Huelga decir que en ambos casos las personas implementan —de modo más o menos consciente— *formas de gestión emocional* que a la larga configuran un *estilo de gestión emocional* particular. Entiendo por este último la propensión a apegarse a ciertas formas de gestión emocional en determinados ti-

pos de interacción, preferencia nacida de la efectividad que algunos de ellos tuvieron en situaciones previas vividas.¹³

En el largo plazo, las dinámicas emocionales sucesivas sedimentan en forma de experiencia, es decir, como parte del:

[...] Proceso por el cual se construye la subjetividad de todos los seres sociales. A través [del cual] uno se coloca a sí mismo o se ve colocado en la realidad social, y con ello percibe y aprehende como algo subjetivo (referido a uno mismo u originado en él) esas relaciones —materiales, económicas e interpersonales— [...], es al efecto de esa interacción [con el mundo] a lo que yo llamo experiencia; y así se produce, no mediante ideas o valores externos, causas materiales, sino con el compromiso personal, subjetivo en las actividades, discursos e instituciones que dotan de importancia (valor, significado, y afecto) a los acontecimientos del mundo (De Lauretis, 1984: 253).

Por tanto, la *experiencia emocional* es el resultado de la concatenación entre las dinámicas emocionales que acontecen en las interacciones sociales y la dimensión biográfica de quien investiga. Constituyen su efecto subjetivo de mediano y largo plazo. Las formas de gestión emocional que las personas desarrollan vez con vez se integran también a dicha experiencia como estilos de gestión emocional —por ejemplo, el mecanismo de distanciamiento profesional que desarrollé—. Es importante no dejar de ponderar en todo momento la recursividad de las dinámicas emocionales en su intersección con el tiempo biográfico. Estos procesos y dinámicas quedan sintetizados en los diagramas 1 y 2.

¹³ Retomo la distinción del saber psicológico entre estilos y estrategias de afrontamiento. Los estilos son “formas estables o consistentes de afrontar el estrés; las estrategias, acciones y comportamientos más específicos de la situación” (Castaño y León, 2010: 247).

Diagrama 1
Dinámica emocional durante el trabajo de campo



Fuente: elaboración propia.

Diagrama 2
Experiencia emocional y estilos de gestión durante el trabajo de campo



Fuente: elaboración propia.

En las interacciones cotidianas en el trabajo de campo es usual que permanezcamos en un nivel de reflexividad superficial. Lo que habitualmente percibimos ahí es la movilización espontánea o inmediata; es decir, la reactividad epidérmica que tiene lugar en el intercambio relacional en una situación dada, y no las dinámicas emocionales que subyacen a ésta. Pero es precisamente en las dinámicas emocio-

nales donde, de acuerdo con George (2021), arraiga la posibilidad del daño bilateral. Por ello, un aspecto clave para la reflexividad emocional son los procesos de contratransferencia en la interacción con las personas colaboradoras.

La contratransferencia refiere a los contenidos socioafectivos (expectativas, identificaciones, rechazos, etcétera) que desarrolla quien investiga respecto a las y los participantes en el trabajo de campo, y nace del cruce entre determinados elementos de la interacción situada y los contenidos biográficos de quien investiga (Ferenczi, 2009; Freud, 1915)¹⁴ —por ejemplo, mi identificación con Michel basada en similitudes biográficas y el gusto por la música, nacida de la sintonía relacional y de los elementos de mi propia experiencia.

La contratransferencia denota la huella que la abundancia emocional imprime en quien investiga y arroja luz sobre la gestión emocional que despliega frente a ella (Hollway, 2016; Holmes, 2015). De ahí su valor como herramienta de reflexividad emocional: pensar la intersección de las interacciones concretas con las particularidades biográficas de quien investiga factibiliza la sonorización de estas dinámicas y la ampliación de nuestra comprensión, tanto de los impactos vividos como de las formas y estilos de gestión emocional sostenidos. Esta sonorización y profundización reflexiva posibilitan, en último término, delinear acciones preventivas para cuidar de quien investiga desde una ética relacional.

Para identificar los procesos contratransferenciales conviene delinear tanto los contenidos biográficos que conectan a quien investiga con algunos procesos emocionales —por ejemplo, la influencia positiva de mi gusto por la música con Michel— y el contexto situacional en que tiene lugar la interacción, en particular, las relaciones de poder y estatus, así como el orden normativo que rige el intercambio (Blix, 2015; Gould, 2015; Martín, 2015; Wettergren, 2015). Por ejemplo, la in-

¹⁴ Carretera de dos sentidos, pues existe la transferencia, que es el mismo fenómeno, pero en dirección del paciente o colaborador hacia el profesional o investigador.

fluencia que mi posición de poder como acompañante psicosocial y el deber que se erige sobre esta actividad tuvo en las dinámicas emocionales ambivalentes que viví con respecto a Michel.¹⁵ Pensado así, no cabe duda que el contenido emocional de la contratransferencia varía significativamente de acuerdo con cada contexto social y biográfico, como cuando el trabajo de campo se emprende desde una posición subordinada —entrevistar a un tomador de decisiones de alto perfil—, en lugar de cuando se hace desde una posición de clara ascendencia social —cuando alguien de un sector socioeconómico privilegiado entrevista a miembros de grupos sociales en situación de vulnerabilidad.

Ámbitos de influencia externos al trabajo de campo

En las interacciones que estructuran el trabajo de campo inciden también contextos externos a éste. Considerarlos es relevante para sonarizar la vivencia de quien investiga, pues estos ámbitos pueden alterar las dinámicas emocionales que experimenta (véase diagrama 3). Dos ámbitos clave son los contextos institucionales en los que se inserta la investigación y la vida más allá del oficio de investigar.

La investigación social tiene como referencia el entorno institucional que le otorga las condiciones de posibilidad. Desde éste pueden emanar presiones para el logro, presencia o ausencia de apoyos, exigencias de rendición de cuentas, cuestionamientos, indiferencias, entre otras, aspectos externos al trabajo de campo que, sin embargo, lo afectan. Miedo, ira, frustración, impotencia, alegría, orgullo, vergüenza, son algunos de los estados emocionales que este ámbito puede ocasionar. Lo sucedido en el entorno institucional, mínimamente, crea una disposición de ánimo que incide sobre las relaciones que establece la persona investigadora en su trabajo de campo en múltiples direcciones, llevándola a tomar decisiones encaminadas a regular —intencionada o inintencionadamente— el volumen

¹⁵ Retomo de Kemper (2006) el poder y el estatus como ejes para analizar las emociones.

de su atención en terreno y las dinámicas emocionales que le suscita —por ejemplo, la presión devenida del canon disciplinario e institucional que me hizo sentir obligado a acompañar a Michel bajo cualquier circunstancia.

Diagrama 3
Relación entre ámbitos de influencia



Fuente: elaboración propia.

A su vez, el trabajo de campo está inevitablemente engarzado en procesos vitales que acontecen con independencia de la investigación. Circunstancias físicas, afectivas, familiares, de la etapa del curso de vida, biográficas, laborales, sociopolíticas y de salud, contingentes a la vida de cualquier ser humano, inciden en el trabajo de campo. Mientras desarrolla su labor, quien investiga puede atravesar situaciones tan variadas como la muerte de seres queridos, reestructuraciones familiares, dificultades o bonanzas económicas, enfermedades, crisis políticas de las sociedades en que se desenvuelve, entre otras situaciones que detonan dinámicas emocionales compuestas por una amplia gama de estados emocionales. Todo ello influye tanto en el ánimo —positivo o negativo— con el que se abordan las relaciones en el trabajo de campo como en la predisposición hacia situaciones que alimenten procesos contratransferenciales —por ejemplo, el asalto que

viví, el cual seguramente profundizó mi ansiedad ante la posibilidad de otro episodio ríspido con Michel.

Coordenadas para articular la reflexividad como práctica de cuidado

¿Cómo impulsar el cuidado con una perspectiva de ética relacional desde estas premisas? La reflexividad emocional, en tanto aumenta la conciencia sobre los daños potenciales, permite derivar formas de protección específicas. Con base en ella es posible monitorear los procesos de movilización y gestión emocional, así como las dinámicas emocionales más frecuentes —y las más conflictivas—, ya sea de manera sincrónica con el trabajo de campo o retrospectivamente. La reflexividad ha de hacerse explícita en tanto expresión interpretativa de lo vivido (Bruner, 1986: 6), por lo que es fundamental sistematizarla y hacer acopio de herramientas dialógicas.

Con base en estos saberes, antes de entrar a terreno es pertinente anticipar los conflictos o problemáticas que pueden emerger, y la medida en que la incursión de quien investiga puede activarlos. Han de tomarse en cuenta no sólo los efectos eventualmente positivos y el daño potencial sobre la persona que investiga, sino los que pueden suscitarse en las comunidades, las familias y los entornos sociales en los que se trabaja. Bajo los principios de acción sin daño e inacción, debe mantenerse abierta la posibilidad de retrasar la actividad en terreno hasta hallar mejores condiciones, modificarla sustancialmente o incluso suspenderla.

Idealmente, el saber construido con base en la reflexividad emocional debe registrarse para poder capitalizarlo durante la investigación: son útiles un diario de campo (Mazariegos, 2022), memos de trabajo u otras herramientas (véase tabla 1). Cualquier registro ha de incorporar las problemáticas recurrentes en el trabajo de campo y las capacidades y recursos con que cuenta la persona investigadora. Se puede crear un listado de *situaciones sensibles para quien investiga* y un *mapa de situaciones, soluciones típicas y posibles aliados*.

Tabla 1
Matriz para el registro de situaciones-emociones

Situación de génesis	Efecto de la interacción en quien investiga	Forma de gestión emocional	Efecto de forma de gestión emocional	Formas alternativas de manejo de situación y gestión emocional	Notas
Pláticas cotidianas con Michel	<ul style="list-style-type: none"> • Alegría • Identificación 	<ul style="list-style-type: none"> • Involucramiento amistoso y profesional 	Permite una fácil relación con la persona, pero puede llevar a traspasar los límites profesionales	Reflexión colectiva sobre identificación con personas acompañadas para retroalimentar prácticas y límites profesionales	<ul style="list-style-type: none"> • Es necesario el espejo con colegas para cuidar el involucramiento • Procurar que no implique un distanciamiento que obstaculice la conexión con las personas

Fuente: elaboración propia.

La reflexividad puede complementarse con herramientas auxiliares de cuidado de corte clínico-psicológicas orientadas a la vida individual-intrapsíquica y operadas por especialistas *psi* u otras prácticas derivadas del bagaje conceptual, idiosincrático o cualquier otra herramienta a la mano de quien investiga, útil para incidir sobre su situación.¹⁶

Para afincar la ética relacional en la que ha de sustentarse la reflexividad emocional, es deseable descansar en estrategias dialógicas colectivas, tales como esquemas de trabajo en parejas director de tesis-estudiante, grupos entre pares o con las personas participantes en la investigación. Es imprescindible que las instituciones académicas para las que los investigadores y las investigadoras prestan sus servicios asuman su parte en la responsabilidad relacional brindando las condiciones económicas, humanas y operativas necesarias para el cuidado de éstos.

APLICANDO LAS HERRAMIENTAS

Ahora aplico, de manera ilustrativa y no exhaustiva, los referentes reflexivos antes expuestos —resumidos en los diagramas 1, 2 y 3— a algunos aspectos de mi experiencia en la investigación presentados como ejemplos. Lo hago utilizando los conceptos antes definidos:

- *Estados emocionales*: emociones específicas surgidas en una situación, distinguibles con una etiqueta particular.
- *Dinámicas emocionales*: interrelación entre varios estados emocionales nacidos de la(s) interacción(es).
- *Formas de gestión emocional*: formas de autorregulación para adecuar las emociones al contexto situacional y sociocultural que enmarcan las dinámicas emocionales.

¹⁶ Por ejemplo, la religión puede servir como estrategia de contención emocional para algunas personas, mientras que para otras no. Collins (2009) retoma varios ejemplos sobre esta y otras prácticas rituales como fuente de regulación emocional.

- *Experiencia emocional*: efecto subjetivo a mediano y largo plazo de la concatenación de dinámicas emocionales nacidas de las interacciones sociales y la dimensión biográfica de quien investiga.
- *Estilos de gestión emocional*: apego a ciertas formas de gestión emocional ante determinados tipos de interacción.

En el episodio donde Michel actuó agresivamente, inmediatamente sentí miedo e ira por el riesgo a mi integridad, tristeza ante la ruptura de la cordialidad entre nosotros e impotencia ante mi capacidad para incidir en su situación —*estados emocionales*—; emociones que manejé a través del diálogo *inmediato* con él y la charla posterior con mis colegas —*formas de gestión emocional*.

A partir de este episodio se desencadenó una *dinámica emocional* en la que viví una mezcla de alegría, empatía, miedo, culpa, ira reprimida e impotencia en las interacciones con Michel —*estados emocionales*—, potenciada por el sentido de *deber ayudar* que me impulsaba (producto de los mandatos institucionales y disciplinarios de mi labor) —*ámbito de influencia*—. En mis encuentros, esto producía ambivalencia entre querer acompañarlo y evitar la situación, apareciendo una culpa —*estado emocional y daño*— nacida del choque entre el afecto mutuo y la relación de poder que nos enmarcaba (vinculada a los recursos que le eran negados) —*dinámica emocional*—. Emoción que manejé a través de su negación —*forma de gestión emocional*.

Tabla 2
Matriz de registro de situaciones-emociones en interacción con Michel

Situación de génesis	Efecto de la interacción en quien investiga	Forma de gestión emocional	Efecto de la forma de gestión emocional	Formas alternativas de manejo de situación y gestión emocional	Notas
Actitud agresiva de Michel ante negación de apoyos.	<ul style="list-style-type: none"> Miedo Ira Impotencia 	<ul style="list-style-type: none"> Diálogo inmediato con Michel. Diálogo posterior con colegas. 	<ul style="list-style-type: none"> Permite sobrepasar la situación, pero se instala miedo y culpa. 	<ul style="list-style-type: none"> Atención colectiva a personas en situación similar. Ejercicio de reflexión: reconocimiento de ira provocada por este tipo de situaciones. Análisis de la posibilidad de posponer atención. 	<ul style="list-style-type: none"> Hay una relación de poder involucrada, pues mi posición da acceso a los recursos o no. Su agresividad responde en alguna medida a intentar modificar tal relación. Hay un mandato institucional y disciplinario de ayudar bajo cualquier circunstancia.
Invitación a fiesta con participantes de la investigación.	<ul style="list-style-type: none"> Incomodidad 	<ul style="list-style-type: none"> Evasión a través de la huida al lugar del saber/poder del investigador. 	<ul style="list-style-type: none"> Culpa y pérdida de cercanía con participantes de la investigación. 	<ul style="list-style-type: none"> Participar de esas situaciones y hacer una reflexión profunda sobre su impacto y los momentos en que es conveniente involucrarse o no. 	<ul style="list-style-type: none"> La distancia funciona como forma de protección emocional.

Fuente: elaboración propia.

Diagrama 4
Dinámica emocional durante la interacción con Michel



Fuente: elaboración propia.

La combinación de las vivencias relacionadas con el acompañamiento a Michel,¹⁷ el entorno institucional¹⁸ y mi vida fuera de la esfera laboral¹⁹ —*dinámicas emocionales concatenadas y ámbitos de influencia*— labraron una *experiencia emocional* que en el mediano plazo abonó a los episodios de ansiedad que viví —*daño a mediano plazo*— y que superé a través del diálogo entre colegas y la terapia psicológica —*formas de gestión emocional*—. Asimismo, desembocó en el desarrollo del mecanismo defensivo de *distanciamiento profesional* que inconscientemente despliego en las situaciones de convivencia con personas inmigrantes —*estilo de gestión emocional*—, el cual inhibe mi potencial de sentir empatía y reduce, en alguna medida, mi capacidad para conectar horizontalmente con ellas —*daño a largo plazo*—. Paradójicamente, este mecanismo me ayuda, a su vez, a permanecer largo tiempo trabajando en terreno sin sufrir daños graves derivados de la abundancia emocional a la que estoy frecuentemente expuesto.

¹⁷ El internamiento en el hospital y la grabación de su *demo*.

¹⁸ Con su mandato de ayudar y la crisis institucional.

¹⁹ El asalto y las crisis familiares.

Diagrama 5
Experiencia emocional y estilos de gestión en acompañamiento a Michel



Fuente: elaboración propia.

Diagrama 6
Relación entre ámbitos de influencia en acompañamiento a Michel



Fuente: elaboración propia.

A través de la reflexividad sería posible actuar intencionadamente para:

- Fortalecer los mecanismos de diálogo con colegas de cara a analizar las dinámicas contratransferenciales y determinar en qué situaciones profundizar o limitar el involucramiento con las personas participantes mientras se realiza el trabajo de campo.
- Cultivar las habilidades en metodologías participativas para retrotraer el daño producido a las capacidades investigativas.
- Usar deliberadamente —y cuidando su impacto relacional— el *distanciamiento profesional* en situaciones donde el acompañamiento psicosocial se torne complejo.
- Afianzar la terapia psicológica y el diálogo entre pares como estilos de gestión emocional.

CONCLUSIONES

Evitar el impacto de la abundancia emocional en el trabajo de campo sobre la vida y la experiencia de quien investiga es imposible. Aceptarlo como parte del hacer científico-social exige abrazar la ética relacional y, en esa dirección, tomar la reflexividad emocional como práctica de cuidado para construir un saber sistemático sobre uno mismo, nuestra actividad y los contextos en los que trabajamos, útil para manejar la abundancia emocional del campo y sus impactos potencialmente dañinos.

La reflexividad emocional no es sencilla, pues nos confronta con situaciones donde podemos sentir vergüenza u otros estados emocionales complicados a raíz de nuestros errores y actuaciones. Sin embargo, el cuidado debe asumirse como una labor artesanal basada en la práctica, el aprendizaje a partir de nuestros equívocos y el uso del saber construido más allá de los límites temporales de las vivencias concretas.

La lógica del cuidado en relación con la abundancia emocional se sustenta en prevenir para no paliar. Es imprescindible aspirar a la inclusión del proceso reflexivo orientado al cuidado como parte integral del diseño de la investigación, por lo que debe plasmarse en los protocolos de investigación. Esta inclusión es un proceso creativo anclado en la complejidad relacional del trabajo de campo.

Resulta central el reconocimiento de que los riesgos y daños que asume quien investiga son una responsabilidad colectiva, pues es lo que permitirá que la reflexividad y las prácticas de cuidado desarrolladas se sostengan colaborativa e institucionalmente. Con ello, quien investiga se sonoriza como ser sintiente, implicado y susceptible de ser afectado en su actividad profesional, acercándose a una ética relacional del cuidado sustentada en prácticas que protegen su interés gracias a su esfuerzo personal y al cobijo de los ámbitos institucionales en los que acontece su quehacer.

Valga lo expuesto como propuesta a ser apropiada y criticada en el horizonte del rescate de las emociones en la investigación social, favorable a la construcción de disciplinas científicas comprometidas y respetuosas de la dignidad humana.

REFERENCIAS

- Aguilar, Andrea (2022). "Científicas (y más que eso): reflexiones sobre autocuidado, emociones, ética, agencia y poder en la investigación feminista". *Revista Uruguaya de Antropología y Etnografía* VII (1): 77-101.
- Ariza, Marina (2016). "La sociología de las emociones como plataforma para la investigación social". En *Emociones, afectos y sociología: Diálogos desde la investigación social y la interdisciplina*, coordinado por Marina Ariza, 7-34. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Barbalet, Jack (1998). *Emotion, Social Theory, and Social Structure*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bechhofer, Frank, y Lindsay Paterson (2000). *Principles of research design in the social sciences*. Nueva York: Routledge.
- Blix, Stina (2015). "Emotional insights in the field". En *Methods of Exploring Emotions*, editado por Helena Flam y Jochen Kleres, 145-153. Oxon: Routledge.

- Bruner, Edward (1986). "Experience and its expressions". En *The Anthropology of Experience*, editado por Victor Turner y Edward Bruner, 3-32. Chicago: University of Illinois Press.
- Burkitt, Ian (2012). "Emotional Reflexivity: Feeling, Emotion and Imagination in Reflexive Dialogues". *Sociology* 46 (3): 458-472.
- Castaño, Elena, y Benito León (2010). "Estrategias de afrontamiento del estrés y estilos de conducta interpersonal". *International Journal of Psychology and Psychological Therapy* 10 (2): 245-257.
- Collins, Randall (2009). *Cadenas rituales de interacción*. Barcelona: Anthropolos.
- Denzin, Norman, e Yvonna Lincoln (editores) (2005). *The Sage Handbook of Qualitative Research*. Londres: Sage.
- Duneier, Mitchell (1999). *Sidewalk*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.
- Ferenczi, Sandor (2009). "Sobre La Técnica Del Psicoanálisis." En *Teoría y técnica del psicoanálisis*, 133-41. Buenos Aires: Hormé.
- Freud, Sigmund (1915). "27a Conferencia. La Transferencia". En *Obras completas*, 392-407. Buenos Aires: Amorrortu.
- George, Reena (2021). "(In)visibility of emotions and ethical concerns in (Indian) prison research". En *Ethics, Ethnocentrism and Social Science Research*, editado por Divya Sharma, 30-57. Londres: Routledge.
- Gergen, Keneth (2001). "Relational Process for Ethical Outcomes". *Journal of Systemic Therapies* 20 (4): 7-10.
- Gergen, Keneth (2015). *El ser relacional. Más allá del yo y la comunidad*. Bilbao: Editorial Desclée de Brouwer.
- Goffman, Erving (2017). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gould, Deborah (2015). "When your data make you cry". En *Methods of Exploring Emotions*, editado por Helena Flam y Jochen Kleres, 183-191. Oxon: Routledge.
- Hochschild, Arlie (1979). "Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure". *The American Journal of Sociology* 85 (3): 551-75.
- Hollway, Wendy (2016). "Emotional experience plus reflection: countertransference and reflexivity in research." *The Psychotherapist* (62): 1-7.
- Holmes, Mary (2015). "Researching Emotional Reflexivity". *Emotion Review* 7 (1): 61-66.
- Jacobo, Frida, y Marco Martínez-Moreno (coordinadores) (2022). *Las emociones de ida y vuelta. Experiencia etnográfica, método y conocimiento antropológico*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Jimeno, Myriam; Daniel Varela; y Ángela Castillo (2012). "Experiencias de violencia: etnografía y recomposición social en Colombia". *Sociedade e Cultura* 14 (2): 275-285.

- Kemper, Theodore (2006). "Power and Status and the Power-Status Theory of Emotions". En *Handbook of the Sociology of Emotions*, editado por Jan Stets y Jonathan Turner, 87-113. Nueva York: Springer.
- Lauretis, Teresa de (1984). *Alicia ya no. Feminismo, semiótica, cine*. Madrid: Cátedra.
- Lillrank, Annika (2012). "Managing the Interviewer Self". En *The Sage Handbook of Interview Research*, editado por Jaber Gubrium, James Holstein, Amir Marvasti y Karin McKinney, 281-94. Los Angeles: Sage.
- Martín, Alberto (2015). "Emotional alliances in bureaucratic encounters". En *Methods of Exploring Emotions*, editado por Helena Flam y Jochen Kleres, 144-152. Oxon: Routledge.
- Mazariegos, Cristina (2022). "El diario de campo encarnado. Apuntes para una propuesta metodológica para el estudio de las emociones desde y con el cuerpo". En *Las emociones de ida y vuelta. Experiencia etnográfica, método y conocimiento antropológico*, editado por Frida Jacobo y Marco Martínez-Moreno, 335-352. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Santi, Florencia (2013). *Ética de la investigación en ciencias sociales: un análisis de la vulnerabilidad y otros problemas éticos presentes en la investigación social*. Tesis de doctorado en Filosofía. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Shoshan, Nitzan (2015). "Más allá de la empatía: la escritura etnográfica de lo desagradable". *Nueva Antropología* XXVIII (83): 147-62.
- Turner, Jonathan., y Jan E. Stets (2006). "Moral Emotions". En *Handbook of the Sociology of Emotions*, editado por Jan Stets y Jonathan Turner, 544-66. Boston: Springer us.
- Wettergren, Åsa (2015). "How do we know what they feel?". En *Methods of Exploring Emotions*, editado por Helena Flam y Jochen Kleres, 135-144. Oxon: Routledge.

La construcción del dato emocional: a manera de conclusión

Marina Ariza

En las páginas finales de este libro me propongo ofrecer a sus lectores y lectoras una sucinta reflexión sobre los procesos de construcción del dato emocional emprendidos por los y las autoras, quienes, si bien parten de supuestos epistemológicos compartidos, poseen tradiciones de investigación y formaciones disciplinarias distintas. El propósito es sistematizar los trazos más importantes del esfuerzo realizado por “abrir” los métodos y técnicas a su alcance, confiando en que pueda ser de utilidad a quienes opten por la misma senda, la de indagar la dimensión emocional de la vida social.

Algunos de estos presupuestos conciernen a qué entendemos por el dato emocional y al papel de la teoría en su construcción. Un dato es una pieza de información (una “evidencia”) sobre fenómenos sociales considerados relevantes desde alguna mirada teórica¹ que construye quien investiga mediante algún procedimiento de observación y siguiendo ciertas reglas que gozan de acuerdo intersubjetivo en la comunidad académica; es decir, de un método. Las teorías preceden a la observación. En realidad, éstas sólo son posibles mediante aqué-

¹ El dato puede ser definido como “el producto de un acto de observación” (García Ferrando, 2014: 112).

lla (Bunge, 1979; Chalmers, 1990). Cada teoría lleva implícito su propio lenguaje observacional al acotar —con base en un marco analítico que se desprende de ella y posee menor nivel de abstracción— las categorías y conceptos que guiarán selectivamente la construcción de los datos para, en un ejercicio iterativo, contrastar las hipótesis de investigación. Los resultados obtenidos retroalimentarán, a su vez, las formulaciones teóricas que orientaron la investigación, modificándolas o desechándolas en un perenne proceso de ida y vuelta.

En algunas de las investigaciones que este libro comprende (sobre todo las de corte antropológico), el proceso descrito es más flexible. En lugar de que las categorías y los conceptos emanados de alguna teoría guíen de forma dialógica la construcción de los datos, los conceptos se obtienen de forma esencialmente inductiva mediante un proceso de observación intencional que, no obstante, principia también (como cualquier otro proceso de observación en la investigación social) a partir de presunciones teóricas explícitas o implícitas, si bien menos estructuradas. Ambas vías descansan, en distinto grado, en la deducción, inducción y retroducción como recursos lógicos del interjuego entre conceptos (teoría), evidencia, análisis y síntesis, dado el carácter provisional del conocimiento. Entre actividad teórica e investigación empírica existe un diálogo íntimo continuo, fincado en su estrecha interdependencia (García Ferrando, 2014: 103).

En la observación, en cuanto parte medular del proceso de investigación, interviene no sólo la teoría, sino el papel activo de quien observa (la investigadora o el investigador). Todo acto de observación involucra simultáneamente al observador u observadora y lo observado. Se ha señalado que la observación es el problema central de la investigación científica (García Ferrando, 2014). La observación sociológica enfrenta problemas particulares. El primero emana del hecho —común a las ciencias sociales y las humanidades— de que somos parte de los procesos que nos interesa estudiar. Esta condición puede jugar a favor o en contra, dependiendo del camino metodológico y las técnicas de observación elegidas. Éstas difieren en el grado de involucramiento o distanciamiento (reflexivo) que suponen respec-

to del proceso que se estudia. La segunda fuente de dificultad proviene de la complejidad misma de la vida social, su multidimensionalidad y dinamismo, lo que desafía cualquier intento de recorte analítico u observacional; complejidad recogida parcialmente en la pluralidad de teorías y perspectivas de análisis en torno a cualquier fenómeno o proceso social. El tercer escollo reside en la labilidad de la ciencia como actividad humana frente a las crisis de diverso cuño que sacuden al mundo del que participa. El modo en que la crisis global desatada por la pandemia de Covid-19 afectó sus condiciones de posibilidad es muestra elocuente de ello.

Los capítulos que integran este libro se preocupan por la construcción del dato emocional. La mayoría de ellos parten de una concepción relacional de las emociones en tanto experiencias sentidas en virtud de nuestros vínculos sociales, experiencias que traslucen contenidos socioculturales. Por tanto, el primer desafío es captar la dimensión relacional de estas experiencias, y a ellas mismas. Para complicar aún más el proceso observacional, y como se ha afirmado reiteradamente, las y los autores comparten el posicionamiento epistemológico de que las emociones suscitadas en el vínculo social entre quien emprende la actividad de observación directa y los sujetos que colaboran en su investigación (los informantes) intervienen necesariamente en el proceso de construcción de la evidencia empírica, y son ellas mismas fuente de conocimiento del proceso que se estudia, siempre que medie un ejercicio de reflexividad emocional (Burkitt, 2012; Holmes, 2010, 2015).

Las técnicas de observación empleadas (directas, con observación participante o no, e indirectas) son diversas y contingentes a los métodos por los que las autoras y los autores se decantan —aunque con frecuencia se combinan—, quienes además despliegan cierta creatividad al intentar ampliar las posibilidades de observación con los recursos disponibles. Para mostrar la diversidad de técnicas de observación y las metodologías afines contenidas en este libro, a continuación, retomo selectivamente a algunos capítulos para ejemplificar la construcción del dato emocional con base en: 1) dos vertientes et-

nográficas, 2) los relatos biográficos, 3) el análisis de discurso, 4) y la medición con encuestas.

Los ejercicios etnográficos de corte sociológico realizados por Estrada y Serna (*Afectividades subterráneas. Etnografía con personas estigmatizadas en el Metro de la Ciudad de México*) y Ramos (*El estudio de las emociones y los afectos en el contexto sociodigital. Hacia una etnografía digital de las emociones*) ilustran la potencialidad de ciertos recursos observacionales. Estrada y Serna recurren tanto a la observación participante (Erick) como no participante (Flor), y toman como *locus* analítico la *situación de interacción* (entre comerciantes y autoridades, o entre los faquires y el público usuario), lo que les permite observar las emociones que surgen en el intercambio relacional. Así, en sus recorridos observacionales por los vagones del Metro de la Ciudad de México, Flor registró como datos emocionales las técnicas verbales de persuasión (“palabreo”, en voz de los faquires; a veces amable, a veces agresivo), en cuanto recursos intencionales para conmover a los usuarios del transporte, y el despliegue escénico (la actuación impresionista) del acto del faquir mismo. También documentó las miradas, los gestos, las expresiones y, en sentido general, la receptividad de los usuarios según se traslucía en sus rostros, así como las emociones que sugerían (asombro, miedo, compasión). Para valorar la efectividad de la técnica impresionista utilizada por los faquires, Flor registró si la actuación había desembocado o no en la limosna, el acto de reciprocidad social que era la finalidad última de la actuación.

En cambio, en el ejercicio de etnografía digital de Ramos, las *selfies* publicadas en *Instagram*, en cuanto inscripción digital afectiva de la identidad de género y práctica performativa de las y los jóvenes en Internet, son el dato emocional por construir. Para ello, realiza una cuidadosa labor artesanal de inventariar todos los insumos socioemocionales contenidos en ellas: *emojis*, *stickers*, *giffs*, *tiktoks*, *videos*, *textos*, etcétera; los planos de presentación del yo (principales o secundarios); la estética, el escenario desde el que se proyecta (el fondo, los ornamentos, objetos circundantes, la mirada, la ropa, la sensualidad gestual, en fin, todo lo que conlleva la exhibición impresionista

del yo); y las repuestas sociales que los y las jóvenes obtienen de su audiencia manifiestas en los *likes* y comentarios a sus publicaciones, recabando una primera parte de la dimensión relacional de la afectividad. Los datos de la observación digital fueron contrastados con los obtenidos con otras técnicas observacionales. La autora realizó entrevistas a profundidad con los y las jóvenes en sus casas y frente a sus perfiles de Instagram, recuperando el contexto social (la clase social, las condiciones del hogar) de producción de la *selfie* y la manera en la que ellos y ellas se sentían respecto a su interacción virtual, una vez realizado el despliegue identitario de género (ejercicio de triangulación metodológica).

Varios de los capítulos del libro acuden, de forma principal o secundaria, a la elaboración de relatos de vida para construir el dato emocional, técnica observacional directa (no participativa) propia del método biográfico. Un supuesto que comparten es que las narraciones están cargadas de contenido emocional, y que la experiencia humana tiene una estructura narrativa (Kleres, 2010). Cuando alguien cuenta su vida lo hace de acuerdo con una sucesión temporal, un antes y un después, integrado por segmentos secuenciales cargados de contenido emocional. Se trata de identificar las emociones asociadas a cada segmento narrativo, valorando su importancia en el contexto de la vida contada (el tiempo biográfico), y en el ámbito más inclusivo del momento en que les ha tocado vivir (tiempo histórico). Los eventos relevantes, desde el punto de vista de quien narra, poseen necesariamente una fuerte carga afectiva (aunque ésta puede ser objeto de represión inconsciente [Scheff, 1988]).

Armadas con estos y otros supuestos, Flores y López (*Procesos socioemocionales de la pandemia por Covid-19. Un ejercicio metodológico para el estudio de la dimensión emocional a partir del relato de vida*) construyen sus datos emocionales con la información obtenida de una entrevista audiovisual, apegadas a la siguiente pauta de observación: 1) preguntar directamente al entrevistado su estado emocional (estrategia narrativa directa; Gabriel y Ulus, 2015) al transitar de la educación presencial a la educación en lí-

nea en el contexto pandémico; 2) identificar el léxico emocional —tácito o explícito— vinculado a los episodios narrativos cargados afectivamente; 3) registrar los marcadores paralingüísticos (entonación, pausas, respiración, articulación, tartamudeo, volumen) y visuales (gesticulaciones, arqueo de cejas, dirección de la mirada, tensión en el rostro, movimiento de manos, inclinación del cuerpo, expansión del pecho) asociados con dichos episodios (Scheff, 1994); 4) realizar un cruce entre los tres tipos de marcadores, analizándolos sistemáticamente; 5) relacionar las expresiones que denotan emociones morales (culpa, vergüenza) con los eventos significativos de la vida del narrador, en particular su imposibilidad para cumplir con los tiempos de titulación exigidos por el posgrado que cursaba en el contexto de la pandemia por la Covid-19. Otra técnica de observación paralela fue la empleada por Peláez (*Aristas emocionales en el uso de los relatos biográficos: reflexiones desde la experiencia de investigación*) al presentar determinados escenarios emocionales (una posible tormenta en altamar) a los pescadores del puerto de Mazatlán que estudiaba en cuanto recurso para evocar emociones paradigmáticas asociadas con el oficio de la pesca en sus relatos de vida. En ambos ejercicios se trata, de nueva cuenta, de un meticuloso trabajo de observación, recorte, análisis y síntesis, guiado por supuestos teóricos sobre las emociones.

Las autoras que abrazan el análisis de discurso como estrategia para recuperar la dimensión emocional resaltan la importancia del lenguaje (verbal y visual) en la construcción de discursos emocionales, cuya enunciación posee eficacia social sobre los receptores a los que pretende conmover. El discurso emocional se concibe como una práctica social inmersa en relaciones de poder que denota el posicionamiento relacional de quienes intervienen en el acto de comunicación (emisores y receptores) en un contexto social dado. Desde esta perspectiva, la secuencia emocional es el dato que Gutiérrez y Reyna (*Aproximación discursiva al estudio de las emociones*) buscan construir al observar el entrecruzamiento de dos modos semióticos (lo enunciado y la imagen) en un video de TikTok que constituye su material de análisis empírico (observación indirecta). A partir del registro de

los indicios emocionales presentes en ambos modos de comunicación, las autoras reconstruyen los recorridos emocionales que induce el discurso emocional en los diversos experimentadores (reales y potenciales: la paciente, la enfermera, los espectadores en línea). Estos recorridos o trayectorias emocionales constituyen la síntesis analítica de las observaciones previas. Publicado en los momentos más dramáticos de la pandemia por Covid 19, el video logra interpelar al público por medio de la comunicación emotiva favoreciendo la gestación de una atmósfera emocional (De Rivera, 1992) dominada por el miedo y la incertidumbre.

Finalmente, los capítulos sustentados en el análisis de información secundaria obtenida de encuestas probabilísticas toman una vía distinta para el proceso de construcción del dato emocional. El objetivo es medir, contabilizar la existencia de ciertos estados emocionales y determinados vínculos afectivos en grandes agregados poblacionales para proporcionar una radiografía de los patrones prevalecientes en el país; es decir, identificar grandes regularidades empíricas. En este caso, la construcción del dato emocional depende del concepto implícito de las emociones y de la afectividad contenido en las encuestas que explotan estadísticamente, habitualmente diseñadas por terceros, y del tipo de medición que éstas permiten (modo de observación indirecto). Mancini y Videgain (*Encuestando emociones: Bienestar socioemocional y desigualdades de clase en México*) recurren a la Encuesta Nacional de Bienestar Autorreportado 2021, de México, que forma parte de una iniciativa de la OCDE para medir el bienestar personal. Este organismo internacional establece lineamientos estandarizados de medición. Se trata de escalas de medición incluidas en el cuestionario con la finalidad de ubicar a las personas en un gradiente de menor a mayor bienestar, según la dimensión particular que se indague y el intervalo de referencia (el día de ayer, o el mes anterior, por ejemplo). Insatisfechas con esta perspectiva subjetivista psicologizante, y siguiendo de cerca la propuesta de Bericat (2018), las autoras diseñan una triple estrategia conceptual y metodológica para obtener del instrumento una medición más cercana a una concepción relacional de las emocio-

nes: 1) proponen medir el bienestar emocional en lugar del bienestar subjetivo, que alude más a una dimensión cognitiva que experiencial; 2) clasifican los 26 estados emocionales obtenidos de la encuesta de acuerdo con las dimensiones de poder y estatus definidas por Kemper (1990) en su teoría sociointeraccional de las emociones, refrendada hasta cierto punto por Collins (2004); 3) catalogan tales estados emocionales según la valencia (positiva o negativa) y la intensidad o duración, siempre que la encuesta lo permita. Con todo ello, analizan cómo se distribuye el bienestar emocional a través de las diferentes clases sociales en las que está estratificada la sociedad mexicana actual, arrojando resultados muy consistentes con las mediciones internacionales al respecto.

En suma, los cinco caminos metodológicos de construcción del dato emocional ejemplificados en estas líneas finales (etnografía sociológica presencial, etnografía digital, relatos biográficos, análisis de discurso y medición cuantitativa de las emociones), aunque poseen sus propias especificidades y requisitos, constituyen avenidas complementarias en el esfuerzo colectivo de construir conocimiento sobre la dimensión emocional de la vida social, tan compleja como imprescindible.

REFERENCIAS

- Bericat, Eduardo (2018). *Excluidos de la felicidad. La estratificación social de bienestar emocional en España*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Bunge, Mario (1979). *La investigación científica: Su estrategia y su filosofía*. Barcelona: Ariel.
- Burkitt, Ian (2012). "Emotional Reflexivity: Feeling, Emotion and Imagination in Reflexive Dialogues". *Sociology* 46 (3): 458-472.
- Chalmers, Alan (1990). *¿Qué es esa cosa llamada ciencia? Una valoración de la naturaleza y el estatuto de la ciencia y sus métodos*. México: Siglo XXI.
- Collins, Randall (2004). *Interaction Ritual Chains*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Gabriel, Yiannis, y Eda Ulus (2015). "'It's All in the Plot': Narrative Explorations of Work-Related Emotions". En *Methods of Exploring Emotions*, editado por Helena Flam y Jochen Kleres, 36-45. Londres: Routledge.

- García Ferrando, Manuel (2014). *Sobre el método: Problemas de la investigación empírica en sociología*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociales.
- Holmes, Mary (2010). "The Emotionalization of Reflexivity". *Sociology* 44 (1): 139-154.
- Holmes, Mary (2015). "Researching Emotional Reflexivity". *Emotion Review* 7 (1): 61-66.
- Kemper, Theodore (1990). "Social relations and emotions: A structural approach". En *Research agendas in the sociology of emotions*, editado por Theodore Kemper, 207-237. Albany: State University of New York Press.
- Kleres, Jochen (2010). "Emotions and Narrative Analysis: A Methodological Approach". *Journal for the Theory of Social Behavior* 41 (2): 182-202.
- Rivera, Joseph de (1992). "Emotional Climate: Social Structure and Emotional Dynamics". *International review of studies on emotion* 2: 199-218.
- Scheff, Thomas (1988). "Shame and Conformity: The Deference-Emotion System" [en línea]. *American Sociological Review* 53 (3): 395-406. Disponible en <<https://doi.org/10.2307/2095647>>
- Scheff, Thomas (1994). *Bloody revenge: Emotions, nationalism, and war*. Boulder: Westview Press.

Sobre las autoras y los autores

Marina Ariza es doctora en Ciencias Sociales con especialidad en Sociología por El Colegio de México. Es investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), nivel III. Desde 2009 coordina el Seminario Institucional Sociología de las Emociones en el IIS-UNAM, espacio interdisciplinario que congrega a académicos y estudiantes de universidades nacionales e internacionales. Otras de sus líneas de investigación son: migración interna e internacional; inserción laboral de los inmigrantes; género, migración y vida familiar; mercados de trabajo urbanos y desigualdades de género y aspectos metodológicos en la investigación sociodemográfica. De sus publicaciones recientes, destacan “Migration, institutions and emotions” y “The sociology of emotions in Latin America”.

Hiroko Asakura es profesora-investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS, Ciudad de México). Doctora en Antropología, por el mismo Centro, y doctora en Ciencias y Artes con especialidad en Estudios de Género, por la Universidad de Ochanomizu (Tokio, Japón). Fue coordinadora académica del Posgrado en Antropología del CIESAS, Ciudad de México. Actualmente, co-coordina el Seminario Interinstitucional Movilidades en Contextos Migratorios, donde participan el CIESAS, el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (IIS-UNAM), El Colegio de México (Colmex) y el Cen-

tro de Estudios Migratorios de la Universidad de Essex. Ha trabajado sobre las temáticas relacionadas con la movilidad, género, maternidad, violencia y emociones.

Flor Daniela Estrada Gutiérrez es maestra en Antropología Social por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) y licenciada en Trabajo Social por la Escuela Nacional de Trabajo Social de la UNAM. Actualmente realiza un doctorado en Antropología en el CIESAS, donde desarrolla la investigación “La mendicidad en la ciudad de México y sus donantes: formas, emociones y sentidos frente a migrantes, indígenas y personas en situación de calle”. Desde hace seis años forma parte del Seminario Institucional Sociología de las Emociones del IIS-UNAM. Entre sus publicaciones recientes, destaca el artículo “Más allá del vidrio y la carne: Inseguridades y estrategias laborales de los faquires en el Metro de la Ciudad de México”. Los temas de investigación que desarrolla son: pobreza y desigualdad social; género; poblaciones en situación de calle; sociología y antropología de las emociones.

Alethia Fernández de la Reguera Ahedo es investigadora del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y coordinadora del Laboratorio Nacional de Diversidades de la misma Universidad. Es profesora visitante en la Escuela de Derecho de la Universidad de Warwick con el proyecto “Los efectos de la militarización fronteriza en México y Polonia sobre la protección internacional y los derechos humanos de los migrantes”. En 2021 recibió el Reconocimiento Distinción Universidad Nacional para Jóvenes Académicos, en el área de investigación en ciencias sociales. Es integrante del Seminario Institucional Sociología de las Emociones del IIS-UNAM y profesora afiliada en la Universidad de Arizona. Es especialista en género y migración; detención migratoria, burocracias, violencia de Estado; violencia de género y autonomía de las mujeres.

Edith Flores es profesora e investigadora del Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. Doctora en Psicología con especialidad en Psicología Social por la Universidad Nacional Autónoma de México; realizó una estancia posdoctoral en el Programa Subjetividad y Sociedad, y participa en el Seminario Institucional de Sociología de las Emociones (IIS-UNAM), en la Red Nacional de Investigadores en el Estudio Socio-Cultural de las Emociones, en la Red de Investigación en Emociones y Afectos desde las Ciencias Sociales y las Humanidades, y en el Grupo de Estudios sobre Experiencias y Sensibilidades Urbanas (Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires). Sus líneas de investigación son: corporalidad, género y sexualidad; sensibilidades urbanas y violencia de género; afectividad y emociones en la sociedad contemporánea.

Perla Frago es doctora en Antropología Social. Actualmente, es investigadora del CIESAS-Sureste (Programa Cátedras Conahcyt) e integrante del SNI, nivel I. Desarrolla la investigación “Justicia estatal y justicia social en casos de violencia extrema de género en contextos multiculturales: violencia feminicida y feminicidio en Chiapas, hacia la justicia restaurativa”. En 2021 coordinó la investigación “Procesos de reparación y desagravio en casos de feminicidio, en Yucatán, Quintana Roo y Chiapas: más allá de la justicia punitiva y hacia una justicia reivindicativa y transformadora”. Su libro *A puro golpe. Violencias y malestares sociales en la juventud cancanense* ganó el Premio Fray Bernardino de Sahagún, en la categoría Mejor Investigación en el área de Etnología y Antropología Social. Ha participado como perita antropóloga en casos de feminicidio y violaciones a derechos humanos en contextos indígenas en Chiapas.

Adriana García Andrade es doctora en Humanidades por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Unidad Iztapalapa. Es profesora investigadora del Departamento de Sociología de la UAM, Unidad Azcapotzalco, e integrante del Sistema Nacional de Investigadores,

nivel II, del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías. Sus principales temas de investigación son: teoría sociológica contemporánea; la sociología del amor; y, recientemente, la relación entre sociología de las emociones y neurociencia afectiva. Entre sus publicaciones más recientes está el libro *Randall Collins: La indagación de las emociones en los rituales de interacción*, y los artículos “Percepción emocional. Sociología y Neurociencia afectiva” y “Neurociencia de las emociones: la sociedad vista desde el individuo. Una aproximación a la vinculación sociología-neurociencia”.

Silvia Gutiérrez Vidrio es doctora en Sociología por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Profesora investigadora del Departamento de Educación y Comunicación, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Unidad Xochimilco, y miembro del Sistema Nacional de Investigadores. También es miembro fundador del Comité Editorial de la Revista *Cultura y Representaciones Sociales* (Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM). Pertenece a la Red de Investigadores en Representaciones Sociales (RENIRS) y a la Red Latinoamérica en Movimiento Miradas Psicosociales. Sus líneas de investigación son: análisis del discurso y el estudio de las representaciones sociales; recientemente se ha especializado en la sociología de las emociones. En dichos campos cuenta con numerosos artículos y capítulos de libros.

Frida Erika Jacobo Herrera es profesora del Centro de Estudios Antropológicos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Es doctora en Antropología Social por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), Ciudad de México. Es integrante de la Red de Investigación en Emociones y Afectos desde las Ciencias Sociales y las Humanidades (Rensice Internacional), del Seminario Institucional Sociología de las Emociones (IIS-UNAM) y del Grupo de Trabajo Antropología y Emociones de la Asociación Latinoamericana de Antropología (ALA). Entre sus publicaciones, destaca “Apuntes sobre el estudio de las emociones en México ¿En

dónde estamos y hacia dónde vamos?” y es co-coordinadora de *Emociones de ida y vuelta. Experiencia etnográfica, método y conocimiento antropológico*.

Oliva López es doctora en Antropología por el CIESAS y profesora en la Facultad de Estudios Superiores Iztacala de la UNAM. Es integrante del Sistema Nacional de Investigadores, nivel II. Coordina el Laboratorio de Investigación Interdisciplinaria sobre Cuerpo, Emociones y Género, y co-coordina la Red de Investigación en Emociones y Afectos desde las Ciencias Sociales y las Humanidades (Renisce Internacional). Sus líneas de investigación son: representaciones técnico-médicas del cuerpo y la sexualidad femenina desde la antropología médica; procesos salud-enfermedad-atención en los siglos XIX y XX desde la antropología histórica; estudios socioculturales de las emociones desde una perspectiva antropológica e histórica con enfoque feminista; salud mental y emociones desde un enfoque sociocultural con perspectiva de género.

Fiorella Mancini es doctora en Ciencia Social con especialidad en Sociología por El Colegio de México y maestra en Población por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso, México). Es investigadora en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, profesora del Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales, de la misma Universidad, y miembro del SNI, nivel II. En 2013 ganó el Premio de la Academia Mexicana de Ciencias a la Mejor Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Sus principales líneas de investigación son: desigualdades y movilidad social; mercados laborales y trabajo en América Latina. Entre sus publicaciones recientes destacan “Desigualdades de género y clase en el mercado de trabajo durante la pandemia”, “(In)movilidad de clase y carreras ocupacionales en México” y “Confinement risks and social inequalities in Latin America: Evidences from Argentina”.

Roberto Emmanuele Mercadillo Caballero es psicólogo y doctor en Ciencias Biomédicas con maestría en Ciencias (Neurobiología) por la UNAM. Ha investigado el comportamiento de primates en la selva mexicana; la compasión y la violencia en los policías de Ciudad Nezahualcóyotl, y la cognición de personas en situación de calle en la Ciudad de México. Mediante neuroimagen, ha incursionado en la biología de la compasión, la empatía y la ataxia espinocerebelosa. Es profesor en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, la Facultad de Medicina de la UNAM y la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM). Autor de diversos artículos, capítulos y libros, como *¡Inhala profundo Fredi, sé valiente! De calle, drogas y libertad*. Actualmente es catedrático del Conahcyt en la UAM, Unidad Iztapalapa, donde coordina un proyecto sobre consumo de sustancias inhalables en poblaciones vulnerables.

Angélica Ospina-Escobar es catedrática del Conahcyt e integrante del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), nivel I. Es doctora en Estudios de Población por El Colegio de México, maestra en Demografía y licenciada en Psicología por la Pontificia Universidad Javeriana. Desde 2007 investiga sobre el uso inyectado de drogas en la frontera norte de México y desde 2019 ha trabajado en proyectos de investigación relacionados con violencia criminal y su impacto en mujeres en México. Recientemente publicó el artículo “Cuerpos violables, cuerpos descartables. Mujeres que se inyectan drogas y prohibicionismo en México” y el reporte “Partners in crime. The rise of women in Mexico’s illegal groups” para la Organization International Crisis Group). Sus líneas de investigación son: género; política de drogas; violencia criminal; y sociología de las emociones.

Carolina Peláez González es profesora investigadora y jefa del área Estudios del Trabajo en el Departamento de Relaciones Sociales de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Unidad Xochimilco, y nivel I del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), del Conahcyt. Doctora en Ciencia Social con especialidad en Sociología por el Cen-

tro de Estudios Sociológicos y maestra en Estudios de Género, de El Colegio de México. Recientemente publicó “Desigualdad de género y programas para el desempleo dirigidos a la pesca del camarón: las mujeres empacadoras de camarón en Mazatlán, Sinaloa” y “Sensibilidades marítimas. Habitar el mar desde el cuerpo/emoción y lo no-humano del trabajo de la pesca del camarón”. Sus líneas de investigación son: sociología de las emociones y los sentidos; género y mercados de trabajo; culturas marítimas y sociedades pesqueras.

Jesús Alejandro de la Peña Rodríguez es investigador afiliado al Instituto de Migraciones de la Universidad de Granada, España. Es maestro en Estudios Políticos y Sociales por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y psicólogo social por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. Desde 2008 trabaja con organizaciones no gubernamentales en el acompañamiento psicosocial de personas inmigrantes en México. Asimismo, ha colaborado en el diseño e implementación de políticas públicas dirigidas a población extranjera en la Ciudad de México. En el ámbito académico, ha investigado sobre migraciones internacionales, sociología de las emociones y procesos de asentamiento de inmigrantes centroamericanos en México y España. Fue profesor de la UNAM y desde 2017 es miembro activo del Seminario Institucional de Sociología de las Emociones del IIS-UNAM.

Mariana Ramos Ríos es doctora en Ciencias Políticas y Sociales, con orientación en Sociología, por la FCPys de la UNAM. Ha presentado diversas ponencias sobre la mediación tecnológica de la afectividad, el estudio de la interacción mediada y los procesos de conformación identitaria. Publicó el capítulo “Interacción sociodigital y emociones: el uso juvenil de los *emojis*”. En 2023 fue acreedora al Premio a la Excelencia en Investigación para Jóvenes Académicos, otorgado por la Asociación Internacional de Sociología (ISA) y el Grupo de trabajo sobre Sociedad y Emociones. Es especialista en etnografía digital; ha impartido cursos y talleres para el Instituto de Investigaciones Sociales, el Instituto de Investigaciones Jurídicas, la Universidad Autóno-

ma Metropolitana y el Instituto Mora. Sus líneas de investigación son: identidad; género; emociones; e interacción sociodigital.

Margarita Reyna-Ruiz es doctora en Ciencias Sociales y profesora-investigadora titular en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. Sus líneas de investigación son comunicación, lenguaje y cultura, desde donde ha investigado, entre otros temas: el medio radiofónico y el discurso sonoro; la relación entre las religiones y los medios de comunicación convencionales y digitales; las emociones desde una mirada socio-comunicativa; el discurso y las redes sociodigitales. También ha organizado y participado en distintos eventos académicos nacionales e internacionales. Ha publicado tres libros, uno de ellos en coautoría. Entre sus recientes publicaciones se encuentran los artículos “Las batallas por legislar a los medios en México” y “Religión y Pandemia: rumores y narrativas conspiracionistas en Facebook”, escrito con Margarita Zires.

Vivian Romeu es doctora en Comunicación Social por la Universidad de La Habana, maestra en Filosofía por el Tecnológico de Monterrey y licenciada en Historia por la Universidad de La Habana. Durante veinte años se desempeñó como académica e investigadora de la comunicación y las ciencias sociales en diferentes universidades en México. Sus temas de interés oscilan entre la relación lenguaje-discurso; la significación y los procesos de producción y construcción de conocimiento; y la articulación entre interculturalidad, ética y democracia. Actualmente incursiona en la psicología cognitiva, las neurociencias y la pedagogía desde un enfoque subjetivo, buscando entender cómo impactan en la acción los procesos de producción y construcción de sentido emocional y lógico, así como los histórico-culturales. Dirige Toroide Latin School y se desempeña como académica y consultora independiente en Estados Unidos.

Erick Serna Luna es doctor y maestro en Estudios Urbanos y Ambientales por El Colegio de México y licenciado en Sociología por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPYS) de la UNAM. Presidente y co-fundador de la Asociación Independiente de Investigadores en Ciencias Sociales *Habitus* (Asiicso *Habitus*, A. C.). Actualmente, realiza la investigación “Súper mercados. Etnografía sobre el consumo y las identidades juveniles del Rock Show CDMX”, en colaboración con el Sistema de Investigación en Juventud de la UNAM; y realiza análisis demográficos y socioterritoriales sobre el sistema de cuidados en la Ciudad de México. Sus líneas de investigación son: comercio y cultura popular; sociología de las emociones; la gobernanza del Metro; juventudes e infancias; planeación comunitaria; y espacio público. Autor de diversos artículos y capítulos en publicaciones nacionales e internacionales.

Karina Videgain es doctora en Estudios de Población y maestra en Demografía por El Colegio de México, así como socióloga por la Universidad de la República del Uruguay. Actualmente es investigadora del Programa Universitario de Estudios del Desarrollo (PUED) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Entre sus publicaciones recientes figura: “Trayectorias a la vida adulta en mujeres y varones de grandes centros urbanos mexicanos”, “La desigualdad que rige el juego económico: mujeres y trabajo en la demanda de una política integral de cuidado infantil” y “Perspectiva demográfica y empleo”. Sus principales líneas de investigación son: curso de vida y desigualdad social; infancia y juventud, transición a la vida adulta; estudios sobre familia, trabajo, género y cuidados; estudio de las emociones.

Coordinación editorial: Virginia Careaga Covarrubias
Cuidado de la edición: Cynthia Berenice Salazar Nieves
Diseño de portada y tratamiento de imágenes: Cynthia Trigos Suzán
Formación de textos: María Antonieta Figueroa Gómez

Imagen de portada: Soucy de Pellerano, Despojos Siderales, 2013

Impreso y hecho en México

Emociones y afectividad

Itinerarios metodológicos

editado por el Instituto de Investigaciones Sociales
de la Universidad Nacional Autónoma de México.

La composición tipográfica se hizo en

Tisa Pro (10.5/15, 9.5/15 pts.)

y Lemon Sans Next (17/20, 11.5/15, 8.5/11 pts.).

Enfocar la lente analítica para recuperar la dimensión emocional en la investigación social implica modificar la relación de conocimiento y ampliar las rutas metodológicas a nuestro alcance. Este reposicionamiento epistemológico acarrea consideraciones éticas, pues investigar con emociones requiere prácticas de cuidado inclusivas que abarquen tanto a las y los colaboradores como a quienes investigan.

Anclado en la sociología, pero tendiendo puentes con otras disciplinas, el libro examina diversos recursos metodológicos que permiten aprehender la dimensión emocional de la vida social, desde enfoques etnográficos hasta investigaciones basadas en encuestas, incluyendo una propuesta de diálogo entre la sociología y la neurociencia social. Las autoras y los autores comparten el supuesto de que las emociones intervienen necesariamente en el proceso de construcción de la evidencia empírica y constituyen una fuente de conocimiento del proceso que se estudia, siempre que medie un ejercicio de reflexividad emocional. La obra condensa años de trabajo y reflexión colectiva en el seno del Seminario Institucional Sociología de las Emociones, del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, bajo la dirección de la coordinadora de este libro.

Marina Ariza · Hiroko Asakura · Flor Daniela Estrada Gutiérrez
Alethia Fernández de la Reguera Ahedo · Edith Flores · Perla Frago
Adriana García Andrade · Silvia Gutiérrez Vidrio · Frida Erika Jacobo Herrera
Oliva López · Fiorella Mancini · Roberto Emmanuele Mercadillo Caballero
Angélica Ospina-Escobar · Carolina Peláez González
Jesús Alejandro de la Peña Rodríguez · Mariana Ramos Ríos
Margarita Reyna-Ruiz · Vivian Romeu · Erick Serna Luna · Karina Videgain



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
SOCIALES

